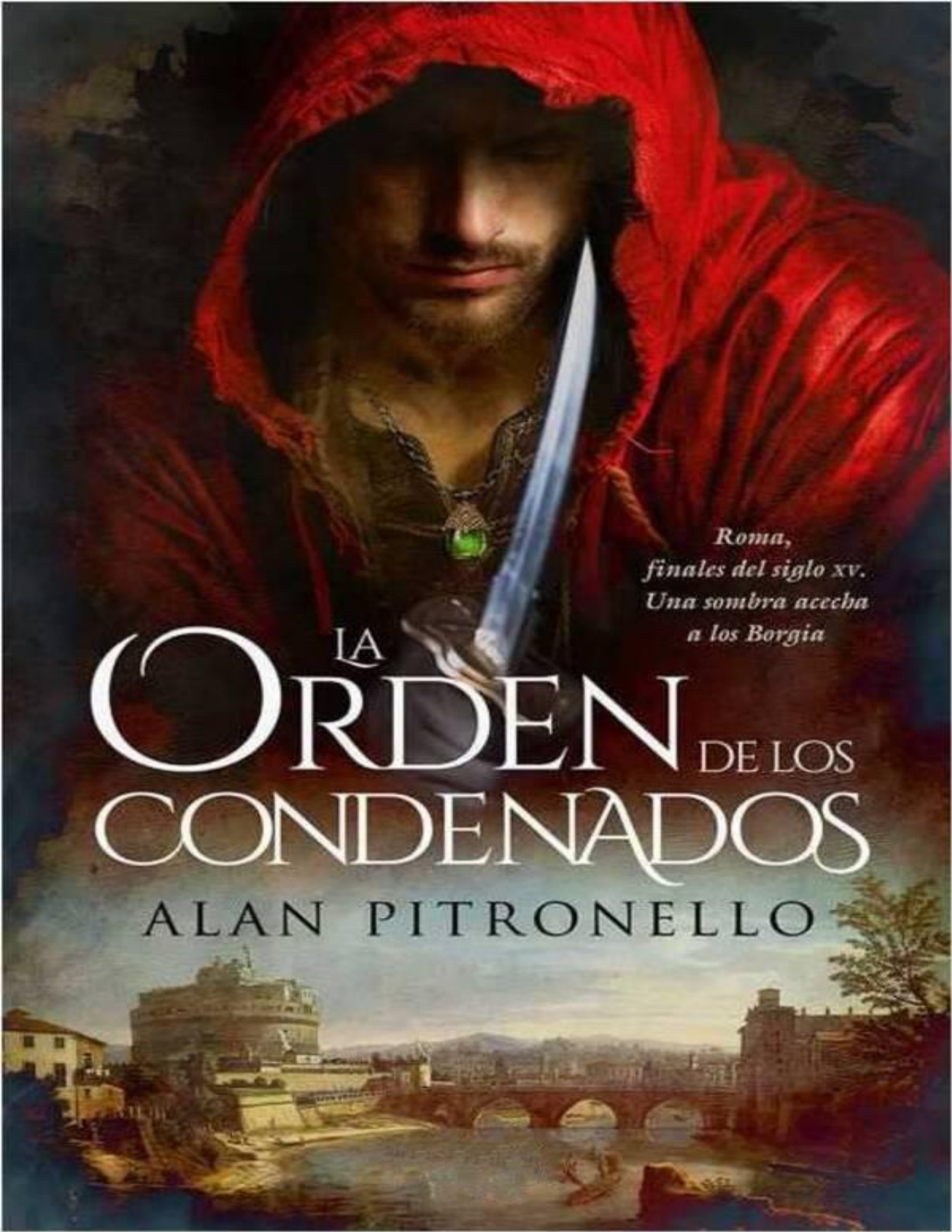

Roma,
finales del siglo xv.
Una sombra acecha
a los Borgia
LA ORDEN DE LOS CONDENADOS
ALAN PITRONELLO

Año 1496.

Las tropas francesas ceden posiciones ante la infantería del Gran Capitán en la guerra de Nápoles. Diego de Paredes, un soldado extremeño en busca de fortuna, y Tristán de Rueda, un escudero de la hueste aragonesa que aspira a convertirse en caballero, son requeridos por el Vaticano para una difícil misión: encontrar a un asesino que amenaza al santo padre. Ambos no tardarán en adentrarse en el oscuro mundo de la Roma de finales del siglo XV. La Curia vaticana convive en la infamia, la vileza y la conjura y la lista de rivales del papa Alejandro VI es larga. Mientras, los hijos de este luchan por convertirse en baluartes de la cristiandad y en elevar por encima de sus adversarios el blasón de la familia Borgia.

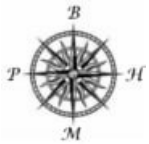
En una época de príncipes cardenalicios, condotieros y mercenarios, Tristán y Paredes deberán resolver el enigma antes de que el asesino acabe con la vida de uno de los papas más controvertidos de la historia.

Alan Pitronello

LA ORDEN DE LOS CONDENADOS

Título original: *La orden de los condenados*
Alan Pitronello, 2023

Revisión: 1.0



09/11/2023

«*Nuestro afán no consiste en estar libre del pecado, sino en ser Dios*».

Plotino, Enéadas

Al DRAGÓN NEGRO,
QUE NUNCA ABANDONÓ A SUS HOMBRES.

Guía de personajes

(Marcados con * los personajes ficticios).

Casa pontificia

Rodrigo de Borgia, Alejandro VI, papa de Roma.
Juan, duque de Gandía, hijo mayor del papa.
Cardenal César Borgia, segundo hijo del papa.
Lucrecia, señora de Pesaro, tercera hija del papa.
Jofré, príncipe de Schillace, cuarto hijo del papa.
Sancha de Aragón, princesa de Schillace, esposa de Jofré.
Vannozza Cattanei, antigua amante de Rodrigo, madre de sus cuatro hijos.
Giovanni Sforza, apodado «el Sforzino», señor de Pesaro, primer esposo de Lucrecia.
Alfonso de Aragón, duque de Bisceglie, segundo esposo de Lucrecia.
Ramiro de Lorca, caballero valenciano, lugarteniente de César Borgia.
Miquel Corella, caballero valenciano, capitán de la guardia pontificia.
María, amante y consejera del papa.

Curia romana

Cardenal Ascanio Sforza, vicecanciller de la Iglesia.
Cardenal Giuliano della Rovere, legado en Francia, rival de Alejandro VI.
*Cardenal Sensi, oficial de la Cancillería y secretario apostólico.
Cardenal Carvajal, embajador español en la curia.
Cardenal Jean de Villiers, embajador francés en la curia.
Podocatharo, médico chipriota.

Aragoneses y castellanos

Gonzalo de Córdoba, capitán general de las tropas aragonesas.
*Alfonso de Rueda, alférez de don Gonzalo.

*Tristán de Rueda, escudero de don Gonzalo, hijo de Alfonso de Rueda.
Diego de Paredes, soldado de fortuna trujillano.
Álvaro de Paredes, soldado de fortuna, hermano bastardo de Diego.
*Jimena, muchacha de Arguisuelas, Castilla.

Guardia de Sant'Angelo

Garcilaso de la Vega, embajador español.
Gonzalo Pizarro, apodado «el Romano», alabardero trujillano.
Zamudio, alabardero pontificio español.
Vargas, alabardero pontificio español.
Urbina, alabardero pontificio español.
Villalba, alabardero pontificio español.

Florencia

Girolamo Savonarola, predicador florentino enemigo de los Borgia.
*Jacopo della Croce, maestro florentino; polímata, amigo del cardenal Carvajal.
*Violante, discípula del maestro Jacopo.

Francia

Luis XII, rey de Francia tras la muerte de su primo Carlos VIII.
George d'Amboise, arzobispo de Ruán.
Yves d'Allegre, noble francés, capitán de las tropas.
Antoine de Bessey, noble francés, capitán de la artillería.

Otros

Dionisio Naldi, capitán de la compañía de fortuna de los *brisighelli*.
Ferrante II, apodado «Ferrandino», joven rey de Nápoles.
Francesco Gonzaga, duque de Mantua.
Guidobaldo de Montefeltro, duque de Urbino.
Virginio Orsini, duque de Bracciano, cabeza de los Orsini, enemigo de los Borgia.
Menaldo Guerra, mercenario vizcaíno; mantiene la ocupación de Ostia.
Caterina Sforza, condesa de Ímola, señora de Forlì.
Achille Tiberti, señor de Cesena.
Johann Rüger, capitán de la compañía de mercenarios lansquenetes.


Finales del siglo XV
Milán
DUCADO DE MILÁN
REPÚBLICA DE VENECIA
Venecia
FERRARA
Bolonia
ROMAÑA
Rocca Sforzesca
Imola
Fortaleza de Ravaldino
Florencia
Forlì
Fortaleza Malatestiana
Cesena
REPÚBLICA DE GÉNOVA
REPÚBLICA DE FLORENCIA
TOSCANA
MARCAS
ESTADOS PONTIFICIOS
SIENA
Fabro
UMBRÍA
Bracciano
LACIO
Roma
Ostia
REINO DE NÁPOLES
MEDIODÍA
Rocaguillerma
Gaeta
Nápoles
Castel Capuano
Castillo dell'Ovo
Atella
Laurino
Castrovillari
MAR ADRIÁTICO
REINO DE CERDEÑA
MAR TIRRENO
Seminara
Mesina
REINO DE SICILIA

NOTA PREVIA

A finales del siglo XV la península italiana es un conjunto de estados independientes gobernados por antiguas familias que luchan por prevalecer: Milán, Venecia, Génova, Florencia, Ferrara, Nápoles, los señoríos de la Romaña y los Estados Pontificios, entre otros.

En ese momento el trono de Nápoles está en disputa.

Alfonso II de Nápoles, Carlos VIII de Francia y Fernando de Aragón reclaman sus derechos sobre el reino.

El papa Alejandro VI ha apoyado a Alfonso 11 casando a su hijo Jofré con Sancha, hija del rey. Esta decisión rompe la relación con Fernando de Aragón y, al mismo tiempo, declara la guerra a Carlos VIII. Sin embargo, cuando el rey de Francia desciende por la península con cincuenta mil soldados, el papa conseguirá negociar con él y acabará por permitirle el paso al sur a través de Roma. Este acto será visto como una traición de los Borgia a los napolitanos.

Príncipes y señores de los Estados Pontificios rendirán pleitesía al rey francés a su paso. El papa se siente traicionado por sus propios vasallos. Tras siete meses de marcha triunfal, ningún señor ha presentado combate. Cada uno vela por su propio interés. En Florencia han caído los Médici y ha subido al poder un predicador aliado de Francia y enemigo del papa: Girolamo Savonarola.

Cuando todo parece abocado a la causa francesa, los reyes de Castilla y Aragón toman cartas en el asunto. Fernando e Isabel envían un contingente de cinco mil infantes y quinientos caballeros al sur de Italia. Francia, por su parte, cuenta con el ejército más preparado de su tiempo. Los Reyes Católicos, en cambio, mandan lo que han podido reclutar: una infantería con poca experiencia y a un héroe de la guerra de Granada, el capitán Gonzalo de Córdoba.

En Roma, los Borgia son acusados de traición por las diferentes facciones. Conspiraciones e intrigas buscan acabar con la vida del pontífice.

A finales de 1495 la guerra aún no ha terminado.

PRÓLOGO

Roma, Estados Pontificios

Finales del año 1495

Nunca olvidaría el rostro de la muerte.

La figura cruzó los pasillos y las estancias del palacio apostólico hacia los apartamentos del sumo pontífice. La luz del candil que portaba en las manos se derramaba a través de los ventanales y bañaba los frescos y esculturas del palacio. Sombras misteriosas se desvanecían a su paso. A lo lejos, una campana marcó la medianoche. El individuo, agitado, no se detuvo, y sobre el mármol resonaron el eco de sus botas y el roce de su púrpura cardenalicia. Abrió las puertas de la biblioteca con prisas y corrió hasta la siguiente estancia que conectaba con la torre, con la extraña sensación de que un perseguidor le pisaba los talones. Allí, dos ujieres de armas con arnés completo y alabarda lo detuvieron.

—¡Debo ver al santo padre! —exclamó el hombre, de edad avanzada, jadeante, y su voz reverberó en los techos abovedados.

Uno de los alabarderos se interpuso.

—Nadie tiene permitido el paso a estas horas.

—Soy el cardenal Sensi, oficial de la Cancillería y secretario apostólico —masculló el hombre —. Os ordeno, alabardero, que abráis esa puerta.

Los guardias intercambiaron una mirada y vacilaron.

Uno de ellos escoltó al cardenal. El ujier guio al anciano hasta las siguientes puertas, las que daban acceso a la torre, una fortificación ancha y militar construida para la defensa del papa. Allí había apostados otros cuatro hombres con armaduras pulidas de estilo italiano y yelmos con plumas. Los edificios se comunicaban entre sí por gabinetes y pasadizos contiguos; la sensación era la de estar ante un palacio inabarcable. El cardenal fue conducido por un corredor secreto hacia el otro lado de la torre. Se trataba de los apartamentos que había encargado construir el papa después de su entronización, una serie de seis estancias lujosamente decoradas por grandes pintores de los cuales el pontífice era mecenas. Los dos escoltas de la guardia se detuvieron frente a la puerta del dormitorio del papa. Uno de ellos llevó una mano al aldabón.

La puerta se abrió y el cardenal fue recibido por un paje, el mismo que instantes después lo anunciaba en el dormitorio. Cuando se cerró la puerta, el papa tomó asiento en una butaca de

terciopelo. La mirada de águila del santo padre se posó sobre la del cardenal.

—¿A qué vienen esas prisas, Sensi?

El cardenal no podía quitarse el olor a carne putrefacta, el hedor a vísceras y la pestilencia impregnada en las sábanas y en las cortinas del apartamento donde había hecho su macabro descubrimiento.

—Ha aparecido otro cuerpo con un nuevo mensaje, santidad.

El papa no varió un ápice su expresión.

—¿Quién ha sido esta vez?

—Niccolò Valtieri —informó Sensi, con mala cara.

El papa se mantuvo en silencio unos momentos y sus manos se unieron sobre su regazo en un gesto pensativo. Valtieri era un dominico, humanista y teólogo adjunto a la Secretaría Apostólica.

—Su muerte porta una firma como la del neonato —musitó Sensi, que permanecía de pie, a pocos pasos del papa—. Está escrita en toscano. —Sensi se la entregó. Se trataba de un papel diminuto, enrollado como un pergamino antiguo.

«II
La tormenta infernal, que nunca cesa,
con su vértigo agita los espíritus».

El papa lo leyó en voz baja, sin comprender su significado. Valtieri, como muchos otros, formaba parte de varios círculos intelectuales que profesaban el neoplatonismo. El Vaticano estaba lleno de ellos. Sin ir más lejos, el propio papa, sin ser un filósofo, estaba en sintonía con este pensamiento que devolvía la sabiduría pagana de los antiguos y echaba por tierra viejos paradigmas. Últimamente, Valtieri combinaba una intensa inquietud profética con el cultivo de la especulación filosófica y todo lo referente a la inmortalidad del alma.

—¿Cómo murió?

Sensi cerró los ojos.

—Veneno —murmuró con voz sombría—. Su cuerpo está negro y se está pudriendo. Es aterrador…

—Eso es porque llevará días muerto.

—Me temo que no —repuso Sensi—. Lo sabemos porque ha sido visto hoy mismo en la Cancillería. Es un hecho que no tiene explicación.

El papa entornó la mirada y se llevó una mano al mentón. Ningún veneno conocido podía producir un efecto tan rápido y efectivo. Aquello añadía una habilidad más al Toscano. Debía de tratarse de un alquimista experto en artes oscuras. *El Toscano*. Habían comenzado a llamarlo así por la lengua en la que escribía sus notas.

El papa se puso en pie y anduvo hasta la ventana. Fuera, frente a sus apartamentos, admiró sobre la colina el palacio del Belvedere. El campo silvestre que los separaba permanecía en calma bajo la luz de la luna. Había ordenado levantar un corral de madera bajo la ventana de su estancia para ver a un toro que había hecho traer desde Xátiva, reino de Valencia, su tierra natal. Estaba claro que aquel asesino era un hombre de su corte. Alguien que lo conocía, alguien de su círculo más próximo que trataba de amedrentarlo. Y enemigos no le faltaban.

—¿No tenéis miedo, santidad? —le preguntó Sensi de repente.

—Ese gusano no me quiere muerto; de lo contrario, yo ya no estaría aquí. Este Toscano busca otra cosa —murmuró el papa.

—¿Quién tiene interés en intimidaros? Carlos VIII ya no está en Italia, la guerra muere lentamente.

El papa miró a Sensi un momento con gesto cansado.

—¿Quién no tiene interés en intimidarme acaso? Desde Virginio Orsini al rey de Francia, pasando por las facciones contrarias dentro del Colegio Cardenalicio. Me he ganado el odio de mucha gente, eminencia.

El papa se giró y contempló a su toro. *Oscuro como el mol*, pensó. El papa estaba convencido de que su familia, representada en su blasón por un toro, era el gran baluarte de la cristiandad. En aquel tiempo en el que comenzaban a conciliarse antiguas sabidurías paganas con el cristianismo, el neoplatonismo ganaba adeptos. Se intentaba dar una explicación mística a los misterios de la fe a través de los viejos maestros, hallar los vínculos comunes entre todas las religiones y las creencias paganas. Encontrar la verdad única. El verdadero saber, oculto durante siglos, volvería a renacer de la mano de Cristo y el papa sería el guía y pastor de una Iglesia renovada.

—Anoche tuve un sueño —dijo el papa de pronto, de cara a la ventana.

El cardenal Sensi seguía de pie en la lujosa estancia rodeado de escenas de Pinturicchio. El palacio apostólico, a oscuras, parecía vaciarse a esas horas, y por sus pasillos se intuía una única presencia al acecho. Sensi sintió un escalofrío.

—Soñé que regalaba una Rosa de Oro y una Espada Pontifical —susurró el pontífice—. A dos condotieros. Ninguno de ellos era príncipe ni rey. Tal vez sean nuestros salvadores, Sensi, quienes acaben con nuestros enemigos.

El cardenal entornó la mirada, algo incómodo.

—Santidad, deberíais reunir a la guardia y resguardaros en Sant'Angelo. Roma y estos muros ya no son un lugar seguro.

El papa volvió la vista al toro sin decir nada. La luz de la luna cubría al pontífice, frente a la ventana. Permanecía absorto en sus pensamientos.

—Sensi —anunció el papa finalmente antes de girarse hacia el anciano. Acababa de tomar una decisión—. Abriremos una comisión secreta sobre este asunto. Reuníos con el cardenal Carvajal: él sabrá llevarlo como un asunto privado. Mientras la guerra persista, mis enemigos continuarán con sus ataques. Necesitamos echar a los franceses de Nápoles. Al final, todo verá la luz.

Sensi hizo una reverencia y salió de la estancia a la oscuridad del pasillo a cumplir con su cometido. El papa, por su parte, mantuvo la mirada perdida en la noche, sin dejar de pensar en que su destino dependía de las acciones de un capitán aragonés cuyos hombres hacían lo imposible por acabar con las escuadras enemigas. Por liberar a Nápoles de las garras del rey de Francia.

I

«Qui si convien lasciare ogne sospetto;
ogne vilta convien che qui sia morta».

(«Conviene dejar aquí todos los miedos;
aquí debe morir la cobardía»).

1

Laurino, reino de Nápoles

Año 1496

El alférez Alfonso de Rueda comprobó la altura del acantilado con sus propios ojos y volvió a mirar a Gonzalo de Córdoba con mala cara. Frente a ellos se alzaba Laurino, una fortificación sobre una montaña cuya cara posterior era una pared inexpugnable. El fuerte estaba rodeado por un muro y protegido por una puerta de hierro que se abría con la ayuda de un artilugio moderno desde dentro. Para mayor dificultad del asunto, Laurino contaba con varias almenas y matacanes preparados para albergar a una docena de escopeteros y ballesteros con los que dar la bienvenida a cualquier cagalindes que quisiera tomar la plaza. En ese momento, el gran baluarte del enemigo se encontraba a rebosar de la élite del ejército francés y de los rebeldes, estos últimos, nobles italianos angevinos, o sea, unos traidores a favor de los franceses y comandados por el conde San Severino.

Esa noche, los invasores bebían vino y descansaban seguros sobre sus jergones, ajenos a las operaciones de la hueste aragonesa en sus aledaños. Alfonso volvió a echar un vistazo y se giró hacia su capitán.

—¿No estarás pensando en…? —El alférez hizo una pausa.

—Eso es —respondió Gonzalo con un gesto serio, como era habitual en él—. Míralos. El grueso de su ejército acampa al raso allí en el pueblo y sus hombres beben y juegan a las cartas. No saben que estamos aquí.

Rueda conocía a Gonzalo de Córdoba desde antes de la guerra de Granada y, desde entonces, se habían convertido en compañeros de armas. Miró a su amigo sin decir nada; tampoco era que hiciera falta. Gonzalo era un hombre de rasgos varoniles y unos ojos oscuros que estaban siempre en alerta. Solía gastar una boina que cubría el escaso cabello que tenía sobre la frente. Iba con una armadura pulida y una capa verde en la espalda. Poseía el carácter de un gran príncipe, aunque fuera un simple soldado del rey Fernando de Aragón.

Rueda volvió a mirar el acantilado y el imponente castillo en la oscuridad. Una nube cubrió la mitad de la luna. Gonzalo de Córdoba había tenido noticias de ese encuentro de San Severino en Laurino para reorganizar a los rebeldes y había decidido jugarse el pellejo y el trabajo de muchos meses en Calabria para acudir allí. Su idea era una locura.

—Es audaz, pero arriesgado de cojones —murmuró Rueda cavilando sobre la dificultad de la tarea—. A oscuras y hambrientos como están, me apuesto cien ducados a que no aparecen voluntarios.

Gonzalo lo miró esta vez a los ojos.

—Sabes que no aprecio las apuestas, Alfonso; no pongas en duda su honra. Siempre hay hombres dispuestos a dar un paso al frente. Y no es una locura; Tristán podría escalarlo con facilidad.

—Pues claro que podría si se lo ordenas, coño. Ya sabes a lo que me refiero. Es un movimiento atrevido.

—Quiero cien voluntarios —remató Gonzalo—. Los mejores escaladores.

—La madre que me parió —murmuró Rueda para sí de vuelta al campamento.

Gonzalo regresó al monte donde lo esperaban sus hombres y convocó a sus capitanes con urgencia para explicarles el plan. Estaba prohibido, bajo pena de muerte, alzar la voz.

Rueda, en cambio, se fue junto a su escuadra. Muchos no eran hombres de armas, ni siquiera eran caballeros, solo eran un puñado de infelices que una vida azarosa había puesto en aquella guerra, como peones en un tablero de ajedrez. Solían ceñirse al plan de don Gonzalo, que casi siempre era fácil de entender y casi imposible de llevar a la práctica.

El grupo hizo un círculo en torno a Rueda. Tenían las calzas y los jubones mojados. Algunos, los más afortunados, portaban alguna pieza de armadura suelta. Dos semanas de marcha desde Castrovillari por senderos y rutas secundarias, a escondidas, habían agotado sus fuerzas. Gonzalo de Córdoba había enviado partidas de exploradores a que se adelantaran, y movía a su gente con rapidez, y muchos otros, como Rueda, confiaban a ciegas en él, sobre todo porque sabían que don Gonzalo jamás mandaría a sus hombres a combatir en una batalla que no pudiesen ganar. Sin embargo, aquella noche cerrada de Laurino, el enviado del rey de Aragón estaba a punto de tentar a la suerte más que en ninguna otra ocasión.

En el círculo estaban Serrado, Viñolas, Prieto, López, Jiménez, Alarcón, Bustamante y Espínola. Poco después apareció Tristán. Rueda le echó un vistazo al muchacho. Su hijo exhibía un paño en la cabeza, como un corsario, y un pendiente en una oreja. Pese a contar con quince años, Tristán se esforzaba en dejarse crecer el vello de la barbilla para parecer mayor. El joven escudero, hijo de Alfonso de Rueda, era un chico apreciado por todos, más rápido que una ardilla, y que soñaba algún día con servir al papa de Roma.

Los hombres, por su parte, se mostraban inquietos. Se habían plantado delante del bastión francés más resguardado y protegido de toda Italia sin ningún arma de asedio, con las catapultas abandonadas en Seminara, y estaban cansados hasta la extenuación después de semanas de marcha.

—No os voy a mentir —soltó Rueda sin preámbulos—. Es un plan cojonudo, pero suicida. Si sale bien, pues la hostia. Si sale mal…

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Espínola.

—Que la puedes palmar —dijo Alarcón, a su lado.

—Hasta ahí llego, coño. Quiero saber por qué lo dice.

Rueda les señaló la montaña del castillo, iluminada por varias hogueras y antorchas en lo alto. La luz se derramaba por el monte y creaba claroscuros que muchos vieron como un lienzo de la muerte. Alfonso de Rueda les señaló tres puntos: las puertas del bastión, el puente que cruzaba el

río y el campamento de la tropa francesa junto a Laurino pueblo.

—El grueso de nuestra hueste aguardará frente a las puertas del castillo y una pequeña guarnición cubrirá el puente para que nadie del pueblo ni del campamento pruebe a cruzar y resguardarse tras los muros del fuerte —les explicó el alférez en voz baja—. Luego, unos quinientos de los nuestros se infiltrarán en el campamento francés e iniciarán la carnicería.

—Con dos cojones —soltó Alarcón.

—Eso alertará a la tropa de la fortaleza —sugirió Viñolas, el más viejo.

—Bien visto —comentó Rueda—. En el instante en el que esa tropa baje el puente levadizo con su artilugio, se verán cara a cara con nuestras fuerzas, que estarán preparados para pasarlos a cuchillo.

—¿Y dónde entramos nosotros? —quiso saber Tristán, y todos se volvieron hacia el chico. Su padre frunció el ceño y se giró hacia la montaña.

—A nosotros nos toca escalar esa jodida montaña por la otra cara, a oscuras y en silencio, hasta lo alto del castillo. —Su mirada se desvió al acantilado al que iban a enfrentarse—. Nos haremos con la torre y daremos la señal para que comience el ataque. No pueden vernos ni tampoco oírnos. Una vez hayamos establecido un sitio seguro, envolveremos a la tropa francesa desde dentro, justo cuando ellos abran las puertas.

—Vanguardia y retaguardia —murmuró Alarcón—. Virgen Santa.

—Eso es —insistió Rueda—. No deben saber que el enemigo les viene por la espalda o estaremos muertos en menos de un avemaría. De nuestra acción dependerá que Laurino sea nuestro o que Nápoles permanezca en manos francesas.

Se hizo un silencio tras sus palabras. Que el ejército francés durmiera en tiendas de campaña al raso en el pueblo era la prueba inequívoca de que el enemigo seguía pensando que la hueste española permanecía en el sur, en Calabria. La compañía entendió al fin el plan trazado por don Gonzalo, lo de dejar las armas de asedio y velar por el efecto sorpresa. Esa gente jamás se iba a esperar un ataque nocturno y sin avisar. Nadie había hecho algo así. El arte de la guerra estaba cambiando y ellos serían sus testigos y protagonistas.

—La madre que nos parió —murmuró Viñolas, resumiendo el sentir de todos. Rueda los miró con seriedad, uno a uno.

—Esta noche decidiremos la guerra.

Fueron ciento veinte los voluntarios de Laurino.

Primero se dispusieron a subir los expertos, y de todos ellos Tristán iba a ser la punta de lanza. Estaba ansioso, tenía el estómago cerrado. Se cruzó el cinto, con una espada, por los hombros para llevar aquella a la espalda y se aseguró de tener bien envainado su puñal. Luego buscó un puñado de tierra seca y se la pasó por sus manos llenas de callos mientras recitaba en voz baja una plegaria a la Virgen.

Tristán contempló a su padre, que recibía las últimas órdenes de don Gonzalo. Sabía que el capitán general y su padre eran uña y carne. Alfonso de Rueda era un alférez diestro con la espada de mano y media, sabía disparar si se le entregaba una espingarda y había descubierto un don en la frontera, durante la guerra de Granada: escalar. Y esa preciada habilidad la había heredado por completo Tristán, capaz de aguantar su propio peso con un par de dedos o de equilibrarse y saltar en menos de una pulgada de saliente.

Su padre regresó al trote y desvió la vista hacia la empuñadura que sobresalía por la espalda de

Tristán.

—Tú no vas a luchar —le espetó—. Vas a subir a colocar los ganchos y los anclajes y luego procuras ayudar a subir al resto. Eso es todo.

—Si me coge un francés arriba, con algo tendré que defenderme.

—Te he dicho que no —replicó su padre—. Para eso estoy yo, y detrás vendrán Alarcón y Espínola. Ajustas las sujeciones y te apartas.

—Padre…

—¡Basta! Cumple con lo que se te ordena y punto. Y esto no te lo dice tu padre, sino tu alférez —soltó Rueda.

Tristán se mordió los dientes.

—Como mandéis, señor —resolvió el chico.

Se quitó el cinto y volvió a su tienda de campaña para dejar el arma. Una vez alejado, se escondió el puñal por dentro del jubón. Honraba y obedecía a su padre, pero era más listo y espabilado que un huérfano; una daga, en lo alto de un bastión francés, no sobraba. Cuando regresó con el grupo, los escaladores se encomendaron a Dios e iniciaron la marcha hacia el monte en silencio. Rueda se colocó detrás de su hijo, delante de la columna. Llevaba una cuerda de más de cuarenta varas cruzada por el cuerpo que pesaba un quintal. Antes de iniciar el ascenso, Rueda le entregó a su hijo una bolsa de cuero con los ganchos de acero. Tristán los comprobó antes de cruzarse la bolsa por el cuello.

Apenas se veía nada en la oscuridad.

Tristán subió el primer tramo. Luego vino una sucesión de rocas y paredes. Iba el primero, y eso quería decir que únicamente podía utilizar sus manos y sus pies como elementos de ascenso. El muchacho era bajito, delgado como un junco y muy fuerte de brazos y de piernas. Se había colocado unas sandalias finas y flexibles como calzado, pero al mirar hacia la pared que se encontró frente a él decidió quitárselas y colgárselas del cuello. Comenzó la escalada descalzo con la agilidad de un gato. Uno a uno fue colocando los ganchos como anclajes en las grietas que halló. Echó un vistazo hacia abajo y vio a su padre asegurando las cuerdas. Más abajo los hombres aguardaban a que realizaran aquella peligrosa tarea para que todos pudieran ascender, y, al otro lado de la montaña, dos grupos de más de setecientos infantes esperaban a que un chaval delgaducho cumpliera con éxito la misión para dar inicio al plan.

Tristán consiguió alcanzar las faldas del muro. La pared era prácticamente lisa. Observó en silencio a su padre. Luego se ató en el cinto un extremo de la cuerda gruesa que portaba el líder de los escaladores y se subió a un árbol de tronco ancho, que colgaba de la pendiente junto a la pared. Escaló hasta la rama más alta. Desde allí se dispuso a dar un salto hacia el muro. Rueda y los cien hombres más abajo contuvieron el aliento. Tristán se impulsó y saltó. Se dio con violencia contra la roca y logró agarrarse a un saliente. Tiró con fuerza con sus manos y puso un pie sobre una grieta en el muro.

Quedaba un último esfuerzo.

Miró hacia arriba y dudó de si ganaría la cornisa de un salto. Tenía muy poco apoyo para impulsarse. Sin pensar en la caída terrible en caso de fallar, Tristán cerró los ojos y cogió aire. Visualizó en su mente que su mano se aferraba con fuerza al muro. A continuación, hizo toda la fuerza que le permitió su pie derecho desnudo y saltó. Durante un instante tuvo la certeza de que caería al vacío. Entonces su mano se cogió a la piedra de milagro, y tiró de su cuerpo hacia arriba

de puro reflejo.

Los hombres abajo respiraron con alivio. El chico lo había conseguido.

Ningún francés se percató de la presencia de un mozo castellano en lo alto del castillo más protegido y pertrechado de Italia. Tristán acabó de hacer un nudo y de ajustar la cuerda. Su padre, abajo, tiró de ella con fuerza, hizo una seña y comenzó a subir. En ese momento, Tristán oyó una voz en lo alto y contuvo el aliento. Rápidamente se apoyó en la pared de la torre. Acercó la mirada a la esquina y distinguió a un centinela. Mientras, la cuerda rozaba el borde, de aquí para allá, como una lija en la piedra, y se percibía el jadeo del escalador. El guardia tuvo la impresión de oír algo. Condujo sus pasos hacia la cornisa.

—Vamos… —murmuró Tristán, ansioso, con la vista en el borde.

Se dio cuenta de que su padre no alcanzaría a subir antes de que llegara el guardia francés. Metió la mano dentro de su jubón y empuñó la daga que había llevado consigo.

El centinela pasó por su lado sin verlo. Tristán seguía pegado al muro, escondido entre las sombras. A continuación, el hombre se apoyó en la piedra del adarve y miró hacia abajo. Cerca de cien españoles le devolvieron la mirada mientras escalaban la montaña, como espectros de la noche. El centinela se quedó sin voz. Antes de poder pronunciar una sola palabra, una mano le cubrió la boca desde atrás y el filo de una daga degolló su cuello de manera limpia.

Rueda alcanzó el castillo justo para ver a su hijo matar al primer francés de la noche. Ambos intercambiaron una mirada sin decir nada. En un santiamén los primeros veinticinco españoles tomaron posiciones. Tristán se pegó a la espalda de su padre. Rueda hizo una seña a Espínola y otra a Alarcón y al viejo Viñolas. Cada uno fue con su grupo a por un centinela de la torre. Rueda se aproximó como una sombra y abrazó al guardia del mismo modo que había hecho su hijo, lo pasó a cuchillo y lo apoyó con cuidado en el suelo. Otro grupo entró en la torre y se encargó de los guardias y centinelas de su interior. Los escaladores habían cumplido con la primera parte de la misión.

—Sube y pon la bandera a media asta —le ordenó Rueda a Tristán en un susurro—. Esa será la señal.

Tristán se guardó el puñal y subió a lo alto de la torre con una agilidad que a su padre no dejaba de sorprenderle. El joven escogía siempre el camino más fácil, era rápido e intuitivo y no se detenía a pensar ni un instante. No tardó en conseguir llegar arriba y situarse junto al asta. Desató el cordel y arrió la bandera con sigilo.

En lo alto del Castillo de Laurino, los escaladores esperaron escondidos en su posición. Más pronto de lo que se imaginaron, comenzaron a oír el ruido del acero y los gritos en el campamento, junto al pueblo. Poco después, vieron arder las primera tiendas de campaña. La noche y las sombras, grandes aliadas de los españoles, ocultaban el número de los atacantes.

Unos quinientos infantes se infiltraron con sigilo en el campamento francés y desataron el infierno. Enseguida todo fueron gritos, fuego, acero y sangre. Algunos franceses trataron de reaccionar en vano y presentaron combate, cada uno por su lado, totalmente desorganizados. En el campamento se vivieron momentos de horror y desconcierto. Los españoles apuñalaban a sus enemigos, que seguían sin comprender lo que estaba sucediendo en aquel caos, viendo cómo sus compañeros eran degollados y pasados a cuchillo por la infantería de Gonzalo de Córdoba, sin ningún tipo de aviso ni compasión. La guerra de una hueste frente a otra, a campo abierto, había quedado en el pasado. ¿Quién, en su sano juicio, volvería a enfrentarse a la caballería francesa en

un llano? A partir de esa noche, ningún sitio ni ninguna hora volvería a ser segura para ningún ejército.

Los franceses empezaron a huir en desbandada hacia el castillo, tal y como había predicho el plan. Entre tanto, repicaron las campanas en el *borgo*. Ante el ataque sorpresa, los hombres de la fortaleza dieron voces y se hicieron a las armas, entre ellos, el conde de San Severino, con sus caballeros, junto a las fuerzas de los condes de Mélito, Nicastro y Lauria, más otros dieciséis barones angevinos, otros tantos vasallos del príncipe de Salerno, más mil hombres de armas y caballeros. El caos y la confusión eran totales. San Severino, sin enterarse de nada, con yelmo y visera y armadura completa, ordenó abrir las puertas. Tristán observó con una sonrisa en los labios desde lo alto cómo el plan se llevaba a cabo a la perfección.

Seis hombres giraron dos artilugios en el patio de armas para abrir las puertas del castillo, ofreciendo en bandeja de plata la plaza a don Gonzalo.

—Es la hora —anunció Rueda a sus hombres. Luego echó una mirada a su hijo para que permaneciera junto al asta.

Los ciento veinte escaladores comenzaron a descender por la torre en silencio, al tiempo que asesinaban a quienes encontraban a su paso. Ningún francés se figuraba que una tropa enemiga atacara desde la retaguardia, y pronto los pasillos se convirtieron en un reguero de cadáveres.

Algo alejados, frente a las puertas, el grueso de la hueste de Gonzalo de Córdoba —con él mismo al frente— aguardó a que los propios franceses les abriesen las puertas. La tropa que había dispuesto en el puente frente a la fortaleza se enfrentó a los primeros supervivientes del campamento que trataban de huir.

Uno a uno fueron asesinados, sin apenas resistencia.

La puerta del Castillo de Laurino se abrió al fin, y antes de que la hueste francesa se enterara de que los estaban esperando, la infantería española se echó encima de ellos y se inició la batalla. Podría haber sido un enfrentamiento igualado de no haber habido tanto desconcierto esa noche. La batalla se condensó en la plaza y las picas hicieron su trabajo. Los barones no paraban de dar órdenes en vano entre lanzas, escudos y heridos. Entonces uno de los franceses vio aparecer de la nada a más de cien hombres armados desde atrás. Los españoles, como demonios, rompieron sus líneas por la retaguardia. Estaban acabados.

—¡Por España! —Arengó Rueda a sus hombres, y estos respondieron a gritos de «*¡Santiago!*» con fervor.

Desde lo alto del castillo Tristán contempló el campamento envuelto en llamas y las puertas abatidas. Un manto de cadáveres cubría la arcilla, mientras más de cien caballeros franceses ofrecían su rendición a los infantes españoles. Gonzalo de Córdoba hizo su entrada a caballo, en compañía de sus capitanes.

Tristán pensó que la victoria y la honra era de ellos y que el rey de Aragón y la reina de Castilla sabrían recompensar a sus héroes. Él sería uno de ellos. Con emoción, el joven arrió la bandera por completo esta vez y sacó de su bolsa las insignias del rey Fernando. Izó la bandera aragonesa por todo lo alto.

Abajo, una ovación se levantó en el patio de armas. Lo imposible había sucedido. La fortaleza inexpugnable de Laurino había caído y, junto a ella, gran parte de las esperanzas de las guarniciones del rey francés, en su dichosa guerra de Nápoles.

2

Trujillo, Extremadura

La noche estallaba en truenos cuando Diego de Paredes contempló a su madre sin vida en el ataúd. La iglesia de Santa María la Mayor resonó con el eco de su lamento. Un abismo se abría ante él. Hacía diez años, doña Juana de Torres, noble dama del linaje de los Altamirano, había dejado de caminar y había perdido la memoria. Diego se imaginó que ese había sido el castigo de Dios asignado para él, su condena por la muerte de Marina. Por la mentira. Por el silencio.

Diego era temido en el pueblo, tanto por su temperamento como por sus arrebatos. Era un hombre rudo, poco dado al diálogo, tan alto como un hombre y medio, y estaba casi seguro de que era el tipo más fuerte de toda Extremadura. Solía esconder su corpulencia y su mala leche bajo un silencio de monje y una capa con capucha, ahora empapada por la lluvia. La gente recelaba de él, de su silencio. En otro tiempo, había sido un fiel escudero y había participado en la conquista de Granada como paje de su padre, y bien podría haberse puesto bajo las órdenes de Gonzalo de Córdoba en Nápoles de no haber tenido que ocuparse de doña Juana, su madre. Muchos hombres de la zona se fueron y se labraron una vida como soldados lejos de Trujillo.

Diego no. Para él la vida escogió otro camino.

Así, durante más de diez años, sus brazos olvidaron el peso de una espada y únicamente levantaron a su madre, llevándola de la silla al lecho, del lecho a la misa, de la misa al lecho. Le fue imposible superar el ver a esa mujer convertida en la nada, en un paño viejo y arrugado. Maldito fuera el tiempo, que volvía la fuerza y la tenacidad en despojo, en un saco de huesos indigno. La que había sido una de las damas más fuertes de Trujillo, tercera esposa de Sancho de Paredes, se había vuelto la condena de Diego, mientras que para ella su hijo era su único mundo. Esto había transformado la naturaleza de ese joven fuerte en la de alguien enfrentado con la vida.

Ahora su madre había muerto.

Diego se enjugó las lágrimas con la manga y alzó la cabeza para recorrer con la mirada la iglesia. Las vecinas mantenían el murmullo del rosario y derramaban lágrimas por el alma de la difunta. *¿Lágrimas de qué?* La expresión de Diego tornó del dolor a la rabia. Ninguna de ellas había tenido la decencia de hacerle una visita al Palacio Viejo en todos esos años y ahora se peleaban por tener la voz cantante en el rezo.

Se levantó como una sombra amenazante y las miró una a una.

—¿Dónde estabais cuando doña Juana enfermó? —las acusó con voz grave—. ¿Dónde

estabais cuando os necesitaba?

Ninguna se atrevió a abrir la boca. El silencio solo fue cortado por una de las vecinas, la más orgullosa.

—No nos culpes a nosotras de los planes de Dios, hijo.

Diego tuvo ganas de arrancarle la cabeza por su insolencia.

—¿Los planes de Dios? —repitió.

Una figura se detuvo en el dintel de la iglesia. Diego reconoció a Ramiro Aguirre. Era la señal para marcharse de allí.

Salió del templo sin mirar a las mujeres.

—Paredes —lo detuvo don Ramiro al otro lado del umbral.

La lluvia creaba en la plaza enormes charcas sobre las que se reflejaba las antorchas de la iglesia, y el agua caía a raudales por las tejas frente a los arcos de los pórticos. Diego, encapuchado, se volvió al hombre.

Si supieras la verdad, Aguirre, no estarías plantado delante de mí, pensó.

Los feligreses de la entrada lo observaban entre murmullos. Detrás, Diego descubrió a la mujer de Ramiro, doña Carmen, que se detuvo tras su esposo. Lo de «don» y «doña» era más por una cuestión de costumbre y de respeto que por otra cosa, porque allí en Trujillo, por muy principal que se fuera, la tierra daba para lo justo y las estirpes pendían de un hilo, a merced del hambre, la pobreza o la guerra. Diego maldijo su mala fortuna.

—Lo siento, Paredes. Dios la tenga en su gloria.

El anciano amagó con apoyar una mano en su hombro, pero se contuvo. Aunque durante todos esos años hubieran cruzado miradas en el mercado y en la misa, era la primera vez que estaban así, frente a frente. Diego no supo qué decir. Se dio cuenta de que ni siquiera recordaba su voz. Tampoco la mirada de doña Carmen. Y en ella pudo ver el reflejo de los ojos de Marina. Sin embargo, los dos desconocían su batalla interior. Para Aguirre, la historia había sido otra, la que le habían contado, y en ella existía un único nombre en la tragedia, el de Galcerán de Miguel. El de Paredes era un dolor prohibido, tan ilícito como clandestino. Un dolor que jamás se había atrevido a revelar.

Se estremeció. Quiso gritar. Quiso huir.

Diego les devolvió un gesto vago y, arrebujado en su capa, se perdió en las sombras de los umbrales tal y como había venido.

Nada me queda aquí. La gran sala del Palacio Viejo estaba iluminada por una única vela, y su llama creaba misteriosas sombras en los tapices antiguos y descoloridos. La casa de los Paredes permanecía en silencio, y apenas se oía el crujir de la madera y de las tejas. Durante largos períodos ni siquiera se oía el viento en aquella tierra fronteriza de colinas amarillentas y caminos polvorientos. Diego permanecía sentado a la mesa principal frente a una jarra de vino. La muerte de su madre significaba muchas cosas. Diego se había convertido en el cabeza de familia de una estirpe extinguida. Como señor del Palacio Viejo, sus tierras contaban con familias con contratos de arrendamiento —familias a las que debían cobrar—, sobre lo que se sustentaba la riqueza de los Paredes. Sin embargo, los años habían sido malos y poco o nada podía sacarse de un caserón fortificado que había pertenecido a su padre y a su familia desde los tiempos de la Reconquista en aquella tierra olvidada.

Desvió la mirada y vio a María colocando un leño en el hogar.

Su hermanastra era mayor que él. María Ximénez de Paredes. Aquella mujer se había desposado con un caballero local y había tenido un único hijo, Hernando Corajo, un muchacho que el tiempo había transformado en un hombre tan pusilánime como su padre. Al enviudar, hacía una década, María había regresado a la casa de los Paredes, bajo el amparo de su madrastra, doña Juana, y había exigido a Diego hacerse cargo de su hijo, como señor del Palacio Viejo. Diego lo detestaba tanto como a su hermanastra, por su descaro y su insolencia, y se había negado a enseñarle el oficio de las armas. Ambos llevaban años conviviendo entre broncas y monosílabos.

No quiso cruzar palabra con ella, no estaba de ánimo para roces. Cuando María se retiró, aguzó el oído y oyó unos cascos en la lejanía. Un jinete proveniente de Trujillo. Se incorporó y fue hasta la puerta principal; quitó el travesaño de madera y giró la gruesa llave para abrir las puertas del Palacio Viejo, que crujieron como las de un castillo.

La luz de la luna y un viento fresco se derramaban por el patio. Siguió el galope del jinete con un vaso de vino en la mano. Lo reconoció por la forma de cabalgar. Había pasado años sin verlo, desde que ocurriera el asunto de Marina y Diego pasara de ser el mozo más alegre del pueblo a convertirse en el hombre que era, áspero y esquivo. Cuando el jinete alcanzó el arco de piedra de la entrada, Diego contempló a su hermano Álvaro sobre el caballo.

Se miraron sin saludarse.

Su regreso traía recuerdos de los años que siguieron a la muerte de su padre, don Sancho, y a la tragedia de la única mujer a la que Diego había amado. Durante los seis años que siguieron a ese episodio, Diego se había hecho cargo del gobierno de la casa, del cuidado del molino heredado y de velar por su madre, su hermana y su sobrino. Ahora, Diego tenía treinta años, y las arcas de la familia estaban llenas de polvo. ¿Qué iba a hacer? ¿Buscar una esposa que le diera hijos para mantener el Palacio Viejo y el campo? ¿Cómo iba a prosperar y a guardar riqueza para los años venideros si debía hacer frente a todas esas responsabilidades?

Álvaro desmontó. Cogió sus fardos y armas y desensilló a su montura.

—¿Desde cuándo bebes? —quiso saber, y se acercó a él—. Bienaventurada sea la llegada del peregrino, pues el posadero no beberá en solitario —masculló con una sonrisa ancha.

A Diego le molestó su actitud.

Álvaro era una cabeza más bajo que su hermano y mucho menos corpulento. Álvaro lo observó durante un instante y luego le dio a Diego una palmada en la mejilla. A continuación, cruzó el umbral de la sala.

Poco después, esa misma noche, ambos estaban sentados frente al fuego. Fuera hacía una noche plácida y estrellada. Álvaro se sirvió en un cuenco un poco del puchero que había en la cacerola.

—¿No te alegras de verme? —le soltó a su hermano.

—Más que a María, desde luego —esgrimió Diego.

Álvaro esbozó una sonrisa.

—¿Y el pequeño Hernando? ¿Cómo está?

—Ese muchacho no llegará a nada en la vida. Puedo asegurarlo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Álvaro.

—Tiene más sangre Corajo que Paredes en las venas.

Álvaro probó el caldo de su cuenco en silencio. Luego habló en un tono algo más solemne.

—Siento mucho lo de madre —reconoció.

—Tanto da; no eras hijo de doña Juana —respondió Diego, cortante.

—No seas injusto conmigo, hermano. Es la única madre que tuve, ella me crio —se defendió Álvaro.

Diego se mantuvo en silencio. Alzó la mirada y sus ojos se tiñeron con el fulgor de las brasas.

—¿A qué has vuelto, Álvaro?

—Al entierro de madre.

—Pues ya la enterramos —soltó Diego—. Esta tarde. Llevo tres días sin dormir. Puedes quedarte esta noche, y mañana te vas. Suficiente tengo con aguantar a tu hermana y al holgazán de su hijo.

Álvaro esbozó una ligera sonrisa.

—Si te sirve de consuelo, he tenido un percance en el camino —se disculpó este. Tras un instante, abrió su bolsa y le enseñó a su hermano algunas monedas, todas de diferentes acuñaciones. Diego hubiese querido guardarse un puñado de ellas en su bolsillo; le habría venido de maravilla. Las observó sin mucho interés y las dejó en la bolsa. Estuvieron un momento sin hablar.

—Debes de haber viajado mucho.

—Así es. —Álvaro bajó el tono de voz—. He recibido una carta con una propuesta. Quiero que vengas conmigo esta vez. He venido a por ti.

Diego rechazó su mirada, con la vista en el fuego.

—Yo no voy a ningún sitio. No voy a perder lo único que tengo. He trabajado mucho para mantener este caserón.

El hogar crepitaba y la sala, enorme y oscura, parecía demasiado ancha para ellos solos, que apenas ocupaban un rincón. Álvaro extrajo un objeto de su bolsa y se lo lanzó a su hermano. Era una cruz con un rosario.

—Esto pertenecía a madre —susurró Diego, al reconocerlo.

—¿Y sabes cuál era el único sueño de esa pobre mujer? —inquirió Álvaro con el reflejo de la chimenea en el rostro. Diego creía conocer bastante bien a su madre, así que se mantuvo en silencio. Nunca había caído en la cuenta de que ella pudiera tener sueños por cumplir. Él siempre la había visto como una figura inamovible, como la estatua de piedra de una catedral.

—¿Qué quería? —preguntó al fin.

A Álvaro le brilló la mirada.

—Peregrinara Roma.

—¿Y tú piensas ir a Italia?

Su hermano volvió a coger el rosario y se lo guardó. Luego sacó la carta de la que le había hablado, lacrada con un sello cardenalicio.

—No —dijo, muy serio esta vez—. Pienso que iremos los dos.

Diego cogió el sendero polvoriento de camino a Trujillo a la mañana siguiente. Le hervía la sangre que su hermano Álvaro se hubiera largado a sus viajes y que ahora regresara con aquella actitud, como si nada hubiese cambiado en esos años de dolor. Mientras iba hacia el pueblo, recordó el día en que lo había conocido. Su padre, Sancho de Paredes, había sido un caballero que había combatido en las guerras de Castilla de mitad de siglo y había sido padre a una edad muy avanzada. Diego lo recordaba como un señor anciano, al que siempre había que dirigirse con

solemnidad. Un día, don Sancho regresó al Palacio Viejo con sus hombres de armas y con un hijo bastardo de seis años. Era Álvaro. Obligó a doña Juana a criarlo como a un Paredes y así Diego creció junto a su hermano, al que le sacaba más de una cabeza en altura y qué decir en corpulencia. Ambos aprendieron el oficio de las armas con su padre. Los hombres de don Sancho y sus escuderos los hacían practicar sin descanso para convertirlos en guerreros formidables. Sancho de Paredes no daba pie a un lamento ni una mala actitud, y ambas cosas las castigaba con dureza. Diego aprendió a blandir todas las espadas, lanzas, picas y alabardas, se familiarizó con la destreza y con ciertos tratados antiquísimos que hablaban de geometría y compases y que estaban escritos en lenguas que no conocía, pero que estaban repletos de dibujos de hombres armados que enseñaban celadas, tomas, argucias y estratagemas básicas para el combate.

Día y noche. Con armas de palo y luego de acero.

De esta manera y durante muchos años, Álvaro y Diego fueron inseparables, alejados de su hermana María, ocupada en su matrimonio, en su hijo y luego en su viudez. Tras la muerte de don Sancho vendrían los malos tiempos. Los hombres de armas y todos los criados que hicieron resplandecer la casa de los Paredes en los tiempos del rey Enrique los abandonaron. Álvaro decidió emprender su aventura. Entonces Diego tuvo que trabajar de sol a sol para ganarse el pan y mantener a su madre, a su hermanastra y a su sobrino.

El sol reposaba sobre Trujillo y parecía detener las cosas en el tiempo.

Diego había llegado al pueblo, y se dirigió a la iglesia, donde se situó detrás de una columna y escuchó la misa en silencio. Los más viejos del lugar lo saludaron a distancia, con respeto; para el resto de los vecinos Diego era un hombre al que temían. Todos creían conocer su historia, la del joven paje que había quedado huérfano de padre, que había sido abandonado por su hermano y que tuvo que cuidar de su familia. Nunca se había casado, ni se le conocían escarceos.

Cuando la misa acabó, compró algunas cosas en el mercado y emprendió la marcha al Palacio Viejo con el sol en el horizonte. Al final de la tarde, por el camino, Diego distinguió la cruz de piedra enclavada sobre una colina amarillenta de pastos secos. Era un pequeño camposanto. Los Paredes vivían a menos de una legua de Trujillo, en una venta que había obtenido su familia durante la guerra contra los moros, en el año 1229. Allí, a medio camino del pueblo, descansaban para siempre los restos de Marina Aguirre, la hija de Ramiro y Carmen, esposa de Galcerán de Miguel, caballero del rey. En el sendero crecía la hierba y, más allá, se esparcían algunas flores silvestres por la ladera. Diego se desvió del camino principal, como hacía todos los domingos. Se acercó a la lápida que se erigía en el lugar y apoyó una mano. Un momento bastó para rememorar todo su dolor. Antes de incorporarse, dejó sobre la piedra dos flores blancas en recuerdo de una vida arrebatada.

Álvaro no tenía intenciones de abandonar la casa. Casi no hablaban, y se comunicaban por señas o gestos y así, en silencio, el recién llegado se unió a los quehaceres cotidianos de la casa. Los hermanos forzaron el candado de la puerta de la armería del Palacio Viejo. Hacía mucho tiempo que nadie entraba allí. Ni siquiera María había querido ocuparse de aquel desastre en el que se había convertido la armería. Dentro los recibió una nube de polvo que los hizo toser.

—Joder, ¿hace cuánto que no coges una espada? —se quejó Álvaro—. Virgen santa. Esto está lleno de mierda.

—He estado ocupado —se defendió Diego.

Álvaro le echó una mirada desafiante.

—¿Recuerdas nuestros duelos?

Diego desvió la mirada, sin mucho interés. Desempolvaron las espadas, lanzas, alabardas, yelmos, escudos y armaduras. El lugar olía a metal oxidado, a madera podrida y a moho. Iban a ser necesarios varios días de trabajo para hacer relucir todas las espadas. Álvaro y Diego dispusieron todas las armas extendidas en el patio del caserón para hacer un inventario y luego las contemplaron.

—¿Crees que algún señor nos las compraría?

—No vamos a venderlas —aseguró Álvaro.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué coño vamos a vivir? —Diego puso mala cara.

Álvaro se encogió de hombros sin darle mucha importancia y luego volvió la vista a su hermano.

—Venga —lo invitó—. Escoge una.

Diego le echó una mirada poco amable.

—No sé a qué cojones has venido. Si piensas que puedes cambiarme, pierdes el tiempo, hermano.

—¿A qué temes? —lo desafió Álvaro, al que no le intimidaba su actitud—. ¡Diego!

Álvaro se quedó mirándolo mientras este se alejaba a las cocinas.

Poco después, en la soledad de la estancia, Diego observó a María destripar una gallina, cortarla y lanzarla a una cacerola junto con un ajo y unos hierbajos. Luego le echó un puñado de sal, aceite, y un chorro de vino. Álvaro apareció al cabo de un rato y se sentó en un taburete a su lado. Sin que le dijera nada, Diego le sirvió un vaso de vino como en una taberna.

—¿Sabes cuánto cuesta mantener una casa como esta? —le preguntó Álvaro a su hermano al cabo de un rato.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —Diego levantó un momento la mirada.

—Mi padre era el único que sabía lo que significaba mantener una casa así —los interrumpió María, algo alejada, frente a los fuegos. Su tono de suficiencia molestó a Diego y sorprendió a Álvaro.

—Calla, mujer —la atajó Diego, enrabietado—. Tú solo has sabido volver al Palacio Viejo con el condenado de tu hijo sin pelear por lo que te correspondía como viuda. No sabes nada de una casa, y menos de un señorío.

—¡Volví para cuidar de tu madre! —gritó María, y a través de sus arrugas se dibujó una expresión sombría—. ¿Qué sabrás tú de cuidar a nadie?

—Cuida esa lengua. Has vuelto para que me ocupara de tu hijo. Que Dios te perdone por tus mentiras —la acusó Diego—. Ese mozo debería estar en la casa de los Corajo y no bajo mi techo.

María tiró un paño contra la mesa, harta de su situación, y se marchó de las cocinas. Los hermanos estuvieron un instante sin decirse nada.

—Me acusas por haberme ido —soltó Álvaro—. Pero no estabas solo. La tienes a ella —dijo, señalando hacia donde María acababa de irse.

Diego le dirigió una mirada poco amable. Se levantó a revolver el caldo.

—Esta casa cuesta el levantarse todos los días a trabajar de sol a sol, sin excepción —lo atajó —. De lo contrario, se cae a pedazos. Pero qué vas a saber tú.

—¿Y cómo piensas hacerlo sin una mujer y sin hijos? Y sin María.

Diego lo fulminó con la mirada. Álvaro frunció el ceño.

—Diego, madre ha muerto —murmuró Álvaro, mientras negaba con la cabeza—. No tienes nada que te mantenga atado.

—No hables de lo que no sabes —susurró Diego—. No espero que me entienda un hombre sin raíces.

Álvaro quiso replicar, pero se contuvo.

Diego se giró y revolvió el caldo con una cuchara para no verle la cara a Álvaro. Aunque le costara reconocerlo, Diego prefería que la muerte se lo llevara de una puñetera vez, y era consciente de que desear una cosa así constituía un pecado grave. Aunque nunca perdonó a Dios por haberle arrebatado a Marina, seguía siendo temeroso de su voluntad. Quitarse la vida implicaba vagar en el purgatorio por toda la eternidad, y Diego estaba seguro de que su amada lo aguardaba en otro sitio. La muerte llegaría. Entre tanto, habría de soportar la vida sin ella.

Álvaro rompió el silencio incómodo que se había formado.

—He venido a por ti. Te necesito. Me he cruzado Castilla entera solo para que vengas conmigo. Traigo un asunto por el que nos pagarán una fortuna, y volveremos al pueblo como señores.

—¿Y se puede saber quién se hará cargo del Palacio Viejo?

—¡María y Hernando! —repuso Álvaro.

Diego lo miró un instante sin decir nada con expresión cansada. Sirvió dos cuencos llenos de caldo humeante y se sentó a la mesa frente a su hermano. Álvaro se lo quedó mirando.

—La carta —insistió—. Es de un primo nuestro. Un primo lejano.

Diego sabía que, si no le daba la oportunidad de hablar a Álvaro, este iba a insistir el tiempo que fuera necesario, así que decidió darle una tregua.

—¿Quién es? —preguntó finalmente.

—Lo llaman cardenal Santa Cruz —comentó Álvaro, y sacó la carta que llevaba en el bolsillo, la misma que le había enseñado la noche anterior—. Es Bernardino de Carvajal, de los Carvajal de Trujillo. Nos pide que viajemos a Roma cuanto antes.

—¿Ese hombre dice ser primo nuestro? —quiso saber Diego, extrañado.

—Eso es —sostuvo Álvaro—. Le escribí hace meses. No esperaba que respondiera, pero dice que le vendrían bien nuestros servicios como soldados de fortuna.

Diego se detuvo un momento. La cosa no estaba para rechazar nada. La tierra no daba para más, y no podía presionar a aquellos que explotaban sus tierras. Tenía que dar con la manera de salir adelante y prosperar, ahorrar riqueza para los años venideros, y Diego era consciente de que jamás sería un buen mercader. Su oficio estaba en las armas.

—¿Cuánto es la paga? —quiso saber.

—¿Cómo voy a saberlo? —murmuró Álvaro—. En Barcelona oí que las garras del mal asfixian a la curia. El papa tiene muchos enemigos, la guerra contra Francia, sublevaciones en Nápoles, los turcos en el Adriático, las revueltas en Florencia… La cosa está mal. Dos cristianos como nosotros pueden servir al papa.

—¿O sea…?

—Mercenarios —siguió Álvaro. Clavó los ojos en los de su hermano, insistente—. Alabarderos.

—No voy a blandir una pica.

—No, pero eres listo y sabes encontrar a un hombre —sostuvo su hermano.

—¿Y eso qué tiene que ver? —indagó Diego.

—El cardenal nos pide que busquemos a un hombre.

Diego se mantuvo en silencio y durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Luego su hermano lo miró a los ojos.

—Sé que estás harto de esta vida, hermano mío —murmuró Álvaro, y Diego se estremeció al oírlo—. Pero no, Diego, la muerte no vendrá a por ti a este pueblo de mierda. Tal vez haya llegado la hora de que salgas de Trujillo y seas tú el que vaya a por ella.

Perseguirá a la muerte.

Las palabras de Álvaro hicieron mella en Diego. Sin saber de lo que hablaba, había dado justo en el clavo. Esa noche, las pesadillas lo consumieron. *La muerte no vendrá a Trujillo*, se repetía. *Nodo me queda aquí*. Despertó a mitad de la noche con un sobresalto, cubierto de sudor. Estuvo un instante sentado en el lecho, sin saber si estaba despierto o no, y le pareció ver frente a sus ojos a Marina entre las sombras. La muchacha, a los pies de la cama, lo miró con ojos sombríos y desapareció en la oscuridad.

Diego había pasado todos esos años reprimiendo un único sentimiento. Se levantó y se enfundó la capa. Ensilló un caballo y salió al galope hacia Trujillo. La luz de la luna bañaba y seguía al jinete, que espoleó a su montura hasta la extenuación. Estaba aturdido, confuso, llevaba días sin dormir y años sin comprender lo que había sucedido. El graznido de un cuervo en lo alto acompañó su estela como un mal presagio. Entonces oyó unos cascos a sus espaldas y un grito.

—¡Diego!

Como una oscura silueta, vio venir a Álvaro por el camino.

—¡Vete! —le gritó.

—¡Detente! ¡Por piedad!

Álvaro lo alcanzó casi sin aliento y puso su montura delante de él. Ambos caballos relincharon y se frenaron con violencia. Álvaro desmontó, colérico, y su hermano hizo lo mismo.

—¿Para qué has venido? —Esgrimió Diego, encendido, y lo empujó.

—Te he visto ensillar el caballo y salir al galope en mitad de la noche como si fuera un asunto de honor —soltó Álvaro—. ¿Qué creías que iba a hacer? No pensaba abandonarte.

Diego lo miró con rabia, a punto de obsequiarle un puñetazo.

—¿Después de todos estos años has decidido preocuparte por mí? ¡Vete por donde has venido!

Álvaro escupió el suelo. Estaba harto de ese discurso.

—No debí irme. No debí dejarte tirado en Trujillo —manifestó con rabia contenida, por primera vez—. ¿Era eso lo que querías oír? Siento haberme ido, Diego. Siento que tuvieras que ocuparte de madre y de María.

Su hermano lo empujó con rabia y ambos se separaron, como en una tregua momentánea. Luego Diego echó una mirada al cielo, justo cuando comenzaba a lloviznar. Álvaro dejó pasar unos instantes antes de dar unos pasos hacia él.

—Desde mi regreso, solo he visto una sombra de lo que has sido. María me ha dicho que eres un muerto en vida. Un despojo.

—Eso es porque ni tú ni ella sabéis nada de mí —masculló Diego.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —quiso saber Álvaro, harto de aquella situación.

Ambos se quedaron en silencio, en mitad del camino. La lluvia empezó a caer, y a ninguno de

los dos pareció importarle.

—Iré a zanjar un asunto con Ramiro Aguirre —resolvió Diego.

—¿Aguirre? —lo interrogó su hermano con extrañeza—. Quiero que vengas a Roma conmigo, Diego, maldita sea. A ganarte la vida como soldado. ¡Juntos encontraremos a ese hombre y nos ganaremos el favor del papa! Abandona de una vez las historias de esta tierra muerta.

Diego contempló la lluvia.

—Iré contigo, tienes mi palabra, si es que vale de algo —zanjó al cabo de un momento—. Pero antes acabaré con esto.

Álvaro entornó la mirada. Recordaba la historia de los Aguirre.

—Don Ramiro… ¿no era el padre de la muchacha que murió preñada de ese caballero…?

—Galcerán de Miguel —le recordó Diego con frialdad.

Ambos hermanos se sostuvieron la mirada.

Diego se pasó una mano por el rostro. Era difícil seguir manteniendo oculto aquel dolor añejo, una angustia que se unía a una vida anodina y a las guerras intestinas de casas rivales, a unos vecinos vulgares y a lazos familiares envenenados. Diego necesitaba huir de Trujillo y escapar al fin de su pasado.

—Nunca fue de Galcerán de Miguel —reconoció al fin.

Álvaro observó a su hermano sin decir nada. La lluvia los empapaba. Estuvieron un rato así, sin hablar, y a Diego le hubiese gustado saber qué cosas pasarían por la mente de su hermano en ese momento. Tal vez habría cambiado la idea que tenía de él. Entonces Álvaro apoyó una mano en la mejilla de Diego y clavó sus ojos en él con una mirada encendida.

—¿Por qué crees que he vuelto? Siempre he sabido de esa historia con Marina. Pero ya es hora de quemar esas hojas secas y limpiar el campo, hermano mío.

Diego se quedó de piedra.

—Ahora que he vuelto, no te dejaré solo —continuó Álvaro—. Vendrás conmigo a Roma, Diego, aunque tenga que atarte a la grupa de mi caballo.

3

Campamento de Atella, Reino de Nápoles

Italia era una avispero de por sí y Nápoles, su campo de batalla. Diversos y ocultos intereses movían a cada una de las familias nobles, representantes de sus estados, lo cual hacía imposible no sentirse amenazado, incluso ante aquellos que se decían aliados. El cambio de bando era una cosa habitual entre aquellos linajes que veneraban más la riqueza que la honra.

Gonzalo de Córdoba llegó al campamento de la Santa Liga con los mismos infantes y hombres de armas con los que había tomado la fortaleza de Laurino, por instrucción del rey Ferrante, hombres en su mayoría españoles. Alfonso de Rueda iba con él, a su vera, seguido de sus capitanes de confianza, pajes y secretarios. Detrás de Rueda marchaba su hijo Tristán, el joven escudero.

Rueda creía que los hombres como él o como Gonzalo estaban forjados de otro modo. Ambos profesaban el mismo sentido de la honra. Además, Rueda vestía con lujo, al igual que su capitán. Gonzalo solía decir que los dineros eran para utilizarlos y que vestir bien y con elegancia era una manera de honrar su posición. Para él, era la forma más sencilla para que los infantes comprendieran que el rango de capitán era el más alto de la hueste y merecía respeto. Podía decirse que ni Rueda ni Gonzalo eran agresivos, sino lo contrario: poseían la voluntad de arreglar las cosas, aunque a veces fuera necesario utilizar la violencia.

Se encontraban a poca distancia de Atella, el lugar que había escogido el virrey francés de Nápoles —el duque de Montpensier— para refugiarse con su ejército. En una suerte de plaza de armas en el campamento, salieron a recibirlos los principales señores. La Santa Liga contra Francia estaba compuesta por las tropas del duque de Venecia, el reino de Nápoles, los Estados Pontificios y los Reyes Católicos. De todos ellos, el general de la Liga era el veneciano Francesco Gonzaga, duque de Mantua, un hombre apuesto que vestía con lujo una armadura de tipo alemán, oscura y ornamentada. A su lado estaba el rey Ferrante de Nápoles —llamado «Ferrandino» por sus escasos veintiocho años—, y el legado pontificio, el cardenal César Borgia, sobrino de su santidad Alejandro VI. De todos ellos, Rueda comprobó que el más elegante era Borgia, pero era Ferrante el que demostraba una actitud más propensa al combate.

Don Gonzalo se giró hacia sus capitanes.

—Esperadme fuera de la tienda —les pidió con cortesía—. No os ocultaré nada a vosotros, pero no quiero ofender a estos señores, desconfiados hasta de su sombra, yendo yo con toda mi

hueste a la reunión.

Los suyos lo tomaron como una chanza y un cumplido y respondieron con risas. Gonzalo se arregló la boina e intercambió una mirada con su amigo Rueda. El rey Ferrante se había adelantado a todos los señores y había acudido al encuentro de don Gonzalo, a quien saludó con un apretón de manos. Se había desplazado a Atella con su senescal, su chambelán, su mayordomo y algunos oficiales que ocupaban el oficio de camarlengos. Todos esos hombres encargados de gestionar la casa real de Aragón en Nápoles viajaban con él y estaban allí para servirlo.

—Nunca es tarde si la dicha es buena —le dijo el rey.

—Dios ha querido que nuestros caminos volvieran a unirse, majestad.

Ferrante era un joven de corazón noble —a diferencia de su padre y su abuelo, quienes habían sido unos tiranos— que luchaba por su reino. Desde hacía tres años cruzaba Italia de norte a sur con sus hombres en lucha contra los franceses. Derrota tras derrota. Cuando Gonzalo lo conoció, se encontró a un joven dispuesto a dar la vida por su reino. Le sorprendió saber que Ferrandino había retado a duelo a Carlos VIII, rey de Francia, para resolver el conflicto a la vieja usanza. Dos reyes, dos espadas, un único duelo a muerte. Carlos lo había rechazado, supuestamente sabedor de las habilidades del joven Ferrante con el acero.

Los señores se reunieron en la tienda. Los capitanes de Gonzalo fueron con la hueste para levantar el campamento español. Alfonso de Rueda, por su parte, esperó fuera de la tienda junto a Tristán, sentados en un tocón.

—¿No vamos a ir con el resto?

Rueda miró a su hijo. El chico tenía quince años, era delgado, pero tenía la actitud de un caballero, por sus gestos al hablar. Siempre con la mirada seria, calculadora, Tristán poseía los verdes ojos fríos de su madre.

—Aguarda aquí conmigo. No tardará nada.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó el muchacho.

Su padre esbozó una sonrisa enigmática.

—Porque lo conozco.

En efecto, poco después salió Gonzalo de la tienda en solitario, con aire apresurado y una expresión de rabia en el rostro. Rueda se puso en pie y fue tras él.

—Cuando no hay voluntad de trabajar, las cosas se estancan —murmuró Gonzalo para sí, disgustado—. Cuando no hay voluntad, los hombres se convierten en marionetas del poder.

—¿Qué ha sucedido? —indagó Rueda.

—El asedio lleva más de un mes —bramó Gonzalo, que se detuvo y señaló la ciudad—. Dentro de Atella está Montpensier emborrachándose de vino con docenas de compañías de franceses, suizos, italianos y alemanes desde hace cuatro semanas. Han echado a todos los habitantes fuera de las murallas y continúan recibiendo bastimento. Alfonso, aquí hay gente a la que le conviene que esta guerra no acabe nunca. A nosotros no, desde luego.

Rueda frunció el ceño. La hueste española sufría varios meses de retrasos en sus pagas. Necesitaban acabar la guerra cuanto antes. Ambos se dirigieron a su campamento, seguidos de Tristán, y los tres entraron en la tienda del capitán como una exhalación. Don Gonzalo pidió a sus pajes que los ayudaran a cambiarse de ropas. Poco después, salieron los tres con ropajes viejos para explorar los senderos de alrededor de la villa de Atella.

Anduvieron durante horas más de cinco leguas inspeccionando el terreno. Rueda dibujó un

mapa improvisado, con laderas, bosques, arroyos, un río, algunos vados, puentes, sin parar de seguir a un incansable Gonzalo de Córdoba que no se conformaba con echar un único vistazo a las cosas ni abandonaba nada al azar. En un momento de la tarde, el capitán pidió a Tristán que bajara una ladera y explorara unos molinos junto a un río. Mientras aguardaban a que regresara el chico, Rueda miró a su amigo.

—¿Crees que es por Gonzaga, el veneciano?

Gonzalo asintió, sin dejar de mirar al horizonte.

—El corazón se hace más pequeño cuanto más sospecha.

Rueda no se mostró tan de acuerdo.

—Bien, pues lo diré yo. Venecia le paga a ese cabrón para mantener la guerra quieta, sin ir para adelante ni para atrás. ¡Podría estar bebiendo copas con Montpensier! Estoy seguro de que espera a que la flota veneciana se haga con los puertos de Nápoles antes de atacar. Tal vez ese hijo de puta ya lo haya pactado con el virrey francés.

Gonzalo volvió la vista hacia su amigo y se sonrió. El capitán, pese a la edad, era un hombre atractivo, de mirada firme y segura, y tenía fama de hablar lo justo.

—Alfonso, recuerda que un caballero no debe ser ajeno a su dignidad de hablar bien —lo reprendió, y volvió la mirada al horizonte nuevamente—. Visto lo visto, en Italia puede ser cualquiera, incluso el mismo papa, el que haya decidido cambiar de bando y negociar. Venceremos, no desesperes. Tanto si Gonzaga nos la ha jugado como si no, lo veremos. A veces la ventaja la da el enemigo y a veces la da la prudencia.

Tristán regresó desde los molinos, colina abajo, como un tiro.

—Sí, tienen un molino desde donde envían harina, y sus represas alimentan el acueducto de la ciudad. Además, hay un sendero que conduce al otro pueblo —informó casi sin aliento—. Tienen a dos destacamentos de piqueros suizos y ballesteros gascones en la granja, resguardando las acequias. Es el sitio desde donde abastecen a Atella.

Don Gonzalo le dio unas palmadas de aprobación en el hombro al chaval. Luego se giró hacia Rueda.

—Regresa al campamento y reúne a todos los capitanes y a los condotieros. Vamos a terminar el trabajo que esta gente no ha sabido hacer.

A sus veintiún años, César había alcanzado muchas de las metas que a cualquier hombre le haría falta una vida entera para cumplir. Iniciado en la carrera eclesiástica de niño, su padre lo había nombrado obispo de Pamplona con dieciséis años y arzobispo de Valencia con diecinueve. Con veinte, cardenal de la Iglesia. Todo esto le otorgaba unas cuantiosas rentas y hacía de él un auténtico príncipe cardenalicio rodeado de sirvientes y de lujo. Sin embargo y pese a todo esto, César Borgia era profundamente infeliz.

Se encontraba en su tienda de campaña en aquel paraje llamado Atella acompañado de su hombre de confianza, Ramiro de Lorca, uno de los guerreros más extraordinarios de toda Italia. Un paje les sirvió en la mesa y ambos comieron en silencio. César sentía su corazón bullir por dentro de rabia y de pasión. Lo único que deseaba era enfundarse una armadura y cabalgar al frente. Sentía envidia de hombres como Ferrante. Era joven y ambicioso, y ansiaba demostrarle a su padre que podía aspirar a transformar el apellido Borgia en sinónimo de poder y establecerse como una de las familias más poderosas de todo el tablero que formaban los estados, reinos, ducados y señoríos de Italia. Ese era su deseo, pero estaba lejos de poder llevarlo a cabo. César era

un simple cardenal.

Ramiro de Lorca rompió el silencio y le habló de estrategias y de asuntos de guerra. César apenas lo escuchaba. *Como caballero, aplastaría Atella con mil infantes en una sola tarde. Como cardenal, solo me queda usar el ingenio y conspirar*. Clavó sus ojos del color del ámbar oscuro en Lorca. César poseía una mirada firme, y las facciones de su rostro eran muy marcadas, su nariz, su boca, su mentón. Mitad aragonés, mitad romano, César exhibía con desparpajo lo mejor de ambas casas.

—He pensado en situar a las tropas junto a los aragoneses. No sé qué te parece —comentó Lorca, para acabar su discurso.

—Resguardadas y a cubierto —ordenó César sin mucho interés—. No puedo permitirme regresar a Roma con bajas. He mandado llamar a Celaro Romano para darle instrucciones.

—Bueno, no sabemos lo que durará este asedio.

No lo sabemos. César Borgia amaba la guerra, pero no como legado pontificio. Poseía un espíritu guerrero, y habría sido un gran gonfalonero de la Santa Iglesia de no haber sido por el deseo rotundo de su padre de convertirlo en cardenal. Sí, su padre. Porque para mantener las apariencias los hijos del papa eran llamados sobrinos, *nipote*, aunque fuera un secreto a voces de la alta nobleza que Vannozza Cattanei había parido a los cuatro hijos del pontífice y que el papa, además, acababa de escoger a la hermosa Giulia Farnesio, la mejor amiga de su hija Lucrecia, como su amante predilecta. Dicho lo cual, Alejandro VI, su *santísimo* padre, tenía planes para todos sus hijos, y en esa disposición el destino de César tenía color púrpura. De él dependía el futuro de una dinastía pontificia.

—Te veo mala cara. ¿Crees que estamos en el bando ganador? —inquirió Lorca con una sonrisa picaresca cuando se sirvió una copa de vino.

—El bando ganador es aquel en el que está mi padre según le convenga —murmuró César—. Aunque haya que pactar con los franceses otra vez. Lo importante es mantener las posesiones de la familia. Ya habrá tiempo de ajustar cuentas con los demás.

—Los Orsini —susurró Lorca.

César se encogió de hombros. Orsini, Colonna, Savelli, Gaetani, Sforza, Della Rovere, el rey de Francia… La lista de enemigos era interminable. En lo que se refería a los Orsini, habían cometido la desfachatez de comprar algunos bastiones en Roma, Cerveteri y Anguillara, y apoyaban al mercenario Menaldo Guerra en la ocupación de Ostia.

—El papa prepara a las tropas pontificias, compañías de fortuna y mercenarios para el asedio a Bracciano, bastión de los Orsini, y espero que Su Santidad decida nombrarme gonfalonero. Para nosotros esta guerra absurda en el sur es una pérdida de tiempo. Es el precio por formar parte de la casa de Aragón.

—¿Pretendes ser cardenal y comandante de las tropas pontificias? —Esgrimió Lorca.

César llevaba mucho tiempo con aquella idea en la cabeza. Convertirse en el capitán general de los ejércitos del papa. Era joven y poseía el carácter violento necesario para un hombre de armas. ¿Quién mejor que una persona así y que, además, contaba con los conocimientos y la posición de un cardenal para ejecutar la misión de defender a la Iglesia?

En ese momento, apareció el capitán Celaro Romano, uno de sus soldados fuertes en la hueste papal y que aspiraba desde hacía años a ser miembro de la guardia pontificia, aquellos escoltas que mejor combatían y que defendían con su vida al papa. Romano entró en la tienda

con el yelmo bajo el brazo e hizo una profunda referencia ante el cardenal. Se trataba de un tipo fornido y con el cabello rubio recortado por los lados y el flequillo en forma redonda, al estilo italiano.

—*Il Gran Capitano* ha convocado a todos los condotieros, capitanes y caballerizos. Ha dado órdenes para todos, como si los que estamos aquí no supiéramos hacer la guerra y nos comandara a todos —soltó Romano, con disgusto—. Incluso Ferrante y Gonzaga se dejan llevar, como rameras en un burdel.

—No te permito que hables así de los aliados del papa, Romano —lo reprendió César.

Ramiro de Lorca esbozó una sonrisa maliciosa. César había discutido con Gonzalo de Córdoba sobre estrategias; sin embargo, el enviado del rey de Aragón había preferido tomar todas las decisiones por su cuenta, sin prestar atención a nadie más que a sus propios capitanes.

—Don Gonzalo no ha sabido apreciar mis consejos —continuó César—. Te he mandado llamar porque quiero que mantengas a nuestras tropas lo más alejadas posibles del enfrentamiento, no importa lo que dicte Gonzalo de Córdoba. El papa tiene otros planes y no quiere desperdiciar a sus mercenarios suizos. Cada uno de ellos cuesta una fortuna, y tenemos más guerras en las que combatir aparte de esta pelea sucia de Ferrante y Gonzaga.

—El único que quiere combatir es el castellano —prosiguió Romano—. Y hablando de suizos, el Gran Capitán pretende atacar a un cuadro de picas con su infantería de bandidos desarrapados. Creo que ha perdido el juicio.

César le devolvió un gesto serio.

—Son españoles. Prefieren llenarse la bolsa de honra que de oro. Guárdate el consejo, Romano.

El cardenal hizo un gesto con la mano para que se marchara de allí.

—Hay romanos a los que no les corre sangre por las venas —murmuró César cuando aquel se fue.

Lorca esbozó una sonrisa.

—¿Ha vuelto tu hermano a Roma?

—¿Juan? —El gesto de César se endureció—. El papa lo ha llamado para tenerlo a su lado, después de que los reyes de Castilla y Aragón no le hayan dado el trato que merecía. Tres años recogiendo migajas de la corte de Fernando. Lo que no sabe mi hermano es que Roma se ha vuelto peligrosa.

En realidad, Roma y el Vaticano eran un polvorín. Los enemigos de los Borgia acechaban, y, además de todos ellos, un asesino al que las lenguas ocultas se referían como «el Toscano» rondaba la corte cardenalicia. Tenía que ser alguien de confianza, un viejo conocido, un nuncio o un cardenal, alguien que mantenía oculta su identidad. El Toscano era el perro de alguien, pero ¿de quién? ¿A qué familia había jurado lealtad? ¿Orsini? ¿Sforza? A César le quitaba el sueño. El Toscano era una injuria contra su familia, contra su apellido. César le había prometido a su padre que desvelaría su identidad antes que la estúpida comisión secreta que había creado para tal propósito. Nadie más, sino él, debía limpiar el nombre de la familia. César, por orgullo, atraparía al Toscano. Para ello debía acabar con aquel contratiempo de la guerra de Nápoles y regresar al Vaticano lo antes posible.

—Acabemos con esto y volvamos a Roma —le dijo a su lugarteniente.

César se cambió la casaca y pidió que ensillaran su caballo para presenciar las operaciones del

capitán español en el campo de batalla.

Tristán estaba junto a su padre y los hombres de la compañía, esperando a que Gonzalo de Córdoba les explicara el plan. Delante, bajo la ladera que él mismo había recorrido, se hallaban el molino y las presas del acueducto desde las cuales abastecían a la ciudad sitiada. Una guarnición de mercenarios velaba por aquel lugar. Según las enseñanzas de su padre sobre el arte de la guerra, existían dos elementos a los cuales resultaba imposible enfrentarse sin salir escaldado. Uno era la caballería pesada francesa a campo abierto. El otro, un cuadro de piqueros suizos. Con su arte y disciplina, los suizos erizaban el cuadro con sus picas en todos los ángulos y resultaba imposible penetrar en su defensa, lo cual volvía su avance imparable.

Don Gonzalo regresó tras reunirse con los capitanes y condotieros de la Santa Liga y se acercó a los hombres fuertes de la compañía que comandaba su alférez, Alfonso de Rueda.

—¿Cuál es el plan, capitán? —Manifestó Rueda en nombre de todos.

Los hombres prestaron atención a su líder.

—Vamos a lanzar un ataque sorpresa contra el cuadro de picas —anunció.

Se miraron unos a otros. Ya ni siquiera les sorprendían las ideas disparatadas de su capitán, fáciles de entender, imposibles de llevar a cabo. Al igual que lo de escalar Laurino u otras tantas, esta operación se sumaba a una larga lista de locuras de Gonzalo de Córdoba.

—Es imposible atacar a un cuadro de piqueros suizos, mi capitán —se atrevió a manifestar Espínola con el mayor de los respetos.

Don Gonzalo barrió al grupo con la mirada.

—Muchos de aquí habéis estado en Granada conmigo y habéis confiado en mí, incluso cuando creíais que había perdido el juicio —se defendió Gonzalo—. Atended a lo que os digo. Un cuadro de picas es lento como una tortuga, y nosotros somos muchos y más rápidos que ellos. Haremos un ataque a la carrera. Rodeleros con espadas y navajas, infantería ligera, los pasaremos a cuchillo antes de que puedan pensar. Nos infiltramos entre sus líneas antes de darles tiempo a erizarse. En menos de un santiamén habremos acabado con ellos.

Hubo un silencio entre sus hombres.

—Rodeleros contra un cuadro de picas suizo —murmuró Alarcón, sin creérselo.

—No, Juan, rodeleros a la carrera contra un cuadro sin formar —lo corrigió don Gonzalo, que acostumbraba a aprenderse los nombres de pila de todos sus hombres. Luego les echó un vistazo y se detuvo en Rueda—. Quiero cien voluntarios.

Gonzalo se retiró y Rueda comenzó a organizar a los hombres.

Gonzalo de Córdoba situó a sus escuadras de desarrapados frente al molino, en lo alto de la colina. Mandó que la poca caballería que traía cubriera uno de los flancos. Los españoles apenas iban armados; muchos de ellos vestían calzas y jubones raídos y por encima algún peto, algún brazalete, unos cuantos con yelmo. El resto iban como iban, como si los hubiesen lanzado a Italia en catapulta, con una espada y un escudo deshecho al que llamaban rodela. Frente a una escuadra de mercenarios profesionales suizos, los españoles no eran más que unos simples bandoleros de montaña.

Un poco más allá se presentó el rey Ferrante, acompañado de su senescal y otros caballeros y del duque de Mantua, Francesco Gonzaga, el general veneciano de la Santa Liga. En ese momento, un alférez de la compañía de españoles alzó una mano y todos se empezaron a mover en silencio, con una disciplina desconcertante. Bajaron la colina sin decir ni mu. Alguien dio la

voz de alarma en el molino y el destacamento de ballesteros gascones salió a la parte frontal. Al mismo tiempo, los mercenarios suizos dieron gritos y trataron de coger sus picas para colocarse y formar un cuadro.

Los gascones dispararon.

En el interior de la formación aragonesa, los españoles gritaron.

—¡Rodelad!

Levantaron sus escudos redondos y detuvieron el primer y único ataque de proyectiles de los ballesteros. A continuación, la caballería aragonesa hizo su aparición por sorpresa y cargó contra los gascones, que rompieron su formación, y todo fue un caos junto al molino.

En mitad de la formación, Alfonso de Rueda alzó su espada.

—¡Ahora! ¡Corred! —gritó.

Entonces la escuadra de rodeleros bajó la ladera como almas que llevaba el diablo y atacó a los piqueros a la carrera, antes de que estos pudieran formar y erizarse. Entre todos ellos iba la figura delgada de Tristán, ataviado con una armadura de cuero, una espada y un puñal. El muchacho corrió junto al resto y cuando llegaron ante los primeros suizos estos alzaron sus picas. El chico siguió avanzando en cuclillas bajo aquel techo de lanzas y alabardas y cuando alcanzó el frente clavó su espada y su puñal en el abdomen de un suizo pálido. Sus compañeros españoles se metieron entre sus filas con desparpajo y apuñalaron a los mercenarios, sin compasión. El cuadro suizo, apenas formado, se rompió en un santiamén, y los españoles limpiaron el sitio de enemigos. Tristán avanzó sorteando cadáveres, siguiendo los gritos de su padre en el frente, apuñalando piqueros. Muchos de los suizos huyeron junto a los gascones y seguidamente fueron perseguidos por la caballería.

Doscientas bajas enemigas en un periquete. Ninguna baja española.

—¡Romped el molino! —gritó Tristán a los españoles que estaban con él.

Rápidamente una docena de hombres destruyeron las aspas y cortaron el suministro de agua de los acueductos de Atella, la ciudad sitiada. Hubo vítores. Tristán alzó su puño en señal de victoria. Cuando los franceses que se encontraban en un campamento a media legua del molino quisieron reaccionar, Gonzalo de Córdoba ya había ordenado el repliegue de los suyos.

Una acción limpia y ordenada.

En la colina, en cambio, el ambiente era de asombro. Gonzaga intercambió una mirada con Ferrante y con el cardenal Borgia, que volvió el caballo y se marchó a su tienda. Al regresar al campamento, los aragoneses fueron aclamados por toda la hueste por aquella maravilla táctica. Después de un mes de sitio, a Gonzalo de Córdoba le habían bastado unas horas para llevar a cabo su primera acción, y los soldados de todas las naciones supieron reconocer su valía como estratega. Entonces todos lo vitorearon, y se corrió la voz de su sobrenombre. El Gran Capitán. El rey Ferrante estaba henchido de orgullo. Solo Gonzaga y César Borgia mantuvieron el semblante serio. Cada uno, como en aquella guerra, tuvo sus razones para hacerlo.

4

Arguisuelas, reino de Castilla.

Camino de Cuenca a Valencia

El cansancio hizo que Diego pisara mal y metiera el pie en una charca lo suficientemente profunda como para mojarse las medias de lana. Su hermano Álvaro se detuvo más adelante a esperarlo. Marchaban en silencio bajo una llovizna persistente desde Cuenca, arrebujados en sus capas, con los rostros cubiertos de barbas de un par de semanas. Aunque Diego se había hecho al camino, detestaba andar con los pies mojados. Volvió a ajustarse los fardos a la espalda, donde llevaba su equipo, y continuó la marcha con mal humor.

Los hermanos se habían decidido por aquella ruta que tenía menos posadas, pero que pasaba por Cuenca. Diego estaba muerto de hambre y apenas podía pensar. Un hombre de su talla comía como un toro y era incapaz de soportar largos períodos en ayuno sin que le afectara al ánimo. En aquel momento tan solo quería encontrar un refugio y conseguir un plato caliente.

La tarde caía cuando Álvaro señaló unas luces sobre una colina.

—Ahí.

—¿Arguisuelas? —apuntó Diego.

—Confiemos en que sí —murmuró su hermano. En Cuenca les habían dado el itinerario que debían seguir hasta Valencia, donde cogerían una embarcación a Roma.

Llegaron al pueblo cuando casi no había luz. Se trataba de una población pequeña de pastores, de casas bajas, que parecía deshabitada. A Diego lo que más le sorprendía de Castilla era su silencio: la única melodía que podía oírse en aquella tierra era el viento cortante y la lluvia, que no daba tregua. Echaron un vistazo a los portales. En cada pueblo se sucedía la misma historia. Siempre resultaba difícil pedir cobijo —y qué decir de un plato de comida— en un pueblo sin iglesia. También los hermanos lo tenían más complicado que la gente que viajaba con mujeres o niños. Nadie quería recibir a dos hombres fornidos, hombres de armas.

—Vamos a probar suerte —musitó Álvaro, sin mucha esperanza.

Se acercó a un portal y llamó a la puerta. Diego aguardó a cierta distancia, para que la cosa fuera menos amenazante, pero su porte y su corpulencia tras aquella capa oscura y mojada lo hacía todo más difícil. Álvaro habló con un hombre y luego regresó.

—Dice que hay una familia que puede acogernos esta noche.

Diego siguió a su hermano hasta una casa. Cuando llamaron, los recibió un hombre y los acompañó a un cobertizo donde tenía a sus cabras. Les dijo que podían pasar la noche allí y dormir sobre la paja. Les dio una vela para que pudieran encender un pequeño hogar.

—Más tarde vendrá mi mujer a traeros un poco de caldo —comentó el hombre.

Los hermanos lo agradecieron. Álvaro sacó una moneda de su cinto y se la ofreció. El hombre no la rechazó.

—Tal vez mañana podáis decirnos el camino que conduce hacia Cardenete y luego hacia Villora —le rogó Álvaro.

El hombre lo miró un momento sin decir nada.

—Podría pedirle a mi sobrina, que conoce los caminos mejor que yo, que os acompañara un tramo. En esta zona es fácil perderse.

—Os daré una moneda a cambio de que la chica nos acompañe si no os importa.

El hombre estuvo de acuerdo y recibió la otra moneda. La vida no estaba para rechazar oportunidades como aquella.

Cuando se fue, Diego soltó los fardos y se acomodó contra un muro. Luego se quitó las botas y las medias empapadas. Álvaro se encargó de quemar un trozo de madera para calentarse.

—Mucho mejor —murmuró.

Diego acercó los pies fríos al fuego. Fuera, la lluvia se desató, y ambos agradecieron haber encontrado ese refugio. El lugar olía a animales y a estiércol.

—¿Qué nos queda? —quiso saber Diego echando un vistazo a la bolsa de comida. No tenían muchos dineros y no sabían cuánto podía costar cruzar el Mediterráneo, así que compraban lo justo y racionaban lo que podían.

—Queso curado y pan —masculló Álvaro—. Coge.

No era mucho, pero Diego se sintió mejor después de llenar el estómago con algo.

—No deberías haberle pedido su ayuda —soltó después de un rato—. Creo que podemos apañárnoslas.

Álvaro no estaba de acuerdo con su hermano, pero lo dejó estar.

—Mañana vamos a levantarnos antes del alba y a practicar un poco más tu geometría y ese movimiento de pies.

Diego ya no lo oía. Le dolía todo el cuerpo de tanto caminar y del frío en los huesos. Todos los días, antes de partir, en cada etapa, él y su hermano practicaban con las espadas, y, poco a poco, Diego empezaba a recuperar su destreza. El tiempo no había borrado de su memoria ni de su instinto su manera de blandir una espada. Con aquel pensamiento, apoyó la cabeza sobre la paja y no tardó en dormirse profundamente.

Al día siguiente salió el sol, pero los caminos estaban embarrados. Los hermanos Paredes tuvieron suerte de que la sobrina del vecino apareciera esa mañana lista para partir y los guiara a través de senderos escondidos, cubiertos de hierba o piedras, y evitaran así los baches del camino. La cría era una muchacha de unos doce años. Sabía moverse bien y parecía hecha para el monte, conocía los senderos, los cantos de los pájaros y el viento. Recortaron un par de leguas hasta que vieron sobre una colina el pueblo de Villora. La chica les había ahorrado un buen trecho. Ambos se sintieron en culpa por hacer que la chica anduviera una jornada completa de viaje con ellos.

—¿Estás segura de que eso de ahí es Villora? —quiso asegurarse Álvaro.

La muchacha señaló la ruta.

—El camino sigue hacia Mira. Yo os dejo aquí. Es hasta este punto donde suelo acompañar a los viajeros.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Diego.

—Jimena —respondió con un brillo en los ojos—. ¿Y vosotros?

—Diego y Álvaro de Paredes. Somos de Trujillo —dijo Álvaro—. Si alguna vez volvemos por aquí, preguntaré por ti, Jimena. Has sido de gran ayuda.

Diego sacó la navaja que usaban para cortar el queso, que era una buena hoja con empuñadura de madera, y se la dio.

—Toma esto como recompensa.

La chica la guardó entre sus cosas sin detenerse a mirarla.

—¿A dónde vais?

—A por una galera que nos lleve a Roma —respondió Álvaro—. Vamos a Italia a hacernos ricos.

Los hermanos sonrieron y la chica les devolvió el gesto. Álvaro y Diego se despidieron y ella se quedó en la colina, junto a un árbol, mientras ellos bajaban al sendero.

Subieron hasta el pueblo de Villora y descubrieron una posada, con establo.

Cuando entraron, los recibió el calor del hogar. El lugar estaba bastante concurrido de viajeros, algunas familias y hombres de armas, a quienes saludaron con un gesto de cabeza a distancia. Agradecieron la compañía de más gente, acostumbrados a la soledad de los caminos. Se acercaron a la barra.

—Acomodaos donde podáis y ya os llevo algo de comer —los avisó el posadero.

Diego y Álvaro tomaron asiento en una de las mesas largas, junto al grupo de hombres de armas. Uno de ellos, el que estaba más próximo, los saludó y se interesó por sus viajes. Ellos respondieron simplemente que iban a Roma, de peregrinaje. Varios de los presentes asintieron y brindaron por ellos en el aire.

Uno de los que estaba de pie habló para todos.

—Para los que vais a Italia, hemos oído que ya no hay banderas de reclutamiento en Nápoles.

—Eso dicen —respondió otro hombre—, pero nosotros lo intentaremos igualmente. Solo llegan buenas nuevas del Gran Capitán y de su hueste.

—¿Gran Capitán? —repitió Diego.

Entonces apareció el mesonero y les puso dos platos con un tojunto de caldo, carne de cerdo y verduras.

—Gonzalo de Córdoba —soltó el que estaba más cerca—. Ese hombre ha cambiado la guerra de Nápoles y ahora los soldados de todas las naciones lo llaman así y quieren combatir bajo su mando.

La guerra de Nápoles. Desde Trujillo, Álvaro había tenido bastantes semanas para poner al día a Diego sobre los asuntos en Italia. Hacía tres años, al rey de Francia, Carlos VIII, un chaval que acababa de cumplir los dieciocho, se le había puesto entre ceja y ceja conseguir el trono de Nápoles y había bajado por Italia a por un nuevo reino con cincuenta mil caballeros deseosos de saqueo, con ciento y pico piezas de bronce grandes y doscientas bombardas. El papa se había aliado con Fernando de Aragón y este había enviado a Gonzalo de Córdoba, uno de los héroes de la conquista de Granada, con una hueste de desgraciados para hacer frente a la temible caballería francesa. Era lo que había. Para sorpresa de todos, don Gonzalo había convertido el barro en oro

y esos dos mil infelices eran ahora una de las infanterías más peligrosas de todo el continente. Aunque vagamente, Diego recordaba a don Gonzalo y sus dotes para el mando el tiempo que lo vio en la conquista de Granada.

—¡Es el fin de la caballería! —exclamó uno por encima de todos.

—Te digo que no —soltó el que había hablado antes—. Donde se disponga una buena horda de jinetes bien armados, eso no hay quien lo pare.

—La guerra ya no es lo que era, Legarda. Las cosas son distintas. ¿No has oído lo que pasó en Laurino? —preguntó el primero.

—Lo de Laurino y Atella fueron dos milagros —respondió uno al que llamaban Legarda.

—¿Milagros? —insistió su compañero—. Dos veces seguidas no es casualidad. Os lo digo, es el fin de la guerra como la conocíamos.

—¿Qué pasó en Laurino? —inquirió otro viajero con interés.

En ese momento, Diego se giró hacia Álvaro mientras los hombres hablaban de una de las batallas más inverosímiles de la contienda de Nápoles.

—¿Piensas presentarte a nuestro primo, el cardenal, así como así? Mira a estos hombres. Son gente de armas. Tú y yo parecemos campesinos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Álvaro.

—Que si le has dicho que no tenemos ni un maravedí.

Álvaro se encogió de hombros, algo molesto por su comentario.

—Presentaremos nuestra espada al cardenal con la honra por delante. Él verá qué hacer con nosotros. Ha pedido dos soldados de fortuna, no dos condes.

Comieron en silencio mientras los hombres de armas seguían comentando las batallas y hazañas de Gonzalo de Córdoba y de su hueste. Poco después, Diego alzó la mirada otra vez hacia su hermano.

—¿Y si no nos quiere?

—¿Quién? —preguntó Álvaro con la mente en otro sitio.

—El cardenal.

Álvaro frunció el ceño. Ni siquiera se había planteado aquella posibilidad. Iban con los dineros justos y habrían de buscarse algo para sobrevivir. De ser así, vagarían por la Romaña de señorío en señorío, en busca de una familia noble a la que ofrecer sus servicios.

Los hermanos se levantaron al alba y subieron al monte a practicar con las espadas. Diego volvió a trabajar en su geometría y realizó varias postas y argucias con el montante. Estuvieron un par de horas hasta que empezaron a sudar y decidieron regresar a la taberna a desayunar.

Ocho hombres de armas iban para Valencia, y los hermanos Paredes decidieron sumarse a ellos para viajar en su compañía. Esto era siempre una buena idea, sobre todo en las proximidades de una gran ciudad, donde solían abundar los bandoleros en los caminos y en las montañas. Diego, como siempre, no pasaba desapercibido. Los hombres vieron su porte y su constitución, sin hacer comentarios, como tampoco dijeron nada al ver el montante que cargaba entre sus fardos, una hoja negra que había sido desde hacía doscientos años la espada de los Paredes.

Cruzaron Castilla hacia el reino de Valencia y subieron por los montes hacia Utiel y Requena con buen tiempo. Álvaro departía con los viajeros mucho más que su hermano; Diego era más callado, y los últimos cambios en su vida lo habían vuelto algo reservado. Aunque el exilio de Trujillo le había hecho bien y tenía mejor semblante, seguía pesando sobre él un pasado oscuro.

En la venta de Siete Aguas, a pocas leguas de Arguisuelas, donde los viajeros hicieron noche, Legarda, que era el único que había estado en el Lacio, les habló de Italia y la manera que tenían de hacer las cosas allí. El reino de Nápoles, el reino de Sicilia, Roma y los señoríos de la Romaña, las repúblicas de Siena y Florencia, el ducado de Venecia, el ducado de Milán eran todos territorios gobernados por familias acaudaladas que se disputaban el poder, a su vez, con otros linajes que eran capaces de aliarse con cualquiera que combatiera por su causa, con el mejor postor, con el único fin de acabar con su enemigo.

—Dices, pues, que no se rigen por la honra —comentó Diego, para sorpresa de todos. Su voz resonó en el interior de la posada.

Legarda no eludió su comentario.

—La honra es una cuestión de la nación española. Aragoneses, castellanos, leoneses, navarros, extremeños… Nuestra gente conoce el valor de la palabra. Los italianos, como los franceses, entienden la vida a través de los ducados y florines.

Su discurso los hizo reflexionar.

Esa noche, en la venta de Siete Aguas, cuando todos estiraron las mantas y se tumbaron en el suelo junto al fuego, Diego estaba de brazos cruzados, con la espalda apoyada al muro, pensando en todas estas cosas.

—Me preocupa que nos tomen por bobos —murmuró.

Álvaro alzó una ceja.

—¿Te has visto, acaso? ¿Crees que alguien te tomaría por tonto?

Diego no se mostró conforme con eso.

—Nosotros pensamos en la honra y dejamos de hacer cosas por honor. Si en Italia son todos rufianes, ¿cómo vamos a abrirnos paso?

—No hagas caso a lo que dice Legarda —le aconsejó su hermano—. En Italia, como en muchos sitios, la gente tiene honor y orgullo. No todo es como lo cuentan, Diego. Lo que vale es la lealtad, al final de todo.

Diego frunció el ceño.

—La lealtad también tiene un precio. Si la gente cambia de bando tan a la ligera, habrá que estar en alerta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque pensaran que nosotros también estamos dispuestos a hacerlo. Piensa el ladrón que todos son de su condición.

—¿Y tú no estás dispuesto, acaso? —le preguntó Álvaro.

—Soy un hijo de puta, pero un hombre de palabra —dijo Diego.

Álvaro entornó la mirada.

—Somos soldados de fortuna, Diego. Eso significa que, ante todo, somos unos supervivientes. No lo olvides, hermano. No eres un caballero del rey. Vamos a ganarnos la vida, no tenemos que demostrar nada.

Diego desvió la mirada y descubrió un pañuelo bordado que sobresalía de la bolsa de su hermano. Álvaro siguió la dirección de sus ojos y guardó el objeto.

—¿De dónde es ella? —quiso saber.

Álvaro le devolvió una mirada incómoda.

—Poco importa —murmuró.

Diego se dio cuenta de lo poco que sabía acerca de la vida y los viajes de su hermano. Supo por su mirada y por su tono de voz que Álvaro de Paredes también guardaba un pasado lleno de secretos y de dolor.

Esa mañana, Diego estaba muy cansado para practicar con el acero. Los ocho hombres y los hermanos Paredes salieron de Siete Aguas, bajaron la montaña y fueron a través del valle. Confiaban en completar ese día el recorrido hasta Quart, el último pueblo antes de Valencia. No llevaban ni media jornada cuando Legarda, que iba delante, alzó una mano para que todos hicieran un alto en el camino y se puso el dedo índice en los labios.

—Yo también lo he oído —esgrimió uno de los hombres, y desenvainó su espada.

—¿Qué ocurre? —Álvaro echó un vistazo, sin comprender.

Los hombres desenvainaron sus aceros y algunos sus ballestas.

—Nos están siguiendo —murmuró Legarda—. Desde hace bastante.

Se miraron unos a otros.

Álvaro pasó por delante de todos.

—Vamos —bramó—. Si alguien tiene intenciones de atacarnos, lo estaremos esperando. No perdamos tiempo. Vamos, Diego.

Los Paredes fueron al frente.

El bosque a ambos lados del camino pareció volverse más sombrío. Una extraña calma dominaba aquel paraje, y ninguno de ellos quiso detenerse al mediodía a descansar. Vieron el pueblo de Quart desde un cerro pasada la tarde y decidieron hacer un alto. Justo entonces, mientras ponía sus fardos a un lado, Diego oyó un grito y uno de los hombres dejó escapar una voz de satisfacción.

—¡Ya lo tengo! ¡Mirad lo que he encontrado!

El hombre acercó a rastras a un sujeto, que no paraba de gritar, y lo dejó caer con violencia junto a los demás. Álvaro miró a su hermano. No era ningún bandolero. Cuando el soldado le quitó la capucha vieron que se trataba de Jimena, la chica de Arguisuelas.

—¡Una cortabolsas! —soltó uno.

—¿Qué haces tú aquí? —soltó Álvaro, extrañado.

Legarda alzó las cejas y miró a los Paredes.

—¿La conocéis? —espetó.

La chica se sacudió el polvo. Le sangraban las rodillas y las palmas de las manos. Vestía una capa con capucha y, en el hombro, una bolsa para el viaje. En ese momento, uno de los hombres de Legarda la cogió del cuello.

—Con menuda bandolera hemos topado —masculló, lascivo.

La voz de Diego, que era el que estaba más alejado, se alzó por encima.

—Suéltala —le ordenó en un tono amenazante—. Suéltala o te juro que te arranco la cabeza.

Diego apenas había hablado durante el viaje. Los hombres se giraron a mirarlo. Se puso junto a ellos en tres zancadas. El hombre cruzó una mirada con Legarda y soltó a la chica a regañadientes. La joven, casi sin aire, se llevó las manos al cuello.

Todo el mundo volvió a sus cosas y Diego se aproximó a la muchacha.

—¿Estás bien? —Se preocupó.

Jimena asintió y luego tosió.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndonos?

La chica desvió la vista al camino.

—Os he seguido el rastro varios días —murmuró—. Pude veros hoy al fin, cuando salisteis de Siete Aguas, pero tenía miedo de acercarme.

Diego se puso en cuclillas, para mirarla a los ojos. Desvió la vista a su bolsa. La chica se había preparado para un viaje largo.

—¿A dónde vas con todo esto?

—Yo también quiero hacerme rica en Italia —respondió con firmeza en la voz.

Álvaro miró a Diego, que frunció el ceño.

—No sabes lo que dices —esgrimió—. ¿Qué pasa con tu tío y sus cabras?

—Ese hombre decía que era el primo de mi madre, pero nunca me lo creí —murmuró—. Mis padres murieron. No quiero vivir con esa gente.

Diego se incorporó y su hermano se pasó una mano por el rostro.

—¿Qué hacemos? —murmuró Álvaro a su hermano.

—Si quiere venir, no vamos a impedírselo —zanjó Diego—. Creo que puede cuidarse sola.

Poco después, la comitiva volvió a ponerse en marcha. Anduvieron en silencio, bajo un ambiente adverso, fruto de la amenaza de Diego y de la tensión nacida en un grupo de hombres orgullosos que portaban armas. Los hermanos sabían que, al llegar a Quart, los soldados irían por su cuenta. La camaradería se había roto.

Llegaron al pueblo con la noche entrada.

En la posada, pagaron una habitación y se metieron los tres. Cenaron hambrientos y luego la muchacha habló con franqueza.

—Mi padre era un buen hombre —les explicó la chica—. Mi madre era una mujer de Cuenca y se llamaba como yo. Los dos murieron cuando el fuego arrasó el pajar y ellos se quedaron atrapados. Aunque era pequeña, me acuerdo bien de todo esto.

—¿Y qué pasó después? —La interrogó Diego.

Álvaro estaba detrás, de brazos cruzados. La chica miró a uno y luego al otro.

—Después de mucho vagar sin rumbo y de pedir limosna, el cura de Fuentes me llevó con esa gente de Arguisuelas y me dijeron que eran unos tíos lejanos. Que les hiciera caso y que ellos me darían de comer. Desde entonces he sido para ellos lo mismo que una esclava. Necesito huir. No espero que cuidéis de mí.

Diego intercambió una mirada con su hermano.

Esa noche, la chica se durmió sobre el lecho, y Diego tuvo la sensación de que la conocía desde hacía mucho tiempo.

—Diego, sé lo que estás pensando —murmuró Álvaro, sentado en la silla junto al candil—. No podemos decirle que venga con nosotros.

—No vamos a hacerlo —explicó Diego—. Ella vendrá por su cuenta. Es distinto.

Álvaro frunció el ceño. Diego desvió la mirada hacia ella, que respiraba tranquilamente sobre el lecho.

—Es lista, se nota —murmuró—. Sabe viajar sola, sabe moverse. ¿No era eso lo que me decías? ¿Lo de convertirnos en supervivientes y todo ese cuento? Déjala, que está huyendo igual que nosotros.

Álvaro desvió la vista hacia la chica. Luego miró a su hermano y luego se llevó una mano al rostro con preocupación.

Palacio apostólico, Roma

La luz se derramaba sobre el mármol de la estancia y sobre los baúles cuando los alabarderos de la guardia pontificia llenaron el espacio de la sala y el papa accedió a los apartamentos de su hijo a paso firme. César estaba sentado a una mesa rodeado de planos de las modificaciones que había pedido Su Santidad para la fortaleza de Sant'Angelo. Contempló largamente a su padre mientras este cruzaba el salón. Era un hombre mayor —tenía más de setenta años—, y, sin embargo, no parecía para nada un anciano. El pontificado le había otorgado una segunda juventud. La expresión de su rostro era limpia, y llevaba la frente despejada. Vestía una hermosa túnica dorada de hilo de oro. Cuando estuvo ante él, César se levantó y besó su mejilla.

Estaba dolido, no podía evitarlo. Había oído rumores a través de los secretarios de su padre sobre su decisión. Desvió la vista hacia los baúles que estaban al sol en medio de la sala. Su hermano Juan había llegado a Roma al fin, en compañía de su numeroso séquito y de su nueva esposa. César había querido agradarlo y decidió cederle sus apartamentos para que pudiera estar cerca de su padre y disfrutar del palacio apostólico. César se trasladó a su palacio en el Borgo. Sin embargo, la felicidad de volver a ver a su hermano mayor se esfumó en cuanto oyó las primeras voces de esos rumores.

—Sé por qué has venido —murmuró César a su padre.

El papa se giró a su guardia.

—Dejadnos solos.

Los alabarderos dieron media vuelta y se marcharon de la estancia. El papa se quedó con la mente abstraída. Todavía no contaba con un capitán de la guardia, alguien de quien fiarse. Muchas veces había sido Miquel Corella quien cumpliera con esa función, pero no era suficiente. Necesitaba encontrar a alguien de su tierra, alguien con quien entenderse sin palabras. ¿Quién ocuparía el puesto de capitán de la guardia pontificia, uno de los puestos más codiciados de toda Roma?

Una vez solos, Rodrigo de Borgia se acercó a su hijo y acarició su mejilla como si fuera un niño. Su expresión lo decía todo.

—Sé cuánto lo deseabas, pero a veces los caminos son misteriosos, hijo.

César no pudo aguantar y lloró. Aquella era la terrible confirmación.

No sabía si lo hacía de tristeza o de rabia. Su padre había decidido nombrar gonfalonero, capitán general de los ejércitos de la Iglesia, a su hijo mayor, Juan Borgia. César se sentía preso de la impotencia. Nadie conocía mejor que él el entramado político que se vivía esos días en Italia. Alejarse del título de gonfalonero era una manera también de recordar que su vida no estaba en las armas ni en la caballería, sino en la púrpura cardenalicia. Aceptar eso, para César, venía implícito de un sentimiento parecido a la derrota. A darse por vencido. Sin poder evitarlo, César estaba roto por dentro.

—César, hay más vida que ser el simple general de un ejército —afirmó Rodrigo, ahora de cara a la ventana—. Ahora quieres morir, pero debes entender que no eres un hombre cualquiera: los destinos de la cristiandad están puestos en ti. Y con ello, los destinos de nuestra familia.

César guardó silencio unos instantes.

—No entiendo tu decisión —murmuró el joven—, pero la acepto. Sabes que quiero lo mejor

para nuestra familia.

El papa se giró hacia él y se mostró conforme. Le dio unas palmadas en el hombro, como para quitar hierro al asunto.

—Bien hecho, hijo —manifestó en un tono más relajado—. Jugaremos bien nuestras cartas, te lo prometo. Puede que llegue el día en el que no necesites de un gonfalonero y seas tú el pontífice que dictamina dónde se colocan tus tropas. Sí, porque algún día serán tuyas, César. ¿No prefieres eso? ¿Comandar a toda la Iglesia en lugar de únicamente a una simple compañía de fortuna?

César cerró los ojos y se llevó una mano al rostro. Se sentía culpable por decir que sí, que prefería mil veces comandar a cincuenta mercenarios sin nombre que ser el papa de Roma. Porque para César la vida estaba en el disfrute de las cosas del día a día, en el lujo, en la ropa, en la guerra, en el acero, en la violencia, en la comida, en la bebida, en el amor y en las mujeres.

Pero aquellas vestimentas de cardenal lo privaban de todo eso.

César quería servir a su familia con lealtad y mantenía una lucha interna consigo mismo por no odiar a su padre ni a su hermano, por tratar de entender que las decisiones del papa eran lo mejor para todos. Él debía someterse, así lo había aprendido desde niño, convertirse en un instrumento para la familia. Su único deseo era ganar la aprobación de su padre.

Poco después, el papa abandonó la estancia.

César se quedó solo y perdió la vista en el horizonte de Roma. Tuvo tiempo de pensar en su infancia y en su niñez, en sus sueños y en los deseos de su familia para con él. Debía ser fuerte y maduro y aceptar simplemente que aquel era su destino elegido. La vida eclesiástica.

Ser el sucesor de su padre en el trono de San Pedro.

San Pedro, Roma

César estaba a pocos pasos de su padre y de su hermano Juan en la basílica constantiniana, abarrotada de la corte papal y de los embajadores y enviados de los príncipes aliados y vasallos de la Iglesia. A su lado se encontraba Ramiro de Lorca, su mayordomo, ataviado con un arnés completo. César siguió la ceremonia en la que el papa entregó a Juan Borgia el bastón de mando del ejército pontificio y el título de gonfalonero de la Iglesia y capitán general de todo el ejército de mercenarios que acudía a la guerra contra los Orsini.

César era consciente de que su hermano Juan era el favorito de su padre. El duque de Gandía era un joven agraciado, ciertamente apuesto, de rasgos varoniles y modales propios de una gran corte, si bien sus arrebatos lo transformaban, en ocasiones, en un verdadero monstruo y su conducta se volviera impredecible. Juan portaba un arnés completo a la italiana, más pulido que un medallón, sobre un jubón de mangas acuchilladas, gorguera y una preciosa capa carmesí. En el cinto, una espada de mano y media, un acero que costaba una fortuna.

César experimentó una envidia como nunca antes había sentido. No podía evitar verse a sí mismo como un prisionero de su destino. Aquel dolor era real, casi físico, le oprimía el pecho, ofuscaba su mente. Era incapaz de comprender que su padre no veía en él las cualidades necesarias para un buen general y sí, en cambio, en su hermano. César contempló a Juan de rodillas frente a su padre. Lo había recibido a su llegada a Roma y el primogénito del papa había

tenido un lugar preeminente en las fiestas eclesiales de aquel verano, sentado a la vera del pontífice, un honor únicamente ofrecido a príncipes soberanos. Rodrigo de Borgia había reunido al fin a sus hijos en Roma. Los dos mayores, Juan y César, estaban llamados a ser los baluartes de la cristiandad, uno como príncipe seglar, el otro como sucesor del padre en el trono de San Pedro.

César vio junto a su hermano al duque de Urbino. Se trataba del imperturbable Guidobaldo de Montefeltro, un noble cuatro o cinco años mayor que Juan que gozaba de más experiencia en el arte de la guerra, si bien lo que sabía era pura teoría, pues nunca había estado en una batalla en su vida. Ramiro de Lorca miró en su misma dirección y rio para sus adentros.

—Menuda pareja.

Ambos pensaban lo mismo. Juan Borgia era un general sin experiencia y un soldado inútil. Su padre se había empeñado en ponerlo al frente de la Iglesia para darle posición y que se labrara fama y fortuna. Era un secreto a voces que los Borgia buscaban su propio reino, su propio territorio, ¿para qué, si no, marchaban a asediar Bracciano? Las disputas con los Orsini no eran más que una excusa para un proyecto que venía de largo y que tenía que ver con volver a negociar con cada uno de los señores feudales que estaban bajo el vasallaje del papa de Roma. Rodrigo de Borgia soñaba con un señorío para Juan y con el inicio de un gran linaje para su familia.

—Ha puesto a su lado al duque de Urbino para que tome las decisiones por él —murmuró Ramiro de Lorca.

César admiró la armadura de Montefeltro a distancia y luego sus ojos fueron asu hábito. Se sentía ridículo con aquellas vestiduras.

—Guidobaldo tiene más fama por su padre que por experiencia propia —sostuvo César—. Y mi hermano solo sabe fornicar.

El gonfalonero hincó una rodilla y el papa hizo su bendición.

Detrás de él estaba Giovanni Sforza, el joven marido de su hermana Lucrecia. El Sforzino, como lo llamaban en la corte, era el lugarteniente de la familia Borgia en el sur, y habría de asegurar la retaguardia al mando de unas tropas pagadas por Venecia. Los franceses todavía no se marchaban de Nápoles, y faltaba mucho para que los varones angevinos —partidarios del rey de Francia— detuvieran las hostilidades.

El papa dio por finalizada la ceremonia.

A continuación, los presentes se dirigieron por el centro de la basílica hacia el patio porticado, seguidos de los oficiales que portaban los tres estandartes del nuevo gonfalonero, el de la Iglesia, el de los Borgia y el del ducado de Gandía. Fuera los esperaba una muchedumbre de más de ochocientos lansquenetes alemanes y otros quinientos infantes provenientes de distintos reinos, condados y ducados de Italia. Su misión era recuperar para el pontificado varias plazas y fortalezas que en su día habían pasado a formar parte del patrimonio de los Orsini. Como todos los señores pontificios, los Orsini se habían dedicado durante décadas a ignorar el poder de los papas, a negarles los impuestos que les correspondían como señores formales y a demostrar deslealtad y ligereza de palabra frente a los vicarios de Cristo. Ahora, con un pontificado fuerte, cada uno de los señores de los Estados Pontificios, desde Viterbo a la Romaña, iban a temer al ruido de alabardas y cañones de las tropas de Su Santidad.

—Virginio Orsini ha cometido un error al aliarse con el rey de Francia —comentó Ramiro de Lorca—. Lo pagará caro.

César frunció el ceño. El cardenal era joven, pero perspicaz. Su intuición política le decía que

debían andarse con cuidado. Era consciente de que su agudeza diplomática estaba por encima de la de un condotiero cualquiera, como Lorca, y que este no acertaba a realizar un juicio más allá de lo que veían sus ojos de primeras. Pero las cosas nunca solían ser como se ven a un primer vistazo, pensaba César.

Una figura tenía siempre varias aristas.

—Virginio Orsini es un hombre inteligente; nunca su familia ha tenido tanto poder como ahora —reconoció—. Bracciano fue durante un tiempo el cuartel general de Carlos VIII, y ha tenido la osadía de comprar más fortalezas a enemigos de mi padre. —Echó un vistazo al Colegio Cardenalicio—. Mira sus caras. Toda la curia ansia la derrota del papa. Mientras, Virginio Orsini continúa auxiliando a nobles angevinos en el sur y manteniendo la guerra contra la iglesia. Si consigue vencer, muchos señores lo verán como un ejemplo y se sublevarán contra el poder del pontífice.

—Maldita sea la guerra.

—¿Maldita? —repitió César, y esbozó una sonrisa enigmática.

—Sí —soltó Lorca—. Ojalá esos hombres supieran cuál es su lugar, respetaran la costumbre y se sometieran a su señor formal.

César volvió a sonreír.

—¿Se puede saber qué te causa tanta gracia? —Esgrimió Lorca, molesto.

—No lo entiendes, Ramiro —sostuvo César—. Nosotros, los Borgia, anhelamos la guerra, porque anula los pactos, que no sirven de nada. Años, siglos, de tradición. Todo eso se esfuma de la noche a la mañana a golpe de cañón, lanza y alabarda. La guerra, Ramiro, reescribe las relaciones y permite crear un mundo nuevo. Uno en el que podamos imponer nuestro poder.

Lorca guardó silencio ante su lección. César desvió la mirada y contempló a la masa de soldados en el patio vitorear a su hermano y a su padre como héroes de otro tiempo.

5

Ripa Cándida, reino de Nápoles

El cerco a Atella era cada vez más estrecho, mientras oscuras noticias llegaban desde Roma traídas por los vientos de guerra del norte. Gonzalo de Córdoba había reorganizado las tropas de la Santa Liga y había dado las órdenes para cada uno de los señores y condotieros. La guerra parecía estar finalizando en el sur, pero debían terminar con el trabajo, o, de lo contrario, corrían el peligro de que sus enemigos recibieran refuerzos y suministros y aquello se alargara en el tiempo. Si querían echar a los franceses de Nápoles, había que actuar con inteligencia y rapidez.

Era un día nublado, casi oscuro.

Tristán se hallaba en medio de la infantería, con su espada en la mano, sudando a mares, sobre uno de los muros de la fortaleza de Ripa Cándida. Una guarnición francesa y los partidarios de Virginio Orsini se defendían con uñas y dientes en una batalla cruenta. Las puertas habían sido abatidas gracias a la estrategia de Gonzalo de Córdoba, los escaladores habían cumplido con su misión y desde lo alto se podía admirar el violento choque de las fuerzas. En ese momento, Tristán defendía, junto a los hombres de su padre, el muro y la torre.

—¡Bloquead las salidas! —ordenó a gritos Alfonso de Rueda.

Corrieron todos juntos capitaneados por Espínola y pasaron a cuchillo a los franceses que trataron de subir por las escaleras. Los infantes se habían acostumbrado a atacar a la carrera después de su hazaña contra el cuadro de picas suizo. Poco a poco, conforme pasaba la guerra, la moral de los españoles aumentaba, y estos comenzaban a creer que no existía ninguna fuerza capaz de hacerles frente si se mantenían juntos, firmes y disciplinados. Rueda alzó la espada ensangrentada un instante para ver a su alrededor, y miró a su hijo, satisfecho. Ambos estaban cubiertos de tierra y sudor. Se apoyaron en el adarve para contemplar la batalla que ya estaba decidida. Ripa Cándida había caído en menos de dos horas.

—Habrá que conquistar fortaleza a fortaleza hasta Nápoles —comentó Tristán.

Su padre se echó a reír. Le dio unas palmadas en el hombro.

Poco después, el viejo Viñolas y Alarcón, que estaban con el grupo numeroso de escaladores, llamaron a gritos a Tristán para que arriara la bandera e izara las insignias aragonesas. Tristán se subió de un salto a un muro y en dos saltos consiguió llegar al mástil. Cuando alzó la banderola, Ripa Cándida estalló en vítores. Los aragoneses habían vuelto a obtener una nueva victoria.

Esa misma tarde, después de comer algo, contar las bajas y dejar a los hombres en sus

puestos, Rueda, Espínola, Alarcón y Tristán cruzaron la fortaleza hacia la torre del homenaje donde Gonzalo de Córdoba acababa de establecer su puesto de mando. El lugar estaba lleno de infantes que se saludaban y felicitaban por la batalla, todo olía a madera quemada y muerte, pero los hombres se habían acostumbrado a tragar el tufo de la guerra. La guerra de Nápoles, de marchas y contramarchas, sabía a polvo del camino y olía como el infierno.

Rueda entró con sus hombres y encontró a don Gonzalo frente a una mesa llena de mapas y figuras de ajedrez que señalaban las posiciones del enemigo. Montpensier y sus franceses estaban cercados en Atella. Gonzalo, que vestía con boina, armadura y capa, alzó la vista y vio aparecer a su gente de confianza. Estrechó las manos de sus hombres, a quienes felicitó. Cuando le llegó el turno a Tristán, lo miró a los ojos con seriedad y le habló en tono solemne:

—Se cantarán gestas de todas las banderas que Tristán de Rueda arrió de las fortalezas conquistadas.

—Cumplo con lo que se me ordena, capitán —respondió el muchacho con humildad.

Don Gonzalo desvió la mirada a su amigo Rueda y este le devolvió un gesto de orgullo. Tras un momento, el capitán regresó a los mapas.

—Gonzaga y sus venecianos han vencido a doscientos hombres de armas del virrey francés en el camino que lleva a Venosa, justo aquí —enunció Gonzalo de Córdoba, y colocó un caballo de madera sobre el mapa.

—Desde Ripa Cándida se servían la mayor parte de los suministros a Atella —comentó uno de sus capitanes.

Don Gonzalo asintió con la mirada seria bajo la boina.

—Hemos acabado con los molinos que alimentaban el acueducto y hemos tomado esta fortaleza que les enviaba alimentos. Pocas opciones le quedan al virrey francés.

—¡Acabemos con ellos! —Esgrimió un infante que estaba presente en la sala, y muchos otros se sumaron a esa idea.

Don Gonzalo barrió la sala con la mirada.

—Esta partida está terminada —aseguró señalando el mapa que bien parecía un tablero—. Tomaremos Venosa y propondremos una negociación a Montpensier.

Rápidamente se alzaron las voces de todos los capitanes:

—¿Negociar?

Rueda se dio cuenta de que a Gonzalo le molestaba que se pusiera en duda su manera de actuar. ¿Hasta cuándo iba a ocurrir eso? Cada vez que dictaba una orden o proponía un plan, hombres mediocres cuestionaban su autoridad. ¿Es que no iban a aprender nunca?

—La guerra está acabada —zanjó Gonzalo de Córdoba con paciencia, y las voces se fueron apagando nuevamente—. No aceptaré un derramamiento de sangre por venganza. Dictaré justicia sin codicia. No somos bárbaros, somos gente de honor.

En ese instante, entró un infante corriendo en la sala.

—¡Capitán! ¡Tenéis que ver esto, señor!

Gonzalo de Córdoba dio un rodeo a la mesa.

—¿Qué sucede?

—Estaba entre los heridos —informó el muchacho a su oído, casi sin aliento—. Han reconocido a Virginio Orsini entre los prisioneros.

Tristán fue en compañía de su padre y de algunos hombres de confianza de Gonzalo de

Córdoba hasta las mazmorras del lugar. Muchas veces había oído a alguno de ellos decir que la culpa de la guerra y de lo que estaba sucediendo en Italia era de Gentile Virginio Orsini. Se trataba del duque de Bracciano, cabeza de una de las familias más importantes de los Estados Pontificios, una estirpe que durante siglos se habían disputado el poder con los Colonna y los Savelli. Virginio Orsini, hijo del gran Napoleone Orsini, había luchado a favor de la causa aragonesa, aunque nunca apartó la vista de lo único que le importaba en realidad, la prosperidad de su casa. Su lucha con la familia Borgia venía de largo, pero resurgió con el asunto de las fortalezas de Anguillara y Cerveteri, una compra denegada por el papa, pues otorgaba demasiado poder al duque de Bracciano. Poco antes de eso, Virginio Orsini había convencido a Rodrigo de Borgia de iniciar una guerra contra los Colonna y los Savelli; sin embargo, llegado el momento, el papa no quiso mover pieza. Rodrigo de Borgia buscaba, en realidad, un principado para su hijo Juan, no ganar más tierras para los Orsini. Y en el entretanto, su viejo aliado Virginio se había vuelto demasiado poderoso.

Orsini, por su parte, vio estos dos actos como una declaración de guerra.

Aun combatiendo para la causa aragonesa, Virginio Orsini pidió a su hijo Cario —que en ese entonces estaba al frente del gobierno de Bracciano— que pactara el paso del ejército francés por las tierras de su familia. Carlos VIII, en agradecimiento, dispuso su cuartel en el ducado de los Orsini. Tras varias idas y venidas, Virginio Orsini acabó defendiendo la causa de los barones angevinos en el sur, como aliado del rey de Francia.

Y en esas andaba el mundo.

Guerras, disputas y traiciones. ¿Quién era el culpable?

En las mazmorras solo se oían lamentos. La poca luz, la humedad y el moho inundaba los corredores. El sitio olía como un matadero; las heridas abiertas, los vómitos y los orines de los prisioneros estaban a la vista de todos. Gonzalo de Córdoba se cubrió con un pañuelo y buscó con la mirada a los hombres de armas encargados de la prisión.

—Sacad de aquí a don Virginio —les ordenó—. No dejéis aquí a los heridos. Llevadlos al patio. Esto es inhumano.

A continuación, don Gonzalo subió con sus hombres a una de las salas del castillo y pidió a uno de los pajes que le sirvieran algo de comer. Poco después, apareció Virginio Orsini, con grilletes, acompañado de dos soldados. Se trataba de un hombre ancho y fuerte, que rondaba los sesenta años, hecho a la guerra más medieval o, dicho de otro modo, hijo de una época que se diluía con el paso de los días. Desvió la vista a su alrededor. Un paje y un secretario de Gonzalo de Córdoba estaban de pie, junto a Alfonso de Rueda y Tristán.

—Quitadle los grilletes —ordenó el capitán.

Orsini le devolvió un gesto cordial. Luego, Gonzalo de Córdoba le ofreció una silla y unas viandas con una copa de vino para que saciara el hambre. Orsini, desconfiado, vaciló un instante.

—Jamás acabaré con un enemigo por la vía del veneno, duque —declaró Gonzalo con voz firme. Cogió una copa y bebió a su salud—. Os trataré como a un señor, pero sois mi prisionero. Aprovechad esta comida.

El duque de Bracciano se mostró conforme.

—Diría que los aragoneses son gente de fiar, de no ser por nuestro pontífice y por Ferrante —murmuró.

—Las malas lenguas dicen que lo traicionasteis —convino Gonzalo.

—Las malas y las buenas —sostuvo Orsini, y luego alzó la vista del plato—. Hice lo que debía hacer. Rodrigo de Borgia no es el dueño de Roma. La compra de mis castillos fue un asunto legal.

Gonzalo se puso una mano en el mentón.

—¿Puedo saber quién deseaba desprenderse de dos fortalezas y de sus señoríos, sabedor de que iba a ganarse la enemistad del papa?

—Francesco Cybo —reconoció Orsini sin titubeos—. El hijo del papa Inocencio VIII. Necesitaba de dineros, y siempre es mejor acudir a los amigos, ¿no haríais vos lo mismo, capitán? —Orsini hizo una pausa y clavó sus ojos oscuros en los del capitán. Le sacaba quince o tal vez veinte años—. Esta es una guerra que lleva mucho tiempo, don Gonzalo. Rodrigo de Borgia busca crear su propio reino, su propio linaje, no le importa la iglesia. Ha pasado cincuenta años como vicecanciller acumulando rentas y propiedades, coleccionando deudas de favores de amigos y enemigos. Gobierna la iglesia como un príncipe, le basta con echar un vistazo y ver dónde ha colocado a sus hijos, sin ningún pudor. Llegó a creer que a la muerte de Inocencio todas sus propiedades irían a parar a manos de los Borgia, pero se equivocaba. En Roma nadie aglutina todo el poder. Nadie.

Tristán contempló a Gonzalo de Córdoba y admiró su templanza. El capitán se mantuvo en silencio el tiempo que Virginio Orsini tardó en comer y en beber. Luego don Gonzalo se incorporó un poco en la mesa.

—¿Y Ostia? —indagó el capitán finalmente—. ¿Es también una cuestión de las malas lenguas?

Orsini se revolvió en la silla, algo incómodo.

—¿Qué pasa con Ostia?

El capitán arqueó una ceja.

—Roma tiene los suministros bloqueados por culpa de un mercenario, Menaldo Guerra —expuso Gonzalo—. ¿Tienen algo que ver los Orsini?

—¿Cómo voy a saberlo? Llevo meses aquí en el sur…

Gonzalo miró a su secretario y luego a Rueda. Se formó un silencio bastante incómodo. Su respuesta dejaba claro que prefería no hablar sobre aquello.

—¿Vais a ejecutarme por traición? —le preguntó Orsini.

—No.

Virginio Orsini asintió, aliviado.

—Nunca creí que llegaría a ver a un hombre que estuviera a la altura de vuestra fama. Sois un caballero, don Gonzalo.

—Solo cumplo las órdenes de mi rey, don Fernando, y de mi señor, Ferrante de Nápoles —afirmó Gonzalo—. No está en mi mano este juicio. Si algún día, Dios no lo quiera, intercambiáramos los papeles, espero que recordéis mi conducta y lo tengáis en cuenta.

—Así será.

En ese momento, don Gonzalo se levantó de la mesa y llamó a Rueda y a Tristán para que fueran con él. Los infantes se quedaron junto a Orsini, como escoltas, dentro de la sala. Una vez fuera, Gonzalo se llevó una mano a la frente, incrédulo ante la situación.

—El papa te cubriría de oro por este prisionero —murmuró Rueda.

—Lo sé, lo sé —soltó Gonzalo, con la mente en otra cosa.

—Ahora mismo, el sobrino de su santidad, Juan Borgia, asedia Bracciano al mando de las tropas pontificias. El papa hará lo que sea para tenerlo en sus manos y negociar con su hijo un rescate.

Tristán comprendía en la tesitura moral en la que se encontraba su capitán. Gonzalo de Córdoba era un capitán y cumplía órdenes, y, sin embargo, también era un hombre de honor. Era consciente de la responsabilidad que significaba la decisión que estaba a punto de tomar, pues recaería sobre ese hombre y sobre su destino.

—Esta es la guerra de Ferrante de Nápoles, Ferrandino —sentenció tras haber sopesado todas las opciones—. Orsini llegó a ser condestable de su padre. Debe ser Ferrante quien lo juzgue.

Rueda alzó las cejas.

—El papa y el cardenal César Borgia te odiarán por entregárselo.

—Que lo hagan —murmuró Gonzalo—. No voy a traicionar mis principios por un puñado de ducados. El papa apreciará saber que los Orsini pagan a Menaldo Guerra por el bloqueo del puerto de Ostia.

Rueda estuvo de acuerdo. Gonzalo los miró a los dos.

—Quiero que seáis vosotros quienes lo escoltéis hasta Nápoles; no puedo dejar esto en manos de otra gente —les ordenó el capitán. Luego miró a Tristán—. No quiero que te separes de él, quiero que estés junto a su celda si hace falta. Día y noche, Tristán. Este hombre no puede morir.

Tristán tomó nota.

—Haré lo que haga falta, mi capitán.

Gonzalo de Córdoba desvió la mirada hacia la puerta de la sala donde se encontraba Virginio Orsini y un velo de preocupación pareció cubrir su rostro.

Palacio apostólico, Roma

Lejos de la batalla, en el Vaticano, el cardenal Carvajal se cubrió la boca con un pañuelo. Junto a él estaban el cardenal Sensi y dos ujieres de armas. Contemplaban el cuerpo putrefacto sobre el lecho. En el pasillo del palacio apostólico se oían los llantos de los criados y familiares del difunto, el cardenal Giuliano. Para los dos miembros de la comisión secreta que había constituido el papa no había ninguna duda del autor de aquella obra.

—Traed a un alquimista y a Luigi Podocatharo, el médico chipriota, para que lo examine —ordenó Carvajal con calma.

Los guardias salieron de la estancia. A continuación, el cardenal se aproximó al cuerpo para observarlo con detenimiento. La piel estaba hinchada y ennegrecida. Su lengua, deforme, era el triple de grande y apenas cabía en la boca; le otorgaba un gesto y una expresión demoníacos. Sus ojos, aún cerrados, parecían estar a punto de estallar.

Sensi pronunció unas palabras en latín. Carvajal desvió la mirada hacia su compañero. El cardenal Sensi le sacaba casi treinta años, y lo consideraba un intelectual. Pertenecía más a una escuela escolástica que a aquellas de nuevas tendencias —era seguidor de la filosofía clásica más que de reinterpretar a los clásicos—, y era poco favorable a la cábala cristiana y a cualquier aproximación del cristianismo con creencias paganas de la Antigüedad. Por su parte, Bernardino

de Carvajal apenas tenía cuarenta y tres años y era uno de los hombres de confianza de Rodrigo de Borgia. Cardenal de la Santa Cruz y recientemente nombrado obispo de Sigüenza, Carvajal era, además, el embajador de Fernando de Aragón en el Vaticano. Aglutinaba varios cargos, formaba parte de la Secretaría Apostólica y de la Cancillería, y estaba encargado de revisar secretos, breves y privilegios. Al recibir la orden de formar la comisión secreta, tuvo dudas de si un hombre conservador como Sensi sería la persona más adecuada para llevar un caso tan delicado como el del Toscano.

—Necesitamos a un especialista en venenos —murmuró Carvajal.

—Eso levantaría sospechas —opinó Sensi, con las manos en el regazo—. ¿Hay noticias de vuestros hombres, padre? Los extremeños.

El cardenal Carvajal negó con un gesto.

—Son dos hombres de mi confianza, es cuanto puedo deciros —aseguró—. Mucho me temo que para este asunto necesitaremos a más gente.

—Propongo buscar a personas ajenas a la curia —manifestó Sensi.

—Tengo la sensación de que el Toscano conoce al Colegio Cardenalicio —respondió Carvajal—. Sería un error prescindir de alguien que conociera bien los entresijos de nuestra corte, padre Sensi. El Vaticano es un laberinto de congregaciones y de órdenes mendicantes y militares, sin contar con la curia, las secretarías, la tesorería, la Cancillería…

Sensi se encogió de hombros, ofendido, y Carvajal supo que no iba a cambiar de opinión.

Mientras esperaban al médico, Carvajal divagó acerca de los últimos acontecimientos. Enumeró a los posibles enemigos que podría haber dentro de la curia. Comenzó por Giuliano del la Rovere, pero lo descartó rápidamente por hallarse en la corte de Francia. Continuó por Ascanio Sforza, vicecanciller de la Iglesia, perteneciente a la familia de Ludovico el Moro. Evidentemente podía ser un enemigo directo después de la alianza de Borgia con el rey de Francia; sin embargo, la traición del papa había vuelto a unir al Milanesado con Roma, y resultaba poco probable. El cardenal Pallavicini, muy cercano a Sforza, podía ser otra opción real, de no haber sido tan necio y descuidado, por lo que no parecía cumplir con las características de un hombre como el Toscano. El camarlengo, quizá, Raffaello Riario, pariente del fallecido Sixto IV, no obstante, tampoco tenía visos de ser un asesino, aunque el papa tuviera diferencias con sus parientes, sobre todo con la viuda de Girolamo Riario, la dama Caterina Sforza, señora de Ímola.

Carvajal contempló a Sensi y pensó en la rama más conservadora de la Iglesia. En el Vaticano se vivía una ola de discusiones intelectuales y de publicaciones, con propuestas y contraargumentos referidos a los grandes maestros antiguos de la filosofía. El bien y el mal, el cuerpo y el alma, las fuerzas supremas y los dioses. El propio círculo de Carvajal se había convertido en uno de los centros del platonismo romano y varios prelados y filósofos protegidos por él formaban parte de este debate.

Carvajal tenía el presentimiento de que el asesino era un intelectual. El Toscano se movía en círculos ocultos, a través de los oscuros corredores de las artes prohibidas, los envenenamientos y las disecciones, y eso iba de la mano con la sabiduría de los antiguos. Era un sabio, alguien con conocimientos tanto de filosofía como del cuerpo humano, de anatomía y de alquimia. En definitiva, el Toscano no era un hombre cualquiera. Comprendió que, para desenmascararlo, primero debía encontrar los verdaderos motivos que lo movían.

En ese momento, uno de los alabarderos entró con Podocatharo, el médico.

Ambos cardenales pidieron al guardia que se marchara. Tanto Sensi como Carvajal se mantuvieron de pie al otro lado de la cama y dejaron al médico trabajar en silencio. El chipriota sacó una serie de utensilios más propios de un cirujano que de un estudioso.

—Desconozco este tipo de veneno —murmuró Podocatharo tras un rato, mientras examinaba su brazo—. Que la piel se oscurezca de esta manera indica que la poción tiene una base de arsénico. No puedo agregar mucho más. Habría que realizar una disección completa de tres días para obtener más pistas.

Sensi no varió su expresión seria. Carvajal no hizo ningún gesto. Estaba fuera de toda posibilidad abrir el cuerpo de un cardenal. Las pocas disecciones que se hacían, sobre todo en la escuela de Padua, eran con delincuentes y gente de mala vida.

A continuación, Podocatharo cogió unas pinzas para examinar su lengua. Se había vuelto negra y ancha como un pez dentro de la boca. El galeno la levantó para observar la oquedad en su interior. Luego, con otras pinzas, extrajo un pequeño rollo de papel del hueco y lo apoyó encima de la mesa.

—Podéis retiraros —le ordenó Carvajal al ver el objeto.

El médico cogió sus herramientas, sin hacer preguntas, y se marchó. Sensi se aproximó a la mesa y cogió el papel, similar al de las dos primeras víctimas, y lo estiró.

«III
Agua negra, granizo enorme y nieve atraviesan el aire
tenebroso, apestando la tierra en la que caen».

Carvajal frunció el ceño. La nota confirmaba que pertenecía al Toscano. Sensi guardó el mensaje e intercambió una mirada con su compañero de comisión, tratando en vano de comprender qué extraño juego se les proponía.

6

Ciudadela del Vaticano

Los hermanos Paredes y Jimena se detuvieron en la plaza de San Pedro, junto a la fuente de agua y al abrevadero de los caballos. Estaban delante del Borgo, el barrio que se hallaba entre las murallas del Vaticano y el Castillo de Sant'Angelo. El sol se escondía tras las colinas romanas y en la plaza solo permanecían unos pocos peregrinos. Frente a ellos contemplaron los edificios de la ciudadela del Vaticano que alargaban sus afiladas sombras en la plaza. Un corredor conducía a un patio interior que antecedía a la basílica constantiniana.

—Mirad esa torre qué alta es —murmuró Jimena señalando el campanario medieval. Álvaro acabó de refrescarse y echó a andar hacia la escalinata.

Diego respiró el aire puro de Roma y tuvo el recuerdo del viaje en el mar. Se habían embarcado en una galera en Valencia un día soleado como aquel y la travesía había sido tranquila. El temor de ser avistados por flotas de corsarios había sido constante, sabían que en el Mediterráneo abundaban las embarcaciones turcas o bereberes que cogían prisioneros que acababan en cárceles de Túnez o incluso en Constantinopla. Diego y su hermano habían tenido la ocasión de poder conocer a muchos marineros que les contaron sus historias de mar durante las noches apacibles, historias de batallas marinas, de pueblos venidos del otro lado del mundo, nombres que Diego jamás había escuchado, como Omán, Yemen o la India. El mundo era inmenso y estaba por descubrir.

De aquel viaje por el mar, Diego tuvo otros dos recuerdos. El primero, las estrellas. Jamás había visto el firmamento como en alta mar, una cúpula celeste limpia de nubes, plagada de luminarias. Frente a aquella belleza fue imposible no sentirse conmovido. El otro recuerdo fue para la chica, Jimena. A veces Diego la miraba durante el viaje y le parecía que era una mujer mayor, como si portara, en realidad, los ojos de una anciana. El dolor y la pérdida habían hecho mella en su joven alma y Diego lo había notado en su forma de hablar y en su manera de mirar. Cuando indagó acerca de qué quería en la vida, Jimena le aseguró que solo buscaba vivir en paz, encontrar un lugar donde hallar la felicidad sin tener que sufrir los maltratos de nadie. Esos días sirvieron para que Jimena le contara con detalles la historia de sus padres, del incendio y de cómo habían perdido la vida. Ni el cura que la acogió ni nadie se interesó por lo que quería ella para su futuro, simplemente tomaron las decisiones por ella —la de entregársela a una pareja de Arguisuelas para que trabajara para ellos— y esa era la única razón por la que había elegido

marcharse. Jimena, como él, también huía de su pasado. Entonces, una noche en mitad del mar, confesó algo que a Diego lo atravesó como una lanza:

—A partir de ahora, solo me queda mirar hacia delante, porque todo lo que hay a mis espaldas muerto está.

—Yo me ocuparé de que no te pase nada —le había respondido Diego en la cubierta, aquella noche en el Mediterráneo en la que hablaban solos y en susurros. Había sentido que la responsabilidad de llevarla a Roma recaía sobre él. Sin embargo, Jimena había negado con la cabeza, muy seria.

—No quiero que seas mi padre. No soy una niña; puedo apañármelas sola.

Diego sintió alivio y vértigo a partes iguales. Jimena parecía tener muy claro qué era lo que quería en la vida.

—¿Y qué quieres de nosotros, entonces?

La chica se encogió de hombros.

—Que me dejéis acompañaros. Solo quiero encontrar un sitio para vivir en paz. No tenéis que cuidar de mí.

Lejos de su recuerdo, Jimena se quedó mirando a Diego en la plaza de San Pedro y le hizo un gesto para que fuera con ellos. Diego echó a andar. Admiró el arco enorme por el que cruzaron. Aquel vestíbulo los condujo a un patio porticado anterior a la basílica. Más adelante entraron en el templo por una de las puertas laterales. En el lugar apenas había gente, y una atmósfera sombría les llamó la atención. Si aquella era la casa de Dios en la Tierra, también podía decirse que en ella moraba el mal, pues un ambiente cargado, adverso, inundaba los corazones de la gente. La basílica tenía varias columnas en las naves adyacentes y luego dos hileras principales en la nave central. Los techos eran sostenidos por gruesas vigas de madera cuya decoración estaba carcomida por el paso del tiempo. El templo apenas estaba iluminado por unos cirios gruesos que goteaban y que estiraban las sombras de las columnas y llenaba rincones de oscuridad. Al fondo, distinguieron un deteriorado altar de columnas en forma de medialuna. En el centro, un cofre dorado reposaba bajo un baldaquino.

Eran las reliquias de San Pedro.

Álvaro intercambió una mirada con su hermano. Ambos recordaron a su madre y su anhelo de peregrinar hasta allí y realizar la ofrenda de su rosario. A Diego le vinieron recuerdos del Palacio Viejo. Álvaro sacó el rosario de su madre y se lo dio a Diego para que lo depositara con el resto de las ofrendas que había esparcidas. Estuvieron en silencio hasta que se fue la luz. Advirtieron que un sacerdote cruzaba desde el presbiterio hacia una puerta anexa en un costado.

Álvaro se levantó y lo alcanzó al trote.

—Salve, padre —lo saludó en una mezcla de castellano, romano y latín—. Hemos venido desde España para ver a nuestro primo, el cardenal Bernardino de Carvajal, cardenal de la Santa Cruz. Tal vez vos podáis ayudarnos.

El cura lo miró y luego echó un vistazo a sus acompañantes. Tras un momento, el sacerdote volvió la vista al español.

—Seguidme.

Álvaro le hizo un gesto a Diego con la cabeza. Su hermano recogió los fardos. Rápidamente siguieron el paso del sacerdote, que no tardó en cruzar el templo y acceder a otras estancias. Llevaba un manojo de llaves en el cinto. Los hermanos no tenían la menor idea dónde se

encontraban. Vieron un sinfín de edificios unidos entre sí, como una ciudadela. Anduvieron lo suficiente como para no saber el camino de vuelta. El eclesiástico abría puertas y luego volvía a echar la llave, y así avanzaban de sala en sala, de pasillo en pasillo. Lo hicieron hasta alcanzar un bello palacio de columnas y techos ornamentados con relieves y frescos. Diego jamás había visto algo así en la vida.

Al llegar a un ancho corredor, el prelado se aproximó al alabardero que custodiaba aquella parte del palacio. El ujier de armas se acercó a la primera puerta y llamó dos veces. Cuando se abrió, la persona del interior departió con él antes de que el clérigo se volviera a los viajeros y los invitara a pasar. Luego cerró la puerta y se marchó.

Álvaro, Diego y Jimena se vieron en el interior de un lujoso apartamento, rodeados de tapices, muebles decorados y alfombras. Se trataba de una sala amplia, con una estantería con libros y una mesa que servía como escritorio para el cardenal. Bernardino de Carvajal estaba de pie en medio de la sala. Se giró hacia su ayudante de cámara.

—Servid algo de comer y de beber a estos señores —ordenó. Luego volvió la vista a sus primos—. Sean bienvenidos mis primos.

Álvaro dio unos pasos hacia él, hincó una rodilla y cogió su mano para besar su anillo.

—Cardenal —murmuró.

Diego imitó a su hermano, torpemente. Lo mismo hizo la chica. El cardenal la contempló un instante con sorpresa.

—Es nuestra criada —soltó Diego para ahorrarse las explicaciones.

—Sentaos —les ofreció Carvajal, al tiempo que señalaba unos sillones—. Las circunstancias han cambiado.

A Diego se le ensombreció el gesto.

—¿Qué queréis decir? —inquirió Álvaro.

—El papa ha decidido que la comisión detenga sus investigaciones —explicó Carvajal—. Cree haber encontrado al culpable de todo esto.

Álvaro lanzó una mirada a Diego, que se llevó una mano al mentón.

—¿Qué ha sucedido?

—Las tropas aragonesas en el sur han tomado prisionero a Virginio Orsini, el jefe de una de las familias más importantes de los feudos pontificios. El papa cree que los ataques vienen dirigidos desde aquel bando. Ha tomado la decisión de detener las actuaciones de esta comisión hasta interrogar al prisionero.

—Vaya —soltó Álvaro.

—Por fortuna habéis venido preparados con vuestras armas —añadió Carvajal—. Os daré alguna ocupación.

Durante un instante ninguno de los hermanos quiso decir nada hasta que Álvaro se adelantó.

—Estamos muy agradecidos, padre…

—Mencionó a un hombre en vuestra carta —lo interrumpió Diego.

El cardenal se reclinó en el sillón. En ese momento apareció el ayudante de cámara con una bandeja con comida y una jarra con vasos. Luego se retiró.

—Servios —les ofreció Carvajal.

Diego no apartó la mirada de él, y el cardenal alzó las cejas.

—Vos creéis que ese hombre sigue al acecho —se aventuró Diego.

—Me veo en la obligación de tener que confiar en los dictámenes de Su Santidad —repuso con frialdad.

Diego guardó silencio. Álvaro miró a su hermano y luego a Carvajal.

—Lo que mi hermano ha querido decir es que estamos a vuestra disposición, eminencia —expresó con seriedad—. Somos mercenarios, soldados de fortuna con el oficio de las armas, y sabemos lo que es la discreción. Haremos lo que nos pidáis.

Carvajal los observó con detenimiento. Ninguno de los dos había tocado la bandeja de comida, aunque estaban hambrientos.

—El papa necesita hombres para su infantería y para su guardia —anunció el cardenal—. Acudiréis a Sant'Angelo y os alistaréis en los ejércitos pontificios. En unos días saldrán algunas compañías para Bracciano a participar en el asedio de la ciudad del duque de Gandía. Estad atentos, y os llamaré cuando sea necesario. Permaneced alerta.

Diego frunció el ceño. Álvaro le dio un toque con el codo. Luego, a regañadientes, ambos asintieron a la vez.

El cardenal levantó la mirada hacia Diego.

—Creo que el asesino que buscamos sigue suelto y que trabaja para alguna de las familias enemigas del papa. Pero no puedo contradecir a Su Santidad. Espero que lo entendáis —le confesó.

Los hermanos volvieron a mirarse discretamente.

—¿Tiene algún nombre? —insistió Diego.

Carvajal desvió la vista al suelo, con la mente en otra parte.

—El Toscano —respondió con voz sombría. Luego desvió la vista hacia Jimena—. Es un hombre que utiliza venenos y pone notas en la boca de sus víctimas.

Álvaro se estremeció. Diego se mantuvo en silencio. Ninguno de los dos sabía nada de venenos ni de pócimas.

—¿Qué tipo de notas? —indagó Diego.

Carvajal se encogió de hombros.

—Mensajes. Podría decirse que son sonetos.

Los hermanos y el cardenal guardaron silencio unos momentos mientras reflexionaban sobre esto último.

—Esta noche dormiréis en uno de los monasterios del Vaticano —les dijo Carvajal tras un instante—. Mañana al alba os presentaréis al capitán de la fortaleza y os alistaréis como alabarderos. Mantened los ojos abiertos. Pronto volveremos a encontrarnos.

Sin esperar respuesta, el cardenal se levantó y se retiró de la estancia mientras se quedaban sumidos en la incertidumbre.

Cuando salieron de allí, fueron conducidos por el paje hacia un monasterio, un edificio austero que contaba con muchas celdas para religiosos dedicados al rezo, aunque, en palabras de Diego, aquello bien podría haber sido una prisión. Los monjes los acomodaron en un habitáculo, los obsequiaron con tres mantas de lana y media vela y se marcharon. El lugar era lúgubre y frío. El único ventanuco tenía vistas a una plazoleta desangelada, el suelo crujía como el lamento de un arrepentido y la soledad del lugar pesaba en el ánimo de los tres.

—¿Qué cojones hacemos aquí? —murmuró Diego de cara a la ventana.

Una ráfaga de viento movió el marco y el frío se coló en la habitación.

—Nos está probando —sostuvo Álvaro.

—¿Crees que piensa que no valemos? —lo interpeló Diego.

Álvaro se encogió de hombros. Se dispuso a quitarse las botas.

—No lo sé.

—Te lo he dicho —observó Diego, resignado—. Nos ha visto así, dos campesinos con una criada. ¿Qué se iba a pensar? Sabe de dónde venimos, coño, sabe que estamos más hambrientos que el perro de un ciego. Así, ningún señor va a velar por nosotros.

—Al contrario —repuso Álvaro—. Creo que necesita ayuda. Me ha dado la sensación de que no confía tanto en las ordenanzas del papa. Si por él fuera, seguiría indagando sobre el paradero de ese Toscano. Aquí hay mucha tela que cortar aún.

Álvaro acabó de quitarse las botas y se tumbó en el lecho. Diego se sentó en la única silla un momento a reflexionar.

—Mata con venenos… —murmuró Diego.

—Y deja mensajes —añadió Álvaro—. Eso es porque quiere algo. No busca solo quitar la vida de sus víctimas. Esos mensajes van para alguien.

—Lo mismo da —soltó Diego tras un instante—. Por lo pronto, Carvajal nos quiere como alabarderos. Tal vez no nos vea capaces de resolver este asunto.

Álvaro no estaba de acuerdo con eso.

—No lo creo, hermano. De lo contrario, no nos hubiese confiado nada acerca del Toscano. Creo que quiere que tengamos algún cargo oficial para hacer uso de nuestros servicios. Alabarderos, infantes pontificios…

Álvaro no tardó en dormirse. En otro catre, la chica se arrebujó en sus mantas y se durmió, exhausta.

Diego se sentó junto a la ventana. Tenían muchas esperanzas en que el cardenal los acogiera entre su séquito, en su casa, bajo su protección. En lugar de eso, los había abandonado en un inmenso palacio desconocido, en un monasterio. Esa noche tuvo tiempo de pensar en el viaje desde Trujillo, su paso por Toledo, por Cuenca, la llegada a Valencia, la travesía por el mar. Le había sentado bien salir de su pueblo y alejarse de sus demonios, había vuelto a blandir una espada, y casi había recuperado su destreza después de semanas de prácticas con Álvaro. Sin embargo, seguía sin comprender cuáles eran los propósitos de Dios con él. Había dejado a su hermanastra a cargo del Palacio Viejo, que era todo cuanto tenía en la vida. A cambio, estaban en Roma, bajo la sombra de un cardenal del que no estaban seguros de que fuera a contar con ellos. Quizá habrían de ganarse la vida como simples infantes, alabarderos de Su Santidad. Diego se dio cuenta de que debía destacar: era la única manera de salir adelante.

No habría una segunda oportunidad para ellos en la ciudad eterna.

Sant'Angelo, Roma

Una bandada de pájaros sobrevoló a media altura y les dio una perspectiva de la grandeza de aquel baluarte. Cuando llegaron al final de la calle, salieron de la sombra de los palacios, y el sol volvió a bañarlos. Los hermanos pudieron ver las aguas del Tíber y la vegetación silvestre que campaba a sus anchas en ambas riberas. Frente a ellos se alzaba el tremendo mausoleo de

Adriano, una mole de piedra convertida en castillo y fortaleza, que parecía hacerse cada vez más grande a medida que se aproximaban. Los alrededores del Castillo de Sant'Angelo —de planta circular— estaban llenos de materiales, de madera y de hierro, había una forja de clavos, otra para balas de bombardas, y un aserradero. Docenas de albañiles y ayudantes se afanaban en las labores de mejoras de la fortaleza, y el movimiento de maestros y aprendices era incesante. Diego se llevó una mano a la frente y contempló que en lo alto estaban construyendo más estancias.

Álvaro divisó la puerta hacia el interior.

—Es por aquí —les señaló.

En una suerte de plaza de armas dentro del castillo vieron a centenares de soldados. Sant'Angelo estaba lleno de un ejército de mercenarios que el gonfalonero dividía en escuadras. Estas estaban formadas por españoles, alemanes, lansquenetes, suizos y compañías de fortuna, tropas particulares de caballeros mercenarios, nobles —que iban a pie o a caballo— y diversos hombres venidos de las montañas de Umbría o los Abruzos. El sitio estaba lleno de gente y de equipamiento amontonado a su paso. A Álvaro y a Diego les impresionó la variedad de piezas de armadura. Por un lado, las de estilo italiano, relucientes y pulidas, de acabados simples y muy cómodas. Por otro, las de estilo alemán, ornamentadas y recargadas con relieves y figuras que daban un aspecto más impresionante, pero que a la larga eran más rígidas. Cada hombre en el castillo vestía a su manera, con las señas e insignias de su lugar de origen, y no existía una uniformidad, lo que llenaba el patio, los pasillos, los muros y las torres de un sinfín de idiomas y jubones distintos.

A un lado divisaron a un secretario que apuntaba los nombres y la procedencia de aquellos que aspiraban a ser alabarderos del papa. Había más de una docena de hombres aquella tarde, hombres más altos, más bajos, corpulentos y delgados, gente de toda condición. Diego y Álvaro fueron a la cola. Cuando les llegó su turno, dieron sus nombres y el secretario alzó la mirada.

—Españoles, dejad vuestras cosas ahí a un lado y coged una pica para que os veamos formar, a ver qué sabéis hacer.

—Quédate con los fardos —le ordenó Diego a Jimena.

La chica llevó las cosas junto a una columna, a la sombra. El sol picaba y en el ambiente se mantenía una nube de polvo fruto de las pisadas sobre la arcilla. Diego y Álvaro cogieron cada uno una pica de madera y formaron con el grupo. Se trataba de una línea tremendamente desigual, tanto por alturas como por la manera de formar de cada uno.

—¡Para mí no sois más que unos campesinos! —gritó el capitán a cargo de los nuevos reclutas —. Me da igual si habéis combatido en la batallita de vuestro pueblo. Empezaremos por ver si sois capaces de levantar un arma. ¡En formación!

Campesinos. Diego se sintió ofendido, no pudo quitarse esa dichosa palabra de la cabeza. A continuación, uno a uno, fueron enfrentándose a un alabardero del castillo destinado a probar la valía de los nuevos reclutas. Era una acción rápida y simple: el alabardero atacaba primero y el recluta demostraba si sabía sostener una pica, si sabía defenderse, si sabía contraatacar. El turno de Álvaro pasó rápido, desvió la pica del alabardero y en el mismo movimiento atacó. El guardia pareció satisfecho y lo puso en la fila de los aptos.

—Venga, tu turno.

Diego se había quitado el jubón y la camisa. Se sentía rabioso. Estaba con las calzas y el torso al desnudo, lo que provocó la admiración de más de alguno. Llevaba semanas enteras practicando

con su hermano. Alzó la pica y comenzó a blandiría de tal forma que el alabardero ni siquiera tuvo la ocasión de acercarse. Su círculo geométrico abarcaba casi tres varas de largo, la barrera en la que ningún enemigo tenía permitido el acceso. Un murmullo de asombro se levantó en el patio, y varios de los soldados que por allí pasaban se detuvieron a observar. El alabardero se defendió de los golpes como pudo. Álvaro se incorporó con orgullo. Aunque lo había visto cientos de veces, le dio satisfacción ver la reacción de esos veteranos ante la destreza de Diego.

El guardia, que no se esperaba a un recluta como aquel, empezó a retroceder poco a poco, y Diego, sin detener las figuras de su esgrima y sus círculos en el aire, inició el avance.

Poco después, se detuvo frente al guardia con la pica recta en paralelo al suelo. Estaba cubierto de sudor y sus músculos hinchados brillaban bajo el sol. Había que tener una fuerza descomunal para sostener el arma desde aquel extremo. El alabardero levantó el arma.

El capitán cruzó la explanada hasta el español y lo miró con respeto.

—Nunca había visto a un hombre blandir una pica como lo has hecho. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Diego —afirmó este, muy serio—. Diego de Paredes.

Les fueron asignadas unas literas en unas estancias en las que dormían treinta o cuarenta soldados y que olía a madera podrida y a sudor. Por las noches los ronquidos, las ventosidades y las voces eran insoportables. Jimena los seguía como la criada de Diego y Álvaro y dormía sobre un jergón en el suelo junto a su litera, como un perro. Por las mañanas los alimentaban con un potaje de legumbres que sabía rancio y tenía un aspecto asqueroso. Todos conocían la causa. La culpa era de los franceses, que mantenían bloqueado el puerto de Ostia, lo que hacía imposible traer mercancías a la ciudad. Pese al optimismo de Álvaro, Diego tenía serias dudas de que convertirse en alabarderos del papa atrajera el favor del cardenal Carvajal.

Les dieron unos tabardos y les dijeron que esperaban órdenes del gonfalonero, o sea, del general de las huestes de la Iglesia, que era un sobrino del papa de nombre Juan Borgia. Esos días Diego los utilizó para practicar la destreza con su hermano, desde la geometría al movimiento de pies, pasando por todas las tretas y argucias del combate. Tuvieron la suerte de contar con toda la armería de Sant'Angelo, un compendio de armas de acero.

Entre tanto, también conocieron a un grupo de españoles con los que pudieron hacer buenas migas. Componían dicho grupo Cristóbal Villalba, Juan de Urbina, Cristóbal Zamudio y Juan de Vargas, cuatro tipos que habían probado el polvo de muchas arenas y lamido el barro de muchas batallas. Pero allí estaban, con la alegría de saberse servidores del papa, y por esa razón y porque decían pertenecer a la nación más grande de Europa, entablaron buena amistad desde el principio con los hermanos Paredes.

En aquellos primeros días dieron también con otro español en la guardia. Gonzalo Pizarro, trujillano, vecino del pueblo. Tenía un aspecto rudo y parecía bien integrado en la guardia y en la vida romanas; no por nada lo llamaban «el Romano». Aunque Diego y Álvaro lo saludaron con el júbilo de dos paisanos de su tierra, lo cierto fue que Gonzalo Pizarro los recibió con sobriedad; quiso saber dos o tres cosas del pueblo y les comentó que allí la historia era bien distinta a Trujillo, que había que habituarse durante los primeros días a la gente de Roma, que aprendieran el romano y que se fueran con cuidado. Los hermanos le agradecieron los consejos, algo decepcionados.

—Estaba así por el calor —sostuvo Álvaro por la noche a oscuras en las literas. Ambos

hablaban en susurros, como todo el mundo—. Estaba de mala hostia.

Diego cerró los ojos.

—Cuando ha hablado me ha dado la impresión de que lo hacía don Sancho.

Álvaro guardó silencio. Diego recordó la manera de hablar de su padre. Vinieron a él momentos perdidos de la juventud en el Palacio Viejo, momentos en los que su padre les exigía ser más rápidos, más ágiles, más fuertes. Aquella voz no se había ido del todo, y una parte de ella pervivía en la conciencia de ambos.

Castillo dell'Ovo, Nápoles

Caía una lluvia torrencial mientras Tristán observaba al Tirreno golpear sus olas con violencia contra el Castillo dell'Ovo. La fortaleza normanda, de planta ovalada como un huevo, como su propio nombre indicaba, se erigía en una península al costado de la bahía de Nápoles. Se trataba de un oscuro bastión de muros anchos, donde se decía que aún vagaban las almas torturadas de aquellos que habían perecido en sus mazmorras a lo largo de los siglos.

Los aragoneses presentaron al prisionero, Gentile Virginio Orsini, al capitán de la fortaleza. A Orsini lo conocían bien, para su mala fortuna. El viejo condotiero había combatido para los napolitanos y se había vendido al rey de Francia por dos señoríos. Su traición no tenía tanto que ver con Nápoles y sí con la guerra personal entre su familia y los Borgia, es decir, con el papa. Ahora los napolitanos no iban a desaprovechar la oportunidad de utilizarlo como moneda de cambio. Así que Orsini fue acomodado en un sitio parecido a la celda de un monje de clausura, con agua, comida y un lecho. Además, gozaba de la luz de una vela. No era un prisionero corriente.

Los Rueda se encontraban en uno de los patios de armas del bastión, a cubierto de la lluvia bajo un enorme arco de piedra, mientras contemplaban el mar que rompía en las rocas. Tristán estaba ansioso, por la misión, por el cansancio y un poco por el hambre. Gonzalo de Córdoba le había pedido expresamente que no se separara del prisionero, pero esa noche su padre había confiado esa misión a sus compañeros de armas. Rueda notó a su hijo intranquilo.

—Cuenta la leyenda que el poeta latino Virgilio escondió un huevo dorado con propiedades mágicas en lo más profundo de los túneles de esta fortaleza y que es lo que la mantiene en pie. Bastaría con quitar el huevo para que todo se venga abajo.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Tristán.

Rueda se cruzó de brazos.

—Me lo contó un infante napolitano. Todos en la ciudad conocen la historia.

Tristán volvió la vista al mar.

—¿Creéis que será cierto?

Su padre se apoyó a su lado, de cara al mar. Desvió la vista a los muros gruesos y firmes de aquella fortaleza inexpugnable.

—Lo único que sé es que nadie puede escapar de un sitio como este —murmuró—. Ahora mismo, Orsini es ese huevo dorado.

Tristán trató de disimular lo que realmente sentía. Gonzalo de Córdoba lo había mirado a él a la cara y le había pedido que no se alejara de Orsini, y aquel acto lo llenaba de responsabilidad.

¿Y si le ocurría cualquier cosa en su ausencia? ¿Cómo iba a explicarle a su capitán una cosa así?

Su padre le devolvió una mirada con preocupación.

—Lo que debería inquietarnos es que ese hombre busque quitarse la vida.

—¿Por qué habría de hacerlo? —insistió Tristán con extrañeza—. Lo tratamos como a un señor.

—El rey decidirá qué hacer con él ahora —sostuvo Rueda—. Muchos prefieren huir antes de que se desate la tormenta.

Castel Capuano, Nápoles

Alfonso y Tristán montaron y cabalgaron junto a algunos caballeros napolitanos al encuentro del rey Ferrante. El joven monarca los había invitado a su residencia en el Castel Capuano, en el centro de la ciudad, para celebrar la captura de Orsini y la salida de la guarnición francesa de Nápoles. La comitiva cruzó la ciudad bajo la lluvia hasta un castillo tosco, que bien podría haber sido un monasterio ruinoso. Era de planta rectangular, como una rejilla, con alas y claustros, patios porticados y columnados y salones decorados por los más grandes pintores del reino. Tristán nunca había estado en un sitio como aquel, y disfrutó de alejarse del ambiente de la guerra. Sin embargo, Castel Capuano guardaba algo difícil de expresar: todo parecía lucir bajo el último brillo que antecedía a la decadencia, como un velo que se abría ante el paso del tiempo.

La corte de Ferrante estaba reunida en una sala de espejos opacos y frescos en las paredes y en los techos. El mayordomo de la Casa Real de Aragón en Nápoles se ocupaba de que todos los oficiales y sirvientes cumplieran con sus funciones. Además de los nobles, caballeros y la familia del rey, también se encontraban los cargos más importantes, como el senescal y el chambelán, hombres que habían servido al padre de Ferrante, Alfonso, durante su corto reinado.

El rey vestía un lujoso jubón carmesí, a juego con el vestido de su esposa, Giovanella de Aragón. El pontífice Alejandro VI había tenido que otorgar una dispensa papal autorizando el matrimonio del joven Ferrandino con la que era su tía, por ser un aliado en la lucha contra los franceses. Giovanella era, además, hija de Juana de Aragón, hermana del rey Fernando de Aragón.

Tristán sentía admiración por Ferrante, no podía negarlo. El rey tenía solo veintiocho años, pero era como si llevara una vida guerreando. Era admirado por su pueblo, por su generosidad y su valentía, a diferencia de su padre o su abuelo, que habían sido más temidos que amados. Ferrante, en cambio, había combatido desde el inicio de la guerra, había cruzado Italia de punta a punta y había intentado entablar alianzas con todos los señores con el único fin de sostener a su reino.

Esa noche celebraba con sus aliados nobles, capitanes y condotieros la captura de un enemigo importante, pero no se encontraba bien. El rey parecía enfermo, y, aunque se esforzaba por mostrar buen ánimo, la expresión de su rostro lo delataba. En la sala había hombres de armas de muchas partes. El repostero mayor se había ocupado de la vajilla de oro y plata que se exhibía en las mesas. Los Rueda llegaron como legados de Gonzalo de Córdoba. Tristán, al igual que su padre, había aprendido a ser comedido con el vino y con la comida. Poco después el joven se levantó y anduvo hasta un balcón para contemplar las vistas de la ciudad. Le sedujo el aire fresco

en comparación al ambiente cargado del gran salón.

—Escudero —lo llamó una voz a sus espaldas.

Tristán se giró y se topó con Ferrante, que hizo un gesto para hacerle compañía en la balconada. El rey tosió y se cubrió la boca con un pañuelo. Luego apoyó su copa en la balaustrada y desvió la vista hacia sus invitados. Daba la impresión de que agradecía escaparse de ellos durante un momento.

—Dios me libre de la política —murmuró Ferrante. Tristán hizo una leve reverencia. Se dio cuenta de que el rey apreciaba hablar con una voz joven, pero con experiencia en combate, un escudero con aspiraciones de caballero que comprendía bien el juego de la política de aquella guerra.

—Habéis conseguido recuperar el reino, majestad —sostuvo Tristán a modo de enhorabuena.

—No he sido yo —reconoció el rey con la humildad justa—. Ha sido Gonzalo de Córdoba. Lo sé yo y lo saben todos los que han combatido en esta guerra. Esa es la verdad.

Tristán no se esperaba ese ataque de sinceridad.

—Bueno, don Gonzalo lucha por y para vos. Todos los hombres, de muchas naciones, os hemos visto desde Seminara hasta Atella combatir con fervor a nuestro lado.

Ferrante esbozó una sonrisa forzada.

—¿Y yo por quién lucho? ¿Por mi pueblo? He soportado a lo largo de mi vida una derrota tras otra y las victorias no han sido a manos mías, sino de otros hombres que me han jurado lealtad. ¿Qué clase de rey soy si no puedo vencer mis propias batallas?

—Son vuestras victorias, majestad —repuso Tristán.

Ferrante le dio unas palmadas en el hombro.

—Sois un fiel escudero, Tristán de Rueda —manifestó el rey—. Cuentan que habéis arriado siete banderas e izado otras tantas insignias de mi casa. Esas victorias son vuestras, de vuestros hermanos de armas, de vuestro padre, de don Gonzalo. No puedo adueñarme de ellas. Mías son las derrotas que he cosechado, desde Mordano hasta Seminara.

—Estoy seguro de que lo que se cuenta de Mordano son solo habladurías, mi señor —lo defendió el joven.

Tristán, que había hablado muchas noches con su padre y con don Gonzalo, creía comprender cada vez un poco más aquella guerra compleja de intereses particulares. Apreciaba aquella charla con Ferrante por su cercanía. Volvió la mirada al rey nuevamente.

—Ahora los hombres no hablan más que de un predicador florentino que ha levantado al pueblo en contra del papa. Girolamo Savonarola. Lo acusan de ser un pervertido y un lujurioso.

Ferrante se llevó una mano al mentón.

—Borgia conoce este juego más que ninguno de nosotros. Su curia es un infierno, Tristán: mentiras, traiciones, intrigas, conspiraciones se entremezclan con fiestas, orgías y rituales paganos. Lo que grita ese Savonarola es cierto. La cristiandad, en manos de príncipes temporales como los Borgia, está perdida. El papa lloró cuando le pedí su apoyo para mi padre, el rey Alfonso. ¿Sabéis lo que hizo? Me miró a la cara entre lágrimas y me dijo que no, que no podía, que se jugaba el futuro de la iglesia. Incluso me ofreció un salvoconducto para salir de Roma a salvo. El mismo día de mi audiencia con él, el rey de Francia y sus tropas entraron en la ciudad acompañados de Virginio Orsini y de cincuenta mil infelices. Rodrigo de Borgia vela por su familia. Por nadie más.

El rey vació su copa de un trago antes de entrar.

—Majestad —lo llamó el joven.

Ferrante se giró hacia él una última vez.

—¿Qué pasará con el prisionero? Con Orsini.

El monarca tuvo un nuevo ataque de tos. Cuando se repuso al fin, frunció el ceño con preocupación.

—No pretendo ajusticiarlo, aunque nada sería más gozoso para mí —expresó con sinceridad —. Voy a vendérselo al papa por de una buena suma y una alianza. Virginio Orsini será la moneda de cambio para ratificar mi reinado y también para vengarme de Rodrigo de Borgia y de sus lágrimas de traición.

7

Sant'Angelo, Roma

Álvaro sostuvo la barra. Echó un vistazo a un lado y vio a Zamudio, Urbina, Villalba y Vargas, que apostaban sus garbanzos entre risas. El patio estaba lleno de soldados, algunos cumpliendo funciones, otros practicando con sus armas. El joven cardenal César Borgia había regresado al galope de Nápoles con parte de las tropas pontificias y aquel día podían oírse voces en distintas lenguas de los mercenarios alemanes, suizos e italianos venidos de la guerra del sur. También habían arribado a Sant'Angelo las huestes de varios condotieros que iban por su cuenta a prestar servicio al papa con sus hombres.

Los alabarderos de Alejandro VI esperaban desde hacía semanas órdenes para dirigirse al norte bajo el mando de Juan Borgia, sobrino de Su Santidad, gonfalonero de las tropas pontificias. Entre tanto, los españoles practicaban con todas las armas, se ejercitaban y cumplían la disciplina de la fortaleza, y Diego y Álvaro disfrutaban de la vida de soldados de fortuna, alejados de las obligaciones de un labrador.

Los hermanos Paredes habían estado en el patio de armas de Sant'Angelo toda esa mañana jugando a la barra, una competición que consistía en lanzar un palo de hierro e intentar que cayera en vertical, para así determinar la distancia a la que había caído. Participaban con el resto de los españoles. En aquella tanda, ambos quedaron finalistas. Como ninguno de los presentes era rico, se apostaban legumbres. Álvaro estiró el brazo y cogió la barra para lanzarla. A pocos pasos, Diego aguardaba su turno con su vara en las manos.

—No tienes la menor idea de tirar esa barra, hermano.

Los españoles soltaron risas ante el desafío.

—Ya veremos quién ríe último —bramó Álvaro.

En ese momento, un grupo de hombres que pasaba por allí se detuvo a ver el lanzamiento. Eran romanos, y al frente iba un condotiero rubio vestido con unas calzas y un jubón colorido. Los mercenarios hicieron comentarios despectivos y rieron con sorna al ver a los españoles. Estos roces solían ser constantes en una milicia con tantos soldados de tantas naciones. No obstante, los romanos eran más orgullosos que ningún otro, pues, como no podía ser de otro modo, se sentían dueños del lugar.

Diego vio que a Álvaro le cambió el semblante al oírles murmurar. Su hermano había dejado de divertirse.

—*Spagnolo!* —lo llamó el condotiero a Álvaro—. Te apuesto cien ducados a que tiro esa vara mejor que tú.

Sus compañeros de armas rieron, sobre todo por su manera de pronunciar el castellano de manera tan burlona. Los españoles cruzaron miradas entre sí. Habían parado de reír y se habían guardado los garbanzos. Mientras, en la fortaleza se vivía un día normal, con la gente yendo de un lado a otro y las escuadras preparándose para salir en cualquier momento hacia el norte.

Álvaro fue con la barra hacia el condotiero.

—No tengo cien, pero te apuesto cinco y a mucha honra —lo retó.

El condotiero, que vestía ropas caras y lucía una boina y una bonita espada de mano y media, lo miró como si fuera un insecto.

—¿Cinco? ¿Por quién me tomas?

Diego dio unos pasos hacia él. No era la primera vez que se cruzaban con él. Alguna vez que había estado practicando con la espada con Álvaro lo habían visto pasearse con arrogancia por el patio.

—Creo que deberías seguir tu camino —esgrimió Diego en tono amenazante—. Ni mi hermano ni yo tenemos asuntos contigo ni con tu gente.

El condotiero desvió la mirada a sus hombres.

—Estos españoles pordioseros se piensan que pueden departir con nosotros de igual a igual. No saben que aquí en Roma hay oficiales y caballeros a quienes deben tratar con respeto. Deberíais volver a vuestra tierra, que esto huele a labradores, malditos campesinos.

Ahí estaba otra vez. La dichosa palabra.

—¿Cómo has dicho? —espetó Diego.

—Creo que deberías cerrar la boca, sucio criado —respondió el condotiero subiendo el tono, y sus hombres estallaron en risas.

Álvaro se aproximó a su hermano para disuadirlo. Conocía bien la expresión en el rostro de Diego, que parecía haber perdido la cabeza.

—Diego, no. Estos tipos son soldados del papa, coño.

—Vas a pedirnos perdón —masculló Diego, dando un empujón a su hermano para apartarlo de su camino, y se situó frente al condotiero. En el patio se apagaron las risas. Se formó un silencio violento.

—Cojones —murmuró Álvaro.

El condotiero se acercó a Diego y ambos se sostuvieron la mirada a un palmo de distancia. El trujillano le sacaba más de una cabeza en altura.

—Te he dicho que vas a pedirnos perdón —repitió Diego.

—Y si no, ¿qué? —soltó el romano, arrogante.

—Te partiré la cara y les arrancaré la cabeza a tus putas, esas que se ríen de tus chanzas —respondió.

—¿Con qué? ¿Con esa barra? —El romano desenvainó su espada.

Los hombres del condotiero sacaron sus aceros.

El grupo de los españoles permaneció atrás, sin mover un dedo.

Ninguno de ellos portaba armas, no estaban dispuestos a enfrentarse a una compañía entera de profesionales y tampoco habían entablado tanta amistad como para jugarse la vida por un compañero así como así. De todas formas, todos fueron testigos de la ofensa, y consideraban la

petición de duelo de Paredes algo legítimo.

Diego estaba frente a sus enemigos, con la barra de hierro en la mano. Solo con ver su postura, su hermano, a sus espaldas, retrocedió dos pasos para cederle la distancia necesaria que requería su destreza. Supo que Diego estaba a un movimiento de iniciar el combate.

—¿Aceptas mi duelo? —insistió Diego con las cejas en alto.

—No aceptaré el duelo de un sucio aragonés —escupió el romano.

—Te equivocas. No soy de Aragón. Soy de Trujillo.

Diego alzó la barra y le dio con tal fuerza en el mentón que le partió la cara, y el condotiero cayó al suelo y no se movió. A continuación, Diego giró sobre sí mismo y blandió la vara como un montante. Dos mercenarios se adelantaron. El primero recibió un duro golpe en el cuello que lo derribó. Seguidamente, el segundo probó a arremeter también, sin embargo, Diego lo atacó, veloz, a la altura del esternón y acabó con él. Un tercer mercenario le vino a Diego de frente. Antes de que llegara ese, Diego le lanzó la barra entre las piernas a un cuarto adversario, que se fue de bruces al suelo gritando de dolor. Al tercero lo detuvo por los brazos con una toma violenta y, con otra celada, aprovechó la misma espada y el mismo impulso que traía para atravesar el abdomen de un quinto hombre. Ambos forcejearon un instante hasta que Diego le ofreció un tremendo codazo en la cara. Cuando consiguió hacerse con su espada, Diego lo apuñaló sin demora y acabó con la vida del resto. Por fin pudo coger aire. Aún había seis hombres, que se detuvieron a cierta distancia, atónitos ante lo que acababan de presenciar.

Bañado en sangre, Diego recogió otra espada del suelo.

Los cinco hombres quedaron tendidos sobre la arcilla. Toda la gente en el patio de armas había desviado su atención hacia allí, y aquello pareció de pronto una arena de la Antigüedad. Todo eran huesos rotos. Para los mercenarios romanos que se habían burlado de los españoles estaba en juego su honra, pues un único hombre había acabado con la vida de su capitán y de cuatro de sus compañeros. Los seis restantes se posicionaron para atacarlo a la vez. Antes de iniciar el asalto final, Diego comenzó a blandir la espada como un maestro. No era un guerrero ambidiestro, no obstante, había practicado miles de veces la pelea con otra espada como defensa. Como un escudo. Y allí que se fue.

Se aproximó hacia el grupo sin esperarlos.

Los dos que se aproximaron antes que el resto recibieron de Diego un golpe mortal cada uno que los dejó fuera de combate. Un tercero consiguió herirlo, pero Diego parecía no sentir dolor, y tampoco parecía importarle. Arremetió contra uno con tanta fuerza que lo tiró al suelo e hizo que se tropezara otro que venía por detrás. La ligera confusión le sirvió a Diego para ganar una bocanada de aire y atacar con más violencia a los dos sujetos que tenía delante. Al primero lo obsequió con un corte rápido en la mano que lo obligó a tirar la espada. Al otro le pintó una tajadura en el cuello, que le empezó a sangrar a chorros. Un tercer atacante vaciló y se echó hacia atrás, pero Diego fue a por él, como un toro. Primero le lanzó la espada que llevaba en la izquierda a la cara, que lo hirió. Después agregó su hoja a la de su espada, lo envolvió y lo desarmó. Pudo ver su cara de desesperación. No quería morir. Sin pensarlo, Diego hundió la punta en su pecho hasta atravesarlo. Se giró hacia los otros dos sujetos que habían caído al suelo y ahora se habían incorporado con gestos de horror. El trujillano corrió hacia ellos como una bestia, dando un grito de furia, y al llegar al primero, hincó una rodilla y lo barrió con la espada por las piernas. Lo golpeó de tal manera que estuvo seguro de que no podría levantarse ni volver a

andar. Diego soltó la espada. A continuación, se abalanzó sobre su último adversario a la altura de la cintura y lo tiró al suelo con la fuerza de toda su corpulencia. Cogió del brazo al sujeto y forcejeó con él hasta obligarlo a hundirse su propia hoja en el cuello. En el suelo, lo vio desangrarse y ahogarse en sus humores. Cuando Diego se levantó, cogió del jubón a su contendiente derrotado. Estaba indefenso. Lo sujetó de la cabellera para degollarlo cuando oyó la voz de un capitán de la guardia.

—¡Alto! ¡Prended a ese hombre!

Los alabarderos corrieron hacia él. Lo rodearon y vacilaron.

Todos en el castillo habían sido testigos del combate y de cómo Diego de Paredes había acabado con la vida de diez hombres. Los alabarderos dispusieron sus picas en alto. En ese momento, Diego tiró la espada al suelo en señal de rendición. Estaba cubierto de sangre, bastante herido, y a su alrededor se esparcían los cuerpos de los sujetos que habían atentado contra su honra y la de su hermano. Su carrera como servidor del papa estaba acabada, pero no lo lamentó. Intercambió una mirada con Álvaro, casi como una disculpa. Los alabarderos lo golpearon en la espalda y en el estómago hasta arrodillarlo y lo apresaron con grilletes antes de arrastrarlo al calabozo.

Castillo dell'Ovo, Nápoles

Tristán durmió apenas unas horas y volvió al pasillo de las celdas, inquieto. Su padre se fiaba del capitán de la fortaleza y de que sus hombres custodiaran la celda de Virginio Orsini. Tristán prefería que lo hicieran los hombres de su compañía, tal y como había ordenado don Gonzalo. Aunque el destino de Orsini dependiera de Ferrante, Tristán se sentía implicado en la honra. Sus decisiones y su desempeño en aquella misión tenían un papel en el porvenir de aquel hombre. El joven cruzó los corredores de la fortaleza hasta la celda del prisionero. Pidió a los guardias que abrieran los cerrojos.

Orsini estaba en la mesa leyendo una biblia. Levantó la mirada cuando vio al muchacho entrar.

—Parece que eres el único que se preocupa por mí. Ni siquiera lo hace mi familia, que dudo mucho que pague algún rescate.

Tristán frunció el ceño. No quería resultar ingenuo. Tampoco débil.

—Cumplo con lo que me ha indicado mi capitán, eso es todo. Nadie, excepto yo, puede entrar aquí. Hasta que el rey dicte lo contrario.

Orsini negó con la cabeza.

—Si mi destino dependiera de don Gonzalo, otro gallo cantaría. Estando en manos de Ferrante, es poco lo que me queda.

—El rey Ferrante es un hombre de honor —lo interrumpió Tristán, que seguía de pie, con la puerta de la celda a sus espaldas—. No tiene malas intenciones. Piensa más bien en una negociación.

—No sabes cómo se las gastan en esta tierra, chico. Yo estoy acabado. Lo sé, por eso leo estos versículos, pero dudo mucho que Dios me perdone mis faltas en esta vida. Pero escucha bien lo que te voy a decir: no voy a caer solo, arrastraré conmigo a todos los que pueda.

La voz de Orsini sonó muy segura y fue más que una simple provocación. Tristán se preguntó hasta dónde podía llegar la influencia de un hombre como aquel. ¿Había podido comprar la lealtad de algún guardia? ¿Cuánto valía el honor de un hombre? ¿Cuál era el precio de la lealtad?

—¿Qué tipo de negociación espera Ferrante?

Tristán rehusó contestar.

—No hablaré más, don Virginio. Lo he dicho únicamente para tratar de tranquilizaros. Vuestra vida no corre peligro.

—¿Piensa venderme? —insistió Orsini al tiempo que esbozaba una ligera sonrisa—. Imagino que cree que sacará una buena tajada con mi venta a los Borgia.

Malditos sean Ferrante y todos los aragoneses.

Tristán dio paso a los guardias que le llevaron la comida al prisionero. Cuando estaba por marcharse, Orsini lo llamó una última vez.

—Quisiera confesarme. Por piedad.

—Veré lo que puedo hacer. Pero no puedo prometer nada.

Orsini se mostró agradecido. Dejó pasar un momento para reflexión.

—Entiendo, es la guerra. Pero te lo advierto, chico: nadie aquí dice lo que piensa. El honor no existe, solo los intereses de cada uno. Así que procura elegir bien el bando en el que juegas.

—Sé bien dónde está mi honor, don Virginio.

Orsini alzó las cejas.

—¿Tan seguro estás?

Tristán le sostuvo la mirada sin decir nada, y luego se marchó.

Sant'Angelo, Roma

—Mi hermano defendió nuestro honor.

Los españoles bajaron las cabezas. En los barracones estaban Villalba, Urbina, Zamudio, Vargas, Pizarro y su hijo Francisco y otros seis vascos y un portugués, todos con caras de circunstancias. Habían sido testigos de la hazaña de Diego, de cómo se había enfrentado a diez hombres de armas. Unos estaban sentados en las literas y otros, de pie. Álvaro estaba delante de todos ellos.

—Estamos contigo, Paredes, pero no podemos hacer nada por él —respondió Cristóbal Zamudio—. Aquí cada uno se juega lo suyo.

La mayoría asintió a sus palabras.

—Es la ley —añadió Urbina, con mala cara.

—¿Qué ley? —repitió Álvaro volviéndose a este—. ¿La de que pueden venir unos romanos a pisotearnos cuando les dé la gana? ¿Acaso alguno de vosotros iba a alzar la voz y a defender nuestra honra como nación?

Todos guardaron silencio. Entonces intervino el viejo Pizarro, que estaba algo más atrás, de pie. Por su experiencia y su temple, era respetado por todos.

—Es la ley del capitán de la fortaleza —explicó con voz grave—. No permitiré que sobrevuele la sombra de la cobardía en esta estancia. Quien mata a alguien dentro de estas murallas lo paga con su propia vida, esa es la ley.

—¿Incluso en defensa de nuestro honor? —lo desafió Álvaro.

Gonzalo Pizarro le devolvió una mirada grave.

—Eres soberbio como tu padre, muchacho —aseveró el viejo Pizarro, que había conocido en Trujillo a don Sancho. Álvaro aguantó su mirada sin vacilar. Pizarro continuó—: Lo lamento por el bueno de tu hermano, un cristiano y un hombre de honor. Pero nada ni nadie está por encima del servicio al papa dentro de estos muros. No hay nada más que decir, Paredes.

Álvaro barrió la sala con la mirada. Nadie replicó ni una palabra. Luego escupió el suelo y salió de allí. Jimena corrió tras él. Álvaro de Paredes recorrió toda la planta de Sant'Angelo decidido a encontrar a su hermano sin la ayuda de nadie. La chica lo siguió a la zaga.

—¿Qué vamos a hacer?

Álvaro la miró un instante. Ni siquiera había reparado en ella.

—No lo sé —soltó en tono cortante.

Álvaro y Jimena recorrieron todo el recinto.

Un guardia le explicó a Álvaro que el castillo contaba con varias celdas y calabozos y que era imposible saber a qué parte lo habían conducido, incluso aseguró que podrían haberlo sacado de la fortaleza. Álvaro siguió su pista, fue de aquí para allá preguntando e indagando acerca de su paradero, mientras la chica corría tras él. Después de horas yendo de un sitio a otro, regresaron al patio de armas donde unos mozos de cuadras recogían los cuerpos del enfrentamiento y los subían a unos carros. El suelo era un amasijo de restos de carne y huesos, barro y paja.

De pronto, Jimena señaló a un hombre de armas que estaba de pie junto a una columna observando a los mozos trabajar.

—Ese de ahí.

Álvaro entornó la mirada.

—¿Quién es?

—Iba con el capitán que dio la orden de apresar a Diego.

Álvaro desvió la vista hacia la chica.

—¿Estás segura?

—Podría jurarlo.

—Espérame aquí.

Álvaro no tenía nada que perder, así que cruzó la plaza y se dirigió hacia el sujeto, que vestía un jubón y una coraza de la guardia pontificia. Rondaba los treinta años. Tenía una boina y una barba arreglada.

—Salve —lo saludó Álvaro.

El guardia clavó la vista en el carro con los cadáveres, sin mirarlo, y a Álvaro su expresión lo puso en alerta. Estaba de brazos cruzados, con el hombro apoyado en la columna.

—Los españoles sois bravos —murmuró el hombre, obviando su saludo y las cortesías—. Pero en Sant'Angelo más vale reprimir los impulsos de guerra y los duelos estériles. Estamos al servicio de un mismo hombre, el vicario de Cristo. —Giró la cabeza lentamente para mirar a Álvaro—. Sé quién eres. Ten por seguro que pagará por su crimen.

Álvaro tuvo ganas de estamparle un puñetazo en la cara. No estaba para oír los sermones de un romano.

—¿Adónde se lo han llevado? —inquirió en tono agresivo.

El guardia lo miró con intensidad.

—Mañana lo verás. Recibirá sentencia y será ahorcado en los campos a las afueras de la fortaleza.

Álvaro se mordió la lengua. Quiso responder, pero trató de ser diplomático.

—Solo quiero que me digas dónde está mi hermano. Te pagaré por ello.

El romano se incorporó. Dio unos pasos y se colocó delante de él. En su expresión se reflejaron las ganas de represalias y de escarmiento. Su propuesta claramente lo había ofendido.

—Hay cosas que no pueden pagarse, español —señaló con rabia contenida—. Algunos de los que hoy han sido asesinados eran viejos compañeros de armas de muchos de los que estamos aquí. Mañana iré con gusto a ver cómo se le parte el cuello a tu hermano y le estallan los ojos antes de morir.

Pasó por su lado, empujándolo con el hombro, y se alejó.

Castillo dell'Ovo, Nápoles

Las noches como aquella en el Castillo dell'Ovo eran frías y desangeladas. Tristán se encontraba con su padre en uno de los comedores, los dos solos. Un criado les sirvió un potaje caliente de legumbres, que agradecieron, por el frío y el mal tiempo. Poco después aparecieron el resto de los españoles que habían venido con ellos de la escuadra de don Gonzalo. Les sirvieron sus escudillas y compartieron la mesa.

—Os he reunido aquí a todos porque nuestra misión ha terminado —anunció Alfonso de Rueda.

Los hombres hicieron comentarios sobre lo que pensaba cada uno.

—Orsini es ahora un problema de Ferrante, no nuestro —afirmó Rueda.

Tristán miró a su padre, sin estar de acuerdo con él. En su opinión, debían velar por que se mantuviera el honor del prisionero, tal y como le había pedido a Tristán que hiciera don Gonzalo.

—Entonces, ¿volveremos a Atella? —preguntó Alarcón.

Rueda negó con un gesto.

—He recibido una carta de nuestro capitán —anunció Rueda, y todos los hombres guardaron silencio para prestarle atención—. Dice que el duque de Montpensier ha aceptado las condiciones y se han rendido. Atella y el reino de Nápoles son de Aragón.

Los hombres lanzaron vítores de alegría y entusiasmo. Todos habían sido partícipes de aquella conquista y se sentían orgullosos de formar parte de esa historia, la de unos soldados que, sin suministros, sin buenas armas y con una pésima paga, habían sido capaces de vencer al rey de Francia y a sus hombres de armas. Con sus técnicas, Gonzalo de Córdoba había cambiado la guerra para siempre. Además, les había perdonado la vida a los franceses y les había permitido irse del reino con lo puesto, dejando las piezas de artillería y todos los caballos con la marca de Francia. Así habían huido Montpensier y sus capitanes de compañía.

—¿Y ahora qué, entonces? —quiso saber Espínola.

Todas las miradas volvieron al alférez.

—Don Gonzalo ha sido nombrado virrey de Calabria —explicó Rueda—. Ha vencido a su paso las fortalezas de Tito, Calvello, Marsico Vetere y Tricarico, entre otras. Ha salido de

Cosenza de camino a Nápoles.

Los hombres asintieron, con emoción contenida.

—La única plaza rebelde que queda por tomar es Rocaguillerma, que sigue obstinada en mantener su lealtad al rey de Francia —explicó el alférez.

En ese momento, oyeron ruidos en el patio de armas y un revuelo. Varios hombres se levantaron y se dirigieron a la puerta. Tristán salió del comedor a ver lo que sucedía. En el patio, los soldados corrían con prisas. El muchacho detuvo a uno de ellos para preguntarle lo que estaba pasando.

—Se trata del rey Ferrante —dejó escapar un guardia de la ciudadela que se apartó de él para cumplir con su cometido.

Tristán vio que su padre hablaba con un alabardero y que su rostro empalidecía. Cuando se acercó a él supo que algo grave había sucedido.

—¿Qué pasa?

—El rey ha empeorado y agoniza en su palacio. Lo que la guerra no consiguió lo harán unas fiebres.

—Es una desgracia… —murmuró Tristán para sí.

—Ferrante yace en su lecho moribundo. Debemos ir a Castel Capuano cuanto antes —manifestó su padre, atacado por aquella circunstancia.

El joven recordó que Ferrante no se encontraba bien durante la recepción de su palacio y que sufría ataques de tos. Tristán lo había visto demacrado, pero le había parecido fruto del cansancio de la campaña. Ferrante era un hombre joven y fuerte. En ningún caso pudo imaginar la gravedad del asunto. Durante un instante, pensar en la fragilidad del ser humano le hizo sentir vulnerable.

Resultaba imposible que el rey pudiera morir de la noche a la mañana, después de todo lo que había conseguido. Recordó Tristán, con una punzada de temor, la amenaza velada de Virginio Orsini en su celda de prisionero.

De pronto, todo cobraba un cariz mucho más oscuro.

Castel Capuano, Nápoles

Cabalgaron a toda prisa junto a algunos caballeros hasta la corte de Ferrante, para ver el estado en el que se encontraban las cosas. Castel Capuano era un hervidero de caballeros y de nobles de diferentes casas y facciones que se disputaban parte del poder de un reino fragmentado y dolido por los últimos años de guerra. Las fiebres de Ferrante empeoraban las cosas. Un abismo de inestabilidad volvía a abrirse en el reino como una herida sangrienta que no alcanzaba nunca a cerrarse. Tristán quiso saber qué pasaría en caso de morir el rey sin hijos. El siguiente en la línea de sucesión era su tío Fadrique, un hombre muchos años mayor que él, pero con una visión diferente del reino. Fadrique, a diferencia de Ferrante, estaba dispuesto a perdonar todas las faltas de los nobles angevinos, antiguos aliados del rey francés, solo por conseguir comprar la paz. Aunque eso debilitara la posición de la Corona. El perdón de los angevinos también podía significar el perdón para Virginio Orsini y la pérdida de la alianza con la Iglesia y, en definitiva, con la Santa Liga.

Alfonso de Rueda se abrió paso entre la muchedumbre seguido de Tristán. Rueda y Tristán

se hicieron sitio a empujones hasta que consiguieron cruzar las puertas y dirigirse al salón de audiencias. Allí, toda la corte, delegados y algunos embajadores esperaban noticias. El rey había empeorado, y su salud de hierro se desvanecía. Ferrante, que siempre demostró un gran valor para la batalla, desfallecía poco a poco en un lecho a causa de unas fiebres.

Tristán miró a su padre con preocupación en un momento en el que los dos se vieron apartados del resto de la corte en el gran salón de espejos.

—Sé que puede parecer mezquino, pero tal vez el estado del rey no sea una casualidad —le confesó Tristán.

Su padre frunció el ceño.

—«El corazón se vuelve más débil cuanto más sospecha» —esgrimió las palabras de don Gonzalo—. Si quieres ser un caballero, hijo, debes comportarte como tal.

—No quiero sospechar nada —se defendió Tristán—. Solo digo que hay motivos para pensar que Ferrante no está así por azar del destino.

Su padre volvió la mirada a su hijo.

—¿Tienes el valor para acusar a alguien?

Tristán tragó saliva.

—Virginio Orsini.

Alfonso de Rueda aguardó un instante, mientras reflexionaba sobre aquella sospecha.

—Visto así, hasta su propio tío, Fadrique, pudo atentar contra él; todo sea por quedarse con el poder.

—Creo que un motivo de venganza es diferente —esgrimió Tristán—. He oído decir a Orsini que trataría de llevarse a todos por delante. ¿Cuánta puede ser la influencia que guarda el antiguo condestable de Nápoles aún en la ciudad? ¿Hay gente capaz de traicionar a su señor por un puñado de ducados?

Sus palabras hicieron pensara su padre.

—Y yo he apartado a los nuestros de su celda…

—Me consta que no ha recibido visitas, pero no puedo asegurarlo —respondió Tristán.

Su padre guardó silencio, reflexionando acerca de estas suposiciones y de otras que elucubraba en su cabeza. Luego miró a su hijo a los ojos con preocupación, pues las sospechas discurrían en su misma dirección.

—Retorna a la prisión y no te separes de Orsini. Que la compañía monte guardia día y noche. No quiero que esté solo en la celda nunca.

—A la orden —declaró Tristán.

—Tal vez haya cometido un error del que me arrepienta —manifestó Alfonso de Rueda.

Tristán se lo había advertido, pero no era más que un escudero sin la experiencia de un caballero. Alfonso de Rueda tuvo un mal presentimiento, algo le indicaba que aquel desliz les iba a salir caro. Tristán salió del castillo y regresó al galope a través de las calles de la ciudad. Poco después, unas campanas repicaron a lo lejos.

El rey de Nápoles acababa de espirar su último aliento de vida.

Calabozos de Sant'Angelo, Roma

Diego despertó con sangre en la boca, sin saber cuánto tiempo había transcurrido desde el enfrentamiento en el patio de armas. Se llevó una mano a la frente y luego a la cabeza al descubrir que lo habían rapado. Tampoco tenía ya barba. No supo si habían pasado horas o tal vez días del incidente en el patio de la fortaleza. Se encontraba en una celda oscura y húmeda de unas mazmorras llenas de ratas y de otros infelices que esperaban, como él, a que algún señor diera la orden para que el verdugo les arrancara la cabeza.

Se levantó y comprobó que estaba entero. Tenía cortes en los brazos y una herida preocupante en el pecho que se le había secado, pero corría peligro de ponerse mala si no quitaba la costra y la limpiaba. A parte de eso, tenía todos los dedos, las orejas y la lengua. Apoyó la cabeza sobre la piedra y rememoró la pelea. Le dio tiempo a arrepentirse de haber matado a aquel condotiero que les había faltado el respeto. Pensó que no había sido necesario dar ese espectáculo, y que quizá le hubiese bastado con haberle propinado un puñetazo en un ojo y a correr, pero sus impulsos no le permitían pensar: era puro nervio, y su maestría con la espada trazaba caminos fugaces que era incapaz de refrenar.

La noche, o el día —imposible de saber—, transcurrió. Estaba muerto de hambre, y hubiese vendido su alma a cambio de un trago de agua. Si bien Diego tenía un pensamiento claro acerca de la vida y de la muerte y de cuál era su nuevo propósito en la vida, lo lamentó por Álvaro. Sí, era lo único que lamentaba de veras. Aquella situación lo dejaba solo en Roma, con la preocupación de desconocer su paradero. Diego no había pensado en todas las consecuencias de sus actos.

De pronto, escuchó que lo llamaba una silueta al otro lado del pasillo, en otra celda, perdida en la más absoluta oscuridad.

—¿Eres el español? —susurró un hombre.

El silencio que prosiguió a su pregunta solo se cortó con el ruido de unas gotas al golpear contra un hierro.

—No soy nada —respondió Diego con voz ronca.

La voz se apagó y luego se oyó una ligera risa.

—Los guardias hablaban de ti. No se ha visto un guerrero así desde Pólux.

Diego se quedó en silencio unos momentos.

—Solo defendía mi honor y el de mi hermano.

—Aquí en Roma eso da lo mismo —sostuvo la voz en la oscuridad—. Van a matarte, ¿lo sabes? Mañana, al alba. Junto a unos ladrones. El guerrero más formidable de Italia, colgado de una soga.

Diego no respondió.

—¿No tienes miedo a morir? —insistió el hombre.

—No temo a nada.

Volvió a sentarse y a apoyarse contra la pared para descansar. No mentía. Hizo la señal de la cruz sobre su pecho y rezó a Dios para que se cumpliera su voluntad. *En tus manos encomiendo mi espíritu*.

Unos ruidos lo sacaron de su ensoñación. Una cerradura crujió y un haz de luz brotó desde el final del corredor. Todos los presos se movieron hacia el interior de sus celdas. Cuatro hombres de armas cruzaron el pasillo y se detuvieron frente a su mazmorra. Uno de ellos abrió la puerta

con brusquedad.

—*Alzati in piedi, spagnolo* —«Ponte en pie, español», le ordenó un alabardero en tono cortante.

Aunque Diego no llevaba mucho tiempo en Roma, comprendió bien lo que le dijo y se levantó a duras penas.

Otros dos guardias soltaron sus grilletes de los pies y colocaron una cadena para tirar de él desde los grilletes de las manos. Diego salió de la celda y fue conducido por los guardias por un pasillo donde la luz proveniente de un umbral frente a él lo cegó.

—«Conviene que dejes aquí todo recelo, debes dar muerte aquí a tu cobardía» —murmuró la voz.

Sus palabras sin respuesta resonaron en la roca y se perdieron en la oscuridad a sus espaldas.

8

Aposentos del papa, fortaleza de Sant'Angelo

Año 1497

Miquel Corella era el mejor asesino de Rodrigo de Borgia, el papa. Había recibido la orden de escoltar a su hijo, Juan Borgia, el duque de Gandía, durante todo su trayecto por España y complacer sus caprichos durante su viaje de bodas con doña María Enríquez de Luna, prima de Fernando de Aragón. Había pasado toda una vida al servicio de la familia Borgia, y más ahora que había visto a su señor convertido en papa. Corella, a quienes los Borgia llamaban cariñosamente «Micalet», era el valenciano con más sangre fría de cuantos habían llegado a Roma en el séquito del pontífice. Esos días, a falta de encontrar a otro candidato, había cubierto de mala gana el puesto de capitán de la guardia del papa.

La puerta de los aposentos se abrió y Corella hizo una reverencia a su señor. Iba armado hasta los dientes con peto, hombreras, gorjal, escarcela, quijote y greba, y en los brazos, codal y guantelete. Llevaba sobre el cuerpo más de tres años de sueldos de un campesino. En el cinto portaba una espada de mano y media que valía una fortuna y dos puñales.

Tras la cena, la familia del papa se hallaba en la nueva biblioteca de Sant'Angelo, un espacio lujoso y ricamente decorado que olía a libro viejo y a las bolsas de pétalos de rosa que colocaban los criados en sitios escondidos para dar buen aroma al ambiente. El pontífice había podido reunir a su familia y a su séquito. Estaban sus hijos Jofré y Lucrecia. También se hallaban presentes Adriana de Mila, Sancha de Aragón, esposa de Jofré, y Giulia Farnesio, favorita del papa, junto a otros criados y acompañantes.

—Mi señor, traen al prisionero —anunció Corella al papa.

—Hacedlo pasar —mandó Rodrigo de Borgia por encima de todas las voces de la sala.

La estancia pareció de pronto una sala de audiencias, con el papa en el sillón central, con las damas a los lados y sus hijos hablando en corrillo. Una escolta de ocho alabarderos trajo consigo a un prisionero esposado y lo depositaron de rodillas frente al pontífice. Era un soldado con el cabello rapado como un condenado a galeras, que iba con el jubón abierto y dejaba a la vista un cuerpo cubierto de heridas.

Los alabarderos esperaron tras él con las picas en alto. El séquito prestó atención a aquel hombre que había solicitado su padre. Esa tarde, todos los presentes habían oído los gritos en el

patio de armas y se habían asomado a uno de los balcones en lo alto de Sant'Angelo. Desde allí, contemplaron el desafío y el combate de aquel guerrero y la manera en la que había acabado con la vida de casi una docena de soldados. El papa había ordenado inmediatamente que le llevaran a aquel hombre singular tras la cena, por puro divertimento.

—¿Cómo os llamáis, soldado? —le preguntó el papa.

El hombre tardó un momento en responder.

—Diego de Paredes, mi señor —se presentó, con voz grave.

Al papa le cambió la cara al oír su acento extremeño.

—¿De dónde sois, Paredes?

—De Trujillo.

—Y decidme, Paredes, ¿qué hace un extremeño liquidando a una compañía al completo de mercenarios con una barra de hierro? Mercenarios que, por cierto, pago yo con las arcas de mi familia —apuntó el pontífice.

El trujillano alzó la mirada. Todos los ojos de la sala estaban puestos en él. No tenía miedo ni temor a lo que pudiera suceder; sin embargo, no comprendía a qué se debía aquella audiencia previa al cadalso.

—Defendía mi honor. Nada más.

Lucrecia Borgia miró a su hermano Jofré. Resultaba interesante ver a un hombre tan alto y fuerte postrado ante un viejo orondo como su padre, aguantando una reprimenda después de haber masacrado a diez mercenarios, todos hombres de armas. Era como si le estuvieran dando un sermón a un perro de guerra.

—¿Por qué razón lo habéis hecho? ¿Os debían dineros? —inquirió el papa.

Paredes volvió a levantar la mirada, extrañado de su pregunta.

—No soy un hombre que se guíe por la riqueza, señor.

—¿Entonces?

—Ofendieron a mi hermano y el nombre de mi familia.

El papa alzó las cejas.

—¿Qué fue lo que dijo ese hombre?

Paredes frunció el ceño.

—«Sucio criado».

El papa se pasó una mano por el rostro.

—¿Y por qué no lo habéis retado a duelo simplemente en lugar de llenar de muertos la plaza del castillo? —espetó el pontífice, malhumorado.

—Se negó a aceptarlo —señaló Paredes—. Así que me vi en la obligación de restituir el honor de mi hermano y el mío con la barra de hierro, que era lo único que tenía en la mano.

Las damas lo contemplaban como a una bestia. Paredes expelía un olor nauseabundo, mezcla de sudor y cloacas del calabozo. La hija del papa, la joven Lucrecia, en cambio, parecía observarlo con mucho interés, como a un insecto exótico que hubieran encontrado en las catacumbas.

—¿Cuántos años tenéis? —indagó el papa.

—Treinta y algo.

—¿Tenéis experiencia en combate?

—Fui escudero de mi padre. Sé pelear con cualquier cosa.

—Eso ya lo he visto.

El papa intercambió una mirada con su secretario.

—Paredes es primo del cardenal Carvajal, santidad. Se encuentra bajo su custodia.

—Hemos venido mi hermano y yo porque así nos lo ha pedido nuestro primo —añadió Paredes—. Aunque en realidad yo he venido a otra cosa.

El papa recordó los hombres que había solicitado Carvajal para la comisión secreta. Le alegró saber que uno de ellos era aquel soldado. No apartó la vista del prisionero.

—¿Por qué estáis en Roma, Paredes?

El trujillano lo miró a los ojos.

—He venido a morir.

Los presentes murmuraron. El papa esbozó una sonrisa enigmática ante esto último.

—Aprended de este extremeño —les espetó Rodrigo de Borgia a sus hijos—. Vive sin miedo a la muerte. —El papa se giró nuevamente hacia Paredes—: ¿Sabéis cuál es el castigo por matar a un hombre del papa?

—No, señor.

—La horca —explicó con una ceja en alto—. ¿Qué debería hacer con vos, que habéis matado a diez de los míos? ¿Sabéis acaso cuánto me han costado esos diez mercenarios? Debería cobrároslo.

Paredes habló con voz ronca:

—Os diría que me mataseis diez veces, pero, en lugar de eso, preferiría serviros el equivalente a diez vidas. Ya habéis visto que mis motivos eran legítimos.

El papa sopesó su alegación y Paredes bajó la cabeza con una reverencia en señal de respeto. Seguía sangrando. Había un pequeño charco rojo bajo sus pies. Rodrigo de Borgia se mantuvo en silencio y todos en la sala esperaron a que emitiera su veredicto.

—Sois un maestro con la espada —murmuró el pontífice—. Y decís haber venido con vuestro hermano a morir en servicio bajo la tutela de Carvajal.

—Haría lo que fuera por continuar a vuestro servicio, santidad.

—¿Hasta dónde estáis dispuesto a llegar, Diego de Paredes?

El trujillano entornó la mirada.

—Hasta el final.

El papa no supo descifrar las verdaderas intenciones de aquel hombre.

—¿Estaríais dispuesto a morir defendiéndome?

—Si tengo una espada en la mano, santidad, dudo que eso ocurra. Hasta ahora muchos lo han intentado y ninguno ha conseguido matarme.

Rodrigo de Borgia sostuvo la mirada de Paredes, cuyas palabras provocaron el silencio en la sala. Aquel sujeto era distinto a los caballeros que se veían por la corte o a los condotieros italianos. Tenía algo diferente. Un hombre dispuesto a morir con la convicción de Paredes era un hombre peligroso.

El papa se puso en pie.

—Corella —llamó al valenciano.

El guerrero se adelantó e hizo una ligera reverencia al papa.

—Mi señor.

—A partir de ahora os libero de vuestras funciones. Podéis volver a vuestros asuntos con mi hijo César y hacer lo que él os ordene —dispuso el papa.

Corella inclinó la cabeza en agradecimiento.

—Siempre fiel, santidad.

Rodrigo de Borgia anduvo unos pasos y apoyó la mano, a modo de bendición, sobre la cabeza del extremeño, que seguía con una rodilla en el suelo.

—Voy a daros una oportunidad, trujillano.

Paredes respiró aliviado y bajó la cabeza.

—Estaré eternamente agradecido.

El papa le devolvió un gesto cansado.

—Yo os exonero de vuestros pecados, *In nomine patris et filii et spiritus sancti* —anunció con solemnidad—. A partir de ahora, Diego de Paredes, usaréis vuestro oficio de armas para servirme y protegerme. Recibid mi bendición y el nombramiento de capitán de mi guardia.

Un murmullo de asombro se levantó en la sala.

—Santo padre —quiso interrumpirlo su secretario, pero el papa alzó una mano. Hombres muy poderosos habían ostentado ese cargo.

—Quitadle los grilletes y ponedlo en pie —le ordenó el papa al capitán de la escolta de alabarderos. Los guardias intercambiaron miradas ante lo que acababan de presenciar. Diego de Paredes se puso en pie y se sacudió las calzas. Le sacaba casi dos cabezas al papa, que le dio unas palmadas como si acabara de comprar un toro o un esclavo.

—Pensarán que estoy loco, pero tengo un presentimiento con vos, Paredes.

—Cualquiera diría que habéis perdido el juicio, santidad —murmuró Diego, y esas palabras solo pudo oírlas el papa.

Ambos cruzaron una mirada y supieron entenderse sin hablar.

—Procurad defenderme o haré que os corten el rabo —susurró el pontífice con una sonrisa fingida—. Si vos caéis, lo hará también vuestro primo el cardenal. Así que luchad por mis intereses, que son también los vuestros, trujillano. —El papa barrió la sala con la mirada y se detuvo en el jefe de la escolta—. Llevad al capitán de la guardia a sus nuevos aposentos en la torre Borgia —mandó. Luego buscó con la mirada a una criada de cabellos oscuros—. María os acompañará y se ocupará de vuestras heridas. —Hizo un gesto para que la mujer se acercara—. Mañana os presentaréis en mis apartamentos a primera hora.

—A la orden —respondió Paredes con una reverencia—. Una última cosa.

—¿Qué pasa ahora?

—Mi hermano.

—¿Qué le ocurre? —insistió el papa, impaciente.

—Que no voy a ningún sitio sin él. Es mi mano derecha.

El papa hizo un gesto de aprobación y luego pidió a la comitiva que se marchara. El nuevo capitán salió de la estancia habiendo dejado una mancha roja en el suelo, seguido de la escolta de alabarderos y de la criada, ahora bajo su servicio.

Castillo dell'Ovo, Nápoles

Muchas eran las dudas que atormentaban esos días a los habitantes del reino de Nápoles. Ferrante había muerto con veintiocho años y los napolitanos alzaban a su quinto rey en poco

tiempo. Fadrique, hermano de Alfonso y tío del joven Ferrandino, tomaba las riendas de un reino deshecho y fragmentado, cansado de la guerra, un territorio salpicado de fortalezas destruidas o debilitadas, de campos quemados y pueblos arrasados. Sus gentes sufrían, angustiadas por las pocas cosechas y el hambre. Y a eso se sumaban las levas, los saqueos, el alojamiento de tropas, los abusos. Nápoles llevaba tres años de martirio, siempre bajo la amenaza de los turcos al otro lado del Adriático y de la escuadra veneciana. Fadrique lo sabía. Por eso era más propenso a pactar con los nobles que habían traicionado a su casa, familias angevinas que habían apoyado a la causa francesa. El perdón era el coste por la paz del reino.

Ese día, la plaza de la fortaleza estaba llena de hombres de armas. Gonzalo de Córdoba se presentó en el Castillo dell'Ovo con sus infantes victoriosos y un séquito de gente. Alfonso de Rueda y los hombres de su escuadra, entre ellos Tristán, fueron a su encuentro. El Gran Capitán había recibido instrucciones del nuevo rey Fadrique y había tenido que desviar su ruta hacia Nápoles para asediar Gaeta, en el norte. Luego, con el esfuerzo de sus hombres, rindió Tarento, en el sur. Por último, consiguió pacificar el marquesado de Oliveto con la captura de varias plazas antes de llegar a Nápoles. Gonzalo de Córdoba era el verdadero héroe de aquella guerra inacabada.

Tristán vio a los infantes en la plaza, orgullosos. Muchos de ellos habían estado en la derrota de Seminara de 1495 frente a los franceses y, desde entonces, solo conocían la guerra a través de sus victorias. El joven escudero lamentó perderse el final de la campaña, todo por escoltar al prisionero más importante de Italia, un hombre que le quitaba el sueño. Virginio Orsini era demasiado importante y peligroso como para ser permisivo.

Tristán vio a su padre, Alfonso de Rueda, saludar al capitán don Gonzalo con un abrazo y un apretón de manos.

—¿Qué h ace aquí toda esta gente? —preguntó Rueda refiriéndose a los nobles que traía Gonzalo de Córdoba en su séquito.

—He traído a todos los embajadores de las ciudades que he tomado para que negocien directamente con Fadrique —respondió Gonzalo—. Nápoles no puede permitirse más derramamiento de sangre. La gente está al límite.

—¿Los has traído a todos? —soltó Rueda, asombrado.

Gonzalo le devolvió un gesto afirmativo. Era un hombre frío y voluntarioso, quería terminar con la guerra de una vez por todas, y qué mejor forma que presentando en la mesa del nuevo rey a todos los nobles que buscaban su perdón.

Tristán regresó a los calabozos, al pasillo donde se encontraba la celda del prisionero. No era fácil acercarse a él. Se trataba de un inmenso laberinto de varias puertas, con diferentes turnos de guardias, todas dispuestas a lo largo del intrincado recorrido para no permitir margen a errores. Tristán llegó frente a la celda y los guardias saludaron al escudero. Pese a su juventud, todos los hombres sabían que recibía las órdenes directamente de Gonzalo de Córdoba y de Rueda, el alférez de su compañía.

—Se está confesando —le informó el guardia, sin interés.

Era algo habitual. Desde que lo había pedido, Virginio Orsini se confesaba dos o tres veces por semana. Al otro lado, se oían a las voces cuchichear. Dos horas después, el sacerdote llamó a la puerta para que le dejaran salir. El guardia giró la llave y quitó el travesaño de la puerta. El monje vestía un hábito marrón con capucha que impedía verle el rostro con claridad. No era el

mismo sacerdote que las otras veces.

—¿Quién es? —Tristán miró al guardia con preocupación.

—Un confesor —murmuró este.

Tristán entornó la mirada. Había algo raro en él. Pidió al guardia que volviera a abrir la celda. Allí vio a Orsini sentado sobre el catre con expresión cansada.

—¿Don Virginio?

El viejo condotiero hizo un gesto con la mano.

Tristán tuvo un mal presentimiento con aquel desconocido. Volvió a salir al corredor para quedar frente a él y verle el rostro. Alcanzó a distinguir su silueta, que se alejaba al final del pasillo, así que apuró el paso. El monje siguió avanzando, con la capucha cubierta, y torció en uno de los túneles de la fortaleza. Tristán, que más o menos comenzaba a conocer bien aquel laberinto, quiso atajar por otro pasillo. Volvió a ver su sombra, aunque solo fue un instante antes de que desapareciera una vez más.

—¡Alto! —le gritó.

No obtuvo respuesta.

Tristán apuró el paso hasta el trote. El extraño volvió a coger otro pasillo. El escudero conocía bien aquella parte. Corrió por un corredor adyacente para cruzarse con él en la intersección. Cuando creyó por fin que iba a encontrárselo de cara, se vio únicamente frente a una galería solitaria. Una ventana abierta de par en par arremetía con sus postigos contra la roca a causa del viento. El joven se asomó y contempló desde el acantilado las olas oscuras que golpeaban al castillo. El misterioso monje se había esfumado como la bruma.

—Todo cristiano tiene derecho a recibir la confesión —señaló Rueda en la cena, esa misma noche. Tristán estaba en compañía de su padre y de alguno de los capitanes de don Gonzalo en una de las salas oscuras y húmedas de la fortaleza de la bahía, a la luz de un hogar. El Castillo dell'Ovo era un sitio lúgubre y desolador. Tristán no conseguía conciliar el sueño allí, como si extrañas entidades vagaran por sus rincones en busca de almas débiles o de aquellos que desistían y bajaban la guardia.

Gonzalo de Córdoba, por su parte, se hallaba en Castel Capuano, en una audiencia con el rey Fadrique. Tristán le había hablado a su padre sobre lo acontecido en los corredores de las celdas, algo que había despertado en él un estado de alerta. Volvió a su memoria aquel sombrío monje encapuchado.

—Digo que Orsini conserva parte de su influencia en Nápoles. Ninguno de nosotros puede estar seguro de los aliados con los que puede contar ese hombre —sostuvo el joven.

—Dudo que alguien pueda escapar de este bastión —aseguró su padre.

Algunos compañeros de Rueda intercambiaron miradas. Habían visto al hijo de Rueda desde el inicio de la guerra, hacía tres años, y aquel niño paje se había convertido en un joven escudero, prudente y sensato. Tristán de Rueda estaba a punto de cumplir los dieciséis años, pero su manera de hablar hacían de él un hombre. Ansiaba cargar con la responsabilidad de un caballero, sentirse respetado por los suyos y cumplir con lo que le pedía su señor. Entraba al fin en el juego del nombre y de la honra.

—Tristán lleva razón. Cualquier precaución es poca —comentó el viejo Viñolas—. Ya hemos visto cómo se las gastan aquí.

—¿De verdad pensáis que Orsini puede huir de este castillo? —soltó Alarcón con las cejas en

alto.

—Nadie puede salir de aquí sin ayuda —soltó Espínola.

—Eso digo yo —apuntó Rueda.

—Pero cualquiera puede comprarla —convino Tristán, y los hombres guardaron silencio. El escudero quiso matizar sus palabras para no ofender a nadie—. Puede comprar a los hombres que han servido para él en el pasado.

Estuvieron todos en la mesa unos instantes sin hablar.

—Has aprendido la lección más importante, chico —balbució Viñolas.

—¿Cuál es? —quiso saber Tristán.

—La de no fiarse de nadie —murmuró el veterano rodelero.

En efecto, Tristán no confiaba en nadie más que en sus compañeros, en su padre y en don Gonzalo. Incluso Gonzalo de Córdoba había comentado que la lealtad de un hombre iba unida a su paga y que solo aquellos provenientes de la nación española comprendían el significado de la lealtad. Tal vez, don Gonzalo solo buscaba engrandecer la leyenda de los suyos y el sentido de la honra de su nación, todo fuera por dotar a quienes estaban bajo su mando de algo con lo que llenar el espíritu. Era en la autoridad, basada en unos principios, donde se hallaba el compromiso, el honor.

—Lo mismo da; no permaneceremos aquí más del tiempo necesario —anunció Rueda, tras un momento—. Orsini tampoco. Don Gonzalo ha recibido una propuesta de Su Santidad. Pide que escoltemos a su prisionero hasta Roma y que asediemos la ciudad de Ostia, con la ayuda de sus ejércitos.

—¿Ostia? —repitió Viñolas.

—El puerto de Roma —explicó Espínola.

Tristán recordó las palabras de Virginio Orsini tras su encuentro con Gonzalo de Córdoba acerca de Ostia. El castillo y la pequeña ciudad estaban secuestradas, a manos de un corsario llamado Menaldo Guerra, al parecer, a sueldo de la familia Orsini. El papa tenía muchos motivos para negociar con la vida de Virginio Orsini.

—Los mercenarios del papa… —murmuró Alarcón—. Esas escuadras cobran para matar a los Orsini o a los Colonna según sopla el viento.

Algunos rieron, pues todos se tenían por hombres de honor.

—Saldremos mañana mismo —señaló Rueda.

—¿Cómo llevaremos al prisionero hasta el Vaticano? —quiso saber Viñolas.

—Con grilletes y en un carro con escolta de caballería armada y dos mil infantes —dijo Rueda—. El capitán se teme que algún aliado de los Orsini nos tienda una trampa en el camino a Roma. No vamos a correr riesgos.

Tristán acabó de comer y se calentó el cuerpo junto al fuego. Poco a poco los hombres despejaron la sala y únicamente quedaron padre e hijo. A lo lejos pudieron oír las olas romper contra las rocas del castillo. Tristán estaba preocupado. El monje. ¿Orsini trataría de escapar? Si de tanta influencia gozaba aún en Nápoles, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que supiera que al día siguiente iban a escoltarlo hasta Roma?

—Conozco esa expresión —le espetó su padre, con preocupación.

Tristán frunció el ceño.

—Si yo fuera ese hombre y supiera que van a llevarme con mi verdugo… —murmuró el

escudero—, intentaría huir. Y lo haría antes de que me sacaran de mi celda.

Alfonso de Rueda se encogió de hombros. Tristán se mantuvo un momento sin hablar hasta que su padre lo hizo.

—Nuestros hombres lo custodian, Tristán. Y sobre lo sucedido hoy…, era solo un monje.

El joven no quiso comentar nada más sobre ese tema.

—¿Qué vendrá después? —indagó Tristán con la vista en las llamas—. Después de Ostia y de entregarle a Orsini al papa. ¿Qué nos espera?

Su padre lo miró con seriedad.

—Debemos rendir Rocaguillerma, el último bastión fiel al rey de Francia. Luego haremos lo que nos ordene nuestro capitán, don Gonzalo. Lo que vendrá después solo Dios lo sabe.

Esa misma noche, Tristán tuvo un sueño intranquilo. Tuvo visiones en las que aparecía la misteriosa figura del monje encapuchado. El joven escudero trató de seguirlo en vano a través de los corredores tenebrosos de una fortaleza, como un laberinto oscuro; sin embargo, su sombra se desvanecía en cada cruce, en cada rincón. Tristán despertó sobresaltado.

Esa madrugada oyó el lamento del mar al golpear contra las rocas del castillo. Tuvo una extraña sensación, algo en su interior lo agitaba, lo mantenía en alerta. Pensó en los últimos acontecimientos, en el final de la guerra, en las traiciones, en la muerte de Ferrante… Virginio Orsini era la llave para detener las hostilidades. Sin el apoyo militar y económico que proporcionaba su familia, muchos nobles angevinos quedarían abandonados a su suerte. Entregar al prisionero al papa era una manera de dar un paso hacia el final de la guerra.

Se enfundó el jubón y las botas y se dirigió al calabozo. En los pasillos acusó el frío y la humedad y se envolvió en una capa. Notó el vaho en su boca. A esas horas, el guarda de la entrada lo reconoció y se limitó a abrir la puerta sin saludarlo. Tristán recorrió los pasillos en silencio. Absoluto silencio. Podían oírse una gotera y sus pasos sobre la roca. Quiso saber por qué razón los hombres de la guardia frente a la celda de Orsini no se escuchaban desde allí.

Cuando accedió al último corredor, vio una vela a punto de extinguirse sobre la mesa del puesto del guardia. En el suelo, dos bultos irreconocibles. Tristán desenvainó la espada. Se le aceleró el pulso. Avanzó al acecho, atento a cualquier cosa que pudiera aparecer. Unos pasos más adelante, comprobó que la celda de Orsini estaba abierta, y el corazón le dio un vuelco. Se aproximó hacia los guardias y encontró a dos cuerpos inertes en el suelo. Habían sido degollados.

Sostuvo la espada con fuerza.

Asomó la cabeza desde el dintel de la celda. Vio una figura tumbada sobre la cama. De hecho, aquel bulto no tenía el aspecto de una persona. El cadáver sobre la cama tenía la piel oscurecida y estaba tan hinchado que daba la impresión de que había muerto ahogado en el mar. Aunque Tristán había visto cosas horrorosas durante la guerra, nunca había sido testigo de algo tan monstruoso. Virginio Orsini tenía el rostro violáceo y desfigurado. Sus ojos permanecían cerrados e hinchados, lo mismo que su nariz, sus mejillas o su boca, inundada por una lengua que apenas hallaba sitio en esa cavidad. Virginio Orsini parecía un pez enorme y mórbido en descomposición, y olía como tal.

Tristán se llevó una mano a la boca.

—El que ha hecho esto lo pagará —esgrimió una voz a sus espaldas.

Tristán descubrió la silueta de su padre, que acababa de aparecer. Junto a él venían otros cuatro hombres que ya se ocupaban de los cuerpos de los guardias asesinados.

—Anoche estaba vivo —murmuró Tristán con la vista en Orsini.

Rueda frunció el ceño. Su padre tenía mal aspecto.

—He ordenado el arresto de todos los guardias, incluyendo a los nuestros.

No podían descartar cualquier motivo, había mucho en juego.

—Tal vez Orsini pidió que alguien lo asesinara —reflexionó el muchacho con agudeza—, alguien que lo ayudase a quitarse la vida, y evitar así que el papa jugase con él.

—No podemos asegurar eso —murmuró Rueda.

—Muchos prefieren huir antes de que se desate la tormenta —le recordó Tristán.

Rueda entornó la mirada cuando su hijo mencionó sus palabras. En la celda se formó un silencio. Durante unos momentos, Tristán contempló el rostro de Orsini.

Su padre se alejó y abandonó la celda para reunirse con sus hombres.

Tristán permaneció en la estancia y deambuló de aquí para allá sin saber lo que buscaba. Habían fracasado, y les iba a ser imposible descubrir quién había sido el culpable dentro de la red de alianzas y enemigos en aquella guerra. Encontró, sobre la mesa, la Biblia que el prisionero leía a todas horas. Luego regresó al cuerpo. Los párpados parecían estar a punto de estallar. La imagen era grotesca. Tristán sacó su navaja y apoyó una mano sobre la piel negra y áspera. Desconocía qué arte oscura y qué elementos serían capaces de dejar a un hombre de aquel modo, desprovisto de toda humanidad. Un ligero corte liberó una gota de un humor espeso, casi púrpura.

El joven apartó el grueso labio inferior y se dio cuenta de que su lengua se había hinchado hasta lo imposible: era enorme, casi como la de un caballo. Tristán se acercó a él y consiguió liberarla de la presión de los dientes de abajo. Entonces le dio la sensación de ver algo que estaba siendo aplastado por todo el conjunto. Trató de hacer sitio con el cuchillo, hasta que consiguió sacar un objeto viscoso. Era un pergamino pequeño. Estaba enrollado y atado a un hilo. Se estremeció. El joven lo estiró y lo leyó para sus adentros, sin comprender nada de aquel misterioso mensaje.

«IV

Maldito lobo, que tu rabia te consuma por dentro las entrañas».

Tuvo claro que Virginio Orsini no se había quitado la vida.

Había sido asesinado.

II

«Temer si dee di sole quelle cose
c'hanno potenza di fare altrui male».

(«Se debe temer solo de aquellas cosas
que tienen el poder de hacernos el mal»).

9

Apartamentos de la guardia pontificia, Roma

Febrero de 1497

El paje descubrió las cortinas y un rayo de sol se derramó sobre la cama y el suelo de mármol. Diego despertó y notó como si volviera de un lugar muy lejano. Su sábana olía a lavanda y su cojín era suave y cómodo como el regazo de una madre. Diego jamás había dormido en un sitio tan cómodo.

—Tenéis vuestra comida en la sala, capitán —anunció el paje antes de retirarse.

Se sentó al borde del lecho y descubrió las vendas de su torso teñidas de rojo. Con dolor, se incorporó y fue hasta la silla donde el paje le había preparado unas calzas con un jubón nuevo, una casaca y unas botas. Mientras se vestía, observó las vistas desde la ventana. Su balcón daba a los jardines de la ciudadela. Diego aprovechó la ocasión para coger una jofaina de una bandeja y enjuagarse la boca. Luego se echó un poco de agua por la cara.

En la sala principal, habían dispuesto algunas viandas y una jarra de vino para el capitán de la guardia, su hermano y su criada. Diego se encontró a Álvaro, que comía carne, huevos y pan sin respiro. A su lado estaba la chica, Jimena, que probaba con sus manos todo lo que había en la mesa.

—Aprovecha, hermano —comentó Álvaro con ansiedad—. No sabemos cuándo volveremos a tener una mesa como esta.

Diego tomó asiento y se llevó un poco de jamón a la boca. Frente a él vio una bandeja de queso de cabra, miel, cerezas, manzanas, mermeladas, pan, cereales, vino, leche, carne de caballo… Él y su hermano podrían haberse alimentado una semana con aquella mesa. Echó un vistazo a Álvaro, que no dejaba de mirarlo serio.

—Algo me huele raro en todo esto.

Diego comió todo lo que pudo, sin preguntarse si volverían a traerle algo al día siguiente. Estaba muerto de hambre, había pasado días sin comer. Él y su hermano nunca se habían considerado hidalgos pobres. No se vivía mal en Trujillo, si bien la vida era dura y había que esforzarse para ganar el pan. Todo lo que veían ante sus ojos les mostraba que Roma era un mundo distinto. Si un simple capitán de la guardia vivía en unos apartamentos como aquellos, dormía en sábanas limpias y comía como un príncipe, era la prueba de que los cardenales y el

papa estaban en una esfera difícil de imaginar. Miles de rentas de diócesis para un sinfín de cargos que aquellos grandes señores ostentaban. Una vida de lujo y riqueza al alcance de pocos.

—Tal vez no haya sido mala idea venir a Roma —reconoció Diego cuando acabó de comer, y se apoyó en el respaldo de la silla.

Álvaro se limpió la boca con un trapo y miró a su hermano.

—Todo esto… es un lujo, sí. Pero no dejo de preguntarme por qué el papa iba a nombrar capitán de su guardia a un simple trujillano recién llegado.

—Llevamos muchas semanas —repuso Diego—. Me ha dicho que lo ha convencido mi manera de pelear y el hecho de que no temo a la muerte.

—No seas ingenuo, Diego. Claro que el papa ha visto que tienes dotes de buen soldado, pero este puesto tiene algo. He oído que muchos lo desean. Y mírate, rodeado de lujos. Pregúntate ahora cuál será el precio que pagar por todo esto.

Diego echó un vistazo a su hermano. Álvaro acostumbraba a no fiarse de nadie, a poner en duda todo.

—El papa no es como crees —comentó Diego tras un rato.

—¿A qué te refieres?

Diego cogió unas uvas.

—Es un señor como cualquier otro.

—El papa no es como un señor cualquiera —repuso Álvaro sin entenderle.

—Me refiero a que es un señor como los de nuestra tierra —insistió Diego—. Siempre he pensado que el papa sería como un santo. Es un hombre directo, un tipo listo de cojones. No se anda con remilgos.

—No, desde luego —dijo Álvaro—. Te ha visto pelear y ha preferido tenerte cerca para que lo defiendas. Pero creo que nos ha dado un regalo envenenado. Habrá que ir con cuidado.

—Y eso es lo que pienso hacer —afirmó Diego con decisión, y su tono de voz hizo que su hermano esbozara una sonrisa—. No sé si nuestro primo, el cardenal Carvajal, seguirá confiando en nosotros, pero desde luego que no desaprovecharé esta oportunidad de Su Santidad. Cuando estaba en esa celda, a oscuras, tuve tiempo a pensar en lo que había hecho y me arrepentí de lo que hice, ¿sabes? —reconoció Diego, y Álvaro alzó las cejas, sorprendido—. Sé que te extraña que sienta remordimiento por las cosas, pero es la verdad. No debí pelearme con aquel tipo.

—No, no debiste hacerlo —sostuvo Álvaro, que había borrado la sonrisa.

Diego cambió su expresión y sus ojos se ensombrecieron. El combate en Sant'Angelo y sus consecuencias le habían hecho reflexionar acerca de la vida y sus propósitos, y ahora esta segunda oportunidad le había hecho cambiar la forma en la que veía las cosas. Tal vez había algo grande esperándole allí fuera, un destino que iba más allá de vivir y morir como un hidalgo de Trujillo. El viaje a Roma, el combate, el nombramiento del papa… Aquello no podía ser una casualidad.

—No volveré a fallarte —prometió Diego.

Álvaro asintió sin decir nada más sobre ese tema. Sirvió dos vasos con vino.

—El armero ha traído algunas piezas de armaduras para que hagas algunas pruebas —comentó—. Debemos ir a los bastiones de Sant'Angelo para preparar a las tropas que partirán hacia Ostia. Tenemos mucho trabajo. He oído que el papa no descansará hasta haber recuperado el puerto de Roma.

—¿Qué pasará con ella? —preguntó Diego mirando a Jimena.

—Habrá que encontrarle alguna ocupación —resolvió Álvaro.

Diego la mandó a que buscara sus cosas para que acompañara a Álvaro al castillo. Los hermanos permanecieron un momento en silencio.

—Ni siquiera sé cuáles son mis instrucciones como capitán de la guardia —se quejó Diego.

—Yo me ocuparé de eso. —Álvaro se puso en pie—. Tan solo procura vestirte como es debido y no vacilar frente a tus hombres.

Álvaro y Jimena se fueron al Castillo de Sant'Angelo y Diego disfrutó de la soledad de los apartamentos. Cuando terminó de comer, se quitó el jubón y la casaca para cambiarse las vendas. Se dirigió a una de las habitaciones donde habían dejado los fardos sucios del viaje y donde el armero había colocado las piezas de armadura para que Diego escogiese una de ellas. En ese instante, Paredes descubrió a una dama husmeando entre sus cosas.

—¿Se puede saber qué es lo que buscas? —La interrumpió Diego con malas formas.

La mujer se levantó de un salto y dio tres pasos para atrás. Era María, la criada que le había asignado el papa. Era una mujer de cabello moreno y ojos oscuros. Poseía un andar elegante que a Diego le recordaba a una yegua pura sangre. Era alta y de cintura no tan estrecha. Su mirada resultaba cautivadora.

—Buscaba las vendas para el capitán —respondió la criada.

Diego no había tenido la ocasión de estar a solas con ella hasta ese preciso momento. El capitán reconoció el acento de la mujer. Extremeño, cacereño. La dama había limpiado sus heridas, había servido sus comidas, siempre en silencio, en presencia de otros alabarderos de la guardia, por lo que se dio cuenta de que era la primera vez que le escuchaba pronunciar una palabra.

Paredes señaló la mesa, junto al armero. Ahí estaban las vendas. Frente a él habían dispuesto varias piezas de armadura, todas de bellísima manufactura. María se detuvo frente a la mesa, de perfil al capitán. Paredes tardó un poco en fijarse en ella.

—¿De dónde eres? —inquirió en tono seco, y su voz pareció la de un interrogatorio. En realidad, no se fiaba de ella. Si era oro lo que buscaba en su bolsa, poco o nada iba a encontrar.

—De la misma tierra que vos, mi capitán —respondió ella.

—Coge las vendas. Quiero que me las cambies. Date prisa.

Diego se desnudó el torso frente a ella y se sentó en una silla. La mujer pareció admirar su cuerpo, en silencio, y lentamente comenzó a quitar los vendajes para colocar los nuevos. Tenía el pecho lleno de cortes y de tajaduras. Estuvieron varios momentos sin hablar. A Diego no le había gustado su actitud. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué tenía acceso a la corte del papa? Y, sobre todo, ¿por qué la había encontrado husmeando entre sus cosas? De pronto, pensó en lo que le había dicho su hermano, en que podía ser una espía del papa, que no se acababa de fiar de él del todo.

—Capitán, solo quería deciros que estoy a vuestro servicio —anunció María para romper el silencio.

Paredes la miró a los ojos.

—¿Por qué no me has dicho que eras extremeña? Creía que el papa me había asignado una criada romana.

—Vos no preguntasteis —advirtió ella con un brillo en los ojos.

Paredes quiso creerla, aunque el hecho de que hubiese querido ocultarlo le creaba

desconfianza. María esbozó una ligera sonrisa al ver que decaía un poco la tensión.

—¿De dónde eres? —quiso saber Diego.

—De Cáceres, mi señor. Me llamo María de Sánchez.

Ella dio unos pasos hacia la mesa para buscar más vendas, con la intención de que el capitán la contemplara bien. Diego conocía bien a ese tipo de mujeres, y no podía negar que le gustaba.

—Podría coser la herida, si queréis.

—Solo véndame sin apretar demasiado.

La mujer empezó a girar en torno a la silla, mientras pasaba la venda. Paredes era un hombre muy alto y fuerte. Llevaba la cabeza y la barba rapadas. Era consciente de que poseía unos bonitos ojos marrones y una expresión afable cuando sonreía. Era un hombre del que las mujeres podían enamorarse con facilidad, de no ser por ese halo callado y misterioso que parecía envolverlo, fruto de su lucha contra su pasado.

—Debo elegir bien las piezas, que no sean todas diferentes —señaló Paredes en la mesa.

María se acercó a la mesa y cogió una codera con las manos.

—Miquel Corella, que era el anterior capitán, suele portar una armadura con este tipo de ornamentación —señaló ella. Luego dio un rodeo a la mesa para que Paredes se deleitara con su figura. Diego tuvo ganas de rodear su cintura con sus manos y descubrir su cuerpo y sus pechos. María dio muestras de percibir aquel deseo en sus ojos. Finalmente escogió una pieza de acero—. Quizá vos podríais llevar una de otro tipo, una como esa —le recomendó, y la señaló. Luego regresó hasta donde estaba él.

Paredes ya no veía el acero ni la armadura. Había empezado a mirar a María de un modo distinto. Ella conocía bien el brillo del deseo reflejado en los hombres. María hizo un nudo en una de las vendas y la cortó. Se puso a vendarle el hombro, también herido.

—¿A qué has venido? —se interesó el capitán.

—Estoy al servicio del capitán de la guardia. Esa fue la orden del papa.

—Me refiero a qué has venido a Roma —matizó Paredes, con seriedad—. ¿Por qué has dejado tu pueblo?

—Conocí a Juan Borgia y él me trajo con su séquito. Luego me presentó a su padre.

Paredes se dio cuenta de que él era un recién llegado. A muchos les costaba asimilar que el papa tuviera amantes y, mucho más, hijos. Juan Borgia era el general de los ejércitos de la Iglesia, el superior directo de Paredes. Diego se preguntó si aquel noble apuesto habría sido amante de la extremeña. ¿Y el papa? ¿Habría probado los placeres de María? Aquella dama conocía de sobra la curia y el séquito, y a Diego le habían bastado dos días para comprender que el placer, la libertad y la lujuria estaban por encima de cualquier asunto en Roma.

María acabó de vendarlo. Diego se levantó y comenzó a vestirse. Tras unos momentos, acabó de colocarse el arnés completo. Pidió a la criada que le ajustara los broches de los lados y de la espalda. Se colocó las armas y se dirigió hacia la puerta. Antes de irse, se giró hacia la mujer.

—¿Cuántos capitanes de la guardia has conocido desde tu llegada?

A María pareció sorprenderle su pregunta.

—Tres —señaló.

Paredes iba a marcharse cuando la mujer lo llamó una última vez.

—Podría trabajar para vos —sostuvo María.

—¿Y por qué iba a fiarme de ti? ¿Por ser extremeña? —Atacó el capitán.

María no tenía intención de discutir con su nuevo señor.

—Porque busco protección y porque conozco esta ciudad.

Paredes, que no se esperaba esa respuesta, se mantuvo en silencio.

—En Roma se necesitan aliados para no acabar flotando en el Tíber —añadió María—. Incluso los necesita el capitán de la guardia. Nadie dura demasiado en este cargo. Vos sois el hombre más afortunado del Vaticano, muchos matarían por tener vuestra posición. Los traidores están a la vuelta de la esquina.

¿Quién era en realidad aquella mujer?

—Yo no me fío de nada más que de mi propia espada —concluyó Paredes antes de darse media vuelta y salir de sus apartamentos rumbo a la fortaleza.

Aposentos del papa

César Borgia apartó a gritos a los alabarderos y abrió las puertas del despacho de su padre sin ser anunciado. El papa se encontraba en compañía de una mujer española, y ambos apagaron las risas al verlo entrar con aquellos aires en compañía de su inseparable lugarteniente, Ramiro de Lorca. Ambos vestían con arneses a la italiana. Su padre no apreciaba que su hijo fuera por ahí como un hombre libre y laico en lugar de llevar las vestiduras correspondientes a un cardenal. Pero César acudía directamente desde el campo de batalla: podía verse en el barro de sus botas y la suciedad de sus ropajes.

—Fuera —le ordenó César a la española cuando la vio.

El papa miró a la muchacha.

—No te muevas de aquí, María —repuso.

César había perdido la paciencia.

—¡He dicho fuera! —gritó, colérico.

El segundo hijo de Rodrigo de Borgia tuvo ganas de estrangular a la joven. Acababa de llegar a Roma desde el norte. Su jubón y su armadura olían a caballo. El joven cardenal parecía más soldado que cualquier hombre de la guardia. El papa echó una ojeada a Ramiro de Lorca.

—Dejadme a solas con el cardenal —le ordenó el papa.

—Todo lo que digas puede oírlo Lorca —soltó César, en un tono cortante y a la vez desafiante—. Ha visto lo mismo que yo.

El papa no entró en aquel juego, e hizo un ligero gesto con la mano para que Lorca se retirase. El caballero vaciló, sin saber bien a qué señor obedecer, e intercambió un gesto con César.

—Os aprecio como caballero y como consejero de mi hijo, don Ramiro —le reconoció el papa—. Pero si volvéis a desoír una de mis órdenes, os doy mi palabra de que esta noche os convertiré en un mártir de la Iglesia.

Ramiro de Lorca hizo una reverencia al pontífice y se retiró.

El papa obsequió con una sonrisa tranquilizadora a María, a quien se le había agitado el pulso de pronto, y luego volvió a su hijo.

—No vuelvas a desafiarme —le advirtió.

César era incapaz de comprender la tranquilidad de su padre. Estaba claro que las noticias no

habían llegado a Roma.

—Has pedido ayuda a ese castellano infame y a su hueste de harapientos.

—¿Y cuál es el problema?

—¡Qué piensas en todos menos en mí! —gritó César.

Rodrigo de Borgia inspiró hondo ante el nuevo ataque de ira de su hijo. Susurró unas palabras a María al oído y luego se levantó hacia la mesa de frutas y bebidas. La extremeña se quedó inmóvil en el diván. El papa escogió unas uvas y reordenó las naranjas.

—No podemos estar discutiendo siempre de lo mismo, César. Te recuerdo que no eres tú, sino tu hermano, el gonfalonero de la Iglesia, y que tus obligaciones deberían estar en la púrpura cardenalicia, como mi legado pontificio, y no en tus aspiraciones principescas. Debería darte vergüenza presentarte así en la corte y frente a tu pontífice. ¿Qué pretendes? ¿Buscas mi atención? Aquí me tienes. Habla como un hombre.

Su padre tenía la venenosa habilidad de minimizar cualquier problema, y hacerle sentir un estúpido. Esta vez no iba a perder aquella batalla dialéctica contra su padre; tenía razones para estar así.

—He cabalgado horas sin descanso desde el norte para informar a Su Santidad de que un ejército formado por una liga de aliados de los Orsini, con Vitellozzo Vitelli y Cario Orsini a la cabeza, ha bloqueado la ruta de las tropas pontificias, ha derrotado de forma aplastante a tu gonfalonero en Soriano y ha aniquilado a los ochocientos mercenarios alemanes. Bartolomeo d'Alviano, ese sucio condotiero a sueldo de los Orsini, ha sabido resistir en Bracciano y ha tomado preso a Guidobaldo de Montefeltro, el duque de Urbino.

Al papa le cambió la cara, y pareció envejecer diez años de súbito. Aquella derrota era una desgracia para todos sus planes.

—¿Dónde está Juan? —preguntó Rodrigo con una mano en la frente.

César se quitó los guantes, harto de aquel teatrillo.

—Juan ha huido, incapaz de organizar una retirada, y vendrá en unas horas a llorar sobre tus pies y a rogar por tu perdón.

—No puede ser cierto. Juan… Mis lansquenetes… —balbució el papa.

César lo interrumpió, molesto.

—Tus alemanes han sido arrollados por cuadros de picas de una compañía de fortuna y por la caballería de Orsini —le relató su hijo—. Cualquier general habría sabido posicionar a sus unidades. Lo han envuelto como en un juego de niños. Ha sido vergonzoso.

Rodrigo de Borgia contempló a César sin decir nada. Sus palabras estaban llenas de acusación, cargadas de reproche y de disconformidad acumulada durante todos esos años. Juan, el caballero apuesto y brillante, el primogénito, el amable cortesano, siempre por delante de César…

Tras un momento de silencio, el papa volvió a tomar la palabra.

—Virginio Orsini ha sido asesinado.

Esta vez fue a César al que le cambió la cara.

—¿Bajo tu orden?

El papa contempló la ventana y se llevó una mano al mentón.

—Tal vez su familia no estaba dispuesta a negociar su rescate. La victoria de Soriano engrandece a su hijo como el nuevo duque de Bracciano. Esta derrota fortalece a nuestros enemigos. Estamos en una mala posición.

—No hace falta que me digas lo que significa —respondió César—. He estado a menos de una legua observando el movimiento de tropas de Guidobaldo de Montefeltro y las decisiones de Juan en el campo de batalla. ¡No tenían ninguna experiencia en combate y tú lo sabías! ¡Ninguno de los dos sabía mover un ejército! Lo sucedido en Soriano es una vergüenza. Bartolomeo d'Alviano, con cuatro perros, ha sabido aguantar sus embestidas.

—Tu hermano será un buen general de aquí a un tiempo.

Esas palabras provocaron en el segundo hijo del papa el mismo efecto que un insulto y fue incapaz de controlarse.

—¡Yo seré un buen general! —le gritó César con la cara roja.

Rodrigo de Borgia no se inmutó ante su actitud.

La calma del padre sacaba lo peor del hijo. La sala retumbó con el eco de César y luego se formó un silencio profundo que se mantuvo unos momentos hasta que el papa volvió a hablar en tono tranquilo.

—Tal vez así sea, hijo. Pero me sirves más como cardenal. No insistas con ese tema. Tengo otras ocupaciones más importantes para ti. Ya habrá tiempo de negociar con los Orsini la paz.

César sentía que bullía en su interior. A veces creía que Dios les cambiaba las lenguas a padre e hijo día a día, como en una torre de Babel constante, para que nunca pudieran entenderse. Ambos querían lo mismo, un futuro para su familia. Pero los dos pensaban diferente en tantos aspectos que a veces César se preguntaba si era realmente hijo de aquel hombre.

Cogió de una mesa una jarra de vino y se sirvió una copa de manera tan brusca que acabó por derramar un poco en el suelo. Sabía que su padre no apreciaba que se comportara como un bárbaro, pero no le importó. Quería vengarse de algún modo de él, aunque fuera así. Como siempre, su padre tenía otras obligaciones para él, lejos de la batalla.

—Cumpliré con lo que dicte el santo padre —afirmó César tras beber.

Rodrigo de Borgia se acercó a su hijo y le retiró la copa de sus manos.

—Debes tener siempre los modales de un soberano.

—¿Acaso lo seré alguna vez?

—Laico o eclesiástico, alguna vez lo serás, créeme —lo reprendió su padre—. Quiero que te hagas cargo de otro asunto más importante. Tu hermana.

Pasó un momento en el que nadie dijo nada en la habitación. Tras un instante, César volvió a mirar a su padre por encima de la copa.

—¿Qué le ha pasado a Lucrecia?

—Ha regresado de Pesaro. Su esposo, el Sforzino, no se ha dignado a responder a ninguna de mis cartas exigiéndole que regrese a Roma.

A César le cambió el semblante.

—¿Y Jofré?

El cuarto hijo de Rodrigo de Borgia se había casado, como parte de la alianza con Nápoles, con Sancha de Aragón, una mujer de una belleza sin par. César había cruzado una mirada chispeante con Sancha. Aquella dama era puro fuego, demasiado para el pequeño Jofré.

—Ha vuelto también —comentó el papa, sin demasiado entusiasmo.

—¿Qué ocurre con Lucrecia?

Rodrigo de Borgia se mantuvo circunspecto.

—Digamos que la alianza con los Sforza ha dejado de interesarnos.

César sabía leer a su padre mejor que sus hermanos.

Giovanni Sforza, el Sforzino, era el esposo de su hermana. Su matrimonio formaba parte de una alianza que unía lazos entre Roma y Milán. Ahora los Sforza estaban debilitados y el papa veía nuevos horizontes en los que utilizar a su hija como moneda de cambio. ¿Qué señor no iba a querer desposar a la hermosa hija de Alejandro VI?

—Si quieres liquidarlo, ¿por qué no llamas a Corella?

—No quiero matarlo, solo busco la anulación del matrimonio.

—¿Y cómo pretendes que haga eso? Es un Sforza. ¡Jamás lo aceptará!

El papa no hizo ningún gesto.

—Haz que se declare impotente —sugirió el pontífice—. De esta forma el matrimonio jamás se habrá consumado y Lucrecia volverá a ser virgen y libre. La necesito.

—Sabes que eso es mentira —sostuvo César.

Rodrigo de Borgia miró a su hijo con un brillo flamígero.

—La verdad será lo que yo diga que sea. Ocúpate de este asunto.

Patio de Armas de Sant'Angelo

Diego llegó a la fortaleza y accedió por uno de los bastiones cercanos al río. Nada más cruzar los pasillos y las estancias se dio cuenta de que las miradas se posaban en él y en su armadura. Las cosas habían cambiado, y podía verse en la manera de mirar de los soldados de la fortaleza al nuevo capitán de la guardia. La última vez que habían visto a Diego había sido aquel día del duelo frente al condotiero romano. Muchos habían apostado por un destino aciago para el trujillano; sin embargo, al verlo aparecer con aquella armadura reluciente, acompañado de dos pajes, supieron que las cosas habían dado un vuelco. A Diego le regocijó ver sus caras de asombro, sobre todo la de los españoles como el viejo Gonzalo Pizarro. El resto no tenía la culpa de que Diego hubiese sido arrestado, pero era un hecho que ninguno de ellos había defendido su honor.

Diego encontró a su hermano Álvaro dando instrucciones a algunos cabos de escuadra. Cuando se acercó a él, los soldados lo saludaron diciendo «*capitano*» y regresaron a sus labores. Jimena estaba junto a Álvaro, como una paje.

—Tengo que enterarme de cómo va esto.

Álvaro echó a andar, seguido de Jimena, y mientras puso al día a su hermano de varios asuntos, entre ellos, la llegada de las tropas aragonesas a Roma.

Echaron un vistazo a la fortaleza, a los accesos a los cuatro bastiones que llevaban los nombres de los evangelistas, a la torre del homenaje, que tenía una rampa desde la puerta frontal y otra rampa helicoidal por la que habría podido subir incluso un hombre al galope. La estructura del centro del castillo era redonda, compuesta por un muro de piedra y ladrillo labrado en época romana, completamente inexpugnable. A su alrededor se erigían algunos patios estrechos y más casas, habitaciones, azoteas y puentes y escaleras que unían un punto con otro, lo que le confería a Sant'Angelo el aspecto de una pequeña ciudad. Cuando llegaron a uno de los adarves vieron a parte de las tropas pontificias en uno de los patios. Allí estaban los hombres a su cargo, un grupo de cien alabarderos de diferentes nacionalidades que conformaban la guardia pontificia. Bajaron

unas escaleras hacia ellos.

—¿Están todos listos? —Diego echó un vistazo a las tropas.

—Preparados —señaló Álvaro.

Los hermanos se estrecharon la mano.

Diego bajó y fue con los hombres de la guardia, que lo observaron sin disimulo, como si estudiaran al hombre al que habían nombrado capitán. Uno más de los que habían ostentado ese cargo. Diego se paseó entre ellos, sin esconderse, como si de algún modo los estuviera retando. No era un ingenuo. Sabía bien lo que le había dicho la mujer extremeña, eso de que era el soldado con más fortuna de Roma.

—¿Quién habla castellano? —preguntó Diego con la voz en alto.

Los alabarderos se miraron, hasta que uno de ellos alzó la mano.

—Yo —comentó un tipo con gesto serio—. Soy vizcaíno.

—¿Sabes romano? —le espetó Álvaro esta vez.

El vizcaíno asintió.

—Bien, entonces traduce lo que voy a decir —soltó Diego de cara a todos los hombres de su guardia—. Me llamo Diego de Paredes. Sé que muchos de vosotros me habéis visto pelear en este patio contra diez hombres y pensáis que soy un criminal. Es verdad, lo soy. —Diego hizo una pausa y hubo alguna risa. Luego los miró uno a uno mientras paseaba por entre las filas y el vizcaíno iba repitiendo en italiano a gritos sus palabras—. Y también os digo que soy un hijo de puta, pero soy un hombre de palabra. Sé que muchos en Roma queríais este cargo. Yo no lo pedí, solo he tenido la suerte de caer de pie.

Uno de los que estaba allí, un alabardero veterano, lo miró con seriedad.

—Pido permiso para hablar, capitán —le pidió en castellano.

—Habla, coño —repuso Diego.

—Aquí en la guardia el respeto hay que ganárselo, capitán —le advirtió en tono frío, sin amenazarlo—. Otros han venido por orden del papa y no han sido capaces de comandar a los alabarderos como era debido. Sabemos las ventajas con las que cuenta el capitán de la guardia y el lujo con el que se vive. Muy pocos van al frente.

—Y muy pocos resisten en el cargo —explicó otro hombre que también hablaba español.

A Diego le molestó su comentario. Que alguien pensara que era un señor acomodado era casi una afrenta contra su honor.

—Tranquilos, que yo iré en primera línea.

Álvaro sabía que ese despertar de Diego no era otra cosa más que orgullo. Y se alegró por él. Desde que habían dejado Trujillo, su hermano parecía haberse desperezado de una larga siesta. Ahora, espada en mano, había decidido tomar las riendas de su vida. Era exactamente lo que les había pedido su primo, el cardenal Carvajal, destacar y esperar a los acontecimientos.

Diego y Álvaro se abrieron paso entre los hombres de armas hacia el otro patio donde estaba el resto de las tropas pontificias y compañías de fortuna. En ese momento, ambos vieron aparecer a Su Santidad por uno de los arcos, acompañado de sus secretarios y parte de su séquito. A la zaga los acompañaba la criada que les había asignado el pontífice. María de Sánchez. Se dirigían a un entoldado sobre una tarima dispuesta para recibir al capitán de las tropas aragonesas.

—Es extremeña —comentó Diego mientras se colocaba el yelmo.

—Qué dices —soltó Álvaro, sin creérselo, y volvió a mirar a la mujer—. ¿La romana?

—De romana nada. Es cacereña.

Álvaro no apartó los ojos de ella.

—Válgame Dios.

Diego se preguntó de qué manera había conseguido ganarse la confianza del papa para formar parte de su círculo más próximo. Cumplía las funciones de amante, amiga, consejera y criada, todos cargos solapados. Tras su encuentro y tras haberla descubierto de la manera en la que lo hizo, tuvo claro que no podía confiar en ella. ¿Cómo había conseguido alcanzar aquella posición?

—No te fíes —esgrimió Diego, serio—. Tiene cara de gorrión, pero caza como un águila. Parecía poca cosa, pero tiene mucha influencia en el Vaticano. Además, ya conoces a las mujeres de nuestra tierra.

A Álvaro le hizo gracia su comentario.

—Vaya si las conozco —rio—. Tal vez me deje cazar por una así.

Diego esbozó una sonrisa. Los hermanos regresaron con los hombres.

Esas semanas, Juan Borgia, general de los ejércitos, se había marchado con varias escuadras de lansquenetes alemanes a combatir a Bracciano en la guerra contra los Orsini y ya se oían noticias sobre su derrota en Soriano. En Sant'Angelo habían quedado algunos capitanes y condotieros para mover a las tropas. Entre ellos estaba el embajador español, a cargo de sus tropas, aliadas del papa, Garcilaso de la Vega.

—Fernando e Isabel lo han enviado como una pieza clave de comunicación entre el papa y ellos —le explicó Álvaro al ver que el español se acercaba a ellos—. De la Vega es un hombre instruido en todas las artes, y, además, dicen que es un buen general. Ha participado con éxito en varias batallas contra los franceses desde su inicio.

El embajador vestía una armadura oscura y venía acompañado de un paje.

—¿Sois vos el nuevo capitán de la guardia? —indagó con cortesía—. He sabido que sois trujillano.

—Y por vuestro acento, diría que vos sois extremeño —respondió Diego.

Ambos se estrecharon la mano.

De la Vega colocó los brazos en jarras y contempló a la guardia pontificia.

—Ya era hora de que un hombre de armas se hiciera cargo de esta escuadra —comentó.

—¿Por qué lo decís? —quiso saber Diego.

El embajador se cruzó de brazos.

—Miquel Corella siempre fue más un servidor de Su Santidad que un verdadero capitán. Son los mejores hombres, los más ágiles alabarderos, con la mejor paga, dispuestos únicamente para escoltar las bandejas de comida de Rodrigo de Borgia. Es un desperdicio. No me malinterpretéis, Paredes: estoy seguro de que con vos las cosas serán diferentes, pero tenéis mucho trabajo por delante. —De la Vega miró al cielo y luego desvió la vista hacia Diego, antes de obsequiarle una sonrisa afable.

—¿Y cómo lo haríais vos? —se interesó Diego.

De la Vega echó un vistazo a las escuadras.

—Daría ejemplo —le aconsejó, y volvió a mirar al capitán—. Siempre primero, siempre delante.

Para Diego eso no sería difícil.

—Formaré a mis escuadras junto a la guardia —sostuvo el embajador finalmente—. El papa

ha pedido que todas las compañías formen en el patio.

—De acuerdo —respondió Diego.

De la Vega se fue. A Diego le había parecido un hombre sensato. Apreciaba tener un aliado militar dentro de Sant'Angelo. Al reflexionar acerca de sus palabras, se dio cuenta de que muchos de los hombres de su guardia no ansiaban trascender y mucho menos dar su vida. Los alabarderos de la guardia pontificia eran hombres engreídos, segundones de familias pudientes cuyos egos los volvían holgazanes y mataban sus aspiraciones. Se preguntó entonces si sería capaz de dominar a una bestia peligrosa como aquella.

Tristán admiró el arco que precedía la entrada a la ciudad.

Habían acudido para ganar las indulgencias, visitar la tumba de San Pedro y recibir la bendición del papa. El plan de Gonzalo de Córdoba consistía en liberar Ostia y regresar lo antes posible a Rocaguillerma, el último bastión rebelde de Nápoles. Esa mañana soleada habían cruzado las puertas de la ciudad y se encontraban intramuros. Roma, la ciudad eterna, estaba en ruinas y pasaba hambre. Tristán había desviado la vista hacia el antiguo foro romano convertido a lo largo de los siglos en un campo de vacas. Sobre algunas colinas vio fastuosas casas y villas con plantaciones de vid. Descubrió que Roma eran palacios, ruinas, barrios pobres y campos abandonados. Más de la mitad del territorio comprendido dentro del recinto de las murallas de Aureliano era un campo silvestre.

Pocos hombres habían entrado en la ciudad, tan solo la escolta del cadáver de Virginio Orsini y la compañía del capitán. Gonzalo de Córdoba, ataviado con arnés completo, capa y boina, marchaba al frente sobre su caballo, en compañía de su padre, Alfonso de Rueda, y de sus secretarios y hombres de confianza. A la retaguardia, una veintena de piqueros y, al cierre de la formación, una docena de caballeros sobre sus monturas.

Tristán iba a caballo y portaba en un pendón las insignias de Su Majestad. La vía por la que avanzaba la comitiva dio paso a una calle con casas insalubres, una junto a la otra. Una sobre la otra. La ciudad ofrecía lo mejor y lo peor de la gente y de las clases sociales. El griterío de la calle al paso de los infantes y caballeros y el olor le sorprendieron. Roma pasaba hambre, y eso se notaba en el ambiente.

Cruzaron esa parte de la ciudad hacia un barrio mucho más rico. Aquella nueva calle lustrada albergaba una colección de hermosas mansiones y palacios. Estaban ornamentados con una arquitectura majestuosa, y en sus balcones colgaban flores y rosas para embellecerlos. En sus portales había guardias y mercenarios vestidos con calzas y jubones coloridos, armados con elegancia, y los criados llevaban librea, gentes que apenas se molestaron en desviar la vista hacia ellos. Aquello le bastó a Tristán para comprender que, en aquella Roma apostólica, de príncipes cardenalicios, existía, además de la pobreza y la miseria, una vida de nobleza, lujo y riqueza.

Al final de la calle, más adelante, la vía finalizaba en un puente que conducía a una enorme fortaleza de planta circular sobre la que flameaban los estandartes pontificios.

—¿Qué es eso? —quiso saber Tristán.

Rueda divisó el otro lado del río.

—Sant'Angelo, el castillo del papa.

La compañía del Gran Capitán avanzó hacia el bastión, al tiempo que oían sonidos de trompetas y las puertas se abrían a su paso, en una imagen que Tristán supo que recordaría para siempre. Cruzaron los arcos de las puertas y accedieron a la plaza de armas, donde el papa los

aguardaba sobre una tarima, cubierto del sol bajo un toldo, frente a su guardia y a las tropas del castillo formadas delante de él. Estaba acompañado por un séquito numeroso de gente, entre los que pudieron reconocer al cardenal César Borgia, entre otros prelados. También se hallaba el capitán de la guardia pontificia a su lado y el embajador español, Garcilaso de la Vega. Don Gonzalo desmontó y, en un acto solemne, hincó la rodilla frente al pontífice para recibir su bendición. Todos los aragoneses hicieron lo mismo. El papa hizo un gesto con la mano y se esperó a que el general de Fernando de Aragón se acercara a él.

—Gran Capitán —lo saludó Alejandro VI, haciendo alusión al nombre con el que se le conocía esos días en Italia.

Gonzalo de Córdoba hizo una nueva reverencia y Alfonso de Rueda hizo lo mismo tras él.

—Santidad.

El papa realizó una bendición solemne con la mano alzada.

—Creía que vendríais con vuestra hueste al completo —advirtió el papa.

—Hemos acampado fuera de la ciudad —repuso el capitán—. No hay tiempo que perder. Saldremos hoy mismo para Ostia.

El papa observó al cardenal César Borgia. En ese instante, Gonzalo de Córdoba y Alfonso de Rueda estrecharon la mano del embajador español y del capitán de la guardia.

—Soy Diego de Paredes, señor.

Don Gonzalo lo saludó con un gesto amable.

—Paredes, fuisteis el paje de vuestro padre, Sancho de Paredes, antes de la toma de Granada. Ya nos hemos conocido.

A Paredes se le iluminó el rostro. Solo un hombre de la categoría de Gonzalo de Córdoba podía recordar una cosa así.

—Así es, mi señor —respondió el trujillano antes de estrecharle la mano.

Tras un momento, don Gonzalo regresó al papa, que no apartaba la vista del carro.

—Imagino lo que traéis ahí —señaló—. Quiero verlo.

—Santidad, lo hemos amortajado —respondió Rueda.

El papa se giró a Paredes.

—Colocad el cuerpo en la capilla.

El capitán de la guardia se alejó de allí y dio órdenes a sus hombres para que fueran hacia al carromato.

—Está irreconocible —repuso don Gonzalo.

Rodrigo de Borgia hizo un gesto a su séquito para que se dirigieran a la capilla. Aquel podría parecer un recibimiento un tanto brusco para el héroe de las guerras de Nápoles; sin embargo, había cosas importantes que estaban en juego. Garcilaso de la Vega se situó junto a Alfonso de Rueda, de camino a la capilla, bajo las arcadas de Sant'Angelo.

—El papa aportará para la campaña de Ostia armas y bastimentos, infantes de algunos condotieros, los alabarderos de su guardia pontificia y los hombres aragoneses que están bajo mi mando. Unos seiscientos en total.

—Primero reconoceremos el terreno —le explicó Rueda al embajador, con prudencia—. Luego sabremos cuánto nos costará tomar Ostia.

—¿Cuándo pensáis hacer eso?

Rueda miró al embajador un momento.

—Esta misma tarde, señor.

De la Vega asintió, con sincero respeto. Esos hombres habían tomado docenas de plazas y fuertes. La fama que los precedía hablaba por sí sola.

Todavía en el patio, bajo el sol, Tristán abrió el carro con la ayuda de la escolta. Allí apareció el capitán de la guardia con sus alabarderos. Se trataba de un hombre que le sacaba dos cabezas a Tristán.

—No lo toquéis —lo instó el escudero, y el capitán le puso mala cara—. No lo toquéis —repitió—. El cuerpo ha sido envenenado.

Tristán le señaló los palos de madera con los que podían levantar el cajón. Cuando los alabarderos lo cargaron, Paredes se volvió al muchacho, antes de entrar en la capilla.

—¿Cómo te llamas?

—Tristán de Rueda, escudero de don Gonzalo —respondió el chico.

Paredes entró en la iglesia con su guardia. Allí lo esperaba el papa con parte de su séquito. Depositaron el ataúd en el suelo, frente al altar. El papa pidió que se marchara todo el mundo. Únicamente quedaron don Gonzalo, Rueda, Tristán, el capitán de la guardia y el cardenal César Borgia.

—Abridlo —ordenó el papa.

Tristán le echó un vistazo a don Gonzalo y este acató la orden. El chico sacó una daga y cortó las telas de la mortaja. Dejó a la vista un rostro oscuro y cadavérico. Su piel se había endurecido. Tenía el aspecto de una momia deforme, como si hubieran pasado varios años de descomposición. En realidad, apenas llevaba unos días muerto. Rodrigo de Borgia, por su parte, entornó la mirada. El cardenal César Borgia se cubrió la boca con la mano. El proceso de putrefacción provocaba que el cuerpo expeliera un hedor insoportable y que pareció impregnarse en la ropa y en las paredes.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis con vida? —Ahondó el pontífice con mala cara.

Alfonso de Rueda miró a su hijo.

—La noche anterior a su muerte —respondió Tristán—. Llevaba menos de un día sin vida. Puedo asegurarlo.

El papa se mantuvo un instante en silencio. Luego se volvió al capitán de su guardia.

—Traed al médico chipriota y a los cardenales Carvajal y Sensi. ¡Ahora! —le ordenó—. Necesito que alguien examine su cuerpo.

Los presentes se miraron unos a otros ante la imagen terrorífica del cadáver de Virginio Orsini frente a ellos. Entonces Tristán se adelantó, sacando un pequeño objeto de su jubón, y se lo ofreció al pontífice. El papa reconoció la forma del pergamino y su gesto se ensombreció ante el muchacho.

—Santidad, tal vez sea esto lo que buscáis —declaró el escudero.

El papa lo recibió con asombro.

Luego estiró el mensaje y lo leyó.

10

Apartamentos del cardenal Carvajal, Roma

La incertidumbre volvió a llenar el palacio apostólico. Una sombra rondaba la corte, y casi todos los indicios apuntaban a que se trataba de alguien de la curia, alguien que conocía bien los entresijos de Roma y del Vaticano. Para el papa, el problema se había convertido en un asunto de máxima prioridad. Para Diego de Paredes, capitán de la guardia del sumo pontífice, el tema tenía un cariz mucho más oscuro y peligroso. Su deber era proteger la vida del papa, y un sujeto peligroso lo rondaba y parecía proponerle un juego.

Diego ni siquiera tomó asiento en el despacho del cardenal. Álvaro se había quedado en la plaza de armas de Sant'Angelo con los hombres de la guardia aguardando las órdenes de Gonzalo de Córdoba y de Garcilaso de la Vega para salir para Ostia esa misma tarde, y Jimena se había quedado en los apartamentos de la guardia.

—El papa no se esperaba esto —confesó Carvajal frente a Diego, al otro lado de la robusta mesa que los separaba.

Diego apreciaba que Carvajal, pese a ser un estudioso de la teología y un erudito, en realidad era un hombre directo que no se andaba con remilgos.

—Vos, en cambio, sí —repuso Diego.

—Era arriesgado pensar que Virginio Orsini era el Toscano y que con su muerte se acabaría todo esto —insistió Carvajal—. Que haya escogido como víctima a Orsini dice muchas cosas.

Diego no tenía idea acerca del entramado político de Roma, Florencia o Nápoles. Desconocía la red de alianzas y enemigos entre los príncipes cardenalicios y la alta nobleza de Italia.

Carvajal se llevó una mano al mentón.

—Que el Toscano eligiera a ese hombre significa que sus intereses están por encima de la guerra entre Orsini y los Borgia. Además, ha demostrado la capacidad de asesinar al preso más custodiado del reino de Nápoles, en el Castillo dell'Ovo, un bastión impenetrable.

Diego pensó en esto último.

—No se puede entrar en una fortaleza así sin la ayuda de alguien desde dentro.

—Es cierto —afirmó Carvajal—, pero se necesita algo más que ayuda. El Toscano es un intelectual que tiene conocimientos amplios en varias materias. Dudo que sea él mismo quien asesine a sus víctimas.

—¿Creéis que se trata de varios hombres? —sondeó Diego.

Carvajal extrajo de un cofre pequeño cuatro papelinas gastadas y sucias. Eran cada una de las notas del Toscano que había dejado en sus víctimas.

—Como he dicho, el Toscano es un estudioso, Paredes. Se ha cuidado de enviar las notas a un maestro impresor y de no escribirlas con su propio puño para no ser descubierto —explicó el cardenal.

Diego se acercó a la mesa y las observó.

—Están numeradas, como si hubiese un plan en todo esto.

—Muy cierto —advirtió Carvajal.

—No las entiendo —reconoció Diego.

—Eso es porque están escritas en dialecto toscano —repuso el cardenal.

Diego señaló las notas.

—¿Qué dice la primera?

Carvajal la tradujo.

«I
El buen maestro dijo: "¿No preguntas quiénes
son estas almas que estás viendo?"».

El cardenal volvió a dejarla en el cofre.

—La primera víctima fue una criatura de tres meses. La encontró su nodriza. Imagino que era el sobrino de alguno de los cardenales del Colegio, no sabría deciros con certeza de quién es.

Sobrino, pensó Diego con sorna. *El hijo de algún purpurado*.

Carvajal prosiguió.

—Todas las víctimas se presentan de la misma forma, bajo el efecto de un veneno cuya receta desconocemos.

Diego permaneció atento a lo que le decía. Volvió a las notas.

—¿Qué dice la siguiente?

Carvajal leyó con voz sombría.

«II
La tormenta infernal, que nunca cesa,
con su vértigo agita los espíritus».

—¿Otro crío? —sugirió Diego.

El cardenal disintió.

—Esta vez la víctima fue Niccoló Valtieri, un dominico, humanista y teólogo que trabajaba para la Secretaría Apostólica. Últimamente estaba enfrascado, junto con uno de mis alumnos protegidos, en un ensayo sobre la inmortalidad del alma. Valtieri era un hombre tranquilo al que no se le conocían enemigos más allá de sus debates intelectuales. No tiene sentido su muerte.

Diego reflexionó un momento acerca de esto último. Carvajal era un teólogo reputado. Diego

volvió a las notas del cofre.

—¿Tienen alguna relación las dos primeras víctimas? ¿Qué pasa con la tercera?

—No he visto ninguna relación entre ellas más que estar al servicio del papa o vivir en los palacios apostólicos. No tenemos pistas, por eso el papa ha vuelto a confiar en esta comisión que abandonó con la captura de Orsini —reconoció Carvajal muy a su pesar.

Cogió la tercera nota y la leyó en voz alta.

«III
Agua negra, granizo enorme y nieve atraviesan el aire
tenebroso, apestando la tierra en la que caen».

—Esta vez la víctima fue el cardenal Giuliano —le informó—. Trabajaba para la Secretaría Apostólica, un hombre que comulgaba con las ideas grecoplatónicas como Valtieri, afín a la familia del sumo pontífice, pero nada más. Es cuanto puedo deciros.

Diego cogió la cuarta nota.

—Y el último es Virginio Orsini.

Carvajal leyó la cuarta nota, la que el joven escudero de Gonzalo de Córdoba le había entregado al papa ese mismo día.

«IV
Maldito lobo, que tu rabia te consuma por dentro las entrañas».

Diego observó las cuatro notas en silencio. Todo aquello resultaba un sinsentido. Ni los versos ni las víctimas parecían tener nada en común. Se enfrentaban a un enemigo a ciegas, uno que les proponía un juego cuyas reglas ellos desconocían. Necesitaba algo con lo que empezar.

—No conozco los entresijos de este lugar, ni tampoco el entramado de alianzas ni a los enemigos de los miembros del Colegio Cardenalicio —dijo Diego.

—El puesto de capitán de la guardia es complicado y peligroso. Una gran merced, pero un cargo envenenado. Deberéis aprender rápido y cumplir con vuestro cometido antes de que el papa cambie de opinión y decida relevaros. Todo lo que habéis obtenido podéis perderlo tan rápido como ha venido.

La expresión de Diego se ensombreció.

—¿De quién sospecháis vos, excelencia? Sé que el papa cree que pudo haber sido la propia familia Orsini. Muchos hijos desean la muerte de sus padres para heredar los títulos y el gobierno de su plaza.

Carvajal alzó la vista y una sombra oscureció su rostro.

—Tengo un nombre, pero no puedo estar seguro. Y no, no es ningún Orsini, desde luego.

—Con eso me vale para dar un primer paso —sostuvo Diego.

El cardenal lo miró un instante, algo inseguro.

—Girolamo Savonarola.

—¿Quién es?

—El prior del convento de San Marco en Florencia. Algunos lo llaman «el predicador de los desesperados», siempre del lado de los pobres, los simples, los descontentos. En un principio Lorenzo el Magnífico no se opuso a sus discursos en el púlpito de Santa María del Fiore, pero luego comenzó a amonestarlo. Savonarola lo atacó sin pudor. Aunque muchos piensan como él sobre temas como la corrupción, la simonía o el nepotismo, todos saben que es imposible impulsar sus reformas de la noche a la mañana. La Iglesia y su curia tienen unas tradiciones que no siempre son fáciles de manejar. Incluso para hombres de moral intachable.

Diego contempló cómo el cardenal juntaba las notas y las guardaba en el cofre.

—¿Qué pasó con Savonarola después?

Carvajal se llevó una mano al mentón.

—Lorenzo el Magnífico murió. Entonces vino la guerra con Pisa y la caída de los Médici. Savonarola consiguió lo que buscaba gracias a los apoyos de su gran aliado en Roma, el cardenal Oliverio Caraffa.

—¿Y qué era lo que quería? —indagó Diego.

—Logró que el convento de San Marco fuera independiente de la congregación lombarda gracias a un breve, o sea, un documento oficial que el propio Caraffa preparó y que selló después de tomar prestado del despacho del papa el anillo pontificio a escondidas.

Diego le devolvió un gesto de incredulidad.

—¡Maldito ladrón!

Carvajal sonrió con ironía.

—¿Qué iba a hacer Su Santidad? ¿Enfrentarse al protector de la Orden Dominicana? Por supuesto que no. Rodrigo de Borgia sabe cómo se las gastan en el Colegio Cardenalicio. Además, Caraffa nunca supo que el papa estaba al tanto de ese préstamo, pero se guardó la información para luego. En Roma es importante conocer el comportamiento de los demás en la corte, Paredes, siempre en silencio, sin que los demás lo noten. Ahora hemos sabido que el plan de Savonarola consistía en liberar una serie de conventos dominicos para formar así la congregación toscana, en cuyo vicario se ha convertido.

—Con ello obtuvo poder.

—Lo consiguió, pero nada comparado a lo que ha venido después —repuso el cardenal—. Savonarola tomó el control de la nueva república florentina, del Consejo Mayor y de toda la Signoria, amparado en sus seguidores y en la alianza que formó con el rey de Francia.

Diego se llevó una mano al mentón.

—¿Qué hizo el papa? ¿Intentó frenarlo?

—Envió un breve a Florencia invitándolo a discutir en Roma sobre todos los temas que lo perturbaban, pero Savonarola se negó. Entonces Su Santidad decidió acusarlo de herejía y suspenderlo de todos sus cargos, emitiendo el juicio al vicario de la congregación lombarda, es decir, anulando el breve que había enviado Oliverio Caraffa sobre la independencia de su convento.

—Eso debió de cabrearlo.

—Desde luego —continuó Carvajal—. Desde entonces el papa rebajó la situación, quitó las acusaciones y únicamente le pidió que se abstuviera de predicar.

Diego se mantuvo en silencio durante un momento.

—No me malinterpretéis, excelencia. Pero no veo razones para sospechar de este hombre.

—Sus afrentas son cada vez más encendidas —le explicó el cardenal con mal gesto—. Su odio por los Borgia y por toda la curia romana hace de él el principal sospechoso. Ha creado una atmósfera de rencor contra el Vaticano que sus acólitos defienden sin importarles las consecuencias, convencidos de que poseen la gran verdad. Ni siquiera las amenazas de excomunión han servido para detener esta base de pensamiento.

—¿Y por qué habría de ser él? —insistió Diego—. Es solo un cura despotricando contra el papa. Ha perdido su poder.

El cardenal alzó las cejas.

—Sigue teniendo parte de ese poder. Savonarola ha influido en sus seguidores, y algunos de ellos ostentan el poder. Existe algo peor que la ignorancia, Paredes: el falso conocimiento. Savonarola ha entendido las escrituras a su manera y ha manipulado sus discursos con un fin político. Florencia es ahora un infierno. Hace solo unas semanas ha enviado a los guardias de la ciudad a incautar todo lo relacionado con lo pagano; obras de arte, joyas, ropas, esculturas… Han levantado unas hogueras en la plaza de la Signoria y lo han quemado todo. El terror campa a sus anchas en Florencia.

—Ha ido demasiado lejos —expuso Diego.

Carvajal estuvo de acuerdo.

—Savonarola ha dejado de atender a razones. Cree que es intocable, y ni siquiera el poder del papa ha podido detenerlo. ¿Quién no dice que su arrogancia lo ha llevado a atacar Roma? El Toscano ordena. Otros acometen. Pero ¿cómo desenmascararlo? ¿Cómo estar seguros de que es él?

En ese momento, entró en el despacho el secretario del papa.

—Excelencia, el padre Sensi requiere de vuestra presencia en la basílica. Se encuentra en la capilla de Santa Petronila.

Carvajal pidió a Paredes que lo acompañase.

Ambos salieron del despacho y se dirigieron a la basílica constantiniana de San Pedro a través de los pasillos y corredores que conectaban el palacio con el templo. Cruzaron el arco y continuaron hasta una puerta de madera disimulada a un lado de una sala. Carvajal sacó una llave y entraron. Pese a que había pasado del mediodía, el templo estaba oscuro como una cueva. Los pilares agrietados de la basílica y sus vigas podridas le daban un aspecto asolado y ruinoso. Anduvieron hasta el altar. A la izquierda se elevaba una de las capillas adyacentes de planta redonda. Se trataba del antiguo mausoleo del emperador Honorio.

Allí, una figura encorvada contemplaba bajo sus pies el suelo en la losa.

—Paredes, él es el cardenal Sensi, de la comisión secreta.

Diego hizo una ligera reverencia. El prelado lo observó de arriba abajo y le devolvió a su compañero de comisión una expresión poco amigable.

—No necesitamos a un condotiero —repuso, malhumorado—. Necesitamos a alguien audaz con conocimientos de venenos, no un soldado como este que se marcha a la guerra esta tarde.

Carvajal miró a Paredes.

—¿Cuáles han sido las instrucciones de Su Santidad con respecto a eso?

—Ha pedido recuperar Ostia a cualquier precio —dijo el capitán.

—¿Lo veis? —soltó Sensi, exasperado—. Un asedio así podría durar semanas, incluso meses.

Carvajal pasó por alto las palabras de su compañero de comisión.

—Padre Sensi, este es Diego de Paredes, capitán de la guardia pontificia —repuso Carvajal —. Es mi primo.

Sensi volvió a mirarlo.

—Ha ocurrido algo —anunció el cardenal—. Un nuevo mensaje.

—¿Otro cuerpo? —preguntó Paredes.

El anciano negó con la cabeza. A continuación, los condujo hacia una de las capillas adyacentes. Allí, bajo sus pies, vieron que alguien había pintado en el suelo un círculo rojo, probablemente con sangre. Dentro podía leerse «*Orsini*» y sobre su nombre un «*IV*». A su lado, otro círculo. Esta vez se leía «*Borgia*» y por encima un «*V*».

Carvajal miró a Sensi. Luego el anciano clavó sus ojos oscuros en Paredes y su voz pareció casi un desafío.

—Ya sabéis quién será la próxima víctima, capitán.

Apartamentos del capitán de la guardia pontificia

Diego entró en la estancia como una exhalación y pidió a un criado que preparara su arnés y sus armas para partir. Jimena estaba sentada en un diván y se puso en pie de un salto cuando lo vio aparecer.

—Vamos —le soltó Diego como a un soldado—. Nos aguarda Álvaro. Vamos a Ostia.

La expresión de Jimena fue de pánico.

—¿Vamos a la guerra?

—Una campaña como cualquier otra. —Jimena se quedó de piedra, sin moverse—. ¿A qué esperas?

Mientras, Diego cogió dos camisas, unas calzas y dos pares de medias de lana y las puso en una bolsa. Entonces reparó en que la mujer extremeña también estaba en la sala y que lo observaba impasible.

—Yo puedo buscarle una ocupación —ofreció María, la cacereña, tras un momento.

Diego dejó de hacer lo que estaba haciendo.

—No sé nada de ti ni de tu papel en la corte. ¿Cómo piensas que pueda confiar en alguien como tú?

—Y yo conozco esta ciudad. Permitid que le busque algo para ganarse la vida.

—Yo la he traído hasta aquí, es mi responsabilidad.

De pronto, Diego desvió la vista a Jimena.

—No, fui yo la que eligió venir hasta aquí —repuso ella con seriedad—. Creía que eso estaba claro.

Diego recordó su conversación en la galera, en mitad del mar. «*No quiero que seas mi padre*». La vio de pie frente a él y ya no le resultó una niña, sino una joven.

—No la llevéis a la guerra —insistió la mujer—. No tiene sentido.

El capitán de la guardia dio unos pasos hacia ella.

—Eres mi escudera —le dijo Diego a Jimena—. ¿De qué vas a vivir si no? Con algo tendrás que ganarte el pan.

Jimena no vaciló.

—Encontraré otra manera de hacerlo. María y yo ya hemos hablado.

Diego se detuvo un instante en los ojos de Jimena. La chica siempre había demostrado aplomo para las cosas. Esas semanas la habían hecho crecer, y no se parecía en nada a la zagala de Arguisuelas.

—No me fío de esta mujer —reconoció Diego como si María no estuviera presente y frente a ellos—. No sé si es una ladrona, una oportunista o una cortesana del papa. No sé qué es lo que hace para ganarse la vida.

—No tienes que ser tú el que confíe en ella, sino yo —repuso Jimena—. Tienes más asuntos de los que ocuparte como capitán de la guardia. Estaré bien.

Diego cogió sus cosas, sin decir nada más, y se dirigió a la puerta. María se acercó a él y lo detuvo antes de marcharse.

—Conozco un sitio —afirmó ella—. Le darán una cama y cuidarán de ella si trabaja como criada. Estará bien, os lo prometo.

—¿Dónde es ese lugar?

—Un convento de huérfanos. Está en el Borgo. Podéis ir cuando queráis.

Diego se mostró preocupado. Por último, cuando volvió a coger todas sus pertenencias, se giró una última vez hacia la chica para obsequiarle un gesto con la mano. A continuación, clavó sus ojos en María.

—Demuestra lo que dices ser —la instó.

Fortaleza de Ostia, Roma

Diego de Paredes, que iba a caballo, al frente de la guardia pontificia, se adelantó para ponerse a la par con don Gonzalo y sus oficiales. Portaba un semblante serio.

No era para menos. Había compartido con su hermano Álvaro toda la información relacionada con el Toscano y las sospechas de Carvajal. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel círculo de sangre con el nombre de la quinta víctima. «V. *Borgia*». Ante la amenaza, el papa había decidido trasladarse a la fortaleza de Sant'Angelo. Sin embargo, para ocuparse de aquel asunto antes debía cumplir con su deber de capitán y liberar el puerto que mantenía bloqueada a la ciudad de Roma y a cuya población le hacía pasar hambre y miseria.

Las tropas avanzaron con el crujir de las armaduras y el golpe de los pasos sobre la antigua vía romana. Eran una fuerza de mil quinientos infantes, trescientos jinetes ligeros, doscientos alabarderos pontificios y unas pocas piezas de artillería. Frente a ellos se alzaba el fuerte de Ostia. Diego pudo contemplar en los adarves y matacanes de la muralla a los soldados y mercenarios a sueldos del rey de Francia dispuestos a defender la plaza con uñas y dientes. Cuando alcanzaron cierta distancia, don Gonzalo dio una orden y su oficial, Alfonso de Rueda, indicó a los capitanes su disposición. La infantería plantaría un campamento frente al bastión.

Diego se acercó a ellos en compañía de su hermano. Tuvo un pensamiento para Jimena y para María de Sánchez, ambas en el convento de los huérfanos. Solo le calmó el hecho de saber que la cría era lista y que allí no le faltaría de nada. Era incapaz de confiar en esa mujer extremeña capaz de compartir el lecho con el papa. Le molestaba su empeño en mostrarse servicial y en ganarse su

confianza.

Se situaron junto al embajador español, Garcilaso de la Vega.

Gonzalo de Córdoba, que iba con una armadura completa, con capa y una boina, giró a la yegua para situarse frente a sus capitanes.

—Artilleros —los llamó—. Tened la bondad de preparar los cañones y las lombardas en el caso de que la negociación no prospere. Quiero toda la artillería delante de la puerta principal.

—¿Toda? —le preguntaron con extrañeza.

—Vamos a elaborar un plan —respondió el capitán.

—A la orden, capitán —respondieron con una ligera reverencia.

Don Gonzalo les devolvió un gesto cortés.

—Embajador —llamó a Garcilaso de la Vega.

—Capitán —respondió este.

—Vos y otros trescientos hombres formaréis la reserva de asalto.

Los presentes eran conscientes de que Garcilaso de la Vega era un noble de renombre, un hombre que era la palabra de los reyes de Castilla y Aragón en Roma. Sin embargo, De la Vega era un hombre inteligente y sensato y prefería que el experimentado general tomara las decisiones antes que discutir por un orgullo y una honra mal entendidos.

—A la orden, capitán —respondió De la Vega.

Don Gonzalo volvió la vista al resto.

—Paredes y Rueda, venid los dos conmigo.

Diego dejó a su hermano y cabalgó junto al capitán cordobés y a su alférez, Alfonso de Rueda, hacia la fortaleza. A la zaga los siguió el escudero, Tristán. Aunque Diego apenas había cruzado una palabra con ese muchacho, le sorprendió que fuera tan espabilado y que no se amedrentara ante grandes señores ni caballeros. Se preguntó la razón de que don Gonzalo le tuviera tanta estima.

La pequeña comitiva se detuvo frente a las puertas. Al otro lado de los muros, los hombres se agolpaban en las torres y las murallas para ver lo que estaba sucediendo. El capitán le dijo unas palabras a Tristán y el chico se adelantó unos pasos en su caballo, como había hecho otras veces y en tantas otras plazas.

—¡Gonzalo de Córdoba, capitán de las tropas aragonesas y pontificias, se presenta ante Menaldo Guerra, usurpador de Ostia! —gritó.

Hubo un murmullo entre la muchedumbre. Sobre la puerta, en el muro, un hombre vestido con una cota de malla y un jubón alzó una mano.

—¿A qué habéis venido, Gonzalo de Córdoba? ¿A buscar a la muerte? —le espetó el propio Menaldo Guerra.

Don Gonzalo sostuvo las riendas y acarició la crin de su caballo.

—A que me devolváis Ostia, en nombre de Su Santidad, caballero. Estoy muy espantado de vos, señor Guerra, que defendéis algo tan errado y tan fuera de juicio de un hombre cristiano, sin temor a la sentencia del vicario de Dios —le recriminó el capitán.

—Dejaos de sandeces. Esto es una guerra, señor —respondió el corsario—. Mis actos están justificados.

Don Gonzalo negó con un gesto.

—No hay un acto de guerra en el robo de esta fortaleza ni en los saqueos a las embarcaciones,

sino maldad contra las gentes de Roma, que pasan hambre y miseria por vuestra culpa, señor Guerra. ¿Es que acaso no teméis a la muerte del cuerpo ni del alma? ¿Por qué perseveráis en una cosa que jamás haría un capitán, ni un hombre de guerra ni un cristiano? Y más siendo español, que nunca los de nuestra nación hemos sido traidores.

Diego reflexionó acerca de las palabras del capitán. Roma o, mejor dicho, Italia, era todo lo contrario. Las traiciones estaban a la orden del día y formaban parte de las costumbres de la corte y de la guerra. Sin embargo, había algo de razón en aquellas palabras, y, de pronto, Diego volvió a la imagen de María de Sánchez. «*Nunca los de nuestra nación hemos sido traidores*». Tal vez el Gran Capitán les estuviera dando una respuesta a sus interrogantes.

Arriba, sobre las murallas, Menaldo Guerra hizo una mueca de desagrado.

—Otros tan bravos como vos han venido con la misma intención y no les aprovechó nada, Gonzalo de Córdoba —sostuvo el corsario con prepotencia—. Os recuerdo, señor, que aquí todos somos españoles y que por muchas plazas que hayáis tomado, no os enfrentáis a franceses ni a napolitanos, sino a un capitán español como Dios manda, y, además, no castellano, sino vizcaíno.

Menaldo Guerra alzó una mano y sus ballesteros apuntaron con sus artilugios a la comitiva. Rápidamente Diego adelantó su caballo para proteger a don Gonzalo con su corpulencia, y este giró a la yegua para volver al galope al campamento.

—Quiero a Menaldo Guerra con vida —exigió con rabia contenida el capitán de regreso.

La batalla no había hecho más que empezar.

Esa tarde cayó una lluvia torrencial y embarró el terreno en los alrededores de la fortaleza. Gonzalo de Córdoba reunió a sus oficiales en su tienda de campaña para trazar el plan. También estaban presentes Garcilaso de la Vega y el capitán de la guardia pontificia, Diego de Paredes.

—Mañana al alba comenzaremos la toma de Ostia —anunció don Gonzalo, y todos le prestaron atención—. Usaremos la misma táctica que en Laurino. Vamos a dividir nuestras fuerzas.

Los hombres se miraron entre sí y asintieron con satisfacción. Esta vez no había ninguna montaña ni ningún precipicio al que enfrentarse, tan solo una muralla de piedra. Acostumbrados a tomar plazas, los españoles no se sorprendieron de aquel plan.

—Iniciaremos al alba un ataque continuo de artillería a la puerta principal —explicó don Gonzalo con la vista puesta en los artilleros—. Este hombre, Menaldo Guerra, se siente seguro tras los muros. Debemos hacerle creer que nuestro ataque será por el centro y desde la puerta que atacamos. Parte de la infantería formará en bloques e iniciará el avance hacia las murallas.

Todos los presentes asintieron.

Don Gonzalo continuó.

—Mientras, la reserva de asalto, capitaneada por Garcilaso de la Vega, cruzará la muralla por el otro lado de la ciudad y sorprenderá a Guerra desde dentro, por la retaguardia. Para esa misión necesito de los mejores —advirtió con la vista en Alfonso de Rueda.

—Los cien escaladores de Laurino están listos, capitán —señaló Rueda.

—¿Algún otro voluntario para esa misión? —sondeó el Gran Capitán.

Dos o tres oficiales alzaron la mano; sin embargo, la atención de don Gonzalo fue para Diego de Paredes, que se había puesto en pie.

—Mis alabarderos y yo iremos con De la Vega —anunció el trujillano.

Don Gonzalo se mostró conforme.

—Rueda os indicará la posición de las tropas. Deberéis esperar a nuestra señal desde el lado opuesto. Vamos a tirar de lombardas y artillería hasta que ceda el muro. Una vez consigamos abrir una brecha, Menaldo Guerra estará convencido de que nuestro ataque será desde ese único punto. Solo entonces iniciaréis vuestra misión.

Paredes y Rueda se miraron. Garcilaso de la Vega estrechó la mano de Gonzalo de Córdoba.

El destino de Roma estaba en sus manos.

11

Fortaleza de Ostia

Principios de marzo de 1497

Los infantes aragoneses de la reserva de asalto salieron junto a la guardia pontificia, bajo el ruido atronador de las lombardas y de una nube de pólvora. Las balas de acero golpeaban contra los sillares e iniciaban una brecha. La artillería disparaba cada ciertos intervalos contra los muros de Ostia, ante la atenta mirada de los sitiados, que comían y respiraban polvo de piedra caliza. Menaldo Guerra y sus vizcaínos sabían que ningún ejército contaba con suficiente pólvora como para echar abajo los muros de un bastión como aquel. Aquella estrategia era sencillamente insuficiente.

Diego se pasó una mano por la frente, cubierta de polvo y de sudor, y echó un vistazo al cielo ceniza que amenazaba con mojar la pólvora de las lombardas. Volvía a tener hambre, y una ansiedad crecía en su interior. Aunque obligaba a su mente a concentrarse en la campaña, no podía dejar de pensar en el Toscano, en sus notas, en su juego. Ostia era una pérdida de tiempo para él. Pero era el capitán de la guardia: no tenía más remedio que liderar a esos hombres. Se dio cuenta de que su hermano le estaba hablando frente a él, aunque fue incapaz de oír ni una sola palabra de lo que decía. Lo apartó con brusquedad y se fue a por Alfonso de Rueda. Lo encontró al frente de la columna que se alejaba de la ciudad en compañía de Garcilaso de la Vega.

—¿A dónde nos movemos? —quiso saber.

—Damos un rodeo. Vamos hacia el lado opuesto del recinto.

Los trescientos infantes y los doscientos alabarderos iniciaron la marcha a través de los senderos entre viñedos. Vio pasar al joven escudero que le había dado el mensaje del Toscano al papa. Lo llamó con un gesto.

—Capitán —lo saludó el escudero.

—¿El alférez que va con el embajador es tu padre? —soltó Diego.

El chico asintió.

—¿Sabes a dónde nos llevan?

—Hay un segmento de las murallas que tiene menos altura —le explicó el joven, sin detenerse—. Es un buen sitio para escalar.

—¿Órdenes de De la Vega?

—He sido yo el vigía que ha escogido el lugar.

Diego lo vio adelantarse hacia su padre. En ese momento su hermano Álvaro apareció por su lado.

—Los alabarderos quieren saber cuál va a ser su posición —se quejó con mala cara.

—La que disponga el embajador —repuso Diego, y miró a su hermano—. ¿A qué viene esa cara?

Álvaro le contó algunos detalles de los alabarderos. En su mayoría eran romanos y hablaban en su lengua, aunque también los había napolitanos, florentinos y algún veneciano. Eran tipos orgullosos, como cualquiera que llevara un arnés completo, acostumbrados a matar, a cometer saqueos y a beber, pero, sobre todo, habituados a un buen salario. Diego había ordenado que se dispusieran en diez escuadras de veinte hombres, cada una con un cabo de escuadra que él mismo nombró. Cinco de esas escuadras se las entregó a sus compañeros españoles de barracón: Cristóbal Villalba, Juan de Urbina, Cristóbal Zamudio, Juan de Vargas y Gonzalo Pizarro.

—Algunos dicen que no están dispuestos a dejarse matar por cuatro franceses de mierda —comentó Álvaro—. Me he fijado en que muchos son segundones de familias importantes de la aristocracia romana que han caído aquí porque saben utilizar la espada y porque su apellido tiene un escudo.

Diego volvió a pasarse la mano por la frente.

—Acabemos con esto de una vez —respondió con hastío—. Las órdenes del papa han sido recuperar Ostia como sea. Pero nuestra batalla está en encontrar al asesino de Orsini. El papa nos cubrirá de oro si lo hacemos.

—Dudo que podamos hacer nada si Roma sigue pasando hambre, Diego —resolvió su hermano—. La ciudad vive una tensión permanente. El papa ha vuelto a subir los impuestos a causa de la guerra. Si Gonzalo de Córdoba ha errado en la estrategia, podemos estar aquí parados mucho tiempo. Un asedio podría durar meses.

Diego pensó en las palabras del cardenal Sensi. ¿Qué haría si el asedio se alargaba más semanas de lo previsto? Miró a su hermano con preocupación.

—Debemos actuar para que esta guerra no se estanque. Seremos los primeros en atacar si es necesario.

—Los hombres de la guardia dudan de tu valor —dijo Álvaro.

Diego esbozó una sonrisa de rufián.

—Eso es porque no me han visto blandir el montante.

Álvaro se sonrió. Prefería mil veces ver a su hermano yendo al frente que con aquella actitud que se encontró en Trujillo. Daba gusto verlo así, enérgico, belicoso y astuto.

La marcha continuó. Las tropas anduvieron hasta la otra parte de la ciudad, donde el terreno provocaba que la muralla fuera más baja. Se detuvieron a unos trescientos pasos, escondidos entre los árboles, los arbustos y las viñas. Garcilaso de la Vega llamó a sus capitanes y Diego de Paredes fue avisado.

—Don Gonzalo dará la señal cuando sea el momento —explicó el embajador a los presentes —. Eso puede suceder dentro de tres días o en una hora. Tenemos que estar preparados.

Rueda observó a Paredes.

—Los aragoneses estamos acostumbrados a tomar este tipo de plazas —le recordó en un tono de cortesía—. Nosotros iremos a la vanguardia. Los alabarderos nos seguirán.

—La guardia pontificia irá tras los aragoneses —afirmó Diego—. Pero yo iré en primer lugar con vosotros.

Diego tenía intenciones de demostrar su valía ante sus hombres, y para ellos iba a exponerse el primero. El embajador no quería problemas. Echó un vistazo a Rueda. Entonces el joven escudero lo interrumpió.

—Yo soy la punta de lanza, capitán —lo instó Tristán de Rueda.

Diego de Paredes lo miró sin variar su expresión.

—Entonces tú y yo iremos delante, chaval.

La artillería disparó sin descanso durante un día y una noche. Tristán apenas pudo pegar ojo. Si bien aquella podía parecer una misión simple, pues la habían repetido en diversas ocasiones en otras plazas, lo cierto era que algo lo inquietaba. Tal vez fuera la presencia del capitán de la guardia. Le inquietaba su actitud, en constante alerta, siempre daba muestras de dudar de los demás. Aquello no tenía por qué extrañarle y tal vez fuera otra cosa, el velo oscuro que cubría sus ojos. Tristán había aprendido en la guerra que todos los hombres miraban a la muerte de cara al menos una vez. También sabía que ese encuentro era distinto en cada sujeto. Diego de Paredes, en cambio, no parecía haber visto a la muerte simplemente, sino que la había desafiado.

Esa noche larga, su padre le contó lo que había oído acerca del capitán de los alabarderos. Provenía de una tierra de frontera, y era hijo de un hidalgo trujillano. Había retado a duelo a un condotiero y a sus diez hombres a causa de una injuria, y terminó por acabar con la vida de todos ellos en el patio de Sant'Angelo. Tristán nunca había visto a un hombre tan grande ni tan alto, y casi no podía imaginar lo que sería verle blandir un montante como el que portaba. Si ese hombre era un maestro con el acero, ningún adversario podría hacerle frente.

O tal vez sí.

La mente de Tristán regresó a la noche en la que había visto al monje entre los pasillos de las mazmorras del Castillo dell'Ovo. Reconocía su perfil, su manera de andar, sus gestos al moverse. Días después, aquel sueño tan vivido que había tenido lo había revivido. La responsabilidad de sentir que había fallado en su misión provocaba en él un sentimiento de culpa del cual era incapaz de desprenderse. Solo un enemigo poderoso habría sido capaz de matar a un hombre como Orsini bajo aquella custodia. ¿Sabría el papa a quién se enfrentaba? ¿Quién era el Toscano? Tristán no dejaba de pensar en que la información de aquel monje en la oscuridad podría serle de ayuda al papa. Nada lo llenaría más de orgullo que servir a Su Santidad. En ese momento, un paje de su padre entró en la tienda de campaña.

—Mensaje para Tristán de Rueda —señaló.

—¿De quién es?

—No lleva nombre —soltó el paje.

Le entregó una nota y salió de allí.

El joven quebró la cera sin sello. Estaba escrito en toscano.

«Crees haber visto al maestro, pero él no tiene rostro.
La fortaleza caerá, pero el destino del vicario ha sido escrito.
El capitán de la guardia conocerá el infierno,

dentro de dos lunas, en la plaza Navona».

Tristán salió de la tienda como una exhalación. Vio al paje repartiendo más mensajes a lo largo del campamento y corrió tras él. Apartó a soldados entre empujones, al tiempo que recibía improperios.

—¡Detente! —le gritó.

El paje continuó y comenzó a alejarse. Tristán lo alcanzó.

—¡¿Quién te ha entregado esto?!

El mensajero se giró hacia él. Tristán lo cogió del jubón con violencia y lo miró a los ojos.

—No lo sé, no lo sé —dijo el muchacho—. Estos mensajes han llegado en un saco desde el frente de la artillería. Los ha traído un vigía a caballo.

Tristán lo soltó y el paje se alejó de allí. Miró a su alrededor y, de pronto, tuvo la extraña sensación de que alguien desde lejos no le quitaba ojo de encima.

Al alba volvieron a tronar los cañones del frente y el puerto de Ostia despertó asediado por las tropas aragonesas por segundo día consecutivo. Un vigía y mensajero regresó a la posición donde se encontraban los escaladores junto a la guardia del papa e informó a Garcilaso de la Vega y a sus oficiales de que los ataques de balas y proyectiles estaban centrados en un único lugar, al costado de las puertas principales de la fortaleza. Por el momento, habían conseguido resquebrajar parte de las piedras, y se veían grietas en su mampostería. Era cuestión de tiempo que cayera. Aunque Menaldo Guerra se había mantenido firme en su decisión de esperar y de no mover ninguna pieza, lo cierto era que se percibía cierta atmósfera de nerviosismo y ansiedad en el bastión. Muchos otros habían querido tomar esa plaza durante la guerra, pero ninguno como Gonzalo de Córdoba, y todos conocían la fama que lo precedía. Según el mensajero, Garcilaso de la Vega estimaba que sobre el mediodía podrían iniciar el asalto.

Tristán salió de su tienda con prisas y vio el trajín en el campamento. Apenas había podido descansar unas horas, sin quitarse el mal cuerpo que le había dejado aquella nota. A su alrededor, vio que su padre había ordenado a los hombres construir escaleras, y podía sentirse el serrín en el ambiente. Los españoles se afanaban en tenerlo todo preparado, y mientras algunos alabarderos de la guardia prestaban su ayuda, otros observaban con desgana. La orden era que todo el mundo estuviera preparado para que, en cualquier instante, cuando se diera la señal desde el frente, se iniciara el ataque furtivo. El joven echó un vistazo al muro, a la grieta más baja que había descubierto los días anteriores. No tenía dudas de que era el mejor sitio para escalar. Cruzó el campamento y fue en busca del capitán de la guardia pontificia. Lo encontró al aire libre, junto a un paje que lo ayudaba a ajustarse el arnés.

—¿Esto lo hicisteis en Laurino? —se interesó Paredes al verlo venir.

Tristán vio al capitán desviar la atención hacia los muros de Ostia.

—Sí, pero lo hicimos sin escaleras —respondió—. En Laurino las cosas fueron diferentes. Además, estábamos en completa oscuridad.

Paredes volvió la vista al aserradero que habían improvisado los aragoneses. Tristán miró al capitán de arriba abajo.

—Con el debido respeto, capitán Paredes: no pretenderéis escalar con eso puesto… —le señaló con la vista en su armadura completa.

—Lo haré a mi manera —sostuvo el trujillano, que dio las gracias en ese momento al paje y le hizo un gesto para que se marchara—. Tan solo guíame hasta lo alto y a partir de ahí yo haré mi trabajo.

Tristán no dijo nada más.

—¿Es cierto lo que dicen? —Ahondó el muchacho después de un poco.

—¿El qué?

—Que obtuvisteis la capitanía de la guardia después de retar a duelo a diez hombres y de darles muerte con vuestra espada.

Paredes dejó escapar una sonrisa amarga.

—No; en realidad no aceptaron mi duelo —dijo, y volvió a mirar al chico—. Y no fue con una espada: fue con una barra de hierro.

El capitán comenzó a alejarse unos pasos cuando el chico volvió a llamarlo.

—Yo lo vi —insistió.

Diego de Paredes examinó al joven.

—¿A quién?

—Al asesino de Orsini.

Paredes se detuvo y se giró hacia el muchacho. Su expresión cambió de súbito y una sombra extraña cubrió sus ojos de lado a lado.

—¿Cómo dices?

Tristán no volvió a hablar hasta que Paredes regresó frente a él nuevamente y el grupo de soldados que pasó por su lado se alejó. Entonces Tristán le entregó la nota que había recibido la noche anterior.

—Vi su rostro —declaró—. La mitad de su cara. El resto estaba cubierto por un hábito de monje y por las sombras. He recibido esto.

Paredes le echó un vistazo con preocupación.

—¿Qué dice?

Tristán leyó:

«Crees haber visto al maestro, pero él no tiene rostro.

La fortaleza caerá, pero el destino del vicario ha sido escrito.

El capitán de la guardia conocerá el inferno, dentro de dos lunas, en la plaza Navona».

Durante unos momentos, ambos se quedaron en silencio. La nota había sido escrita con la misma imprenta de aquellas dirigidas a las víctimas.

—¿En qué lugar lo viste? —preguntó Paredes.

—En las mazmorras del Castillo dell'Ovo.

—¿Cómo sabes que era él?

Tristán no había pensado nunca en ello. Era algo que simplemente *sabía*.

—¿Sabrías reconocerlo? —insistió Paredes.

—Creo que sí.

—Esto es una invitación —susurró Paredes con voz sombría.

Tristán apretó su puño con impotencia.

—Nadie más vio a Orsini esos días, tan solo los hombres de la guardia y el cura que iba a confesarlo. Esa noche acudió otro monje. Un desconocido. Dice que no tiene rostro, pero no es cierto, yo lo vi. —Tristán hizo una pausa—. Sé que Virginio Orsini era importante para el papa.

¡Ese hombre estaba a mi cargo! Los hombres de la guardia del Castillo dell'Ovo no supieron ver sus artimañas. Orsini estaba bien la noche anterior, yo mismo hablé con él. Al alba, su cuerpo era el de un demonio: su piel estaba negra, hinchada, y sus ojos… No sabía que el efecto de un veneno podía ser tan poderoso y destruir a una persona de la noche a la mañana.

—Ni tú ni nadie —respondió Paredes.

—En un primer momento pensé que Orsini se había quitado la vida para huir de un juicio sin escapatoria —prosiguió el escudero—. Cualquier hombre en su misma situación lo habría hecho: la guerra contra los Borgia viene de largo. No suponía ser una idea descabellada que el papa quisiera ajusticiarlo en venganza por las fortalezas compradas frente a sus narices, o por la alianza con el rey de Francia o por el secuestro de su hija Lucrecia. Hasta que encontré el mensaje, bajo su lengua. Entonces supe que lo habían asesinado.

Paredes asintió a sus palabras. Le sorprendió la madurez del joven.

—Y tú sabes hablar toscano bien.

—Lo suficiente para entender que alguien lo odiaba de verdad.

—¿A quién? ¿Al papa o a Orsini?

—Resulta evidente que el papa quería a Orsini con vida —respondió el joven—. Las órdenes de Roma eran claras: el prisionero debía acudir con una escolta al completo. Eso solo puede significar que el papa lo quería de una pieza. También eso nos hace pensar que quien perpetró el asesinato podía ser, en realidad, alguien que odiaba al pontífice. Sé lo que ocurre con la guerra de Orsini. Sé que son ellos quienes han pagado a Menaldo Guerra y han mantenido Ostia ocupada.

Paredes no desvió la vista de sus ojos.

—Pareces bastante informado, escudero.

—He estado presente en muchas de las conversaciones de los oficiales con don Gonzalo. Además, conocí al rey Ferrante, y he llegado a comprender cómo funciona la política de estos reinos durante los años de la guerra, en Nápoles.

—Y, además, has visto al Toscano… ¿Quién crees que odia al papa? —insistió Paredes—. ¿Crees que aquella sombra viene de parte de los Orsini?

Tristán guardó silencio unos instantes.

—He oído hablar a los hombres en el sur acerca de un fraile dominico que ha desatado un infierno en Florencia. Incluso que ha sido capaz de hacerse con el poder y levantar hogueras para quemar a sus perseguidores. Su odio al papa es algo público. Su nombre es Savonarola. No sería descabellado que dos personas unieran sus fuerzas por un enemigo común.

El capitán se giró hacia las murallas. Otra vez ese nombre encima de la mesa. Volvía a oírse el batir de los muros de piedra al otro lado. Una nube de polvo y ceniza se elevaba al cielo.

—¿Alguien más sabe esto que me cuentas? —inquirió Paredes.

—Solo yo y mi padre, el alférez.

Un velo de preocupación volvió a cubrir el rostro del capitán de la guardia.

—No debes hablar con nadie, ¿me has oído? No digas nada o te jugarás la vida —le advirtió —. Ese sujeto sabe quiénes somos, y ya ha dado el nombre de su próxima víctima. Tu vida, como la mía, corren peligro.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó Tristán.

El capitán cruzó una última mirada con el chico.

—Es preciso volver a Roma cuanto antes —advirtió, sin responder.

Al tercer día, la artillería lanzó proyectiles desde el alba, y no fue hasta el mediodía cuando una bala de acero provocó el colapso del muro y parte de la muralla se vino abajo. El impacto formó una brecha enorme. En ese momento, entre una nube de polvo, la infantería de Gonzalo de Córdoba se precipitó contra los vizcaínos y franceses liderados por Menaldo Guerra. Pronto los aceros chocaron e hicieron salpicar sangre y barro. Un mensajero salió a caballo a toda prisa, y justo cuando informó a Alfonso de Rueda, al otro lado del recinto, de que su capitán había dado la señal, una lluvia intensa descargó sobre Ostia y la costa romana.

En el campamento la noticia corrió como la pólvora, y pronto todo se convirtió en un ir y venir de hombres. Diego pidió ayuda a un escudero para colocarse el arnés. Tenía hambre, pero agradeció estar con el estómago vacío. Se sentía ligero. Se despidió de su hermano, a quien dejó a cargo de los alabarderos, alineados en escuadras, con largas escaleras de maderas listas para el asalto. Delante de todos ellos iban los héroes de Laurino. Tristán cogió un poco de barro y se lo esparció por las manos, antes de hacer la señal de la cruz sobre su pecho. Diego apareció junto a él, armado hasta los dientes.

—¿Listo?

El chico intercambió unas palabras con su padre. Luego Alfonso de Rueda los miró a los dos.

—Los escaladores irán detrás. A tus espaldas van Espinoza, Alarcón, Bustamante y Viñolas. Recordad: debemos tomar la muralla, asegurar las escaleras y bajar a la plaza para rodear a los hombres del vizcaíno. En la primera oleada subirán cincuenta. Después, otros cincuenta. Por último, los alabarderos en turnos por escuadras.

—Hecho —respondió Diego, y le estrechó la mano.

A diferencia del resto de plazas, Alfonso de Rueda no iba a ir con los primeros al frente. Debía quedarse para organizar a las tropas y dar las órdenes junto a Garcilaso de la Vega. El embajador español se hallaba en ese instante al otro lado del campamento. Tristán se despidió de su padre y fue junto a Diego. Llevaba una espada de mano y media a la espalda, un jubón de cuero acolchado y un puñal. Cuando estuvieron preparados, se aproximaron a los cincuenta primeros voluntarios.

—Capitán, pisad por donde yo pise —le aconsejó a Paredes.

—Creo que sé cruzar un muro.

—No, capitán —lo detuvo el chico, sin arrogancia—. Esto es diferente. Haced lo que digo. Si caéis, mataréis al hombre que viene detrás de vos.

Diego asintió a regañadientes. A continuación, los cincuenta corrieron hacia las murallas. Cruzaron una zona de matorrales y salieron a un llano de hierba alta. Más allá, un montículo de rocas, pedruscos y huesos de cabras formaba una pequeña elevación que les proporcionó cierta ventaja para ganar los primeros pies de altura. Tristán llegó hasta el muro y empezó a subir con la agilidad de un gato. Parecía lento, pero en realidad sus movimientos eran ágiles y firmes. Subió sin dificultad hasta lo alto del muro, mucho antes que Paredes. Una vez arriba, colocó unos ganchos y unos anclajes para dejar caer una cuerda. El capitán la recibió con alivio y comenzó a subir haciendo uso de una fuerza descomunal. No solo tenía que subir su propio peso, sino el de su armadura completa. En ese momento, Tristán vio a dos centinelas a cierta distancia.

—¡Eh! —gritó uno de ellos.

Los dos corrieron hacia el chico.

Tristán tuvo tiempo de gritarles a Paredes y a los cincuenta hombres que venían tras él,

mientras desenvainaba su espada:

—¡Tenemos compañía!

El primero de los atacantes se abalanzó hacia Tristán, que detuvo tres golpes con el filo de su espada. Aunque retrocedió, consiguió alejarlo de la posición de la cuerda por la que subía Diego. El trujillano sintió que la sangre le hervía al oír el grito del muchacho, y un impulso inexplicable, similar al que lo había poseído en el patio de armas de Sant'Angelo, se apoderó de él. Tiró de la cuerda tres veces, con una fuerza tremenda, y logró situarse en lo alto, en el preciso instante en el que lo alcanzaba el segundo centinela. Diego se lanzó a por él. Detuvo el ataque de su espada con el acero de su brazalete y, a continuación, le propinó un golpe de tal magnitud que le partió la nariz. En el siguiente movimiento, lo cogió de la cintura y lo tiró muralla abajo.

Viñolas y Bustamante fueron los primeros escaladores en alcanzar la parte alta del muro. Empezaron a surgir más centinelas. Diego se volvió a ellos, mientras desenvainaba su montante.

—¡Proteged a Tristán de Rueda! —gritó.

Durante un instante, Viñolas y Bustamante le vieron blandir el arma como un maestro, antes de acudir en auxilio del muchacho. Diego, por su parte, hizo danzar el espadón en el aire y fue a por los tres sujetos que habían aparecido por la muralla. Profirió un grito de guerra y se encaró con los dos primeros. Con dos movimientos certeros, su hoja detuvo sendos golpes de acero, y logró herir a uno de ellos. Diego esgrimía el arma en círculos, creando un área afilada que abarcaba prácticamente la longitud de su hoja. El montante era un arma peligrosa para su portador si no sabía utilizarla o si carecía de fuerza y de destreza, pero no era el caso. Diego apenas dejaba un mínimo espacio para que sus enemigos penetraran en su defensa. Se movía con extrema rapidez y agilidad, haciendo uso de su fuerza en cada uno de sus golpes. De esta manera, volvió al ataque. Los aceros chocaron, pero le bastaron cinco movimientos para terminar con la vida de los dos soldados. El tercero retrocedió.

—Mierda —masculló el trujillano.

En ese momento, se dio cuenta de que una partida de franceses comenzaba a subir por las escaleras del muro. En un vistazo rápido contó a unos cincuenta hombres. Se plantó delante de todos ellos, en la primera escalinata, y blandió su espada.

—¡Venid aquí, hijos de puta!

Álvaro vio a su hermano en lo alto de las murallas matando franceses en solitario como si hubiese perdido el juicio. Cuando Alfonso de Rueda envió a la segunda tanda de escaladores, Álvaro ordenó a gritos a los cabos de escuadra levantar las escaleras de madera y correr hacia los muros. Garcilaso de la Vega envió al resto de infantes a sumarse a ellos. Mientras tanto, en lo alto, Diego detuvo el avance de una compañía al completo en una de las escaleras. Los muertos se acumulaban a sus pies y algunos cadáveres caían hacia abajo, sobre ríos de sangre. Por el otro lado del adarve, en las siguientes escaleras, empezaron a subir más enemigos y se abrió un nuevo frente.

Diego empezaba a sentir el cansancio en los brazos. Volvió a blandir, a cubrirse y a matar. Entonces retrocedió. Los franceses consiguieron ganar espacio y subir por la escalinata. Aguerridos, muchos de ellos querían llevarse la gloria de matar al gigante español, al hombre del montante que luchaba con más brío que un lansquenete alemán. Diego sacó fuerzas de reserva. Se defendió de una serie de golpes cuando, de pronto, supo que había cometido un grave error en su movimiento, fruto del cansancio, y quedó expuesto. Esperó sentir el acero entrando por su

carne, bajo las costillas. Vio por el rabillo del ojo a una figura como una exhalación que frenó el golpe con su acero y que, a continuación, clavó una daga que portaba en la otra mano en el abdomen de su enemigo. Era extremadamente rápido con la espada y el cuchillo.

Diego no tuvo tiempo a detenerse a mirar. Con el flanco izquierdo cubierto, pudo recuperar la posición y rematar a tres enemigos antes de ser relevado por los alabarderos de su hermano, que aparecieron en su auxilio.

Vio a Tristán de Rueda a su lado, sin aliento, cubierto de sangre como él. Le había salvado la vida.

Las escuadras de alabarderos, unidas a los infantes aragoneses, no tardaron en limpiar el sitio de franceses. Se trataba de un contingente que se había quedado resguardando aquella posición del recinto. Los vecinos de Ostia permanecían escondidos en sus casas y las callejuelas estaban vacías. Algunos pocos valientes salieron a repartir agua fresca a los españoles. Desde allí podían oír el murmullo y los gritos de la batalla en el frente. También se escuchaba de tanto en tanto el estallido de los cañones y las lombardas.

Diego y Tristán se hicieron sitio entre la muchedumbre y llegaron a la primera línea, donde los esperaba Álvaro junto a Garcilaso de la Vega, el alférez Rueda y el resto de los oficiales.

—¿Estás herido? —le preguntó Álvaro a su hermano con seriedad.

—Solo un par de rasguños —dijo Diego mientras se quitaba el yelmo para respirar un poco de aire puro. Tenía sangre en la frente.

—Un hombre nos ha dicho que esta calle y la que pasa por atrás conducen hacia las puertas principales —le señaló Rueda al grupo.

Diego echó un vistazo a las tropas, que en ese momento recuperaban el aliento. Le dolían los brazos, pero se sentía animado, con ganas de acabar con sus enemigos.

—Vamos a dividirnos —sugirió De la Vega—. La mitad de los infantes y alabarderos, conmigo, por esta calle. La otra mitad, con Paredes, por la callejuela adyacente. Nos veremos en las puertas.

Ambos grupos avanzaron sin detenerse y en silencio, ante los vecinos que permanecían escondidos tras los ventanucos de sus casas. Tristán no se separó del capitán Paredes. Tras él iban Espinoza, Alarcón, Bustamante y Viñolas. De los alabarderos fueron las escuadras de Villalba, Urbina y Zamudio. Oían el ruido de los pasos y del acero, de la respiración de los compañeros y del griterío en la lejanía. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad, desde el interior, descubrieron que la artillería había abierto un enorme boquete y que la brecha había colapsado.

El polvo de la muralla y el olor a pólvora podía sentirse en el aire.

Sobre un montículo de escombros las tropas del Gran Capitán mantenían un férreo combate frente a las tropas de Menaldo Guerra. Otro contingente protegía las puertas.

Tristán se giró a Paredes.

—Mi padre enviará a los escaladores a lo alto, a que entablen combate con los ballesteros en el muro. Pensará que nosotros hacemos lo mismo desde este flanco.

—Da la orden para que suban —señaló Diego—. Nosotros atacaremos desde la plaza. Iremos hacia las puertas.

Ambos se estrecharon la mano antes de separarse. En un último instante, el joven tuvo la impresión de que Paredes le quiso decir algo, pero vaciló.

Los aragoneses siguieron al escudero, que se internó por una de las callejuelas que daban a las

murallas de la ciudad.

Tristán escaló la fachada de una casa hasta el techo y desde allí consiguió subir al muro. El resto hizo lo mismo. Avanzaron por el adarve con las espadas dispuestas. Desde allí, Tristán contempló la carga de los alabarderos en el frente. Volvió a oírse la explosión de la artillería.

Álvaro de Paredes había hecho exactamente lo mismo que su hermano, y ambos se encontraron en el centro de la plaza, en mitad de la refriega, para sorpresa de Menaldo Guerra y de sus tropas. En ese momento, los aragoneses del muro cargaron contra la tropa de ballesteros que resguardaba las torres de la puerta principal.

—¡Por España! —gritaron.

Tristán sintió que un virote de ballesta le rozaba la cara. A continuación, pasó el cuchillo por el abdomen de un francés, que cayó muro abajo.

El viejo Viñolas se detuvo junto a él.

—¿¡Estás entero!? —Gruñó.

—¡Creo que sí! —gritó Tristán.

El resto de sus compañeros pasaron por su lado y dieron filo y acero a los franceses. Tristán luchó junto a Viñolas y Bustamante. Acabó de rematar a uno de ellos cuando divisó el interior de la muralla.

Para asombro de los aragoneses, Paredes y su hermano habían ordenado a los alabarderos del frente internarse en las torres de las puertas. Con un estruendo, los portones de Ostia se abrieron de par en par y permitieron la entrada a la caballería ligera de Gonzalo de Córdoba. Menaldo Guerra y su guardia trataron de huir hacia el interior de las calles de la ciudad. Los alabarderos de la retaguardia presentaron sus picas en alto para detenerlos. Sin más opciones, el mercenario vizcaíno se dejó caer de rodillas sobre los escombros de la muralla.

Ostia volvería a las manos del papa.

12

Roma

Marzo de 1497

Los aragoneses fueron aclamados como una antigua legión a su entrada a Roma. Toda la ciudad se echó a las calles para recibir a los héroes y celebrar la derrota de los franceses y la liberación de Ostia. La algarabía se esparcía por los barrios y las callejuelas y alcanzaba su plenitud en el recorrido de los vencedores. Una primera guarnición, precedida por Alfonso de Rueda, con sus hombres henchidos de orgullo, marchaba delante, exhibiendo las insignias de la Corona de Aragón. Eran tipos humildes que iban con lo puesto, gentes que sabían hacer su trabajo.

Tras ellos iba Gonzalo de Córdoba sobre su caballo. El Gran Capitán portaba un arnés completo a la italiana, sin ornamentaciones, con una capa corta y una boina. Pronto se corrió la voz en la ciudad y una muchedumbre enfervorecida lo vitoreó. El capitán tiraba de las bridas de un caballo desensillado sobre el que iba Menaldo Guerra, maniatado y con una soga al cuello. Gonzalo de Córdoba le había perdonado la vida —a él y a los enemigos que presentaron su espada como signo de rendición— y el aspecto del mercenario vizcaíno era deplorable. Tenía los ojos rojos de sangre, la barba revuelta y el rostro y el cuerpo sucios.

Tras don Gonzalo marchaban los alabarderos y las tropas pontificias y una comitiva larga de prisioneros franceses. Cerraba la marcha la caballería. Al frente de la infantería iba Garcilaso de la Vega a caballo, seguido de Diego de Paredes y de Tristán de Rueda. Álvaro de Paredes iba un poco más atrás, con Gonzalo Pizarro, Villalba y Zamudio, los españoles de la guardia. El embajador español alzó la vista hacia la muchedumbre que se agolpaba en las murallas de Aureliano. En ese momento, el capitán Gonzalo de Córdoba cruzaba el primer arco de la Puerta Ostiense, levantada entre dos torres de base circular.

—¿Qué es esa pirámide? —quiso saber Tristán.

Delante de la puerta se alzaba una estructura piramidal de inspiración egipcia tan vieja como podía ser cualquier ruina de Roma.

—Es la tumba de Cayo Cestio Epulón —explicó De la Vega—. Un antiguo magistrado romano de la época imperial, cuando Roma gobernaba el mundo.

—Ahora el mundo es más difícil de conquistar —comentó Paredes.

—Tal vez sea más grande y menos civilizado —reconoció De la Vega.

Diego de Paredes fue el primero de ese grupo en cruzar la puerta y recibir la ovación de los ciudadanos y una lluvia de pétalos. Observó que delante Gonzalo de Córdoba saludaba con la mano de tanto en tanto a una multitud entusiasmada. Los aragoneses habían salvado a Roma de las manos de un pirata francés. Paredes volvió a pensar en la época romana.

—Lo reciben como a un césar.

De la Vega esbozó una sonrisa.

—Y a nosotros como centuriones. No sé qué os extraña tanto, capitán —se sonrió el embajador con un gesto amable—. Don Gonzalo ha acabado con los franceses en Nápoles y Ostia ha sido la guinda. Roma llevaba mucho tiempo necesitada de héroes. El pueblo ansiaba una celebración como esta. Ahora, al Gran Capitán en Nápoles solo le queda rendir la fortaleza de Rocaguillerma.

La comitiva cruzó las calles de Roma entre vítores y muestras de fervor. Las gentes se asomaban a los balcones y lanzaban pétalos de flores al paso del capitán español y de sus tropas. Toda la hueste se contagió del orgullo de la victoria. Incluso los alabarderos de la guardia, que pensaban en la desgracia de la derrota de Soriano y en el sinvivir que les aguardaba a los soldados vencidos. Era un golpe duro para la Iglesia y para sus intereses. Pero ellos, a diferencia de las tropas del gonfalonero, habían regresado con una gran victoria que reforzaba la posición de Roma frente a sus enemigos.

Cruzaron el Tíber frente a Sant'Angelo y continuaron hasta la plaza de San Pedro, frente a la ciudadela del Vaticano. Allí vieron que los esperaba un grupo de gente, precedidos por el papa y sus familiares.

—¿Quiénes son esos hombres? —Tristán miró a Paredes.

—Forman el Colegio Cardenalicio —respondió el capitán.

Paredes no sabía mucho sobre los entresijos del Vaticano, pero era consciente de que únicamente un acto como la liberación de Ostia había sido capaz de reunir al Sacro Colegio al completo y de obligarlos a rendir pleitesía a un capitán extranjero como Gonzalo de Córdoba. Junto al pontífice se encontraba, además del vicecanciller Ascanio Sforza, el gonfalonero Juan Borgia y el joven cardenal César Borgia. Más atrás estaban los sobrinos del papa, Jofré y Lucrecia, y parte de su séquito. Diego vio a María de Sánchez entre todos ellos.

—Escudero —llamó Paredes a Tristán—. ¿Sabrías reconocerlo si lo tuvieras delante?

Tristán sabía que se refería al mensaje que habían recibido. «*Dentro de dos lunas, en la plaza Navona*». No podía quitarse aquella frase de la cabeza. «*El capitán de la guardia conocerá el Inferno*». Aquello parecía una invitación a retarse a duelo.

—Sí, capitán.

Ambos desmontaron y siguieron a la comitiva de oficiales. Desde la muralla de Ostia y el combate en el adarve, se había labrado una suerte de unión entre ambos. Paredes había subido el muro y había defendido a Tristán con el filo de su montante, lo mismo que había hecho el chico instantes después, salvándole la vida tras dejar medio cuerpo expuesto a un combatiente francés.

El pueblo se agolpó en torno a la plaza. Los oficiales fueron hacia las escalinatas de la fachada donde Alejandro VI esperaba a Gonzalo de Córdoba con las manos extendidas en un gesto de agradecimiento. Paredes y Tristán estaban a unos pocos pasos de ellos, junto a Alfonso de Rueda y Garcilaso de la Vega.

—He de hacer una reverencia y mostrar mis respetos ante el único héroe de Roma —reconoció el papa nada más verlo.

Don Gonzalo agitó la mano.

—No debería Su Santidad hacer una cosa como tal, por tan pequeño servicio de esta hueste —respondió el capitán, e hincó una rodilla al tiempo que se quitaba la boina. Todos los oficiales siguieron su ejemplo.

—¿Pequeño servicio? —Rodrigo de Borgia bajó un escalón y estiró la mano para que don Gonzalo besara su anillo pontificio—. Vuestra mera presencia, capitán, ha bastado para que los Orsini negociaran la paz y ofrecieran una cuantiosa suma a la Santa Iglesia. Sois un enviado del cielo.

A pocos pasos, Tristán se dio cuenta de que aquel halago no había sido del agrado de su capitán. Intercambió una mirada con su padre y supo que Alfonso de Rueda había pensado lo mismo que él.

—Tal vez esa riqueza sirva para aliviar el hambre de vuestro pueblo y el de Ostia, santidad —señaló don Gonzalo.

—¿Es lo que desea el Gran Capitán?

Gonzalo de Córdoba se mostró conforme.

—Quisiera que anularais el impuesto de guerra para los ciudadanos de Roma ahora que no será necesario.

—Hecho —respondió el papa, sin vacilar.

—… Y además…

—¿Sí?

—… Que perdonarais la vida de Menaldo Guerra y de todos los prisioneros franceses, permitiéndoles el retorno a sus hogares —concluyó el capitán.

El papa desvió la vista al mercenario vizcaíno. Su intención había sido la de degollarlo, descuartizarlo y colgar cada una de sus extremidades en un puente de Roma, con su cabeza frente a Sant'Angelo mirando a Francia. Aunque fuera a regañadientes, el pontífice no tuvo más remedio que asentir y aceptar la petición.

—¿Alguna otra exigencia, capitán?

—Comida y agua para mis hombres —respondió sin dudarlo—. Estarán deseosos de oír misa, santidad.

El papa se giró para hablar con uno de sus secretarios para ocuparse de que las cosas fueran como las había solicitado el Gran Capitán.

—Sois un caballero de corazón noble, don Gonzalo —dijo el papa—. A pesar de que muchos de vuestros soldados no estaban de acuerdo con acudir a Ostia, porque aquella misión no había sido dispuesta por el rey de Nápoles ni por los reyes de Castilla y Aragón. Ahora los reyes de España, sin embargo, estarán en deuda con vos y con todos ellos por haber salvado a Nápoles y a la Santa Iglesia.

El papa se giró hacia el Colegio Cardenalicio un momento.

—De todas estas peticiones y exigencias, ninguna es para vos, don Gonzalo. Eso dice mucho de un hombre y pone de manifiesto que vuestra fama está a la altura de vuestro nombre.

Gonzalo de Córdoba hizo nuevamente una reverencia.

—He decidido otorgaros, en reconocimiento por vuestros servicios, la Rosa de Oro —

anunció el papa.

Hubo un murmullo de sorpresa entre los cardenales y algunas voces de objeción.

—Santo padre —reconoció don Gonzalo—. Esa es una condecoración para príncipes, y yo no lo soy.

—Como muchos otros hombres, sois un príncipe sin reino —insistió el papa echando una ojeada a sus hijos.

Tristán entendía el juego político que había detrás de todo aquello. Se dio cuenta de que, con aquel título, ganaba un aliado, pero al mismo tiempo despreciaba a otro. Y ese otro era el propio señor de don Gonzalo, Fernando de Aragón. La hueste aragonesa había acudido sin pensarlo, estaba en juego la Iglesia de Roma, pero nunca se solicitó la bendición del rey para llevar tal empresa a cabo. Para los reyes la partida era diferente. ¿Por qué razón el rey Fernando no había querido acudir en auxilio del pontífice antes de que el papa pidiera ayuda a Gonzalo de Córdoba? Quizá el papa jugaba con dos o tres máscaras. El joven escudero comprendió que el Gran Capitán, como todos los que estaban allí de pie, con aire solemne, no eran más que las piezas de un tablero superior.

Palacio de Belvedere, Ciudad del Vaticano

Las llamas de la chimenea crepitaban y la estancia permanecía caliente, lejos del frío intenso de la noche. Gonzalo de Córdoba aceptó la hospitalidad del papa en uno de los palacios del Vaticano. Se trataba de una estructura que estaba sobre una colina, con unas vistas espléndidas al Tíber y al resto de la ciudad. El palacio de Belvedere estaba frente al palacio apostólico, frente a la torre Borgia, más allá del prado y el jardín enorme que los separaba. El Gran Capitán tuvo audiencias todo el día.

Al caer la noche, Alfonso de Rueda y su hijo Tristán fueron solicitados por don Gonzalo. Cuando entraron en la estancia, vieron a su capitán de pie frente a la ventana, con la vista perdida en la noche romana. El paje cerró la puerta a sus espaldas. Gonzalo de Córdoba se giró a su amigo.

—¿Habéis comido? —les señaló una mesa con fruta y viandas.

Rueda se lo agradeció con un gesto. Gonzalo invitó a Alfonso a tomar asiento junto a él. Tristán, por su parte, se quedó de pie. Sin embargo, esta vez el capitán le ofreció un sitio en la mesa.

—Tú también, Tristán —ordenó.

El joven tomó asiento junto a su padre. Ambos observaron al capitán, cuya expresión parecía trazada por las preocupaciones.

—He tenido una audiencia privada con Alejandro VI —le comentó a Rueda.

—Espero que haya llegado a buen término. El papa me ha resultado un hombre lúcido.

Don Gonzalo juntó las manos con preocupación e hizo una pausa.

—Su Santidad me ha confiado muchas cosas, entre ellas, que vive rodeado de enemigos.

—No es para menos —sostuvo Rueda—. He visto que la mayor parte de su séquito son aragoneses y valencianos. ¿Cómo van a fiarse de él los romanos?

—En eso llevas razón —reconoció Gonzalo—. Un soberano debe gobernar su territorio con

gentes del lugar; en el caso contrario corre peligro de infundir envidias y rencor. —Hizo un gesto que indicaba que quería pasar de ese tema—. Pero no quiero hablarte de eso, Alfonso. El papa me ha pedido apoyo, ayuda de verdad.

—¿Qué quiere decir eso?

Gonzalo miró a su amigo a los ojos.

—A simple vista no lo demuestra, pero ese hombre está desesperado. Tiene dos frentes abiertos, dos frentes que pueden tener un origen en común. Por un lado, la guerra con Francia y los Orsini. Su gonfalonero regresó de Soriano con una derrota aplastante y sus enemigos lo acechan: creen que la Iglesia está más débil que nunca. Por otro lado, me ha confesado que un asesino anda suelto en la corte.

Tristán los interrumpió.

—El mismo que provocó la muerte de Virginio Orsini.

Don Gonzalo asintió.

—Sí, así es.

Rueda miró a su hijo y luego volvió la vista al capitán.

—¿Y qué pretende que haga la hueste aragonesa? Imagino que no podemos hacer nada sin el consentimiento de nuestro rey don Fernando.

—Algo así.

Gonzalo se reclinó en la silla y se llevó los cabellos hacia atrás, cansado.

—Veo que ese detalle lo has pasado por alto —advirtió Rueda al ver su gesto.

—Me hago responsable de mis decisiones —respondió Gonzalo.

Se hizo un silencio en la sala en la que los tres tuvieron tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos.

—¿Qué solicita el papa? —quiso saber Rueda tras un momento.

—Hombres —expuso Gonzalo—. Hombres para entrenar a su ejército y acudir a Bracciano a negociar con los Orsini. La toma de Ostia lo coloca en otra situación completamente distinta a la que tenía hacía una semana.

—No solo salvaremos Nápoles, sino a todo el papado… —Refirió Rueda.

—La faena en Nápoles no ha terminado —le recordó Gonzalo.

Alfonso de Rueda se levantó y sirvió dos copas de vino. Luego regresó a la mesa. Puso una delante de su amigo y, a continuación, bebió.

—Te conozco lo suficiente como para saber que no nos has llamado para pensar tu decisión. ¿Qué has pensado?

Gonzalo sostuvo la copa y bebió un trago lentamente. Luego volvió a apoyarla con parsimonia sobre el mantel.

—Quiero que una escuadra permanezca un tiempo en Roma, para entrenar a las tropas pontificias y prestar servicio al papa —le explicó con seriedad—. He pensado en ti, Alfonso. Quiero que tú y los escaladores os quedéis en la ciudad. Mientras, guiaré al resto de la hueste a Bracciano, en compañía del gonfalonero, y negociaremos con los Orsini. A nuestro regreso, volveremos al sur y remataremos nuestro trabajo en Nápoles. Resta por rendir esa fortaleza inexpugnable de Rocaguillerma.

Alfonso se mantuvo en silencio durante un instante.

—No puedo negarme.

—No, no puedes.

—Es una misión envenenada.

—Lo es. Sabes que siempre he ido de cara —afirmó Gonzalo—. Desconozco los enemigos del papa en la corte. Roma está llena de condotieros y representantes de todos los estados de Italia. Por eso no puedo confiarle esta misión a otra persona. El papa me ha pedido que escoja a alguien de moral intachable, un soldado a quien le confiaría mi propia vida, y ese eres tú. La escuadra trabajará codo con codo con la guardia pontificia.

Alfonso no tuvo más remedio que asentir.

—¿Cuáles son mis instrucciones, pues?

—Entrenar a la hueste pontificia y proteger Sant'Angelo hasta nuestro regreso de Bracciano. Luego marcharemos juntos a Rocaguillerma.

Aquel bastión sería la última negociación en Nápoles. Luego les aguardaba un encuentro con el rey Fadrique y, posteriormente, viajar a Sicilia. Todo eso, antes de partir de regreso a España. En el fondo, Gonzalo le pedía que esperase en Roma mientras él hacía lo imposible por ayudar al papa a pacificar el norte. Alfonso era un hombre de honor, y aceptó sus órdenes sin remilgos.

—¿Qué ocurre con el otro frente? ¿Qué pasa con el asesino de Orsini?

Gonzalo se llevó una mano al mentón con aire pensativo y examinó a Tristán, que permanecía atento a lo que hablaban.

—El papa ha creado una comisión secreta que dirige el cardenal Carvajal, embajador de don Fernando y doña Isabel. El capitán de la guardia está al frente de las indagaciones.

—Diego de Paredes —señaló Rueda—. Un extremeño, trujillano.

—El hijo de Sancho de Paredes —añadió Gonzalo, y volvió al escudero—. Me ha pedido personalmente que Tristán se una a la comisión.

Rueda se mostró sorprendido.

—¿Por qué razón?

—Por el rostro del monje —se apresuró a decir el joven—. Estoy seguro de que el hombre al que busca asesinó a Virginio Orsini. Paredes cree que las muertes están relacionadas y que se trata de la misma persona. Y yo también lo creo.

—¿Cómo puedes estar seguro? —inquirió su padre.

Tristán sacó de su jubón la nota que le había enviado el anónimo invitándolos ala plaza Navona. Gonzalo y Alfonso la leyeron en silencio. Luego el joven les hizo un resumen de lo que pensaba sobre aquel asunto. También les comentó lo que sospechaba, sobre aquel fraile dominico de Florencia, Girolamo Savonarola.

—Sé que aspiras a caballero, Tristán —advirtió el capitán con frialdad—. También sé, por lo que me ha dicho tu padre, que sientes remordimientos por la muerte de Orsini. No pretendo disculparte. Tenías unas instrucciones. Era tu responsabilidad.

—Lo siento en el alma, mi capitán —reconoció—. Lo asumo.

Gonzalo lo miró con severidad.

—De nada sirve sentirlo o asumirlo: las cosas deben cumplirse sin peros que valgan —prosiguió—. Tendrás la oportunidad de redimirte. Se te asignará tu primera misión en solitario.

Tristán sintió que se le iba a salir el corazón del pecho. Se puso en pie.

Rueda no pareció del todo conforme, dando a entender de que no era un buen momento. Lo cierto era que Gonzalo creía que el chico estaba preparado. Sabía pelear, sabía defenderse, era

rápido y listo y, sobre todo, carecía de la fanfarronería de los mercenarios. Tristán estaba hecho para capitanear y llegar a ser un caballero, siempre y cuando la juventud no le jugara una mala pasada.

—Te pondrás al servicio del capitán de la guardia pontificia y encontraréis a ese criminal en nombre del papa. Estarás al servicio de Su Santidad, con todo lo que ello conlleva, jurarás fidelidad y estarás sometido a su gobierno y justicia. Tendrás el apoyo de tu padre en Sant'Angelo. Espero que podáis resolver este asunto antes de mi vuelta de Bracciano.

—Haré lo que se me ordena —dijo el escudero.

—Así se hará —resolvió Rueda.

Tristán no estaba seguro de que encontrar a esa presa fuera un asunto fácil de resolver, y mucho menos en el tiempo establecido. Rápidamente se apresuró a estrechar la mano de su capitán. Tristán, por primera vez, tenía una misión frente a él, la que certificaba que dejaba de ser un simple escudero para ser un aspirante a caballero.

Un soldado del papa.

Apartamentos de la guardia pontificia, Palacio apostólico

Álvaro de Paredes acarició los ducados de oro que sobresalían de la bolsa de terciopelo y que se esparcían por la mesa. Diego pensó en las muchas cosas que podría hacer con aquel primer salario en Trujillo, y aunque le alegraba, sentía que algo había cambiado en él. Lo que había empezado como un viaje para huir de su pasado había variado por completo, y ahora su prioridad era otra. Quería vencer a un hombre que jugaba con la muerte y que se creía más listo que todos los hombres de la Iglesia.

La estancia principal de su apartamento era una sala lujosa, ricamente amueblada, con divanes y mesas con ornamentos, así como unas cortinas largas y gruesas. A un extremo, una chimenea que previamente habían preparado los camareros crepitaba y daba calor y sombras al salón.

Diego había vuelto a ver a Jimena. La chica le había contado que había pasado la mayor parte del tiempo ayudando a unas monjas en las cocinas de un convento, y Diego se preguntó si acaso aquella no sería una buena opción para ella. Sobre la extremeña, en cambio, ni rastro de ella. Diego la había visto en el séquito del papa durante la recepción a los héroes de Ostia, sin embargo, al llegar a sus aposentos, no había vuelto a encontrarla. Según Jimena, la dama pasaba días enteros desaparecida y, a veces, volvía de madrugada, con aire misterioso, se arrebujaba en las mantas, dormía unas horas y volvía a irse.

—Me pregunto qué se traerá entre manos… —observó Diego para sí.

Su hermano alzó la vista.

—No sé por qué confías tanto en él. No deberías fiarte de nadie.

—¿De quién hablas? —le espetó Diego con otra voz, como si acabara de volver de otro sitio.

—De Tristán de Rueda —expuso Álvaro con gesto preocupado.

Diego observó a su hermano.

—Lo has visto en Ostia. Me ha salvado la vida.

—Y también sabe demasiado, ¿eso no te extraña? Conoce toda la política de Nápoles y de la guerra del papa, cojones. Tú a su edad no sabías ni limpiarte el culo —replicó Álvaro.

Diego se levantó y anduvo hasta la chimenea.

—Ha visto al monje que asesinó a Orsini.

—¿Y eso qué tiene que ver? —insistió Álvaro—. ¿Cómo sabemos si los aragoneses de Gonzalo de Córdoba no se han aliado con los angevinos y los Orsini están detrás de ellos? Eres el capitán de la guardia del papa, maldita sea. ¿Te das cuenta de que eres un objetivo en esta guerra? El chico puede ser un espía, puede estar a sueldo de cualquier enemigo de los Borgia.

—Eso es ridículo. Han tomado docenas de plazas de esa gente. No voy a dudar del honor de los infantes de nuestra nación.

—Ya, como Menaldo Guerra. Un santo, el hijoputa.

—No es igual, coño.

—Solo quiero que pienses con frialdad y que no te fíes de nadie, Diego. ¿Y si han llenado los bolsillos de oro únicamente de él y de su padre, el alférez? En ese caso, todo el asunto del mensaje del Toscano en la plaza Navona sería un cuento, y esta noche tú y yo iríamos directos hacia nuestra perdición.

—Confía en ellos, Álvaro —insistió Diego—. Y si no lo haces, confía entonces en el instinto de tu hermano. Sé reconocer a un hombre cuando miente. Ese chico puede que se equivoque en algunas cosas y que no tenga consigo toda la verdad, pero no miente. Está de nuestra parte.

Álvaro se mostró poco convencido.

—¿Cuándo te reunirás con Carvajal?

—Mañana tengo una audiencia con él —informó Diego.

—¿Y qué piensas decirle? No tenemos nada.

—Espero que esta noche podamos averiguar algo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Ya están aquí —advirtió Diego con ansiedad.

Álvaro abrió la puerta un palmo. Un paje le dio las buenas noches. Tras él se encontraba uno de los oficiales de Gonzalo de Córdoba y su hijo, el escudero. Álvaro les ofreció entrar. El paje se retiró. Cuando cerró la puerta, Alfonso de Rueda y su hijo Tristán vieron a Diego de pie con una mano apoyada en la pared frente a la chimenea. Su rostro parecía dibujar expresiones grotescas con la luz del fuego. Asus espaldas, su sombra alargada cubría casi la mitad de la estancia.

—Mi hermano me aconseja que no me fíe de vosotros —soltó Diego sin preámbulos.

—Es comprensible —reconoció Rueda.

Diego miró a uno y a otro.

—Está en juego la vida del papa. No puedo andarme con rodeos. ¿Habéis hablado con don Gonzalo?

Alfonso de Rueda dio unos pasos por la habitación y miró a Álvaro de Paredes, que pasó por su lado y regresó al diván. Tristán se cruzó de brazos, junto a su padre.

—Cumplimos órdenes de don Gonzalo, nuestro capitán —señaló Rueda—. Mañana partirán nuestras tropas hacia Bracciano a corroborar esa supuesta paz que les han propuesto los Orsini. Una escuadra bajo mi mando se quedará al servicio del papa. Llevamos cerca de tres años vagando por Italia de aquí para allá, capitán Paredes. No os ofendáis si os digo que vos y vuestro hermano sois unos recién llegados a Italia; no entendéis de política ni del avispero en el que os habéis metido. Mi hijo y yo nos hemos cansado de matar a franceses y angevinos y sabemos muy bien lo que pasa. Si he venido, es porque os hemos visto luchar en Ostia como dos valientes

extremeños y no como dos alabarderos pontificios presumidos y corruptos. Mi capitán se fía de vosotros. Quiero entender que sois hidalgos de honor, de esa tierra de frontera que conozco bien.

Tras sus palabras, Diego contempló a su hermano Álvaro, que finalmente pareció conforme.

—Estoy a vuestro servicio, capitán —dijo Tristán con seriedad.

El trujillano le estrechó la mano.

—De acuerdo, señores.

Los cuatro se miraron sin decir nada. Tristán rompió el silencio.

—Plaza Navona. —El escudero barrió la estancia con la mirada hasta detenerse en Diego—. «El capitán de la guardia conocerá el infierno». ¿Cuál es el plan, pues?

Plaza Navona

La noche era fría y oscura.

La luz del farol que portaban se derramaba sobre las calles húmedas como si fuera de cobre líquido. Una niebla misteriosa se esparcía desde el Tíber hacia el Campo dei Fiori y cubría parte de la plaza Navona, un espacio elíptico que en otra época había sido un circo romano y que a esas horas estaba iluminada por un único farolillo proveniente del final de la calle. Diego llevaba un arnés completo, que chillaba y crujía al andar, y su montante, además de un yelmo con visera. Tristán, en cambio, vestía un simple jubón con una cota de malla, con una espada de mano y media y un cuchillo largo en el cinto. Iba cubierto con una capa. Ambos aparecieron por una calle adyacente de grandes adoquines mohosos que daba a un lado largo de la plaza. Escondidos en las sombras, parecían dos figuras sin rostro.

Siguiendo con el plan establecido, Alfonso de Rueda se había apostado con diez de sus hombres a un lado de la explanada, mientras que Álvaro de Paredes, en compañía de los alabarderos españoles del papa. —Zamudio, Vargas, Villalba y esa gente—, se encontraba precisamente en el lado opuesto. La idea era rodear al sospechoso.

Tristán sacó la nota del bolsillo y volvió a leerla en silencio.

«*Crees haber visto al maestro, pero él no tiene rostro.*

La fortaleza caerá, pero el destino del vicario ha sido escrito.

El capitán de la guardia conocerá el infierno, dentro de dos lunas, en la plaza Navona».

—La fortaleza ha caído, Ostia ha sido recuperada —murmuró el escudero—, pero no entiendo a qué se refiere con «el destino del vicario». Supongo que habla del pontífice, el vicario de Cristo.

—Yo sí lo entiendo —afirmó Diego—. Lo ha dejado bastante claro.

—No lo comprendo.

En ese momento oyeron el eco de unos pasos en la piedra y vieron a una figura aproximarse al centro de la plaza. Era un hombre que vestía un elegante jubón verde oscuro y portaba un candil. A Diego le cambió la cara, y se llevó una mano al mentón. Al igual que él, Tristán se esperaba otra clase de adversario para el duelo. Ambos habían tenido la estúpida idea de que el Toscano iba a mostrarse ante ellos armado hasta los dientes, dispuesto a un enfrentamiento a muerte. Entonces Diego se dio cuenta de que, si esa noche lo mataban, toda la información que sabía se iría con él. Miró al joven durante un instante.

—Hace algunos días surgieron unas marcas en el suelo de la basílica, en una de las capillas adyacentes de San Pedro —le explicó—. En una de esas marcas podía leerse, dentro de un círculo de sangre, el nombre de Orsini. Estaba señalado con el número IV. La cuarta víctima. A su lado apareció otro círculo, con el número V, es decir, el siguiente de su lista.

—¿Y qué nombre señaló? —inquirió Tristán.

Paredes vaciló un instante.

—Borgia —reconoció finalmente.

Tristán se quedó sin aliento.

—No puede ser…

—Sí —repuso Paredes—. Si no hacemos algo pronto, ese hijo de puta asesinará al papa. Debemos impedirlo, y, para eso, necesito de tu ayuda, chico.

—Mirad —señaló Tristán hacia la plaza.

El del jubón anduvo unos pasos con el farol en alto.

—*Capitano?*

Diego salió de las sombras. Anduvo hacia el centro de la plaza seguido de Tristán. Cuando pudo verlo con nitidez, tras la niebla, se dio cuenta de que se trataba de un hombre vestido con ropajes carísimos. Llevaba una espada en el cinto, más a modo de complemento que de objeto de defensa. Diego se detuvo frente a él. Tristán se situó a sus espaldas. Los dos supieron que ese individuo no había blandido una espada en su vida.

—¿Quién va? —preguntó.

El hombre carraspeó.

—No importa quién sea yo —esgrimió en un castellano aceptable—. ¿Sois vos acaso el capitán de la guardia?

Diego apoyó una mano en el pomo de su empuñadura, desconfiado.

—Así es.

Por el tono de su voz y de su pose, a Tristán le resultó un arlequín, el juglar de una baraja. Vestía jubón y gorguera con gracia. Parecía cortés y educado.

—Entonces acompañadme —lo invitó el sujeto con un gesto tan teatral como complaciente —. Mi labor esta noche es agasajaros y mostraros los rincones secretos de nuestro palacio nocturno. Venid conmigo. Sed bienvenidos.

Repitió el gesto con la mano para que lo siguieran.

Tristán y Diego fueron con él. Desde el otro lado de la plaza se vio a las tres siluetas perderse entre la niebla y las sombras hacia el Campo dei Fiori. Se internaron por una de las callejuelas hasta el portal de un palacio. En aquella zona había majestuosas mansiones de príncipes y cardenales, casas suntuosas cuya arquitectura se alejaba de la fortificación bélica de otros siglos y trataba de imitar la belleza de los antiguos griegos y romanos. El paje extrajo una llave de hierro y abrió una portezuela. Tristán se imaginó que, como en todas las grandes casas, los portones se reservaban a la entrada de caballos o de carros. En ese momento accedieron a un lugar amplio como una iglesia. El portal estaba decorado con columnas y un arco de piedra. El fuego de una chimenea se derramaba en la baldosa de aquel vestíbulo y alargaba sus sombras. Frente a ellos, vieron a dos hombres de armas. Ambos vestían jubones y boinas. Sin embargo, sus rostros estaban cubiertos por máscaras de carnaval.

Diego colocó una mano en la empuñadura.

—Eso no será necesario aquí, capitán —susurró el paje.

Alzó la voz en un tono autoritario y dio un par de órdenes a los dos individuos. Uno de ellos regresó con dos máscaras para ellos. El paje se giró hacia Paredes.

—El palacio nocturno es como un reino dentro de otro reino, capitán —le explicó—. Un sitio alejado del mundo que tiene sus propias reglas. Nadie os obliga a entrar si no lo deseáis. Pero, en caso de hacerlo, deberéis acatar nuestras normas.

Diego lo miró a los ojos. A los presentes se les iluminaban las retinas a la luz del fuego.

—¿Y cuáles son esas reglas?

—Deberéis entrar sin arnés y sin vuestras armas —anunció el paje—. Ah, y es preciso que portéis estas máscaras, y no deberéis quitároslas bajo ninguna circunstancia.

Diego y Tristán se miraron.

—No entraré sin mi espada —insistió Paredes.

El paje cambió la expresión y, de pronto, toda aquella amabilidad y cortesía que había mostrado desde un principio desapareció de un plumazo. Tristán se preguntó entonces si aquel hombre misterioso sabría, en realidad, utilizar aquella espada que portaba.

—Nadie os ha obligado a venir, capitán Paredes. Podéis marcharos si así lo deseáis. La ciudad está llena de tabernas y albergues para sujetos vulgares. El palacio nocturno funciona de otra manera.

Tristán vio que a Paredes se le ponía la misma cara que sobre el muro de Ostia, cuando repartió mandoblazos a diestro y siniestro. Paredes cogió al paje del jubón y Tristán tuvo la impresión de que le iba a arrancar la cabeza.

—Déjate de juegos, bufón. ¿Quién nos ha invitado a venir aquí?

Tristán se abalanzó sobre Paredes y los separó.

—¡Capitán! —soltó, y ambos se miraron durante unos momentos—. Capitán, por Dios, es nuestra única pista —le rogó. Luego el joven volvió la vista al paje, que estaba visiblemente afectado—. De acuerdo, iremos sin nuestras armas. Mi capitán también dejará su armadura.

Tristán le rogó a Paredes que se calmara.

—De acuerdo —aceptó Diego a regañadientes.

El paje se arregló su jubón y decidió pasar por alto aquel ataque de ira. Le indicó a uno de sus hombres que les entregara las máscaras.

—Soltad vuestras cosas y seguidme —les pidió regresando al tono cordial.

Tristán ayudó a Diego a quitarse las piezas de armadura. El capitán quedó vestido con unas calzas y una simple camisa que se le abría por el pecho. El joven, por su parte, puso a un lado su cota de malla. Ambos abandonaron sus armas antes de seguir al paje con las máscaras puestas.

Subieron por unas escaleras de piedra hasta una planta superior. Se trataba de un palacio enorme, decorado con hermosos frescos en sus muros y en los techos, aunque apenas eran capaces de apreciar las figuras y el bello arte. Avanzaban bajo la luz del único candil que portaba el paje. De esta manera cruzaron dos gabinetes hacia un vestíbulo. Allí se encontraron con más de una docena de hombres de armas. Estaban sentados en una banqueta, con el rostro cubierto con antifaces, sin decoración alguna. Frente a ellos, dos alabarderos custodiaban las puertas de lo que parecía ser un salón principal.

—*Voluptas vita est* —murmuró el paje.

Tras estas palabras, uno de ellos giró una llave y la pesada puerta crujió al abrirse.

13

Palacio de los príncipes

Al otro lado de las puertas descubrieron un vestíbulo suntuoso, decorado con hermosos frescos de temas paganos. A través de un arco, en uno de los laterales de la sala, oyeron el murmullo de una celebración. Voces, risas y música. Sin embargo, algo difícil de explicar resultaba extraño en el ambiente. Algo en la frontera de lo pagano. En la ribera del pecado.

—Recordad —los instó el paje—, pase lo que pase, no debéis quitaros las máscaras. Os recomiendo, capitán Paredes, que tampoco mencionéis vuestro nombre ni cómo os ganáis la vida. En el palacio nocturno esa pregunta sería una indiscreción.

En ese momento, una silueta apareció por el umbral. Se trataba de una mujer alta, de cabello moreno y ojos expresivos. Tristán echó un vistazo rápido a Paredes. La mujer iba desnuda, a excepción de una máscara negra, decorada con elementos en dorado. Cruzó la sala descalza hacia ellos. Diego miró al paje, que le ofreció a la mujer con el mismo gesto teatral que había hecho en la plaza Navona. La dama tenía los pechos grandes y su cuerpo era fino como el de una muchacha. Tristán no pudo evitar mirar el vello oscuro que crecía entre sus piernas. Se le alteró el pulso. El chico nunca había visto a una mujer de aquella manera. Aunque se había cruzado cientos de veces con prostitutas en Nápoles, aquello era distinto.

—¿Qué es esto?

—No tengo la menor idea —reconoció Paredes, que recibió el brazo de la dama.

—*Buonasera, principe* —lo saludó la mujer con voz pausada.

Diego la contempló a través de su máscara y notó una punzada de deseo. La mujer, a su vez, estiró una mano para acariciar la mejilla de Tristán, que la siguió encandilado a través de la sala, como si hubiese caído en el embrujo de una ninfa. Su piel, del color de la canela, era una invitación al pecado. Sin embargo, al llegar al umbral, lo que ambos vieron les hizo despertar de aquel ensueño.

Una multitud de hombres y mujeres desnudos llenaban el salón. Todo el mundo iba enmascarado, algunos con antifaces, otros con máscaras que cubrían sus rostros al completo. Vieron a parejas y a grupos charlando y riendo con copas en las manos sentados o recostados en divanes. Mientras, en el centro, sobre una serie de alfombras y cojines, una docena de personas mantenían relaciones a la vista de todos. Podían oírse risas y gemidos por igual. Vieron a mujeres besándose, e incluso algún joven púber que colmaba los placeres de un anciano con su boca. Más

allá, un individuo con una máscara blanca de expresión triste parecía observara los recién llegados.

Diego se quedó sin aliento.

—*Benvenuti nel palazzo dei principi* —susurró la dama antes de besar sus labios y regresar a la alfombra con el resto, a aquella orgía descontrolada.

Un paje, desnudo también, pasó por allí y les ofreció una copa de vino en una bandeja. Los dos aceptaron una. Paredes se la bebió de un trago. Aquella imagen frente a ellos era la de un fresco que representaba el final de las almas. La perdición del hombre a través de sus vicios.

—Somos los únicos vestidos —advirtió Diego—. Así llamaremos la atención.

A continuación, se quitó la camisa y se dejó las calzas puestas. Tristán decidió imitarlo. Anduvieron por la sala y se mezclaron entre los invitados. A su paso, jóvenes y ancianos de ambos sexos no escondían sus deseos y acariciaban sus músculos o rozaban sus brazos como una insinuación, en aquella sociedad secreta de libertinaje y lujuria, sin ley. Tristán hizo un esfuerzo por centrarse. Se dio cuenta de que tanto él como Paredes ardían en deseos de entregarse a lo que les ofrecía la noche. Pero los dos sabían cuáles eran sus obligaciones. Cuáles eran sus principios.

—Capitán… —lo llamó el joven después de un rato—. Esos individuos de allí.

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—Me refiero a los ancianos —insistió Tristán, sin señalarlos—. Juraría que los hemos visto antes.

Paredes tuvo sus dudas. Tristán, por su parte, estaba casi seguro. Se había habituado a observar a la gente durante la guerra, a ser un buen vigía, a recordar la silueta de un hombre, un cabello, unos ojos, un rostro. Estaba seguro.

—¿Dónde los has visto? —quiso saber el capitán.

Tristán lo miró un momento a los ojos.

—En San Pedro.

Una joven gimió en las alfombras y otras tantas rieron. Las muchachas se arrastraban y serpenteaban entre cojines y cuerpos sudorosos. Algunos ancianos quisieron sumarse al juego y se levantaron de los divanes para yacer con ellas.

—Vamos a dividirnos y a ver qué descubrimos —señaló Paredes finalmente.

Tristán vio su figura alejarse entre los invitados.

El joven deambuló por el salón con su copa de vino en las manos. Se sentó en los divanes, recorrió el lugar, se apoyó en una columna a observar a los invitados con calma. Cruzaba miradas con los señores enmascarados de tanto en tanto, y comprendió que allí se libraba un juego de poder, algo superior a cualquier cosa que hubiera podido imaginar. Muchos trataban de dilucidar quién era él, a qué señor o a qué casa debía su protección. Entre cuerpos y lujuria se resolvían negocios y asuntos privados, se tramaban alianzas y se conspiraba. ¿De dónde provenía esa gente? ¿Quién pagaba aquel lujo? Poder, creencias paganas, impudicia y obscenidad se entremezclaban en el palacio de los príncipes, ajenos a las leyes de la religión. De la civilización, en definitiva.

El Toscano tenía razón.

Era el infierno.

Descubrió a la mujer que los había recibido en el vestíbulo en una pequeña sala contigua al gran salón. Estaba de pie, otra vez descalza sobre el frío mármol, observando la pintura de un mito pagano. Era una escena terrorífica. Un hombre desnudo en el centro, rodeado de testigos, era atacado por otro con una hoz. Tristán contempló un instante a la mujer de perfil. Parecía

esculpida en mármol. Era voluptuosa, ajena a su propia belleza, tan hermosa como los cuerpos trazados en la propia pintura. Tuvo deseos de yacer con ella en ese mismo lugar. La mujer volvió la atención y clavó sus ojos a través de su antifaz en Tristán, que rápidamente desvió la vista hacia el cuadro.

—*La castración de Urano* —afirmó ella.

Tristán bebió de su copa, para disimular su ignorancia.

—¿Quién lo hizo?

La dama anduvo unos pasos.

—Seguramente algún pintor florentino. Antes de Savonarola se contaban por docenas los talleres de maestros que impregnaban de saber antiguo el arte. Ahora todo eso ha cambiado.

Hizo una pausa, y ambos contemplaron el fresco.

—¿Qué representa? —quiso saber Tristán.

—Un asesinato. Crono guardaba mucho rencor a su padre, Urano —explicó ella—. El propio Urano obligaba a Gea, madre de Crono, a retenerlos a él y sus hermanos bajo su seno para que no vieran la luz. Gea quiso acabar con él. Cuando les preguntó a sus hijos quién estaría dispuesto a matarlo, solo Crono se mostró preparado para cumplir su voluntad. Entonces Gea le tendió una emboscada a Urano y se reunió con él. Crono cogió una hoz y lo castró.

Tristán volvió a contemplar el cuadro.

—Siempre es el poder el que atenta contra el poder.

—Así es —afirmó ella, visiblemente sorprendida de su juicio—. A veces son los hijos los que deben matar al padre para sobrevivir.

Tristán pensó en lo que le había dicho Paredes. En la siguiente víctima. ¿De qué manera iban a detener el asesinato del propio pontífice?

La mujer se giró hacia él y pegó su cuerpo al suyo. Tristán sabía que ella lo hacía para robar su calor en la fría sala. Nunca había estado así con una mujer, piel con piel, pegados el uno junto al otro. Se permitió apoyar las manos en su cintura con delicadeza. En un movimiento del todo natural, ella se aproximó y besó los labios del muchacho con parsimonia. Tristán probó sus labios carnosos y tuvo una visión lujuriosa en su imaginación. Sus manos apretaron su carne y ella dejó escapar un ligero gemido. Luego se sonrió al intuir la virginidad del chico.

—No deberías estar aquí.

—Solo quiero saber quién nos ha invitado —rogó.

Ella acercó la boca a la oreja de Tristán y se la mordisqueó.

—Solo un príncipe puede hacerlo —comentó.

—¿Quiénes son los príncipes? ¿Los ancianos?

—Todos los que has visto aquí —sostuvo ella—. Príncipes sin nombre. No hagas preguntas en este palacio.

—Sé que son cardenales, pertenecen al Colegio Cardenalicio —susurró Tristán, esperando una confirmación—. Los he visto. Son ellos y otras familias de la aristocracia. Aquí está presente todo el poder de Roma.

La mujer dio un paso atrás. El juego había terminado.

—Guarda silencio o tendrás el mismo destino que Urano.

Tristán la vio alejarse de regreso al salón. En el umbral distinguió al hombre de la máscara blanca. Tras un instante, se retiró.

Diego de Paredes subió unas escaleras que lo condujeron a una planta superior en el palacio. Le impresionaban varias cosas de aquel lugar, sus techos altos, su suelo de mármol, el calor. Fuera de aquel mundo aparte, en la Roma más popular, se pasaba hambre y frío. Aquellas necesidades mundanas parecían estar muy lejos del palacio de los príncipes.

Arriba, un vestíbulo amplio, iluminado por varios candelabros, repartía una serie de estancias y gabinetes más pequeños que estaban ocupados por parejas o grupos reducidos. El ambiente estaba cargado, por las velas y por el calor de los cuerpos. El lugar olía a incienso y a sexo. Diego trató de adivinar algunos rostros escondidos tras las máscaras, y le pareció ver a individuos que reconocían al capitán de la guardia por su cabello rapado y por su corpulencia. Él sabía que no era alguien común. A diferencia de aquellos cuerpos flácidos, sedentarios y envejecidos, el suyo era maduro y vigoroso, esculpido como una escultura de bronce de la Antigüedad.

Accedió a una sala en la que dos mujeres desnudas simulaban batirse a duelo con espadas demasiado pesadas para ambas. Tres ancianos las contemplaban sentados frente a la alfombra, como jueces de un torneo ficticio. Alrededor de la escena, una docena de hombres y de mujeres observaban entre risas el devenir del espectáculo. Las espadas afiladas chocaban con lentitud, a poca distancia de sus pieles frágiles, casi traslúcidas: bastaba un roce para herirlas y hacerlas sangrar. Quien perdiera habría de yacer con los jueces.

Diego cruzó la sala en silencio. Durante un instante, la atención fue para él. Entonces una joven captó la atención de Diego, que contempló su cuerpo exuberante, pero no fue eso lo que le hizo encender una alarma, sino sus ojos. Diego estaba seguro de haberla reconocido.

Era la extremeña.

La mujer, que también lo había visto, se apartó rápidamente de quienes la acompañaban y se perdió por uno de los umbrales, hacia una de las estancias. Diego, sin querer levantar sospechas, avanzó a paso firme al tiempo que seguía su rastro. La vio en la otra sala justo cuando se giraba a mirar y cruzaba hacia otra estancia. Diego apuró el paso. Era evidente que ella huía de él. Cruzó un pasillo y dos salas más, hasta que, en la tercera, no hubo más escapatoria. Se trataba de un espacio privado, sin más salidas, con las paredes pintadas de color carmesí. En uno de los divanes del pequeño salón, una pareja hablaba en susurros. En el otro extremo de la sala, la extremeña permaneció de pie de espaldas a la puerta.

Diego se aproximó.

Ella llevaba un antifaz, sin embargo, el brillo de sus ojos era distinto, y por un momento Diego se preguntó si no se habría equivocado y la habría confundido. La dama estaba completamente desnuda. Admiró su cuello y sus hombros. Si en los apartamentos de la guardia le había parecido hermosa, en ese instante lo fue aún más.

—Sé quién eres —susurró Paredes con la voz tan sombría como la noche.

Ella se giró a él con parsimonia. Luego se apartó para sentarse al borde del diván que estaba a su lado. Diego admiró la belleza de su cuerpo.

—Nadie tiene nombre en el palacio —murmuró ella, agitada.

—No juegues conmigo.

La dama se irguió y cambió de actitud. Diego aprovechó para dejarse caer en el diván junto a ella. La mujer acercó la boca al oído de Diego.

—¿Qué quiere el señor?

—Quiero que me digas quién está detrás de esto —matizó Diego.

—No sé de qué me habláis —susurró, y esbozó una sonrisa complaciente, al tiempo que echaba un vistazo a la pareja frente a ellos—. A veces es mejor mantener el silencio.

Lejos de amedrentarse, se sentó desnuda sobre Paredes.

—Te mataré si es necesario, extremeña —le advirtió Diego, sin caer en el juego.

Ella volvió a pegarse a su oído mientras contoneaba las caderas.

—Por vuestro propio bien…, el palacio tiene muchos ojos y muchos oídos.

Frente a ellos, la pareja no les quitaba ojo de encima. Una mujer de cabello rubio acariciaba el pecho de su acompañante, que no quería perder detalle de lo que hacían Paredes y la dama al otro lado de la sala.

A Diego le pareció ver un ligero brillo de duda en sus ojos. La joven extremeña flaqueaba en su papel de cortesana. Entonces, antes de que pudiera volver a preguntar, ella lo besó con pasión. Diego cerró los ojos y disfrutó de sus labios unos momentos. Hacía mucho tiempo que no besaba a nadie de esa manera. Su caricia le recordó a cosas del pasado. La mujer era joven y sensual. Su cuerpo desprendía carnalidad y sus ojos chispeaban al verlo. No podía evitarlo, la deseaba. Sin darse cuenta, llevaba un buen rato besando a aquella desconocida, que había hecho uso de sus artes para desnudarlo.

Diego no podía pensar. Estaba mareado. Confuso. Se dejó arrastrar.

La besó al tiempo que sus manos rodeaban sus senos. La dama le ofreció su boca sin reparo, con pasión desenfrenada. Ahora no podía detenerse. La acarició y besó su cuello, mientras ella volvía a buscar su boca con desenfreno. Entonces Diego vio que se sentaba a horcajadas sobre él y que lentamente entraba en ella sin dificultad alguna.

La mujer gimió con la respiración entrecortada. Diego sentía que su pecho subía y bajaba. Frente a ellos, la pareja permanecía atenta, sin apartar la vista.

—Sé quién eres —repitió Diego.

—Silencio —respondió ella.

Volvieron a besarse, sin separar sus cuerpos. Sin dejar de balancearse. Diego estaba seguro de que era ella. Habría reconocido su cabellera de entre todas las damas romanas, y el brillo de sus ojos era algo único. María de Sánchez, la extremeña, amante —y tal vez espía— del papa, era una mujer de una belleza difícil de encontrar. El roce de su piel le trajo recuerdos de Trujillo y lo obsequió con el aroma de su tierra.

La dama le gimió con fuerza al oído y el trujillano acabó en ella.

Ambos estuvieron un instante pegados, sin hablar.

Tras un instante, ella se levantó. Diego recuperó el aliento y la miró a los ojos.

—Tan solo busco saber quién está detrás de todo esto.

—Nadie sabe quién es quién en este juego de cartas, *spagnolo* —sostuvo la mujer—. Las preguntas solo os llevarán a la perdición.

Después de eso, abandonó la estancia.

San Pedro

Los días transcurrieron sin que aparecieran nuevas pistas, y la impaciencia y la incertidumbre crecieron en Diego. La escuadra de don Gonzalo se instaló en Sant'Angelo, mientras el resto de

la hueste se preparaba para marchar a Bracciano a negociar la paz. Álvaro se puso manos a la obra y con la ayuda del alférez Alfonso de Rueda comenzaron a entrenar a los mercenarios y los hombres que se alistaban en el ejército pontificio.

Diego, por su parte, se dedicó en cuerpo y alma a observar al Colegio Cardenalicio, sus integrantes, sus movimientos, sus alianzas y disputas. Sin embargo, no pudo evitar sentirse frustrado, sin ningún avance. Además, apenas podía quitarse a María de Sánchez de la cabeza. El recuerdo de aquella noche con la extremeña en el palacio de los príncipes persistía. No había vuelto a verla, y eso lo llenaba de ansiedad. A veces, cuando cerraba los ojos, podía volver a percibir el perfume de su pelo, y una oleada de pasión lo inundaba. Quería verla, pero no era un ingenuo. Seguía desconfiando de ella, de una mujer que vendía su propio cuerpo a cambio de favores o de información. No sabía lo que era dentro del Vaticano, ni a qué señor realmente servía, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

Esos días, Diego pidió al papa que abandonara el palacio apostólico y fijara su residencia en sus nuevos aposentos de la fortaleza de Sant'Angelo. Sin noticias del Toscano, no podían permitirse bajar la guardia. El pontífice, por su parte, no parecía preocupado en absoluto. Se encontraba inmerso en sus tres grandes proyectos: la reforma de Sant'Angelo, su campaña contra los barones de los Estados Pontificios y su alianza con Nápoles. Sobre esta última, había pedido que una comisión especial examinara a su yerno, Giovanni Sforza, el Sforzino, de incumplir sus deberes maritales con su sobrina Lucrecia. Cuando lo supo, a Diego le causó gracia y asombro a partes iguales. Le impresionó que un papa pudiera tirar de aquella excusa con el fin de alcanzar sus objetivos, sin importarle lo más mínimo el honor de aquel pobre muchacho.

Ese día, Diego entró en la basílica y fue hacia la capilla redonda de Santa Petronila, lugar donde habían aparecido los nombres escritos en las losas. Los nombres ya no estaban. Las losas habían sido limpiadas por los criados. En aquel lugar lo esperaba un hombre alto, ligeramente encorvado. Era el cardenal Carvajal.

—Capitán —lo saludó con un gesto cordial.

Paredes hizo una reverencia a su primo. A continuación, ambos estuvieron unos momentos sin hablar, con la vista en el altar de una de las vírgenes.

—¿Habéis conseguido acostumbraros a la vida en Roma? —se interesó el cardenal con las manos juntas, una sobre la otra, como un confesor.

A Diego le resultaba una ciudad desigual. La ciudad tenía dos puertas al norte, la Porta del Popolo y la Porta Pía. De norte a sur se dividía en dos: la ciudad renacentista, donde se situaban muchos de los palacios más suntuosos de la cristiandad, y la ciudad antigua, plagada de ruinas esparcidas y de campos de vacas. Roma estaba desequilibrada porque tenía zonas muy pobladas y otras vacías, de la misma forma que era una plaza donde se podía hallar el mayor lujo de todo Occidente y, al mismo tiempo, pobreza y miseria como en ningún otro lugar. Roma era una ciudad de extremos.

—Es grande y peligrosa —le explicó Paredes—. Encontrar a un hombre aquí es buscar una aguja en un pajar.

—Yo no lo habría dicho mejor —respondió el cardenal—. ¿Tenemos algo?

Diego le hizo un resumen de los últimos días.

Desde aquella visita hacia unas semanas al palacio de los príncipes, el Toscano había guardado un silencio sepulcral. Les había dado a conocer el «infierno» en Roma, las prácticas de

cardenales y príncipes que se movían en las altas esferas del poder, reunidos en órdenes secretas desde donde se conspiraba para alcanzar lo más alto. Un mundo secreto se ocultaba tras el velo del dogma y de los rituales.

—Estamos en un callejón sin salida —reconoció, al acabar.

—¿No habéis seguido la pista de Savonarola, el fraile florentino?

—Apenas hemos tenido tiempo —se excusó Diego.

Carvajal se llevó una mano al mentón, con la vista en el suelo.

—El cardenal Sensi consiguió averiguar que el Toscano había hecho escribir la losa con sangre de jabalí.

—¿Cómo lo hizo?

—Trajo a un joven del matadero para que la examinara.

Diego se pasó una mano por el rostro con preocupación.

—Llevo semanas preocupado por la seguridad del santo padre —le confesó el trujillano—. Constantemente recibo noticias de supuestos conspiradores que tratan de atentar contra el trono de San Pedro. Tampoco es que la familia del papa nos eche una mano. Sus sobrinos están en constante movimiento. No dejan de exponerse.

—El capitán de la guardia debe lidiar con ello —expuso Carvajal—. No pidáis que sean discretos. Encerrar a un Borgia es como retener a un toro.

—¿Qué haríais vos, padre? —le preguntó Diego finalmente.

Carvajal se giró hacia él.

—Comenzar por lo único seguro que tenemos. Las víctimas. Hace muchos años conocí a un experto alquimista en Florencia. Se llamaba Jacopo della Croce. Es un humanista, pintor, escultor, matemático y astrónomo. Un hombre de confianza. Le escribiré de vuestra parte.

—Toda ayuda es poca —reconoció Diego con una reverencia.

Carvajal lo miró a los ojos.

—Entonces preparad un viaje a Florencia. Investigad a las víctimas y luego id a ver qué se trae entre manos Savonarola. El papa le ha escrito y lo ha instado a venir a Roma, pero se ha vuelto a negar. Le escribiré a Della Croce para que sea su guía.

—De acuerdo —respondió Diego recordando sus instrucciones.

—Tal vez desde Florencia pueda ver este misterio con mayor claridad.

El cardenal le estrechó la mano y se despidió de él.

14

Palacio de César Borgia, Roma

Eran pocos los momentos en los que el joven cardenal estaba solo, así que los valoraba como a un tesoro. Necesitaba del silencio para pensar y tratar de entender los acontecimientos que se producían en Roma, en esa ciudad de la corte, del tablero de las potencias de Italia, del juego político. En él estaban presentes todos los embajadores y emisarios de los reinos de la cristiandad, portugueses, ingleses, franceses, castellanos, aragoneses, navarros, suizos, alemanes, además de los representantes de las ciudades y estados de Italia de Venecia a la Romaña. Resultaba agotador seguir la pista a cada una de las intrigas que se producían día a día en el Vaticano y en los palacios al otro lado del Tíber. Alianzas y rupturas constantes, peticiones, juegos de favores. Era un juego brutal que no se detenía y en el que para sobrevivir había que ir dos o tres jugadas por delante. Y en aquella selva agónica, los Borgia buscaban prevalecer.

Su palacio en el Borgo era lujoso, como todos los que poseía la familia, y tenía a su cargo a una veintena de criados. En ese punto los pajes terminaron de llenar la fuente de piedra humeante en la que el apuesto cardenal solía darse sus baños que recordaban a los de un senador romano. Los aderezaba con pétalos de rosas para darles un aroma dulzón.

César se desnudó, entró en la bañera caliente y se sumergió. A veces probaba con aguantar la respiración el mayor tiempo posible. Sentía cierto placer en rondar a la muerte de aquel modo. Había visto morir ahogados a cientos de hombres en el Tíber y se preguntaba qué sentiría alguien en esos instantes previos de mareo y pérdida de consciencia. ¿En qué pensaría? ¿Sentiría dolor? No temía a la muerte simplemente porque no le parecía gran cosa.

César se sentó en un escalón de piedra, con el agua a la altura del pecho, y peinó sus cabellos hacia atrás antes de apoyar los brazos estirados en el borde. Era joven, apuesto y fuerte. Volvió a pensar en que desperdiciaba su vida en aquellos días de lujo en el Vaticano. Aquellas últimas semanas había soñado muchas veces que participaba en la toma de Ostia al frente de una columna de infantes aguerridos, dispuestos a morir por él. *Qué maravilla sentir el peso de un arnés sobre los hombros, sentir los brazos entumecidos de tanto blandir una espada, sentir cansancio de enviar enemigos al infierno con el filo del acero*. Sentía envidia de hombres como Diego de Paredes, un hidalgo más de una tierra perdida como Extremadura, fuerte, audaz, y sin más obligaciones que la de blandir un arma y proteger a su señor. Llenarse de gloria y fama a base de luchar y demostrar valentía. César hubiese cambiado toda su vida de lujo por ser el simple capitán de la guardia.

Por ahora, no le quedaba más remedio que contentarse con espiar a Giovanni Sforza, el Sforzino, y tratar de adelantarse a la comisión secreta para desenmascarar al Toscano. De hacerlo, se llevaría el mérito y el reconocimiento de su padre, como único protector de la familia.

En ese momento tocaron a la puerta.

—Adelante.

Tras el umbral asomó Miquel Corella.

—Mi señor, ha llegado vuestra visita —anunció Corella.

—Que venga aquí.

—Prefiere esperar en el salón; es lo que ha sugerido.

—He dicho que la hagas pasar. —César hizo un gesto y el guerrero se marchó.

A continuación, apareció una figura encapuchada. No desveló su rostro hasta que Corella cerró la puerta desde fuera.

Era Sancha de Aragón.

Aquella dama era la esposa de su hermano Jofré —ambos, príncipes de Schillace—, hija ilegítima del viejo rey Alfonso de Nápoles y de una amante. Sancha era la mujer más hermosa de toda Italia, título disputado con Giulia Farnesio, la amante del papa. Sin embargo, aunque la Farnesio fuera ciertamente hermosa, para César Sancha no tenía par. Sus ojos grises y su cabello negro enmarcaban una piel traslúcida y tan delicada como la porcelana. La última vez había sentido un deseo irrefrenable al contemplar su cuello y sus venas, que se dibujaban en su piel blanca como vetas en el mármol. Su boca era pequeña, de labios finos, y su nariz era recta, lo que le confería una expresión algo severa que se contrarrestaba con su carácter apasionado.

—Buenas noches —susurró la dama, que hablaba en dialecto napolitano, afectada por una situación que no se esperaba.

—Buenas noches —la saludó César, que exhibió el torso desnudo frente a ella.

Sancha lo observó en silencio. César pudo hacerse una idea de lo que pasaba por su cabeza. Su marido, el pequeño Jofré, era un crío de poco más de quince años, un muchacho insolente, sin modales. Frente a ella había un hombre de verdad, un señor de las altas esferas de poder.

—Tenía intenciones de hablar con Su Eminencia —advirtió ella con las manos sobre el regazo.

César hizo un gesto elegante con la mano y señaló la bañera, como si aquel fuera el único despacho que tenía disponible.

Sancha lo miró un instante, y fue suficiente para que César sintiera que ardía en deseos de yacer con ella. Lejos de amedrentarse ante aquel juego afilado, la dama pareció aceptar el desafío y lentamente se liberó de su capa. Luego quitó los broches de su vestido y de su faldilla, hasta desnudarse por completo frente al cardenal, que la miraba impasible. Como una ninfa de un tiempo perdido, hundió los pies en el agua sin hacer ruido y bajó la escalinata como lo que era, una auténtica princesa del Renacimiento.

César la recibió y rodeó su cintura con sus brazos. Ella cruzó los brazos por su cuello. Estuvieron un rato mirándose a los ojos sin hablar, pegados el uno junto al otro, sin más ruido que el que hacía el agua al salpicar en la superficie.

—Su Eminencia dijo que deseaba hablar conmigo —murmuró Sancha.

César hundió la boca en su cuello.

—Tenemos mucho que discutir —afirmó el joven cardenal.

Sancha se dejó acariciar.

Tras un instante, César acercó más su cintura y sintió que entraba en ella. Sancha le devolvió un gesto de sorpresa y abrió ligeramente la boca, ahogando un gemido de placer, pero ninguno de los dos hizo nada más que mirarse a los ojos. César necesitaba descubrirla, necesitaba perderse en el laberinto de su alma y sentir la emoción de sus labios. Así, poco a poco, aproximó su boca. Sancha probó los labios gruesos de César, que la besó con el ardor de un amante desesperado.

Ambos eran jóvenes, y sus cuerpos eran hermosos, Dios los había dotado de gracia y de belleza para el deleite del placer y de las emociones. César quería amar sin reparo, que el fuego que crecía en su interior se elevara al cielo como una llamarada, sin censura ni ley que se lo prohibieran. Hicieron el amor varias veces hasta la madrugada. Cuando el agua se enfrió y César le ofreció un paño para secarse, quiso besarla una última vez, pero ella lo evitó.

—¿Volverás mañana?

Sancha estrujó su pelo antes de sacudirlo. Luego se secó el cuerpo, sin responder a su pregunta. Su silencio expuso muchas cosas, algunas que César no quería escuchar. Cuando por fin estuvo vestida, lista para partir, César la contempló desnudo.

—Debería saber Su Eminencia que soy una mujer casada —declaró—. Esto ha sido un hermoso sueño.

—No me importa —insistió César—. Quiero que vuelvas.

Ambos se miraron a los ojos. Luego Sancha le dijo en su oído:

—Entonces es justo que sepáis que no sois mi único amante —repuso, y le besó la mejilla.

César sintió que sus palabras le ardían como una tajadura sobre la piel. Sancha evitó su mirada. Aquella dama era como su madre, dueña de sí misma. Volvió a enfundarse su capa y su capucha antes de salir de la estancia sin volverse a mirarlo.

A la mañana siguiente, César desmontó de su corcel y se deleitó con el aroma a flores que le trajo la brisa en la espléndida viña y que le trajo el recuerdo amargo de Sancha y de la noche anterior. El palacio era lujoso, pero el mayor logro no era su arquitectura, sino su jardín. Cuidado y lleno de especias de distintas partes del mundo, su madre se ocupaba de que su belleza fuera evocadora, y, para eso, hacía uso de fuentes y de esculturas entre la naturaleza, como una muestra del inexorable paso del tiempo.

Un mozo se hizo cargo de la montura. César se quitó los guantes de camino a la entrada. Había sido anunciado, y su anfitriona no tardó en aparecer. Vannozza Cattanei era una mujer que a sus cincuenta y cinco años mantenía la belleza intacta en sus gestos y en su postura. Elegante y poco dada a la sonrisa, esperaba de sus hijos siempre la excelencia. Compartía la vida con su segundo marido, Carol Canali, pero mucho antes había sido la amante de Rodrigo de Borgia y le había dado a sus cuatro hijos más ilustres: Juan, César, Lucrecia y Jofré.

César sabía cuánto había amado su padre a Vannozza. La relación de ambos había cambiado con el tiempo, y compartían una gran amistad. Vannozza había envejecido y no estaba para los juegos que proponía su padre. Su madre se había convertido en una figura de renombre, como pocas mujeres. Pero en una mujer con poder, en definitiva, alejada del amor platónico e infantil de las jóvenes amantes de su padre. César comprendía que el papa buscara ahora otro tipo de compañía y de diversión.

Con astucia e inteligencia, Vannozza había sabido gestionar la riqueza de sus maridos y de su gran amante, el papa, durante sus años de relación. En todos esos años, la dama acumuló docenas

de locales, casas y palacios en Roma, en todos sus distritos. En algunos, podía decirse que era la dueña de toda la calle. Con estas propiedades había hecho tabernas, posadas, albergues para peregrinos, hoteles y palacios de lujo para la aristocracia. Vannozza no necesitaba de ningún hombre para vivir rodeada del mayor lujo: le bastaban las rentas de su propio imperio comercial. Así, en silencio, se había labrado una auténtica fortuna con sus propias manos.

En Roma era conocida por ofrecer fiestas con invitados de renombre, príncipes y cardenales. Vannozza disfrutaba del amor en todas sus vertientes. Además, era amante del arte y una fastuosa mecenas. Para la Cattanei, que había empezado desde abajo, no existía ni un solo rincón de Roma que se le escapara o en el que no tuviera influencia.

César le dio tres besos en las mejillas, como de costumbre. Luego su madre besó su anillo cardenalicio.

Acudía a su casa en busca de consejo.

—Demos un paseo —ordenó Vannozza, y cogió su brazo.

A continuación, César le habló de la situación del pontificado y de las guerras de familia de los Borgia. Su madre estaba enterada por otras fuentes de todo aquello que su hijo relataba, pero aun así quiso escucharlo con atención. Luego César le confesó el asunto del Toscano. Vannozza no varió la expresión de su rostro. Luego le aseguró de que no era la primera vez que un homicida trataba de intimidar a Rodrigo, su padre.

—Creo que los motivos del Toscano son los mismos que los de cualquier enemigo de nuestra familia. Alguien que busca debilitar al pontificado.

—¿En quién piensas? —quiso saber su madre.

Los ojos de César brillaron ligeramente.

—En el mayor enemigo de padre.

—Tiene muchos.

—Pienso en su mayor rival en el Colegio Cardenalicio.

—Giuliano della Rovere. Todos piensan en Savonarola —dijo Vannozza.

César asintió con un ligero gesto.

—Creo que Della Rovere ha conspirado con Giovanni Sforza, el esposo de Lucrecia, y que el Sforzino trabaja para él.

—¿Lo has seguido?

—Estoy en ello —respondió César.

—Bien, no lo pierdas de vista —le ordenó su madre—. Veré si puedo hallar algo con respecto a Della Rovere. Aunque dudo mucho que alguien de su categoría utilice métodos tan rústicos. Giuliano della Rovere es un hombre mucho más directo y sensato que el Toscano.

—Estoy seguro de que el Toscano ordena y algún malhechor de la ciudad hace el trabajo sucio. Me temo que sea el propio *Sforzino*.

Vannozza miró a su hijo un momento.

—Sé lo que te ha pedido tu padre que hagas con Giovanni Sforza.

—Es política.

—No, son los caprichos de tu padre. Ahora le viene bien una nueva alianza con Nápoles. Ha llenado el vaticano de la hueste aragonesa y se vanagloria de la amistad del Gran Capitán. Pero, como siempre, sus decisiones las han de pagar las mujeres de esta familia. Espero que algún día tengan el valor de dejar a Lucrecia en paz. Yo, por suerte, estoy a salvo de las garras de Rodrigo.

César no quiso hablar más de ese tema.

—¿Cuidas de tus hermanos? —le preguntó Vannozza después en tono autoritario. Su madre era así, directa y, la mayoría de las veces, seca.

—Eso intento.

—Bien —afirmó Vannozza—. Siempre he creído que eras tú el mayor de los cuatro. Mucho más lúcido que Juan. Tu familia te necesita, César. Tu padre te necesita.

El cardenal no dijo nada y su madre lo tomó de las manos.

—He pensado mucho en los motivos del Toscano —le explicó César—. Sé que padre no quiere involucrarme en aquel asunto; hasta ha hecho una comisión para que se encargue y yo quede liberado de ese cometido. Pero me preocupa, madre. Siento que hay alguien ahí cerca, acechándonos. No descansaré hasta encontrarlo y acabar con todos nuestros enemigos.

—Tu padre no te lo ha pedido.

—¿Acaso es necesario que lo haga? Debo proteger a la familia. —César miró a su madre a los ojos—. ¿Sabrías decirme algo de un sitio al que llaman «palacio de los príncipes»?

—A veces el enemigo está frente a ti —murmuró sin comentar nada más—. No lo ves ni lo percibes, porque tienes la vista orientada a la lejanía. Mira a tu alrededor. Tal vez ese Toscano esté más cerca de lo que piensas. Ten mucho cuidado donde pones los pies.

De pronto sintió nostalgia, y su corazón se llenó de tristeza. Recordó la vida en el palacio de su padre, los días junto a sus hermanos y su madre. Pudo ver, en su recuerdo, a Rodrigo besando la frente de Vannozza, agradecido, como si fuera el hombre más dichoso del mundo. Vannozza era el amor de su vida, no cabía duda. Maldito fuera el paso del tiempo, que borraba para siempre, con su monotonía, los signos del amor.

Su madre pareció percibir ese sentimiento y lo miró con frialdad.

Aquellos que percibían el olor a peligro escapaban de Roma. La atmósfera se había enrarecido, todos hablaban de todos a sus espaldas y nadie reconocía saber nada en público. El silencio era el arma más preciada. La corte del papa y la curia siempre había sido así, mezquina, ruin, codiciosa. César tenía a muchos informadores trabajando para él, y no quería que su presa se le escapara de ningún modo. Giovanni Sforza era un tipo listo, pero también sabía olisquear el peligro como una rata, la amenaza al acecho. Era cuestión de tiempo que tratara de huir.

En Roma, las campanas marcaban la medianoche cuando pidió a los pajes y al ujier de armas que se marcharan de su apartamento. El palacio estaba en silencio, como un castillo abandonado, y el eco de los pasos de los criados se oyó hasta en la lejanía. Los pasillos fríos y vacíos estaban llenos de puertas gruesas que daban a suntuosos apartamentos como aquel, donde se escribían con intrigas y conspiraciones las páginas ocultas de la historia de la Iglesia.

César giró la llave de la puerta y recorrió la estancia con la mirada. Al final, sentado en la cabecera de una larga mesa de mármol, estaba su hermano. Los candelabros pintaban el rostro de Juan como en un claroscuro. César, que amaba a su hermano, no pudo evitar pensar en las palabras de su madre. «*Siempre he creído que eras tú el mayor de los cuatro*». Habían compartido toda la infancia juntos, habían aprendido a competir entre ellos, a medirse, a encontrar el límite a las cosas. Rodrigo de Borgia siempre se cuidó de que crecieran como lobos de una misma manada. Y una manada fuerte tenía lobos feroces. Todos a una, pasara lo que pasara. César tenía que dar con la manera de sacar lo mejor de él. El desastre de Bracciano había demostrado que no estaba capacitado para tácticas de guerra ni para la toma de plazas. Juan Borgia era lo opuesto al Gran

Capitán. Todavía le escocía oír que se refirieran a él como gonfalonero, le parecía que se mofaban de su familia. Un general de la Iglesia debía ser un campeón y vestirse de victorias. Ver a su hermano en aquella situación, débil, incompetente y risueño —incapaz de comprender del todo la significancia de aquella derrota—, lo llenaba de furia.

—¿Recuerdas cuando padre, antes de ser papa, era vicecanciller y vivíamos todos juntos, bajo el mismo techo? —Juan permanecía con la mirada perdida—. Qué felices éramos. Madre era como la loba que cuidaba de su manada, siempre atenta, estricta y salvaje con nosotros. Y padre era nuestro baluarte, afectuoso y cercano. Nunca se separaba de nosotros.

—Siempre seremos familia, Juan —esgrimió César, cortante—. No importa quién nos ataque.

Entre ellos hablaban un idioma propio, fabricado con los años. Era un lenguaje íntimo, uno que mezclaba palabras y frases del valenciano, el romano y el castellano.

—He hecho lo que me has pedido, César, he hablado con el cardenal Ascanio —señaló Juan —. He arreglado un encuentro con él.

César alzó las cejas.

—¿Cuál ha sido su reacción?

—En parte se lo esperaba —comentó Juan—. Dijo que veía bien hablar con nosotros, que somos jóvenes lúcidos —repitió—. Cree que de algún modo podremos persuadir a padre para que le devuelva a Sforza la confianza. Son días en los que todos desconfiamos de todos. A cambio, nosotros recibiremos de su parte protección.

César guardó silencio, mientras sopesaba aquella información.

Muchos ojos estaban puestos en la familia Sforza y, sobre todo, en el Sforzino. Era la pieza clave sobre el tablero. Bastaba con fijarse en los movimientos a su alrededor para descubrir quiénes estaban detrás y desenmascarar sus intenciones. César estaba seguro de que su pista lo conduciría al Toscano. Aunque tenía una vaga idea sobre quién podía estar detrás de aquella figura, debía confirmarlo. La teoría más tentadora era la de que fuera Giuliano della Rovere, enemigo de su padre, pues tenía razones más que de sobra para intentar acabar con el pontificado de Alejandro VI, convocar un nuevo cónclave y ocupar su lugar.

—El viejo Ascanio sabe jugar —masculló Juan.

—Como todos —advirtió César.

—Quiere que nos reunamos en su palacio —anunció Juan—. Ofrecerá una cena en nuestro honor y sellaremos una nueva alianza con su familia.

—Excelente. —César se puso en pie—. Avisa al capitán de la guardia, ese Diego de Paredes, y a Miquel Corella. No iremos a ese encuentro tú y yo solos. Temo que me corten la cabeza.

César se aproximó a la mesa, pero no se sentó.

—¿Dónde vas? —se interesó Juan.

—Nos espera Corella. Quiero ver el palacio de los príncipes. ¿Sabes algo de eso? Juan borró la sonrisa.

Poco después, ambos hermanos se enfundaron en sendas capas negras y salieron de la ciudadela del Vaticano.

15

Patio de armas de Sant'Angelo

El alférez echó un vistazo a un grupo de sus escaladores que permanecían sentados en una escalinata y lo lamentó por ellos. Aquel paréntesis en la guerra era perjudicial. Llevaban semanas detenidos en Roma, ociosos, sin más labores que las de pasar unas horas de entrenamiento táctico junto al resto de los mercenarios recién reclutados. Rueda sabía que sus hombres no eran profesionales del oficio, eran gentes de toda condición que habían acabado en la guerra y que habían ganado cierta experiencia, pero nada más que eso. Era consciente de que la misión que le había encomendado su capitán don Gonzalo era una tarea envenenada, pues los infantes corrían el riesgo de salirse de la obediencia y de la disciplina. Roma tenía muchas distracciones. Bastaba con descubrir sus barrios al amparo de la noche para encontrar una ciudad plagada de juego y de placer.

Rueda vio aparecer a don Gonzalo montado en su caballo, en compañía de otros capitanes y oficiales. Venían listos para partir. La escuadra de escaladores se puso en pie para despedir a su general. Gonzalo se aproximó a Rueda y estrechó su mano.

—Nos vamos a Bracciano —anunció, y echó un vistazo a sus hombres.

Rueda le devolvió un gesto lleno de preocupación.

—No te fíes de los Orsini.

Gonzalo confiaba en sus posibilidades.

—Nuestra fama nos precede. No querrán declararnos la guerra.

—Esperemos que vaya todo según lo previsto —comentó Rueda.

—Olvida tus preocupaciones, Alfonso. El papa te necesita. Su Santidad me ha pedido de tu consejo para las reformas de las defensas de esta fortaleza. ¿Dónde está el capitán de la guardia?

Rueda le resumió las últimas acciones de Diego de Paredes y Tristán. Ambos continuaban con su investigación, y las indagaciones los conducirían al norte, a Florencia. El papa y la comisión presionaban. Todo el mundo se mostraba ansioso por encontrar a un culpable cuanto antes. Mientras, el hermano de Diego, Álvaro, que cumplía las funciones de sargento, estaba al frente de la guardia y ayudaba a Alfonso en la formación de las tropas.

—Bien; estoy seguro de que Tristán acabará su cometido —expuso Gonzalo, convencido de ello—. Arreglaremos este asunto en el norte y regresaremos lo más pronto posible para marchar sobre Rocaguillerma.

Alfonso sabía lo mismo que él, que Rocaguillerma era el último reducto fiel al rey de Francia en todo el reino de Nápoles. Sus gobernantes se negaban a aceptar la autoridad de Fadrique y de los aragoneses, confiados en la posición geográfica de su bastión. Rocaguillerma se alzaba en lo alto de una colina, al filo de un desfiladero. Gonzalo de Córdoba sabía que sería una plaza difícil de tomar, por no decir imposible, por lo que tendría que agotar todas las alternativas de negociación.

Rueda pareció pensar lo mismo que él.

—¿Debería enviar alguna partida de reconocimiento?

Gonzalo hizo un gesto afirmativo.

—Haz lo que creas conveniente, confío en tu buen hacer. Cuanto antes tomemos Rocaguillerma, antes llegaremos a Nápoles. El rey Fadrique nos aguarda.

—¿Y Sicilia?

A Gonzalo se le iluminó la mirada.

—Ahí, en su sitio —respondió con una sonrisa.

Alfonso pocas veces lo veía sonreír.

—He sido nombrado virrey de Sicilia —reconoció su amigo con cierta humildad antes de regresar a su gesto serio—. Debemos reorganizar el territorio, discutir con los barones, tratar el tema de los impuestos e impartir justicia. Nápoles, Calabria, Sicilia… Son tantos los reinos desangrados por la guerra… Francia ha hecho mucho daño.

Rueda sabía por medio del embajador español, Garcilaso de la Vega, y por el cardenal Carvajal que los reyes de Castilla y Aragón habían solicitado el regreso de Gonzalo de Córdoba con su hueste a España. Sin embargo, vistos los planes de su capitán, estos requerían de un año, al menos.

—¿Y qué pasará con la vuelta a casa, pues? —quiso saber.

Gonzalo desvió la vista unos momentos hacia la plaza y se detuvo en la escuadra de escaladores, los héroes de Laurino.

—Terminaremos con nuestro trabajo, Alfonso. Cuando un soberano reniega de gobernar, otras fuerzas tienden a ocupar ese poder. No podemos permitirnos que en Sicilia reine el desconcierto. Debemos hacer las cosas bien.

Rueda alzó las cejas.

—Sus Majestades no apreciarán ese retraso, Gonzalo —le recordó su compañero—. Sabes a lo que te enfrentas.

—Yo tampoco aprecio la tardanza de sus pagas para quienes se juegan la vida por sus reinos —manifestó el capitán con frialdad.

—Aunque sea cierto, ¿crees que está bien soltar un rapapolvo a un rey?

—No es la primera vez que Fernando de Aragón nos desprecia de ese modo o ignora decisiones basadas en el honor. ¿Crees que habría aceptado que su hueste viniera hasta Roma para liberar Ostia y ayudar a un Borgia? Hablamos del papa, de la cabeza de la cristiandad. Esto debería estar fuera de toda discusión. No estoy dispuesto a ser utilizado como un instrumento político contra sus enemigos. Un caballero debe tener el valor de hacer lo que cree correcto, sin importar las consecuencias. Es tan simple como eso.

Rueda puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Eres demasiado noble, Gonzalo. Esto traerá problemas.

—Bienvenidos sean —esgrimió el capitán fríamente, y se apartó de su compañero para regresar a su montura.

Alfonso lo vio alejarse hacia las puertas principales de Sant'Angelo. Llevaban tres años de guerra, y comenzaban a pesar sobre sus hombros el cansancio y la decepción. Las victorias se disfrutaban de manera efímera, la fama y la honra servían para el nombre, sin embargo, un vacío en el interior permanecía en el corazón de los hombres que detestaban la violencia. Tanto Gonzalo de Córdoba como él no volverían de Italia siendo los mismos.

Convento de los huérfanos, Roma

Diego nunca había estado en el convento en el que se alojaba Jimena. Ser el capitán de la guardia abría muchas puertas, y mucho más si iba con su arnés completo y una espada en el cinto. Recordó el día que habían encontrado a la chica, en el camino de Arguisuelas, y pensó en el modo en el que le había cambiado la vida a Jimena. Aquel sitio estaba lleno de críos. Muchos acabarían tomando las órdenes menores, otros serían criados o pajes de la Iglesia. Otros volverían a vagar en la Roma más cruel de los bajos fondos.

Un fraile lo acompañó hasta un atrio y allí vio a una docena de chicas hablando en corrillos. No tardó en reconocer a Jimena, que se acercó a él en cuanto lo vio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven.

—He venido a ver cómo estás.

—No se está tan mal. Tengo una celda y me dan de comer.

A continuación, la muchacha le habló de su rutina diaria, de cómo trabajaban los frailes. Jimena, junto a otras chicas, se ocupaba de labores de limpieza y de ordenar las celdas. También le contó que muchos niños se iban y que nunca regresaban, y otros nuevos aparecían y se renovaban las caras. Todos compartían las habitaciones, pero separados, los niños y las niñas. Los mayores, como ella, hasta los quince años, dormían en dormitorios aparte. Luego eran expulsados del convento si no encontraban alguna ocupación.

Tras un rato, Jimena lo miró.

—Me obligan a cumplir todas las horas de rezos y, además, tengo que trabajar. Todos deben cumplir la norma.

Diego anduvo con ella unos pasos y se sentó en una piedra en el patio.

—Te dan de comer, chica. Eso es lo importante.

—Preferiría mil veces ser tu escudera —respondió la chica—. A veces pienso que habría aprendido más en la guerra contigo.

Diego alzó las cejas.

—El señor al que sirvo me ha pedido que prepare un viaje al norte. A Florencia. Tal vez podrías venir conmigo.

Jimena se encogió de hombros.

—¿Y qué haré después con mi vida?

—Solo Dios lo sabe, chica —respondió Diego con frialdad—. Yo solo te ofrezco una salida. Acostúmbrate a vivir el día a día. Pronto cumplirás catorce años.

—Trece —corrigió ella, y se mantuvo con aire pensativo—. María me prometió que en este

sitio se ocuparían de mí, pero nunca mencionó cómo era en realidad.

—¿Y qué es exactamente?

—Un infierno donde nos obligan a repetir la norma.

Diego no comprendió lo que le quiso decir, pero dejó pasar el tema. No pudo quitarse de la cabeza la imagen de María, la extremeña.

—¿Qué pasa con María? ¿La has visto?

Jimena vaciló, y Diego se dio cuenta de que trataba de ocultarle algo.

—¿Qué sucede?

—No puedo decirlo.

Diego apretó los dientes, molesto.

—Te he hecho una pregunta.

La chica dudó unos instantes y luego bajó la mirada hacia el suelo.

—Ella… se aloja aquí también.

A Diego le cambió el semblante. Había pasado días tras ella, sin ninguna pista. Ahora le pareció lo más obvio del mundo. Ella misma había recomendado a Diego llevar allí a la chiquilla; por supuesto que conocía el sitio.

—Quiero que me digas dónde está.

Jimena guardó silencio unos instantes.

—Al otro lado de este pasillo está el atrio de los monjes. Suelo verla vestida con un hábito marrón. A veces viene a mi celda y charlamos unas horas. Por favor, no digas que te he dicho nada.

Diego la observó.

—No lo haré, puedes estar tranquila.

Se despidió de ella y recorrió el lugar. Cruzó el pasillo y más allá distinguió el segundo atrio. El patio porticado daba acceso a una serie de estancias. Algunos monjes pasaron por su lado y se extrañaron al ver a un hombre de armas en el convento. Diego decidió rodear el patio. Anduvo en silencio, y, por un momento, solo se oyó el eco de su armadura en el claustro. Su paso firme resonaba sobre la piedra. Echó la vista a varias estancias hasta que fue a dar a una capilla. Dentro, encontró a un grupo de monjes rezando.

Diego decidió permanecer en la entrada.

Cuando acabaron el rezo, uno a uno se levantaron y desfilaron frente a él en dirección hacia el claustro. Diego recordaba el cuerpo de María de Sánchez tras aquella noche en el palacio de los príncipes. Los monjes iban encapuchados y a ninguno se le veía el rostro. Cuando pasó el último, Diego echó un vistazo nuevamente hacia el patio. Entonces descubrió que uno de ellos se giraba para verlo.

Era la extremeña.

—¡Eh! —le gritó.

La mujer, vestida con el hábito de monje, corrió por el patio hacia una de las habitaciones. Diego deshizo la distancia que lo separaba en cuatro zancadas, mientras los prelados dejaban escapar voces de asombro ante aquella mole de acero. Diego llegó justo para bloquear con el brazo la puerta y conseguir abrirla del todo. La mujer trató de impedirlo en vano. El impulso la echó hacia atrás, y a poco estuvo de perder el equilibrio y caer al suelo.

—¿Qué quieres de mí?

Diego cerró la puerta a su paso y desenvainó una daga.

—Descúbrete la capucha, mujer.

La extremeña hizo lo que le pidió.

—Me has encontrado. Yo he cumplido con mi palabra. He protegido a la chica. ¿Qué más quieres de mí?

Diego se acercó, sin dejar de apuntarla con el cuchillo, y con la otra mano la cogió del cuello con violencia.

—Vas a venir conmigo y vas a decirme todo lo que sabes.

Apartamentos de la guardia pontificia, palacio apostólico

Diego la empujó a través del umbral de una de las estancias y la mujer se fue de bruces al suelo. María se arrastró, tratando de ponerse en pie, y fue hasta una de las esquinas de la habitación. Entre tanto, Paredes cerró la puerta con llave. A continuación, cogió una silla y se sentó frente a ella. Esgrimió la daga de forma amenazante.

—No vas a matarme —masculló ella, rabiosa—. No te atreverías.

Diego la miró sin mostrar signos de compasión.

—Créeme que lo haré si no me sirves de ayuda, mujer.

—Tanto da —soltó ella—. Me matarán de cualquier modo. Tanto si hablo como si no lo hago. Pero tú y tus cojones extremeños han tenido que venir a echarlo todo a perder. Maldigo el día en que te parió tu madre, trujillano de mierda.

Diego disfrutó de sus palabras como de una caricia.

—¿Quién está detrás de los mensajes del Toscano? —soltó.

—¿El Toscano? —espetó María—. ¿Cómo coño voy a saberlo?

—No me obligues a hacerte daño —le advirtió Paredes.

—Te he dicho que no sé nada —sostuvo la extremeña—. No soy más que una marioneta de los Borgia.

Diego clavó sus ojos oscuros en ella.

—¿Por qué no quisiste hablar conmigo esa noche, la de nuestro encuentro en el palacio de los príncipes? —la acusó—. ¿Por qué desapareciste luego?

Los ojos de María brillaron de pura rabia contenida.

—Lo hice para protegerte, ¡estúpido!

—¿Protegerme de quién? —bramó Diego.

—¡De toda Roma! —gritó María—. ¿Es que no te das cuenta? Eres el capitán de la guardia, necio. ¿Sabes acaso cuántos enemigos tiene Rodrigo de Borgia? Hay hombres muy poderosos, cardenales, príncipes y aristócratas, hombres cuyo nombre ni siquiera sabes, a los que no les importaría cortar la cabeza del capitán de la guardia por puro placer o por prestigio. Hay un juego de poder mucho más grande que tú y yo ahí fuera.

—¿Por qué trabajas para esa gente? —quiso saber Paredes.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Morirme de hambre? Tenía que encontrar la manera de abrirme paso en esta ciudad.

—Y para eso te has tenido que convertir en la puta de Roma.

María lo fulminó con su gesto.

—No te atrevas a juzgarme. Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo, desgraciado. Y sí, soy una cortesana, es lo que se me da bien. No todo el mundo ha tenido la suerte de nacer con una polla entre las piernas y la habilidad de blandir una espada.

Diego estuvo en silencio durante un instante sin apartar la vista de ella.

—Conoces bien al papa. ¿Qué es lo que quiere?

María no respondió. Diego pareció perder la paciencia. Rápidamente envainó la daga. Se levantó como una bestia, fue hasta ella y la cogió del cuello con violencia. María trató de zafarse en vano, y hubo un forcejeo. Se asfixiaba. Diego la sostuvo unos instantes antes de soltarla. La mujer dejó escapar lágrimas de sufrimiento con las manos apoyadas en el suelo.

—Si te lo digo, me matarán —susurró al borde del llanto—. Y a ti también.

Diego volvió a sentarse en la silla.

—No temo a la muerte.

María estaba harta de Roma, harta de sentirse amenazada. Parecía dispuesta a confesar. Tosió e hizo un esfuerzo por recuperar el aliento.

—El papa juega con varias máscaras —susurró—. Busca la manera de aliarse con Francia otra vez.

—¿Con Francia?

Diego no comprendía mucho acerca de la política, pero, sin embargo, sabía que el papa acababa de aliarse con el Gran Capitán. El hecho de buscar una alianza con Francia significaba que jugaba sucio a espaldas de sus aliados.

—Solo quiero encontrar a ese que se hace llamar Toscano —reconoció Diego—. Sé que no puedo hacerlo sin tu ayuda. Así que sí, tienes razón. No voy a matarte.

María se incorporó y se sentó con la espalda apoyada en la pared.

—¿Por qué? ¿Qué tengo que ver yo en todo esto?

—Conoces la corte. La conoces mejor que nadie.

María guardó silencio unos momentos.

—¿Y qué gano yo si te digo lo que sé?

—¿Qué es lo que quieres?

—Ducados de oro.

—Serás recompensada, tienes mi palabra —insistió Diego—. ¿Quieres oro? Me encargaré de que el papa te cubra de ducados. Además, tendrás la protección de mi espada y de toda la guardia pontificia.

María esbozó una sonrisa amarga.

—¿Crees que tus alabarderos pueden con todo?

—¿Qué es «todo»?

La extremeña por fin habló, y lo hizo con claridad. Le resumió parte de los conflictos a los que se enfrentaba la Iglesia. Después de tanto tiempo en la corte compartiendo el lecho con el propio papa, María había aprendido rápido acerca de los asuntos diplomáticos. Le habló de las guerras de familias nobles entre Roma, Milán, Venecia, Nápoles y los Estados Pontificios. Italia se debilitaba en guerras intestinas mientras los turcos acechaban en el Adriático. En el sur, el rey Fadrique no se fiaba de Rodrigo de Borgia y en el norte, Savonarola lo atacaba desde Florencia. Mientras, el resto de las potencias, como Castilla, Aragón, Francia, Inglaterra o el Sacro Imperio

se mantenían expectantes ante la siguiente jugada que estaba por sucederse en el tablero de Roma. Después del primer intento de Carlos VIII de Francia y de la guerra del Gran Capitán en Nápoles, todos parecían haber comenzado nuevamente desde el inicio. Entonces María le explicó cuál era el verdadero plan de los Borgia.

—El papa ha recibido una propuesta del rey de Francia para aliarse y unirse a su causa. Para ello, casará a uno de sus hijos, tal vez Juan, el gonfalonero, con alguna noble francesa. El papa muestra varias caras, créeme lo que digo. Mantiene las alianzas con Milán y con Nápoles, incluso con Venecia o España, hasta que llegue el momento oportuno de enseñar sus cartas. Es un jugador. Ansia, por encima de todas las cosas, que su hijo Juan gobierne su propio estado, sometiendo a todos los vasallos de los Estados Pontificios bajo su yugo. Así dará forma a un linaje Borgia en Italia mientras su hijo César se convierte en su sucesor en el trono de la Iglesia. Ese al que buscas debe de estar al tanto de esto. Quizá sea una de sus motivaciones.

—¿Alguien más lo sabe?

—Son confesiones de cama de mucha gente —dijo María—. Dudo que alguien más lo sepa aparte del propio papa.

Diego asintió con seriedad y estuvo unos instantes sopesando aquella información.

—¿Qué pasa con Giovanni Sforza? —indagó después—. En la corte no deja de haber rumores acerca de él.

—Ni el papa ni sus hijos se fían de él —reconoció la mujer—. El esposo de Lucrecia ha hecho méritos para que duden de su lealtad. Me han pedido que lo espíe. En la corte lo llaman «Sforzino». Creo que los Borgia buscan la manera de quitárselo de en medio y casar a Lucrecia con el hijo del rey Fadrique de Nápoles, Alfonso. Tal vez sea eso, o quizás sea porque dudan de sus intenciones y las de su tío, el vicecanciller Ascanio Sforza, quien ya traicionó al papa en una ocasión. El papa cree que los ataques del Toscano apuntan a los Sforza.

Diego la observó con detenimiento.

—En su día, creyó que venían de los Orsini.

María se pasó una mano por el rostro.

—Es todo cuanto sé.

Diego se puso en pie.

—¿Quién te ha pedido espiar a Sforza?

—Fueron dos personas —respondió—. Una de ellas fue el papa. El otro es un anónimo. Creo que es el mismo que buscó mis servicios para el palacio de los príncipes. Porta siempre una máscara blanca.

—¿Un enmascarado? ¿No has visto su rostro acaso?

—No, simplemente me pagó una pequeña fortuna y yo me di por satisfecha —repuso María —. Fue él quién me ofreció hospedarme en el convento de los huérfanos.

Diego se llevó una mano al mentón.

—¿Y por qué ese individuo iba a querer espiar a Giovanni Sforza?

—Muchos otros lo hacen —sostuvo María.

—¿Otros como quiénes?

—César Borgia —respondió la mujer—. Tal vez lo haga por su hermana simplemente o porque conoce alguna pista que lo conduzca a sospechar de los Sforza con respecto al asunto del Toscano.

En la habitación se hizo un silencio. Diego tenía mucho en lo que pensar. Lamentó que no estuviera presente el chico, Tristán de Rueda. Él sabría aconsejarlo.

—¿Y de las víctimas del Toscano? —insistió Paredes—. ¿Sabes algo?

María alzó las cejas.

—Niccoló Valtieri era un humanista y un teólogo reputado —explicó la extremeña—. Solía dejarse ver por la Secretaría Apostólica. Sin embargo, no todo es lo que se ve a la luz del día. Todos esos hombres guardan oscuros secretos.

—¿Qué quieres decir? ¿Se dejaba ver por el palacio de los príncipes? —continuó Diego.

—Yo nunca lo vi, pero dicen que era uno de los grandes príncipes —afirmó María—. También cuentan que tuvo varios hijos ilegítimos, nada fuera de lo común en esta Roma corrupta. Sin embargo, se sabe que tuvo un hijo con una esclava guineana a la que conoció en Ostia.

—¿Una negra?

—Se llevó a la guineana a vivir a su palacio y vivió en el pecado. Al poco tiempo, como era de esperar, la preñó. Aquel niño mestizo nació en el palacio apostólico en silencio, y sin ser bautizado lo dejaron en el convento de los huérfanos, sin siquiera tener un nombre. Dicen que la guineana desapareció en las aguas del Tíber esa misma noche. Fue un pequeño escándalo en la corte, uno más de los muchos secretos que suceden en estos pasillos. Poco después, aquella criatura sería la primera víctima del Toscano.

Diego miró a María a los ojos, sorprendido.

—¿Valtieri era su padre?

—Pocos lo saben —afirmó la mujer—. Yo lo sé porque me lo confesó uno de los cardenales en la corte.

—¿Quién de ellos? —quiso saber Diego.

—El cardenal Sensi —respondió María.

—¿Y del resto? ¿Qué sabes del cardenal Giuliano?

—Era un hombre gordo, conocido por su gusto por la buena cocina. Dicen que cuando murió no había en Roma ni un solo ataúd que pudiera contener su cuerpo —recordó—. No, él nunca fue al palacio de los príncipes. No tiene ninguna relación con Valtieri, y creo que tampoco con Virginio Orsini, si es lo que te preguntas.

Diego no dijo nada más. Se dirigió a la puerta.

—Espera —lo instó María—. ¿Qué pasará conmigo, entonces?

—Te quedarás en estos apartamentos —ordenó Paredes—. Estás bajo mi custodia.

A continuación, abrió la puerta y regresó a la sala principal.

María se quedó contemplando el umbral abierto y la luz de la chimenea al otro lado, derramada sobre el mármol. Había apostado por un bando y por confesar todo lo que sabía. Se preguntó entonces si sobrevivirían a las garras de la corte y de aquella ciudad despiadada.

Palacio de la Cancillería

Esa misma noche César y Juan acudieron al palacio de Ascanio Sforza en compañía de una escolta de veinte caballeros, entre ellos, Diego de Paredes, Miquel Corella y Ramiro de Lorca.

También iban Álvaro de Paredes y algunos de los infantes de la escuadra aragonesa, con Alfonso y Tristán de Rueda a la cabeza. Era el final de la primavera y la noche era cálida y agradable. César sintió que sería capaz de invadir Francia con aquella compañía de hombres de armas.

La comitiva cruzó el puente de Sant'Angelo y continuó por la calle hacia el palacio de la Cancillería. Cuando por fin cruzaron el arco hacia el patio interior y admiraron la arquitectura y las columnas de las tres plantas, César miró a su hermano, y ambos tuvieron el mismo pensamiento. Aquella había sido la casa de su infancia. Eran miles los recuerdos que atesoraban César y Juan en ese patio junto al pequeño Jofré y su hermana, Lucrecia. César desvió la vista hacia la balconada donde acostumbraba a ver a su madre, Vannozza. En su lugar encontró al vicecanciller Ascanio, que hizo un gesto cortés con la mano para saludarlo. César desmontó y sus botas crujieron sobre la arcilla.

—Paredes —llamó a Diego—. Quiero a gente aquí en el patio, en las escaleras y en la balconada del piso de arriba. Tú, Lorca y Corella entraréis en el salón con nosotros.

Diego, que empezaba a manejarse bien en la corte, entendía que, aunque César Borgia no fuera su superior, era el «sobrino» de Su Santidad, lo que significaba que le debía la misma lealtad que al papa. Su deber era proteger a todos los miembros de su familia. El cargo de capitán de la guardia pontificia no era otro que el de condotiero de una casa nobiliaria, en este caso, de los Borgia.

—Se hará como ordenéis, excelencia —respondió el capitán, lacónico.

Cuando César se alejó hacia las escaleras, Diego se volvió hacia Álvaro, que estaba junto a los españoles de la escuadra, los de la guardia y Tristán.

—Repartid a los hombres y estad atentos ante cualquier cosa —le ordenó, y luego se giró hacia el muchacho—. Sube y quédate con el grupo de la balconada. Quiero que estés lo más cerca de la puerta.

—De acuerdo, ahí estaré —señaló Tristán.

—Alférez —llamó Diego a Rueda—. Vos y mi hermano permaneced en el patio con el resto de la escolta.

Ambos se mostraron de acuerdo.

Diego no podía quitarse de la cabeza el círculo rojo dibujado en el suelo de una de las capillas de San Pedro. A pocos días de marcharse a Florencia, no quería ningún tipo de problema con ninguno de los hijos del pontífice. Aquella misión encargada por el propio cardenal César Borgia era un asunto envenenado.

Los hermanos Borgia se adelantaron.

César se reunió con su hermano Juan en la escala de mármol. Arriba, en el salón principal, se encontraba el cardenal Sforza junto a otros amigos ilustres de la aristocracia romana. El motivo de aquella visita estaba claro. Pese a la ofensa de los Borgia por acusar a un Sforza de impotencia, las familias hacían un acercamiento para rebajar la tensión y alcanzar una negociación.

Los Sforza y sus allegados saludaron a los Borgia con fingida cortesía. Frente a ellos se extendía una mesa larga y lujosa, ricamente ornamentada. Un mantel de lino, con bordes cosidos con hilo de oro, exhibía una vajilla de plata y copas de cristal. El cardenal Ascanio había reservado los mejores vinos de sus viñedos del norte para la ocasión. Los comensales —casi una veintena— tomaron posiciones, con Sforza en la cabecera, y empezaron a salir toda clase de platos.

Pronto, la noche se enrareció.

—Vuestra familia duda de la hombría de Giovanni Sforza, señor de Pesaro —expuso uno de los invitados de Sforza.

—Por algo lo llaman «el Sforzino» —le recordó Juan, con gracia, pero nadie rio.

—El cardenal Ascanio es, además, obispo de Pesaro. Tal vez pueda él mismo determinar si es válida esa acusación.

—El papa validará esa acusación, y será el Tribunal de la Rota quien dictamine —lo atajó César.

El vicecanciller alzó una mano para que se detuvieran.

—Amigos, por cortesía hemos venido a renovar nuestra amistad —inquirió Ascanio Sforza con un gesto con la copa—. Tengamos la noche en paz.

Muchos hablaron a la vez.

—Por lo que cuentan, habéis renovado a las tropas pontificias —le comentó uno de los invitados a Juan, al otro lado de la mesa.

Juan asintió con arrogancia.

—Hemos duplicado las fuerzas de la Iglesia —respondió—, y hemos recibido ayuda de las escuadras del Gran Capitán.

—Bueno, tampoco habrá sido difícil sustituir a las tropas después de lo sucedido en Bracciano —opinó un noble, haciendo alusión a los ochocientos lansquenetes caídos, y algunos en la mesa no se molestaron en disimular la risa.

Juan guardó silencio, ofendido.

Ante su actitud, se alzaron las voces.

—Se diría que, con su última campaña, la Iglesia se encuentra a salvo bajo la protección de nuestro victorioso gonfalonero —comentó el mismo hombre, para echar más leña al fuego. La mesa entera estalló en risas.

Juan se puso en pie con brusquedad, harto de aquella mofa.

Todos guardaron silencio, aunque no escondieron las sonrisas. César trató de disuadir a su hermano, en vano, con un gesto elegante.

—Juan…

—No es necesario discutir —manifestó Ascanio Sforza con una media sonrisa hacia el duque de Gandía—. Estamos entre amigos, Juan.

Juan Borgia barrió la mesa, presa de un odio incontrolable.

—La Iglesia se encuentra a salvo gracias a nuestra familia —masculló entre dientes antes de dar un puñetazo sobre el mantel—. Deberíais arrodillaros y darnos las gracias a los Borgia por echar a los franceses de Italia y por no borrar del mapa a los Sforza, traidores por naturaleza, y dejar que sigáis cogiendo nuestras sobras.

Se hizo un silencio mortal. Sus palabras quedaron flotando en el aire como un humo denso. A continuación, aquel noble que lo había desafiado con su comentario volvió a tomar la palabra.

—¿Dar las gracias a quién, decís? —espetó con malicia—. ¿A nuestro papa, lujurioso y libertino, o a sus hijos ilegítimos…? Perdón, «sobrinos», he querido decir. Ay, sobrinos. ¿No es acaso lo que se dice cuando alguien es hijo de un cura y de una prostituta?

Juan Borgia lo miró con estupor, incapaz de creer que alguien hubiera sido capaz de decir una cosa como aquella. En la sala se había hecho el silencio, y tan solo se sucedió un intercambio de

gestos cómplices. Juan miró a su anfitrión. Ascanio Sforza, que, dada la situación, debería haber defendido el honor de su invitado, se mantuvo en silencio, con severa rigidez y una mano sobre la otra, mientras contemplaba al duque de Gandía, como si esperase a que este respondiera a la pregunta anterior. César se dio cuenta de que aquello había sido orquestado para debilitarlos.

—Capitán Paredes —exigió César con voz firme—. Prended a este hombre y llevadlo preso a Sant'Angelo.

—¡Corella! ¡Lorca! —les ordenó Paredes a gritos.

Diego cruzó la mesa y echó una ojeada a los pajes y criados que estaban detrás del sujeto para que se apartaran. Ninguno de ellos se atrevió a enfrentarse al capitán de la guardia, que iba con su arnés completo.

—En pie —rugió Diego, y al ver que el hombre no hacía caso, lo cogió de la casaca y lo levantó casi sin esfuerzo ante la incredulidad de los invitados.

César se había puesto en pie junto a su hermano y miró a Ascanio Sforza.

—Ningún hombre tiene permitido ofender al gonfalonero de la Santa Madre Iglesia. Este encuentro ha terminado.

El cardenal se quedó en silencio, sentado sobre su asiento, sin protestar.

Paredes sacó de allí al noble a empujones y los Borgia abandonaron la sala y, poco después, el palacio. César comprendió, con aquella situación, que en la corte no se guardaba ningún tipo de respeto a su padre. Mucho menos a su familia. Si ellos pensaban así, ¿qué podían esperar del Toscano? Había llegado la hora de responder a sus enemigos con contundencia.

Aquel noble insolente, que había vivido bajo la protección de los Sforza, no llegaría nunca a ver las mazmorras de la fortaleza. A la mañana siguiente amanecería con una soga al cuello, colgado del puente de Sant'Angelo con el rostro desfigurado, obra de Miquel Corella. Su cuerpo se balancearía rígido sobre las aguas del Tíber como un péndulo que marca la hora de la muerte.

Un mensaje para los Sforza.

Una advertencia al Toscano.

16

Apartamentos de la guardia pontificia, palacio apostólico

Junio de 1497

Aquella noche cálida de Roma, el rostro dulce de María respiraba con tranquilidad cuando el extraño la acarició con el dorso de sus dedos. La extremeña dormía sobre el lecho de una de las habitaciones del capitán de la guardia y su cabello ondulado se derramaba sobre las sábanas, así como el perfume de su piel. El desconocido portaba un hábito negro de su orden y su rostro estaba enteramente cubierto por las sombras. Se hallaba al borde de la cama, contemplando la belleza íntima de su cuello y de sus hombros al descubierto. Observaba a María como una pieza de mármol, acariciando la línea de su contorno, como si estudiara la anatomía con la que el artista había creado aquella obra de arte.

—*Non habent loqui* —murmuró con un hilo de voz. «*Ellos no deben hablar*». El hombre. La mujer. Ambos morían por la boca. Eran las palabras las que envenenaban.

A continuación, extrajo de su túnica un elixir de color ámbar. Susurró unas palabras, que bien pudieron ser un rezo o un sortilegio. Procedió a abrir el frasco con cuidado. Estaba presto a cumplir su cometido frente a aquella mujer, que, como tantos otros, representaba todo aquello contra lo que luchaba. Era necesario purgar a aquellos que veneraban lo contrario al pensamiento del maestro. Acercó el frasco a los labios de la mujer con delicadeza.

En ese momento, Diego de Paredes, que hacía la guardia en el diván frente al lecho, abrió los ojos de súbito, como si una fuerza sin nombre lo empujara al combate. Despertó con los cinco sentidos en alerta. Al instante, contempló una figura oscura agazapada junto a la cama, como un demonio con sus alas recogidas. Le pareció una mancha enorme de humo suspendida en el ambiente. Sin pensarlo, blandió la daga que tenía bajo la manta y se abalanzó sobre él como un animal.

Antes de alcanzarlo, el sujeto lo vio venir y se zafó con unos reflejos pasmosos. El elixir cayó al suelo, sin romperse, antes de tocar la boca de María, que abrió los ojos con un grito. Diego cayó junto al lecho y se revolvió como un felino para enfrentarse al desconocido en el siguiente movimiento. Antes de que eso sucediera, el monje se había perdido por el umbral hacia la sala principal.

—¡Tristán! —gritó Diego con rabia.

Al otro lado de la sala, el joven había despertado con un sobresalto con el grito de la extremeña. Entonces vio surgir a la figura de negro, como un reflejo de la muerte. Acostumbrado a dormir como vigía, tardó un solo instante en sentirse despierto. Esgrimió la daga y se enfrentó a él.

El encapuchado desvió su ataque y, a continuación, lo golpeó en el rostro. En ese instante apareció Paredes en la sala. El trujillano le lanzó una tajadura mortal. El desconocido lo esquivó con una finta y le golpeó en la cara con el antebrazo, con tal fuerza que fue capaz de aturdido. Diego salió despedido directamente hacia el suelo de mármol. Mareado e indeciso, sintió que le acababa de dar con un brazalete de cuero con remaches de acero. Pronto su nariz empezó a sangrar a mares.

Con sus dos adversarios fuera de combate, el monje abrió la puerta del apartamento y desapareció hacia los pasillos del palacio.

Tristán se levantó como pudo y corrió tras él. Oyó a sus espaldas que Paredes se incorporaba a duras penas, cogía su espada y lo seguía.

Tristán deshizo el pasillo hasta la siguiente intersección. Tuvo la suerte de verlo hacia el final de un corredor que iba a parar a un enorme ventanal abierto de par en par. Sus vistas daban a la plaza frente a la basílica. A lo lejos, la ciudad de Roma se extendía hasta sus murallas en el horizonte. El encapuchado corrió hacia el final mientras sus ropajes flameaban como llamaradas oscuras y las telas se estiraban en el aire como los dedos huesudos de un cuerpo sin vida. Cuando llegó al alféizar, se subió al borde.

A continuación, se lanzó al vacío.

—¡No! —gritó Tristán, con desespero.

Alcanzó la cornisa sin aliento y se dio cuenta de que, desde esa altura, era un salto fácil hacia el tejado de la planta inferior. Vio perderse al encapuchado en la lejanía a través de los techos del palacio. Sin tiempo a pensárselo, Tristán dio un salto y cayó sobre las tejas de terracota, partiendo dos o tres al caer con brusquedad. Corrió a por él a través del techo inestable de aquella galería.

La luz de la luna daba forma a las cosas en aquella noche extraña.

Tristán se apresuró y le vio bajar una pendiente de tejas a toda velocidad. Iba directo hacia la cornisa. Entonces el sujeto se dio un impulso y, con un salto inverosímil, cayó y rodó sobre las tejas del edificio que estaba enfrente.

—Hay que joderse —masculló Tristán, agitado.

Había visto a muchos hombres huir y a otros tantos escalar, pero ninguno como aquel sujeto, que era ágil, fuerte y extremadamente veloz. No estaba dispuesto a perderlo de vista. Corrió como alma que lleva el diablo, y de la misma forma puso un pie en la cornisa y se dio un tremendo impulso. Aterrizó al borde del otro edificio, con medio cuerpo en el aire.

—Mierda —masculló, mientras se daba fuerza e impulso y conseguía subir al tejado. Rápidamente se puso en pie y ascendió por la pendiente hacia el otro lado. El extraño escaló una torre, pegada al palacio, a través de los salientes y las balconadas y tomó la dirección que lo conducía hacia las murallas de la ciudadela del Vaticano. Tristán corrió y subió la torre en tres movimientos certeros. Llegó a la siguiente altura y no detuvo la persecución. El sujeto alcanzó las murallas del Vaticano, cercanas a la puerta del Santo Peregrino, y allí tenía preparada una cuerda. Descendió en menos de un suspiro. Cuando Tristán cogió la soga, le dio tiempo a verlo correr y perderse por las callejuelas del Borgo.

Tristán bajó con la cuerda por la pared vertical y corrió por la callejuela por la que se había internado el sujeto. Giró en una esquina y alcanzó a verle abrir la tapa de la alcantarilla e internarse en las profundidades de la ciudad. Más por orgullo que por valentía, Tristán fue a por él. Se aproximó al hueco, oscuro como la boca de un lobo. No había escaleras ni nada que ofreciera un punto de apoyo. Tampoco sabía la altura a la que se enfrentaba. Era una simple abertura tétrica y sombría. Podía oír el ruido de un riachuelo que discurría bajo sus pies y percibir un intenso olor a humedad y podredumbre. Cuando se dispuso a bajar, una mano lo sujetó del hombro y lo detuvo.

Era Paredes, que lo había alcanzado por otro camino.

—No —lo atajó, casi sin aliento.

—¡Puedo cogerlo! —Esgrimió Tristán.

Paredes volvió a negarse.

—Esos pasadizos conducen a las cloacas de la ciudad —señaló—. Es un laberinto y un nido de maleantes. Ese sujeto conoce por dónde va. Nosotros no.

A regañadientes, Tristán no tuvo más remedio que acatar su orden.

Desvió la vista a las profundidades y creyó percibir un rostro que lo observaba cauteloso en la oscuridad. Quizá fuera todo su imaginación. La oscuridad parecía atraerlo. Tristán se hubiese visto arrastrado de no haber estado Paredes, que, con un empellón, cerró la tapa y el eco metálico cruzó la callejuela solitaria. Tristán contempló a su compañero y se dio cuenta de que, a sus espaldas, en la pared de la vieja calle, había un símbolo tallado en la roca. Era la cabeza de un demonio.

Despacho del cardenal Carvajal

Tristán, como Diego, no creía que los indicios pudieran señalar a los Sforza como posibles sospechosos. Sin embargo, dado lo acontecido la última noche en el palacio de la Cancillería, ambos comprendieron que cualquier cosa era posible. Por otro lado, eran numerosas las noticias que llegaban desde Florencia. El caos había hecho saltar por los aires a los Médici. La idea de que aquellos ataques vinieran de parte de Girolamo Savonarola se mantenía. El Toscano escribía en lengua florentina y el sujeto que los había atacado la noche anterior vestía un hábito de monje, de la misma forma que Tristán lo había visto aquella noche en el Castillo dell'Ovo.

—No podemos apartar ninguna posibilidad —comentó Diego con la vista en el pequeño frasco que contenía el elixir del Toscano.

—Desde luego que no —respondió el cardenal Carvajal.

Se encontraban en el despacho de este último, en la Secretaría Apostólica, sentados alrededor de su escritorio ancho, lleno de documentos y de breves. A su lado, el cardenal Sensi guardaba silencio, visiblemente afectado ante el relato de Tristán y Diego y ante aquella revelación.

Durante un momento se hizo un silencio. Tristán tomó la palabra.

—A veces ocurre que lo más evidente suele ser la verdad.

Diego se giró a mirarlo.

—Sabias palabras de un joven escudero —reconoció el cardenal.

—Quiero decir —continuó Tristán— que es evidente que el fraile florentino continúa

atacando al papado y lanzando discursos en contra de Su Santidad. Si lo que dicen es cierto y ha sido capaz de crear tal caos en la ciudad de Florencia, ¿por qué no iba a alimentar el odio de un grupo de radicales y a atacar al papa en su propia curia? Le bastaría con aliarse con alguna de las familias poderosas contrarias a los Borgia.

Sensi se cruzó de brazos y lo miró sin decir nada.

—El papa mantendrá la guerra entre sus vasallos hasta encontrar a aquellos que lo hostigan —les recordó Carvajal—. Es necesario poner fin a esto.

—¿Qué hacemos entonces? —inquirió Tristán.

Carvajal cogió el frasco con el elixir de color ámbar oscuro.

—Si supiéramos de qué está hecho este brebaje, estaríamos más cerca de ese sujeto. —Volvió la vista al capitán de la guardia y al joven escudero—. ¿En qué estado se encuentra la protección del papa?

—Ningún hombre puede acercarse a él —explicó Paredes—. Hemos doblado la vigilancia en Sant'Angelo y los hombres están bajo el mando de Alfonso de Rueda y de Álvaro de Paredes. El papa tiene instrucciones de permanecer las próximas semanas en la fortaleza.

—No pasará mucho antes de que quiera salir de allí. Alejandro VI es un hombre que necesita sentirse libre —se quejó Sensi.

—Cierto es —afirmó Carvajal—. Eso nos deja poco margen.

Tristán y Diego se miraron y luego asintieron.

El cardenal Carvajal varió su gesto, que se ensombreció de pronto.

—He recibido una respuesta del taller de Della Croce —expuso con preocupación—. El maestro Jacopo ha fallecido. Que Nuestro Señor lo tenga en su gloria.

—Dios —profirió Diego con una mano sobre el rostro.

—Una discípula ha enviado la carta y dice que está dispuesta a colaborar en su nombre.

Sensi los interrumpió.

—¿Cómo podemos estar seguros de que esa mujer posee los conocimientos necesarios para servirnos de ayuda?

—No podemos saberlo —repuso Carvajal.

—La encontraremos igualmente —zanjó Diego.

—¿Dónde está? —quiso saber Tristán.

Carvajal se mostró preocupado.

—Ese es el problema. Dice que ha recibido una invitación para formar parte de la corte de la dama de Ímola, Caterina Sforza. La discípula se encuentra en la fortaleza de Ravaldino, en Forlì.

—¿Y cuál es el problema? —quiso saber el capitán Paredes—. Vamos a Forlì, obtenemos la información y viajamos a Florencia. En menos de una semana estaremos de regreso en Roma.

—Nadie puede saber que hacéis este viaje —insistió Sensi.

—¿Por qué razón? —preguntó el capitán.

—Porque Caterina Sforza es una súbdita del pontífice y forma parte de esa lista de señores rebeldes dentro de los Estados Pontificios —le explicó Tristán—. Mejor dicho, es una enemiga declarada del papa. No creo que le haga gracia saber que el capitán de la guardia pontificia y su escudero acuden a su casa a por cierta información.

—La madre que me parió… —murmuró Diego.

—Capitán, se lo ruego —lo atajó Sensi.

—En Ravaldino no pueden saber que viajáis desde Roma u os tomarán como rehenes —sostuvo Carvajal—. Debéis partir a Forlì cuanto antes. Os daré una carta en mi nombre para que os reciba esa mujer. Tomad esta cantidad de dinero, os costeará el viaje. —El cardenal les dio una bolsa de monedas—. Es importante que la discípula estudie el elixir con detenimiento. Permaneced junto a ella hasta que termine su estudio.

—¿Cuál es su nombre? —se interesó Tristán.

—Violante, y se apellida como su maestro, siguiendo la costumbre.

Cuando estaban a punto de salir, Tristán sacó de su bolsillo un pergamino. Él mismo había hecho un dibujo.

—¿Qué es esto? —preguntó Sensi.

—Tal vez no sea nada —señaló Tristán—. Es la cabeza de un demonio tallada en la piedra de una calle del Borgo. La encontramos frente al hueco de la alcantarilla de la cloaca. Tal vez os diga algo.

Carvajal cogió el dibujo y lo examinó. Intercambió una mirada con su compañero de comisión. Sensi, en cambio, no pareció preocupado.

—Roma está llena de ornamentaciones de otras épocas, hijo. Docenas de palacios e iglesias tienen símbolos como este. Lo más seguro es que no signifique nada relacionado con lo que buscamos. Id con Dios.

San Pietro in Vincoli

César y Juan arribaron a la casa de su madre, Vannozza Cattanei, que los esperaba con expresión fría. Los saludó a ambos con tres besos en la mejilla y los acompañó al interior de su palacio, donde se congregaban sus invitados. La dama estaba al tanto de todas las disputas de sus hijos y conocía las intenciones de cada una de las piezas del tablero en el que contendían.

César cogió su mano y la besó. Estaba atento a lo que veía.

—¿Qué noticias traes? —Vannozza miró a su hijo con seriedad.

César se acercó a ella y le habló en tono confidente.

Aquella misma semana, su padre había otorgado a su hermano Juan los señoríos de Terracina y Pontecorvo, a pesar de la oposición y las protestas del Colegio Cardenalicio y del embajador español, Garcilaso de la Vega, dada la cercanía de aquellas tierras con los territorios de Calabria, en posesión de la Corona de Aragón. Además, el papa había investido a Juan Borgia como nuevo duque de Benevento. César se arriesgaba mucho, desde luego, pero no conocía a un hombre que lo hiciera tanto como su padre. Todas aquellas decisiones venían como consecuencia de lo sucedido en el palacio de la Cancillería y del desafío de la familia Sforza y servían, además, como un pulso frente a los reyes de Castilla y Aragón, Fernando e Isabel, recientemente nombrados por el papa Reyes Católicos. Fernando quería influir en la política italiana a través de sus embajadores, pero no lo iba a tener fácil.

Su madre lo escuchó con atención y luego guardó silencio unos instantes.

—Rodrigo busca dar con una vía alternativa para la familia y desligarla de cualquier monarquía —le explicó Vannozza con agudeza—. Los Borgia alcanzarán la gloria por su cuenta, con un príncipe fuerte como Juan y un hermano sucesor al trono de San Pedro. O sea, tú.

César miró a su hermano, que hablaba en un corrillo con un grupo de cortesanos. Con un gonfalonero fuerte, cesaron las mofas y las dudas ante lo que dictaminaba el duque de Gandía y de Benevento. A los Borgia no les había bastado con asesinar a aquel noble aliado de Ascanio Sforza y colgarlo del puente de Sant'Angelo. El papa acababa de otorgar a Juan más títulos nobiliarios. No tenían miedo de exponerse en público y mostrarse como lo que eran: la familia más fuerte de Roma.

—Rodrigo arriesga demasiado —comentó Vannozza—. Habrá un momento en el que pierda el poder absoluto del Colegio Cardenalicio. Al menor traspié, sus enemigos se abalanzarán como buitres. ¿Sabes algo del Gran Capitán y su negociación con los Orsini?

—Lo único que sabemos es que sus tropas han llegado a Bracciano. Los Orsini querrán firmar la paz, podría apostarlo. No se atreverán a mostrarse arrogantes ante Gonzalo de Córdoba.

—¿Y qué noticias hay del Sforzino?

—Suele dejarse ver en el palacio de los príncipes —informó—. Juan y yo tratamos de averiguar si es cierto que Giovanni Sforza está detrás de los ataques.

Vannozza alzó el mentón y se quedó mirando a su hijo mayor junto a aquel desconocido.

—Puedo asegurarte que no —manifestó su madre—. Recuerda, César: los Sforza ansían el poder, pero son débiles e inseguros. Siempre lo han sido. Jamás se atreverían a asesinar a un papa.

César no parecía estarían seguro de ello.

—¿De dónde piensas que provienen los ataques del Toscano entonces?

—De la curia, naturalmente —advirtió su madre sin vacilar—. Es alguien del Colegio Cardenalicio.

—¿Un cardenal?

—Tu padre te ha dado otras instrucciones. Ya tiene una comisión secreta que se encarga de estos asuntos. No metas la mano donde te la puedas cortar.

César la vio alejarse entre los invitados, entre saludos y sonrisas impostadas.

Aquella noche, tras la cena y la velada, Juan y César regresaron al Borgo con toda la comitiva y la escolta, en silencio. César iba escoltado por Miquel Corella y Ramiro de Lorca. Durante el trayecto, no pudo evitar pensar en el Toscano y en los consejos de su madre. Pero sin los Sforza en el tablero, entonces su teoría se venía abajo. Si Giuliano della Rovere estaba detrás de aquella conspiración, debía contar con la ayuda de un brazo ejecutor en Roma, y quién mejor que Ascanio Sforza, un cardenal que ya había demostrado que era capaz de traicionar al pontífice por su familia o por una causa. Si no era Sforza, ¿quién estaba detrás?

La escolta se detuvo al inicio del puente de Sant'Angelo. Hacía una noche espléndida de mediados de junio y la luz de la luna se reflejaba sobre las aguas del Tíber como en un fresco. Juan se acercó a su hermano César.

—Yo no iré al palacio, podéis seguir vosotros —anunció Juan.

—¿A dónde vas? —quiso saber César.

Juan señaló una callejuela, con un gesto.

—Iré a resolver algunos asuntos privados —insistió con una sonrisa maliciosa.

—De acuerdo —respondió César con expresión seria, pues no estaba para juegos—. Pero no quiero que vayas sin escolta. Corella, tú y cinco hombres.

El gonfalonero detuvo a Corella con un gesto. Luego le mostró a su hermano la espada en el cinto que portaba bajo su capa.

—No tienes de qué preocuparte, César. Haré algo que te sorprenderá.

—¿Tiene que ver con el Sforzino?

Juan esbozó una sonrisa enigmática.

El duque de Gandía se alejó al trote por las callejuelas de Roma, en dirección a la plaza Navona. Miquel Corella sugirió seguirlo, pero César se negó. Quería confiar en Juan y darle la oportunidad de demostrar que podía hacer lo que se propusiera sin la intervención suya ni la de su padre. Tenía que dejarlo actuar por su propia cuenta.

Sin embargo, César se arrepentiría toda su vida de aquella decisión.

Apartamentos de la guardia apostólica, palacio apostólico

Tristán entró en la alcoba y despertó a Diego con una sacudida. Paredes lo cogió del jubón con violencia y lo tumbó en el lecho, al tiempo que apoyaba la daga con la que dormía, bajo la almohada, a la altura de su cuello. Tardó un instante en despertar del todo y darse cuenta de que era su compañero.

—¿Qué ocurre? —espetó con voz ronca.

—Tenéis que venir, capitán —lo llamó el chico, sin aliento.

Los apartamentos de la guardia estaban ocupados por la escolta de Ramiro de Lorca, lugarteniente del cardenal Borgia. El capitán de la guardia pontificia apareció vestido únicamente con las calzas y el torso al desnudo. Junto a Lorca, estaba el cardenal Carvajal, que miró a Paredes con expresión preocupada cuando lo vio venir. Diego, al ver la conmoción en los rostros de los hombres de armas, imaginó el peor de todos los escenarios.

—¿El papa?

—Su Santidad se encuentra a salvo en sus aposentos en Sant'Angelo —lo informó el cardenal.

Paredes respiró aliviado.

—Acompañadnos, capitán —lo instó Lorca—. El papa os aguarda en sus estancias de la fortaleza.

Poco después, Diego salió de los apartamentos, vestido con su arnés completo, en compañía de Tristán y de Carvajal. La comitiva de alabarderos dejó el palacio apostólico a toda prisa en dirección a la fortaleza. Cruzaron a paso ligero el *passetto di Borgo*, un corredor elevado como un pequeño acueducto que unía el Vaticano con la fortaleza de Sant'Angelo.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber el capitán de la guardia—. El duque de Gandía ha desaparecido —informó Tristán—. Se ha avisado a la guardia del castillo para que rastreen toda la ciudad.

—¿Cuándo se le vio por última vez? —preguntó Paredes.

—Ayer por la noche —respondió esta vez Carvajal—. Estaba en compañía del cardenal Borgia. Ramiro de Lorca fue testigo. Regresaban de San Pietro in Vincoli y el duque decidió tomar otro rumbo.

Accedieron a la fortaleza de Sant'Angelo y cruzaron los tres anillos de guardias que habían previsto Alfonso de Rueda y Álvaro de Paredes para los alabarderos pontificios. En lo alto del castillo se encontraban los nuevos aposentos del papa, una serie de estancias lujosamente

decoradas y amuebladas que contaban, además, con una sala para audiencias y una biblioteca. En aquel lugar, Diego recordó cuando el papa lo había puesto de rodillas y lo había investido capitán de la guardia. Ahora aquel recuerdo le parecía lejano. Si Paredes no era capaz de cumplir con su cometido, que no era otro que proteger a la familia del papa, poco tiempo les iba a quedar a él y a su hermano en Roma.

La sala de audiencias de Sant'Angelo estaba abarrotada de secretarios, guardias y consejeros. Según las informaciones, el duque no había regresado a sus aposentos como de costumbre. Rodrigo de Borgia hizo su aparición y no se molestó en tomar asiento.

Sus hombres de armas se reunieron en torno a él.

—Haced todo lo necesario para dar con el gonfalonero —ordenó el papa—. Poned la ciudad patas arriba si hace falta; en nombre del pontífice de la cristiandad y del obispo de Roma, quiero a todas nuestras tropas desplegadas por la ciudad en busca del duque. No dejéis rincón, palacio ni casa sin registrar. Id al palacio de la Cancillería y exigid la ayuda de los Sforza. Haced lo mismo con el resto de los palacios cardenalicios. Quiero ver al duque de Gandía antes del anochecer.

Rápidamente, cada uno fue a cumplir con su cometido.

Diego se giró a Tristán.

—Busca a Rueda y que reúna a su escuadra y espere órdenes —le pidió—. Me temo que las cosas van a ponerse feas.

—He oído rumores —señaló Tristán.

—¿Qué clase de rumores?

—Hay quien dice que el duque de Gandía se dejaba ver por el palacio de los príncipes —reconoció el escudero.

Diego se mantuvo con aire pensativo. Sant'Angelo era un ir y venir de soldados y secretarios de un sitio a otro.

—Que Alfonso de Rueda reúna a los aragoneses y escoja treinta voluntarios.

Vamos a hacer una visita a ese sitio.

Las horas pasaron.

La escuadra de Alfonso de Rueda se presentó en el palacio de los príncipes armada hasta los dientes, en compañía de Diego, Álvaro y Tristán y algunos de los españoles de la guardia, Vargas, Villalba y Zamudio. Echaron la puerta abajo y exigieron a los pajes a golpe de acero que les dejaran examinar el lugar. Recorrieron las estancias vacías y oscuras. Para su mala fortuna, no fueron capaces de encontrar nada. Ni una pista.

En la ciudad se vivieron escenas similares.

Todos los palacios de los cardenales fueron registrados, a veces con respeto por el cargo y con colaboración, y otras con violencia. Los guardias y las tropas pontificias hicieron uso de la fuerza y de su poder para buscar al duque de Gandía. Aquella noche extraña, algunos señores de familias aristócratas que pudieron pagaron sobornos a los capitanes y soldados que acudieron a sus casas. Hubo corrupción, tratos de favor, devolución de favores y pagos secretos. Nadie quería ser sospechoso. Nadie quería tener nada que ver con el asunto; suficiente guerra se vivía en Roma de continuo.

Los españoles regresaron al patio de armas de Sant'Angelo, sin ninguna información. La luna ya estaba en lo alto y las campanas de las iglesias de Roma marcaban que había pasado de la medianoche. Juan Borgia llevaba más de un día desaparecido, sin ninguna noticia acerca de su

paradero.

Diego estaba exhausto. Tristán, más de lo mismo.

El joven regresó a la estancia en la que estaban su padre, Alfonso de Rueda, con los hermanos Paredes y los españoles de la guardia. Traía un poco de vino y carne. Comieron en silencio hasta que vino un mensajero y entregó una nota a Paredes.

—«Ninguno de los escuadrones ha hallado nada en toda la ciudad» —leyó Diego para todos, y dio un puñetazo de frustración a la mesa. Una idea comenzaba a rondar en su cabeza, y no podía quitársela.

Se hizo un silencio en la estancia.

—Las guerras internas de esta ciudad son más crueles que toda la guerra de Nápoles a campo abierto —masculló Alfonso de Rueda—. Más ha costado atrapara un solo hombre en Roma que tomar veinte plazas en Calabria.

Algunos españoles sonrieron ante su ocurrencia.

—Pronto regresará el Gran Capitán y para vosotros estos problemas serán ajenos —comentó Álvaro.

—Tranquilo, Álvaro, que esta que ves aquí no es gente que se deja trabajos sin acabar —respondió Rueda.

Tristán se preguntó entonces qué haría en el caso de que regresara don Gonzalo. ¿Se quedaría a terminar su labor o, de lo contario, abandonaría su obligación y marcharía a Rocaguillerma con los aragoneses? ¿En qué lugar residía la frontera del honor?

La noche transcurrió sin novedades. Diego trató de conciliar el sueño mientras su mente pensaba en el viaje que había hecho hasta Roma y en las preocupaciones y responsabilidades que eso había significado. Luego volvió a recordar el cuerpo de María y se preguntó cómo habría sido su relación de haberla conocido en otras circunstancias, en otro lugar.

La noche transcurría y Diego volvió a divagar en sus preocupaciones más cercanas. ¿Qué pasaría con la guardia en caso de que el duque no apareciera? ¿Dónde se había metido Juan Borgia? Definitivamente el papa estaba rodeado de enemigos. Miró durante un instante a Tristán, el fiel escudero, que dormía con el ceño fruncido, antes de caer en un sueño profundo.

Al alba, Álvaro despertó a su hermano con una sacudida.

—Diego.

Su hermano abrió los ojos con la sensación de no haber dormido ni un padrenuestro y se sentó en el catre.

—¿Hay algo?

Álvaro asintió.

—Han encontrado un cuerpo.

Diego se puso en pie y se pasó las manos por el rostro.

—¿Dónde?

—Debemos ir a la iglesia de San Girolamo.

—¿Alguien más lo sabe?

Álvaro negó con un gesto.

—Ha venido un guardia con un pescador. Les he dicho que esperen fuera.

—Bien, avisa a Tristán y a Rueda.

Los cuatro salieron a caballo de Sant'Angelo con las primeras luces grises del alba. Apenas

habían dormido dos o tres horas. Diego sentía que estaba en otro mundo, ajeno a su cuerpo por culpa del cansancio. Aquel lugar estaba a tiro de piedra de la fortaleza. No tardaron en llegar a la iglesia llamada de San Girolamo degli Schiavoni. Cuando Diego se dirigió a la entrada, su hermano le señaló el río.

Estaban en un pequeño puerto fluvial llamado puerto de Ripetta. Se trataba de una playa con algunos embarcaderos en los que se acumulaban los sacos y las redes de los pescadores. Alrededor vieron algunas barcas y a algunos marineros de río que iniciaban su jornada. Todos parecían consternados. Los cuatro desmontaron y bajaron desde la calle hacia el puerto. Frente a ellos estaba el guardia pontificio que había hallado el cuerpo con una pequeña multitud que se amontonaba en torno a algo en el suelo.

—*Capitano* —lo saludó a Paredes con cara de circunstancias.

Diego y Tristán se hicieron sitio entre los hombres y contemplaron un cadáver sobre el embarcadero.

—Apartaos —ordenó Álvaro a los curiosos que se congregaron. Alfonso de Rueda pidió a la gente que se alejara de allí.

—Dios nos asista —rogó Diego.

Aquel desecho no era otro que Juan Borgia, duque de Gandía y gonfalonero de la Santa Madre Iglesia. Era un ataque directo al pontificado. Las consecuencias de su asesinato eran impredecibles.

Tristán se arrodilló y examinó el rostro del sujeto. Estaba violáceo, como si se hubiera ahogado, y tenía algunas manchas oscuras en la piel. Vestía con una casaca de piedras incrustadas, calzones y calzas de calidad. El joven escudero apartó los ropajes y dejó a la vista una bolsa de cuero en su cinto.

—Cógela —ordenó Diego a Tristán.

El chico la sacó y la abrió a la vista de todos.

—Hay más de treinta ducados de oro —observó, sorprendido.

—Desde luego, que era lo menos importante —sugirió Rueda.

Diego miró al capitán castellano y a su hermano.

—Alfonso, Álvaro —los llamó—. Id a por el cardenal Borgia. Hacedlo antes de que se corra la voz. Daos prisa.

Ambos montaron en sus caballos y se alejaron de regreso a la fortaleza.

Diego volvió a mirar el rostro del primogénito del papa. Tristán lo examinó y, con sumo cuidado, le abrió la boca. Bajo su lengua encontró un mensaje.

«V
Con tu pena y tu llanto, espíritu maldito, te dejo».

Diego se quitó la capa y cubrió el rostro del duque en señal de respeto.

—El Toscano tenía razón —dijo Tristán, lleno de frustración—. Nos lo avisó.

La quinta víctima era un Borgia.

La muerte del gonfalonero significaba muchas cosas. *Nadie está a salvo en la ciudad del papa, ni*

siquiera el capitán general de las tropas pontificias. NI siquiera su hijo predilecto. Si quien ostentaba el mayor cargo de protector de la Iglesia era asesinado frente al bastión de la cristiandad, ¿qué destino podía esperarle a Roma? Diego recordó la figura encapuchada en la oscuridad. Aquel hombre ágil y fuerte, dispuesto a asesinar a María para que no delatara todo lo que sabía. Jugaba con ventaja, conocía su ciudad y conocía a la curia. Ni Diego ni Tristán estaban dispuestos a rendirse.

III

«Avaccio sarai dove di ció
ti farà l'occhio la rísposta,
veggendo la cagion che 'l fiato piove».

(«Estarás muy pronto donde
tu ojo te dará respuesta,
porque verás de dónde sale el soplo»).

17

Despacho del cardenal Carvajal, Roma

El despacho estaba sumido en un silencio sepulcral, solo interrumpido por el ruido lejano de algún carro en la plaza de San Pedro. Las pesadas cortinas cubrían las ventanas y la luz de la luna apenas se filtraba. El aire se sentía denso y cargado, como si estuviera impregnado de una tensión palpable. El escritorio de madera oscura estaba cubierto de pilas de papeles y legajos. El suelo de mármol pulido y los muebles de madera tallada a mano contribuían a una sensación de lujo y elegancia.

Alfonso de Rueda y Álvaro de Paredes hicieron su entrada en el despacho y el paje que los acompañó cerró la puerta. Carvajal les ofreció con un gesto cordial que tomaran asiento. Esos días, Roma vivía en la confusión. Diego y Tristán se habían marchado a Florencia y tanto Álvaro como Rueda sabían que el cardenal no tenía más remedio que confiar en ellos en ausencia del capitán de la guardia y de su escudero. Muchas cosas habían sucedido desde la muerte del gonfalonero Juan Borgia. Roma y sus habitantes quedaron desprotegidos de la noche a la mañana. El papa, incapaz de hacer nada, guardó luto tres días sin salir de sus aposentos, sin comer y sin hablar con nadie. Entre tanto, se organizó la protección de Su Santidad con la guardia pontificia más ocupada que nunca.

Cuando Rodrigo de Borgia recuperó las fuerzas, prometió una reforma integral de la Iglesia. El asunto del Toscano había tocado fondo con la muerte de su hijo, y no estaba dispuesto a seguir con la partida ni un instante más. El papa quería poner fin a las guerras intestinas del Vaticano, a acabar con los privilegios y placeres temporales de los príncipes cardenalicios y a acabar de una vez por todas con el mal que asolaba a la casa de Dios. Pese a estas promesas, muchos de los que se consideraban sospechosos de la muerte del gonfalonero declinaron acudir a su funeral. Uno de ellos fue Ascanio Sforza, el vicecanciller, cuya ausencia habló por sí sola.

La comisión secreta seguía en pie, por orden del pontífice. El papa contentaba a unos y a otros. De cara al púlpito, pedía paz y perdón para todos y, a la vez, quería que los miembros del Colegio Cardenalicio supieran que enarbolaba bandera blanca. De puertas adentro, estaba dispuesto a todo con tal de encontrar la cabeza del Toscano y vengar la muerte de su hijo predilecto. A la espera del regreso del Gran Capitán de Bracciano y de su negociación con los Orsini, el papa había pedido a la guardia pontificia y a la escuadra de aragoneses que doblaran las guardias en Sant'Angelo.

—Siento las horas, señores —se disculpó el cardenal Carvajal. Observó un momento a Álvaro —. ¿Alguna noticia de vuestro hermano?

Este negó con un gesto. Rueda tomó la palabra.

—Comprendo que la situación es difícil en Roma, eminencia —comentó Rueda—. Quisiera recordaros que la escuadra aragonesa prestará servicio hasta el regreso de don Gonzalo de Córdoba. Después partiremos hacia el sur, a Rocaguillerma. Confío en que este asunto se haya resuelto entonces.

Carvajal alzó las cejas.

—Solo Dios domina los tiempos, alférez. Es lo que puedo deciros.

Se hizo un silencio en el que el alférez y el sargento de escuadra aguardaron a que el cardenal reordenara algunos documentos que tenía sobre la mesa.

—Ninguno de los dos pertenece a esta comisión secreta *defacto* —expuso Carvajal—. Sin embargo, estoy seguro de que estáis al tanto de las acciones que hemos realizado y de la misión que están llevando a cabo vuestro hermano y vuestro hijo. Si queremos terminar esto cuanto antes, os necesito.

Rueda y Álvaro asintieron. No había necesidad de ocultarlo. Aquella comisión era un secreto a voces.

—Estamos a vuestra disposición, cardenal —dijo Álvaro.

—Confío en vuestro honor —prosiguió Carvajal antes de devolverles una mirada cargada de preocupación. A continuación, se puso en pie y anduvo hacia un mueble. Buscó entre sus papeles y cuadernos. Cuando regresó a la mesa, ambos vieron un dibujo que traía en la mano—. ¿Veis esto?

Rueda lo examinó sin decir nada.

Carvajal continuó:

—La noche en la que el Toscano atacó los apartamentos de la guardia, Tristán lo persiguió hasta más allá de las murallas de la ciudadela, cerca del Borgo. Este es el demonio de piedra que vio tallado en la callejuela donde se escapó el monje.

—Un demonio —repitió Álvaro, y contempló el dibujo con detenimiento.

—Puede que no sea nada relacionado con nuestra investigación o puede que lo sea todo —añadió el cardenal.

Carvajal cogió un legajo de pergaminos muy viejos y que estaban atados con una cuerda. Los pasó uno a uno. Eran documentos pertenecientes a alguna cancillería antiquísima.

—Después de estas semanas de lectura, he investigado sobre este boceto y he encontrado esto en la biblioteca del archivo secreto. Se trata de un legajo sobre órdenes excomulgadas de hace trescientos años. Observad.

Carvajal estiró un pergamino hacia ellos, y vieron el grabado de aquel demonio tallado en piedra. Tristán les había narrado la noche de aquella persecución.

—¿Qué es esto? —se interesó Álvaro.

—Los primeros grabados de este demonio aparecen a finales de la época imperial y sugieren que se trata de un culto antiguo y que tiene raíces profundas en la historia de Roma.

—¿Qué clase de culto? —musitó Rueda.

Carvajal pasó los legajos con parsimonia. Los que tenía frente a él eran de época medieval. El cardenal trató de escoger bien sus palabras.

—Era un culto a los demonios, en especial, a Satanás —murmuró, y un eco frío llenó la estancia. El cardenal volvió a hablar tras una pausa—. Se les conocía como «la Orden de los Condenados». Los primeros acólitos creían que el mundo estaba dividido en distintos niveles de maldad y oscuridad, y que cada nivel estaba protegido por uno de estos espíritus impuros. Los miembros creían que podían conseguir el favor de estos y obtener así riqueza y poder. Se consideraban elegidos de la oscuridad, una élite que estaba por encima del bien y del mal y que buscaban la forma de escapar de su propia condena.

—¿De qué manera? —quiso saber Rueda.

—A través de un elixir —añadió Carvajal.

El alférez y Álvaro guardaron silencio unos instantes.

—¿Qué clase de rituales realizaba la orden? —intervino Álvaro.

—Misas negras y rituales oscuros en honor a estos espíritus caídos —explicó Su Eminencia —. He podido descubrir que en esta hermandad había miembros de la nobleza romana e incluso del clero, poco después de que el cristianismo fuera la religión oficial del imperio. Los condenados no creían en las ideas de Plotino ni en el neoplatonismo. Para ellos, el hombre era una creación de Dios. El hombre comete pecados y debe luchar por no caer en los infiernos, ni más ni menos. En ningún caso forma parte de un todo, porque no hay una parte suya que sea divina.

Álvaro se pasó una mano por el mentón.

—¿Creéis que esto puede tener algo que ver con el Toscano?

Carvajal se encogió de hombros.

—Es arriesgado pensar una cosa así, sin pruebas.

Carvajal guardó los legajos.

—Necesitamos alguna confirmación —apuntó Rueda.

—Tenéis toda la razón, alférez. He hecho un pequeño descubrimiento. Quiero que vengáis conmigo —respondió Carvajal.

La oscuridad se extendía a lo largo de las calles vacías como un manto siniestro. La ciudad estaba envuelta en una espesa niebla que dificultaba la visión a pocos pasos de distancia. En cada esquina parecían esconderse sombras, y los postigos de las ventanas daban la impresión de susurrar secretos inquietantes. Algunas fachadas ruinosas aparentaban ser edificaciones fantasmales bañadas por la luz pálida de la luna llena. En noches como aquella, eran pocos los que se atrevían a exponerse fuera del resguardo de sus casas.

Frente a la entrada de la alcantarilla, el cardenal Carvajal, cubierto con una capa, observó su cuaderno y luego contempló la figura del demonio sobre la piedra que estaba en el edificio. En ese instante, Álvaro salió de la abertura y subió nuevamente a la altura de la calle. Llevaba un pequeño farol en las manos.

—Nada —masculló con desilusión—. El túnel corre en línea recta por debajo de la calle y va a parar al río.

Junto al cardenal, Alfonso de Rueda frunció el ceño.

—¿Estás seguro de que no había otra vía? —le preguntó el alférez.

—Seguro como que Trujillo está en Extremadura.

Carvajal pasó las hojas de su cuaderno, llenas de anotaciones y bocetos. A continuación, anduvo por la calle sin dejar de revisar sus notas mientras Alfonso y Rueda lo seguían. El cardenal

dobló una esquina y se internó por un callejón. Un poco más adelante se detuvo frente a un portal ruinoso.

—Mirad —señaló.

Era una nueva cara. Otro demonio.

De tanto en tanto, Álvaro echaba la vista atrás, con la mano en la empuñadura. Rueda, por su parte, estaba ansioso, tenía la sensación de que en cualquier momento se les iba a aparecer una banda de saqueadores. Aquella era una misión compleja, y temía que se alargara en el tiempo. No estaba dispuesto a quedarse más tiempo del necesario al servicio del papa. Siguió al cardenal hasta el final de la callejuela y llegaron a un cruce de calles iluminado por la luz de la luna.

—¿Y ahora qué? —susurró Carvajal para sí, con la vista en sus bocetos.

Esta vez fue Álvaro quien la vio.

—Ahí —señaló.

En uno de los callejones había otra cara de un demonio. Todas iguales, esculpidas en la piedra. No tardaron en darse cuenta de que estaban siguiendo un recorrido. Anduvieron por aquellas calles viejas buscando los símbolos, hasta ser conducidos a la fachada de una vieja iglesia. Lo que tenía de diferente con el resto de las edificaciones era que la cara del demonio se encontraba justo por encima del capitel de las dos columnas frontales.

—¿Qué es esto? —preguntó Rueda, preocupado.

—Es una capilla abandonada —dijo Carvajal—. Puede que sea del siglo sexto, tal vez. Luego se le añadieron los ornamentos de esta fachada y las columnas que veis.

—Pues vamos allá —sugirió el trujillano.

Se aproximó a la puerta y tiró de ella sin éxito. A continuación, le dio un golpe con la fuerza de su hombro, pero la puerta no se movió.

—Álvaro, por aquí —señaló Rueda.

El alférez vio una ventana cerrada con unos tablones de madera, algunos podridos por la humedad. Los quitó uno a uno y se coló en el interior. Carvajal echó un vistazo a Álvaro.

—Yo os esperaré aquí.

El trujillano asintió y se subió a la ventana.

Rueda alzó el farolillo. Todo estaba cubierto por una capa de polvo y telarañas. La iglesia abandonada se hallaba en un estado de desolación y oscuridad. El silencio era tan profundo que era como si hasta los muros lo sintieran. La luz de la luna se filtraba por unos cristales rotos en lo alto, y trazaba sombras misteriosas en las paredes. El aire estaba viciado por el polvo y el moho acumulados durante años de abandono. Un frío húmedo se apoderaba del ambiente, envolviéndolo todo en una atmósfera de tensión y misterio. Las figuras de las estatuas religiosas, alguna vez veneradas por los fieles, parecían ahora grotescas y amenazantes, como si de algún modo se hubieran transformado en demonios.

—Paredes —murmuró Rueda al tiempo que iluminaba el suelo.

Observaron una hilera de huellas en el polvo.

El alférez echó la vista a la puerta principal y descubrió un madero que hacía de travesaño. Con la ayuda de Álvaro consiguió quitarlo. La madera de la puerta estaba vieja e hinchada y les costó abrirla poco más de dos palmos. Fue suficiente para que Carvajal pudiese entrar.

Anduvieron unos pasos por la nave central.

—Aquí hay algo raro —comentó el cardenal, con mala cara.

—¿Qué pasa? —inquirió Rueda.

—El Cristo —señaló Carvajal.

Delante de ellos, en el altar, el crucifijo estaba boca abajo.

Fueron hasta allí y el cardenal abrió el relicario. Un hedor nauseabundo llenó la sala.

—¿Qué es eso? —preguntó Álvaro con una mano en la boca.

—Un conejo muerto —sostuvo Rueda, al verlo.

Carvajal miró a su alrededor.

—La cruz invertida y el sacrificio de un animal son dos señales que simbolizan la adoración a Satanás —reconoció con voz sombría.

—Esto no lleva demasiado tiempo aquí —afirmó Rueda con la vista en los restos del conejo.

Carvajal anduvo unos pasos hasta la puerta junto al altar. Era una entrada pequeña, y sobre ella había un arco redondo de piedra. Era la sacristía. Quiso abrir, pero se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. Álvaro le echó un vistazo.

—Esta cerradura no es del siglo sexto —concluyó.

Sacó una daga, giró el pasador y la puerta se abrió. Rueda levantó el farol. Allí no había ninguna sacristía. Era una escalera larga y oscura hacia abajo. En ese momento, el alférez iluminó una de las paredes de la roca y encontró una inscripción en latín escrita en sangre oscura.

—«Quien entre aquí que abandone toda esperanza» —tradujo Carvajal.

Era una cripta. Las escaleras descendían hasta lo más profundo y se internaban en la tierra a través de un estrecho corredor serpenteante. A ambos lados había nichos tallados en la roca llenos de huesos y de calaveras. El aire frío y húmedo se colaba por los pasillos, iluminados por la tenue luz del farol que titilaba en la oscuridad. El eco de los pasos resonaba en las paredes de piedra, mientras avanzaban por un laberinto de túneles sin fin. Las estatuas y sarcófagos antiguos se alineaban a ambos lados del camino, y en ocasiones la luz iluminaba cráneos y huesos que yacían en el suelo.

Rueda se detuvo con el farolillo en alto.

—Será mejor avisar a los hombres de la escuadra y de la guardia. Tengo la extraña sensación de que este sitio no ha sido abandonado del todo.

Castillo de Fabro, Umbría

La tarde caía cuando Tristán contempló el castillo en lo alto de una colina. Un cielo ceniza cubría el valle y en el ambiente se respiraba un aire a tierra quemada, a podredumbre. Un manto de niebla se esparcía por los campos arrasados por la guerra. El escudero echó la vista atrás y vio a Paredes sobre su caballo, seguido de la montura en la que iban María y Jimena, ambas arrebujadas en sus capas. Diego, que iba con su arnés como siempre, lo alcanzó al galope y desvió la vista hacia el castillo.

—No parece el mejor sitio para descansar, pero es lo que hay.

Tristán asintió y ambos reanudaron la marcha.

Siguiendo con el plan establecido, Paredes y Tristán tenían la misión de acudir a Ravaldino y buscar a la discípula del maestro Jacopo del la Croce, una mujer llamada Violante, para que analizara e investigara el veneno del monje. Debido a los acontecimientos, Diego había decidido

llevarse consigo a María y a Jimena, para protegerlas. El capitán de la guardia era un objetivo en aquella guerra oculta y el Toscano trataría de atacar por segunda vez. Estaba seguro de que no fallaría dos veces.

Fabro estaba a mitad de camino entre Roma y Forlì. El pequeño grupo había cruzado el Tíber por el viejo puente Milvio, a una legua al norte de Roma, y habían seguido su camino a través de la senda que marcaba la vieja vía Cassia. Paredes y Tristán iban armados, uno como caballero con su montante, el otro como escudero y su cota de malla. María y Jimena vestían hábitos de monjes con capuchas, para ocultar sus rostros en el caso de ver a extraños indeseados.

Las vistas del castillo, enclavado en aquella colina, eran imponentes. Continuaron por un camino que los condujo hasta el *borgo*. Las murallas y defensas de la ciudad estaban destruidas, así como muchas de las casas que se apretaban en torno al castillo. Un hombre de armas les dio el alto a la entrada del pueblo. Le echó un vistazo a Paredes, que con su corpulencia y sobre el caballo, era imposible que pasara desapercibido.

—Solo queremos pasar la noche e irnos al alba —le dijo Tristán.

—En esta calle hay un albergue —les señaló—. No os metáis en líos.

Diego le hizo un gesto y entraron en el poblado.

Algunos de los vecinos los observaron, pero sin interés. Condujeron sus monturas al paso y el eco de sus cascos retumbó en las paredes de piedra y adobe y se perdió en los callejones y recovecos deshabitados. El silencio reinaba en aquel paraje. Nadie quería problemas con hombres de armas; suficientes penurias habían sufrido en el último tiempo.

—¿Qué ha pasado aquí? —Diego observó en derredor.

—La guerra —señaló Tristán, que estaba más enterado de lo sucedido en Italia, en general, que el capitán—. Hace unos meses la familia Bandini luchó contra Orvieto por el Castillo de Monteleone, uno de los feudos papales, y salió escaldada. Fue arrasada y el castillo, quemado.

Diego se pasó una mano por el mentón y miró hacia lo alto de la torre.

—Los señores pontificios son un quebradero de cabeza para el papa. No sé en qué terminará este asunto.

—Bueno, el papa quiso que su hijo Juan fuera el general que pusiera orden entre todos esos señores rebeldes —repuso Tristán—. Pero creo que algo tan complejo como el tablero de la Romaña no lo arreglaría ni el Gran Capitán con mil infantes. Cada señorío es un feudo, capitán, perteneciente a una familia noble, y cada uno lucha por sus intereses y por más, sumado a las guerras intestinas que llevan siglos acumuladas en el tiempo. Familias contra familias.

—Una guerra sin fin —resumió Diego.

—Algunos lo llaman a eso tradición —afirmó Tristán con sorna, y a Diego le hizo gracia su ocurrencia.

Cuando llegaron al albergue, Tristán desmontó y fue a preguntar por un par de estancias. El posadero les ofreció la habitación grande de la planta superior, donde podían descansar bien los cuatro. Uno de sus mozos se hizo cargo de sus monturas. Una vez dentro, se calentaron con el fuego, y les sirvieron a la mesa cuatro escudillas con un cocido. Hablaron y durante un rato rieron las chanzas de Diego.

Tristán se fijó en que la extremeña miraba al capitán con un brillo distinto y le sonreía al ver su gesto sonriente. Se alegró de estar con él y con esa mujer de su tierra y con la muchacha. Era la primera vez que hacía un viaje así, una misión de cierta importancia y sin la presencia de su

padre. Tristán sentía que dejaba atrás la niñez. La guerra durante ese tiempo había cambiado su manera de ver las cosas y de enfrentarse a ellas, pero le contentaba el hecho de haber tenido a su lado al Gran Capitán y que este le enseñara sus principios. Había aprendido que la dureza del enfrentamiento, el hambre y la muerte sacaban lo peor del ser humano, que se volvía violento y mezquino. No era su caso. Tristán seguía siendo un escudero con alma de caballero. Estaba seguro de que, llegado el día, estaría preparado para asumir su rol con honor y sabría enfrentarse a la muerte con dignidad. Tantas veces había oído a los hombres durante las campañas decir que no había honor ni decencia en la muerte, tan solo desazón… Pero su padre le había enseñado que cada piedra hacía muro y que cada aliento era un suspiro de vida. Eso quería decir que cada acción contaba. Y él estaba dispuesto a vivir como un caballero hasta el final.

De madrugada, Diego despertó inquieto y se sirvió un vaso de vino. Los demás dormían. La habitación seguía iluminada por los cuatro cirios que les había ofrecido el posadero a cambio de una buena propina. Aunque oliera como una capilla, por la cera y la madera, agradeció que las velas calentaran la estancia. Tristán dormía con tranquilidad, al igual que María y Jimena, que compartían una de las camas. Diego se sentó en el alféizar de la ventana a contemplar la lluvia sobre Fabro mientras divagaba acerca de los últimos acontecimientos.

Poco antes de que la primera vela se consumiera, Diego vio a María que se levantaba del lecho. La contempló en silencio. Sintió deseos de acariciar su cuerpo caliente bajo el hábito que llevaba. Ella se sirvió un vaso y le acercó la jarra con vino. Diego la aceptó. María se sentó junto a él.

—Jamás imaginé que acabaría en un sitio como este —murmuró, y se pasó una mano por la frente para apartarse el cabello.

Diego bebió de su vaso.

—Cada uno ha tenido que hacer un largo viaje para estar aquí.

—Tú has tenido suerte —señaló María—. Eres un guardia del papa.

—Podría decir lo mismo de ti —repuso él—. Eres su… consejera.

María esbozó una sonrisa amarga.

—Puedes decirlo. He sido su cortesana. No me avergüenzo.

—No te juzgo —la atajó Diego—. Esta vida es dura, y sé lo difícil que es abrirse camino. Has tenido tus razones para hacer lo que has hecho.

—No llevo tanto tiempo como te piensas —respondió María.

—¿Ah, no?

—Algo más de un año —reconoció de cara a la ventana.

—¿Cómo acabaste en Roma? —preguntó Diego.

María volvió la mirada hacia él.

—Por Juan Borgia. Él me trajo a Italia.

Diego la miró unos momentos.

—Estabas enamorada —se aventuró.

—Sí, lo estaba.

—¿Y qué pasó?

María suspiró.

—Aquello se esfumó de un plumazo el día que llegamos a Roma. Pasé del hijo al padre como lo que era, una cortesana.

Diego comprendía que aquel había sido el camino áspero por el que le había tocado transcurrir.

—Aceptar mi historia fue lo más duro —repuso con gesto compungido—. Nunca me había considerado una manceba, pero el hecho de ponerles nombre a las cosas y ver de un modo tan directo la entrega del hijo al padre como si hubiese sido un objeto me llenó de amargura. —María guardó silencio durante unos instantes—. ¿Sientes vergüenza de mí? —quiso saber la extremeña.

Paredes la miró con sinceridad.

—Eres una superviviente, ni más ni menos.

—Gracias —dijo ella, de corazón.

Diego seguía sin comprender el papel que desempeñaba María en la corte.

—¿Qué ocurrió cuando el papa te acogió en su séquito?

—Me convertí en mensajera, y me ganaba la confianza de los cardenales. Ese modo de vida es difícil, pues dependes de sus migajas, obsequios, limosnas. Así descubrí el convento de los huérfanos, un lugar del que, si cumplía algunas funciones, nunca iban a echarme. Entonces, una noche, conocí a un hombre que portaba una máscara blanca y me ofreció hacerme rica en el palacio de los príncipes. Solo tenía que hacer lo que me pedían y guardar silencio.

Diego tardó unos momentos en asimilar toda aquella historia.

—Hay alguien en el Vaticano que te conoce y está al tanto de todo lo que sabes —advirtió con seriedad—. Por eso ha intentado acabar con tu vida.

—Lo sé —sostuvo María—. Pero ya has visto que no soy más que una superviviente de este infierno.

—¿Crees que ese enmascarado puede tener algo que ver con el ataque del monje y el Toscano? —indagó Diego.

María se encogió de hombros.

—Todo es posible.

Ambos se quedaron en silencio durante un instante. Continuaron charlando en voz baja sobre la vida de ambos. Cuando la conversación decaía, Diego le preguntó qué esperaba hacer cuando todo aquello llegara a su fin.

María contempló a Jimena.

—En cuanto pueda, cogeré todo lo que tengo y subiré a una galera que me conduzca a Valencia. De allí, volveré a mi tierra. Tengo suficiente para montar una taberna.

Diego miró a la chica. María también lo hacía.

—¿Piensas llevarla contigo?

A María le sorprendió su pregunta.

—Somos dos huérfanas en busca de nuestro camino. Nos iría bien juntas.

Diego la miró en silencio, mientras sopesaba sus palabras. Tan solo quería lo mejor para Jimena y, por qué no decirlo, también para la extremeña.

María y Diego se miraron largamente, sin decir nada más. Ahora él sentía que conocía a la cacereña, y le hubiese gustado compartir el lecho con ella y hacer el amor. Estaba seguro de que ella pensaba lo mismo. María se acercó a él y Diego no desaprovechó la oportunidad de besar sus labios. La mujer acarició su rostro. Luego se miraron en silencio largamente. Poco después, María regresó al lecho y dejó a Diego con la única compañía de sus pensamientos.

18

Fortaleza de Ravaldino, Forlì, Estados Pontificios

Contemplaron el castillo en silencio y admiraron la torre en el centro que se alzaba como su gran baluarte. Paredes y Tristán estaban allí para buscar a la discípula del maestro Jacopo del la Croce. Las monturas se detuvieron frente a la fortaleza. El viento mecía las copas de los árboles del bosque que lo rodeaba, y pudieron admirar la magnificencia del conjunto. Tristán, por su parte, había visto muchas fortificaciones y bastiones como aquel. Las torres, las almenas, los matacanes, el foso ofrecían la imagen de un bastión impenetrable, de piedra oscura. Sobre las murallas vieron a los soldados y vigías que las protegían desde lo alto. La dama de Ímola, enemiga acérrima del papa, seguramente sabía cómo se las gastaban los señores de la Romaña y no dejaba nada al azar. Era consciente de que en cualquier momento podía ser atacada sin aviso previo.

Avanzaron al paso hacia la puerta principal. Les impresionó el puente levadizo sobre un foso profundo, rodeado de agua.

—Será mejor que desmontemos —sugirió Tristán.

Diego, Tristán, María y Jimena bajaron de sus caballos.

—Ve tú primero y habla tú —le aconsejó Paredes.

—¿Qué relación tiene la dama de Ímola con el papa? —quiso saber María.

—No lo sabemos bien, pero no creo que sea la mejor, ya nos lo dijo Carvajal —respondió Tristán—. Aquí gobierna una rama de la familia Sforza y parte de la familia Médici. No conozco la relación que tienen con los Borgia. Diré que somos una delegación castellana y que servimos al cardenal Carvajal, capitán.

—Conociendo a Su Santidad y el afecto que siente por los Sforza, será mejor mantenerlo en secreto —advirtió Paredes—. Del mismo modo que será mejor evitar mencionar que soy el capitán de su guardia.

María se sonrió ante sus palabras.

—¿Qué digo, pues? —inquirió Tristán.

Diego resopló.

—Di que eres un caballero y nosotros, tus criados.

Tristán tiró de las bridas de su caballo y cruzó el puente.

—¿Quién va? —exclamó el guardia.

—Soy Tristán de Rueda —se presentó el joven—. Somos una delegación de su eminencia Bernardino de Carvajal, embajador de los Reyes Católicos. Venimos en busca de la discípula del maestro y arquitecto Jacopo del la Croce, viejo servidor de la condesa de Forlì, dama de Ímola.

El guardia les dio el paso. Los informó de que podían ser anunciados en la sala principal de la condesa, pero que antes debían dejar todas sus pertenencias, incluidas sus armas. Un paje los recibió en el patio de armas a continuación.

—Yo puedo quedarme con nuestras cosas y con los caballos —sugirió Jimena.

—Yo me quedaré contigo —zanjó María.

Sin más demora, Tristán y Diego fueron conducidos a una planta superior a través de una escalera de piedra. El castillo estaba lleno de criados, cortesanos y, sobre todo, hombres de armas. El patio se encontraba a rebosar de compañías de fortuna y mercenarios que servían a la señora. Como muchos otros que pedían audiencia, eran recibidos por la condesa en su sala de estar, donde tenía reunida a su corte, sus damas de compañía, músicos, capitanes, consejeros y estrategas.

El paje abrió las puertas y los tres cruzaron la estancia mientras se posaban sobre ellos las miradas de los curiosos, como casi siempre ocurría cuando alguien era recibido en aquella corte. Tristán sintió que le sudaban las manos. Avanzaron hasta el otro extremo, donde se hallaba la condesa con sus damas. Una de ellas sostenía un libro en las manos.

A Tristán le dio un vuelco el corazón al ver a esa joven. La chica de ojos claros lo contempló y Tristán sintió que, aunque hubiese muerto en ese mismo instante, su vida habría tenido sentido. Se perdió en la infinidad de su mirada. La dama se percató de la intensidad de su gesto y se ruborizó. Poco después, volvió a posar los ojos una segunda vez en el escudero, que sintió, sin aliento casi, como si lo acabaran de traspasar con una lanza.

—Una delegación de Roma, mi señora —anunció el paje—. Se presenta el caballero castellano Tristán de Rueda, y su acompañante.

El joven escudero sintió emoción al ser reconocido como caballero y esbozó una ligera sonrisa al imaginar al capitán como su criado. Hizo una reverencia, seguido de Paredes. La condesa dio unos pasos hacia ellos. Se trataba de una mujer que rondaba los cuarenta años. Poseía un rostro hermoso y era corpulenta. Su expresión cambió cuando vio al caballero y posó sus ojos en los suyos con la firmeza que solo poseían los Sforza. No por nada se la conocía como «la Virago» o «el Tigre de la Romaña». Cuando Caterina se giró hacia su secretario, que acababa de entrar, Tristán se dio cuenta de que estaba embarazada de muchos meses.

—¿Qué puede querer Roma de Caterina Sforza? —sondeó la dama de Ímola con seriedad. Su manera de hablar era exquisita.

Tristán volvió a realizar una reverencia antes de dirigirse a ella. Le costaba elegir las palabras adecuadas. La dama apreció el gesto cortés que hizo con la mano.

—Hemos venido de parte del cardenal Bernardino de Carvajal, viejo amigo de Jacopo della Croce. Estamos en busca de la discípula del maestro.

Caterina Sforza se giró para mirar a la joven de ojos claros.

—¿Conocéis a Violante?

Tristán no esperaba que la discípula del maestro fuera una muchacha tan joven. Apenas aparentaba dieciséis, tal vez diecisiete años. Violante. Aquel nombre hacía justicia a la belleza de sus ojos. Sintió que, aunque pasaran mil años, jamás podría olvidarlo.

—Tristán de Rueda, para serviros.

La dama de Ímola miró a Violante y le permitió acercarse al caballero. La joven estiró la mano y, durante un instante, ambos rozaron la piel de sus dedos y se miraron con los ojos chispeantes.

—Recibí una carta de su eminencia, el cardenal, hace algunas semanas —susurró Violante, y a Tristán se le encendió más, si cabía, la llama de su corazón al oír su voz.

Caterina intervino.

—Quizá puedas ayudar a estos embajadores —sugirió la dama—. ¿De qué trata vuestra petición, caballero Tristán?

El joven miró un instante a Diego, que se mantenía quieto y en formación como un piquero suizo.

—Su Eminencia mantenía una larga amistad desde hacía muchos años con el maestro Jacopo. Requería de algunas valoraciones filosóficas sobre algunos temas; Dios, el cielo, el infierno, los pecados… El cardenal Carvajal trabaja en una de sus tesis.

La dama se mostró conforme.

—¿Crees que podrías servir de ayuda? —le preguntó Caterina a Violante al ver que los propósitos eran nobles.

La joven asintió con las manos sobre su regazo.

—Supe aprender bien el pensamiento de mi maestro.

Caterina batió sus palmas para dar por zanjado el encuentro.

—No se hable más —anunció—. Os daré hospedaje en la torre de los peregrinos. Consultad a mi boticaria todo cuanto necesitéis. Esta noche, queridos embajadores castellanos, compartiréis mi mesa.

Boticaria… Era justo lo que precisaban.

Tristán hizo una reverencia a la dama en agradecimiento, lo mismo que Diego. Luego dieron media vuelta y salieron de la sala. El paje que los había presentado los siguió para indicarles dónde se encontraban sus estancias. Cuando iban de camino al patio de armas, Diego miró a Tristán.

—Eres un verdadero galán, escudero.

Tristán se ruborizó y luego esbozó una ligera sonrisa. Jamás había sentido nada similar. Se sintió libre, ligero como un mirlo. Supo que su corazón, por primera vez, elegía a una dama, como en aquellos antiguos cantares de caballería.

El suyo había escogido a Violante.

En la ciudadela no había nadie que no estuviera cumpliendo con alguna función para la señora. Violante no se sentía cómoda en aquellos ambientes de una corte, donde los hombres y las mujeres se preocupaban más por su apariencia y sus vestimentas, y parecía únicamente importarles mantener su estatus dentro de los círculos de la condesa. Aquellos cortesanos solían ser gentes cuya función era divertir a la dama, y gozaban de una renta o vivían de la riqueza familiar. Personas ociosas, sin un interés práctico por las artes o las ciencias. Tal vez esa había sido la razón de que Caterina Sforza hubiera acogido a Violante tan rápido en su corte.

Era una muchacha que no necesitaba demostrar simpatía o buenas maneras. Su talento y su arte hablaban por sí solos.

La cena de la condesa se sirvió en el gran comedor de la torre del Maschio, como se le

llamaba a la torre principal, en la ciudadela interior, y a ella acudieron sus cortesanos, damas de compañía, además de los caballeros importantes de la fortaleza, como su capitán, condestable, mayordomo. También fue invitado el capitán de los *brisighelli*, Dionisio Naldi, una compañía de fortuna que había llegado hacía poco a Forlì y, tras la guerra en el sur, había decidido ponerse al servicio de la dama de Ímola. Desde el otro lado de la mesa podía verse al joven caballero castellano, que vestía un jubón de viajero, usado, y tal vez era el menos elegante de los presentes, junto a su palafrenero y a una mujer española.

Violante estaba sentada junto a las damas de compañía de Caterina, y muy cerca de ella. Distinguió al caballero Tristán charlando con su palafrenero y con el capitán Naldi, al otro lado de la mesa. Era un joven atractivo, cuyo cuerpo poseía la proporción aritmética de Policleto, es decir, la relación armónica entre simetría y belleza. Gastaba una melena castaña y poseía una expresión firme de alguien propio de su alcurnia. Su físico le confería el aspecto de un joven atleta griego. Por su manera de hablar con la señora, le pareció que era un joven de principios claros, de valores nobles, y eso le sorprendió, dada su juventud. Tristán no tenía más de diecisiete años, casi como ella. Pero según había podido oír antes de la cena, había participado en las batallas más peligrosas de la guerra de Nápoles junto al Gran Capitán. Muchas banderas de las fortalezas tomadas habían sido arriadas por ese joven apuesto, que había prestado servicio con valentía. Violante no pudo evitar sentirse conmovida por la intensidad de su mirada. Hasta entonces, nunca nadie había posado sus ojos en ella como lo había hecho aquel noble caballero. ¿A qué casa pertenecía? ¿Serían los Rueda grandes vasallos del rey Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla? ¿De qué manera un soldado era a la vez un hombre educado y de modales corteses?

Disfrutaron de los platos, de las empanadas de hígado y los hojaldres de faisán. Bebieron vino de la zona. Caterina Sforza interrogó a sus invitados sin evitar preguntas comprometidas enmascaradas en un tono afable y risueño. La dama era encantadora y no había cortesano presente que no deseara cortejarla. Tristán procuró escucharla con atención y responder a todas sus cuestiones. Ella se interesó por la guerra en el sur.

Al acabar la cena, todo el mundo se levantó hacia la sala de la corte, donde la señora solía disfrutar de sus músicos y de oír poesía con aquellos que querían continuar con la velada. Violante, en su lugar, se dirigió hacia las escaleras para marcharse a su estancia. En ese momento, se acercó a ella la mujer española, criada del caballero castellano.

—Mi señora —la detuvo—. Soy María de Sánchez. Mi señor y su acompañante quisieran saber si podrían haceros algunas preguntas.

—Pueden buscarme mañana —sugirió ella con las manos juntas, sobre el regazo.

La extremeña la miró nuevamente y bajó el tono de voz.

—Apreciarían si fuera ahora mismo. Es importante.

Violante no quiso resultar descortés.

—De acuerdo. Los esperaré en el vestíbulo de la escalera.

Violante aprovechó para despedirse de su señora, Caterina. A continuación, fue hasta las escaleras de piedra para aguardar a la delegación castellana.

Poco después, los vio aparecer a los tres. El joven Tristán iba delante.

—Gracias por… —comenzó.

—Seguidme —lo interrumpió Violante.

La estela de su vestido rozó la mano de Tristán. Los tres siguieron a la joven hacia una planta

superior de la torre del homenaje. En uno de los pasillos, Violante se detuvo frente a la puerta de la sala de alquimia. Supo que la señora no acudiría allí esa noche y que sería un lugar más apropiado para hablar en privado que en sus propios aposentos. Además, no lo habría considerado de no haber estado presente también la mujer española.

Violante accedió a la sala y buscó un candil. El hombre más alto se ofreció a encenderlo con la luz de una de las antorchas del castillo en el pasillo. Cuando regresó, cerró la puerta y los cuatro estuvieron al fin sentados frente a la mesa de alquimia. Se trataba de una estancia que daba hacia el norte y por la que apenas entraba la luz de la luna. Había dos mesas repletas de cazos, cacerolas, jarros y alambiques. En una pared vieron una estantería llena de frascos con ingredientes. Al otro lado, descubrieron muchos volúmenes de libros y dos atriles para leer. Aquel tesoro era una biblioteca con libros de botánica, naturaleza, arte, filosofía y astronomía.

—Temo no poder ayudar como lo hubiese hecho mi maestro —reconoció la discípula nada más tomar asiento.

—Estoy seguro de que, si vuestros conocimientos se basan en la alquimia, podréis ayudarnos —expuso Tristán.

La joven asintió.

—¿Puedo saber qué relación teníais con mi maestro?

—El cardenal Carvajal es primo del capitán Diego de Paredes —señaló Tristán—. Carvajal y su maestro eran viejos conocidos. Dijo que nos hablaría de la situación de Florencia y de Savonarola.

La joven resopló.

—Es poco lo que se puede decir, más que la ciudad ha sido tomada por unos bárbaros que la llevarán a su perdición. El maestro Jacopo sentía una gran pena por tener que abandonarla. La excomunión del papa no significa nada. Savonarola continúa pregonando su discurso y fomentando un cónclave que busque derrocar a los Borgia del trono de San Pedro.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber el joven—. ¿Por qué os echaron?

La expresión de Violante se encendió, orgullosa.

—Porque mi maestro se negó a trabajar con el arte que exigía Savonarola, un arte puritano, desprovisto de belleza y libertad, sin color ni ornamento. Savonarola consideraba que tanto los temas paganos como la propia estética de cualquier obra eran pecado. La belleza, en cualquier manifestación, podía ser tomada como argumento contra una persona.

—Eso es terrible —se quejó la mujer extremeña.

—Así es —advirtió la alquimista.

Tras un momento en el que permanecieron en silencio, Tristán volvió a tomar la palabra.

—Lamentamos mucho la pérdida de vuestro maestro, mi señora.

Violante presintió que sus palabras eran sinceras, o al menos lo parecían.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó finalmente.

Paredes le pidió a María un objeto, y esta lo sacó de un bolsillo de su vestido. Paredes quitó la tela y Violante encontró un pequeño frasco de cristal con un líquido amarillento, similar al ámbar.

—Necesitamos saber todo lo que podáis decirnos acerca de esto —observó Tristán.

Violante sostuvo el frasco con sus dedos finos y lo examinó a la luz del fuego. Luego lo abrió con lentitud.

—Cuidado —le advirtió Paredes.

Violante sabía a lo que se enfrentaba. A continuación, se lo llevó a la nariz. Fue capaz de sentir las diferentes capas de aquel tónico, pero una se elevaba por encima de las demás. La podredumbre.

—Es un veneno —señaló—. Y bastante fuerte, además.

Tristán y Paredes se miraron. María se sumó a aquella conjetura silenciosa. La discípula de Jacopo del la Croce se dio cuenta de que aquel grupo no le estaba contando toda la verdad.

—¿Podría saber de qué está hecho? —insistió Tristán.

—Podríais —sostuvo Violante con expresión seria; no le gustaba que le tomaran el pelo—. Pero antes debéis contarme qué es lo que sucede.

Tristán percibió que la dama se había dado cuenta de que había algo oculto en aquella embajada y que no solo tenía que ver con conocer el pensamiento filosófico de Della Croce. El problema era que no tenían más tiempo si querían acabar con ese asunto antes del regreso del Gran Capitán a Roma. Debían arriesgar.

—Me juego mucho —les confesó Violante—. No puedo ayudar sin saber a quién lo hago ni las razones que lo mueven. Debéis entenderme. Mi señora, Caterina Sforza, debe conocer las intenciones de sus invitados en Ravaldino.

—Tenéis toda la razón. —Tristán quiso ponerse de su parte—. Sin embargo, necesitamos discreción. Esa fue una de las razones por las que el cardenal Carvajal nos pidió buscar a su amigo, el maestro. Y vos, mi señora, con el debido respeto, os debéis a esa lealtad.

Violante se sonrojó, sin decir nada. Diego extrajo del bolsillo de su jubón una bolsa de cuero y la apoyó encima de la mesa.

—Abridlo —ordenó el capitán.

La boticaria hizo lo que le pidió. Extrajo cinco rollos de pergamino oscuros, cada uno más pequeño que un dedo. Los abrió y los estiró sobre la mesa.

«I
El buen maestro dijo: "¿No preguntas quiénes
son estas almas que estás viendo?"».

«II
La tormenta infernal, que nunca cesa,
con su vértigo agita los espíritus».

«III
Agua negra, granizo enorme y nieve atraviesan el aire
tenebroso, apestando la tierra en la que caen».

«IV
Maldito lobo, que tu rabia te consuma por dentro las entrañas».

«V
Con tu pena y tu llanto, espíritu maldito, te dejo».

Violante los leyó en silencio. Tristán, Diego y María la contemplaron mientras leía los versos de pie. Tras unos momentos, dejó los pergaminos nuevamente en la mesa.

—¿Qué clase de juego macabro es este? —preguntó con extrañeza.

Tristán miró a Paredes, y supo que el capitán no se fiaba de ella.

—Es un asesino —reconoció el joven finalmente.

—Me lo imaginaba —murmuró Violante—. Las láminas también han sido bañadas en veneno. Me sorprende que el pergamino haya sido capaz de resistir. Esa es la razón por la que se está oscureciendo su color. Pronto no podrán leerse.

Paredes se pasó una mano por el rostro.

—No os toquéis la cara —le aconsejó Violante.

—¿Os dice algo lo que pone? —inquirió el capitán.

Los ojos de Violante chispearon a la luz de las velas.

—Por supuesto que me dice algo. Esperadme aquí.

La boticaria salió por la puerta y se alejó a través de uno de los corredores del castillo. Los tres se quedaron en silencio. Luego Paredes echó un vistazo a su compañero, el escudero.

—¿Te fías de ella? —susurró.

Tristán se encogió de hombros.

—¿Qué otra opción tenemos?

—¿Y si le dice todo esto a su señora? —arguyó Paredes—. No estamos hablando de filosofía aquí, estamos buscando a un asesino. ¿Cómo se tomaría Caterina Sforza que necesitamos de ella para defender a uno de sus enemigos y señor feudal?

—Tú lo has dicho —esgrimió Tristán—. El papa es su señor feudal.

Tristán se quedó mirando a Paredes. Ambos habían entablado una amistad en el tiempo y una confianza que permitía al joven tutear a su compañero.

Poco después regresó Violante y cerró la puerta a su paso. Traía en las manos dos libros gruesos, forrados en piel. Los apoyó sobre la mesa y comenzó a examinar el primero, junto con los mensajes.

—¿Podéis decirnos algo? —insistió Paredes.

Violante lo fulminó con la mirada.

—¿Vais a dejarme hacer mi trabajo, capitán? —le espetó. Luego regresó la mirada a las notas —. Son versos de la obra de Dante Alighieri. Todos estos pertenecen a cantos del *Inferno*.

Tristán se sorprendió.

—¿Cómo podéis saberlo?

La joven florentina se mostró orgullosa.

—Los más eruditos de mi ciudad alardean recitando sus cantos de memoria. No hay quien no haya leído el *Inferno*.

Tristán asintió en silencio mientras la muchacha pasaba las páginas.

—«El capitán de la guardia conocerá el infierno» —repitió el joven escudero recordando los versos de la nota que los había llevado a la plaza Navona.

Violante los interrumpió.

—He hecho mi parte —les recordó—. Debéis decirme la verdad.

—Tristán… —Lo detuvo Paredes, poco convencido.

El joven miró a la discípula de Del la Croce un momento antes de decir nada. Era mucho lo que se jugaban. Tristán decidió dar un salto al vacío.

—Pertenecemos a una comisión secreta que lideran los cardenales Carvajal y Sensi. Hay un asesino suelto en Roma y en la ciudadela del Vaticano que ha matado con este veneno a sus cinco víctimas. A cada una de ellas les ha dejado uno de estos mensajes. Hasta ahora, no sabíamos nada ni teníamos ninguna pista al respecto. Nuestra misión es encontrarlo y acabar con él, antes de que siga matando a más gente.

Los ojos de Violante barrieron la sala.

—Es decir, que le habéis mentido a mi señora.

—No estábamos seguros de que se hubiese mostrado dispuesta a ayudar al papa —reconoció Paredes.

Violante no dijo nada, y regresó al libro.

—Lo dicho. Los versos escritos pertenecen a esta obra y a su primera parte, el *Infierno*.

—Ahora entiendo que el Toscano pretendiera mostrárnoslo —señaló Tristán mientras trataba de unir las piezas—. Él mismo ha ido enseñando el infierno a través de sus víctimas.

Violante miró a Tristán de repente.

—¿Cómo habéis dicho? —inquirió, sorprendida.

—Que él ha marcado el infierno con sus cadáveres.

Violante pasó las páginas del libro y regresó a los pergaminos.

—¿Conocíais a las víctimas? ¿Sabéis quiénes eran?

—Sí —respondió Tristán.

Los tres se habían puesto en pie alrededor de la mesa. Se trataba de una obra muy extensa y escrita en verso. El libro de la alquimista era una joya bastante grande, de al menos tres palmos de largo.

—¿Quién demonios es Dante Alighieri? —quiso saber Paredes.

La joven apoyó las manos en el borde del libro.

—Fue un poeta que vivió en Florencia hace doscientos años. Su visión ha influido en el arte y en el pensamiento, así como en la religión. Cuenta un viaje a través del infierno, el purgatorio y el paraíso.

Tristán contempló los versos.

—¿Y estos versos?

Violante alzó las cejas.

—Todos estos versos pertenecen a cantos del *Infierno*, que es donde Dante y el poeta encuentran a quienes están siendo sometidos a un castigo por la eternidad.

—¿Dante y el poeta? —señaló Tristán.

Violante pasó las primeras páginas del libro.

—Lo acompaña Virgilio, el poeta latino. —La boticaria se detuvo en el Canto Tercero. Leyó en voz alta—. «A las puertas del infierno puede leerse: "Quien entre aquí que abandone toda esperanza". Vi estas palabras de color oscuro sobre una puerta escritas y admití: "Maestro, no entiendo su significado". Él me contestó como un sabio: "Conviene que dejes aquí todo recelo, debes dar muerte aquí a tu cobardía"».

Tristán y María miraron a Diego, que parecía que acababa de ser traspasado por una lanza.

—¿Qué sucede? —se aventuró Tristán.

—Nos observa —apuntó Diego.

—¿Cómo? ¿De qué hablas, capitán?

—En Roma —explicó Paredes—, cuando acabé en los calabozos en espera de un juicio y una sentencia a muerte, él me vio. Allí, en la oscuridad de las mazmorras, un hombre me habló desde otra celda. Era él. «Conviene que dejes aquí todo recelo, debes dar muerte aquí a tu cobardía». Me temo que me daba la bienvenida a su infierno.

Violante sirvió cuatro vasos de aguardiente y Paredes se lo agradeció. Luego regresó a la obra, mientras cada uno reflexionaba acerca de lo que habían hablado.

Tristán se acercó a la joven.

—¿Cómo es el infierno? —susurró—. Tal vez eso pueda darnos alguna pista.

Violante no apartaba la vista de los versos.

—Se divide en nueve círculos —explicó con voz pausada, y sus dedos acariciaron con parsimonia las letras grabadas en el libro—. Es una tierra áspera, y Dante y el poeta descienden por los anillos de uno en uno, mientras observan los sufrimientos y delirios según los pecados cometidos en la vida.

Tristán se adelantó.

—¿Cuál es el primero?

—Los círculos comienzan más allá del río Aqueronte —explicó Violante—. El primer círculo es el de los no bautizados, los inocentes que por no saber, o simplemente por no poder, han sido condenados al infierno. —Violante pasó las páginas del libro y se detuvo más adelante—. «El buen maestro dijo: "¿No preguntas quiénes son estas almas que estás viendo? Antes de continuar, te lo explicaré. Estos nunca pecaron, pero sus méritos no bastan, pues no han sido bautizados"». La primera nota forma parte del Canto Cuarto, el primer círculo del infierno.

—Es el neonato —murmuró María.

Diego y María se miraron sin decir nada.

—El siguiente —pidió el capitán.

Violante leyó rápidamente el segundo pergamino y buscó en la obra.

—«La tormenta infernal, que nunca cesa, con su vértigo agita los espíritus y los aflige con sus sacudidas. Cuando alcanzan el vértice, comienzan a gritar y a lamentarse, y, con ello, maldicen la virtud divina». Canto Quinto, perteneciente al segundo círculo. —La joven apartó el libro—. El infierno de los lujuriosos.

—Valtieri —se apresuró a decir María, que era la que mejor conocía la corte papal.

—Son pecados, maldita sea. Cada uno de estos marca el mismo viaje del poeta —sostuvo Tristán.

Paredes no estaba tan seguro de eso todavía.

—El tercero —le pidió el capitán.

Violante leyó:

—«Agua negra, granizo enorme…». —Luego se adelantó en la lectura—: «Me conocías como Ciacco, y mi pecado fue la gula. Ahora bajo la eterna lluvia me consumo. Como puedes ver, no soy el único, pues todas estas almas tristes purgan la misma culpa». Es el tercer círculo del infierno. La gula.

María la miró asombrada.

—El cardenal Giuliano —reconoció Paredes—. Ni siquiera cabía en su ataúd.

Violante leyó el cuarto mensaje. Tristán recordó que aquel había estado en la boca de Virginio Orsini. Él mismo lo había encontrado.

—«Maldito lobo, que tu rabia te consuma por dentro las entrañas. Nuestro descenso al infierno está justificado, así se quiso desde lo más alto, donde Miguel vengó la rebelión impía». Canto Séptimo, es el cuarto círculo, reservado a los avaros y los codiciosos —advirtió Violante.

Volvió a hacerse un silencio en la sala. Solo se oyó el crepitar de las velas y el susurro de las hojas al pasar las páginas.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Diego a Tristán.

El joven frunció el ceño.

—Creo que el Toscano tiene un pensamiento claro y quiere demostrarlo. Busca hacernos ver su visión de Roma.

Violante miró al joven a los ojos. A continuación, leyó la última nota del asesino:

«*Con tu pena y con tu llanto, espíritu maldito, te dejo*».

Violante se adelantó algunos versos y leyó en voz alta:

—«Aquel, en vida, fue muy orgulloso; su memoria no tiene ningún acto bueno y por eso tiene el alma corrompida. Los que creen ser reyes arriba serán cerdos aquí en el fango». Es el Canto Octavo, el quinto círculo. El infierno de los soberbios.

Tristán asintió en silencio. Paredes recordó el círculo de sangre sobre la losa de la capilla en San Pedro. *Juan Borgia*.

—Está claro que este hombre no descansará hasta haber completado todos los círculos. Por eso ha numerado las notas —observó Violante.

—Y son nueve infiernos. Quedan otras cuatro víctimas —resumió Tristán.

Paredes se llevó una mano a la nuca y dio vueltas por la sala. Tristán miró a Paredes, que parecía estar pensando exactamente lo mismo que él. No tenían demasiado tiempo para cumplir con su misión. Debían regresar y obedecer a las instrucciones de la escuadra aragonesa y el ejército pontificio. Les aguardaba la guerra a su regreso. El capitán se dirigió a Violante.

—¿Podréis decirnos de qué está hecho su veneno? Tenemos poco tiempo, señora.

—Lo estudiaré —prometió la joven—. Pero me llevará unos días. Tal vez semanas. Trataré de hacer una copia.

Tristán miró a Violante.

—No sé cómo agradecer esta ayuda —reconoció—. Nunca habríamos descubierto ninguna de estas pistas.

—Lo he hecho porque es lo que habría querido mi maestro —zanjó.

Tras estas pesquisas, solo cabía una pregunta más. Fue Tristán el que habló.

—¿Cuál es el siguiente círculo?

Violante pasó las páginas y se detuvo en el Canto Noveno. Si comprendían el juego, tal vez hallarían la oportunidad de adelantarse.

—Más allá de la laguna Estigia y de la ciudad de Dite, se extiende el sexto círculo —explicó la alquimista—. El infierno de los herejes.

Se miraron unos a otros. Tristán se adelantó.

—¿Y quién es el mayor de todos los herejes?

Aquella pregunta rompía sus esquemas y todo lo que habían pensado hasta ese momento. De

ser así, significaba que el Toscano no era ninguno de los sospechosos sobre los que habían indagado. El asesino no iba tras un fin político, sino uno moral, casi religioso. ¿Qué era lo que pretendía?

—Ahora mismo, solo hay un hereje en toda Italia —concluyó Violante.

Los ojos de Paredes brillaron con la llama de la vela.

—Savonarola.

Violante cerró el libro con un gesto elegante.

—Esta pista os conduce hacia Florencia, caballeros.

19

Fortaleza de Sant'Angelo, Roma

El alférez bajó la carta y pidió al mensajero que se retirase del barracón. Los hombres volvieron a su conversación y al murmullo habitual. Alfonso de Rueda estaba en compañía de Alarcón, Espínola y Viñolas, además de un grupo de miembros de su escuadra. Junto ellos estaba Álvaro de Paredes y algunos españoles de la hueste pontificia, como Villalba, Urbina, Vargas, Zamudio y el viejo Pizarro. Eran casi una veintena de individuos que compartían aguardiente aquella noche de lluvia, en espera de noticias.

Álvaro se acercó a Rueda y este le devolvió un gesto cargado de preocupación. Entre ambos, podía decirse, se había fraguado una relación de respeto mutuo. Desde que la hueste aragonesa había llegado a Roma, el alférez y el sargento de la guardia no se habían separado; ambos colaboraban mano a mano siguiendo las mismas instrucciones, la custodia del papa y el entrenamiento de las tropas, y los suyos, soldados de una misma nación, se habían agrupado y mezclado con camaradería, si bien no estuvieron exentos de roces y algunos malos comportamientos propios de hombres de armas.

Rueda se levantó de la banqueta en la que estaba y le hizo un gesto a Álvaro para hablar en privado, junto a la ventana.

—Es un mensaje de Tristán —murmuró al tiempo que pegaba fuego a la punta del papel con la llama de una de las velas—. Han marchado a Florencia.

Álvaro echó un vistazo a la sala y a los que allí estaban. El ambiente era de calma tensa. Todos ellos esperaban volver a la guerra, al sur. Rueda había recibido otro mensaje para que estuviese listo para partir esa misma semana. Ambos tuvieron el presentimiento de que el asunto del Toscano iba a complicarse más de lo previsto.

—¿Qué haremos en caso de que no lleguen a tiempo?

Rueda se encogió de hombros.

—Nos iremos sin ellos —sugirió con cierto reproche.

Álvaro se imaginó que no estaba del todo de acuerdo en cómo su hijo estaba llevando a cabo su primera misión. No dijo nada al respecto. Él confiaba en el buen hacer de su hermano, Diego no estaba allí para perder el tiempo.

Las horas transcurrieron. Aquella noche fría dejó de llover y una niebla se precipitó sobre Roma y cubrió parte de Sant'Angelo y del Tíber. Algunos de los hombres se echaron a dormir

sobre sus jergones. Unos pocos permanecieron hablando en voz baja junto al fuego. En el exterior, un caballo cruzó la ciudad al galope y atravesó el puente frente al bastión hasta detenerse en el arco del puesto de la guardia. Los alabarderos dieron paso al jinete encapuchado que se apresuró a desmontar en el patio de armas y se dirigió a los barracones de la hueste aragonesa. Las campanas de las iglesias de Roma marcaban la medianoche cuando aquel sujeto llamó a las puertas de madera y fue escoltado por un escudero hasta la sala.

Rueda permanecía junto al fuego cuando lo vieron aparecer. El alférez y varios se levantaron. En ese momento, el individuo se echó la capucha de su capa empapada hacia atrás y descubrió su rostro. Era Gonzalo de Córdoba.

—¡Capitán! —exclamaron dos o tres de los presentes, que inclinaron su cabeza en señal de respeto nada más reconocerlo. Los que estaban despiertos en la sala se pusieron en pie ante la sorpresa.

—En buena hora vienes —masculló entre dientes Rueda a su compañero cuando le estrechó la mano.

Don Gonzalo saludó a la mayoría de sus hombres por su nombre de pila. Luego habló para todos, en voz baja.

—Las negociaciones en nombre de nuestro pontífice han surtido su efecto. Los Orsini han decidido firmar la paz —anunció.

—¿Entablasteis combate? —preguntó un infante.

—No fue necesario, pero dispusimos a la tropa de tal forma que los obligamos a no confiarse. Los nuestros han mostrado valor y disciplina, como siempre —observó el Gran Capitán.

—¿Y las escuadras? ¿Dónde están? —quiso saber Rueda.

—A las afueras de la ciudad —respondió don Gonzalo—. No quiero que nadie se ponga cómodo. Tenemos mucho camino por delante. Esperamos salir mañana hacia Rocaguillerma y terminar con esta guerra de una vez por todas. Aquel bastiones nuestro último frente en Italia, señores.

Hubo sonrisas, voces y algún aplauso. Gonzalo de Córdoba había sido capaz de pacificar toda la península y de echar a los franceses después de cuatro años de duras batallas y asedios. Solo su inteligencia, perspicacia y estrategia habían hecho eso posible. Los hombres alzaron la voz y empezaron a comentar el devenir de la guerra y a felicitarse. En ese momento, Álvaro de Paredes se acercó al Gran Capitán, que había dado unos pasos hacia su amigo, el alférez.

—Capitán —lo saludó Álvaro—. No estoy seguro de que el papa autorice que vuestra hueste marche con vos al sur de la noche a la mañana.

—El papa me pidió que el ejército pontificio participara de las operaciones —explicó don Gonzalo—. Son órdenes.

—Álvaro de Paredes tiene razón —comentó Rueda—. Las cosas en Roma están algo tensas.

Gonzalo miró a uno y luego al otro.

—Quiero que me lo contéis todo, compañeros.

Fueron a una sala privada en la que solo estuvieron los tres. Un paje se apresuró a servir algo de cena al Gran Capitán, que utilizó unos cubiertos y una copa de plata que traía él mismo en sus alforjas. Se moría de hambre, pero ni siquiera en esos momentos era capaz de comer como un bárbaro. A Rueda le hacía gracia que su capitán se cuidara de ser siempre un caballero en ese tipo de detalles. Llevaba años haciéndolo. Mientras don Gonzalo cenaba, Rueda y Álvaro

compartieron con él una copa de vino aguado, con especias.

—Empezad por el principio —les pidió Gonzalo—. El papa.

Álvaro frunció el ceño.

Le resumió lo sucedido desde la muerte de su hijo, el gonfalonero. La ciudad estaba sometida al miedo y a la incertidumbre, el papa había hecho de los funerales de Juan Borgia una audiencia general para probar la lealtad al pontificado. Luego había ofrecido la paz a todos los miembros del Colegio Cardenalicio, prometiendo que no buscaría al culpable y que perdonaría todas las afrentas siempre y cuando cesara de una vez por todas aquella guerra interna. Gonzalo pareció asombrarse, pero Álvaro procuró atajarlo.

—En realidad, capitán, el papa actúa de espaldas a la curia. Siempre lo ha hecho. Afirma buscar la paz mientras mantiene a la comisión secreta y a sus hombres al acecho del asesino. El papa se mueve como un príncipe soberano. No perdonará ni una mísera afrenta contra él ni contra su familia.

Gonzalo pidió que le hablaran sobre la comisión y Rueda le dio una relación de los hechos acontecidos hasta ese instante. Álvaro y él se habían puesto al servicio del cardenal Carvajal y habían seguido las pistas a través de las callejuelas del Borgo hasta descubrir una cripta en una iglesia abandonada. En aquel lugar se realizaban ritos satánicos y misas negras. La misma noche del hallazgo, Álvaro y Rueda bajaron hacia las profundidades con algunos miembros de la escuadra y recorrieron el laberinto de túneles. Era un viejo cementerio de otro siglo, que conectaba con la parte más antigua de la cloaca romana de época imperial. Se dieron cuenta de que no hacía mucho que algunos adeptos habían encendido velas y sacrificado animales. Luego Rueda le habló acerca de las investigaciones del propio Carvajal y de la secta llamada la Orden de los Condenados. Si aquello tenía relación con el Toscano, las pesquisas de Tristán y Diego confluirían en el mismo punto.

—Han marchado a Florencia a seguir el juicio a Savonarola. Quizás tarden más de lo esperado —remató Rueda.

Gonzalo contempló a su amigo.

—Debes darle tiempo; las cosas no se hacen de un día para otro.

El alférez se inclinó en la mesa y bajó la voz.

—No me hace ninguna gracia que Tristán sirva al papa en esta misión —espetó Rueda—. Esta ciudad…, esta corte… está envenenada. La traición campa a sus anchas, los señores y vasallos se sublevan sin respeto alguno por su señor y el papa, que debería ser un ejemplo de excelencia y moralidad, en realidad es un jugador.

Gonzalo lo miró con severidad.

—Es una opinión grave, Alfonso.

—No regalo mis palabras, Gonzalo. Lo que digo es la verdad. El sargento de la guardia puede corroborarlo —sostuvo el alférez.

Álvaro se dirigió a Gonzalo.

—Sabemos que el papa ha obligado a Giovanni Sforza, el Sforzino, a firmar la anulación de su matrimonio. Lo ha acusado de impotencia. Pero en realidad lo ha hecho para reestablecer las relaciones con Milán. Quiere utilizar nuevamente a su hija Lucrecia para una nueva alianza con Nápoles. El vicecanciller Ascanio Sforza ha intervenido y ha empujado a su sobrino a firmar ese documento.

—¿Qué pretende? —murmuró Gonzalo con expresión preocupada.

Rueda se adelantó a Álvaro.

—Busca limpiar de enemigos la curia y la corte, las cuales están plagadas de espías suyos. Corre el rumor de que el papa busque aliarse otra vez con Francia.

A Gonzalo se le pusieron los ojos como platos.

—¿Con Francia?

Álvaro frunció los labios.

—Es imposible confiar en nadie en este sitio. Parece claro que el papa mantiene a todos satisfechos y que a cada uno le hace creer que está de su lado. Sin un gonfalonero que lo apoye, su hijo César es su mano derecha.

A Gonzalo no le hizo gracia el comentario del sargento de la guardia.

—Vos, Paredes, deberíais mostrar mayor lealtad al señor al que servís y no hablar como un informador.

—Lo hago, capitán, no os quepa duda. Daría mi vida por él esta misma noche si hiciera falta. Pero también soy leal a los hombres de mi nación. Yo mismo estaré al frente de la guardia en Rocaguillerma, pero desearía que no nos encontráramos con alguna sorpresa. Y si los franceses regresaran a Italia, Dios no lo quisiese, de la mano del papa, tened por seguro que ninguno de los españoles de la guardia luchará contra las fuerzas del rey Fernando. Al contrario, tendríais a un puñado de individuos deseosos de ponerse a vuestro servicio y formar parte de vuestras escuadras.

Estancias del papa en Sant'Angelo

—Te estaba esperando.

A poca distancia de los barracones de la hueste, en lo alto del bastión, el pontífice miró a su hijo con frialdad y César se dio cuenta de cuánto había cambiado su padre desde la muerte de Juan. Muchos de los sueños que había tenido se habían esfumado de la noche a la mañana. Las amistades, las alianzas, los enemigos…, todo había cambiado. Si antes el papa mostraba pocos escrúpulos a la hora de hacer política, ahora se había convertido en una verdadera serpiente. Hasta a César le había sorprendido su prudencia, y la manera en la que había encajado la muerte de su hijo predilecto, la forma en la que había acercado a su círculo más próximo a todos sus enemigos, muchos de ellos, los más sospechosos. Todos se aproximaron a él, al principio temerosos, pero luego cayeron en su juego, en su arrepentimiento. Rodrigo de Borgia era otro hombre ahora, y César se dio cuenta de que era más peligroso que nunca. Aunque todavía no mostraba su verdadera cara, César sabía exactamente lo que pasaba por su cabeza y por su corazón. Su padre preparaba la baraja para ganar el juego y acabar así, uno a uno, con todos sus enemigos.

—Todo se ha calmado —sostuvo el papa—. Nápoles, Fernando e Isabel en España, Carlos en Francia, el emperador Maximiliano, los milaneses, los venecianos… Todos parecen haber tomado una pausa.

—Todos menos Savonarola —repuso César.

—Ese fraile ha sido excomulgado, y el tribunal emitirá su veredicto —expuso Rodrigo de Borgia—. Será juzgado en Florencia.

—¿Vas a acabar con él?

Su padre lo miró con seriedad.

—Ahora que las aguas se han calmado al fin, es posible ver el fondo del estanque. Pienso acabar con todos y cada uno de mis adversarios.

César se acercó a su padre y se apoyó en el balcón, a su lado. La noche era fría, y abajo vieron un manto de niebla que se esparcía por el Tíber.

—Me he reunido con Jean de Villiers, el embajador francés en la corte.

—¿Por el escultor Buonarroti? —lo interrumpió César.

Rodrigo desvió la vista hacia la ciudad.

—No solo por eso. El escultor tiene un año para entregar una pieza, eso ya está hablado —musitó el papa sin darle importancia—. Villiers me ha traído dos cartas de la corte francesa con otros asuntos. Secretos de Estado.

César miró a su padre.

—¿Qué decían?

—La primera, que Carlos VIII ha muerto.

César pensó que lo había escuchado mal. El rey era un muchacho joven y sano, y ciertamente orgulloso. De hecho, había rivalizado en juventud y vigor en la guerra con Ferrante, el joven rey napolitano fallecido por unas fiebres. Esperó unos momentos, pero su padre no añadió nada más.

—¿Qué has dicho? —Fue lo único que César atinó a decir.

—Lo que oyes. Se llevó a su esposa, la reina Ana de Bretaña, a su castillo de Amboise para que se recuperara de la pérdida del hijo de ambos que nació muerto y ahí sucedió la tragedia.

—No sabía que se le hubiera muerto un hijo —observó el joven cardenal.

—¿Uno? —señaló el papa con las cejas en alto—. Cuatro hijos, César. El caso es que el rey quiso congratular a su reina y duquesa con un juego de pelota, para animarla por la pérdida, y esa tarde bajó las escaleras del castillo con tanta prisa que se dio en la cabeza contra el dintel de una puerta baja. —César se quedó sin palabras. Rodrigo continuó—: Lo que no pudo el Gran Capitán con sus infantes lo ha conseguido una piedra colocada en su sitio.

—Es increíble —manifestó César, todavía helado por esa noticia—. ¿Qué pasará ahora?

—Eso tiene que ver con la segunda carta —prosiguió Rodrigo—. Carlos, para nuestra fortuna, ha muerto sin hijos que hereden su corona.

—¿Para nuestra fortuna? —repitió César, extrañado.

—La Corona de Francia ha pasado a su primo, Luis de Orleans, que se convierte ahora en Luis XII —le explicó su padre con toda la paciencia del mundo—. El nuevo rey está casado con Juana de Francia. Sin embargo, si quiere conservar el ducado de Bretaña y mantener unido su reino, debe buscar la manera de casarse con Ana de Bretaña, la viuda de Carlos.

—Entiendo —musitó César, que ya veía por dónde iba su padre—. Para conseguir la anulación del matrimonio debe pedir una bula al papa.

—Pero es más interesante que simplemente eso —señaló Rodrigo.

—¿Por qué? —preguntó César con extrañeza.

—Porque Ana de Bretaña le ha dado a Luis un plazo de un año para conseguir esa bula o, de lo contrario, se buscará otro esposo y conservará el ducado para ella. Toda la Bretaña dejaría de pertenecer a la Corona.

César imaginó a Luis XII desesperado por quitarse de encima a su esposa para no perder sus

posesiones territoriales. Imaginó que, en su caso, él habría sido capaz de envenenar a la muchacha con la que estaba casado con tal de conseguir acabar con su matrimonio. Era mucho lo que estaba en juego.

—¿Qué ganamos nosotros con esa disputa? —inquirió el cardenal—. ¿A qué te refieres con eso de «para nuestra fortuna»?

Su padre lo miró con ojos chispeantes.

—Negociar, desde luego.

—¿Negociar el qué?

Rodrigo de Borgia miró a su hijo a los ojos y guardó silencio unos momentos. Era la primera vez desde la muerte de Juan que César lo veía sonreír.

—Escucha bien lo que voy a decir. Carlota de Aragón es una hija ilegítima del rey Fadrique de Nápoles —comenzó el papa.

—La conozco —recordó César—. Es la hermana de Alfonso, el futuro esposo de Lucrecia. Es guapa.

—Bien, me alegro de que te guste —murmuró Rodrigo—. Carlota es, además, dama de compañía de Ana de Bretaña en la corte. He sondeado a Luis a través del embajador Villiers, y podemos decir que el rey de Francia estaría a favor de una alianza entre nosotros, los Borgia, y la Corona francesa.

César no comprendió del todo aquello.

—¿Una alianza de qué manera?

—¡Entre tú y Carlota! —soltó el papa, exasperado—. ¿Quieres escucharme? Os casaréis, y, de esta forma, conseguiremos una triple alianza con Nápoles, contigo, con Lucrecia y con Jofré y Sancha. Además, ganaremos otra alianza con Francia. A cambio de esa bula que anule su matrimonio, Luis está dispuesto a todo: hará lo que sea con tal de casarse con Ana de Bretaña y conservar el ducado bretón.

César sintió que su corazón iba a estallar. Que su padre lo considerara como una pieza en el tablero para una alianza con Nápoles y Francia significaba el fin de su vida cardenalicia.

—¿Qué has pedido a cambio de esa bula de oro?

El papa bajó el tono de su voz.

—Luis elevará a ducado el condado de Valence y serás nombrado duque de Valentinois. Además, el rey te otorgará trescientas lanzas y una sustanciosa renta anual como par de Francia. Se te concederá la Orden de San Miguel.

César vio mil imágenes frente a sus ojos. Lujo y poder. Tendría un título que lo elevaría como uno de los súbditos más cercanos al rey de Francia. Aunque dejara de ser romano y valenciano para pasar a ser francés, era algo que valía la pena por el poder.

—Trescientas lanzas… —repitió César.

Su padre asintió.

—Pasarás de ser cardenal a ser uno de los vasallos más ricos e ilustres del rey de Francia, en una esfera reservada solo para los más grandes del reino. Te necesito, César. Sin Juan y con la Iglesia huérfana de gonfalonero, deberás dar un paso al frente.

César guardó silencio. Le parecía irreal escuchar a su padre numerar los sueños que había tenido toda la vida, siempre a la sombra de su hermano. Ahora, tras la muerte de Juan, se le abría a él la posibilidad de vivir esa vida. Pese a que no deseaba tener un pensamiento mezquino, no

podía evitar alegrarse de la caída del duque de Gandía, porque tras la desgracia se elevaba un nuevo duque. *Duque de Valentinois*. César daba por hecho que su padre se encargaría de convencer al Sacro Colegio para que los cardenales votaran a favor y le concedieran el regreso a la vida seglar y abandonar así el cardenalato. La emoción casi le había robado las palabras.

—Una alianza con Nápoles y otra con Francia nos asegura paz y estabilidad para nuestro territorio, de norte a sur —comentó César.

—¿Paz? ¿Quién quiere paz? —espetó Rodrigo con mal gesto—. Vas a acompañar a Luis a conquistar el ducado de Milán y acabar de una vez con los Sforza.

—¿Luis XII reclamará el ducado de Milán? —repitió César con asombro.

—Sí, lo que oyes —manifestó el papa—. Y lo hará por la línea de los Visconti. Nuevamente el rey de Francia entrará en la península con sus tropas y sus notables, pero esta vez haremos las cosas bien. Nos repartiremos Italia. Francia se quedará con Nápoles, nosotros con la Romaña.

César asintió y poco a poco fue tomando conciencia de toda esa información. Su vida estaba a punto de dar un giro.

—¿Qué debo hacer? —musitó.

Su padre lo miró a los ojos con intensidad.

—Yo me encargaré de preparar a las tropas pontificias. En cuanto regrese el Gran Capitán, nuestras escuadras marcharán a Rocaguillerma a curtirse en la guerra. Cuando sea el momento, te embarcarás hacia Francia. Comandarás a tus lanzas desde el norte como duque y a mis tropas como gonfalonero de la Iglesia. Pronto emitiré una bula para anular todos los tratados de vasallaje con cada uno de los señoríos y tú, mi querido hijo, conquistarás cada plaza de la Romaña en mi nombre, desde Viterbo a Forlì, a fuego y sangre.

Fortaleza de Ravaldino, Forlì

El día antes de partir a Florencia, Tristán estaba sentado en el patio de armas del castillo, frente a los huertos de la condesa. Allí se extendían varias filas de plantas medicinales y algunas especias exóticas y aromáticas, regalos de señores y amigos ilustres de la dama de Ímola. Violante estaba con María y Jimena. La extremeña había hecho buenas migas con la boticaria. Violante, que contaba con una renta de la señora, les había ofrecido a María y a Jimena ser sus ayudantes y ambas habían aceptado de buena gana. La vida en Ravaldino, aunque fuera una fortaleza, era más tranquila que en Roma.

Tristán observó el otro lado del patio y vio a una escuadra de los *brisighelli*, que hacían prácticas con espadas y alabardas. Se trataba de un grupo de mercenarios al mando de Dionisio Naldi, un veterano de las guerras del sur. Violante le había contado que esos hombres la habían encontrado a ella en el camino desde Florencia. Decían que, gracias a su carisma, había logrado convencer a Caterina Sforza para contratar a esa compañía de fortuna y que esa era la razón por la que los hombres de armas sentían tanto aprecio hacia la muchacha. «*No es cierto que hiciera nada*», reconoció Violante la noche anterior. Sin embargo, los hombres preferían otra historia. Todos la saludaban al pasar, la mayoría la llamaban «la boticaria del castillo», y eso había derivado en «Violante, la del bosque» o «Violante, la del castillo».

Tristán y Diego habían decidido descansar un día y partir al amparo de la noche. El joven

quería averiguar todo acerca del Toscano y cumplir con su misión. Anhelaba hablar con la boticaria y, en cierto modo, sentía la necesidad de decirle la verdad y confesarle que no era nadie en realidad y que no pertenecía a ninguna familia importante. Era un simple escudero.

Esa tarde, antes de partir, Tristán fue a la sala de alquimia. El lugar estaba envuelto en una densa niebla, iluminado con las velas. El aire estaba impregnado de un aroma dulce y penetrante, mezcla de hierbas y especias. En el centro de la estancia había un gran caldero de cobre, burbujeando sobre un fuego ardiente. Violante estaba al otro lado de la mesa, envuelta en efluvios.

Tristán no quiso interrumpirla hasta que ella misma se acercó a él con la obra de Dante en las manos. Apoyó el libro sobre la mesa. Tristán se deleitó al verla. Su rostro y su piel brillaban de sudor por el calor de los fuegos.

—Esto… no es fácil para mí —murmuró la joven.

—¿Ha ocurrido algo? —Tristán se aproximó un poco a ella y amagó con coger su mano. Fue ella la que dio el paso, y Tristán no dudó en sostenerla.

—Me encuentro entre la espada y la pared, caballero Tristán —se explicó, temblorosa—. Soy una recién llegada a esta corte, no me queda nada en la vida, no quiero cometer errores y perder lo único que tengo. Aunque mi señora Caterina se haya mostrado generosa, conozco bien sus cambios repentinos de humor. Sé que suele ser implacable ante cualquier muestra de traición.

—¿Traición? —Tristán se acercó más a ella para poder susurrarle—: No quiero que tengáis la necesidad de arriesgar nada.

—No lo entendéis, caballero —repuso ella—. Vos sois castellano, aquí las cosas son de otra manera. No puedo ir en contra de lo que piensa mi señora Caterina…

—¿Qué sucede? —preguntó Tristán.

Violante posó sus ojos claros en los del joven.

—He sabido que el confesor y principal consejero de mi condesa es el prior del convento de San Marco de Florencia.

A Tristán le cambió la cara.

—¿Savonarola?

Violante asintió.

—Sé lo que me habéis contado, y he decidido mantenerme en silencio. Pero ¿hasta cuándo podré mantener el secreto? Aunque yo no acepte las ideas de ese hombre ni las comparta, no puedo ir en contra de los deseos de la única persona que me ha acogido.

—No creo que vos hayáis hecho nada malo. Además, todos somos libres de pensar lo que queramos en nuestro interior.

La boticaria lo miró a los ojos. Tristán no había soltado su mano.

—Eso mismo decía mi maestro.

—¿Entonces? —insistió Tristán—. ¿Cuál es el problema?

—Los espías de mi señora han traído información. El papa ha enviado una comisión para juzgar a Savonarola. Si todo esto que hablamos acerca de los círculos y las notas del Toscano es cierto, entonces ese hombre corre un grave peligro. Si no hacemos o decimos nada, en cierto sentido estamos siendo cómplices de este hecho. Y yo, de algún modo, siento que traiciono a mi señora. Eso es lo que me aflige.

Tristán no apartó la mirada de ella.

—No comulgo con las ideas de ese fraile, pero busco acabar con el Toscano y evitar que siga habiendo muertes. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance por defenderlo. Nos iremos esta misma tarde.

Violante apretó la mano del caballero, y en ese momento ella pareció darse cuenta de que llevaban todo ese tiempo sujetándose. Se apartó con delicadeza y regresó al libro.

—Si es así, entonces decidme qué es lo que necesitáis.

Tristán tuvo ganas de acabar con aquella historia de una vez.

—Los círculos que faltan por completar.

Violante abrió el libro y rebuscó entre sus páginas. Su actitud había cambiado, y se mostraba más reservada ahora. Tristán imaginó que estaba llena de preocupaciones.

—Es difícil de definir —dijo con expresión seria—. El sexto círculo es el infierno de los herejes. A partir de aquí el abanico se abre y es más complejo, puesto que cada círculo abarca más cantos y más faltas y afrentas. Sería casi imposible adivinar una posible víctima. Podría ser cualquiera.

—Entiendo.

—El séptimo círculo es para aquellos que son considerados violentos —prosiguió la boticaria —. Aquí caben los tiranos, suicidas, blasfemos, usureros.

Tristán cerró los ojos tratando de dilucidar quiénes serían todos aquellos señores que podían ser acusados de alguno de aquellos pecados. Lamentablemente, Violante tenía razón. En ese saco cabían todos los hombres de Italia.

—El octavo círculo es el de los engañosos, es decir, rufianes, seductores, ladrones, hipócritas, falsarios, lisonjeros, mentirosos.

A Tristán le asombró aquella escala pecaminosa.

—¿Para Dante era más grave una mentira que un acto violento?

Violante asintió con un brillo en los ojos.

—Siempre lo ha sido, caballero. Y cuando una mentira es grave, se vuelve una traición.

El joven sintió una lanzada en el corazón. Tuvo el impulso en ese preciso momento de decirle que él no era un caballero, que no era más que un muchacho castellano que un azar belicoso lo había empujado a la Romaña, en mitad de aquella intriga, y que había tenido que inventarse esa historia para ser recibido por la dama de Ímola y por ella.

Violante giró las páginas hasta el Canto Trigésimo Segundo.

—El noveno círculo es el lugar más profundo y oscuro del inframundo. Es un lago congelado que representa el reino de los traidores. Las almas que habitan aquí están sumergidas hasta el cuello en hielo, eternamente congeladas en diferentes posiciones según la gravedad de su traición. —Violante pasó más páginas y continuó—: El viento sopla continuamente, y hace que el hielo se quiebre con un ruido aterrador. En medio del oscuro lago pueden verse los rostros de tres gigantes. Lucifer, el ángel caído, bate sus alas y crea una brisa gélida que envuelve a todas las almas. Es un lugar desolado y terrorífico que encarna el castigo definitivo para los traidores.

Herejes, violentos, engañosos y traidores. En ese orden. ¿Quiénes serán las próximas víctimas?, pensó el joven.

Violante regresó al caldero humeante y agregó más ingredientes. Luego volvió a mirar a Tristán.

—Yo intentaré crear el veneno ámbar del Toscano. Me llevará tiempo, aunque intuyo cuáles

son sus componentes. Os prometo que lo tendré a vuestro regreso.

Tristán notó que su corazón se cubría de una sombra oscura, como si parte de él se ocultara tras el velo de la desesperanza y el desánimo. Hizo un ligero gesto de despedida con la mano y se dirigió a la puerta. Entonces la boticaria volvió a llamarlo una última vez.

—Tened cuidado —le rogó—. No me perdonaría si os sucediera alguna cosa.

Tristán sintió que sus palabras lo inundaban de valor.

—Volveré —prometió el joven.

Ella le devolvió una última mirada. Luego se giró y abandonó la sala.

20

Taller del maestro Del la Croce, Florencia

La lluvia no daba tregua, como si aquel escenario anunciara la tragedia que estaba por acontecer. Se resguardaron de la intensa lluvia bajo un portal, con las monturas. Estaban frente al viejo taller abandonado de Jacopo della Croce. Tristán miró a Paredes con ojos brillantes y extrajo una llave de su bolsillo.

—La boticaria me ha dado la llave de la puerta de atrás.

—Buen chico.

Dieron la vuelta a la calle y hallaron una puerta de doble hoja. Tristán abrió con un crujido. Se apresuraron a meter a los caballos en el interior.

Los meses de desuso habían dejado su huella en las paredes de aquel sitio, ahora cubiertas de moho y humedad, y en el suelo, cubierto de polvo y restos de materiales de trabajo. Los grandes ventanales que alguna vez iluminaron el espacio estaban rotos y tapados con tablas de madera, hasta quedar el taller a oscuras. Dentro, se respiraba un aire lúgubre. Los viejos muebles de trabajo estaban cubiertos de polvo y telarañas, esparcidos por doquier, mientras que los restos de materiales y herramientas abandonadas daban una sensación de olvido y de pillaje. Sin embargo, a pesar del estado deplorable en el que se encontraba el lugar, aún se podían ver algunos detalles que denotaban su pasado artístico, como restos de pintura y pigmentos en las paredes, así como algunos restos de moldes y esculturas en las esquinas. También había lienzos cubiertos con telas. Paredes y Tristán tuvieron la sensación de que aquel lugar alguna vez estuvo lleno de vida y creatividad. Ahora solo se podía sentir la presencia de la decadencia y el olvido.

Tristán les hizo sitio a los caballos. Paredes encendió un fuego en el suelo y echó algunos palos para dar calor a la sala, que pronto se les antojó una iglesia abandonada.

—La comisión de Savonarola ha llegado a la ciudad —dijo Diego—. Creo que eran esos hombres que hemos visto en la plaza de la Signoria.

—Eso parece —comentó Tristán—. La ciudad está dividida. Se respira un ambiente adverso.

—No sabré mucho de política, pero es fácil imaginar que la gente está cabreada —murmuró Diego.

En efecto, sus detractores se habían reunido a las afueras del Palazzo Vecchio, con antorchas. Florencia era un lienzo mojado que vivía en la incertidumbre del clima político heredado de Savonarola. El fraile dominico se había convertido en uno de los líderes más influyentes de la

ciudad; predicaba contra la corrupción y el lujo excesivo de los gobernantes de Florencia y del papado y se había ganado el apoyo de una gran parte de la población. Luego vinieron los días oscuros. La atmósfera de las calles se volvió turbia cuando Savonarola comenzó a imponer la quema de libros y de objetos considerados paganos y licenciosos. Su hoguera de las vanidades.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Tristán pasando a otra cosa.

Diego sacó varias provisiones de su bolsa.

—Reponer las fuerzas eirá echar un vistazo a la plaza.

Comieron en silencio, y ambos agradecieron el calor de la pequeña hoguera. Fuera llovía de manera persistente, y el viento golpeaba los postigos de madera de las ventanas. Transcurrió un rato en el que cada uno estuvo inmerso en sus pensamientos. Tristán tuvo tiempo para rememorar a Violante y las horas de conversación que había tenido con la boticaria. En ese momento, Diego echó una ojeada a su compañero.

—¿Por qué haces esto?

—Es complicado —respondió Tristán.

—¿Qué es lo complicado? ¿Tu padre?

—Algo así. Creo que piensa que no estoy preparado para cumplir una misión como esta. Desde siempre he tenido que rebelarme contra sus órdenes para demostrarle mi valía. Recuerdo la toma de Laurino. Me ordenó que no portara armas, me dijo que yo no iba a combatir.

—Eras el primer escalador, ¿no es así?

Tristán asintió con desgana.

—Fui el primero en subir y en matar a un francés. Por suerte llevaba un cuchillo escondido en el jubón.

Diego se sonrió.

—Lo harás bien. Don Gonzalo confía en ti. Estoy seguro de que tu padre también.

Ambos se miraron un momento sin hablar.

—¿Y tú? ¿Por qué haces todo esto?

Diego se encogió de hombros. Pensó en Trujillo, en Marina, en su vida anterior. Todo aquello parecía haber quedado atrás.

—Creo que simplemente lo hago por mi hermano —reconoció.

En esa noche lluviosa la plaza de la Signoria, frente al Palazzo Vecchio y a la imponente torre de Arnolfo, era el escenario de una manifestación caótica. Había tomado la plaza una multitud enfurecida armada con antorchas, palos y otras armas improvisadas, y gritaban consignas contra Girolamo Savonarola, el líder religioso y político. La atmósfera estaba cargada de rencor y odio. La gente exigía la detención de Savonarola y su condena por sus políticas represivas y la censura. Mientras, los guardias de la ciudad se mantenían nerviosos alrededor del palacio, tratando de mantener la calma mientras la multitud se agitaba cada vez más. La lluvia torrencial que caía sobre los adoquines oscuros solo aumentaba la sensación de tensión, como si la naturaleza misma estuviera presagiando un evento trágico.

Paredes y Tristán se acercaron y preguntaron a algunos hombres lo que estaba sucediendo. Uno de ellos les comentó que la mayoría pertenecían a los *palleschi*, el bando que estaba a favor del regreso de los Médici a la ciudad, y que exigían a la comisión enviada desde Roma que tomara cartas en el asunto y ajusticiara a Savonarola en público y cuanto antes.

—Además —les señaló el individuo casi a gritos, entre la multitud—, se ha corrido la voz de

que el rey de Francia ha muerto. Savonarola ya no tiene apoyos, y Florencia merece su venganza.

El hombre se alejó mientras gritaba consignas con sus compañeros. En ese instante, un sujeto corpulento, que llevaba una antorcha en las manos, se subió a unos escalones y gritó a la masa:

—¡No tenemos por qué esperar a que esa comisión inútil lo juzgue mañana! ¡Hagámoslo ahora! —los exhortó—. ¡Marchemos a San Marco y quememos a ese hereje!

La multitud se encendió como una mecha. La gente respondió con gritos y vítores. Pronto la masa comenzó a moverse hacia la vía Larga, una de las principales de la ciudad, la que unía la plaza de la Signoria con la catedral.

—¡Capitán! —gritó Tristán.

Diego vio en la dirección que señalaba el muchacho, y vieron la figura oscura de un encapuchado vestido con hábitos de monje que cruzaba la plaza a toda prisa. Paredes lo reconoció. Era el monje que había intentado asesinar a María. Tristán lo contempló durante un instante antes de correr en su dirección; sin embargo, la masa los detuvo.

—¡Apartaos! —gritó Paredes en castellano de la mala leche.

Los *palleschi* marchaban juntos a paso firme por la plaza hacia la vía Larga, sin dejar de soltar proclamas e insultos contra Savonarola y los suyos.

—¡Me cago en vuestros muertos! —Paredes empujó a un grupo de hombres para abrirse paso y recibió un rosario de insultos.

Tristán lo siguió. Cuando consiguieron volver al sitio donde habían visto al monje no vieron rastro de él.

—Maldita sea.

—Vamos —lo instó Diego—. Tenemos que llegar al convento de San Marco antes de que lo haga la multitud.

Siguieron a la masa, que marchaba casi en formación cerrada, mientras trataban de abrirse paso. Las antorchas reflejaban en las paredes de los edificios las sombras de las armas improvisadas y los palos que portaban. Tristán supo que no llegarían a ningún sitio a ese ritmo. Cuando alcanzaron al fin la plaza del Duomo, en la catedral, Paredes y Tristán se desviaron a la derecha y cogieron una callejuela paralela que se llamaba vía Cocomero y que conectaba con San Marco. Desde allí vieron que podían adelantar a la masa. Corrieron por la calle vacía hasta desembocar en la plazoleta frente al convento de Savonarola.

—Ahí está —masculló Paredes.

El capitán señaló una figura negra y encapuchada que justo escalaba el muro y se perdía en los tejados, detrás de la fachada del edificio, como una sombra.

La plaza frente a San Marco estaba bañada por la luz de las llamas del convento. La muchedumbre había quemado las puertas y no había tardado en asaltar las estancias de la congregación y en hacer pillaje. Los frailes luchaban con armas improvisadas y trataban en vano de retener a los *palleschi* y a todos aquellos que estaban a favor de los Médici y ansiaban la muerte de Savonarola y de sus seguidores. Todo eran gritos, muerte y horror.

Tristán divisó unas ventanas que estaban en una posición más elevada en una callejuela lateral. Trepó el muro, apoyándose en las rejas de las primeras ventanas, y alcanzó la planta superior. Rompió las cristaleras con el pomo de su espada. A continuación, estiró la mano para ayudar a subir a Paredes. Los dos se colaron en una habitación a oscuras, que semejaba un almacén. Paredes adelantó al chico y fue en primer lugar.

Abrió la puerta y vieron un pasillo ancho y largo.

—Son las celdas —murmuró Tristán.

Abajo se oía un griterío tremendo. Al parecer, el claustro estaba lleno de gente, y los frailes se mostraban dispuestos a dar su vida con tal de proteger su convento y a su prior.

Escogieron una dirección y doblaron a la izquierda. El corredor estaba lleno de celdas para los monjes. El pasillo tornaba hacia la derecha y continuaba hasta el final, donde volvía a girar. Cuando habían recorrido menos de la mitad, un grupo de frailes los señaló y dio voces de alarma. Los frailes se intimidaron ante el porte y la espada de Paredes.

—Diles que no venimos a matar a su prior —bramó Diego.

Tristán les habló en toscano como buenamente pudo.

—¡Tenéis que sacar de aquí a vuestro líder!

Uno de los frailes, un muchacho joven, se armó de valentía y fue el que les habló.

—No tenemos salida: los *palleschi* han tomado el claustro —soltó con desespero—. No hay manera de escapar. Dios nos ha abandonado.

Paredes miró a Tristán.

—Vamos a sacarlo por la ventana de nuestra celda —señaló el capitán.

Tristán se dirigió al monje.

—Venid con nosotros; os diremos por dónde salir.

Los frailes se miraron y se dieron cuenta de que no tenían más opciones. Rápidamente uno de ellos fue hasta el final de las celdas y llamó al último grupo de monjes. Uno de ellos era Girolamo Savonarola. Era evidente que no quería abandonar su convento y que su orgullo le impedía escapar como un ladronzuelo, pero era la única manera de salvar la vida. Diego lo miró a los ojos y se dijo que el papa lo cubriría de oro si le arrancaba la cabeza y se la llevaba a Roma en una cesta. Pero de nada serviría aquello si aquel hombre resultaba no ser el Toscano y el único agravio cometido había sido el de soltar cuatro discursos rancios contra los Borgia y los Médici.

Tristán y Paredes los guiaron hasta la celda por la que se habían colado. En ese momento oyeron el ruido de una muchedumbre que se precipitaba por el pasillo. Tristán acabó de romper las ventanas y comenzó a ayudar a los monjes a subir y a escapar hacia el exterior.

—¡Vamos! —gritó para que se dieran prisa.

Diego estaba en medio de la celda, rodeado de monjes, cuando vio aparecer a un grupo armado con palos y antorchas. No podía moverse. Los monjes, presa del pánico, empujaron hacia la ventana con la intención de huir. En aquel caos, algunos se fueron de bruces al suelo y otros trataron de salvar la vida, desesperados. Paredes tropezó con un cuerpo y fue engullido por la masa. Notó que una docena de hombres pasaban por encima de él, cuando sintió un golpe en la cabeza.

Todo fue silencio y oscuridad.

Paredes abrió los ojos y notó su propia sangre en el suelo. Estaba aturdido, con un tremendo dolor en el hombro, y apenas podía moverse. Seguía tumbado en la celda de San Marco. Vio de forma borrosa a varios hombres yendo y viniendo por el convento, dando gritos. No quedaba nadie en la sala, solo cuerpos inertes desperdigados por doquier. La luz del fuego en el claustro le dijo que no había pasado demasiado tiempo desde que había perdido el conocimiento. La segunda planta se había llenado de saqueadores que buscaban a los frailes en sus habitaciones.

Paredes hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso en pie. Entonces descubrió a Tristán en el

suelo. Diego se arrodilló ante él.

—Vamos, chico, no me hagas esto… —dijo Diego sosteniendo el rostro del muchacho con las manos. Tenía un corte en la cabeza y el rostro lleno de magulladuras. En ese momento, Tristán hizo un espasmo y tosió—. Tristán —soltó Diego.

Poco a poco, el joven recuperó la consciencia. Se llevó una mano a la nuca.

—Estoy bien.

Paredes hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Luego ayudó al muchacho a levantarse. Tristán recuperó su espada, que había quedado debajo de él.

—¿Qué pasado? ¿Han conseguido huir?

Diego no tuvo respuesta para eso. Fuera del convento, se oyó a la gente gritar y lanzar exclamaciones. Algo importante había sucedido.

—Tenemos que salir de aquí —masculló el capitán.

Fueron hacia la escalera, sosteniéndose mutuamente a causa del dolor y de las heridas. Salieron del convento justo cuando apareció la guardia de la ciudad. Las calles estaban envueltas en una extraña atmósfera, casi de celebración. Fuego, violencia, muerte, venganza. Florencia parecía haber recuperado algo que había perdido hacía mucho tiempo. Diego y Tristán anduvieron por las calles a duras penas y lograron llegar a la plaza del Duomo. Allí, frente a la catedral, descubrieron a una masa enfervorizada. En el centro, los *palleschi* habían encontrado a Savonarola y a sus frailes. Nadie perdió la oportunidad de obsequiarle una patada o un escupitajo. Docenas de hombres arrastraban a un grupo de frailes con los hábitos raídos por las calles de la ciudad, entonando cánticos y lanzando proclamas de celebración. Florencia parecía haber perdido la cordura.

—Dios mío —soltó Tristán.

Los dos siguieron a la procesión que fue a parar al Palazzo Vecchio. La gente gritaba «¡*Muerte al hereje*!» y otras sentencias llenas de venganza y rencor. Savonarola alcanzó el palacio hecho un despojo, al igual que sus compañeros frailes. Algunos no podían ni mantenerse en pie, otros habían perdido la consciencia. La guardia del castillo relevó a los *palleschi* y se llevaron a Savonarola y a sus acólitos al *alberghetto*, uno de los terribles calabozos en lo alto de la torre de Arnolfo. El destino de Savonarola estaba escrito. El monje había acudido a por Savonarola a Florencia, el sexto círculo de su lista, lo que significaba que la boticaria había acertado en su predicción.

Plaza de la Signoria

Los guardias de la ciudad, nerviosos y expectantes, mantenían a la multitud a una distancia prudente de la tarima, mientras el cielo se oscurecía y el ambiente se volvía cada vez más opresivo. Seguidores y detractores gritaban enloquecidos y los murmullos de rencor y odio se extendían por toda la explanada. La plaza se había convertido en un lugar de dolor y amargura, donde la presencia de la muerte se hacía sentir en cada rincón y en cada alma, y la multitud, en un estado de euforia y exaltación, esperaba impaciente la ejecución del hombre que había mantenido en vilo a toda la ciudad.

Paredes y Tristán compartían un mismo sentimiento de derrota. Aunque nada tuvieran que

ver en aquel proceso y supieran de sobra que las acciones de Savonarola los habían llevado hasta ese callejón sin salida, no podían dejar de pensar que, de un modo u otro, el Toscano había vuelto a salirse con la suya. Habían sido incapaces de vencer al monje, y el hecho de que no hubiesen podido ayudar a Savonarola a huir de San Marco los llenaba de un sentimiento de pesar por no haber podido socorrer a ese hombre.

Por lo poco que pudieron averiguar, su juicio fue corto. Una farsa. Se le acusó de los cargos de herejía, basado en algunas proclamas proféticas incumplidas y en promesas que jamás se efectuaron —como la de caminar sobre las brasas—, y el tribunal consideró un acto imperdonable el de poner a prueba a Dios. Lo cierto era que el prior de San Marco había perdido el apoyo de Francia tras la muerte de Carlos. Abandonado a su suerte, había conseguido el poder el partido de los *palleschi*, que estaban a favor del regreso de los Médici y de restaurar la gloria de la ciudad.

Pasados unos momentos, se abrieron las puertas del palacio y unos guardias salieron en formación empuñando sus alabardas. Todo el mundo comenzó a vociferar. Detrás se vio a los Battuti Neri —o los Negros—, la cofradía más famosa de la ciudad, y a la Compagnia di Santa María del la Croce al Tempio, cuya ocupación era la de asistir a los condenados a muerte en sus últimas horas. Los monjes encapuchados vestían un hábito completamente negro, y apenas podía verse nada de su cuerpo. Tras ellos, apareció Girolamo Savonarola y sus dos compañeros frailes condenados junto a él.

La multitud enloqueció y lanzó a la pasarela un sinfín de cosas, desde hortalizas a escupitajos, y profirió insultos a Savonarola. Este, al igual que sus compañeros, vestían túnicas blancas, desprovistos de cualquier ornamento. Previamente habían sido degradados por el tribunal del obispo. A su paso por el puente, un grupo de niños que estaban bajo la madera les golpeó con palos en los pies.

Delante salieron los jueces del tribunal, y todo estuvo preparado para la ejecución. Primero fueron los dos frailes compañeros del prior. Por separado, le pasaron la soga al cuello al primero, lo subieron a un taburete y, sin aviso, lo empujaron. Su cuerpo se balanceó y se agitó como un pez fuera del agua. El fraile se retorció en vano hasta asfixiarse. El proceso fue rápido. Quitaron el cuerpo, que lo pusieron sobre la pira, mientras otros dos guardias cruzaban la soga en el cuello del segundo fraile. Fue ahí cuando uno de los Battuti Neri que acompañaban a los condenados le ofreció a Savonarola un trago de su bota. Uno de los guardias trató de impedirlo, pero el negro le pidió compasión. Los jueces accedieron. Incluso Cristo había sido refrescado en su vía crucis. Al segundo fraile lo empujaron del taburete, y no consiguieron partirle el cuello de primeras. El hombre luchó con todas sus fuerzas por respirar, pese a que tenía las manos atadas a la espalda. Se movió y se retorció hasta perder el conocimiento. Entonces, tal vez fruto de la impresión, Savonarola perdió el equilibrio. Dos guardias lo sostuvieron por los hombros. En la parte más cercana a la pasarela se oyó un murmullo. Cuatro brazos fuertes alzaron al prior y otro le puso una soga al cuello. No hizo nada. Tampoco se movió. Cuando tiraron el taburete, su cuerpo se balanceó inerte, sin más contienda.

Los negros hicieron una última bendición y se retiraron de la pasarela en fila. A continuación, los guardias colocaron el cuerpo de Savonarola en la pira, junto a los cadáveres de sus compañeros. Con una antorcha larga, uno de ellos encendió la pira de madera desde el centro. En menos de un avemaría, aquella montaña de palos y pólvora estalló y ardió como una bola de fuego. Una columna de humo se elevó al cielo.

La multitud gritó de impresión.

Paredes y Tristán estaban el uno junto al otro, de brazos cruzados, contemplando el macabro espectáculo. En ese momento, vieron aparecer a un crío descalzo a su lado. El huérfano tendría seis o siete años. Tiró de la manga de Paredes.

—*Capitano*.

Diego entornó la mirada.

—¿Cómo sabes que soy capitán?

El niño le entregó un mensaje enrollado.

—Esto es para usted —murmuró.

Paredes lo cogió de la camisa raída que llevaba y lo miró a los ojos.

—¿Quién te ha dado esto? ¡¿Eh?!

El crío se zafó de Diego y se alejó entre la muchedumbre.

Paredes abrió el mensaje con rapidez y lo leyó.

«VI
Oh, buen toscano, que cruzas vivo la ciudad del fuego,
ten la bondad de quedarte en este lugar».

Tristán alzó la vista hacia la pasarela. La pira ardía con violencia a un lado. Al otro, en medio de los Battuti Neri, varios monjes permanecían detenidos. Uno de ellos le llamó la atención al joven, oculto su rostro bajo una capucha negra. Tristán se sintió observado, como si pudiera ver los ojos del monje clavados en él. Le hizo un gesto a Paredes. El capitán levantó la vista del pergamino y, al ver el grupo de encapuchados, debió de pensar lo mismo que él. «*Alguien nos observa*». En ese momento, la cofradía dio una orden y todos los monjes comenzaron a moverse de regreso al interior. Aquel sujeto pareció que los miraba una última vez antes de desaparecer entre los corredores del viejo palacio.

21

Campamento de la hueste aragonesa, Roma

El final de la guerra estaba próximo. Un jinete cruzó la explanada dando voces con las instrucciones del Gran Capitán. Levantar campamento y formar. Eran cerca de mil quinientos infantes y quinientos caballeros. Pronto se oyeron el murmullo de la hueste estableciendo las escuadras y el ruido del acero y de las lanzas. También el de los carros tirados por pajes y criados, aunque estos eran pocos, puesto que don Gonzalo prefería moverse con rapidez a través de los caminos. El olor de la muchedumbre y de las docenas de hogueras extinguidas le recordó a Alfonso de Rueda el aire de la campaña.

A su lado, frente al contingente pontificio, estaba Álvaro de Paredes, acompañado de Urbina, Vargas y Zamudio, los españoles de la guardia. El trujillano sabía que el alférez estaba profundamente disgustado con su capitán, pero no tenía la confianza con él como para hacer ningún tipo de comentario. Desconocía el tipo de amistad que unía a Gonzalo de Córdoba y a Alfonso de Rueda, ni sabía cuánto tiempo llevaban compartiendo la guerra. Tampoco sabía bien los motivos. Lo que estaba claro era que don Gonzalo había decidido mover a sus tropas y salir de Roma con premura. Ansiaba acabar de una vez por todas con el último bastión que resistía a la autoridad de Fadrique.

Zamudio y Vargas discutieron sobre la guerra y Espínola, del grupo de los escaladores aragoneses, les dio su opinión sobre Rocaguillerma. Espínola, como el resto de los de la escuadra de Rueda, habían participado en muchas acciones como la que iban a efectuar las próximas semanas. Les hizo un resumen de la guerra y de los movimientos del ejército francés en Nápoles.

—Es absurda la postura de Rocaguillerma —comentó Álvaro cuando acabó.

—Está por ver si se trata de una postura de su gente o de su barón —observó Espínola.

Rueda pareció volver de un lugar muy lejano.

—Resisten porque creen que el rey de Francia volverá y que sabrá recompensar la lealtad de su gente —explicó el alférez con un gesto serio.

—No tienen ninguna posibilidad frente a esta hueste y nuestro contingente pontificio —soltó Vargas, orgulloso.

Rueda alzó las cejas.

—Eso es porque no has visto Rocaguillerma, Vargas.

—¿Qué tiene de especial? —espetó el alabardero pontificio.

—Es una fortaleza enclavada en un acantilado —señaló Rueda con frialdad—. Resulta casi imposible de tomar y sus habitantes lo saben y sacan pecho por ello. Han resistido toda la guerra.

En ese momento los interrumpió el viejo Pizarro.

—¿Qué posición tomará la guardia en la marcha? —inquirió el cabo de escuadra.

Álvaro miró primero a Rueda antes de contestar.

—Detrás de los escaladores.

Pizarro se marchó a dar las indicaciones.

De este modo, la hueste conjunta de aragoneses y mercenarios pontificios se puso en marcha. Rocaguillerma se encontraba a poco más de un día y medio de Roma, en dirección sur. Rueda había enviado hacía unas semanas a algunos exploradores para tomar notas sobre la zona y Gonzalo de Córdoba se había apresurado a enviar a su artillería con una escolta nada más llegar desde Bracciano. Esperaba tomar aquella plaza por medio de una negociación y proseguir el viaje al sur, donde lo aguardaban Fadrique y los festejos de la guerra en Nápoles. Tanto Gonzalo como el resto de la hueste ansiaba dar por finalizada una campaña que se había hecho larga y regresar a España. Aquel intervalo de servicio al papa había hecho mella en el cansancio de los hombres.

Aunque su escuadra marchaba por detrás, Álvaro hizo parte del viaje en compañía de Rueda y de los aragoneses. Le preguntó al alférez acerca de la toma de plazas y tanto él como Viñolas o Espínola —escaladores veteranos— le contaron historias de Calabria y del desastre de Seminara en 1495, cuando Gonzalo de Córdoba se dejó arrastrar por las decisiones del fallecido rey Ferrandino y fueron aplastados por la caballería francesa a campo abierto. Desde entonces, las operaciones de la hueste aragonesa se contaban por victorias. Álvaro pensó para sus adentros que ese era el sitio en el que él y su hermano debían estar y no en aquel nido de víboras llamado Vaticano. Las guerras de purpurados, de hombres con despacho, eran las peores y parecían no tener fin. Le alegró imaginar que, si los rumores eran ciertos, Diego y él serían parte del ejército pontificio en los movimientos próximos que estaban por sucederse en el norte de Roma. Pero ¿qué pasaría si el papa volvía a aliarse con Francia? ¿Lucharían con los franceses o, de lo contrario, serían fieles a su nación, como le había dicho a don Gonzalo?

Estas preguntas persistían en la mente de Álvaro, mientras su cabeza daba vueltas pensando en Diego y en su misión en Florencia. Más allá de lo que mandara la comisión secreta de los cardenales Sensi y Carvajal, él debía hacer frente a las obligaciones de la guardia. Con o sin Diego, Álvaro era uno más de los capitanes, condotieros y mercenarios que formaban parte del contingente pontificio. Su destino estaba ligado a las decisiones del papa.

Tras un día entero de marcha, la hueste se detuvo a un lado del camino y montó un campamento provisional. Estaban a poca distancia de Rocaguillerma, donde las escuadras de artillería y un contingente de infantes del rey Fadrique los esperaban. Gonzalo de Córdoba se apresuró a enviar a dos mensajeros a caballo para informar de que el ejército se hallaba a pocas horas de marcha y que llegarían al día siguiente a mediodía. Algunos protestaron por las condiciones en las que iban a dormir —al raso—, en especial los mercenarios pontificios. El resto de los infantes aragoneses estaban habituados a que Gonzalo de Córdoba decidiera no pedir hospedaje en ninguna población. El capitán general sabía de las malas prácticas de la hueste; se solía abusar de la hospitalidad y no tenía tiempo que perder dictando justicia entre los suyos.

Esa noche, Alfonso de Rueda permaneció con su gente y compartió con ellos el calor de una hoguera. Estaba más callado que de costumbre, y ninguno quiso entrometerse, aunque muchos se

imaginaban lo que pasaba por la mente del alférez. Era la primera acción de la guerra en la que no estaba en compañía de su hijo Tristán.

Poco después, un paje se acercó al grupo de los escaladores y fue hasta Rueda. Traía un mensaje para él. El capitán general lo esperaba en su tienda. El alférez siguió al muchacho y ambos cruzaron el campamento hasta donde don Gonzalo había levantado su entoldado. Rueda accedió antes de ser anunciado.

Gonzalo estaba frente a un cofre inspeccionando dos copas de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Se giró un momento al verlo llegar.

—Obsequios de Su Santidad por nuestros servicios —le explicó, y volvió la vista a las copas —. He decidido enviar todos los regalos que me ha dado el papa a nuestros reyes, para que no se malinterprete ningún trato de favor del pontífice hacia mí.

Rueda estaba de pie, con las manos atrás, y no dijo nada.

—¿Qué sucede? —indagó Gonzalo al advertir su actitud.

Rueda le devolvió un gesto frío. Gonzalo le señaló una silla.

—Quiero que compartas una copa conmigo —señaló el capitán.

—Preferiría no hacerlo esta noche.

Gonzalo dio unos pasos hacia su compañero y lo miró a los ojos.

—¿A qué viene ese tono cortante? ¿Es por Tristán? —La expresión de Rueda se hizo más dura, como si hubiese hurgado en la herida. Gonzalo tomó asiento frente a él—. Puedes hablar, Alfonso. Soy tu compañero antes que tu capitán.

Rueda no pudo ocultar más su disgusto.

—Sabías que no conseguiría cumplir con esa misión a tiempo —lo acusó en voz baja—. Sus instrucciones eran imprecisas, y has puesto a mi hijo al servicio de otro capitán cuya manera de trabajar desconocemos.

—No es cierto que no conociera a Diego de Paredes. Tú mismo combatiste con su padre en Granada. Es un hombre de honor —repuso Gonzalo.

—Aunque Diego y Álvaro se comporten como unos señores, eso no justifica que la tarea asignada sea imprecisa. Ni siquiera los miembros de la comisión saben a lo que se enfrentan. He tenido tiempo a conocer parte de los entresijos del Vaticano. Puedo asegurarte que Tristán se encuentra rodeado de hienas.

Gonzalo se cruzó de brazos. A diferencia de su amigo, permanecía tranquilo sobre la silla. Rueda cogió un taburete y se sentó frente a él para discutir aquello en voz baja. Ambos sabían que no era prudente que los infantes de la hueste les oyeran dar gritos, por lo que procuraban mantener aquella pelea con discreción.

—Me molesta que desconfíes de mis órdenes —reconoció el Gran Capitán.

Rueda frunció el ceño.

—¿Cuándo me he quejado? —inquirió—. Ni siquiera cuando te vino a la cabeza acometer esa locura de Laurino ni cuando atacamos a los cuadros de piqueros suizos. Siempre he confiado en tus órdenes, Gonzalo, porque siempre he creído en ti.

—¿Y por qué razón es diferente esta vez?

—Porque se trata de mi hijo.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Aunque sea tu hijo, Alfonso, estamos hablando de un hombre. Le he asignado una misión

en compañía de un veterano para que demuestre su valía. Él quiere ser caballero, ¡deja que se lo gane! Tristán no es como tú ni como yo. ¿No te acuerdas acaso de cómo éramos a su edad? Éramos dos escuderos de la corte que no sabíamos nada acerca de la política de los grandes señores, apenas nos sabíamos los nombres de tres reinos y dos señoríos. Mira a tu hijo por un momento. Tristán domina el napolitano y el toscano; ha hablado con capitanes, condotieros, obispos, reyes y otros grandes señores. Es inteligente y perspicaz. Está mejor preparado que nosotros a su edad. Sin embargo, lo único que te aflige es que no haya conseguido sumarse a la hueste y que no esté aquí contigo.

Rueda no ocultó su malestar.

—Sabías que era imposible que acabara su cometido antes de tu regreso a Bracciano. ¿Por qué lo has hecho entonces?

Gonzalo cerró los ojos antes de responder.

—Porque sabía que ese chico no iba a crecer si permanecía a tu lado —reconoció con dureza —. Eres un buen padre, Alfonso, pero siempre lo has protegido demasiado. No estarás con él toda la vida. Tienes que permitir que el chico construya su propia historia.

Rueda sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago.

—¿Entonces lo has hecho por mí?

—No malinterpretes mis decisiones —lo atajó Gonzalo.

—¡Tristán debería estar aquí, con su gente! —le espetó Rueda, incapaz de controlarse—. En lugar de eso, le has pedido que resuelva una guerra interna de la corte del papa, podrida y corrupta, exponiéndolo a ser asesinado en cualquier instante. Ahora que yo he estado allí, explícame cómo debo entender esa orden. Dime por qué razón prescindes del mejor de tus escaladores para la toma de la plaza más difícil.

Gonzalo se puso en pie y regresó a la mesa con los objetos.

—Somos amigos de toda una vida, sabes que jamás actuaría con mala fe. No seguiré justificando mis decisiones, Alfonso —respondió con frialdad—. Creo que he sido lo suficientemente claro. Tristán no es un crío.

—Y tampoco es tu hijo —añadió Rueda en tono envenenado antes de salir de la tienda y dejar a su capitán en silencio y en soledad.

22

Fortaleza de Ravaldino, Forlì

A medida que llegaban las noticias a través de embajadores, Violante empezó a darse cuenta de que el ambiente en la corte de Caterina Sforza era cada vez más adverso. Las piezas del tablero se movían deprisa. Los rumores de una posible alianza de los Borgia con Francia habían sacudido a los vasallos pontificios de la Romaña.

Aquellos días fueron un caos en Ravaldino. La dama de Ímola había dado a luz a su octavo hijo de su tercer matrimonio y era presa de cambios repentinos de humor. Su esposo, Giovanni de Médici, embajador florentino en Forlì y seguidor de Savonarola, había fallecido repentinamente a causa de unas fiebres. Con la amenaza de Venecia en los dominios del norte y la alianza de los Borgia con Francia, Caterina Sforza estaba a punto de perder el juicio.

A Violante no le interesaba la política en absoluto, pero, como le había dicho María, la española, no le quedaba más remedio que estar al tanto de las cosas para saber de qué lado soplaba el viento. La información era poder y el poder otorgaba posición. Violante y María, junto a Jimena, acompañaban a la señora cuando eran requeridas. En los ratos libres, Violante cumplía sus funciones como boticaria y María y Jimena la ayudaban y, de paso, aprendían lo que podían de sus conocimientos.

Aquella noche, Violante, María y Jimena se encontraban en la estancia de la boticaria. Tras un momento de reflexión, Violante contempló el exterior desde la ventana. Desde allí podía ver parte del oscuro foso del Maschio y a los guardias de las murallas. Uno de ellos le recordó a Tristán de Rueda. Desde hacía días Violante se había visto sorprendida por un recuerdo entrometido y no podía dejar de pensar en él. Aunque Tristán había demostrado intenciones, se mostraba respetuoso y cauteloso con ella. Era la primera vez que un caballero la cortejaba.

María interrumpió su pensamiento.

—¿Quiénes son los hombres que han venido esta tarde? —preguntó Violante con la vista hacia el patio de armas.

—Son infantes de Florencia —respondió María—. Esperan salir mañana hacia el norte con una partida de los *brisighelli*. Se marchan a defender Ferrara de los venecianos.

Violante se giró a mirarla.

—¿Qué ocurre si cae Ferrara?

María miró a Jimena y luego a la boticaria.

—Supongo que Forlì e Ímola serán las siguientes en caer. Hoy han traído más suministros a la ciudad. La señora está recaudando artillería, armas, pólvora y comida. Acaba de parir y ella misma está al frente de los entrenamientos de sus tropas. No entregará la ciudad por las buenas.

Violante exhibió una expresión llena de preocupación.

—Temo que la señora haya perdido el juicio —susurró—. A veces da órdenes contradictorias. Incluso el gobernador de la fortaleza parece preocupado.

En ese instante, llamaron a la puerta. Era un paje.

—Los embajadores de Roma esperan en el vestíbulo —anunció—. El caballero Tristán de Rueda y su palafrenero han regresado de Florencia y han preguntado por la boticaria del castillo.

Violante no pretendía demostrar que quería ver al caballero, así que suspiró, cansada. Tampoco quería que María notara sus emociones.

—Id vosotras —les sugirió la joven—. Podéis decirles a don Tristán y al capitán que esta noche estaré en la sala de la alquimia si desean visitarme.

María y Jimena bajaron a toda prisa a ver a sus amigos. Cuando la puerta se cerró, Violante se puso en pie y caminó hasta la ventana. Desde lo alto de la torre vio a los viajeros en el patio de armas. Tristán desmontó con soltura y echó un vistazo hacia su ventana. Violante lo observó y ambos cruzaron una mirada en la lejanía.

María y Jimena acompañaron a Diego y a Tristán a sus aposentos y luego la extremeña se fue y volvió de las cocinas con algo de puchero caliente para ambos. El capitán y el joven escudero estaban heridos y exhaustos, Tristán tenía cortes por todo el rostro y el cuerpo y Paredes apenas podía mover el brazo. El trujillano sabía que le iba a tomar varias semanas volver a recuperar las fuerzas para empuñar su espada. Por lo pronto, solo podía descansar. El capitán y el muchacho comieron con voracidad. Entre tanto, María les hizo un resumen de la situación en Ravaldino y de los últimos movimientos de las tropas de Caterina Sforza.

Esa semana había cambiado todo por culpa de un rumor. Los embajadores hablaban de una alianza del papa con Francia. Estuvieron un rato discutiendo sobre la política de los señores y sus movimientos. Paredes no aguantó más y se tumbó en el lecho. El dolor en el hombro era insoportable.

—Es poco lo que podemos hacer aquí en Ravaldino —concluyó—. Oiremos lo que tenga que decirnos la boticaria acerca del veneno y de su composición y volveremos a Roma.

—Hemos oído que las tropas del papa se han movido al sur —comentó María.

Tristán y Paredes se miraron con preocupación.

—Rocaguillerma —murmuró el joven.

Paredes miró a Tristán.

—Habla con la boticaria, y que te diga todo lo que sabe. Nos iremos de aquí mañana por la tarde, como mucho. Necesito descansar.

Tristán estuvo de acuerdo. El joven abrió la puerta y se marchó. En ese momento, Diego miró a Jimena, que lo observaba sin decir nada, y a María, que se había sentado junto al lecho.

—¿Volveréis a Roma con nosotros? —quiso saber Diego.

María sostuvo la mano de Jimena. La chica parecía mayor, su rostro había cambiado desde que la habían visto por primera vez. Se había acostumbrado a Ravaldino y a la vida con Violante.

—Creo que aquí correremos menos peligro —le explicó María.

Diego se mostraba de acuerdo.

—Menos que en Roma, seguro —susurró—. ¿Y si atacan los venecianos? Se encuentran a las puertas de Ferrara. No les costará esfuerzo tomar las ciudades de la Romaña.

María hizo un gesto restándole importancia.

—Los florentinos y los *brisighelli* de Naldi frenarán su avance. En caso contrario, tomaremos el camino que lleva hacia Fabro y volveremos a Roma. Te lo prometo.

De todas formas, no creo que destruyan las ciudades. Esto no es la guerra de Nápoles; si los señores del norte toman las plazas es para cobrar impuestos, no para derribarlas.

—Tienes razón —observó el capitán.

Diego desvió la vista hacia Jimena. La chica se había vuelto más reservada. Era lista, pero no se dejaba engañar. Se había acostumbrado a no mostrar sus emociones, como una manera de protegerse frente a la vida.

—¿Estarás bien aquí? —le preguntó Diego.

—Estoy bien. Aquí aprendo muchas cosas y la vida es tranquila. No volveré al convento de los huérfanos, si es lo que quieres saber.

Diego contempló en silencio a la extremeña.

—¿Sigue en pie tu plan de subirte a una galera y regresar a España?

—Sí —dijo María—. Volveremos a mi pueblo, al caserón de mi hermano en Cáceres. Empezaremos una nueva vida lejos de la guerra.

—Ojalá pudiera ir con vosotras —señaló Diego.

María estiró la mano y se la cogió.

—Podrías, si quisieras.

María acarició su mano durante unos momentos y luego se la soltó, como si los ojos de Diego hubiesen reflejado sus dudas. María lo miró con amargura, porque ambos sabían de sobra que Diego no iba a tomar esa decisión, porque estaba asentado en Italia y tenía un señor al que servir. ¿Para qué iba a regresar a la tierra de frontera, a Cáceres, a revivir viejas disputas? Diego había ido a Roma a curar su alma, y el destino parecía empujarlo hacia un lugar cada vez más lejano. María podía amar a Diego, pero el amor de Paredes nunca sería lo suficientemente grande como para renunciar a su vida por ella.

La certeza de saber que no volvería a ver a Violante le provocaba a Tristán un vacío difícil de explicar. A veces, se sentía un necio por lo que estaba viviendo, sobre todo porque se daba cuenta de que estaba fuera de lugar. La situación en la que él se encontraba, acompañando al capitán de la guardia en una misión para una comisión del papa, buscando a un asesino, era contraria al amor. ¿Cómo iba Violante della Croce, que acababa de perder a su maestro, a corresponder a un sentimiento tan inoportuno? Ravaldino vivía en la incertidumbre de una guerra con Venecia y el papa amenazaba con cernirse sobre todos los estados de la Romaña. Tristán no dejaba de preguntarse cómo podía la gente enamorarse en circunstancias tan adversas.

Tocó la puerta de la sala de alquimia y la boticaria abrió casi al instante.

Solo había un candil con una vela que daba algo de luz a la estancia. Tristán sintió su corazón desbocado al ver a la joven. Sus ojos se posaron en el rostro de Violante, que lucía radiante bajo la luz de esa única llama, que creaba un claroscuro misterioso y sensual. Aunque habían pasado menos de dos semanas desde que la había visto por última vez, había pensado en ella todo ese tiempo. De pronto, se dio cuenta de que no podía aguantar más para expresar sus sentimientos y decirle toda la verdad. Sin embargo, una parte de él temía que ella no sintiera lo mismo por él.

Aunque no fuera correspondido, la esperanza de llegar a serlo hacía que valiera la pena el riesgo.

—Mi señora —la saludó Tristán, nervioso.

—Caballero Tristán —dijo ella, sorprendida al ver su rostro—. Estáis herido.

—No, no es nada —repuso él—. Tenemos poco tiempo. Mañana partiré junto al capitán de regreso a Roma.

La joven mantuvo una expresión fría. Tristán se desanimó. Confiaba en otro tipo de reacción en ella. La boticaria apoyó el libro que portaba en las manos en la mesa y fue hacia una estantería a por una venda y unos ungüentos. Tristán tomó asiento.

—Esperad aquí un momento —le ordenó, y se marchó.

Poco después regresó. Se aproximó a él y comenzó a limpiarle las heridas del rostro, muy pegada a él. Tristán pudo sentir el aroma de su piel y de su cabello. La tenía tan cerca que era casi imposible retener el impulso de rodear su cintura con sus manos y llevarla hacia su cuerpo. La joven acabó de sanar su herida y lo miró a los ojos.

—Debo enseñaros una cosa.

Ambos salieron de la estancia de la alquimia y se encaminaron por los pasillos hacia la parte más baja del castillo. En mitad de la noche, unos guardias en una garita los vieron pasar y reconocieron a la dama y al joven, pero no dijeron nada. A Tristán le pareció que comentaban algo, y le molestó. Violante llevaba una anilla con todas las llaves de las estancias a las que tenía permitido el acceso.

—Es por aquí —señaló.

Por la arquitectura de la fortaleza, Tristán se dio cuenta de que estaban yendo hacia los calabozos. A la entrada de las celdas, vio a un par de guardias de la señora de Ímola, que ni se molestaron en preguntarle nada a Violante. La joven iba delante con el candil, y se dirigió junto con Tristán a la parte más abandonada de la prisión del castillo, a un corredor abandonado a la oscuridad.

—Tapaos la boca con un trapo —le ordenó Violante en un susurro.

Tristán hizo lo que le pidió.

Llegaron a una celda, y al joven le sorprendió ver un pequeño estudio, con una mesa, velas y candelabros. También había algunos libros y pergaminos con pluma y tinta. La mesa estaba llena de frascos, cuencos e instrumentos de alquimia. Un libro de astrología permanecía abierto sobre un atril. Sin embargo, sus ojos se desviaron al suelo mohoso de la celda. Violante iluminó la celda con el candil, al tiempo que se cubría la boca con la manga. Eran dos cadáveres, uno de un perro y el otro de un cerdo. Ambos estaban en descomposición, llenos de larvas.

—Dios mío… —soltó Tristán.

—Lo sé —afirmó Violante—. Huele mal, pero es fascinante. —Violante le señaló la mesa llena de instrumentos—. He conseguido crear un veneno y su antídoto. —Aquello era un gran paso. La boticaria continuó con su explicación—: El veneno tiene una base de arsénico, lo cual provoca que la piel de las víctimas se vuelva oscura. El resto está hecho con un aceite de cadáver en descomposición.

—¿Aceite de cadáver?

En los ojos de la joven florentina se reflejó la luz de las llamas. Abrió uno de los cuadernos de la mesa y le señaló sus apuntes. Tristán vio que estaba lleno de anotaciones y de dibujos y bocetos. Violante había probado a realizar el veneno con varios animales, desde ratas a ardillas,

pasando por gatos y perros, y había tenido que hacer varias pruebas con diferentes medidas y métodos.

La voz de la joven surgió como un susurro en la oscuridad.

—El animal que más se asemeja para conseguir el veneno del Toscano es el cerdo. Una vez muerto, se deja su cadáver varios días en descomposición en un lugar completamente oscuro, sin cambios de temperatura. Las larvas hacen su trabajo. Mientras más tiempo se deje pudrir, más efecto causará el veneno, pero se debe procurar que no quede completamente seco. Luego se corta un trozo de carne y se prensa como una oliva hasta obtener el líquido concentrado.

Tristán no apartó la vista de los estudios.

—¿Qué más podéis decirme?

Violante se encogió de hombros.

—Que el Toscano necesita de un estudio de alquimia donde hacer disecciones y preparar sus venenos. Es un experto alquimista y conoce mejor que yo los entresijos de este arte. Tenéis que estar preparados para lo que pueda venir.

—¿Por qué razón lo decís?

Solo la mitad del rostro de Violante quedaba iluminada.

—Como he dicho, el veneno que más se parece proviene del cerdo —explicó con voz sombría —. Pero estoy segura de que el Toscano, en realidad, usa cadáveres.

Tristán sintió vértigo y angustia a partes iguales.

—¿Utiliza a personas? —soltó pasmado.

—No solo eso —añadió Violante—. Seguramente es un experto en astrología y otros saberes paganos y arcanos. Quizá no utiliza cualquier tipo de cadáver, sino que es alguien escogido, alguien con las propiedades en el alma que él necesita para que su veneno contenga, además, un componente místico.

Tristán hizo una mueca.

—Ha perdido el juicio.

La joven no se mostró de acuerdo con sus palabras.

—Para nada. Solo un maestro con un gran conocimiento puede hacer algo así. Puede que sea un asesino, pero el Toscano es un hombre sabio.

De regreso a la sala de la alquimia, Violante le explicó con detalle cómo se preparaba el veneno del Toscano, sus ingredientes y su antídoto, aunque le aseguró que aquello llevaba muchos días prepararlo y que tenía guardado un juego de veneno y antídoto en sus aposentos. Aunque Tristán hizo un esfuerzo por prestar atención, lo cierto era que su mente seguía los movimientos de las manos de la joven, el susurro de sus labios, la suavidad de su voz y la ternura con la que caía su cabello por sus hombros. Nunca se imaginó, desde que había llegado a Italia, que encontraría a una persona así en la guerra. Una vez había oído a don Gonzalo decirle a su padre que el sentimiento no correspondido era el más sincero. Era esa dulce punzada la que le hacía sentirse más vivo que nunca.

Las campanas de Forlì marcaron la medianoche cuando ambos seguían en la sala de alquimia. Tristán era consciente de que era el momento de marcharse.

—Mañana partiremos a Roma y luego a Rocaguillerma —expresó el joven al tiempo que se ponía en pie.

La boticaria no pudo contenerse y derramó una lágrima.

—Lo siento —se disculpó—. Es que la llegada de vuestra embajada vino en un instante complicado para mí. Y ahora que volvéis a marcharos, la vida retornará a su extraña y caprichosa rutina.

Tristán se aproximó a ella.

—¿Por qué decís eso?

—Porque soy prisionera de este lugar —reconoció—. Ni siquiera mi maestro quería venir a servir a la condesa; sin embargo, me vi en la tesitura de tener que elegir. Cuando él murió, la situación en Florencia se volvió insostenible, y aunque Caterina Sforza siempre se mostró partidaria de Savonarola, su corte parecía un lugar libre para el pensamiento y para las artes.

—¿Qué ocurrió con el taller de vuestro maestro? —se interesó Tristán—. Lo vimos abandonado.

Violante se arregló el cabello con una mano.

—Cuando Savonarola exigió incautar el arte pagano y los objetos que según él empujaban al espíritu hacia el pecado y a la vanidad, todos los aprendices y artistas que formaban parte del taller de Della Croce se marcharon. Algunos salieron de la ciudad, otros se quedaron y trabajaron para conventos creando temas religiosos. Yo fui la única que permaneció junto a él. Era un padre para mí. Entré en su taller con cinco años y completé todo el aprendizaje hasta ser su discípula predilecta y me gané el derecho a llevar su apellido. Jacopo della Croce me permitió incluso poner su firma en mis obras.

—Imagino que es un gran honor —comentó Tristán.

—Lo es, creedme —explicó ella—. Y mucho más siendo mujer.

Estuvieron un momento viendo cómo se consumía la única vela de la estancia. Pronto quedaría completamente a oscuras.

—Si os sentís prisionera, mi señora, ¿cómo es que no huis de aquí simplemente?

Violante le devolvió una sonrisa amarga.

—Sois una buena persona, caballero Tristán —respondió al tiempo que regresaba al gesto serio de antes—. Ahora sirvo a Caterina Sforza, y en estos tiempos convulsos es fácil que acusen a cualquier embajador, mensajero o artista de espía. La Romaña vive tiempos oscuros, Florencia está en un período incierto. Los venecianos nos acechan y la guerra personal que mantiene desde hace años Caterina Sforza con los Borgia tampoco ayuda. ¿A dónde podría ir una muchacha como yo? ¿A dónde acudir sin que signifique convertirme en una desertora de esta guerra absurda?

Tristán guardó silencio. Le hubiese gustado ofrecerle viajar con él al sur, ir a Nápoles y luego cruzar el mar hacia España. Pero nada de eso era factible que sucediera. Violante della Croce era una hija de su tierra y de su destino.

—Puede que no todos los días sean felices, pero la condesa parece cuidar de sus súbditos. O al menos, de aquellos en quienes confía —comentó el joven.

—Por supuesto que es cordial y fiel a los que la siguen —observó Violante—, pero es una dama impredecible. En la ciudad de Forlì la acusan de ser una tirana y de ahogar a sus habitantes con impuestos para la guerra. Yo conocí a una mujer excepcional, que sabía manejar el arte de la diplomacia como pocos hombres. Pero también vi a esa déspota arbitraria de la que hablan sus enemigos. Su trato conmigo cambió, y me avergüenzo de ello, porque estoy segura de la razón.

—¿Qué ocurrió? —se interesó Tristán—. ¿Habéis dejado de caerle en gracia?

Violante negó con un gesto con una mano.

—He de suponer, por el comentario que hizo frente a toda la corte, que el motivo por el que me despreció fue mi juventud.

—Vuestra belleza —dijo Tristán.

—Sí —convino Violante—. Hasta entonces había sido una de sus compañías favoritas, preparaba ungüentos y tónicos para ella, incluso una solución para el insomnio. Fue como si aquella amistad se la llevara el viento. Una tarde, antes de que diera a luz a su hijo, me puso delante de todas las damas y me humilló por mi atuendo. Caterina Sforza suele hacerlo con frecuencia, el despreciar a los suyos para fortalecer su posición y su carácter errático.

—No debería importaros lo que diga esa mujer de vos, mi señora —señaló el joven.

—No es lo que diga ella, es lo que esta corte hace realidad. Nadie tuvo el valor de oponerse a ella, y todos siguieron el juego. Caterina Sforza marca lo que está bien y lo que está mal, y, como siempre, todos aquellos que conforman la corte están deseosos de presenciar la caída en desgracia de alguno de sus miembros.

—Me parece un mundo cruel.

—Lo es, caballero. El poder de esa mujer reside en la desdicha de los demás.

La vela se consumió y los dos se vieron obligados a abandonar la sala de la alquimia. En aquel momento Tristán se dio cuenta de que iba a despedirse de Violante para marcharse al día siguiente y que no volverían a verse nunca más. La joven boticaria pareció estar pensando lo mismo que él.

—Debo entregaros el veneno y el antídoto antes de que os marchéis —musitó.

—Puedo esperar aquí —se ofreció Tristán, con cortesía.

—No, quiero que vengáis conmigo.

A continuación, Violante y Tristán subieron las escaleras de piedra del castillo. Cuando llegaron arriba, oyeron las voces de una escolta y la joven reconoció la de Dionisio Naldi. El capitán de los *brisighelli* iba junto a algunos caballeros y capitanes de Caterina Sforza dando gritos y órdenes. Regresaban del salón principal de la dama. Violante se puso tensa. Al ver que se aproximaban hacia ellos, rápidamente la joven empujó a Tristán hacia una aspillera. Ambos quedaron atrapados en aquel rincón, pegados el uno junto al otro. Tristán pudo sentir que el latir de su corazón se fundía con el de Violante.

—Ese condotiero… —murmuró ella—. Desde que nuestros caminos se cruzaron me ha hecho la vida imposible.

Durante un instante se encontró con los ojos brillantes de la joven. La luz de la luna se colaba por la abertura vertical de la muralla defensiva y bañaba la mitad del rostro de Violante. Guardaron silencio, abrazados, hasta que la guardia de Naldi cruzó el pasillo, sin verlos, y se perdió en la lejanía. Ninguno de los dos se movió, sin dejar de mirarse a los ojos. Estuvieron así un momento.

—Mi señora, no quisiera marcharme sin que supierais la verdad sobre mí —susurró Tristán.

—¿Qué verdad? —inquirió Violante.

—Todo ha sido un malentendido —insistió él.

La joven puso una mano sobre su pecho. El corazón de Tristán latía deprisa.

—Os ruego que digáis lo que tengáis que decir —le pidió ella.

Tristán la miró y se lanzó.

—Nunca he sido un caballero, aunque haya sido presentado como tal. No soy más que el escudero de mi capitán —le confesó.

Violante permaneció unos instantes en silencio. Luego le devolvió un gesto cargado de decepción.

—¿Un escudero? —preguntó en un tono más directo.

Tristán notó un nudo en el estómago.

—Debéis saber que nunca he tenido intenciones de engañaros.

Ella bajó la mirada, disgustada.

—Creí que la verdad que debíais confesar tenía más que ver con vuestros sentimientos que con vuestra condición —reconoció Violante, molesta.

Tristán no estuvo seguro de lo que había querido decir. Alzó el mentón de la joven con delicadeza y ambos se miraron con tal complicidad que no tuvo más remedio que acercar sus labios y besarla. Ella no hizo nada por apartarse. El escudero acarició sus labios con dulzura y un sentimiento único los envolvió. Violante cruzó los brazos por su cuello y Tristán la rodeó por la cintura, atrayéndola para sí, en aquel rincón oculto, alejado de otras miradas. Algo que tenía que ver con lo prohibido encendió a la muchacha. Violante respondió a su beso con pasión.

Probó su boca, mordió sus labios y tocó su lengua. Tristán pensó con amargura que le hubiese gustado hacerlo toda la noche. Cuando se separaron, se miraron sin decir nada.

—Vamos —susurró la joven, poco después, casi sin voz. Cogió a Tristán de la mano y, con sigilo, cruzaron el pasillo hasta su estancia, en una de las torres.

Violante giró la llave y luego cerró desde dentro. Durante un instante ambos se sintieron a salvo. Tristán anduvo unos pasos hasta la mesa. La joven se aproximó a su arcón y sacó dos frascos pequeños. El contenido de uno de ellos era de color ámbar; el otro era casi transparente.

—Este bote amarillo es el veneno —explicó, nerviosa—. Debéis tener cuidado al manipularlo, es muy peligroso. Este otro frasco es un antídoto y sirve como contraveneno. No he podido preparar más, apenas he tenido tiempo y…

Tristán calló sus palabras con un nuevo beso.

La joven abrió la boca y probó su lengua con más ganas. Se besaron durante unos instantes como si hubieran enloquecido. Después de un momento, Violante se separó de él, agitada, y anduvo hasta la ventana.

—¿Qué sucede?

La joven se giró hacia él nuevamente.

—Pasa que ahora que habéis aparecido en mi vida, os marcháis —lo acusó Violante con los ojos brillantes—. Es injusto.

Tristán fue hacia ella y la rodeó por la cintura. Violante se dejó atrapar y pasó los brazos alrededor de su cuello. Luego volvieron a besarse como si acabaran de descubrir lo que era el amor. Ella respondió a su caricia con efusión y el joven la besó como solo se besa una última vez. Ambos probaron sus bocas y sus lenguas y las manos de Tristán pronto recorrieron el cuerpo menudo de la joven, que se dejó acariciar. Violante lo miró un instante, con el mismo brillo que lo había hecho en el pasillo, encendida a causa de lo prohibido. No sabían si eran víctimas de la lujuria o hijos del amor. De cualquier modo, se besaron sin ataduras. Las llamas de la vela que los iluminaba temblaban con cada movimiento mientras Tristán desabrochaba el vestido de la chica. Cada roce de sus dedos sobre la piel suave de la joven provocaba en ella un estremecimiento que

se mezclaba con la respiración agitada de ambos. Tristán se maravilló al descubrir su piel desnuda. Violante tomó la cabeza de Tristán y la llevó hacia su cuello mientras él continuaba besando su cuerpo. Con movimientos suaves y cuidadosos, Tristán la tumbó sobre la alfombra de la estancia y se quitó el jubón y la camisa. Violante lo ayudó a bajarse las calzas y pudo contemplar el cuerpo del joven. Se le antojó que sus músculos y su miembro eran los de un efebo ateniense, bañado de luz flamígera, cuya piel parecía la de una escultura de bronce. Los cuerpos desnudos de ambos se unieron en un abrazo caluroso y placentero, mientras Tristán continuaba explorando cada palmo de la piel de Violante. Ninguno de los dos dio muestras de sentir vergüenza de exponerse frente al otro; al contrario, la noche estaba envuelta de naturalidad.

La habitación estaba en penumbra, y la luz de la luna entraba por la ventana entreabierta. El silencio solo se rompía por los jadeos de ambos, que se encontraban en el suelo. El ambiente estaba cargado de una energía intensa y de una tensión palpable. Cada roce, cada suspiro eran como chispas que encendían la llama del deseo. La pasión los consumía, embriagados por el ansia de entregarse el uno al otro sin reparos. Violante besaba su boca como si de algún modo fuera suya. El joven la deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Tristán acarició y descubrió su cuerpo, al tiempo que Violante arqueaba su espalda y era presa de un goce infinito. Atrajo al joven hacia ella y clavó las uñas en su espalda. Un hormigueo la inundó y sintió un calor interior. Sus cuerpos se movían juntos en un baile de lujuria, amor y sensualidad. La intensidad era tal que no podían contener los gemidos ni las voces de excitación que salían de sus bocas. En ese punto, nada más importaba, solo aquel único instante en el que ambos se pertenecían por completo y que pronto no sería más que un recuerdo.

Violante buscó su boca y besó sus labios. Tristán respiró su cuello, tratando de retener su aroma, mientras ella acariciaba su cabello y susurraba su nombre al oído. La vela del candil creaba sombras danzantes en las paredes, y el resplandor del exterior iluminaba el rostro de los amantes, quienes se miraban a los ojos con una intensidad que traspasaba cualquier barrera. Se hallaban completamente entregados, en un momento de pasión que parecía detener el tiempo y hacía que el mundo exterior desapareciera.

Tristán la besó, Violante respondió y durante un instante ambos fueron un solo cuerpo y una misma alma.

Detuvieron los caballos antes de montarse en ellos a las afueras de Ravaldino. Aquella mañana gris el viento arremolinaba las hojas y mecía las copas de los árboles del bosque más cercano, y una luz pálida enmarcaba aquella amarga despedida. Diego le entregó una bolsa con unos pocos ducados a Jimena y la muchacha se lo agradeció.

—Haz el favor de cuidar de María.

—Lo haré —dijo la chica—. Gracias por traerme a Italia. Me has liberado.

Diego rodeó a Jimena con sus brazos. Cuando la chica se apartó, el trujillano contempló a María un rato sin decir nada. Luego ella deshizo los pasos que la separaban del trujillano y se aproximó a él. Diego la abrazó y María acercó su boca para besarlo. Paredes respondió a su beso como una verdadera despedida. Se dio cuenta de la gran historia que podría haber sido y que nunca sería, de un amor que casi fue, pero para el que les faltó algo que desconocían. Cuando separó sus labios, ambos se miraron en silencio durante unos instantes.

—Cuando vuelva a Extremadura, iré a por ti —sostuvo el capitán.

Ella puso un dedo índice sobre sus labios.

—No prometas nada, Diego de Paredes.

Volvieron a abrazarse.

Tristán montó en su caballo. Era el momento de marcharse. María besó a Diego en la mejilla y se acercó a su oído.

—Sigue al enmascarado —susurró en voz baja—. No pierdas de vista el signo del demonio. Está ahí.

Diego se quedó sin palabras ante su consejo y María le devolvió un gesto muy serio, una expresión que significaba muchas cosas. Paredes imaginó que ella siempre había tenido a un sospechoso en mente, sin embargo, sin más pistas le habría resultado imposible comprobarlo. Tal vez lo que habían averiguado con la boticaria le había hecho atar ciertos cabos, y el hecho de estar fuera de Roma le daba la seguridad para confesarlo. Si lo decía ahora, era porque estaba a salvo. El lazo que los unía la obligaba a ser fiel a sus sentimientos, y eso significaba decir la verdad.

—Siempre has sido más de lo que demostrabas, extremeña.

Ella le obsequió un gesto con la mano que a Diego le trajo recuerdos de su tierra.

—Ve con Dios, trujillano.

Tristán se despidió de ellas y retrocedió con su montura hasta que la posición le permitió ver la torre en la que había estado la noche anterior. En una de las ventanas contempló a Violante de pie, que lo observaba a distancia. Estaba de brazos cruzados, abrazando su cuerpo menudo, y la brisa acarició su cabello ondulado. El escudero extrajo del interior de su jubón un pañuelo bordado y aspiró su aroma. La boticaria alzó una mano con disimulo y él respondió con el mismo gesto. Volvió a guardarse aquel recuerdo íntimo y giró el caballo hacia su compañero.

De esta manera se alejaron de Ravaldino y de Forlì y cabalgaron en silencio en dirección hacia Fabro cruzando los caminos y los montes de la Romaña. Llevaban provisiones para varios días, puesto que no deseaban detenerse en posadas ni entrar en ninguna otra ciudad. Eran conscientes de que les aguardaban tres o cuatro días hasta Rocaguillerma, sin pararse en Roma. Si las tropas ya habían marchado al sur, la batalla estaba próxima y, con ella, el final de la guerra de Nápoles.

23

Fortaleza de Rocaguillerma, reino de Nápoles

El artillero encendió la mecha y, tras unos instantes, se oyó un tremendo estallido. A continuación, otras ocho piezas de artillería resonaron y apuntaron hacia las murallas y hacia las puertas. Gonzalo de Córdoba observaba la operación con detenimiento. El bastión se encontraba enclavado en lo alto de una colina escarpada y dominaba el valle desde las alturas. Un sendero serpenteante conducía hacia sus puertas, y su estrechez impedía que un ejército numeroso se apostara frente a sus murallas. Alrededor del castillo, la montaña descendía de manera abrupta hacia unas rocas afiladas y un bosque espeso. La vegetación de los alrededores de la fortaleza había sido talada, lo que permitía la visibilidad al final de la montaña para los defensores e impedía que un grupo se filtrase sin ser visto. Rocaguillerma era un bastión casi imposible de tomar.

El oficial encargado de la artillería se acercó al capitán general acompañado de tres auxiliares, tres chavales de no más de quince años. Llevaban las manos manchadas de hollín y sus expresiones eran graves.

—Los muros son gruesos, mi capitán; no sabemos cuánto tiempo podrá tomarnos, y no disponemos de demasiada pólvora —señaló el oficial.

Gonzalo alzó la vista al cielo anaranjado. Las últimas luces de la tarde se perdían tras las montañas del valle. En las murallas, adarves, torres y matacanes podían verse las primeras antorchas que iluminaban las banderas que flameaban con el viento del oeste.

—Disparad toda la noche si es necesario —repuso el Gran Capitán—. Siempre al mismo punto de la muralla.

Los artilleros se marcharon.

Las negociaciones no habían prosperado. Después de tres días, Gonzalo de Córdoba había intentado persuadir a las autoridades de Rocaguillerma de que desistieran de defender la plaza. El Gran Capitán contaba con cerca de dos mil quinientos infantes, quinientos caballeros y varias piezas de artillería. Aquellos días había cortado el abastecimiento de la ciudad y desviado el acueducto que servía de agua a la fortaleza. Sin embargo, la autoridad máxima de aquel sitio, un napolitano angevino con ansias de convertirse en un caballero francés, había declinado cualquier oferta de negociación. Habían sido capaces de resistir toda la guerra —casi cuatro años— y no estaban dispuestos a ceder. Confiaban plenamente en los suyos y en la posición geográfica del

bastión. Rocaguillerma parecía imposible de tomar.

Gonzalo cruzó el campamento improvisado en las laderas. Los infantes se mostraban animados. Aquel había sido el primer día de internamientos en la espesura y de disparos de artillería en la distancia, más que nada para probar las fuerzas de sus defensas. Los angevinos se habían mostrado rápidos a la hora de repeler los ataques y se mostraban listos para afrontar un asedio largo. Alguien los había convencido de que podían vencer. Gonzalo desconocía el número de defensores dentro de las murallas.

Lo cierto era que el terreno estaba a su favor. El macizo sobre el que se asentaba el castillo formaba un acantilado de difícil acceso. Gonzalo se detuvo a contemplar la montaña desde ese lado un instante. Entre tanto, había pasado la primera jornada desgastando las defensas atacando en diferentes puntos a horas intempestivas. No podía arriesgarse a mucho más si no quería perder gente en el intento. Gonzalo no era de esa clase de capitanes; jamás habría enviado a un grupo a morir por el simple hecho de tener que abrir una brecha. Para eso estaba la artillería. Los hombres no se regalaban.

Cuando llegó a su tienda, se encontró con Alfonso de Rueda, que estaba con varios compañeros de su escuadra, a los que, al ver aparecer al capitán, el alférez hizo un gesto con la mano, y aquellos regresaron a sus tiendas. Alfonso le devolvió un gesto frío a su amigo y contempló el castillo en la lejanía. El ruido ensordecedor de la artillería llenaba el cielo, lo mismo que el olor a pólvora.

—¿Cuáles son sus ánimos? —Gonzalo observó al grupo de escaladores alejarse. Tomó asiento junto a Rueda en un taburete. A su alrededor se esparcían las tiendas y las hogueras de las escuadras y compañías aragonesas. Más abajo estaban las pontificias. Era un campamento disperso e irregular por culpa del terreno.

—Los infantes están cabreados —le informó Rueda—. No ven la necesidad de negociar con estos barones. Quieren aplastarlos y saquear el bastión.

—¿Saquear?

—Les ha molestado que, pese a los insultos hacia los españoles, les hayas propuesto la paz y el título de «villa honesta» —comentó su alférez.

—Lo he hecho porque era lo justo.

Rueda no se mostró tan conforme.

—Que sea justo no significa que eso le parezca bien a la gente.

—No pueden ir en contra de la obediencia, o tendremos un problema —zanjó Gonzalo.

Rueda clavó los ojos en los de su capitán.

—Para todos es el final de la guerra. Ellos lo saben. Después de esto les espera Nápoles, Sicilia, tal vez, y luego el regreso a España. Es la última oportunidad para hacerse con algo de gloria, fama y botín. El ambiente está bastante caldeado, te basta con dar una vuelta por el campamento. No he visto a ni un solo soldado que no quisiera combatir.

Gonzalo frunció el ceño con preocupación.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia mandar a mis hombres al frente. Si hiciera eso, muchos morirían esta noche, y es un precio que no tengo intención de pagar.

—¿Y qué harás ante la desobediencia de la hueste? —inquirió Rueda con seriedad—. Ten cuidado, Gonzalo. No puedes pedirle a un infante que desenvaine y que luego le estreche la mano a su enemigo. No cometas el error de querer parar la batalla por una negociación de paz.

—Es absurdo —opinó Gonzalo.

—Tanto da lo que sea —soltó Rueda—. Las escuadras están ávidas de sangre y de venganza. Nápoles nos ha dado la fama. Ninguno de estos infantes está dispuesto a que un puñado de angevinos se rían de nuestra nación.

—Alfonso —lo atajó Gonzalo señalándolo con el índice—. Si esa fortaleza repliega sus insignias y enarbola bandera blanca, espero que todos mis capitanes detengan el enfrentamiento como gentes de honor. El coste de hacerse con esa plaza será mayor.

Gonzalo guardó silencio unos instantes mientras la artillería volvía a disparar y una nube de polvo se levantaba en las puertas. Se puso en pie y contempló la fortaleza con los brazos cruzados. Rueda se puso a su lado.

—¿Cómo piensas tomar eso? —murmuró el alférez con preocupación.

Gonzalo frunció los labios, en un gesto que solía hacer antes de la batalla.

—Como lo hemos hecho siempre en esta guerra —susurró Gonzalo para sí—. Con disciplina e inteligencia. Recuerda, Alfonso: justicia sin codicia.

Rueda no estaba seguro de que esa noche aquello fuera a ser suficiente.

En ese momento comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Gonzalo miró a su compañero de armas. No habían vuelto a comentar ninguna palabra acerca de Tristán. Estaban peleados, disgustados el uno con el otro, pero se conocían lo suficiente como para saber que eso se arreglaría con una charla, cuando todo aquello quedara atrás. El Gran Capitán sabía que Rueda era un hombre de honor, un soldado de palabra. No iba a fallarle en lo que dispusiera. Le habló en tono firme.

—Reúne a los capitanes y condotieros, Alfonso. Vamos a conquistar esta fortaleza.

Con las instrucciones claras, Álvaro de Paredes se apartó la lluvia de la cara y llamó a gritos a sus cabos de escuadra, mientras se cagaba en los muertos del destino por ponerlo allí. Formaba parte del pago que le hacía el papa a Gonzalo de Córdoba por sus servicios en Bracciano. Al poco aparecieron Vargas, Villalba, Urbina y Pizarro. Los alabarderos pontificios habían sido destinados a las puertas principales. La batalla había comenzado y el ruido de los aceros llenaba la noche. Los aragoneses habían preparado un ariete con el que esperaban derribar las puertas. Mientras, la artillería había cambiado de estrategia y centraba sus esfuerzos en echar abajo uno de los muros laterales que, según un maestro ingeniero, tenía pocos visos de resistir mucho más tiempo. Antes de la medianoche, cayó sobre Rocaguillerma un aguacero que caló hasta los huesos a la hueste aragonesa y al contingente pontificio. Pese a ello, los infantes estaban deseosos de entrar en liza. Esa gente había despreciado el perdón de Gonzalo de Córdoba.

El griterío era atronador. Desde aquella altura podía verse el valle y a la hueste concentrada en los senderos, sin sitio donde colocarse. Desde las murallas y los matacanes se oían las voces de los defensores, el ruido de las saetas y de las flechas, así como el estruendo constante de la artillería de don Gonzalo. En el sendero que subía hasta la fortaleza se concentraban las fuerzas aragonesas y pontificias, protegidas con escudos, sosteniendo espadas y picas en formación cerrada. Estaban completamente empapados, y el cuero mojado y los escudos pesaban mucho más. Los hombres daban gritos y trataban de mantener la posición mientras eran atacados desde las alturas. Algunos infantes con menos experiencia y menos protección eran heridos de muerte y caían a un lado del camino y acababan por arrastrarse ladera abajo. En aquel terrero tan escarpado, Álvaro se preguntó de qué manera iba a cumplir su misión el grupo de los escaladores.

Gonzalo de Córdoba había reunido a sus capitanes y oficiales y habían optado por seguir las mismas instrucciones que en Laurino y en Ostia, es decir, centrarse en un único punto de ataque —en este caso, la puerta principal— mientras un grupo de escaladores se hacía con la retaguardia. El problema residía en que las circunstancias no eran las mismas, la tala de los bosques había limpiado el acantilado de obstáculos donde ponerse a seguro y la posición del castillo no era del todo favorable. Pese a todo ello, Alfonso de Rueda y su escuadra de escaladores veteranos aceptaron la tarea. Álvaro, por su parte, junto a otro puñado de escuadras de mercenarios del papa, fue asignado en el centro. Sabía el papel que desempeñaba en aquella maniobra. Hacer bulto. Tan solo debía hacer tiempo hasta que los escaladores ganaran la retaguardia. Aun así, debían intentar abrir las puertas con su propio trabajo.

—¡Será imposible abrirnos paso hasta las primeras filas! —le gritó Vargas, y su voz lo trajo de regreso a la batalla.

—¡El camino es muy estrecho! —gritó Pizarro, fuera de sí.

Álvaro miró a los suyos.

—¡Atended! ¡Los aragoneses trabajan con rotaciones! —le explicó a gritos—. Cuando una de las escuadras se queda sin fuerzas, la que está detrás pasa a la primera línea y la otra vuelve atrás a reponer fuerzas. Tenemos que estar preparados para realizar el relevo. Simplemente estad muy juntos y mantened la posición hasta que sea nuestro momento. ¿Estáis listos?

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—¡Por Santiago! —gritó Álvaro convocando al santo patrón, y sus compañeros de armas respondieron.

Álvaro les chocó el antebrazo a modo de despedida y cada uno regresó a su sitio. El trujillano hubiese deseado en ese instante estar con su hermano Diego. Su fuerza y su empuje le habrían bastado para espolear al ejército al combate. Álvaro alzó su escudo e inició la marcha.

Nada más conseguir llegar a su posición contempló la batalla sangrienta en la puerta y al ariete frente a ella. Desde arriba, varias compañías de arqueros, arcabuceros y espingarderos disparaban contra los invasores. Los que estaban allí se cubrieron como pudieron, al tiempo que varios infantes caían heridos. Álvaro sintió que un muchacho recibía una saeta frente a él.

—¡Llevadlo atrás! —oyó gritar a alguien—. ¡Sacadlo de aquí!

Álvaro se dio cuenta de que el verdadero enemigo era el terreno. Si lograban sobrevivir a eso, verían la fortaleza en manos aragonesas y un nuevo amanecer.

Los escaladores de Rueda tardaron casi dos horas en rodear el macizo de la montaña y situarse en la posición que requería la operación. A lo lejos podía oírse el murmullo de los enfrentamientos. En la base del monte había mucha vegetación, estaba lleno de arbustos y árboles bajos. Todo el follaje estaba empapado de agua y el suelo traicionero era una mezcla de hojas secas, ramas y fango. Rueda consiguió situar a su grupo en un lugar más o menos seguro y se giró a sus hombres. Esta vez, no eran más de sesenta. Otra escuadra de escaladores se situaba al otro lado de la montaña e intentaría ganar posiciones por la otra cara. Rueda echó un vistazo a los que tenía con él. A su lado se situaron el viejo Viñolas, Alarcón y Espínola. Todos desviaron la vista hacia arriba, a lo alto de la montaña, y tuvieron recuerdos de otras batallas.

—Virgen santa —murmuró Viñolas.

—Esto me recuerda a Granada —expresó Espínola.

—Ni siquiera Granada era tan escarpada —convino Viñolas.

—Venga, que después de esto nos volvemos a casa —soltó Espínola.

Alfonso de Rueda contempló la montaña en silencio. A falta de Tristán, él mismo iba a ser el punta de lanza. No podía pedirle esa tarea a ninguno de los hombres que estaban allí. Iban a estar completamente expuestos y la única aliada sería la noche. Además, tenían poco tiempo. De su acción y la del otro grupo dependía el destino de aquellos que estaban frente a las murallas y la puerta principal.

En ese momento, Espínola se dirigió al alférez.

—No soy ni la mitad de rápido que Tristán, pero déjame ir delante —se ofreció—. Yo abriré el camino.

Rueda se negó.

—Esta vez no es lo mismo, Espínola. Observa lo que nos espera. Vamos a convertirnos en un blanco fácil. Si alguien nos viera y nos atacara, caeríamos como moscas.

—¿Y qué diferencia hay en que vayas tú o que vaya yo, Rueda? —le instó con una media sonrisa—. Con todo el respeto para mi alférez, no soy tan ágil como Tristán, pero tú tampoco. Déjame ir en primer lugar. Sé que sabrás marcarme el camino, como hacías con tu hijo. Colocamos las sujeciones y las cuerdas. Una tarea fácil.

—Es una buena idea —opinó Alarcón.

—Si vais delante, nosotros apoyaremos desde atrás —señaló Viñolas.

Rueda no estaba totalmente convencido. No tenía demasiado tiempo para pensárselo tampoco. Contempló a sus hombres y luego se mostró conforme.

—De acuerdo.

Rápidamente todo el mundo se asignó sus posiciones y sus tareas. Espínola, como punta de lanza, se pasó por el hombro la bolsa con los ganchos y las sujeciones, mientras Rueda portaba todas las cuerdas.

Al otro lado del recinto se oyeron gritos desesperados. Aquello fue una suerte de señal. Debían darse prisa. Rueda se llevó el índice a los labios y todos comenzaron a moverse como sombras silenciosas. Iniciaron el ascenso con lentitud entre la espesura de aquel bosque. Consiguieron alcanzar la linde, donde el terreno se volvía más empinado, y pasaban a estar a la vista de cualquier vigía que estuviera atento en las murallas.

Rueda mandó al grupo detenerse y clavó la vista en lo alto de los matacanes.

Durante unos momentos no percibió ningún tipo de movimiento. La acción se concentraba frente a las puertas principales. Espínola intercambió entonces una mirada con el alférez y este asintió. Rápidamente salió de la protección de los árboles y empezó a trepar por las rocas hasta conseguir llegar a la base del castillo. Fue un tramo largo que recortaron en un tiempo extremadamente corto, gracias al esfuerzo y la experiencia.

Los sesenta escaladores pegaron la espalda al muro.

Espínola contempló la altura a la que se erigía el bastión desde la base. No era demasiado. Prepararon en silencio y con rapidez un lazo corredizo. A continuación, el propio Espínola, que en otros tiempos había tenido algo de ganado en Castilla, lo arrojó hacia una almena. El lazo se elevó hacia la crestería y se abrazó a uno de los salientes que coronaban la muralla.

Espínola tensó la cuerda, y, una vez comprobó que estaba bien fija, comenzó a subir lentamente, mientras sus compañeros esperaban a que realizara la acción con éxito.

Desde lo alto de las puertas lanzaron vasijas de brea ardiendo, y el grito de dolor de los

heridos a causa de las graves quemaduras resonó por todo el valle. Los defensores arrojaban piedras y objetos punzantes, tratando de repeler a aquellos que ahora sostenían el ariete rodeado de fuego y golpeaban con todas sus fuerzas los gruesos portones de Rocaguillerma. Las faldas del castillo estaban llenas de heridos que constantemente se arrastraban hacia atrás en la formación y eran relevados por escuadras frescas listas para entrar en combate. Gonzalo de Córdoba no tenía intenciones de darles a sus adversarios ni un instante de sosiego.

En medio de aquel griterío infernal, Álvaro de Paredes observó que los aragoneses habían encontrado un sendero que discurría por el lateral del recinto. A la derecha de las puertas, esperaron a que apareciera una de las escuadras de mercenarios pontificios con escaleras de asalto. Al otro lado, la artillería —bien situada sobre una colina, frente al bastión— continuaba abriendo la brecha y provocando una nube de polvo y desconcierto. En el sendero, las posiciones variaron rápidamente y la escuadra de Álvaro, con los españoles, supo que era su turno. El trujillano observó que una nueva escuadra se hacía cargo del ariete, lo que les dejaba como única opción situarse a la derecha y subir por las escaleras que previamente habían dispuesto sus compañeros de armas.

Espada en alto, arengó a sus hombres, la infantería pontificia.

Álvaro fue de los primeros en subir por las escaleras, que se menearon con fuerza, y a poco estuvo de perder el equilibrio y de caer al vacío. Hizo un esfuerzo por insuflarse valor y continuar. Pensó en su hermano, deseando que estuviese allí con él, pero no tuvo más remedio que elevar una plegaria a Dios, rogando que no lo matasen nada más asomar la cabeza por encima del saliente del muro. Cuando estaba por llegar, un soldado que estaba en lo alto de las almenas lo atacó a muerte con una lanza. Álvaro lo esquivó por los pelos. Escaló un peldaño y tiró una estocada. Fue suficiente para herirlo y hacerlo retroceder. A continuación, se lanzó a lo alto con un grito.

Ante él vio el interior de Rocaguillerma afanándose en defender la plaza. Todos iban y venían, con cubos con agua, con brea, con flechas, con lanzas o con lo que fuera. Otro grupo de infantes y de caballeros defendían el interior de las puertas bajo una humareda. Los portones y el ariete estaban en llamas. En el adarve de las murallas, un grupo de hombres se aproximó con las espadas en alto al ver las escaleras de las tropas pontificias. Álvaro cruzó de un salto y vio a su lado a Cristóbal Zamudio y Juan Urbina. Luego subieron media docena más de asaltantes.

—¡En formación cerrada! —les gritó Álvaro.

Todos se posicionaron para el enfrentamiento.

Sus enemigos se precipitaron contra ellos con tal ímpetu y fuerza que no tuvieron más alternativa que cerrarse más y defenderse. Los primeros que allí estaban presentaron una primera línea de escudos y, a golpes y gritos, repelieron el ataque de los defensores. Poco a poco comenzaban a venir refuerzos desde atrás. Álvaro sintió un tremendo dolor en el brazo, recibió tres golpes, una tajadura en la pierna, y contraatacó. Alzó su espada por encima del muro de escudos y consiguió herir a un soldado. Notó que la masa lo empujaba hacia delante y que no tenía más opción que la de exponerse frente al enemigo. Entonces vieron al viejo Pizarro y su escuadra, dando voces, y el trujillano abrió una brecha en las fuerzas enemigas por el flanco contrario. El cabo de escuadra se precipitó sobre los defensores de Rocaguillerma como si fuera inmortal. Con él arrastró a una veintena de hombres y llenó las murallas de gente. Álvaro se vio de pronto en medio del combate, en una posición favorable, y empezó a golpear y matar gente a

diestro y siniestro. Algunos eran simplemente empujados contra las murallas y quedaban fuera de combate, puesto que no había más sitio. Otros caían ahí mismo al suelo, y no tenían más remedio que pisarlos y pasar por encima de ellos. No dejaban de subir tropas y no paraban de aparecer defensores en los muros. Apenas se podía respirar. Desesperados en medio de aquel caos absoluto, Álvaro y su escuadra se preguntaron si saldrían con vida de aquel lance, si llegarían a ver el amanecer.

El final de la guerra de Nápoles olía a pólvora y a cadáver.

Rocaguillerma era el punto final a la pacificación del reino y cortaba cualquier tipo de intento angevino de reavivar nuevas alianzas con el rey de Francia. Cuando Alfonso de Rueda subió a lo alto de las murallas y contempló el caos, tuvo un recuerdo fugaz de esos cuatro años de guerra. Tal vez todos sus hombres pensaron lo mismo que él. En el recinto reinaba el desconcierto. A un lado las tropas pontificias se abrían paso ante una masa que los superaba en número. Al otro, la artillería no descansaba ni un instante en sus ataques. En las puertas principales se elevaba una tremenda llamarada y la batalla cuerpo a cuerpo de las dos fuerzas era cruenta. El fuego de Rocaguillerma dominaba el valle desde lo alto de las montañas.

En la posición en la que ellos se encontraban, las escuadras defensoras habían advertido a un grupo de escaladores que trataban de hacerse con la retaguardia. Se trataba del segundo contingente, que en ese momento estaba siendo atacado con flechas y piedras desde lo alto. Libres de enemigos, Espínola, Rueda, Alarcón y Viñolas se dispusieron a fijar las cuerdas para que el resto pudiera escalar. Tenían que socorrer al segundo grupo, pero para eso la única forma era exponiéndose en el adarve. Y los escaladores, a diferencia de las tropas del otro frente, iban sin escudos.

—Van a morir todos si no nos damos prisa —gruñó Viñolas.

—Ataque a la carrera —ordenó Rueda, recordando la acción contra los piqueros suizos en Ate11a—. Es lo único que tenemos. Reagrupaos.

Una vez en lo alto, la escuadra de Rueda desenvainó sus aceros. Corrieron por el adarve hacia el otro extremo, desde donde estaban siendo atacados sus compañeros. Entonces un vigía los vio aparecer y dio gritos. Rápidamente las fuerzas de la muralla se volvieron hacia ellos y lanzaron proyectiles. No podían detenerse si querían mantener una mínima esperanza. Los que pudieron corrieron y cargaron contra sus enemigos. Los que no, como sucedió con Viñolas y otros tantos, fueron atravesados por flechas y cayeron. Era imposible saber si estaban vivos o muertos. Rueda tampoco supo si había sido herido, simplemente corrió al encuentro de su destino. Alzó la espada, como sus compañeros, y se dispuso a matar con oficio. Clavó la hoja en el abdomen de un hombre al que cogió de sorpresa y le ofreció varias tajaduras en el cuerpo. Dio muerte a dos soldados más y tuvo tiempo de mirar hacia abajo. Los escaladores se habían replegado y estaban a cubierto en la espesura de los bosques. Apenas se veía nada por culpa de la oscuridad. Oyó gritos y vio a unos pocos españoles que estaban protegidos con la espalda pegada al muro. Rueda ordenó a tres de los suyos que dispusieran unas cuerdas para subirlos.

El alférez regresó al combate y pronto se dio cuenta de que la estrategia carecía de sentido. Los defensores estaban en lo alto de la torre del homenaje disparando flechas y la escuadra de escaladores ya había sido avistada. Habían perdido el efecto sorpresa. Rueda y los suyos se hicieron con algunos escudos de los soldados caídos y el alférez hizo un esfuerzo por reordenar a los suyos, mientras no dejaban de aparecer tropas enemigas que llenaban las escaleras de las

murallas. La única manera de salir de allí con vida era con refuerzos. Rueda ordenó a gritos que hicieran señas a los escaladores que aguardaban a las faldas de la montaña y que subieran de una vez. Fue entonces cuando se oyó un murmullo entre la tropa. Rueda contempló, en lo alto de la torre, que el condestable arriaba las insignias del rey francés y de Rocaguillerma e izaba la bandera del rey Fadrique de Nápoles y una bandera blanca.

El combate continuó, mientras la gente señalaba la bandera que indicaba que se habían rendido. Rueda se hizo sitio entre la gente y consiguió llegar a las primeras líneas. Todos daban gritos para detener la batalla. El alférez sabía lo que aquello significaba. Al ver el devenir del asalto, Rocaguillerma había aceptado las condiciones de rendición propuestas por don Gonzalo. La fortaleza sería elevada a villa honesta y se les perdonaría la vida a sus habitantes, ahora nuevos vasallos del rey Fadrique. La guerra de Nápoles acababa con una última capitulación. Sin embargo, los angevinos seguían dando muerte a aragoneses y pontificios y ninguno de los de allí estaban por la labor de detenerse y mucho menos perdonar a nadie.

Rueda se abrió paso entre la gente de la muralla hasta la primera línea y buscó al capitán del bando contrario.

—¡Deponed vuestras armas! —les gritó el alférez, que estaba ante los suyos, mientras señalaba la bandera.

El capitán observó a Rueda, frente a él. Entonces se oyó un estruendo y desviaron la vista hacia los portones. El ariete había logrado penetrar y, con él, los caballeros de Gonzalo de Córdoba. Entonces se oyó un nuevo murmullo y Rueda desvió la vista a lo alto del bastión. Alguien acababa de soltar la bandera blanca, que descendió desde lo alto con la ligereza del vuelo de una paloma, y durante un momento todos los hombres se detuvieron a mirarla. Más arriba, volvieron a izar las insignias de Rocaguillerma y del rey de Francia. Argucia o malentendido, lo cierto era que la fortaleza no tenía intenciones de claudicar.

Sin tiempo para pensar, las fuerzas de choque volvieron al enfrentamiento. Rueda había quedado en primera línea. Recibió el ataque del capitán y logró desviar su espada a un costado, mientras recibía dos o tres tajaduras de otros combatientes. Mató a un joven con el filo de su espada y a otro lo hirió de muerte. Notó que lo empujaban desde atrás, cuando sintió el frío acero de una hoja en su abdomen. Durante un instante se quedó sin aliento. Rápidamente se quitó de encima a aquel individuo, con un empujón y una estocada veloz. A continuación, mató a dos soldados más y continuó con el avance. Se enfrentó a un muchacho con una lanza, la cual desvió y sirvió para que un compañero le ensartara su hoja. La batalla continuó. Alfonso hincó una rodilla y se llevó la mano abajo. Observó su guante manchado de carmesí y la tajadura en el jubón acolchado. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se dio cuenta de que iba a morir. Se cubrió con la mano, pero no dejaba de salir sangre.

Se alzó nuevamente y se encontró con la mirada de pánico de Espínola, que acababa de ver su herida. A Rueda le ofendió su gesto de compasión, como si nunca hubiese visto una herida mortal, pero al instante comprendió que en realidad sus ojos reflejaban el miedo que sentía. Se agarró a él para incorporarse. Alzó la espada y fue a apoyar a sus hombres, al tiempo que la herida le bañaba la ropa, el jubón, la cota de malla y las calzas. Dio órdenes a gritos para que su gente no rompiera la linea y mantuviera el bloque cerrado.

Quedó rezagado, mientras su escuadra avanzaba y hacia retroceder a los defensores escaleras abajo. Al otro lado, los pontificios habían ganado la muralla y los caballeros de don Gonzalo se

habían hecho con las puertas y la plaza. Sin embargo, Rocaguillerma no se rendía, ni lo haría mientras quedara alguno de sus caballeros en pie. Rueda hizo un esfuerzo por levantarse, pero apenas pudo moverse a causa del dolor. Espínola llamó a dos chavales para que lo ayudaran con el alférez. Lo arrastraron hasta el muro como buenamente pudieron y Rueda se dejó caer en la piedra, con la espalda apoyada en una de las almenas.

—Aguanta —lo instó Espínola, que le dio un trapo para la herida.

Rueda levantó un poco la tela y observó la gravedad de la tajadura. Era profunda. Cerró los ojos un momento, consciente de cuál sería su destino. Uno de los pajes le ofreció un trago de agua fresca. A su alrededor se extendía un manto de cuerpos y de cadáveres. Algunos heridos se movían, se arrastraban. Otros, como él, agonizaban mientras contemplaban el espectáculo de sangre y fuego de las tropas del Gran Capitán. Larga había sido la guerra, poca la recompensa. Fernando de Aragón jamás sería justo y el rey nunca les pagaría lo suficiente a esos héroes que le habían dado un reino a su casa. Maldita fuera la política y los grandes señores. Se quedó en silencio observando la batalla, y las llamas del patio pintaron su rostro brillante. Aquel era el final de la guerra de Nápoles. Se preguntó dónde estaría Tristán.

24

Rocaguillerma, reino de Nápoles

Cruzaron el valle al galope a toda prisa mientras las primeras luces del alba asomaban por encima de los riscos y enmarcaban sus imponentes siluetas. Los cascos de sus caballos se hundían en la hierba embarrada y salpicaban a su paso. Aunque había lloviznado y el rocío cubría los bosques, los campos y las laderas con un manto brillante, el amanecer despertaba el olor de la tierra y la podredumbre de la guerra. El aire estaba cargado de un intenso olor a pólvora y a madera quemada.

Tristán y Paredes alcanzaron las faldas de la montaña, donde se esparcía el campamento aragonés. Vieron a muchos heridos, mucha ropa quemada, armas con desperfectos y, sobre todo, expresiones de cansancio. Parte de la hueste se preparaba para salir en unas pocas horas. Tristán alzó la vista y contempló la fortaleza. Tres columnas de humo se elevaban al cielo todavía. Paredes detuvo a un grupo de infantes y les habló desde el caballo.

—Que uno de vosotros me diga qué ha pasado.

Un muchacho que tenía el brazo vendado y el rostro sucio de barro y sangre les habló.

—Don Gonzalo ha tomado la plaza. Los angevinos se negaron a aceptar las condiciones de rendición de nuestro capitán y defendieron la fortaleza toda la noche. Nos dieron buena guerra y mataron a muchos de los nuestros y a muchos mercenarios del papa. —A Diego le cambió la expresión cuando escuchó esto último. El mozo prosiguió—. De madrugada jugaron al despiste y arriaron e izaron banderas desde lo alto de la torre. Después quisieron rendir la plaza definitivamente, pero todos pensamos que se habían reído de nuestro honor. Aunque el Gran Capitán ordenó detener los ataques, nadie quiso dejar el trabajo sin hacer.

Se alejaron del joven y subieron la ladera y el monte a través del estrecho sendero. A ambos lados del camino vieron a soldados e infantes heridos. Había tiendas de campaña, lugares de curación improvisados, caballeros celebrando la obtención de un botín. Había muchas fogatas; los mercenarios cocían avena y las pocas provisiones que traían consigo para llevarse algo a la boca. Tristán conocía bien aquel ambiente: el cansancio, la victoria, la amargura por los compañeros caídos. A eso se sumaba que, con aquel último enfrentamiento, se daba por finalizada la campaña de Nápoles. El rey Fadrique esperaba a don Gonzalo y a su hueste para ser recibidos en la ciudad como héroes, libertadores del reino.

Cuando llegaron a lo alto de Rocaguillerma, se vieron obligados a desmontar. Paredes y

Tristán echaron un vistazo veloz y se dieron cuenta de que la fortaleza había sido arrasada y saqueada. Tan solo unos pocos prisioneros fueron perdonados, los pocos que lograron sobrevivir hasta el alba. En la plaza del castillo se apilaban cuerpos y cadáveres en descomposición, listos para ser enterrados en una fosa común. Aquella no era la manera de hacer la guerra de Gonzalo de Córdoba. Era evidente que no había sido una batalla al uso.

Fueron hasta las puertas principales y se encontraron al viejo Pizarro con un grupo de los alabarderos pontificios. Paredes les estrechó la mano.

—¿Dónde está mi hermano?

Zamudio le señaló las escaleras de las murallas.

—Arriba, en el adarve —afirmó en tono grave, y observó al escudero con un gesto serio—. Está junto a la escuadra.

—Habéis llegado tarde —esgrimió Pizarro.

Ninguno de los dos supo a lo que se refería y deshicieron los pasos hasta las escaleras. Los infantes, exhaustos, se afanaban en reordenar la fortaleza. Cuando estuvieron arriba, Diego reconoció la figura de su hermano rodeado de algunos miembros de su guardia y de la escuadra de escaladores de Rueda. Algunos dieron voces al ver al capitán y al escudero. Álvaro se hizo sitio entre la gente y fue hacia su hermano, que lo recibió con un abrazo efusivo.

—Estás entero —expresó Diego con alegría en la voz.

Álvaro esbozó una ligera sonrisa que no tardó en borrar. Contempló largamente a Tristán.

—¿Qué pasa? —soltó el joven.

Algunos de los que estaban a su alrededor dieron unos pasos hacia atrás.

—Tu padre, Tristán —señaló Álvaro con mala cara—. Ha caído.

Tristán se quedó de piedra.

—¿Dónde está? —preguntó con desespero.

Álvaro le enseñó el sitio donde habían depositado los cuerpos para darles sepultura. Se les amortajaba y se les dejaba sus armas sobre el pecho, junto a una cruz de madera. Tristán anduvo hasta allí. Reconoció las botas de su padre y su espada. Alfonso de Rueda permanecía tumbado, sin vida, junto al cuerpo de su compañero Viñolas, caído durante el último lance.

Tristán hincó una rodilla y le quitó los vendajes del rostro. No podía creer que fuera él. Al joven se le llenaron los ojos de lágrimas y lloró sin pudor. Su padre parecía estar dormido. Aunque Tristán había visto a cientos de personas sin vida durante la guerra, le resultaba imposible asimilar que aquello era verdad. Tenía muchas cosas de las que hablar, necesitaba de su ayuda, de su consejo. ¿De qué modo continuaba la vida sin su guía?

Tristán acarició su frente antes de llevarse las manos a la cabeza y descargar un llanto desconsolado.

Por la tarde se enterraron los cuerpos de los fallecidos en un camposanto y el capellán de la hueste ofreció una misa. Gonzalo de Córdoba mostró su dolor por la muerte de los caídos. El golpe por la partida de su amigo, el alférez, su compañero de armas, quedaría como una herida sin cerrar durante los años venideros. Había sido su sombra y la voz de su conciencia desde que ambos eran pajes. Aunque habían vencido en aquella guerra de Nápoles, Gonzalo sintió la rabia y la impotencia de saber que habían pagado mucho más de lo que merecía todo aquello.

Los que lo conocían sabían que a su angustia se unía el sabor de una victoria amarga, pues esta se había efectuado mediante la desobediencia. Esa pérdida de la disciplina era lo que se había

llevado a su amigo. Él mismo y sus caballeros habían visto la bandera blanca desde la posición frente a las puertas, sin embargo, cuando se estableció la orden de detener todos los ataques, la infantería se había negado. Los escuadrones eligieron la venganza y el saqueo como botín. Ante la rebelión, el Gran Capitán decidió retirarse junto a sus fieles y mandó un mensajero a los escaladores para que detuviesen su acción. Nada de eso sucedió, y Rocaguillerma fue tomada con violencia y rencor, como castigo por no someterse a la fama y al orgullo de los aragoneses. La guerra de Nápoles terminaba así, con una tragedia, y todos fueron conscientes del gran precio que se hubo de pagar por conseguir la paz del reino. Gonzalo se preguntó si llegaría el día en el que los hombres salvarían sus diferencias con honor.

Aquella noche Álvaro y Diego hablaron en solitario frente al fuego. Estaban en el campamento de los alabarderos pontificios. La hueste aragonesa esperaba hacerse al camino al alba, sin más demora. Don Gonzalo no quiso perder más tiempo, y dispuso que una guarnición del rey Fadrique permaneciera en Rocaguillerma para emprender la marcha al día siguiente. Pero esa noche todo el mundo descansaba en sus tiendas y compartía el calor de sus fogatas.

Desde que Álvaro había ido a por él al Palacio Viejo, en Trujillo, no habían estado tanto tiempo separados. Hablaron de la muerte del alférez Rueda y de Tristán. Luego Álvaro le habló del entrenamiento de las tropas y de cómo habían actuado las escuadras pontificias. Las órdenes de Roma eran que debían participar en la toma de la plaza para luego estar listas para entrar en acción en la guerra de la Romaña que se avecinaba. Crecían los rumores de una alianza con Francia y de un enfrentamiento en el norte. Diego y Álvaro no podían olvidar cuál era su papel en el ejército pontificio.

Diego estaba preocupado. Era necesario acabar de una vez con aquel asunto del Toscano antes de que se iniciara una campaña; el problema era que aquello no tenía visos de acabar pronto. Diego le hizo un resumen de su viaje; le habló de la situación de la Romaña, del estado de las cosas en Forlì e Ímola —feudos de Caterina Sforza— y de cómo se habían dado las cosas en Florencia. Le contó todo de los descubrimientos de la boticaria, de Dante Alighieri y de la relación de las muertes con los infiernos de esa obra. Álvaro quiso saber cómo había sido el juicio y el proceso de Savonarola. Aquello trajo recuerdos desagradables a Diego. Aún podía retener la mirada de aquel monje que los desafió a distancia. Lo importante era que las conjeturas de la boticaria habían sido acertadas. Savonarola se convirtió en víctima, y eso significaba que faltaban otras cuatro. Cuando acabó, Álvaro tomó la palabra y le habló en voz baja.

—Poco después de que os marcharais, el cardenal Carvajal nos convocó a Rueda y a mí. Nos pidió que ayudáramos en la investigación de la comisión secreta.

—¿Qué averiguasteis?

Álvaro le relató la noche en la que él y el alférez, con la ayuda del cardenal, descubrieron la iglesia abandonada del Borgo. Le contó lo que había visto dentro, los rituales satánicos con animales para invocar al demonio y las escaleras con aquella inscripción enigmática —«*Quien entre aquí que abandone toda esperanza*»—. En las criptas, un laberinto se extendía por las entrañas de Roma e iba a parar a un lugar donde se realizaban rituales y prácticas paganas.

Diego sopesó sus investigaciones.

—¿De qué manera supisteis de ese sitio?

—Fue gracias al boceto de un demonio de piedra de Tristán.

Era precisamente lo que le había dicho María, pero hasta entonces Diego no había sido capaz

de relacionar aquel dibujo con la confesión de la extremeña. Álvaro pareció percibir su expresión, y continuó con el relato.

—Carvajal investigó en los archivos secretos y logró encontrar un legajo de órdenes secretas. Hablamos de organizaciones con más de trescientos años. Una de ellas ha sobrevivido hasta hoy. Se les conoce como «los condenados».

Diego se quedó en silencio, tratando de asimilar aquella información.

—Según Carvajal —prosiguió Álvaro—, aquella orden estaba formada por la nobleza romana y altos cargos. Idolatraban a Satanás y buscaban ganarse el favor de los demonios. Creían ser los elegidos de la oscuridad.

—Bueno, me temo que eso no ha cambiado —sostuvo Diego.

—¿Sabes algo?

Diego le habló acerca de la confesión de María. De ser cierto, los condenados serían miembros de la curia y de la nobleza, gentes que creían estar por encima del bien y del mal y que compartían sus impudicias en el palacio de los príncipes. Aquel sujeto enmascarado, quien parecía ser el mayor de los príncipes, era ahora el principal sospechoso de Paredes y de Tristán. Tristán… Siempre y cuando el joven decidiera continuar en la comisión secreta. De ser cierta aquella teoría, los condenados buscaban mostrarles el infierno, al tiempo que custodiaban un poder o una influencia ocultos; mientras, continuarían apareciendo víctimas hasta la última de ellas, condenada por traición. ¿Qué perseguían? Diego estaba casi seguro de que buscaban acabar con el poder de los Borgia.

Poco antes del alba, algunos infantes encendieron sus hogueras para comer algo antes de iniciar la marcha hacia Nápoles. Alarcón, del grupo de los escaladores aragoneses, despertó a Tristán de una sacudida. El escudero no había podido apenas dormir. Había permanecido junto a la tumba de su padre y luego se había retirado en soledad. Sin Alfonso de Rueda, muchas cosas quedaban en el aire, y el joven tenía que tomar las decisiones de su vida por su cuenta.

Tristán miró a Alarcón con mala cara.

—Don Gonzalo te busca —le informó, y se alejó.

Tristán recogió sus cosas como pudo y se lavó el rostro en un arroyo. Lo sucedido los últimos días le resultaba un sueño difuso, y durante un momento creyó que despertaría y estaría con su padre en algún punto del reino de Nápoles y que todo iba a ser como había sido hasta ese instante.

Pero aquello no iba a suceder.

Se abrió paso entre la hueste. Algunos hombres lo reconocieron. Cuando llegó al campamento de la escuadra de escaladores, todos lo saludaron. Su padre se había ganado el respeto de esa gente, al igual que él, y el escudero agradeció que sus compañeros compartieran su dolor.

Tristán fue hasta donde se hallaba la tienda del capitán general. Un paje lo anunció y se retiró. En el interior, Gonzalo de Córdoba tenía una tabla con queso y una bebida caliente. Le ofreció una silla al muchacho y luego le dio un vaso sin preguntar. El escudero se sentó y bebió en silencio.

—No hace falta que te diga lo mucho que me duele la muerte de Alfonso —reconoció Gonzalo—. Lo mucho que significaba para mí.

Tristán guardó silencio. Por fin habló, al cabo de un rato.

—Siento que le he fallado.

—¿Por qué? —quiso saber su capitán.

—Debería haber estado aquí, con los míos —repuso el joven.

Gonzalo se sentó frente a él.

—Se te había asignado una misión. Has hecho lo que debías.

Tristán bajó la mirada.

—No estoy seguro de que podamos cumplirla, mi capitán.

Gonzalo se puso en pie y fue al otro lado de su tienda. Le habló de espaldas al chico, frente a una mesa.

—Esta guerra ha acabado, Tristán. Hemos pasado cuatro años de luchas y tú has participado en toda la campaña. Te has ganado el privilegio de decidir tu destino. Si lo deseas, cabalgarás conmigo a Nápoles a disfrutar de los festejos del rey Fadrique y luego viajaremos a Sicilia para ver las disposiciones del reino antes de volver a España. Yo te acogeré como mi escudero. Nos espera una audiencia con los Reyes Católicos. No puedo prometer nada en su nombre, pero estoy seguro de que Alfonso y tú seréis recompensados.

Tristán lo miró sin decir nada. Llevaba los tres últimos días cabalgando sin descanso, y la última noche no había podido pegar ojo. El escudero parecía otro ahora, un hombre con la experiencia, con el dolor que deja la guerra de manera perpetua en la piel de los hombres. Tristán pensó en su compañero, el capitán Paredes, y luego en Violante. Había salido de Ravaldino con la estúpida esperanza de volver a verla alguna vez más en la vida.

—¿Qué vendrá después de esa audiencia? —quiso saber el escudero.

Gonzalo se giró hacia él y deshizo los pasos que los separaban. En las manos portaba una espada envainada. Tristán la reconoció. Era la de su padre.

—Solo Dios lo sabe —dijo Gonzalo—. Tal vez muchos regresen a sus casas.

—Yo no busco volver a mi pueblo, capitán, lo sabéis bien. Busco serviros.

Gonzalo esbozó una ligera sonrisa que no tardó en quitar. Estiró los brazos y le ofreció la espada de Rueda.

—Esto te pertenece.

Tristán la sostuvo en silencio, hasta que volvió a contemplar al capitán.

—¿Qué pensáis que debería hacer?

Gonzalo se cruzó de brazos.

—Siempre podrás servir en mi hueste, Tristán. Te mereces el reconocimiento y los laureles de las gentes de Nápoles. Has arriado las banderas de muchas plazas.

La Casa de Aragón está en deuda con los Rueda. Pero creo firmemente que tu lugar ahora es otro.

Si albergaba alguna duda, se había esfumado con las palabras de su capitán.

—Yo también pienso que el deber está por delante de cualquier cosa, capitán. Ahora sirvo a la casa pontificia. Si así me lo permitís, preferiría permanecer con el capitán Paredes y con su hermano, el sargento de escuadra. Mi padre me enseñó a no dejar nunca las cosas sin acabar.

El escudero se levantó y el capitán general le estrechó la mano. Gonzalo lo miró a los ojos.

—Cumple tu servicio al papa —lo instó—. Si volvieran a formarse banderas de reclutamiento y los reyes convocaran a su hueste bajo mi mando, no dudes ni por un momento regresar con los tuyos.

—Así haré, mi capitán —respondió Tristán.

Ambos se despidieron. Al salir de la tienda de campaña y cruzar el campamento, Tristán sintió una inmensa sensación de vacío y de vértigo. Aunque la misión al papa ya lo había alejado del mando de Gonzalo de Córdoba, que fuera oficial lo hacía distinto. Por primera vez estaba solo. Se abrió pasó entre la hueste. Los hombres, a excepción de la guarnición del rey Fadrique, se disponían a marchar hacia Nápoles, a las celebraciones de victoria contra el rey francés. Cuando se dirigió hacia su montura, alzó la vista y encontró a Diego y a Álvaro de Paredes, que hablaban en solitario.

—¿Y bien? —le preguntó Diego, con preocupación.

Tristán cogió una bocanada de aire y contempló a la hueste en movimiento desde lo alto de aquella colina.

—He decidido mantenerme bajo tu mando, capitán.

Álvaro le dio una palmada en el hombro y Diego hizo lo propio. Aquello animó al joven.

—Volvamos a Roma —sugirió Diego—. Hay mucho por hacer.

Los tres prepararon las monturas para guiar a sus escuadras de regreso al Vaticano.

San Pedro, Roma

Como un prisionero en espera de sentencia, César Borgia dio varias vueltas por el patio porticado, frente a la basílica. Iba vestido con todas sus prendas cardenalicias mientras aguardaba la llamada del tribunal eclesiástico. De tanto en tanto observaba al alabardero en la puerta para que le diera la señal, pero, por lo pronto, este no se movía. César estaba a punto de dar el paso más importante de su vida.

Se situó bajo el techo de las columnas del patio. En uno de aquellos rincones reconoció la figura de su padre. Rodrigo de Borgia estaba apoyado en la piedra mientras contemplaba la enorme piña de bronce en el centro del atrio. Cualquier otro día le habría sido imposible estar allí, por la cantidad de peregrinos y de viajeros. No obstante, aquel día el patio estaba cerrado.

—Es de época romana, ¿sabes? —le explicó el papa señalando la piña.

César ni siquiera la miró.

—¿Estás seguro de que votarán lo que tienen que votar?

En la basílica, todos los cardenales disponibles habían sido reunidos por el vicecanciller Ascanio Sforza para votar una petición insólita. César Borgia había solicitado abandonar el cardenalato, apelando a su juventud y a las prisas en tomar los hábitos.

—He movido algunos hilos —comentó su padre para tranquilizarlo—. Ha sido costoso, es verdad, pero valdrá la pena. No se atreverán a votar en contra. Y quien lo haga pagará las consecuencias.

César se llevó una mano a la frente. Estaba sudando.

—No puedes saberlo con certeza.

—Todos saben lo que pasará.

César miró a su padre.

—¿El qué pasará?

El papa se mostró más cansado de lo habitual. Estaba siendo un año especialmente duro para

él.

—Que dejarás de ser cardenal y pasarás a ser el gonfalonero de la Santa Madre Iglesia —anunció Rodrigo, como si aquello fuera un hecho consumado.

César sintió emoción ante aquellas palabras, pero no podía entregarse a la euforia antes de que sucediera. Tras unos meses de tranquilidad y pausa, las diferentes piezas del tablero comenzaban a moverse. Había que dominar el juego, adelantarse a la jugada. Esa era la razón para que el papa estableciera nuevas alianzas.

—El Sacro Colegio está lleno de enemigos —expresó César, nervioso—. Hasta el francés podría traicionarnos.

—Villiers no es mi enemigo —repuso el papa—. Me ha enviado una propuesta interesante.

—¿Qué clase de propuesta?

—Veinte mil francos de renta para ti, como mínimo. Además, a tu llegada a Milán se te otorgará el condado de Asti, con todas sus rentas —murmuró Rodrigo.

—Luis XII está desesperado. Casi tanto como yo.

El papa alzó un dedo índice.

—No te dejes llevar por las pasiones, César. Son negocios. Nada más que negocios. La gente no es mala o buena, hijo: son los momentos y las circunstancias los que lo son. No sé cuánto tiempo más seré papa, y está claro que tú ya no serás mi sucesor. Así que debemos encontrar la forma de prevalecer y de que podamos construir un linaje fuerte para los cien próximos años, de convertirnos en la familia más poderosa de Roma, por encima de todos esos bufones, de los Orsini, Colonna, Savelli, Sforza… Para alcanzar eso debemos unirnos a la fuerza más poderosa de la cristiandad.

—El rey de Francia —afirmó César.

El papa asintió con solemnidad.

—¿Y qué pasará con los reyes de España? —se interesó César.

—Nos temen —sostuvo Rodrigo con seriedad—. Ya han mostrado su preocupación, y he recibido protestas de su embajador, Garcilaso de la Vega.

—¿No se alegra, acaso, de nuestra alianza con la casa de Aragón?

—Al principio, la propuesta de Lucrecia les ha parecido bien —le explicó su padre—. Han accedido a casar a tu hermana con Alfonso de Nápoles, el hijo de Fadrique y hermano de la bella Sancha.

—Con eso deberían conformarse —convino César—. ¿Cuál es el problema?

El papa frunció el ceño.

—El rey Fadrique no quiere ceder a su hija Carlota.

—Ese maldito napolitano…

—No quiere que se case contigo —expuso Rodrigo con la vista en el patio, muy tranquilo—. No quiere estar tan sujeto a nosotros y al rey francés, y así se lo ha hecho saber a los reyes de España. En realidad, lo que quiere es una garantía de que podrá gobernar Nápoles sin miedo a que le arrebaten su reino ahora que acaba de ganarlo. Que disfrute de las celebraciones con el Gran Capitán, porque Luis XII no está dispuesto a firmar eso. A nosotros nos trae sin cuidado. De hecho, preferiría que te unieras en matrimonio con alguna princesa francesa y no con una napolitana.

—¿Tienes a alguna en mente? —quiso saber César.

—Me da lo mismo —reconoció Rodrigo con un gesto con la mano—. Mientras sea rica y guapa, supongo que a ti tampoco te importará.

—¿Qué te preocupa tanto? —le preguntó su hijo.

El papa se puso en pie.

—Dice la comisión secreta que el Toscano le ha quitado la vida a Savonarola.

César lo miró con extrañeza.

—¿No murió en la hoguera, tras su juicio?

El papa alzó las cejas.

—Al parecer, el Toscano lo envenenó antes. El capitán Paredes recibió la nota que se corresponde con la sexta víctima —advirtió Rodrigo, harto de aquel asunto—. Me he cansado de buscarlo de manera sutil. Sé que nuestro enemigo se esconde entre nuestros vasallos. Por esa razón, conquistarás en nombre de la Iglesia uno a uno los territorios de la Romaña y acabarás con cada uno de los señores feudales rebeldes que me han traicionado. Te irás a Francia y seguirás a Luis XII hasta Milán, para luego descender con tus tropas. Te unirás a las escuadras pontificias comandadas por Paredes y a las de nuestros aliados.

Aquellas palabras, aunque su padre las hubiese pronunciado con cansancio, lo llenaron de felicidad y de orgullo.

—Lo sé, padre. Juro que encontraré al asesino.

Rodrigo de Borgia volvió a mirar a su hijo a los ojos.

—Quemaré hasta el último campo si es necesario. Esto es un juego de poder, una guerra de familias. Cuando los Borgia, con la ayuda de Francia, posean un principado más grande que toda la república florentina, hablaremos por fin con Castilla y Aragón. Y tú, querido César, harás honor a tu lema y serás mi general. No descansaré hasta verte convertido en el príncipe más grande de Italia.

César, al fin, descubrió el verdadero deseo de su padre.

—Eminencia —los interrumpió un alabardero—. Es el momento.

El joven cardenal se detuvo frente a la puerta para estirarse el hábito purpurado. Entró en la basílica escoltado por Ramiro de Lorca y ocho alabarderos de la guardia. Frente a él, en el altar, se hallaba reunido la mitad del Colegio Cardenalicio. César avanzó por el centro, con aire solemne, bajo un silencio sepulcral, y se detuvo frente al tribunal. El maestro de ceremonias se acercó a él y le dio las indicaciones.

A continuación, César se puso de rodillas.

—Yo, cardenal César Borgia, declaro ante este Sacro Colegio y ante Dios que jamás he tenido vocación sacerdotal y que soy diácono contra mi voluntad —anunció, e hizo una pausa. La nave de la basílica se llenó de murmullos. Tras unos momentos, César prosiguió—: Con honradez declaro que la dignidad, así como todos los cargos que me han sido confiados, que he ostentado durante todo este tiempo se debe a la generosidad de Su Santidad conmigo. El respeto y la dignidad que se debe a este estado resulta poco compatible con algunas irregularidades de mi vida. Reconozco ante Dios y ante este sagrado tribunal que vestir estos hábitos y luchar contra mis impulsos naturales exponen a mi alma a un peligro mortal. Por ello, le suplico a esta sagrada cámara, por el bien de mi salvación, que se me restaure el estado laico.

Los miembros del Colegio intercambiaron miradas entre murmullos.

César Borgia se había expuesto y humillado públicamente. Lo conocían. Sabían qué clase de

hombre estaba frente a ellos, un joven apasionado, belicoso y ambicioso que en nada se parecía su hermano Juan y que soñaba desde hacía años con comandar las tropas pontificias.

El vicecanciller Ascanio dio unos pasos hacia él.

—Este tribunal ha aceptado tu solicitud —anunció con un gesto solemne—. César Borgia, abandona ahora tus vestiduras y regresa al mundo como un hombre seglar, como has elegido.

César miró a Sforza. Como había dicho su padre, era una cuestión de familias. Habían hecho las paces con él, habían perdonado la vida del Sforzino, habían dejado de indagar la muerte de Juan. Para Sforza, era el precio que debía pagar por mantener la amistad del papa.

Tres pajes se aproximaron a él y comenzaron a desvestirlo frente a los cardenales. Su púrpura cardenalicia fue entregada con formalidad al Colegio. A continuación, César se puso una camisa, unas calzas y un jubón elegante, sin la ayuda de ningún paje, como muestra de humildad a su vuelta al mundo de los hombres. Ramiro de Lorca le tendió una espada, para que se la colgara del cinto.

—Ve con Dios, hijo, y halla la salvación a través del perdón —le dijo Ascanio Sforza, señalando la entrada de la basílica.

César hizo una profunda reverencia al Colegio Cardenalicio y dio media vuelta. Cruzó la iglesia con su zancada larga y una emoción incontenible brotó de su interior. Cuando llegó a las puertas, la luz del día lo cegó y César se sintió más cerca de Dios de lo que nunca antes había estado.

IV

«Lo duca e io per quel camino ascoso
intrammo a retornar nel chiaro mondo;
e sanza cura aver d'alcun riposo».

(«Mi guía y yo por aquel camino escondido
fuimos para volver al mundo claro;
y sin pensar en tener algún descanso»).

25

Castillo Real de Chinon, valle del Loira, corte del rey de Francia

Junio de 1499

Tras su partida del puerto de Ostia con cerca de cien personas en su séquito, entre caballeros, cortesanos, músicos, pajes y criados, le habían bastado seis meses para hacerse con la amistad de los grandes del reino, en especial, con la del rey de Francia en la corte de Bretaña. Su presencia hizo mucho. Sus cabellos brillantes, su cuerpo delgado y musculoso, su vestuario lujoso y sus modales cortesanos y la habilidad para hablar con elegancia en cinco idiomas fueron sus armas. Por fin, César Borgia acudía al encuentro de su destino, lejos de los peligros que lo acechaban en la curia.

En sus lujosos aposentos de la fortaleza de Chinon, los criados, pajes y ayudantes de cámara iban y venían. Más de cien personas lo seguían, desde músicos de Ferrara, Florencia y Verona a palafreneros de Mantua y caballeros de Roma, Milán y Venecia. El cortijo de César era ostentoso, de familias nobles, regado de lujos y riquezas, de trajes suntuosos y armaduras pulidas a la última moda europea.

No fue fácil acceder a la dichosa Bretaña, hasta Chinon. A su llegada a Marsella, fue recibido con todo tipo de honores por el barón de Villeneuve. Más tarde, en Aviñón, tuvo el encuentro con uno de sus grandes enemigos, Giuliano del la Rovere. El cardenal, legado pontificio de su padre, procuró agasajarlo con todo tipo de regalos. César, siguiendo las ordenanzas de su padre, procuró devolverle sus bienes y propiedades en Roma, como muestra de esa nueva amistad, incluyendo la villa de Ostia. Atrás quedaban las sospechas contra Del la Rovere y su implicación en el asunto del Toscano. César no podía estar seguro de que aquel hombre no fuera el asesino de la corte, aunque estaba claro que los cardenales habían firmado la paz con su padre después de semejante alianza con la fuerza más poderosa de la cristiandad.

Todos en Francia se mostraban felices, menos los aragoneses. Una nueva guerra se oteaba en el horizonte de Italia, especialmente en Nápoles, fruto del juego delas nuevas alianzas. Finalmente, César habría de desposar a una bella Carlota, pero no a la hija de Ferrante de Nápoles, sino a otra, Carlota d'Albret, hija del duque de Guyena y hermana del rey de Navarra, una dama de diecisiete años, famosa en la corte por su belleza. La jovencita había sido ofrecida al duque, en detrimento de Carlota de Aragón, y a César le había parecido bien, mientras el rey de

Francia cumpliera con lo pactado. Eso quería decir que se le iba a conceder el título de duque de Valentinois —o, como decían en Roma, «duque Valentino»—, el condado de Asti y las trescientas lanzas prometidas, además de una renta que elevara su riqueza a la de un príncipe soberano. Hasta el momento, el joven duque se había guardado la bula que llevaba en su equipaje, esa que obsequiaba al rey Luis con un precioso divorcio y la libertad para casarse con Ana de Bretaña.

Abrió un arcón y comprobó que el documento pontificio seguía en su sitio. Estaba ansioso por que el rey de Francia cumpliera con su palabra, y confiaba en que eso sucediera tras su boda. César guardaba la bula como la única garantía de sus intereses. Siguiendo los consejos de sus secretarios de confianza, habían hecho creer que la bula se había quedado por accidente en Roma. Como era de esperar, ningún francés los creyó.

Entonces, uno de los pajes anunció al arzobispo de Ruán, Georges d'Amboise. César hizo un gesto para que pasara y los criados despejaron la estancia.

—Duque de Valentinois —lo saludó con una reverencia formal.

César le devolvió el gesto. Había visto al arzobispo a su llegada a Chinon, en el extremo del puente, flanqueado por señores y gentilhombres de la corte, junto al señor de Ravenstein, el chambelán del rey y el vicealmirante de Francia. Él lo había conducido al gran salón del castillo. Hasta ese instante, no habían vuelto a tener la ocasión de hablar.

—Arzobispo —dijo César con seriedad—. Traigo una despensa del papa para vos. —Le entregó un documento sellado—. Enhorabuena.

Georges d'Amboise cogió el documento que formaba parte de las negociaciones y era un primer paso. Hasta entonces, y pese a la impaciencia que sentían tanto el rey como César, en la corte de los Valois solo se habían sucedido los torneos, bailes, cacerías, festejos y conciertos de músicos, sin ningún tipo de avance. Por momentos, César sentía que el rey, en realidad, lo estaba tanteando. Con esa bula en las manos, Amboise acababa de convertirse en cardenal y César tomaba la iniciativa frente a Luis XII.

—Mi señor —prosiguió Amboise—, el rey os espera en el salón del trono.

César alzó las cejas. Eso significaba que el rey quería una audiencia formal.

Regresó a su arcón y cogió la bula papal para Luis.

—Entonces es mi deber hacer entrega de este documento —anunció César con un fulgor en la mirada—. Estoy seguro de que sabéis lo que contiene.

Amboise asintió con un gesto cortés.

—El rey estará encantado de recibir esta bula ahora mismo.

César siguió al nuevo cardenal Amboise por el castillo y ordenó a sus caballeros que fueran con él. El duque Valentino procuraba no acudir solo a ninguna parte; le gustaba ostentar, apreciaba que los cortesanos murmuraran acerca de sus compañías y de que nunca iba en solitario. De esta manera fue anunciado en el salón del Castillo de Chinon. Hizo su entrada vestido con una casaca de damasco blanco con cordones dorados y, sobre sus hombros, una capa de terciopelo negro. Sobre su cabellera colocó una gorra adornada con un rubí y un penacho. No había hombre más elegante que el viajero romano en toda Francia. Entró seguido de sus treinta caballeros, que siguieron al unísono la reverencia que hizo a mitad de trayecto y, posteriormente, frente al monarca. Las miradas de toda la corte fueron para Borgia.

—Mi rey, mi señor —se presentó César.

Luis XII le ofreció la mano para que la besara y lo ayudó a alzarse. Su mirada satisfecha lo decía todo. El hijo del papa era su aliado, lo cual arrinconaba a la casa de Aragón, en especial a Fernando el Católico, y hacía temblar a los reinos, ducados, condados y repúblicas de Italia.

—Mi querido amigo… —lo saludó con su voz grave.

A continuación, César le entregó al rey la bula que certificaba la anulación de su matrimonio con Juana de Francia. Luis resquebrajó el sello con impaciencia y la leyó. Luego desvió la mirada hacia Ana de Bretaña, que estaba de pie, a un lado, en compañía de sus damas. Ambos intercambiaron una mirada, y la duquesa supo lo que significaba.

En ese momento, tras un gesto del rey, el cardenal Amboise trajo un cofre forrado de terciopelo y lo abrió frente a él. Los ojos de César se iluminaron con el reflejo del collar de oro de la Real Orden de San Miguel, el mayor honor de Francia, y que lo obligaba para siempre a ser leal a la Corona y al resto de los miembros de la orden. Luis XII lo cogió con sus manos y se lo tendió. César inclinó la cabeza y recibió la cinta de la que colgaba la cruz de ocho puntas, coronada por cuatro flores de lis doradas, una dignidad reservada únicamente a los príncipes de sangre e hijos de Francia.

—Y ahora, mi querido duque de Valentinois y caballero de San Miguel —dijo el rey—, ordenaré a la corte dirigirse con premura a Nantes para celebrar vuestro enlace con la bella hermana del rey de Navarra, Carlota d'Albret. Nuestros capitanes y banderizos nos aguardan. Cabalgaremos juntos al ducado de Milán, al frente de nuestros ejércitos, y conquistaremos la Romaña y Nápoles por la gloria de Francia.

La sala entera estalló en aplausos.

César esbozó una sonrisa victoriosa de cara a la multitud, mientras el rey no le quitaba los ojos de encima, como si aún midiera la clase de hombre que tenía frente a él.

Despacho del cardenal Carvajal, palacio apostólico

La toma de Rocaguillerma había significado la expulsión de los franceses de Nápoles, y sin Savonarola arremetiendo desde Florencia y con la guerra contra los Orsini acabada, una única sombra parecía acechar al pontificado. Aunque la marcha del «sobrino» del papa, César Borgia, a Francia se había festejado como una victoria, algo pasaba en Roma. Podía decirse que se respiraba una extraña atmósfera en los pasillos del Vaticano, ahora llenos de mercenarios y condotieros contratados para la guerra de la Romaña.

Aquellos días, un nuevo cuerpo apareció en uno de los palacios del Borgo y causó una gran conmoción en la curia. La guardia fue avisada y rápidamente la víctima fue trasladada al palacio apostólico en una litera para que fuera examinada por el médico de la corte y por los miembros de la comisión secreta. Siguiendo las indicaciones del cardenal Sensi, el cuerpo de la víctima se dispuso en uno de los apartamentos cercanos a la torre Borgia con máxima discreción. El cadáver resultaba irreconocible. Carvajal se vio en la obligación de enviar a Diego de Paredes y a Tristán de Rueda a comprobar la identidad de aquel hombre. Se trataba del cardenal Lamberto, secretario apostólico allegado a Su Santidad. Como las veces anteriores, se halló un nuevo mensaje en el interior de su boca.

«VII
Locura de ira, que nos incitas en la vida breve
y nos hundes en la eterna».

En la oscura estancia del despacho del cardenal, iluminada por unos pocos candiles, se hallaba Carvajal frente a Paredes y el escudero Rueda. Estos últimos procuraron no tocar casi el pergamino con los dedos. Sabían de qué estaba hecho.

—El papa está profundamente disgustado y apenado —reconoció Carvajal—. Piensa que los ataques solo pueden venir de alguna de las familias de la Romaña. Él apunta a Caterina Sforza.

—¿La dama de Ímola? —repitió Paredes.

—Eso es —convino el cardenal—, ella y la rama de la familia Riario, viejos enemigos del pontífice.

No es para menos, pensó Tristán. Con la guerra acabada, con los Orsini comprados, con los Colonna de su bando y el resto de las familias neutralizadas ante la amenaza de una guerra en el norte con Francia como aliada, no parecía que hubiera ningún enemigo a la vista. Sin embargo, el Toscano proseguía con su macabro juego, y aquel asunto se estiraba en el tiempo. Siete víctimas, y, de ellas, varios cardenales y un Borgia.

—¿Qué funciones cumplía el cardenal Lamberto? —La pregunta de Paredes pareció sacar a los presentes de sus pensamientos.

Carvajal habló en tono preocupado.

—Trabajaba para la Cancillería y para la Casa Apostólica. También era el encargado de la compra de los suministros de las tropas.

Esos días se habían sumado una docena de escuadras extranjeras, suizas e imperiales, que llenaban los bastiones pontificios del norte. Sobre todo piqueros suizos y lansquenetes alemanes. A Diego no le hacían gracia estos últimos, en especial la escuadra que rondaba en el palacio apostólico, con un capitán de cabello platino de nombre Rüger. Eran prepotentes y ni siquiera eran católicos. ¿Qué necesidad había de contratar a gente así? Álvaro y Diego sabían que el ejército del papa tendría que reunirse probablemente en Fabro, antes de unirse a las tropas del duque Valentino en cuanto este regresara de Francia. La guerra de la Romaña estaba más próxima que nunca.

—¿Y los mercenarios? —quiso saber Paredes—. ¿Los compró él?

—Lamberto, sí —zanjó Carvajal—. Él se ocupaba de esos y de otros asuntos relacionados con el reclutamiento de la hueste.

Tristán volvió la vista a la nota bañada de veneno marrón que correspondía al séptimo círculo. La ira. A aquello se le veía el sentido si se entendía que Lamberto se había encargado durante esos años de conformar la hueste pontificia: podía decirse que era uno de los hacedores de la guerra. Tristán comprendía que a cada víctima le llegaba su turno en función de su pecado. De pronto se sintió inmensamente vulnerable.

—¿Qué hará la comisión? —preguntó Tristán con preocupación.

—El papa exige una respuesta acertada esta vez. Aunque haya habido avances y el viaje a Forlì y Florencia os haya servido para obtener información, el santo padre no considera que haya habido ningún progreso en este asunto. Tengo la impresión de que espera que lo resuelva su hijo

César cuando regrese a Roma con su numeroso ejército.

—Hemos perdido su confianza —añadió Paredes.

Carvajal se pasó una mano por la frente.

—Su Santidad ha tomado medidas. Ha dictado una serie de ordenanzas.

—¿Cuáles? —lo interrumpió el capitán.

El cardenal lo observó con un gesto cansado.

—Una escuadra de lansquenetes hará guardia en el palacio apostólico e interrogará a los miembros de la corte —les explicó.

—Esa maldita escuadra… ¡No puede hacer eso! —exclamó el capitán—. Para eso está su guardia.

—La guardia está para su protección. Y su capitán debería comprender que el Vaticano es demasiado grande para una guardia tan escasa. Toda ayuda es poca. Los mercenarios imperiales sabrán hacer bien su trabajo.

—¿Interrogarán a pajes y a criados? —preguntó Tristán—. ¿Qué hay de los miembros de la guardia o de los nobles y purpurados?

—El papa no se atreverá a preguntar a cardenales, desde luego —intervino Carvajal.

Paredes volvió a pensar en la Orden de los Condenados, en aquella secta olvidada. La iglesia abandonada y los santuarios de las criptas habían sido revisados y cerrados. ¿Con cuántos miembros contaba? ¿Era el Toscano el último de los condenados? Incluso el palacio de los príncipes había decidido guardar silencio y había desaparecido de la noche a la mañana.

—La gente que vive y sirve dentro de estas murallas proviene de ciudades y de familias que podría decirse que son enemigas de Su Santidad —comentó Carvajal—. Lo que quiere el papa es estrechar el cerco. Tenemos poco tiempo, señores. En breve partiréis con las tropas pontificias al norte.

—El Vaticano volverá a quedarse a expensas de lo que ese asesino disponga —expuso Tristán.

Paredes cerró el puño con rabia y se puso en pie.

—Solo quedan dos víctimas.

—Es imposible saber cuál será la próxima —se lamentó Carvajal.

Tristán, por su parte, había pensado mucho acerca de las pistas y de las víctimas. Cada muerte tenía una explicación, siempre que se basara en la obra de Dante y en sus infiernos, y todas estaban relacionadas con el pontificado. Parecían, de algún modo, rodear al papa y cercarlo poco a poco. La siguiente víctima correspondería al octavo círculo, aquel reservado a los hipócritas, seductores, rufianes, falsarios. Tristán recordó su conversación con Violante: «*Una mentira es más grave que un acto violento*».

—Eminencia —dijo finalmente Tristán—, creo que todas las víctimas y círculos marcan un fin bastante claro.

—¿Qué fin? —se interesó Paredes.

—Acabar con el poder de los Borgia —susurró el escudero.

—Explicaos mejor —lo instó el cardenal.

—Las tres primeras víctimas eran servidores de Su Santidad —enumeró Tristán—, la cuarta, Virginio Orsini, era una moneda de cambio que perdió en el momento en el que murió. Luego vino su primogénito, el duque de Gandía.

—¿Y Savonarola? —Ahondó Paredes.

Tristán negó con un gesto.

—Savonarola atacaba a toda la curia, no solo a Borgia. Puede haber sido un enemigo común, y él busca despejar el camino —se explicó.

Carvajal entornó la mirada.

—Tiene sentido. Continuad.

Tristán se incorporó un poco más en la silla.

—La siguiente víctima ha sido el cardenal Lamberto, encargado de la compra, suministro y manutención de las tropas. Si consideramos que durante todo este tiempo el Toscano ha pretendido acabar con el poder de los Borgia, la última víctima será el papa. El último círculo, el de los traidores a la patria.

—¿Qué patria? —inquirió Paredes.

—El Estado Pontificio —respondió Carvajal, que no le quitaba ojo a Tristán—. ¿La octava víctima? ¿Quién es el siguiente?

—Una mentira es más grave que un acto violento —repitió el escudero para sí recordando las conversaciones que había tenido con la boticaria—. La siguiente víctima es alguien que haya mentido, que haya tratado de seducir a sus aliados, que haya cometido un acto de hipocresía.

—Y que, además, sea un Borgia —añadió Paredes.

Tristán asintió.

El cardenal permaneció en silencio con la vista puesta en sus hombres. Tardó unos momentos en mostrarse conforme con aquella conjetura.

—Muchos en la curia interpretan la salida de César Borgia del cardenalato como una mentira, una hipocresía de su parte, por querer volver a los placeres carnales y a sus ambiciones principescas. Pero no deja de ser únicamente una sospecha.

—Si el Toscano acaba con el duque Valentino, acabará con las aspiraciones delos Borgia sobre la Romaña y romperá las alianzas con Francia —advirtió Paredes—. No es descabellado.

Carvajal guardó silencio. Ambos compañeros sabían que el cardenal era prudente.

—No debemos separarnos de él —zanjó Tristán.

—Seguid esa pista e informadme —les ordenó el cardenal. A continuación, se puso en pie y les estrechó la mano.

Paredes les echó una mirada y asintió.

Fortaleza de Sant'Angelo

En el castillo y en la ciudad, en general, se respiraba un aire a paz armada.

Lo que era un secreto a voces pronto sería una realidad. Los Borgia se unían al rey de Francia como vasallos y la Iglesia cambiaba de rumbo. Los embajadores españoles y delegados, así como algunos prelados, estaban en pie de guerra. Pero pocos conocían la enemistad que le guardaba Fernando el Católico a Rodrigo de Borgia. Diego había oído historias de María durante su viaje por Aragón con el duque de Gandía, Juan Borgia. Era fácil pensar que el desprecio con el que el rey había tratado al hijo del papa había sido crucial para que este se decantara por hacer un nuevo tipo de política. Si con Carlos VIII la cosa había sido difícil, Luis XII parecía un monarca mucho más maduro con el que poder negociar.

Junto al corredor con las literas había una sala con una gran chimenea y varias mesas, que los infantes usaban para pasar sus ratos de descanso, apostar, jugar a las cartas y charlar. Álvaro, Diego y Tristán se sentaron y bebieron una jarra de vino, en silencio. Diego sentía lástima por el muchacho, que ya tenía presencia de hombre. Qué lejos en el tiempo parecía la toma de Ostia… El viaje a Forlì lo había cambiado y la desgracia en Rocaguillerma lo había hecho madurar. Ahora se le veía más comprometido con su causa que nunca. Diego miró a su hermano, que daba muestras de pensar lo mismo que él.

Hablaron sobre las tropas extranjeras. La escuadra imperial, liderada por el capitán Johann Rüger, se había dedicado a interrogar sin delicadeza a la corte. Se trataba de un grupo de más de sesenta mercenarios bien equipados, en su mayoría lansquenetes. Diego intuía que el papa no se fiaba de nadie, ni siquiera de ellos, a quienes alejó de Sant'Angelo, y procuró que la escuadra de Rüger permaneciera en el palacio apostólico. Tristán y Diego pusieron al día a Álvaro acerca de sus pesquisas. Discutieron sobre las posibilidades de que César Borgia fuera el siguiente objetivo del Toscano.

En ese momento, un soldado apareció de súbito en la sala. Álvaro se puso en pie al verle la expresión que traía en el rostro. Era uno de los guardias a los que había dejado en la rampa del castillo.

—¿Qué sucede?

—El papa —inquirió el alabardero—. Requiere la presencia del capitán de la guardia. Es urgente.

Álvaro miró a su hermano y los tres se levantaron. Salieron del bastión y cruzaron el patio. Se dirigieron a la rampa del castillo. Subieron hasta los niveles superiores y accedieron a los apartamentos papales de la fortaleza. Arriba, en lo más alto, los recibió uno de los secretarios del pontífice. Los acompañó a uno de los patios que había en lo alto del castillo.

Rodrigo de Borgia estaba sentado en un banco, a la sombra de una parra. Les devolvió una mirada llena de preocupación.

—Santidad —lo saludó en castellano el capitán de su guardia.

El papa se ahorró el protocolo con los Paredes. Desvió la mirada al secretario e hizo un gesto para que trajera algo.

—Quiero que veáis esto, Paredes. Vos y el joven Rueda.

Tristán le devolvió la mirada al pontífice y se sorprendió de que supiera exactamente quién era él.

El secretario regresó con un cofre. Lo apoyó sobre la piedra del banco con un ruido seco y se retiró. El papa cogió un pañuelo de seda de su bolsillo y abrió el pequeño arcón sin tocarlo con las manos. Dentro, observaron algo envuelto en una tela hermosa, de color escarlata, con hilo de oro.

—¿Sabríais decirme algo de esto?

Diego se acercó y Tristán lo detuvo.

—Está envenenado —advirtió el escudero casi al instante.

El papa entornó la mirada.

—¿Cómo podéis saberlo, Rueda?

—Es por el olor, Santidad.

Rodrigo de Borgia le lanzó una mirada que el muchacho no supo descifrar. Tristán había aprendido la procedencia de aquel hedor. Lo provocaba el aceite de cadáver unido al arsénico.

Aquella tela estaba impregnada de veneno, y tenía suficiente para matar al pontífice.

El papa no apartó la vista del muchacho.

—Sabéis más de lo que aparentáis, escudero.

—Llevamos mucho tiempo tras el asesino, santidad —respondió el joven con humildad—. Nos ha tocado aprender sobre la marcha.

El papa se mantuvo en silencio, como si sopesara aquellas palabras.

Tristán hizo una reverencia, seguido del capitán y de Álvaro.

—¿Cuáles son las instrucciones? —preguntó Diego.

El papa señaló el cofre.

—He recibido cuatro cartas como esa, envueltas en aceite envenenado —les explicó—. He estado a punto de morir. No hace falta que os diga quién pretende acabar conmigo.

—Quien lo haya hecho lo pagará —manifestó Álvaro.

El pontífice guardó silencio unos momentos. Luego habló en un tono de voz que bien podría haber sido una mezcla de rabia y decepción.

—Quiero que ultiméis los preparativos de las tropas, de las compañías de fortuna y los alabarderos y hagáis un anuncio. Ofreceré mil ducados por la cabeza del alquimista que ha hecho esto.

—Eso animará a la hueste —dijo Álvaro, sonriente.

—Santidad —lo interrumpió Diego—, ¿cuál es su procedencia?

—Los mercenarios imperiales han desenmascarado una conspiración —señaló el papa.

Diego puso mala cara.

—¿La escuadra de Rüger? —lo interpeló Álvaro.

El papa asintió.

—Los lansquenetes han hecho un buen trabajo. Han interrogado a la corte y han descubierto que las misivas eran entregadas por un músico de la corte, un joven de Forlì. Han sido enviadas por la dama de Ímola, Caterina Sforza. Toda la correspondencia proviene de Ravaldino.

A Tristán le dio un vuelco el corazón. El papa los contempló con la mirada encendida. Su gesto estaba lleno de rabia contenida.

—Sé, por el cardenal Carvajal, que vosotros habéis estado allí. Quiero la cabeza de ese alquimista —les exigió—. ¿No os dais cuenta? Esa mujer ha jugado con nosotros y se ha burlado de la comisión secreta; durante todo este tiempo se ha hecho llamar el Toscano. ¡Acabad con ella!

—¿Piensa Su Santidad que Caterina Sforza es el Toscano? —preguntó Diego, incrédulo.

El papa se puso en pie.

—Traedme a esa ramera y a su alquimista y os cubriré de riquezas, os lo prometo. Acudid con mi hijo César a su campaña y, a vuestro regreso, os concederé la Milicia de Oro. Seréis nombrados caballeros pontificios. Tenéis mi palabra.

Tristán se quedó de piedra. Sabía que aquello no tenía sentido. Pero ¿y el veneno? ¿Había obligado la dama de Ímola a Violante a enviar aquellos obsequios envenenados como las notas del Toscano? Aquel no era el modo de actuar del asesino. Algo no encajaba. Los hermanos Paredes hicieron una reverencia y, acto seguido, los tres se retiraron a cumplir con su misión.

26

Fortaleza Malatestiana, Cesena, Estados Pontificios

Septiembre de 1499

Luis XII cumplió con su palabra y César partió hacia Cesena a toda prisa con las tropas prometidas en compañía de varios capitanes, entre ellos, Antoine de Bessey e Yves D'Allègre, dos nobles franceses que iban armados de pies a cabeza sobre dos corceles que costaban una fortuna. También iban con él Ercole Bentivoglio, hijo de Giovanni II, señor de Bolonia, al que no le quedó más remedio que dar paso a las tropas francesas del duque Valentino para asegurarse la amistad de Luis XII.

Además, César obtuvo, gracias a Giuliano del la Rovere, más de cuarenta y cinco mil ducados de préstamo de los milaneses. Del la Rovere se había convertido en un gran aliado, y aunque había llegado a acusar a Rodrigo de Borgia, lo cierto era que estaba totalmente del lado de la familia. El cardenal parecía haber dejado atrás cualquier diferencia con los Borgia y actuaba como un instrumento más del duque Valentino, a quien cuidaba como su protector.

César se despidió del rey de Francia en Milán y marchó hacia su guerra.

Durante el viaje a Cesena tuvo tiempo a pensar en muchas cosas. Lo primero fue que le sorprendió que Luis XII no quisiera ocupar Nápoles como su antecesor; al contrario, había ordenado el regreso a Francia. Sus espías y las informaciones de su padre sacaron a la luz un posible pacto secreto con Fernando el Católico. Francia y España se repartirían el reino de Nápoles y Fernando de Aragón consumaría su traición a su primo Fadrique.

César también descubrió la verdad acerca de la Romaña.

Se trataba de una serie de territorios gobernados por tiranos arrogantes, cuyas gentes estaban hartas de ellos y de la guerra. Hartas de sufrir y de ver sus campos quemados, de ser llamados a levas y de tener que combatir en las guerras de otros hombres que no sentían ningún aprecio por su tierra. Se regían por el asesinato, y la Romaña se había convertido en un nido de condotieros, mercenarios, delincuentes y mala gente. César, que en sus años de arzobispo y cardenal había estudiado la historia de la Iglesia, sabía la razón. Durante décadas, los papas habían repartido el territorio entre sus hijos, sus sobrinos, o nietos. Las familias poderosas eran un enemigo imbatible si estaban juntos…, pero se odiaban entre sí. Era una guerra sin fin en un feudo —la Romaña— que había dejado de responder al vasallaje. César y su padre estaban dispuestos a

acabar con eso y a devolver la lealtad de aquella tierra de la Iglesia, como un solo principado hereditario, con César Borgia como vicario apostólico.

César entró acompañado de su séquito, de sus caballeros y de sus capitanes en Cesena y se dirigieron a la antigua fortaleza de los señores de la ciudad. D'Allègre iba al frente de mil ochocientos caballeros franceses, muchos de ellos veteranos de la guerra de Nápoles, y de las lanzas de César. Bessey, por su parte, comandaba a cuatro mil infantes suizos y gascones, mercenarios que habían costado su peso en oro. El ejército avanzó con fuerza, portando los estandartes de Francia, del Vaticano y de los Borgia y armas relucientes, mientras los ciudadanos de la única ciudad aliada del pontífice contemplaban la llegada de la infantería con temor y asombro. Iban alabarderos, jinetes y algunas piezas de artillería. El estruendo de los cascos de los caballos y el sonido de las trompetas anunciaban la entrada triunfal de las tropas, cuyos soldados marchaban en formación. César y sus capitanes entraron en la fortaleza Malatestiana y fueron recibidos por el señor de Cesena, Achille Tiberti.

—Duque Valentino —lo saludó Tiberti—. Es un honor.

César le entregó su mano para que la besara, un gesto que había mantenido desde sus días de cardenal. Presentó a sus capitanes y gentilhombres. La Roca Malatestiana era uno de los bastiones más imponentes de la Romaña. Contaba con un patio y dos torres poderosas, un lugar ideal para organizar a todo el ejército. Los señores de Cesena, con la ayuda de docenas de pajes y criados, acomodaron a sus invitados y más tarde se reunieron en el gran salón del castillo para discutir asuntos militares.

En una mesa habían desplegados mapas de la región y figuras de bronce que descansaban sobre los feudos por conquistar. En ese momento, el propio Tiberti le entregó un correo proveniente de Roma a César. El duque se lo agradeció, quebró el sello pontificio y leyó con premura.

«Duque Valentino:

He despojado de sus títulos mediante una bula a todos los vicarios desobedientes de la Romana y las marcas. Ellos son Pandolfo de Malatesta en Rímini, Giuiio Varano en Camerino, Astorre Manfredi en Faenza, Guidobaldo de Montefeltro en Urbino; Giovanni Sforza, el Sforzino, en Pesaro y Caterina Sforza en Ímola y Forlì. Todos ellos han violado la justicia y la ley y han usurpado las tierras de la Santa Madre Iglesia. Como respuesta, he recibido varias cartas envenenadas y he temido por mi vida. Las misivas proceden de Forlì, y he puesto precio a la cabeza del alquimista de la condesa de Ímola. El capitán de mi guardia, Diego de Paredes, tiene listo a nuestro contingente pontificio para que se una a nuestro ejercito en el norte. Por otra parte, Alfonso, el hijo de Fadrique de Nápoles y duque de Bisceglie, y tu hermana Lucrecia han tenido un hijo al fin. Lo han llamado Rodrigo en mi honor.

SS. Alexander VI • Pont • Max».

Achille Tiberti aguardó a que el duque terminara de leer.

César alzó los ojos y entornó la mirada.

—¿Con cuántas tropas contamos?

Cada capitán anunció en voz alta el número de unidades que aportaba. El último en hablar

fue Tiberti, que hizo el cálculo final.

—Con los escuadrones de la familia Tiberti y los de la familia Bentivoglio, más los caballeros franceses y los mercenarios suizos y gascones, cuenta con cerca de trece mil soldados bien pertrechados. A estos se unirán las tropas de Vitellozzo Vitelli, el destacamento pontificio y un apoyo de artillería, con algunos ingenios y cañones. Sumarán más de dieciséis mil infantes y caballeros.

—Aguardaremos tres días antes de iniciar la campaña —les informó.

César se retiró de allí y fue a sus aposentos, los mejores del castillo. El duque Valentino se cambió de ropajes, sin la ayuda de nadie, y se vistió con ropas raídas de viajero. Se puso una cota de malla, cogió sus armas y se dirigió a los establos. En ese momento, vio aparecer a Miquel Corella, uno de los guerreros más fieles de su padre. Lo había seguido y estaba con su caballo listo para partir.

—Don Rodrigo me ha pedido que no os deje solo nunca —le dijo.

—Pues no hay tiempo que perder, Corella —le respondió el duque.

A continuación, espoleó a la bestia y se alejó al galope seguido de su caballero. Abandonó la fortaleza Malatestiana, que resguardaba al mayor ejército de Italia, y puso rumbo a Roma en compañía del viejo guardia de su padre.

Fortaleza de Ravaldino, Forlì

Los rumores de una nueva guerra llenaron los pasillos de las cortes de todas las ciudades de la Romaña. «*Cuando el río suena, es porque agua lleva*», le había dicho María, en referencia a un refrán castellano, una noche en la que hablaron sobre las alianzas y las balanzas de poder de las familias y los estados italianos. El papa se aliaba con Francia y los señores romañolos temblaban.

Estas dudas llenaron el espíritu de Violante, que una noche tuvo un sueño premonitorio. Mientras Ravaldino se pertrechaba para la guerra y compraba más armas y más mercenarios, ella tuvo una visión. La joven se encontró de cara con la guerra. Vio ejércitos y soldados marchar por los caminos. Sintió el olor a pólvora, el hedor de la sangre y de la tierra quemada. También vio pueblos arrasados, campos calcinados, ciudades enteras destruidas y a gente que vagaba sin rumbo. El hambre y la destrucción pronto dominarían la Romaña. Entonces, entre las cenizas, vio surgir a un niño, sucio y ensangrentado, como si lo hubiese parido la tierra. Era de ojos claros, como dos esmeraldas con el brillo verdoso del río Arno.

Violante despertó esa noche con la sensación de haberlo sostenido y se puso las manos en el vientre. Aquel niño estaba consagrado a Marte, el dios romano de la guerra. Lo supo desde esa misma noche, y cuando los meses transcurrieron el tiempo se encargó de darle la razón. Violante iba a tener un hijo.

Ningún otro hombre la había vuelto a tocar más que Tristán de Rueda. Estaba segura de que el escudero era su padre. Su cuerpo cambió con el paso de las semanas, y cuando se hizo evidente, no se molestó en ocultarlo. María lo tomó casi como una tragedia, incluso Jimena ya era consciente de la gravedad del hecho. Tener un hijo fuera del matrimonio constituía una ofensa para su señora, la dama de Ímola, y podía ser motivo suficiente para echarla de Ravaldino. Sin embargo, estaban en época de guerra, y la señora, pese a todo, había decidido mantenerla en su

séquito como alquimista.

Esa noche, Violante despertó tras un sueño similar donde volvía a ver a su hijo. Esta vez era mayor. Entonces oía su nombre en una lengua desconocida para ella. La joven abrió los ojos y permaneció en el lecho, taciturna. Más de ocho meses después de aquel encuentro con el escudero castellano, Tristán volvía a la memoria de Violante, justo cuando estaba casi por dar a luz.

Se levantó antes del alba. Violante ya no gozaba de su estancia grande en la torre del Maschio. Muchos de sus privilegios, así como la amistad de Caterina Sforza se habían esfumado por completo. Había sido relegada a una habitación que apenas tenía luz, junto a los almacenes de pólvora y la munición de la artillería. El olor, a veces, le provocaba náuseas y vómitos. María y Jimena la habían ayudado a montar allí un pequeño taller de alquimia con las cosas necesarias para hacer tónicos y ungüentos para la señora y sus damas.

Poco antes del alba, llamaron a su puerta de forma ostentosa.

María y Jimena, que estaban con ella, abrieron. Un soldado apareció y la informó de que la condesa exigía su presencia en el salón de la corte. Violante se levantó como pudo pese a su estado, y con mucho esfuerzo se dirigió a la audiencia de su señora.

Cruzó el castillo y fue hasta la sala de la corte. Allí, Caterina Sforza la miró impasible y no dijo nada hasta que la joven acabó de hacer una leve reverencia. La boticaria la saludó con cortesía, sin embargo, Caterina Sforza la fulminó con la mirada.

—El capitán Dionisio Naldi ha sido interrogado por ciertas cuestiones y afirma que habéis ayudado al capitán de la guardia del papa y a su escudero.

Violante empalideció. Hasta ese momento, aquel secreto solo lo sabían María y Jimena. Una tarde, la condesa había descubierto sus notas en el taller de alquimia y Violante se vio en la obligación de decirle que preparaba unos estudios acerca del veneno y sus diversos usos. Aquello agradó a la dama de Ímola, que rápidamente le pidió que preparara todo lo que pudiera. Violante no tardó en enterarse que la condesa remitía correspondencia envenenada a todos sus enemigos, incluido el papa.

La boticaria volvió a realizar nuevamente una reverencia.

—Mi señora, desconocía quiénes eran verdaderamente los embajadores de Roma. Accedí a ayudarlos por petición de mi condesa.

Caterina Sforza hizo un gesto con la mano y todo el mundo se retiró de la sala. La joven desvió la mirada a uno de los guardias, que cerró la puerta. Estaban las dos solas.

—¿Y cuándo supo que estaban al servicio de Borgia? ¿Antes o después de que el capitán pontificio la preñara?

Violante se ruborizó de la vergüenza. Se mordió la lengua para no responder una insolencia. La dama se levantó y anduvo hasta una ventana. Le habló sin desviar la vista del horizonte de Forlì.

—Naldi ha averiguado que los dos castellanos consiguieron salir de Ravaldino con su ayuda y que la criada española y su paje están ahora bajo su servicio.

Violante notó una punzada de dolor. Si algo les ocurría a María o a Jimena, jamás se lo perdonaría.

—Mi señora…

—Eran una presa lo suficientemente interesante como para sonsacar información de mis

enemigos y pedir un buen rescate. Podríamos haberlos tenido aquí con nosotros. Esta fortaleza es inexpugnable.

—Señora, yo…

La dama dio un paso hacia ella en actitud amenazante.

—¿Qué fue lo que te pidió el capitán de la guardia pontificia y por qué solicitaste a Naldi cadáveres de animales muertos? ¿Qué buscaban? ¿Mi veneno?

Violante sintió una nueva contracción y se arqueó. Caterina se mantuvo frente a ella, impasible.

—¡Habla! —le gritó, después.

—Señora, investigaban el veneno, sí —reconoció Violante, con dolor en el vientre.

—¿Y qué les dijiste?

Violante hizo una mueca de dolor y trató de calmarse.

—Que estaba hecho a base de arsénico y óleo de cadáver —se explicó.

Caterina se llevó una mano a la frente, con gesto serio. Violante comprendía que no le hacía grada que descubrieran sus secretos.

—¿El papa quería la receta?

La joven negó con la cabeza.

—Ambos van tras un asesino que va, a su vez, a por el papa.

Violante desvió la vista hacia los guardias otra vez y luego regresó a la dama. Caterina se irguió y la contempló con suficiencia. Tanto su voz como su trato cambiaron de repente.

—Hasta ahora has cocinado ese veneno para cuatro cartas. Les dirás a estos hombres todo lo que necesitas para preparar ese veneno, Della Croce. Pienso regar con él cada bala y cada flecha de mi ejército.

—No es tan fácil hacerlo, mi señora. Necesitaré semanas.

—Bien —resolvió Caterina—. Trabajarás día y noche.

Violante no tuvo más opción que aceptar, resignada.

Caterina no apartó la mirada de ella.

—No intentes huir de Ravaldino, porque a partir de ahora eres mi prisionera. Cumple con lo que se te ordena o, de lo contrario, daré la orden para que te corten la cabeza. Así aprenderás lo que es la verdadera lealtad.

La dama le indicó que se retirara y Violante sintió que su vida se venía abajo, incapaz de hacer nada por evitarlo.

Una guardia permaneció fuera de la estancia de Violante durante esa noche de tormenta. Los hombres de armas llevaron todo lo que solicitó. Del resto de cosas se ocuparon María y Jimena, a quienes se les permitió el acceso en la sala. Aquella noche, las pocas velas junto a la mesilla de la cama iluminaban las estanterías con frascos de vidrio de diferentes tamaños que contenían sustancias de colores y texturas variadas. En una esquina de la estancia había un pequeño horno de leña junto a una serie de alambiques y retortas de hierro. En una mesa había esparcidos recipientes de metal para la mezcla y destilación de líquidos, así como diferentes tipos de crisoles y morteros de piedra para la molienda de otros sólidos. En un arcón se guardaban las telas, como seda y algodón, que servían para filtrar los líquidos y separar las impurezas. También había una balanza y algunas herramientas de corte y grabado para trabajar con metal. Sobre otra mesa estaban desperdigados algunos manuscritos, libros y otros pergaminos con escritos en latín.

Todo aquello era cuanto le quedaba en la vida a Violante, que sudaba a mares en el lecho. Jimena mojaba su frente con un trapo de tanto en tanto y le daba agua fresca. María tenía preparados un paños y un cubo con agua templada. También tenía unas tijeras, aguja e hilo. Violante gritaba por el esfuerzo. Había pasado horas con dolores en el vientre. El niño estaba de camino.

—Venga —murmuró María—. Vas a tener que ser valiente.

La extremeña intercambió una mirada con Jimena, que hacía de tripas corazón y trataba de aguantar el tipo.

Violante empujó y gritó hasta la extenuación.

—¡Respira! —soltó María—. Dios mío, no te agotes. Vamos otra vez. ¡Ahora!

Violante hizo un nuevo esfuerzo, pero fue imposible. Estaba exhausta, necesitaba dormir. Durante un instante pareció perder el conocimiento.

—¡Jimena! Mójala con el trapo —le ordenó María.

—Violante, despierta —dijo la chica, que le acarició el rostro y le apartó el cabello.

—No puedo… —masculló sin fuerzas—. Es demasiado para mí.

María la miró a los ojos.

—Tienes que hacerlo o vas a morir, y contigo, el niño. ¡Vamos!

Violante cogió una bocanada de aire y bebió agua. Se preparó y juntó todas las fuerzas que le quedaban. Durante un instante, vino a su memoria el rostro del recién nacido en su sueño surgiendo de las cenizas, como el ave fénix. El hijo de Marte, el hijo de la guerra. Nacería en la prisión de un castillo, rodeado de lo pagano, sin recibir el bautismo. Entonces Violante recordó de pronto las conversaciones que había mantenido con su maestro Jacopo acerca de las enseñanzas de Plotino y de cómo los hombres se sentían una parte de Dios, más que una creación ajena a él. «*Nuestro afán no consiste en estar libre de pecado, sino en ser Dios*». Violante le daría, pues, un bautismo pagano, en el nido de la alquimia, basado en los poderes astrales y en la conjunción de las ideas neoplatónicas. Nacería bajo el signo de la espiritualidad, consagrado por un dios guerrero de la antigüedad.

Violante hizo el último gran esfuerzo y gritó con rabia hasta que su voz se unió a la del llanto de la nueva criatura. María lo sostuvo con un paño mojado con agua templada y se lo entregó.

—Es un niño —susurró.

Jimena derramó lágrimas a su lado.

Violante lo vio llorar como en su sueño. Era pequeño, de piel rojiza. Rápidamente, pidió a María un cuchillo. Violante se hizo un corte en una mano y su sangre brotó fresca. Se bañó el pulgar y lo pasó por la frente de su hijo, trazando una línea roja.

—Te consagro a Marte, hijo de la guerra —murmuró mientras realizaba el ritual pagano sobre la cabeza del niño—. Martino della Croce, nacido de la sangre y las cenizas.

Palacio apostólico, Ciudadela del Vaticano

Somos los elegidos. Rodrigo de Borgia había estudiado a los clásicos, se había enamorado de las enseñanzas de Plotino y había descubierto el inmenso saber que guardaba la desconocida civilización egipcia. Él, como heredero del poder de los emperadores de la antigua Roma, creía

sentir un lazo con una verdad absoluta, obtenida a través de una epifanía. El papa veía un paralelismo entre el toro de su blasón y Apis, el dios solar egipcio, el toro sagrado, ese que había surgido a través de la metamorfosis de Isis y Osiris. Eso los convertía en elegidos, custodios de un poder divino de la Antigüedad. El papa había hecho pintar todas sus estancias con estos motivos, dejando pistas de Apis, de Isis y Osiris y todo el antiguo Egipto en sus paredes.

Rodeados del arte de Pinturicchio y del lujo que vestía los apartamentos del papa en el palacio vaticano, Rodrigo de Borgia alzó su copa con emoción. En la mesa no eran muchos los invitados, pero no necesitaba de más gente. Frente a él estaba su hijo César, todavía con ropajes de viajero, que alzó la copa y le devolvió una mirada brillante. A un lado, Jofré y la bella Sancha de Aragón, príncipes de Schillace, hicieron lo propio. Al otro, Lucrecia y Alfonso de Nápoles, el hermano de Sancha, duques de Bisceglie. Junto a ellos, una nodriza se ocupaba de Rodrigo, el recién nacido.

—Ojalá la princesa de Navarra estuviera aquí —deseó el papa en referencia a la nueva esposa de su hijo.

—He recibido una misiva —comentó César, aún con la copa en alto—. Carlota está embarazada.

Lucrecia aplaudió y desvió la mirada a Alfonso para ver su reacción. El napolitano hizo una reverencia cordial a su cuñado. El papa no cabía en sí de gozo.

—Esta noche será la primera de una nueva era que comienza en nuestras vidas —dijo Rodrigo al tiempo que los miraba uno a uno—. De vosotros, queridos hijos, depende nuestra supervivencia. Y vamos a conseguirlo. Brindo por cien años más de nuestra estirpe.

—¡Por cien años! —exclamó Jofré, que se puso en pie.

—¡Cien años! —repitieron todos, e imitaron su gesto.

Después de tantos avatares, el papa había logrado reunir lo que quedaba de su familia. La madre de sus hijos, Vannozza Cattanei, decidió rechazar la invitación a la cena y el papa, con mucho dolor, empezaba a aceptar que había perdido para siempre a la que había sido su gran compañera de vida.

César había ultimado esa noche todos los preparativos de su campaña con su padre, y había acordado que sería nombrado oficialmente gonfalonero de la Iglesia a su regreso. El duque Valentino cruzó una mirada con Sancha, con disimulo. La bella esposa de su hermano lo deseaba más que nunca, por su aspecto rudo y seglar. César quería a Jofré y también amaba a Sancha como una hermana, y esto último no era un impedimento para hacer el amor con ella. Alzó su copa y brindó hacia ella en el aire.

Rodrigo los miró a los dos sin decir nada. Al papa, con todos esos años en la corte, eran pocas las cosas que se le escapaban. Observó a su nuevo yerno, Alfonso de Nápoles, que sonreía y charlaba animadamente con César. Alfonso, al sentir el peso de su mirada, hizo un gesto cordial al papa, que le devolvió una sonrisa. Rodrigo hubiese querido decirle que aprovechara para disfrutar, pues no tardarían en llegar los días oscuros para su casa. El papa estaba al tanto de un pacto secreto que se estaba preparando entre el rey de Francia y los reyes de Castilla y Aragón. Y ese pacto tenía que ver con su reino y con la negativa del rey de Nápoles para que César hubiese desposado a su hija Carlota en la corte francesa, o sea, esa garantía por parte del rey de Francia de que se mantendrían su reinado y la integridad de su territorio. Francia, Castilla y Aragón iban a repartirse Nápoles a trozos, y era algo que nadie más sabía. El papa estaba al tanto, como también era consciente de que sería el fin de la rama napolitana de la casa de Aragón, y de que el

matrimonio de su hija Lucrecia —como ya había sucedido con Giovanni Sforza— volvía a ser poco provechoso. Era algo que César y él ya habían discutido y dictaminado. Alfonso sería asesinado por Miquel Corella tras la campaña de la Romaña, y Lucrecia, una vez más, volvería a ser utilizada como moneda diplomática de las alianzas de su padre y de su hijo. En ese momento, César y el papa parecieron pensar en lo mismo frente al príncipe napolitano.

Lo importante era el pequeño Rodrigo. A pesar de las tensiones y las rivalidades que habían surgido entre ellos, más allá de Alfonso y Sancha, los presentes eran la única familia que les quedaba, unidos por lazos de sangre y una lealtad inquebrantable hacia su estirpe. El padre y sus hijos. Y César los elevaría a todos, convirtiéndose en príncipe soberano de un reino propio que llevaría su nombre y que estaba aún por conquistar.

27

Ímola, Estados Pontificios Diciembre de 1499

Una brisa fría llevó consigo el olor a tierra quemada y Tristán recordó el día en que había visto arder los campos en Seminara, cuatro años atrás, cuando la caballería francesa derrotó por primera y única vez al ejército conjunto del rey de Nápoles y del Gran Capitán. César Borgia había reunido a sus huestes y diferentes contingentes en un lugar cerca de Fabro y la masa de soldados se movía con lentitud, como una enorme mancha oscura. El ejército del duque Valentino se detuvo nada más cruzar el río Santerno, frente a la ciudad amurallada de Ímola. La plaza tenía forma de rectángulo, con sus dos vías principales que se cortaban en forma de cruz, la vía Emilia y la vía Appia, y que separaban los cuatro barrios de la ciudad, San Cassiano, San Matteo, San Giovanni y San Egidio. La ciudad tenía dos puertas principales, más otros postigos secundarios, y varias torres a lo largo de su muralla. Un enorme foso, con agua del Santerno, rodeaba la plaza y separaba la ciudad de su fortaleza, Roca Sforzesca, una mole de piedra de cuatro bastiones y una torre poderosa, también rodeada por un foso.

Tristán estaba en el frente, junto a Diego de Paredes y su hermano Álvaro, seguidos de otros condotieros, oficiales y cabos de escuadra del contingente pontificio. El ejército se detuvo antes de cruzar el río. A su derecha, vieron a los mercenarios y compañías de fortuna suizas y gasconas. También estaban las escuadras imperiales y las capitanías alemanas, como la de Rüger. Más allá, la infantería francesa y su caballería. A su izquierda, las tropas aliadas de Bolonia, de Cesena y de Vittelozzo Vitelli. Atrás, las piezas de artillería, los carros de pólvora y de munición. A todo este ejército lo seguía una hueste de criados, pajes, carpinteros, albañiles y constructores cuya función era levantar el campamento del duque.

Se encontraban poco antes del mediodía. Una brisa fresca rondaba la explanada y un sol soporífero se instalaba en lo alto del cielo. Diego de Paredes echó una mirada al horizonte, con la torre de la fortaleza cortando la línea de torreones de Ímola. César Borgia estaba montado sobre un caballo pardo que, a diferencia de los franceses, no portaba refuerzos de armadura. Tristán lo recordó vestido de cardenal en Atella. Ahora era un hombre libre, y aquella, podía decirse, era *su* guerra.

—Vamos a preparar el campamento a este lado del río —exigió el duque—. Antes de ninguna acción, quiero a la caballería ligera preparada.

—Los caballeros franceses están listos para entrar en combate —dijo D'Allègre, orgulloso,

con un marcado acento francés.

Paredes se adelantó hacia el Valentino y empujó a dos o tres capitanes franceses que le obstaculizaban el paso. Tristán y él tenían una misión y no iban a separarse de su señor.

—¡Duque! —lo llamó el capitán de la guardia—. Señor. Permitid que vayamos con vos. Que no se diga que la primera acción de esta guerra la llevasteis a cabo solo con las tropas del sucio de Vitelli.

A César le hizo gracia su comentario.

—Uníos a mi escolta, Paredes. Vos y Rueda.

Tristán pudo ver que a Diego le cambiaba el semblante y se preparaba para una masacre. Ambos se pusieron sus yelmos y cabalgaron hasta donde estaban sus caballeros, un grupo de hijos de cardenales y nobles romanos que habían estado al servicio de César en Francia. Diego era una bestia de acero sobre otra bestia armada, y no tardó en tirarle el caballo encima a uno de los caballeros de las primeras filas, ocupando su lugar.

Apareció César Borgia y alzó una mano hacia sus caballeros, frente a todos ellos. Más de ochenta jinetes iniciaron el galope por la ribera del Santerno hasta el puente. La columna levantó una nube de polvo y la tierra de Ímola retumbó como un preludio de la guerra. La caballería trazó una curva como la hoja de un turco. Desde la llanura que se extendía antes del foso, vieron la quietud que reinaba en las murallas y torres de la ciudad. Viraron hacia poniente. Cabalgaron hacia la puerta que daba hacia la vía Appia, pero no encontraron ninguna resistencia y tampoco vieron demasiado movimiento en las murallas. El duque Valentino ordenó volver hacia las puertas principales de la vía Emilia. Antes de llegar, alzó la mano y todos sus capitanes mandaron a los jinetes detenerse.

Vieron a lo lejos que se abrían las puertas de la ciudad. Un paje sostenía una bandera blanca. César entornó la mirada. Paredes se hizo sitio entre los caballeros y Tristán lo siguió.

—Duque, iremos nosotros —le pidió Paredes.

—No —lo atajó el Valentino.

Para asombro de todos sus compañeros de armas y del ejército que esperaba al otro lado del río, César cabalgó a las puertas de Ímola en solitario. Nadie más que él sabía lo que significaba aquella carrera. Años aguardando su momento. Era la primera acción de guerra de su vida, la primera vez que dirigía a un ejército con tantos implicados, el rey de Francia, el papa, su padre, compañías de fortuna y tropas aliadas.

A lo lejos, vieron al paje de la bandera recibir al duque. Luego vieron aparecer bajo la sombra del arco de las puertas a cuatro gentilhombres que intercambiaron unas palabras con César. Poco después, el duque desmontó y estrechó la mano de los cuatro señores. A continuación, anduvo hasta la puerta y contempló a su caballería y a su ejército desde allí. Desenvainó su espada y la alzó. Las tropas estallaron en vítores. La ciudad capitulaba.

Ímola era la primera conquista del duque Valentino.

La fortaleza, en cambio, no se rindió.

César Borgia ordenó que la artillería abriera fuego frente a los bastiones, mientras una lluvia de flechas y virotes salía del otro lado de los muros. El cielo se tornó ceniza y el olor a pólvora llenó la ciudad. Roca Sforzesca resistía como el último reducto de Ímola. Caterina Sforza había apresado a la familia del capitán del castillo, Dionisio Naldi, como garantía. Ahora los *brisighelli* se afanaban en luchar y en expulsar a un ejército que los superaba ampliamente. Sus soldados

corrían por el adarve en busca de más munición y flechas, pertrechados y bien armados.

Lejos de acobardarse y quedarse en un sitio seguro, el duque Valentino se puso un yelmo y acompañó a las escuadras pontificias comandadas por Diego de Paredes. En el frente dejó a D'Allègre y Bessey, con los caballeros y la artillería. César había obtenido información de un pasadizo hacia la fortaleza desde el interior de la ciudad. Cuatro representantes del Consejo de los Treinta habían entregado la ciudad al duque y habían jurado lealtad al papa. Estaban hartos de Caterina Sforza, y ninguno de los ciudadanos, artesanos, comerciantes, artistas y soldados estaba dispuesto a dejarse matar por una opresora. Suficiente mal había causado, queriendo morir por su propio orgullo, quemando campos, inundando cultivos, arrasando la tierra que debía gobernar. César fue recibido casi como un salvador, y estaban dispuestos a ayudarlo a acabar con los *brisighelli*.

Sobre sus muros se distinguían las tropas pagadas por los Médici, un contingente numeroso dispuesto a resistir durante semanas, si no meses. La fortaleza era cuadrada, con cuatro torres circulares en sus vértices, y estaba rodeada de un foso profundo con agua y unida a otros dos bastiones a través de dos pasarelas.

Tristán, Diego y Álvaro estaban junto al duque, que iba acompañado de Miquel Corella, Ramiro de Lorca y otros diez caballeros que habían querido demostrar su valor frente al hijo del papa. Se detuvieron frente al muro anterior al foso y se dieron cuenta de que también estaba protegido por las tropas de la condesa de Ímola.

—Si conseguimos tomar ese bastión, podremos bajar el puente levadizo y llegar a la fortaleza —le dijo Tristán a Paredes.

Diego sabía que Tristán tenía amplia experiencia en la guerra, así que se fue con el duque, que daba instrucciones a sus caballeros.

—Señor —lo interrumpió Paredes, y señaló a Tristán—. Rueda participó en las tomas de las plazas de Nápoles con el Gran Capitán.

César se giró hacía él, impaciente, y lo miró a los ojos.

—¿Alguna sugerencia, escudero?

Tristán miró el torreón frente a ellos un momento.

—Colocar una pieza de artillería frente a la puerta y dividir a la gente en dos escuadras para que suban por ambos flancos. Las dos fuerzas deben encontrarse en el centro, sobre el bastión.

César dio la orden a Ramiro de Lorca para que trajera uno de los cañones de los franceses. Entretanto, dividió a las tropas como le había sugerido Tristán. Un flanco lo comandaría él mismo. El otro, Diego de Paredes.

Lorca volvió a aparecer acompañado de un puñado de franceses, con escaleras de asedio, la pieza de bronce y la escuadra de la artillería. César arengó a sus tropas, que se vieron sorprendidos por el arrojo del hijo del papa y la poca importancia que parecía darles al peligro y a la posibilidad de morir.

—¡Ímola es nuestra! —gritó.

Los contingentes que defendían el torreón se vieron sorprendidos.

La artillería comenzó a disparar a diestro y siniestro, mientras dos escuadras tomaban ambos flancos, colocaban las escaleras de asedio y subían a enfrentarse al enemigo. De pronto, nada más alcanzar lo alto, una catapulta descargó desde la fortaleza una tremenda bala en el torreón, y provocó un estallido y una lluvia de piedras y de escombros. Paredes y Tristán salieron

despedidos del impacto. El joven cayó sobre una montaña de restos y piedras afiladas. Sintió que le sangraba todo el rostro. Miró a Paredes, que estaba cubierto de polvo y sangre, pero al trujillano se le veía invencible. Se levantó como buenamente pudo y luchó espada en mano. Tristán ya no podía oír nada. Vio entre la nube de pólvora a César Borgia y a los hermanos Paredes reunirse sobre el adarve y a los *brisighelli* que bajaban el puente levadizo y corrían hacia el bastión. Tenían al enemigo frente a ellos, a tiro de piedra, al otro lado del foso.

Sin tiempo a que nadie hiciera nada, las catapultas descargaron sobre un grupo de franceses que estaba a su lado y, con un estruendo ensordecedor, volaron piedras, astillas y cuerpos. Tristán se quedó a cubierto tras un contrafuerte. Todo fueron gritos y lamentos. El joven miró hacia abajo, sin casi poder respirar, al otro lado del torreón, y alcanzó a divisar a la escuadra de los hermanos Paredes con el duque sobre el puente levadizo. Diego había improvisado un ariete con una viga de madera y una veintena de infantes golpeaba el portón del bastión de Roca Sforzesca mientras los *brisighelli* les servían una lluvia de flechas. Luego corrió a mirar hacia el otro lado, donde habían puesto su artillería, y vio a dos escuadras de lansquenetes de refresco.

Abajo, en el interior del foso, Diego estaba entre Lorca y un soldado francés sosteniendo el ariete, sudando a mares, con una sed terrible. Frente a él tenía al duque Valentino, que se mostraba ávido de sangre y de guerra. Los hombres parecían haberse visto contagiados por su espíritu combativo y por el romanticismo de seguir a un líder joven que estaba en el frente de batalla, como en los viejos cantares de otras épocas. Del otro lado de la fortaleza, la artillería de D'Allègre y Bessey no daba tregua, y los *brisighelli* comenzaban a mostrar signos de fatiga.

Los del ariete contaron hasta tres, y cargaron contra la puerta.

El golpe no la movió. Diego oyó que reforzaban con más maderos el otro lado.

—¡Esta puerta no va a caer! —gritó.

—¡Un último intento! —los instó César.

Los soldados se echaron hacia atrás e hicieron un esfuerzo mayor al saber que era la última tentativa. Corella, que parecía una mole de acero dentro de su arnés completo, llamó a gritos a más soldados y todos cogieron el ariete tras su orden. Con el rugir de todos, empujaron con todas sus fuerzas y lograron incrustar el ariete en un boquete como una daga.

—¡Prendedle fuego! —gritó el duque.

Alguien apareció con una lámpara con aceite, la lanzó y la puerta empezó a arder. Bajo la protección de sus mercenarios, el grupo del ariete cruzó el puente y consiguió ponerse a salvo en el bastión. César ordenó a los soldados de fortuna que mantuvieran la guardia del torreón que acababan de ganar. Luego se retiró junto a sus hombres a celebrar la victoria.

La batalla se detuvo a altas horas de la noche, y fue cuando una delegación de los *brisighelli* solicitó un encuentro con el duque para negociar una tregua.

César Borgia escuchó sus peticiones, que eran legítimas. Esperaban recibir refuerzos. Sin embargo, tanto los franceses como los mercenarios aliados y las tropas pontificias estaban ansiosos por entrar en liza y enfrentarse al enemigo en la batalla. Allí, todo el mundo quería demostrar su valía y regresar a casa con el recuerdo de haber matado a algún adversario. El duque les otorgó tres días para recibir a nuevos soldados. Si concluido ese plazo el capitán Naldi no había recibido las tropas prometidas por Caterina Sforza, debía entregar la fortaleza.

A medianoche los capitanes se retiraron a sus tiendas y los oficiales prepararon las guardias con antorchas en el campamento de Ímola. Hacía una noche espléndida, bañada por la luz de la

luna llena que lo volvía todo brillante como la plata. Diego permanecía a pocos pasos de la tienda del duque. Se sentó en un taburete al frescor de la noche, con la espada en las manos. Su hermano Álvaro aprovechó para tumbarse en el catre y dormir algunas horas. Tristán vio al trujillano y le hizo compañía con una bota de vino para que ambos la compartieran. El rostro de Paredes estaba envuelto de un velo sombrío.

—Hemos llegado al final, Tristán —murmuró Diego con preocupación.

El joven no estaba seguro de a qué se refería.

—Han puesto precio a la cabeza de Violante del la Croce —musitó Tristán—. Los hombres murmuran. Todos quieren ese botín.

Diego lo observó con calma.

—Has pasado muchas horas con ella, en su taller.

—Era una mujer instruida en muchas artes —reconoció Tristán—. Es una pena las circunstancias en las que a veces encontramos a las personas.

—¿La aprecias tanto como para jugarte la vida por ella? —lo tanteó Paredes.

Tristán miró hacia otro lado.

—No dejaré que nadie se acerque a ella —dijo finalmente.

Diego no insistió más sobre ese tema. No sabía si el muchacho hablaba así por un impulso caballeresco o si realmente había vivido alguna historia de amor con la boticaria.

—¿Piensas que se atreverá a atacar? —Tristán interrumpió su pensamiento.

—¿El Toscano?

Tristán asintió.

—¿Crees que tendrá el valor de ir a por el duque durante la campaña?

Paredes desvió la vista al campamento, lleno de soldados.

—Sería una osadía —respondió después de un momento.

Los dos se quedaron en silencio hasta que Diego volvió a hablar.

—Creo que el Toscano sabe bien quiénes somos.

Tristán lo miró sin decir nada.

Diego se quedó en silencio unos instantes y luego se pasó una mano por el rostro como si acabara de regresar de un sitio muy lejano.

—Una vez hubo una muchacha a la que amé —le confesó en un susurro—. Marina Aguirre se llamaba. Iba a tener un hijo mío, en secreto, y por esta razón se vio obligada por su familia a casarse con un caballero castellano. Cuando él se enteró de quién era el padre, la abandonó. Entonces el niño vino muerto, y Marina murió en el parto. No tuve el valor de ir con ella y decir la verdad frente a su familia, solo quería preservar su dignidad y su honor. Pero ¿de qué sirve el honor después de la muerte? ¿De qué sirve la dignidad en esta historia?

Tristán se quedó en silencio. Paredes permaneció perdido en el laberinto de pensamientos y reflexiones que lo atrapaban.

Luego el escudero miró a su compañero a los ojos.

—Creo que eres un buen hombre, Diego.

Diego bajó la mirada.

—Supongo que cometí el error de confesarme en San Pedro. Necesitaba limpiar mi alma, comenzar otra vez. Pero, como dijo la boticaria, en los infiernos los demonios nos persiguen toda la eternidad.

—¿Por qué piensas que fue un error?

—He aprendido que en la curia y en la corte se mercadea con los rumores. Yo he confesado una debilidad. Creo que el Toscano ya la conoce.

Aquello explicaba muchas cosas acerca de la vida de Paredes, su manera de ser, su forma de comportarse en la guerra frente al peligro o frente a un oponente. No era que Diego de Paredes no temiera a la muerte. Al contrario. La verdad era que la temía, pero al mismo tiempo arriesgarse era una manera de tentar a la suerte y a la justicia. Después de todos esos años y de su aventura en Italia, el fantasma de Marina volvía a él como una vieja maldición. Su última condena.

—Creo que solo he amado una vez —le confesó el escudero.

Diego lo observó en silencio y reconoció en sus ojos una mirada. Era la de aquel que no estaba dispuesto a perder lo que más amaba en el mundo.

28

Roca Sforzesca, Ímola

El ejército pontificio aisló la fortaleza de sus cuarteles, mientras la artillería se preparaba para un nuevo enfrentamiento. Sin embargo, los *brisighelli* no recibieron refuerzos, y Dionisio Naldi no tuvo más remedio que rendir Roca Sforzesca. En realidad, no había ni un solo soldado de la compañía de fortuna que no estuviera de acuerdo, pues en las condiciones del duque Valentino se entendía que pasarían a su servicio. A partir de ese momento, todas sus tropas pasaron a formar parte del ejército pontificio y el condotiero de Brisighella se convirtió en uno de sus capitanes. Como siempre, en Italia más valía apostar por el bando ganador; de lo contrario, tan solo esperaba la muerte.

Esa misma tarde, César Borgia ordenó a sus tropas moverse hacia Forlì.

La guerra continuó durante las dos semanas posteriores sin descanso. Hubo acciones arriesgadas, pero no demasiadas. Las marchas se sucedieron por el territorio, cayeron algunos bastiones y castillos de poco renombre y César le dio la oportunidad a cada uno de sus aliados de demostrar su valía, tanto a los franceses como a las tropas de Bolonia y de Cesena. La región entera se sometió en un plazo corto. Muchas villas abrían sus puertas y daban la bienvenida al duque Valentino como a un salvador, entregando a sus señores y liberándose del yugo de años de tiranía. Diego de Paredes y Tristán de Rueda, siempre en su escolta, no se separaban de él.

En Faenza, a medio camino entre Ímola y Forlì, Astorre Manfredi abrió las puertas de su ciudad y rindió pleitesía al hijo del papa. Manfredi, que durante años había sido aliado de Caterina Sforza —incluso se había llegado a pactar un matrimonio con una de sus hijas, Bianca Riario—, dio la espalda a la condesa y veló por sus propios intereses, como no podía ser de otro modo. Ofreció soldados para que se unieran a su gran ejército, que casi superaba los veinte mil infantes. El tablero había cambiado por completo. La Iglesia luchaba ahora con acero francés, y quienes lo supieron ver con premura, como los Bentivoglio de Bolonia o los Tiberti de Cesena, pudieron vislumbrar que estaban en el bando vencedor. La Romaña sería ordenada bajo la fuerza del nuevo vicario del papa, un joven de veinticuatro años que había sido cardenal y que soñaba con ser nombrado gonfalonero de la Iglesia en San Pedro. La fiereza, el poco miedo a la muerte y la elegancia de César Borgia inspiraba a sus soldados y a sus capitanes. Un aura principesca parecía rodearlo.

Las tropas del ejército pontificio cruzaron el río Montone la última semana del año y vieron a

lo lejos la ciudad de Forlì, preparada y pertrechada para un asedio de larga duración. Una densa niebla cubría el campo arrasado y calcinado. A lo lejos aún podían verse algunas columnas de humo.

Fortaleza de Ravaldino, Forlì

Estaban completamente perdidos. Violante se encontraba en ese momento junto a la corte de la condesa en lo más alto de la torre del Maschio. El séquito de la dama de Ímola se limitaba ahora a unos pocos capitanes, su consejero, el condestable y la boticaria. Violante vio delante de ella un paisaje desolador. Los campos estaban quemados hasta el horizonte, desprovistos de árboles, y a lo lejos centelleaban las armaduras del ejército pontificio. Las tropas marchaban ordenadas según su origen. Por un lado, vio los estandartes de la Iglesia y los de la familia Borgia. También vio insignias del rey de Francia, otros de las ciudades aliadas, y otras banderas de los países a los que pertenecían las compañías de fortuna, regiones de Suiza y Alemania. A todo ello había que añadir el estruendo de la caballería pesada francesa, la caballería ligera de Vittelozzo Vitelli, las piezas de artillería y la infantería del duque, bien equipada con corazas y alabardas. Más atrás, vieron una columna de ingenios y artilugios de asedio desconocidos que inundaron sus corazones de desesperanza. Violante tuvo ganas de llorar. Estaba segura de que pocos ejércitos podrían hacer frente a una fuerza como aquella. No tenían ninguna posibilidad. Sin embargo, la condesa era una mujer orgullosa que no iba a entregar su plaza sin luchar. Estaba dispuesta a arrastrar a los suyos a la muerte con tal de preservar la fama de su nombre. Caterina Sforza contempló la ciudad de Forlì desde la torre. A lo lejos, la sombra armada se movía lentamente hacia allí, como una bestia que se arrastraba por el campo.

—¡Desgraciados! —gritó la dama, fuera de sí, hacia sus propios pobladores.

Violante observó que Forlì, al igual que sus vecinos de Ímola, se preparaba para entregar la ciudad al duque nada más este arribara a las puertas. Nadie estaba dispuesto a continuar bajo la tiranía de aquella condesa rebelde. Todos querían verla arder en su fortaleza.

—¡Traidores! —gritó la mujer—. ¡He vivido toda mi vida rodeada de traidores!

El gobernador de la fortaleza se plantó delante de ella.

—Mi señora, os ruego que entreguemos la plaza —suplicó el hombre que también cumplía con la función de consejero—. Podemos resistir un ataque, pero no un asedio largo.

Caterina Sforza descargó en él una sonora bofetada.

—¡No aceptaré muestras de debilidad!

—¡Mi señora! —Esgrimió el hombre.

La dama lo señaló con el dedo con rabia.

—Atacaremos con la artillería desde esta torre, aunque yo misma tenga que encender la mecha. Preparad toda la munición.

Luego se giró y se encontró de frente con la boticaria.

—Vas a regresar al taller de alquimia y a preparar más veneno. Quiero todas las balas y todas las flechas de este bastión bañadas en tu elixir. ¡Muévete!

Violante se vio arrastrada por las escaleras de la fortaleza. La oscuridad y la falta de comida y de esperanza habían creado una atmósfera aterradora dentro de sus muros. No existía ninguna

salida a aquella situación. Todos los sirvientes y soldados de Caterina Sforza parecían empujados hacia el abismo, obligados a morir por su orgullo y su ira.

María consiguió reunir algo de comida y la escondió en el cesto que llevaba Jimena en las manos. Luego corrieron por los pasillos de la fortaleza hacia el taller de alquimia. Los soldados entrenaban sin descanso, obligados por la condesa; el sonido de las armas y los gritos de los capitanes y condotieros resonaban en el aire. La tensión se palpaba en el ambiente, y aunque los defensores de Ravaldino estaban decididos a luchar hasta el final, sabían que estaban a punto de enfrentarse al mayor ejército que había enviado la Iglesia en décadas.

Cuando entraron en la estancia, vieron a Violante dándole el pecho al pequeño Martino. Tenía un aspecto cansado. No paraba de trabajar día y noche en aquel habitáculo, mientras los hombres de la condesa traían más ingredientes para sus venenos, tónicos y pociones. María sabía que Violante estaba preocupada porque había ciertos metales que, al fundirse, emitían una humareda que no era buena respirar y que llenaban la estancia de un aire venenoso.

—Traigo noticias —la informó María.

Violante le entregó el niño a Jimena, que lo recostó y puso alrededor unos cojines y lo hizo dormir. María se sentó a su lado y se dio cuenta de que la boticaria se estaba quedando en los huesos.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó con la vista en la cesta.

—Hemos cogido algo, pero no demasiado —señaló Jimena.

—La situación es grave —soltó María sin rodeos.

Violante rebuscó en la cesta y dio con un mendrugo de pan que se llevó a la boca.

—Tenemos la guerra a las puertas, y esa mujer no piensa en negociar —susurró Violante.

—Se avecina la muerte —susurró María—. La condesa no está dispuesta a liberarte. Quiere que sigas preparando veneno.

—Ya me ha dado instrucciones. He preparado tanto veneno que no debe de quedar ni una pieza de arsénico en toda la Romaña —suspiró Violante.

Jimena se sentó en el suelo, entre las dos. Violante miró a una y a otra.

—¿Qué más habéis podido averiguar?

—Los *brisighelli* han rendido Ímola —comentó Jimena—. La han entregado.

A Violante se le pusieron los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—La condesa no les envió los refuerzos que les había prometido —le explicó María.

—Dios mío…

—Eso no es todo —prosiguió María.

—¿Qué más?

María le narró el relato de horror que se vivía fuera de las murallas de Ravaldino. Caterina Sforza había pintado un paisaje de devastación. Árboles arrancados, campos quemados, villas arrasadas, cultivos inundados, cosechas destruidas. Los alrededores de Forlì e Ímola eran un campo de tierra quemada.

—Esa mujer ha perdido el juicio —expuso Violante. Se incorporó y caminó hasta el ventanuco que daba al patio de armas. El único rincón desde el cual podía ver el cielo ceniza. Jimena se acercó a Martino para acunarlo.

María se levantó y se situó junto a Violante.

—No puedo sacarte de este castillo —le confesó la extremeña.

—Lo sé —reconoció la boticaria, consciente de la situación en la que estaba—. Sin embargo, vosotras aún estáis a tiempo para huir.

María no dijo nada. Era algo que venía barruntando desde hacía semanas.

—No quiero traicionarte y abandonarte.

Violante acarició su mejilla.

—No lo haces.

—Violante, hay una cosa más —manifestó María, que llevaba todo ese tiempo con intenciones de expresarlo, pero le era cada vez más difícil al ver la circunstancia en la que se hallaban. Contempló a Violante un instante antes de volver a hablar—. He oído un rumor, y tal vez no sea más que eso, pero el hecho de que exista es prueba de que hay algo de verdad.

—¿El qué?

La extremeña la miró a los ojos con temor.

—El papa ha puesto precio a la cabeza de la boticaria del Castillo de Forlì. Mil ducados. He oído a los hombres del patio bromear con cometer el crimen y correr a los pies del papa.

Violante se giró hacia su hijo. Jimena lo estaba acunando.

—Caterina Sforza ha utilizado mi veneno para intentar asesinar al papa y este lo ha sabido de algún modo. Ahora viene a por mí.

María le lanzó una mirada desesperada.

—Tenemos que salir de Ravaldino.

Violante asintió con seguridad.

—Jamás conseguiré salir de aquí, pero vosotras sí. Marchaos ahora, aprovechad que nadie sospechará de vosotras. Volved a Roma.

María se pasó las manos por el rostro, tratando de asimilar todo aquello. Violante tenía razón: con el ejército a las puertas, no tenían más alternativa que escapar de la guerra. Ella, en cambio, seguiría siendo una pieza importante para los planes de Caterina Sforza. Tarde o temprano podría encontrar la manera de salir de allí.

María la abrazó con fuerza. Cuando se separaron, Violante besó su frente.

—Tengo que pedirte un último favor —le rogó Violante, y desvió la mirada hacia Jimena y el pequeño Martino.

María abrió los ojos, entre lágrimas.

—No… no puedo hacer eso.

Los ojos de Violante suplicaron.

—Esta guerra puede durar meses, si no años. No sé cuánto tiempo permaneceré encerrada en este lugar. Sin vuestra ayuda, es imposible que pueda cuidar de mi hijo.

María lloró a mares, y ambas volvieron a abrazarse.

—Llévatelo —susurró Violante entre lágrimas—. Dime dónde debo acudir y yo iré, no importa lo lejos que esté. No importa los años que me tome.

La extremeña trató de recomponerse. Se secó las lágrimas y cogió una bocanada de aire.

—Saldremos hacia Roma —anunció tratando de pensar sobre la marcha—. No sé cómo, porque los caminos están llenos de ladrones y mercenarios. En Ostia tomaremos una galera que nos lleve hasta Valencia y desde allí cruzaremos Castilla a pie hasta Cáceres, en mi tierra, Extremadura.

Violante recordó todos esos nombres.

—Cáceres —repitió.

—Es un viaje largo y peligroso —le explicó María—. Debes preguntar por alguno de mis hermanos, Diego o Hernando de Sánchez. Viviremos allí, lejos de las guerras.

Las dos volvieron a abrazarse. Luego, la boticaria se fundió en un abrazo con Jimena, que no paraba de llorar. Violante fue hasta uno de sus baúles. Extrajo un cofre y se lo dio a María. Estaba lleno de ducados.

—Es lo que tengo —le explicó Violante, pero María lo rechazó—. No, quédatelo —insistió —. Debo asegurarme de que llegáis sanas y salvas a Roma. Coge esto y soborna a algún soldado para que os escolte. En Ravaldino no podréis, pero en alguna de las villas cercanas coged buenos caballos.

Eso último convenció a María, que finalmente aceptó. Violante fue hasta el lecho y vació la cesta de los alimentos que habían traído. Luego cogió a su hijo por última vez y lo abrazó contra su pecho.

—*Sei un figlio della guerra, ma sei forte come una fenice. Apri l'occhio del tuo spirito* —«*Eres un hijo de la guerra, pero eres fuerte como un fénix. Abre el ojo de tu espíritu*», susurró como un hechizo antes de besar su frente. Lo recostó dentro de la cesta y lo cubrió con una manta.

Jimena la abrazó.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotras —le dijo Jimena.

—Vosotras haréis por mí más de lo que jamás podré devolveros —reconoció Violante, que luchaba por mantener la entereza.

María cogió su mano y la apretó. Después hizo un gesto a Jimena, que cogió la cesta, y las dos salieron de la estancia. Cuando la puerta se cerró, Violante sintió el peso de la soledad como una mole de piedra que caía sobre ella. Alejada de su hijo y de toda esperanza, lloró sin consuelo por las injusticias de su vida, sin comprender el sinsentido de la guerra y de la tiranía de Caterina Sforza. Sin comprender su destino.

Esa noche huyó de Ravaldino mucha gente antes de que la dama ordenara cerrar las puertas y no permitiera la salida a ninguna persona más. La madrugada transcurrió bajo una calma tensa, y las líneas de ambos bandos se llenaron de vigías para avisar en caso de algún ataque. Entonces, para sorpresa de aquellos que hacían la guardia antes del amanecer, vieron izar la bandera de Venecia en lo alto de la fortaleza. Aquello, en el código de la guerra, significaba que la ciudad pasaba a ser aliada de sus viejos enemigos en el norte.

Al alba, Paredes estaba al frente del ejército pontificio en aquella mañana fría, mientras sus botas se hundían en el barro congelado y en la hierba cubierta de escarcha. El capitán estaba junto a su hermano y Tristán, y echaron un vistazo hacia la torre del Maschio. Frente a ellos, la guarnición del castillo se había agolpado en las murallas, y, sobre las puertas, se encontraba la dama Caterina Sforza. En ese momento, ordenó que bajaran el puente levadizo.

César Borgia desmontó de su caballo. Cruzó el prado y, antes de dirigirse a las puertas, echó una mirada a Diego de Paredes.

—Si cualquier cosa me sucediera, quemad el castillo con toda la gente dentro —ordenó.

—El duque debería permitir que vayan otros emisarios —respondió Paredes—. No debería jugarse la vida. Esa mujer está loca.

César echó una mirada a su ejército y a sus capitanes.

—Si un general no negocia por la vida de sus hombres, ¿de qué manera va a pedirles luego que den la vida por él? —César desvió la vista hacia lo alto de Ravaldino y vio ondear la bandera veneciana—. Además, esa artimaña es una invitación a negociar. Esa mujer está desesperada.

Paredes vio al duque alejarse, sonriente.

El hijo del papa pareció empequeñecer ante la mole de piedra que era Ravaldino. Entonces vieron que la dama de Ímola alzaba las manos en señal de saludo y buena disposición.

—¡Mi duque! —exclamó alzando la voz—. ¡Sed bienvenido a negociar la paz de Forlì!

César se detuvo al inicio del puente levadizo. Sin embargo, no habló para ella, sino para el resto de los soldados apostados en los muros.

—¡Hoy podría no morir ningún hombre si quisierais! —gritó el duque, y volvió la vista hacia la condesa, que lo miraba con una expresión dura—. Mi señora, subiré de buena fe y confiaré en que la hija de un gran señor, como los Sforza de Milán, se rige bajo las normas del honor. Me presento como un simple emisario que quiere negociar la paz.

Caterina tardó unos instantes en responder y luego asintió con un gesto. Los soldados de las puertas intercambiaron miradas. Se respiraba una tensión inexplicable en las puertas. Todo el mundo se mostraba atento a lo que estaba por acontecer. César dejó su espada a un lado y dio unos pasos en el puente. Durante un momento, miró el foso hacia abajo. Cruzó el puente levadizo lentamente, cuando de pronto, justo antes de llegar al final, se oyó un artilugio que subía las cadenas, y comenzaron a levantar el puente.

—¡Todavía no, inútiles! —gritó la condesa, desesperada al ver que su trampa estaba a punto de desbaratarse.

Rápidamente César retrocedió y, con un movimiento ágil, subió por el puente, que no dejaba de elevarse, hasta la cornisa. Desde allí se lanzó hacia la tierra y fue a parar junto a su espada. El puente subió completamente, y en Ravaldino solo se escucharon los berridos de Caterina Sforza. César cogió su espada y regresó al trote con los suyos, testigos de aquella traición.

En las primeras filas, los hombres soltaron exabruptos y maldiciones contra la Sforza, y todos se sintieron reconfortados por el general que los guiaba en la guerra. Incluso los capitanes franceses cayeron bajo la inspiración del duque Valentino, que parecía no temer a la muerte y que estaba dispuesto a todo por sus hombres. Aquella acción le había valido el reconocimiento de todo su ejército. César regresó con mala cara.

—¡D'Allègre! ¡Bessin! ¡Preparad la artillería! Vamos a encañonarlos hasta que no quede ni una sola piedra en pie —ordenó con rabia contenida—. Capitanes, preparad el asedio.

Los capitanes, oficiales y caballeros se reunieron en torno al duque, que repartió órdenes para todos. Luego alzó la mano y todo el mundo guardó silencio. El duque Valentino se dirigió a su hueste.

—¡Ofrezco veinte mil ducados por la condesa viva y diez mil por esa mujer muerta!

Todo el ejército estalló en vítores y la noticia corrió como la pólvora. Pronto, Ravaldino se convertiría en el escenario de una auténtica masacre.

29

Ravaldino, finales de diciembre de 1499

El olor a pólvora y a muerte llenó el ambiente bajo un cielo ceniza y un horizonte desolador. La artillería lanzó sus proyectiles durante horas hasta abrir varias brechas en el muro. Desde la fortaleza no dejaban de disparar flechas y virotes, así como disparos de cañón y brea caliente. Diego estaba junto a Tristán y a su hermano en el centro de la formación, con el contingente pontificio, en espera de que los escaladores hicieran su trabajo. Los franceses atacaban por el flanco izquierdo, mientras que en el derecho se hallaba el resto de las fuerzas aliadas de Bolonia, Cesena, Ímola, Ferrara.

Diego alzó la vista un momento, y le pareció ver docenas de banderas y estandartes de las diferentes familias y reinos presentes en el combate. A lo lejos, una catapulta arrojó una bola de fuego hacia Ravaldino y cortó el cielo gris. La bala impactó contra una de las torres. Los soldados franceses, con sus pesadas armaduras, apenas podían respirar, mientras aguardaban para atacar. Vio a un capitán o alférez dando gritos para que se mantuvieran firmes, sin retroceder.

La guerra era un caos.

Estaban a la espera de que las primeras escuadras, con escaleras de asedio, hicieran bien su trabajo. Diego miró a su hermano.

—Trae a los veinte mejores españoles —le ordenó.

Luego apartó a empujones a los soldados hasta llegar a la posición del duque Valentino.

—¡Señor! —le gritó Paredes.

César Borgia se giró hacia él.

—¿Qué tienes para mí? —le preguntó.

Paredes empujó a un soldado con brusquedad y se hizo sitio. El trujillano iba con un arnés completo y, a diferencia del resto, no portaba ningún yelmo, sino un trozo de tela anudado en la frente para apartar su cabello.

Diego se acercó a su oído.

—Permitidme ir delante y abriré las puertas —le ofreció, y pronto los ojos de César se iluminaron—. Creo que con un grupo de hombres podré colarme en el bastión de las puertas y echar abajo el puente levadizo.

César lo miró a los ojos y asintió.

El trujillano regresó con su hermano Álvaro, que ya tenía preparada una escuadra de veinte

hombres. Eran los españoles de Sant'Angelo, con Pizarro, Urbina y Villalba a la cabeza. Diego buscó entre ellos a Tristán.

—Vamos a abrir esa puerta.

Tristán observó la línea de escaleras que intentaban abrirse un hueco en la muralla y la defensa feroz que demostraban los caballeros de la condesa.

—Esa escalera, la segunda —le señaló Tristán, después de echar un vistazo a la situación.

Diego confiaba a ciegas en el escudero, así que ordenó a los suyos dirigirse allí. Se abrieron paso a empujones hasta las primeras filas, a los pies de las murallas. Apenas había aire. Tristán tuvo la sensación, por primera vez desde que estaba en Italia, de que iba a morir.

—¡Vamos! —gritó Diego.

Álvaro convenció a la escuadra que estaba en la segunda de las escaleras de que la sostuvieran y les dejaran subir a ellos. Diego se hizo sitio y comenzó a subir bajo una lluvia de flechas. Detrás iba Tristán, bajo la protección de Paredes.

Diego llevaba el montante en la espalda y empuñaba una espada corta en una mano, como un corsario. Paredes llegó arriba y arrojó a un infante forlivés al vacío. Acto seguido, se defendió de dos golpes con su espada, atacó a uno con la hoja del acero y al otro le obsequió una patada. Lanzó su espada corta contra un adversario que venía a por él. En ese momento consiguió hacerse al fin con su montante.

—¡Venid a mí! —gritó.

Blandió aquella hoja y empezó a abrir espacios para que sus compañeros de escuadra pudieran subir a lo alto. El viejo Pizarro, que también portaba un montante, se colocó a su lado y comenzó a repartir espadazos a diestro y siniestro. Tristán apareció en compañía de Álvaro, Zamudio y Urbina. Observó la situación un instante y se dio cuenta de que Paredes y Pizarro les habían dado una oportunidad de oro.

—¡Ahora! —les gritó a sus compañeros.

Tristán descendió por unas escaleras como alma que lleva el demonio. Una escuadra entera de soldados movía las palancas y cabestrantes que hacían girar las cadenas y que mantenían en lo alto el puente. La estancia era muy reducida, y en poco tiempo se llenó de hombres.

—¿Quiénes sois? —preguntó el oficial al mando—. ¡No podéis estar aquí!

Álvaro ni siquiera intercambió palabras con él.

Blandió su espada con ligereza y le atravesó el pecho con una violencia inusitada. Tristán dio la orden y todos los españoles se lanzaron al ataque. Pronto aquel lugar se convirtió en una carnicería. En ese momento asomaron Diego y Pizarro, que mataron a tres hombres sin pestañear siquiera, blandiendo sus hojas como sabían. Aquel sitio quedó regado de cadáveres. Al oír los ruidos, los soldados de abajo se dispusieron a subir por las escaleras.

—¡Tenemos compañía! —gritó Urbina en el dintel de la puerta.

Los españoles de la escuadra se posicionaron para frenar el avance.

Diego aprovechó ese instante para inspeccionar el artilugio. Era una maraña de cuerdas y cadenas más compleja que el campanario de una catedral. Maldijo para sus adentros.

—¡¿Cuál de todas es?! —le gritó Pizarro.

El trujillano no tenía la más remota idea, así que optó por la solución más simple. Sostuvo su espada con ambas manos y cortó todas las cuerdas de una sola tajadura. El sistema vibró, salió despedido con un estruendo que le pareció un tiro de arcabuz. Pizarro se asomó a la aspillera, y

pudieron ver que el puente caía con violencia. Acto seguido, los caballeros franceses, con César Borgia a la cabeza, entraban en tropel en el interior de Ravaldino.

—¡Hay que salir de la torre o esto será una ratonera! —le gritó Pizarro por encima del ruido de los gritos, la pólvora y los lamentos.

Diego blandió su montante y fue con su escuadra dispuesto a ganar nuevamente la escalera que les permitiera salir de allí.

En las puertas principales de Ravaldino, los caballeros franceses penetraron entre las filas de la guarnición, siguiendo a los cuadros de picas suizas y a los poderosos lansquenetes comprados por el papa, y dieron muerte a sus enemigos, sin compasión. Al mismo tiempo, las fuerzas de Bolonia, Cesena e Ímola combatían conjuntamente. Entre tanto, la artillería defensora no detenía sus disparos. Desde lo alto de la torre del Maschio, Caterina Sforza había desplazado a sus arqueros y ballesteros para que se posicionaran frente al enemigo.

Las tropas subían a lo alto de los muros de la fortaleza de Ravaldino con sus escaleras de asalto, y aunque los forliveses se defendían con bravura, les fue imposible repeler el ataque. Antes de que terminara la mañana, el patio de armas anterior al foso interno —aquel que rodeaba a la torre del Maschio— y sus murallas eran masacrados por las tropas del duque Valentino.

Aún persistían los combates, sin embargo, el centro del asedio se vivía en el puente y en los torreones que conducían a la gran torre. Todos los soldados, de todas las naciones, condotieros y mercenarios, infantes y caballeros sabían que el duque ofrecía veinte mil ducados por la condesa viva y diez mil si la entregaban muerta. Además, el papa obsequiaría con mil ducados a aquel que llevara la cabeza del alquimista de la fortaleza. Fue en ese momento cuando Tristán, que estaba en medio de aquel barullo frente al foso interior con los hermanos Paredes, oyó a los infantes hablar de que la alquimista era una mujer. El rumor lo habían dejado correr los *brisighelli*, antiguos mercenarios de la condesa. A la alquimista la llamaban «la boticaria del castillo».

Caterina Sforza y su última guardia quedaron encerrados en la torre del Maschio. César ordenó el repliegue y pidió a sus capitanes que aseguraran los cuatro bastiones de la fortaleza que rodeaban el foso interior. En torno a media mañana, Ravaldino era una amalgama de combates grupales y singulares a lo largo y ancho de las murallas, en los corredores y en el patio.

—¡Lo he oído! —le gritó Paredes a Tristán, al ver su expresión.

—Tenemos que salvarlas —soltó el escudero—. María y Jimena estarán con Violante en lo alto de la torre.

Frente a ellos, la masa hacía imposible efectuar cualquier avance y mucho menos cruzar el puente o conseguir alcanzar alguno de los torreones que conducían al otro lado del foso.

—Estamos bloqueados —masculló Paredes.

Bajo aquel griterío era imposible oír nada.

Diego se dio cuenta de que su hermano estaba intentando hablarle.

—¡El duque! —exclamó Álvaro—. ¡Requiere de tu presencia!

—¿Dónde está?

—En la retaguardia, junto a las puertas.

El trujillano se abrió paso entre su escuadra seguido de Tristán, que no se separaba de él. La atención de la batalla, en ese momento, se encontraba en las murallas y en el foso. Vieron la figura del duque rodeada de hombres bajo un arco. Tenía la cara, así como su armadura y la hoja de su espada, sucias de polvo y sangre.

—¡Paredes! —lo llamó.

Diego fue hasta él.

—¡Apartaos todos! —ordenó César.

El trujillano observó que a su lado se hallaba el capitán Johann Rüger con un puñado de lansquenetes y algunos caballeros franceses.

—¿En qué puedo serviros? —preguntó Paredes.

—Rüger y los suyos han dado con un pasadizo secreto a través de los calabozos que conduce hacia la torre del Maschio, por debajo del foso —le informó César.

Paredes le echó un vistazo al capitán de los lansquenetes, que había dado un paso hacia ellos.

—¿Cómo podéis estar seguro? —quiso saber Paredes.

—Han tomado prisionero a un criado de la fortaleza y lo han hecho hablar.

—Sé que ese túnel existe —dijo en ese instante Tristán—. He estado allí y he cruzado los calabozos hasta la torre.

César asintió ante sus palabras.

—Puedo llevaros hasta los aposentos de la condesa y acabar con este asedio de una vez, duque Valentino —le ofreció el capitán Rüger.

Paredes miró a César como si aquel germano no estuviera allí presente.

—Señor, permitid que acuda con vos la escuadra española de la guardia pontificia —solicitó —. No tengo nada contra este sujeto, pero me fío más de los míos, que tienen buen oficio de guerra.

César miró a uno y luego a otro.

—No puedo negarle la gloria a Rüger, Paredes. Han sido ellos quienes han encontrado el paso, y yo iré con ellos. Quiero verle la cara a Caterina Sforza cuando se dé cuenta de que me he infiltrado en su torre hasta sus aposentos.

—Entonces permitidme ir con vos —le rogó Paredes.

—Quiero que las escuadras pontificias retengan el centro, con vos al mando. Necesitamos bloquear la batalla para ganar algo de tiempo.

—Mi hermano Álvaro puede cumplir con esa instrucción.

César lo miró un instante, sopesando todas las posibilidades, y luego se mostró conforme. No había tiempo para pensar más.

Tristán señaló la torre.

—Mi señor, una vez accedáis al calabozo, no tendréis manera de subir hasta la torre. Hay más de siete puertas de hierro entre el calabozo, los corredores y las escaleras en forma de caracol que conducen al vestíbulo de la torre. Es imposible abrir eso desde el interior, ni siquiera con un ariete.

César se llevó una mano al rostro e intercambió impresiones con sus capitanes. Rüger se mostró favorable a utilizar la fuerza bruta de sus hombres para abrirse paso hasta la torre.

—No sería la primera vez que forzamos puertas de ese tipo —dijo Rüger.

—¿Tenéis alguna otra sugerencia, Rueda? —preguntó César.

Tristán miró un momento a Paredes antes de contestar.

—Sé de alguien que tiene todas esas llaves que necesitáis, mi señor.

Paredes y Tristán regresaron a la posición de Álvaro, con el contingente pontificio, para informarlo acerca del plan que estaban por acometer. Era peligroso e iba a requerir de tiempo y

de suerte. Álvaro apenas pudo prestarles atención; las escuadras se batían con cientos de forliveses que defendían su fortaleza y no estaban dispuestos a cederla. Entregaron las instrucciones y se marcharon. Poco tardaron Tristán y Diego en unirse al duque Valentino y a la escuadra de Rüger nuevamente.

Los lansquenetes, con sus armaduras completas y sus espadas, estaban listos para entrar en acción. El duque había pedido a sus pajes que le quitaran la coraza y algunas piezas de su arnés. Iba a acudir con una simple cota de malla, para tener más movimiento y ser más ágil dentro del castillo. Entre tanto, los compañeros se apartaron para hablar.

—Es arriesgado, Tristán —soltó Paredes, disgustado.

El escudero echó un vistazo a la torre.

—Si no lo hago yo, nadie sabrá hacerlo. Soy el único que conoce el camino hasta los aposentos. Es una oportunidad para salvarlas a ellas.

Diego contempló la torre. Frente a esa mole de piedra, un torreón y una muralla conectaban el patio interior con la torre del Maschio. Tristán le había propuesto al duque escalar aquella muralla y, una vez arriba, abrirse paso hasta la torre a través del adarve sin ser visto. Si iban a tentar a la suerte, era mejor que se infiltrara uno a que lo hiciera una escuadra de mercenarios con armaduras al completo. Tristán sabía que Violante tenía en su poder todas las llaves de los calabozos. Las había utilizado para acudir a su estudio de alquimia, en las profundidades de aquel laberinto que eran los cimientos de Ravaldino. Mientras ellos tomaban posiciones y despejaban las mazmorras, a él le daría tiempo a ir y volver.

—Si quedas expuesto en la muralla, serás un blanco fácil —le recordó Diego.

Tristán se pasó una mano por la cabellera, pensativo.

—Con este griterío y esta humareda será más sencillo incluso que si lo hiciera de noche. Ten fe, capitán. Estoy seguro de que puedo hacerlo.

Por mucho que dijera Paredes, César había aceptado el plan y ahora Tristán estaba obligado a subir esa muralla y colarse en la torre para abrir las puertas a la escuadra de Rüger del otro lado. Era arriesgado, pero, de salir bien, estaban seguros de tomar la fortaleza antes de que acabara la jornada.

Tristán creía en sus posibilidades, no por nada había sido el punta de lanza de la escuadra de escaladores de Gonzalo de Córdoba. Durante un momento se sintió orgulloso de sí mismo; ahí estaba, en una guerra ajena, al servicio del papa, en una misión por salvar la vida de la mujer a la que amaba.

Paredes acercó al muchacho y le estrechó la mano.

—No me falles, escudero.

—No lo haré, capitán.

Paredes lo vio alejarse por el patio de armas, mientras se ponía a cubierto de la lluvia de flechas que lanzaban desde lo alto. Desvió la vista hacia los hombres que estaban al final del recinto esperando su turno para entrar en liza, mercenarios suizos y tropas de las ciudades aliadas de la Romaña. Una voz extranjera interrumpió sus pensamientos.

—Capitán Paredes —lo llamó un lansquenete.

Era Johann Rüger.

—¿Está listo el duque?

Apenas se oía nada con el ruido de la artillería y el griterío de los infantes. Rüger le señaló el

lugar al que iban a dirigirse y luego le explicó que había dividido a su escuadra en dos grupos, uno de vanguardia —con Rüger mismo al frente— y otro de retaguardia.

—El duque Valentino me ha otorgado el privilegio de capitanear esta acción, Paredes —le recordó el germano—. Os ordeno que permanezcáis con el duque en el centro de la formación y que no rompáis el bloque en ningún caso. ¿Habéis comprendido?

Diego estuvo a punto de responderle de malas formas cuando el duque los interrumpió.

—¿Y Rueda? —preguntó.

—Ha ido hacia la muralla —soltó Paredes.

César Borgia desvió la vista hacia lo alto de Ravaldino, y Diego pudo ver la ambición en sus ojos. Se dio cuenta de que aquel hombre estaba dispuesto a todo con tal de someter a la Romaña bajo el dominio de su padre, el pontífice. El duque miró al capitán de los lansquenetes un último instante.

—Cumplid con su misión y vos y vuestros hombres recibiréis el doble de vuestra paga —le prometió antes de ponerse en marcha.

El capitán germano esbozó una ligera sonrisa ante la propuesta del duque. Diego percibió la codicia en Rüger, y vio ante él a un mercenario acostumbrado a matar y a vender su honor si hacía falta con tal de recibir una buena paga.

Al otro lado del recinto se oía el ruido ensordecedor del enfrentamiento.

Parapetado contra la muralla, Tristán cogió un puñado de tierra seca junto al foso y se la esparció por las manos temblorosas. Quiso llorar de la tensión. Recordó Laurino y se dijo que aquel castillo y aquella montaña habían sido una empresa casi imposible. Sin embargo, ahora estaba solo y sin su padre.

Tristán no quitaba la vista de una de las aspilleras de la torre. Desde allí había visto salir saetas en dirección a la batalla, pero desde esa posición era consciente de que podía ser un blanco para aquel ballestero. No podía evitarlo, tenía miedo. Aquel temor no tenía nada que ver con subir aquella pared, cuyos ladrillos y mampostería rota permitía que un escalador avezado se agarrara y pudiera alcanzar lo alto de los sillares. Tenía que ver más con la muerte. Hasta la partida de su padre, Tristán siempre se había sentido invencible de algún modo, casi inmortal. Habían sido docenas las plazas que habían ganado en la guerra de Nápoles. El destino de su padre le recordó que aquel era un oficio mortal y que, en cualquier momento, por azar o por una equivocación, podía perder la vida.

Observó la muralla perpendicular que cortaba el foso, cuyo adarve servía como puente hacia el Maschio. Algunos arqueros apostados en lo alto de los matacanes dispararon flechas, y oyó el zumbido terrible de las descargas. Se armó de valor y comenzó a subir. Puso un pie en un saliente y con la fuerza de sus brazos se sujetó de los sillares. Poco a poco fue ganando altura mientras colocaba los pies en los huecos y tiraba hacia arriba. Tristán miraba hacia lo alto, de tanto en tanto, alzando una plegaria a la Virgen para que lo protegiera y por que no hubiera nadie sobre aquel torreón. Cuando consiguió llegar a las almenas, le pareció que unos ballesteros de la torre miraban hacia su posición. Rápidamente el escalador saltó al interior del adarve, en lo alto del muro. Junto a él se alzaba un torreón que en ese instante era ocupado por ballesteros forliveses. Se trataba de un último reducto fuera de la torre del Maschio que servía para disparar a las tropas que intentaban tomar el puente del foso.

Tristán miró a su alrededor. Era un milagro que no lo hubieran visto. En el torreón, los

guardias estaban dispuestos en las aspilleras, a lo largo de la rampa helicoidal. Tristán pensó que él acababa de subir por un punto ciego; ninguna de las aberturas permitía la visión hacia ese rincón de la muralla, lo que significaba que el plan funcionaba. Era más fácil colar a un escalador que a una escuadra al completo.

El joven desenvainó una daga que tenía una hoja de un codo de largo. Vio sobre la muralla a varios arqueros caídos. Casi todos llevaban un tabardo con los colores e insignias de Forlì. Rápidamente se hizo con uno de ellos y se lo puso. Luego cogió un arco y algunas flechas. De esta manera bajó las escaleras, rodeado de soldados enemigos, hacia el corredor que conducía hacia la torre del homenaje.

César y Paredes siguieron a la escuadra de Rüger hasta uno de los bastiones de la muralla principal que rodeaba Ravaldino. Entre tanto, los combates proseguían y el ejército del duque no había sido capaz aún de tomar la totalidad de las murallas exteriores ni hacerse con el centro de la batalla. Tropas de refresco entraban en liza, mientras la artillería no dejaba de arremeter contra la torre del Maschio.

Los germanos accedieron al bastión y, desde allí, encontraron unas escaleras estrechas que descendían a las profundidades de Ravaldino. Los hombres de Rüger se hablaban entre ellos, y Paredes comprendió que funcionaban como una verdadera escuadra de mercenarios profesionales. Cada uno cumplía una función, y la jerarquía y la disciplina se hacían presentes. Bajaron por una escalera muy estrecha, prácticamente sin luz, hasta una sala en la que descubrieron una nueva escalera de piedra, más ancha que la anterior. Allí, dos lansquenetes con espadones hacían guardia, y saludaron a su capitán cuando los vieron aparecer. Los dos sujetos intercambiaron unas palabras con su superior.

—El corredor de abajo está despejado —informó Rüger al duque.

César le ordenó el avance.

La escuadra se posicionó de la forma en la que habían establecido y César y Paredes ocuparon el centro de la formación. El capitán Rüger, que iba delante con la gente de vanguardia, se hizo con una antorcha. Descendieron por los peldaños anchos de piedra, como los sillares de un muro, y poco a poco se fue perdiendo el ruido de la batalla en lo alto hasta quedar sumidos en un silencio absoluto.

Cuando llegaron abajo se vieron frente a un corredor amplio y oscuro, iluminado por una tenue luz blanquecina fantasmal y que parecía provenir del fondo de aquel laberinto. Ninguno de los hombres hablaba. Solo se oían sus respiraciones y el roce de sus armaduras de acero. Diego tuvo la impresión de que iba a vivir un acontecimiento importante. La caída de Caterina Sforza era el símbolo del sometimiento de la Romaña y la victoria del duque Valentino. La protección del hijo del papa significaba para él, de algún modo, la redención frente a lo sucedido con Juan Borgia, el duque de Gandía, y frente al asunto del Toscano. Diego necesitaba de aquella victoria para reforzar su posición en el Vaticano.

Recorrieron más de cincuenta pasos en la oscuridad hasta una sala que repartía los pasillos de las mazmorras. Estaban al principio del laberinto que conformaban los corredores y celdas de los calabozos de Ravaldino. La antorcha de Rüger bañaba las paredes húmedas y agrietadas del lugar, que olía a podredumbre y a moho. El silencio y el eco parecían agrandar la mazmorra. Las celdas estaban vacías. La condesa había obligado incluso a los condenados a muerte a luchar por su fortaleza y su casa.

—Es por aquí —señaló el capitán germano.

Tomaron un nuevo corredor que los condujo a través de una curva como la hoja de una espada turca hacia otro cruce. Desde allí giraron hacia la derecha. Paredes tuvo la impresión de tener la torre del Maschio y toda la fortaleza sobre sus cabezas. Cientos de hombres combatían encima de ellos, escuadras, artillería, caballería…, sin embargo, apenas se oía el ruido de una gotera en el fondo de alguna celda y el crujir metálico de una verja. Los pasos de los soldados resonaban en los muros como cascotes de piedras.

Al final de aquel pasillo distinguieron una luz flamígera.

Rüger hizo un gesto tranquilizador a sus hombres. A Paredes le agradó que aquel profesional hubiera enviado una avanzadilla para la tranquilidad del duque. Tenía que reconocer que habían hecho un trabajo impecable. Recorrieron el túnel mientras iban sintiendo el calor del fuego que emanaba de aquel lugar y allí se detuvieron, en lo que era una gran sala. Había cuatro celdas a cada lado, bajo unas arcadas de piedra. Diego vio la hoguera, y le extrañó distinguir una mesa con algunos libros e instrumentos. Los lansquenetes se detuvieron en formación cerrada. El único que se acercó a la mesa fue Rüger. En ese momento, un monje encapuchado apareció de entre las sombras y anduvo unos pasos hasta el mercenario.

Diego tardó unos instantes en reconocerlo. No comprendió lo que estaba pasando. No cabía duda de que se trataba del mismo monje al que habían visto en Florencia. A este lo siguió la misteriosa figura del palacio de los príncipes, el sujeto de la máscara blanca.

Entonces todo sucedió deprisa.

Dos lansquenetes lo sujetaron por la espalda, un tercero lo golpeó en el rostro y otro le clavó una daga en un costado. Otro mercenario se abalanzó sobre él. Sintió que perdía el aire. No podía respirar. Sin que Diego tuviera tiempo de reaccionar, entre cinco o seis lo tumbaron en el suelo y comenzaron a golpearlo. Le llovieron golpes y patadas, sintió la punta de las botas de acero en sus costillas. Diego se cubrió el rostro e hizo fuerza para resistir la tremenda paliza. Pudo ver destellos. Distinguió que César Borgia gritaba mientras lo desarmaban y lo golpeaban como a él. Lo último que vieron sus ojos antes de desfallecer fue al enmascarado encender unas velas negras sobre la mesa.

Poco después, todo fue oscuridad.

30

Torre del Maschio, Ravaldino

La batalla había sobrepasado el mediodía. En el patio de armas y en el foso se alzaba una humareda de polvo y pólvora que impedía ver con claridad la situación en la que se encontraban las escuadras de unos y de otros. En lo alto de la torre, la condesa miraba hacia abajo con desesperación, dando voces y gritos para que sus tropas se reorganizaran, pero sus palabras caían sobre esa misma nube de polvo. Los forliveses habían sido capaces de recuperar uno de los bastiones de la muralla principal. En el centro, el grueso del ejército francés y el apoyo del contingente pontificio no tardarían en acabar con las tropas de la condesa. Ahora la dama estaba en lo alto, rodeada de sus consejeros.

El gobernador de la fortaleza se acercó a ella con expresión desencajada. Había visto la muerte de cerca y los horrores de la guerra.

—Señora, entregad la plaza. No hay forma de defenderla —le rogó.

La condesa lo recibió con una mueca.

—¡Defended el Maschio! ¡No nos entregaremos a un sucio Borgia!

El hombre se llevó una mano a la frente, sin saber qué hacer. La mujer se acercó a él y lo cogió del jubón, con violencia.

—En cuanto caiga el puente levadizo del foso interior, ordenad prender fuego a los depósitos de pólvora de los almacenes —susurró la dama con rabia contenida. El individuo la miró a los ojos, presa del pánico.

—Señora, si hacéis eso, volará por los aires parte de la torre y de las murallas. ¡Mataréis a vuestra propia gente!

—¡Mataré al hijo del papa! ¡Haced lo que os ordena vuestra señora, sucio perro! Su vasallo asintió, sin más réplicas.

—César Borgia ganará la plaza al precio de su muerte —masculló Caterina.

El condestable hizo un gesto con vehemencia y se alejó torpemente a la carrera, y a poco estuvo de tropezar.

Entre tanto, la condesa señaló abajo, en el patio de armas, a uno de sus capitanes, que se ponía la palma de una mano en la frente para mirar hacia arriba. La contempló lanzar órdenes inútiles a los suyos. Entonces la condesa se giró hacia un mensajero, un mozo de unos catorce años.

—Decidles a los forliveses que aseguren las murallas y que no rompan el flanco derecho. Deben resistir a la embestida de los franceses.

—Sí, mi señora —respondió el chico, y corrió hacia abajo.

Entre la bruma y el humo, Caterina vio aparecer más material y armas de asedio, al otro lado de las puertas. No estaba segura de cuánto tiempo más podrían resistir.

—¡Que la artillería acerque una pieza hasta lo alto! ¡Vamos a disparar al foso! —le ordenó la dama a uno de sus capitanes. El soldado se alejó al trote hacia la base de la fortaleza. Caterina pidió entonces que le trajeran una armadura y una espada.

Dentro de los muros aún quedaba algún resquicio de esperanza de repeler el ataque del ejército invasor. Cientos de forliveses y caballeros florentinos fieles a la casa Riario y a los Médici estaban dispuestos a defender a Caterina Sforza hasta la muerte si era necesario. Tristán se infiltró y pasó desapercibido entre la multitud. Recorrió el interior del primer nivel del castillo sin éxito y durante unos momentos surgió en él la duda de si Violante seguiría en Ravaldino o si, de lo contrario, habría huido a Forlì o a otra ciudad mucho antes.

La artillería contra los muros lo despertó de lo que parecía una ensoñación.

El escudero recorrió los vestíbulos, la sala principal, la sala de audiencias y las escaleras. Todo estaba lleno de tropas y suministros. Preguntó a todo aquel que halló en su camino por el paradero de la boticaria. Ninguno supo decirle nada. Volvió a la escalera principal y subió al piso superior cuando se topó con una guardia de caballeros custodiando las últimas estancias.

El ambiente era áspero. Tristán supo que no le darían acceso.

Bajó las escaleras hasta el vestíbulo inicial. Observó el patio de armas desde una aspillera y vio que el sol marcaba la media tarde. Llevaban cerca de doce horas guerreando, y las fuerzas de Ravaldino aún resistían.

En ese instante, un criado pasó con un cuenco llamando a gritos a los arqueros de las aspilleras. Los que estaban allí rellenaron sus escudillas con una pócima.

Entonces Tristán vio que mojaban la punta de sus flechas antes de disparar. Sin decir nada, siguió al paje mientras este repartía el contenido del cuenco. Era un mozo de no más de trece años. Cuando acabó, volvió a bajar a las estancias que estaban a la altura del foso y llamó a una de las puertas de un corredor apartado. Tristán imaginó que en otro momento aquel sitio había servido de almacén. Alguien abrió la puerta y le entregó otro cazo. Cuando el chico se fue, Tristán aprovechó la ocasión para golpear la puerta con el puño.

Una mujer abrió la puerta de súbito.

—¡He dicho que no tengo más!

Era ella.

Tristán se encontró con sus ojos, y en ellos se reflejó el dolor por todo lo que estaba pasando. Había cambiado. Violante, por su parte, lo observó sin saber qué decir. Durante un instante, Tristán creyó que no lo había reconocido. Su forma de mirarlo fue extraña. Luego pareció caer en la cuenta de quién era él. Lo que no sabía Tristán era que él también había cambiado y que su rostro y su expresión ya no eran los de un joven soñador, sino que también escondía el dolor de la guerra y la pena por la muerte de su padre. La joven alquimista tiró del escudero hacia el interior de la estancia y cerró la puerta.

Tristán pudo ver que estaba agitada. Su presencia era una sorpresa.

—¿Qué haces aquí…? —Atinó a preguntar, y lo abrazó.

El joven se dio cuenta de cuánto había cambiado la chica en el último año y medio. Muchas cosas habían pasado; la guerra, en especial. La muchacha estaba más delgada que nunca, aunque mantenía intactos el brillo de su mirada y la belleza de su sonrisa.

—He venido a por ti —soltó el escudero, pasando por alto las formas y hablándole de manera directa.

Violante volvió a abrazarlo y él tuvo ganas de besar sus labios, pero supo que no era el momento indicado. Cuando se separaron, descubrió que la expresión de Violante era de todo menos de felicidad.

—Lo siento, pero no hay forma de salir de Ravaldino. Ni siquiera sé cómo has conseguido entrar en esta torre.

Tristán echó un vistazo rápido a la estancia. Se trataba de una sala de alquimia improvisada. La joven estaba sola. Alguien llamó a la puerta entonces. Violante la abrió un palmo, respondió algo inaudible y luego la volvió a cerrar.

—¿Dónde están María y Jimena? —quiso saber el joven.

Violante echó una mirada a Tristán antes de responder.

—Han huido de aquí hace unos días, pero esa es otra historia. Tengo mucho para contarte, pero será mejor que lo hagamos en otro momento.

A Tristán le pareció una buena idea.

—Voy a sacarte de Ravaldino.

—Te digo que no podremos salir.

—¿Prefieres que nos quedemos a esperar al ejército pontificio?

La chica no dijo nada: el joven tenía razón. Rápidamente Tristán se quitó el tabardo y se lo puso a la joven, para que al menos pudieran ocultar su vestido y que se mezclara con la masa de infantes que iban y venían por los corredores.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Violante.

—Las llaves —soltó Tristán—, las que abren las puertas de los calabozos.

La joven pensó por unos instantes.

—No están aquí. Tendré que ir a por ellas.

—Iré contigo —afirmó el escudero—. No voy a separarme de ti.

Aquellas palabras llenaron a Violante de esperanza. Cogió la mano del joven y ambos salieron de la estancia hacia los pisos superiores.

Calabozos de Ravaldino

Abrió los ojos en aquella celda oscura y tenebrosa. Lo habían dejado caer sobre la piedra mojada, y oyó el chirrido de las ratas escabullirse entre los huecos. Aquel lugar era lúgubre, y solo se oían los lamentos de César Borgia, a pocos pasos de su celda. Diego no podía ver lo que estaba sucediendo: tenía puestos unos grilletes que estaban unidos a unas cadenas al muro.

Paredes estaba muy herido, y estaba casi seguro de que tenía algún hueso roto. Oyó a pocos pasos a un puñado de mercenarios, que no dejaban de discutir en su lengua, mientras trataba de recordar lo que había sucedido. Habían bajado a los calabozos siguiendo el plan del capitán Rüger y de la escuadra de lansquenetes. A continuación, el trujillano tenía una serie de imágenes

sueltas en su memoria. Una pelea, había recibido una paliza. Se deslizó lentamente hacia los barrotes de la celda, mientras las cadenas que lo sujetaban tintineaban y crujían. La luz de una hoguera iluminaba parte de la sala amplia que había frente a las celdas y creaba sombras en los rincones. Diego escuchó los lamentos del duque y una voz… ¿Qué era esa voz?

Cuando al fin se aproximó, descubrió al duque tumbado sobre la mesa, rodeado de velas negras. Su rostro caía hacia un lado. Su piel estaba brillante de sudor. Sus ojos, en blanco, parecían tratar de despertar de una profunda pesadilla. De pie, frente al ritual, estaba el monje que habían visto en Florencia, un hombre alto, al que Diego recordaba por su agilidad y por aquella mirada desafiante en el patíbulo junto a Savonarola. A su lado, leyendo los versos de una biblia negra, estaba el hombre de la máscara blanca.

Era el Toscano.

Paredes se dio cuenta de que apenas podía moverse. No tenía fuerzas ni para tirar de los grilletes. Lo habían despojado de su armadura y de sus armas. En ese momento, el monje escribió unos símbolos a los pies del duque y el Toscano se acercó a la boca de su víctima con un pequeño frasco que Diego reconoció bien.

—¡No! —gritó Diego, desesperado, y golpeó los barrotes.

No iba a poder hacer nada por evitarlo.

Ahí estaba. César Borgia sería la octava víctima. Las pesquisas se habían consumado y el Toscano había mostrado sus verdaderas intenciones. Con aquel acto destruía por completo las aspiraciones de los Borgia e invalidaba cualquier asedio que se estuviera produciendo en el exterior. Sin César Borgia en el tablero, ninguna de sus victorias tendría efecto. Rodrigo de Borgia, el papa, quedaba expuesto y aislado, listo para transformarse en la novena muerte, la del último traidor. El ritual del Toscano estaba por llegar a su fin.

Entonces, uno de los lansquenetes abrió la celda. Llevaba un arnés completo y un yelmo con visera que impedía ver su rostro. Diego lamentó no tener fuerzas para pelear. De hecho, apenas tenía fuerzas para incorporarse.

—*Steh auf! Es ist ein Befehl* —vociferó el mercenario frente a él.

—Tu puta madre —respondió el trujillano.

Entre dos soldados lo cogieron y volvieron a golpearlo en la cara y luego por la espalda. Paredes perdió el conocimiento.

Cuando volvió a abrir los ojos, no supo cuánto tiempo había transcurrido, tan solo oyó una voz frente a él.

—*Sei still* —le ordenó alguien con voz grave.

Diego tenía los brazos estirados por los grilletes, y su cabeza colgaba hacia delante. Hizo un esfuerzo por levantarla. Estaba sudando y sangrando. Estaba harto de aquellas voces: «*¡En pie! ¡Es una orden! ¡Quieto!*».

—Buenas noches, capitán Paredes —murmuró una voz sombría.

El trujillano alzó la mirada y se encontró de pronto con el enmascarado. Diego se llenó de rabia y tiró de las cadenas con todas sus fuerzas. La pared a sus espaldas vibró.

—Hijo de puta, te mataré a la mínima ocasión —masculló.

El encapuchado vestía un hábito oscuro hasta los pies, y estaba encorvado. Le dio una orden en alemán al lansquenete y este se alejó de allí. Luego dio unos pasos hacia Diego, quien pudo ver el brillo de su mirada asesina tras la máscara blanca.

—La orden ha decidido que su duque sea la octava víctima —anunció en un susurro.

Diego apretó los dientes.

—No sé a lo que juegas. Solo sé que has perdido el juicio.

—¿Lo piensas de verdad? —preguntó, y a Diego le pareció que ya había escuchado aquella voz.

—Un juego macabro para satisfacer tu sucio capricho —masculló Paredes con rabia contenida —. No has tenido el valor de enfrentarte a tus enemigos cara a cara. ¿Qué pretendías demostrar? Solo ha quedado claro que estás loco.

El Toscano se acercó a él y Diego percibió que se sonreía tras la máscara. Estaban a menos de un palmo de distancia; sin embargo, las cadenas le impedían hacer nada.

—Creo que el juego ha quedado bastante claro —murmuró—. Y lo más importante: la Orden de los Condenados ha vuelto a resurgir.

—¿De qué hablas? —soltó Paredes—. ¿Qué ganas matando al duque en una celda sin que nadie te vea? ¿O matándome si no soy más que un trujillano de mierda?

El Toscano lo contempló con parsimonia.

—Eso pensaba yo, hasta que seguí tus pasos, capitán. Eres un hombre listo y ciertamente especial, capaz de rozar la redención. Pero nadie escapa de su pasado, Diego. ¿Sabes una cosa? Nada de esto habría sido posible sin la inestimable ayuda de tu escudero, Tristán de Rueda. Es una lástima que no esté aquí presente. Hubiera sido un placer tenerlo contigo.

—Hijo de puta… —Gruñó Paredes.

El Toscano se echó la capucha hacia atrás, con aire solemne.

—Ha llegado la hora de finalizar el ritual, capitán —murmuró.

A continuación, cogió la máscara blanca con las dos manos y se la quitó.

Paredes se quedó sin aliento.

Patio de armas, frente al foso interior, Ravaldino

Caía la tarde bajo un cielo pintado de rojo. A esas horas, las escuadras forlivesas que defendían las murallas habían sido abatidas; sin embargo, la fortaleza se mantenía viva gracias a la artillería que había dispuesto la condesa sobre la torre y que hacía mella en los invasores.

Álvaro de Paredes se mantenía firme con su escuadra de alabarderos españoles en el centro de la formación, frente al puente levadizo. Estaba exhausto y hambriento. No tenía noticias del duque ni de su hermano, tampoco de Tristán.

Urbina se acercó al sargento de escuadra y lo informó de los movimientos de los franceses en el flanco derecho. De pronto, una nueva descarga de flechas los interrumpió. Todo el mundo alzó escudos, y Álvaro rezó para que no lo mataran. En ese momento, se oyó un gran estruendo que llenó el patio de polvo. La artillería había disparado a la base de la torre. Media docena de hombres cayeron a las aguas sin vida. Entonces vieron, para sorpresa de todos, que el puente levadizo dela torre del Maschio cedía. El puente cayó con estrépito, y se oyeron vítores entre la hueste. A continuación, las escuadras corrieron hacia las puertas mientras las tropas de Caterina Sforza se posicionaban en el frente y alzaban sus picas en las primeras líneas.

La violencia del choque fue tremenda. Alguien dio un grito, y todos se cubrieron como

buenamente pudieron. Era brea ardiendo. Álvaro vio a dos muchachos que gritaron de dolor con la cara y los brazos quemados. Delante, podía oírse el grito de los soldados en el frente y el ruido de las armas al chocar. Nadie quería morir, todos querían matar. Los franceses, que eran agresivos, empujaban a sus propias tropas desde atrás, para arrinconar al enemigo, poniendo en peligro la vida de sus propios compañeros.

Álvaro se encontraba en la segunda fila.

Algunos franceses cayeron en el frente, y fue ese el instante que aprovecharon Pizarro y Zamudio para abrirse paso e iniciar el avance de los pontificios.

—¡Presentad alabardas! —gritó Álvaro.

La escuadra del papa estiró sus armas y penetró en el interior del castillo con disciplina. Álvaro se sintió orgulloso de sus hombres. Notó bajo sus pies a docenas de cadáveres y moribundos. Apenas había sitio para estar y para combatir. El olor allí era insoportable, y el trujillano se dijo que jamás olvidaría el hedor de la guerra romañola. Cuando los pontificios avanzaron hacia el vestíbulo, los forliveses no tuvieron más remedio que replegarse hacia las escaleras. Si no se daban prisa, la batalla se alargaría hasta la madrugada. Álvaro deseó que los lansquenetes del duque y su hermano Diego tuvieran éxito. Guardaba la esperanza de verlos aparecer de improviso, y la plaza estaría asegurada.

Vestíbulo de la torre del Maschio, Ravaldino

Las escaleras estaban a rebosar de hombres de armas. Violante y Tristán llevaban algunas horas en los pisos superiores de la torre buscando la manera y la oportunidad de acceder a los aposentos de arriba, cuando oyeron un golpe enorme en el vestíbulo del puente levadizo. Entonces se escuchó a las tropas invasoras iniciar el combate cuerpo a cuerpo. Gritos y acero. En la torre del Maschio corrió el pánico como la pólvora y todo fueron carreras e intentos de huir. Rápidamente los caballeros que custodiaban aquella parte no se lo pensaron dos veces y bajaron a apoyar a las tropas forlivesas. La boticaria aprovechó el caos que se formó con los pocos guardias que se quedaron en aquella posición, para colarse y correr hacia su estancia.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —le gritó a Tristán.

El escudero la siguió y por fin pudieron entrar. La joven cogió una bolsa de cuero y la llenó con algunos libros, papel, tinta y una hogaza de pan. Luego cogió de la mesa un manojo grueso de llaves. Se giró al escudero.

—Estas abren las puertas a los calabozos desde uno de los corredores del vestíbulo y las otras corresponden a los túneles de abajo —le explicó, y se las entregó—. Todas estas son las llaves de las celdas. Son todas iguales.

—¿Tenemos que atravesar el vestíbulo? —repitió.

—Me temo que sí —advirtió Violante—. No conozco otro sitio por el que bajar a las mazmorras.

Tristán se colgó las llaves del cinto. Luego desenvainó su espada.

—Vamos, pues.

Salieron de allí y vieron el descontrol. El caos y el pánico hacían presagiar lo peor. La fortaleza no tardaría en caer, y sería saqueada. Vieron pasar a un gentilhombre rodeado de una

pequeña escolta de cuatro caballeros. Violante lo reconoció.

—¡Condestable! —lo llamó.

El hombre se giró hacia ella.

—Violante —advirtió el gobernador de la fortaleza, y echó un vistazo a Tristán—. No deberíais estar aquí. Subid a lo alto, junto al séquito de la condesa. Allí estaréis a salvo.

—Señor, os ruego que me digáis lo que está sucediendo. ¿Cuáles han sido las órdenes de nuestra señora? —inquirió la boticaria.

—Debemos resistir, Violante.

—¡No! ¡Decidme la verdad!

El condestable miró a un lado y luego a otro. Apartó a Violante hacia el muro para hablar con más intimidad.

—Se ha vuelto loca, esa mujer ha perdido el juicio —le confesó—. Me ha pedido que prenda fuego a los almacenes del vestíbulo.

—Pero si ahí está la pólvora… —observó Violante, con una mano en la boca de la impresión.

El individuo alzó las cejas. La joven comprendió que no tenía más opción que cumplir con la instrucción de su señora.

—¿Qué haréis vos? —quiso saber la chica.

—Tenéis que huir, Violante. El Maschio va a estallar por los aires.

El condestable se marchó con la escolta y Violante regresó con Tristán. El joven lo había oído todo. Ravaldino estaba a punto de convertirse en un desastre para todos. Rápidamente bajaron las escaleras en dirección a la parte baja del vestíbulo principal y el eco de la guerra se hizo presente. Cuando se aproximaron, vieron a las fuerzas de choque combatiendo a sangre y a fuego, más de cien infantes luchaban a muerte en un espacio reducido. Tristán se ocupó de proteger a la joven detrás de una columna. Estaban en un callejón sin salida. Violante le señaló el pasadizo, en ese momento, a rebosar de tropas que luchaban contra el invasor. No estaba muy lejos, pero dadas las circunstancias, le pareció un tramo imposible. No tenía alternativa. El duque y Paredes lo esperaban al otro lado con la escuadra de Rüger. Si lograba cumplir su misión, tomarían el vestíbulo y acabarían con aquel infierno. Tristán se preguntó entonces de qué manera se abriría paso hasta esa portezuela.

31

Calabozos de Ravaldino

—Sensi…

Paredes lo vio a lo lejos, entre la bruma del fuego. Volvió a despertar en la misma postura, exhausto, con los brazos estirados por las cadenas. Estaba muy débil, había vuelto a perder la consciencia. Le ardía el pecho como el hierro en una forja. Bajo sus pies vio un charco con su propia sangre. Aquel asesino había hecho sobre su carne una serie de cortes con un punzón.

Diego alzó los ojos, débil como estaba.

—No lo entiendo —murmuró hacia él.

El cardenal le devolvió una mirada fría.

—No debíais ser vos quien recorriera los círculos del infierno, capitán —dijo mientras regresaba la vista a sus instrumentos de alquimia. A continuación, vertió algunos líquidos e ingredientes en la retorta. Sus manos se movían con la pausa y la delicadeza de un maestro en su arte. Era tan bueno que a Paredes le sorprendió la manera que había tenido para engañar a la corte y a los miembros de la curia—. Sin embargo, Rodrigo de Borgia posee un alma tan vacía que nunca se tomó en serio nuestra amenaza. Siempre tuvo otras prioridades.

—¿Qué queríais demostrar? —inquirió el trujillano.

Sensi se volvió a él, y sus ojos chispearon.

—La verdad, Paredes. Que la curia se ha convertido en un nido de demonios.

—¿Qué importa, acaso? ¡Servís a Lucifer! —gritó Diego, reuniendo lo poco que le quedaba de fuerzas.

El cardenal negó con un gesto.

—No tenéis idea de lo que decís, capitán —expuso Sensi, y se aproximó a él con un frasco en las manos—. La Orden de los Condenados fue una organización de los primeros cristianos acusados y perseguidos por el Imperio, cuando en Roma se veneraba la figura de los Césares como dioses. Alejandro VI nos obligó a despertar. Cuando Alfonso de Borja se hizo papa, con el nombre de Calixto III, y no tardó en llamar a su sobrino, Rodrigo. Yo no era más que un diácono, que pronto vio las intenciones del joven Borgia. Así, durante más de treinta y cinco años, he contemplado a Rodrigo de Borgia construir su imperio como vicecanciller, llevando a la curia al infierno, de la mano del nepotismo y la simonía.

Paredes desvió la vista a la mesa en el centro de la sala. César Borgia permanecía tumbado,

con la cabeza hacia un lado, inconsciente. El trujillano volvió la mirada hacia Sensi.

Sensi vertió el frasco sobre su pecho y el alcohol limpió las heridas de Paredes, que gritó de dolor. Distinguió que se trataba de letras escritas sobre su piel.

—«*Vexilla regis prodeunt inferni*». «Se acercan las banderas del rey del Infierno» —leyó el cardenal.

Diego apenas podía respirar de tanta angustia. Miró a Sensi con los ojos inyectados en sangre.

—El papa es un príncipe. ¿Qué pretendíais? —exclamó, rabioso.

Sensi lo miró largamente.

—¡Su deber era proteger al cristianismo! He estado años a su lado, pero no ha sabido escuchar ninguno de mis consejos, más ocupado de colmar sus placeres. Al principio sentía arrepentimiento. Luego Borgia abrazó las ideas humanistas y otras corrientes del llamado Renacimiento. ¿Y qué fue lo que encontró? Pistas del pasado más pagano de la humanidad, mensajes egipcios, súmenos, babilonios. Trató de relacionar a su familia con un poder divino, con la verdad más absoluta.

—¿Qué verdad?

Sensi mezcló varias pócimas y vertió el resultado en un vaso.

A Diego le pareció que sus ojos brillaban con un fulgor endemoniado, lejos del hombre de Dios al que había conocido.

—Si nuestra alma procede directamente de la fuente divina, entonces no hemos sido creados por Dios —le explicó—, sino que somos una parte de Dios. ¿Comprendéis las implicaciones que tiene esto?

Sensi cogió la mandíbula de Paredes. Diego no tuvo fuerzas para forcejear. El cardenal introdujo en su boca el líquido que acababa de preparar. El trujillano notó una arcada y un fuego que lo quemaba por dentro.

Sensi continuó con su lección.

—Persuadí al cardenal Carvajal para enviaros con Jacopo del la Croce, porque sabía que era el único que podría explicaros esto. Mucho antes, le remití una invitación por vía de Tristán de Rueda al palacio de los príncipes, para que viera la verdad. La Orden de los Condenados es necesaria para restaurar el orden divino de las cosas. Roma se ha convertido en un nido de salvajes, hombres sin moral que disfrutan de los caprichos carnales y de los pecados sin impunidad.

—El Toscano propiciaba esos escenarios —afirmó Paredes—. Creaba esas trampas para luego acusarlos de lujuria y corrupción. Vos habéis estado detrás del infierno de Roma todo este tiempo.

Sensi se encendió como una mecha.

—¿De qué manera iban a comprender que vivían en un infierno si no lo veían con sus propios ojos? Nadie entendía el juego, y todo parecía tan evidente…

—¿Qué tiene de evidente asesinar a un crío recién nacido? —inquirió Paredes.

—¿El hijo de Valtieri, el lujurioso? Un sacrificio necesario.

Diego comenzó a reírse, y eso molestó al cardenal.

—¿Qué os causa tanta gracia?

—Ese monje… fue incapaz de asesinar a Savonarola y tuvo que conformarse con envenenarlo antes del patíbulo. El Toscano no sabía qué hacer ni cómo reconducir su plan maestro. ¿Me

equivoco?

—No habléis así del custodio de la orden. Aquella alma no os asesinó en el palacio apostólico ni en Florencia por orden mía. Él, como muchos otros, fue un hijo del convento de los huérfanos, cuna de casi todos los adeptos de la Orden de los Condenados.

Diego recordó lo que le había dicho Jimena acerca de ese oscuro lugar.

Sensi volvió a mirarlo y habló con voz grave.

—He esperado muchos años el momento oportuno para reconducir la política de la Iglesia. ¡Estoy dispuesto a salvar a la Cristiandad! ¿Por qué creéis que ordené asesinar a Virginio Orsini? ¿O a Savonarola? ¿Por qué razón he venido hasta Forlì a detener al duque Valentino? Busco reordenar la Romaña, y César Borgia ha resultado ser un instrumento para llevar a cabo esa misión. Ahora le ha llegado su turno, y pronto vendrá el de su padre. Ambos dormirán la eternidad bajo la ventisca de las alas de Lucifer.

Un silencio lúgubre pesó sobre sus almas.

—El cardenal Lamberto compró a estos mercenarios, y vos os habéis encargado de sobornar a la escuadra de Rüger —susurró Diego—. No había necesidad de matarlo.

Sensi entornó la mirada.

—Al igual que Rodrigo de Borgia, yo también he creado lazos de hermandad y una red de favores. La curia cree en mí, piensan que el cardenal Sensi es un hombre sensato. Estoy seguro de que verán en mí al verdadero sucesor de San Pedro en el próximo cónclave. En cuanto el Toscano termine con este viaje y limpie del camino a todos los testigos, como Lamberto, habré completado mi gran obra de persuasión.

Sensi dio una voz y habló con el capitán Rüger.

—Confío en que hayáis aprendido la lección, capitán.

—Sucio bastardo. ¿Me habéis envenenado a mí también?

—No, no merecéis tal honor. Mi aprendiz se encargará de que muráis desangrado —expuso, y desvió la vista hacia César Borgia—. Antes de que amanezca, el cuerpo del duque será una momia ennegrecida, como todos los cadáveres que encontrasteis. Debéis saber que el proceso es altamente doloroso. Como lo es el descenso a los infiernos. Cuando el asedio finalice y consigan entrar en las mazmorras, vos ya os habréis desangrado y yo estaré de camino a Roma.

Sensi salió de allí escoltado por Rüger y sus lansquenetes.

—¡No…!

Diego gritó de rabia e impotencia. Cuando se alejaron, el monje que estaba en la sala lo contempló en silencio, en espera de su muerte.

Torre del Maschio, escaleras de los calabozos, Ravaldino

La noche caía en Ravaldino y docenas de soldados luchaban a muerte por hacerse con la plaza. Los forliveses aguantaron los ataques invasores con bravura y consiguieron hacerlos retroceder. Tristán se dio cuenta de que era el único momento que tendrían para cruzar esa parte del castillo hasta la portezuela de los calabozos.

—Tristán, hay algo que debes saber —dijo Violante, de pronto.

El joven se giró hacia ella. La boticaria desvió la vista al suelo antes de volver al escudero,

como si buscara las palabras adecuadas; sin embargo, fue incapaz de decir nada. Tristán no comprendió lo que sucedía. Entonces vio de soslayo que se abría una brecha entre los infantes.

—¡Ahora! ¡Vamos! —gritó.

Cruzaron el vestíbulo de la escalera principal a toda prisa, entre hombres de armas, ballesteros y caballeros. Se arrinconaron en la puerta y Tristán sacó el manojo de llaves. Violante se las arrebató de las manos, eligió la correcta y abrió la puerta. Rápidamente entraron y volvieron a cerrar.

La batalla quedó al otro lado y el silencio los envolvió.

Tristán respiró aliviado. Sin embargo, desvió la vista hacia las escaleras oscuras y tuvo un mal presentimiento. ¿Dónde estaba la escuadra de Rüger? ¿Dónde estaba Paredes?

—Conozco el camino, yo iré delante —se ofreció la chica.

Las mazmorras eran un laberinto de pasillos y túneles. Aunque había estado una vez, Tristán no recordaba ninguno de esos corredores. A lo lejos se oía una gotera y un murmullo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó el escudero.

Violante prestó atención.

—Parecen velas… y alguna especia —observó.

Anduvieron por el pasillo central, hasta que se detuvieron en uno de los cruces. Entonces oyeron el lamento de un prisionero. Violante señaló un corredor. Continuaron en esa dirección mientras el trazado dibujaba una curva, hasta que distinguieron una luz. Se detuvieron, cautelosos.

Tristán adelantó a Violante y se aproximó con sigilo hasta lo que le permitió el amparo de las sombras. Lo que vio ante él le cortó el aliento.

El duque agonizaba sobre un altar.

Estaba solo, rodeado de velas. Tristán bajó su espada y se aproximó a él acompañado de Violante. En aquella sala se respiraba un ambiente denso y cargado; los cirios se habían consumido hasta la mitad, y a los pies del Valentino vio una serie de dibujos macabros. ¿Qué demonios estaba sucediendo? La joven acercó el oído a la boca del duque, y luego lo olió.

—Tristán… —susurró, horrorizada—. Lo han envenenado.

De pronto, un grito despertó al escudero de su extrañeza. Provenía de una de las celdas de los laterales. El joven recorrió la sala, y vio en la última arcada a Diego de Paredes encadenado a un muro, bañado en sangre, agonizante. Frente a él, una figura agazapada practicaba algún tipo de tortura.

—¡Paredes! —gritó el chico.

La sombra se volvió hacia él de súbito y esgrimió una espada oscura bañada en sangre. Tristán tuvo la impresión de que aquello era una pesadilla.

Era el custodio de los condenados.

—*Non c'è mai stato uno scudiero più leale di te* —murmuró con una voz grave y violenta el custodio, casi como un insulto. Se levantó como una mancha oscura y, con una zancada larga, fue a por él.

El joven no se acobardó. «*Nunca ha habido un escudero más leal que tú*». Alzó la espada y mantuvo la guardia alta. El monje era un hombre casi el doble de grande que él. El sujeto alzó una espada de mano y media al tiempo que la blandía como un maestro. Tristán observó de soslayo que Violante se agachaba y se escondía detrás del altar.

Decidido a darle muerte, Tristán fue a por él.

El custodio tiró un golpe que el escudero desvió con soltura, y lanzó una estocada. Ambos forcejearon menos de un instante. Luego se separaron e iniciaron un duro intercambio de golpes afilados en el aire. El monje lanzó un golpe fuerte y el chico lo esquivó por instinto; sin embargo, la tajadura fue a parar a uno de los muros.

Tristán pasó al ataque, con valor. No pensaba, tan solo actuaba por puro instinto empujado por el temor a que pudieran hacer daño a sus amigos. La vida de Paredes y de Violante estaban en peligro y dependían de él.

Su adversario se vio obligado a empeñarse en la defensa; el chico era veloz. Volvieron a lanzarse una serie de tajaduras y celadas, a izquierda y a derecha, probando a desarmar a su oponente. El siervo del Toscano era más fuerte que él, pero no tan ágil ni tan listo. El joven tiró una punzada a su mano y consiguió trazarle una herida. Presa de la rabia, el custodio lo atacó. El duelo había girado por completo; ahora estaban más allá del altar del duque.

Mientras los contendientes combatían a muerte, Violante se arrastró hacia el otro lado y aprovechó para aproximarse a la celda de Paredes. El capitán era un despojo. El cuerpo le colgaba hacia delante, sostenido por los brazos con grilletes y cadenas a los muros.

La boticaria echó mano del manojo de llaves y los nervios le impidieron encontrar la llave de la celda. Sus manos temblaban.

—Venga… —masculló ansiosa—. Maldita sea.

Escogió una y la giró el pasador. La cerradura chirrió y la puerta se abrió.

Violante se acercó para sostener el rostro de Paredes con ambas manos y comprobar si estaba vivo. El trujillano le devolvió una mirada perdida.

—Capitán… Tenemos que salir de aquí —susurró.

Volvió a coger el manojo y a probar las llaves, una tras otra. No sabía cuál de ellas abría los grilletes.

El monje atacaba a Tristán, sin detenerse. El escudero esquivaba golpes, y aunque había conseguido herirlo, el custodio era incapaz de acabar con su oponente. Se hallaban bajo uno de los arcos de piedra de una de las celdas. El aprendiz del Toscano volvió a lanzar una estocada y Tristán desvió el acero de tal modo que provocó que golpeara uno de los barrotes. A continuación, le sirvió una tajadura en el brazo a su contendiente.

El custodio gritó de dolor.

Sin tiempo para pensar, el monje le devolvió un revés severo y Tristán se fue de bruces al suelo. El joven se revolvió y se incorporó con agilidad. En el siguiente lance, le ofreció la espada para probar una argucia; sin embargo, el monje realizó un giro, envolvió la hoja del joven escudero y, con un movimiento veloz, lo desarmó.

Su espada cayó sobre la piedra.

Violante giró la última de las llaves y esta crujió. Paredes liberó un brazo y rápidamente la boticaria le liberó el segundo. El trujillano a poco estuvo de caer al suelo.

—¡Capitán! —exclamó la joven, sosteniéndolo.

Paredes miró hacia delante y vio al custodio darle una patada a la espada de Tristán mientras lo apuntaba con su hoja. El escudero retrocedió. Estaba a punto de morir.

Diego se levantó con las últimas fuerzas de su interior.

Violante no tuvo más remedio que echarse hacia atrás. El capitán comenzó a avanzar como

un gigante ensangrentado, y a cada paso parecía recuperar energías. Recogió la espada de Tristán del suelo. Lanzó un grito lleno de rabia.

El monje se giró hacia él, sin creer lo que veían sus ojos.

El capitán blandió la espada. Profirió un bramido antes de que los aceros chocaran en el aire y que se produjera un intercambio veloz. El custodio probó alguna treta sin éxito, mientras Paredes le impedía pasar de la defensa al ataque. Tuvieron dos lances vertiginosos. Acostumbrado a esgrimir un montante, la espada de Tristán tenía el peso de una daga. En el tercer asalto, Paredes se aproximó hacia él sin miedo a morir, y el custodio se vio sorprendido. Paredes bloqueó su ataque, desvió su hoja y le propinó un puñetazo en la cara. Luego lo rodeó por la cintura y lo arrojó al suelo.

Preso del efecto sorpresa, el custodio cayó contra la piedra y recibió la violencia del trujillano. Paredes lo golpeó con los puños en el rostro una, dos, hasta diez veces. Entonces su oponente soltó la espada, inconsciente. En ese momento, Diego alzó la hoja y la clavó en su pecho.

A continuación, se dejó caer sobre la piedra, exhausto.

Tristán corrió hacia Paredes.

—Capitán… —masculló.

—El Toscano… —murmuró el trujillano casi sin voz—. Ha estado aquí.

—No hay nadie más —le aseguró Tristán.

—Le ha dado el veneno —susurró Paredes, sin fuerzas—. En unas horas el duque estará muerto como todas las víctimas. El monje ha puesto el mensaje en su boca.

—Dios… No… —soltó Violante.

Tristán tardó un instante en asentir. No podía creer que aquello fuera cierto. Sacó de su bolsa un pequeño frasco. Su corazón se llenó de emoción al recordar la noche en que lo había recibido. Violante lo reconoció al verlo.

—El antídoto —murmuró la joven, que lo agitó y abrió el tapón.

Aquellas palabras hicieron que Paredes volviera a la vida.

—¿Creéis que podéis salvarlo? —la instó.

Violante fue hacia el duque. El cuerpo de César Borgia permanecía tumbado, inmóvil. Su piel estaba pálida. Aún faltaban muchas horas para que pudiera hacer efecto el veneno. La boticaria le abrió la boca con cuidado y extrajo el octavo mensaje. A continuación, vertió el contenido del frasco y mojó sus labios.

—Solo cabe esperar —sostuvo ella.

Tristán miró a su alrededor.

—Hay que sacarlo de aquí.

Paredes se puso en pie como buenamente pudo. Observó al hijo del papa, que, aún inconsciente, luchaba por su vida. Entonces oyeron un gran estruendo y los muros y arcadas de las bóvedas de los calabozos vibraron. Durante unos momentos, las piedras de Ravaldino oscilaron, y creyeron que la fortaleza caería sobre sus cabezas. Toda la estancia se llenó de polvo de repente. Los compañeros miraron hacia arriba. Volvió a oírse ruido, como si la propia estructura de la torre se hubiera vuelto inestable y estuviera a punto de derrumbarse. Tristán contempló a Violante y la joven asintió, presa del pánico.

—Ha estallado la pólvora.

—¿Eso qué significa? —preguntó Paredes.

Tristán contuvo el aliento. Necesitaban saber si estaban encerrados bajo una montaña de piedra y de escombros.

Tristán se adelantó hacia las puertas por las que había entrado Paredes con el duque y descubrió que los mercenarios de Rüger habían bloqueado todas las salidas. El joven regresó a la sala donde lo esperaban Violante y el capitán, junto a César Borgia. Les resumió lo que acababa de ver.

—Me lo temía —esgrimió Paredes.

—Esto nos deja una única opción.

El trujillano cogió con todas sus fuerzas entre sus brazos a César Borgia, que permanecía inconsciente.

—Tendréis que ir delante.

Iniciaron el ascenso hacia la torre del Maschio, rezando para que las tropas pontificias se hubiesen hecho con el lugar. Volvieron a escuchar estruendos y ruido de piedra y escombros derramarse por el foso. Cuando llegaron a lo que era el último corredor antes de las escaleras en forma de espiral, les sorprendió ver que todo había cambiado. Un enorme agujero había destruido las escaleras y lo había convertido todo en una montaña de piedras. A la vista quedaban el vestíbulo y parte de la torre, y, tras la caída de uno de los muros, podía verse el cielo estrellado. Caterina Sforza había mandado prender fuego a todos los depósitos de pólvora de Ravaldino, y con ello había destruido media fortaleza y se había llevado consigo la vida de muchos caballeros e infantes. Tenían suerte de que la torre del Maschio siguiera en pie.

Paredes apoyó a César Borgia sobre un escalón un momento para descansar los brazos y aprovechó para comprobar el estado del duque.

—Tardará algunas horas en despertar —susurró Violante, al verlo.

Tristán miró hacia lo alto de la montaña de escombros.

—Voy a subir y ver el estado de las cosas. Quedaos aquí.

El escudero subió de piedra en piedra a través de un terreno inestable. Tenía el rostro manchado de sangre y polvo, y el cuerpo cubierto de heridas. Sin embargo, era tal el cansancio que tenía que era incapaz de sentir dolor. Consiguió llegar a lo que anteriormente había sido el vestíbulo y que en ese instante era un cementerio de infantes sepultados bajo la roca. Algunos soldados iban y venían, la batalla estaba en los pisos superiores. Descubrió que la explosión había hecho volar por los aires el puente levadizo de la torre. El único camino que conocía para salir de allí hacia el patio de armas era el mismo que había hecho él para colarse en la torre.

Tristán desvió la vista hacia lo alto de las escaleras y reconoció a un alabardero pontificio junto a la balaustrada. Corrió hacia allí, dando saltos entre los restos, y subió a toda prisa. Era Zamudio.

—¿Dónde están? —le preguntó el joven—. ¿Dónde está la escuadra?

—Arriba, más arriba —respondió Zamudio—. Servimos de apoyo a los franceses. La condesa aún no se ha rendido y sus caballeros luchan sin descanso. Esa mujer ha dispuesto a toda su artillería y a sus arqueros en los matacanes de la torre para causar el mayor número de muertes posibles.

—¿Y el sargento Paredes? ¿Está con vosotros?

Zamudio asintió y se limpió el polvo de la cara.

—Casi no hemos tenido bajas.

El joven le ordenó que fuera a por el sargento de escuadra con parte de la guarnición para que pudieran sacarlo fuera de la fortaleza. El joven le explicó que estaba abajo escoltando al duque malherido. Luego le pidió que fuera a por el sargento de escuadra con parte de la guarnición para que pudieran sacar a César Borgia de la fortaleza. Luego compartió con él un poco de agua de su bota y subió las escaleras a toda prisa. Tristán regresó al hueco donde lo esperaba Diego con Violante. Ofreció agua fresca al capitán, que pareció de pronto que recuperaba la vida. Se lavó los ojos. Violante también bebió un trago. Luego le mojaron los labios al duque. No había pasado mucho tiempo cuando Tristán vio aparecer a Álvaro acompañado de Zamudio y de Pizarro. Sintió tal júbilo al verlos que dejó escapar una voz de alegría. Tuvo la esperanza de que esa noche estarían todos ellos en la tienda de campaña del campamento celebrando la victoria. Los compañeros bajaron la ladera y Álvaro y Diego se fundieron en un abrazo.

—Creía que estabas muerto, hermano.

—Es Sensi —le susurró Diego al oído, con rabia contenida—. Sensi es el traidor. Él es el Toscano.

Álvaro se quedó sin aliento. Rápidamente Pizarro cruzó un brazo del duque por su hombro, mientras Zamudio hacía lo mismo del otro lado, para subirlo entre los dos. Por su parte, Tristán y Álvaro ayudaron a Diego a escalar. Tenían que conseguir llegar arriba para cruzar la muralla del único bastión que estaba al otro lado del foso.

Ravaldino se caía a pedazos.

La guerra había llegado a su punto álgido y la violencia de las tropas de ambos bandos era tal que no había posibilidad de ningún tipo de negociación. En cuanto cayera la fortaleza, las escuadras aliadas del ejército del duque Valentino iban a saquear y a llevarse su botín sin mostrar signos de compasión.

Tristán les señaló el camino hacia el patio de armas. Tan solo tenían que cruzar el umbral que tenían delante de ellos, recorrer cincuenta pasos y bajar las escaleras. Pizarro hizo fuerza para sostener al duque Valentino y, con Zamudio al otro lado, salieron al exterior y recorrieron el adarve hacia el torreón. En el interior, un grupo de ocho hombres se detuvo al verlos. Eran *brisighelli*, mercenarios de la compañía de Dionisio Naldi, que habían entregado en Ímola Roca Sforzesca y que se habían unido a las tropas de César Borgia.

Uno de ellos señaló a Violante.

—¡La boticaria del castillo! —la reconoció.

Todos conocían la recompensa que ofrecía el papa por la cabeza del alquimista de Ravaldino. Mil ducados daban para mucho, y era suficiente como para jugarse la vida por ganarse el favor del pontífice.

Los ocho soldados se aproximaron a ellos.

Diego, Álvaro y Tristán desenvainaron sus espadas.

—Si dais un paso más, os envío al infierno —los amenazó Diego, con la hoja en alto. Su mirada no mentía. Acababa de tomar una decisión. Aunque fueran aliados y la muerte de ellos se considerara un asesinato y no un acto de guerra, estaba dispuesto a asumirlo. Simplemente porque era lo correcto.

Uno de los *brisighelli* habló.

—Entregádnosla, y prometemos no daros muerte —le ofreció.

Los hermanos Paredes se miraron sin decir nada. Luego Diego se giró a Tristán y ambos

compañeros se observaron durante un instante.

—Sácala de aquí —susurró el trujillano.

—No puedo abandonaros.

—Sí que puedes —le exigió Álvaro—. Haz lo que te dice.

Tristán supo que no había tiempo para pensar y mucho menos para discutir. Que los hermanos Paredes decidieran hacer frente a aquellos mercenarios significaba que le daban algo de margen para salvar a la chica. Sintió un tremendo dolor al acatar la orden de su compañero.

Cogió la mano de Violante y se alejaron hacia el umbral.

Diego y Álvaro se separaron dos o tres varas para darse espacio para el combate. En lugar de esperar a sus contendientes, los Paredes fueron hacia ellos. En aquel movimiento los obligaron a retroceder, lo que hizo que los otros tuvieran que bajar algunos peldaños de las escaleras. A continuación, Diego blandió la espada como aquella tarde en el patio de armas de Sant'Angelo, cuando se había enfrentado él solo a la escuadra de un condotiero romano con una barra de hierro en la mano. Rápido, ágil y lúcido. Desarmó al primero, atacó al segundo y empujó a un tercero. No tardó en hacerse con una segunda espada.

Los *brisighelli* se hicieron hacia atrás, temerosos. Luego, en un acto de valentía o de locura, atacaron todos juntos al gigante extremeño.

Tristán corrió junto a Violante dispuesto a dejarla en un sitio a salvo antes de regresar a apoyar a sus compañeros. Agradeció sentir el aire frío de la noche de Forlì. El paisaje que descubrió era muy distinto al de aquella mañana. Vio a ambos lados de la muralla que las tropas francesas y de las ciudades aliadas de Cesar Borgia habían barrido a las escuadras forlivesas y que en el patio de armas había un reguero de cadáveres. La explosión de la pólvora había destruido gran parte de la estructura de Ravaldino, incluyendo el puente levadizo del interior, parte del foso y varios edificios menores. Una parte de la muralla exterior también se había venido abajo. Pensó que aquel era el mejor sitio para escapar de la fortaleza.

Salieron del amparo bajo el umbral y corrieron por el adarve de la muralla hacia el torreón. Casi al instante, Tristán sintió el zumbido de una descarga de flechas. Cogió la mano de la chica y avanzaron a toda prisa, cuando el silbido se hizo evidente en la caída. Entonces Tristán se echó al suelo y lo mismo hizo Violante. Las flechas cayeron con estrépito a su alrededor. Durante un instante contuvieron la respiración. Tristán comprobó que estaba entero, lo mismo Violante. Se dieron cuenta de que el ataque iba dirigido a una escuadra de Cesena que cruzaba el patio de armas con un artilugio para echar abajo las puertas de los niveles superiores.

Ambos seguían en el suelo sobre el empedrado del adarve. Rápidamente se pusieron en pie y corrieron hacia el umbral del torreón. Necesitaban ponerse bajo su protección. Sabían que una vez allí tendrían más posibilidades de sobrevivir que expuestos. Cuando estaban a punto de alcanzar su objetivo, oyeron nuevamente un chasquido. Una nueva descarga de flechas y saetas salió disparada desde lo alto. La masa de proyectiles se elevó al cielo y luego descendió con violencia y velocidad. Tristán alentó con un grito a la joven, y ambos saltaron hacia delante, al interior de la garita. Cayeron de bruces contra el suelo de piedra, bajo el techo de la pequeña torre. Tristán rodó mientras el zumbido de la descarga se oía con estrépito y se sentía cómo golpeaba contra la roca. El ataque había cubierto la muralla y parte del foso, y había dado muerte a una docena de infantes de Cesena en el patio.

Lo peor había pasado. En el interior de la torre, Tristán respiró aliviado. Se incorporó como

pudo y tiró de la mano de Violante para bajar las escaleras a toda prisa. No podían esperar.

—Vamos.

En ese momento, se dio cuenta de que algo no iba bien. Volvió la mirada a la chica, que le devolvió un gesto de sorpresa e incredulidad. A continuación, ambos descubrieron que la punta brillante de una saeta sobresalía en mitad de su pecho. Estaba rodeada de una mancha que poco a poco comenzaba a hacerse más y más amplia.

Tristán tardó en comprender lo que estaba sucediendo. Luego se desesperó.

—No… No, no… ¡No!

Violante se había quedado paralizada, con la mirada en Tristán, sin poder decir ni una palabra. El joven sostuvo a la chica entre sus brazos y se dio cuenta de que la saeta de un disparo de ballesta había entrado limpia por su espalda, justo en el momento del salto.

—Tristán… —susurró ella, sin aire.

—No…, no… —soltó él, descompuesto, mientras acariciaba su cabello y acercaba sus labios para besarla—. No… ¡Violante!

El escudero contempló entre lágrimas cómo la mancha se extendía por sus ropajes imparable, mientras teñía completamente el tabardo de rojo oscuro, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Tras un instante agónico, el brillo de su mirada viva desapareció y el joven supo que Violante se había ido para siempre.

Tristán la abrazó contra sí y lloró sin consuelo. El destino le arrancaba el corazón del pecho. Supo que sería incapaz de perdonar a Dios por aquel desgarro, por aquella pérdida sin sentido.

Supo que jamás sería el mismo.

32

Patio de Armas. Fortaleza de Ravaldino

César Borgia despertó al alba en su tienda de campaña, a las afueras de Ravaldino. Apenas recordaba nada de lo que había sucedido. Tenía recuerdos difusos del día anterior, lagunas en la memoria fruto de un golpe en la cabeza.

La fortaleza de Ravaldino cayó de madrugada, cuando los caballeros franceses penetraron hasta los aposentos de Caterina Sforza y uno de ellos la tomó prisionera, reclamando la recompensa del duque. Con la caída de Ravaldino se daba un paso importante en la guerra. Sin embargo, a pesar de las conquistas de la Romaña, en especial las de Ímola y Forlì, los problemas de César no habían hecho más que empezar. Aquella misma mañana reunió a sus capitanes y oficiales de confianza en el palacio de Forlì para reorganizar la campaña. Aunque César tuviera un tremendo dolor de cabeza y le dolieran todos los músculos del cuerpo, necesitaba verlos a todos en el salón principal. Nadie supo lo que había hecho el duque durante el asalto. En general, y dada la fama obtenida en asedios anteriores, todos pensaron que César Borgia había participado en primera línea.

Aquella mañana, oficiales de menor grado tuvieron la oportunidad de exponer sus peticiones, y César contestó a todas ellas. Lo mismo hizo con el resto de los capitanes. Poco después, se giró hacia Ramiro de Lorca, su lugarteniente.

—¿Dónde está el capitán de la guardia pontificia? ¿Dónde está Paredes?

Lorca puso mala cara.

—Desaparecido —murmuró—. Se le acusa de traición y de haberse aliado en el último momento con Caterina Sforza.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el duque, serio.

—Ha matado varios mercenarios y soldados de Cesena y Boloña y a algunos *brisighelli* junto a su hermano, el sargento de escuadra —señaló Lorca—. Algunos hombres afirman que murió durante la madrugada.

César se pasó una mano por el rostro. Un problema más para la larga lista de obstáculos de aquella campaña.

—¿Por qué los ha matado?

—Es difícil de saber —observó Lorca—. Algunos testigos afirman haberlo visto con la boticaria del castillo. Los hombres hablan de traición.

—Buscadlos —ordenó César—. Si siguen vivos, quiero un juicio justo para los hermanos Paredes. ¿Hay noticias de su escudero?

Lorca negó con un gesto.

—Lo mismo, desaparecido.

Oyeron gritos en la lejanía, y César recordó haber visto esa mañana a los suizos y gascones borrachos gritando consignas contra el duque Valentino y contra los capitanes franceses.

—Dijon —llamó el duque a uno de los oficiales—. Vos estáis a cargo de los cuadros suizos; ¿podéis explicarme qué demonios pasa en la plaza? ¿Qué es lo que reclaman?

—Duque —saludó Dijon con una reverencia—. Los suizos piensan que su servicio acabó con la toma de Ravaldino y la capitulación de Forlì. Para continuar, solicitan que se les pague las soldadas que se les adeudan y piden un incremento por sus servicios profesionales.

César negó con la cabeza.

—Hay que joderse —murmuró con ironía. Desvió la mirada hacia el capitán Yves d'Allegre —. Por otro lado, ¿qué sucede con los franceses? —le preguntó.

El caballero francés carraspeó.

—No sé a qué os referís, mi señor.

—También están descontentos —esgrimió César—. ¿Qué es lo que ocurre?

D'Allègre alzó las cejas.

—Las tropas del rey de Francia piensan que la prisionera Caterina Sforza debería estar bajo su custodia, puesto que están convencidos de que esto es una campaña francesa.

César oyó aquello como si lo hubiesen insultado.

—¡Esta campaña es del papa! ¡Y vosotros sois el ejército del papa! —gritó.

D'Allègre hizo una reverencia.

—Incluso el duque es un vasallo de Francia —expuso el caballero con educación—. La prisionera debería estar bajo la bandera de la flor de lis; es, al menos, lo que cree el grueso del ejército.

César se dejó caer en una silla y se llevó una mano al mentón. La vida principesca no consistía únicamente en elaborar planes de acción bélica, sino también en gobernar con inteligencia. En un ejército tan variopinto, cada uno velaba por lo suyo, y había que comandarlo con astucia.

Miró a su lugarteniente.

—En primer lugar, vos, Lorca: a partir de ahora, os convertís en el vicegobernador de Forlì Encargaos de nombrar magistrados y de reparar cuanto antes los daños de la fortaleza de Ravaldino.

Lorca hizo una profunda reverencia de agradecimiento.

César estaba dispuesto a zanjar todos los problemas y a gobernar de manera implacable. Miró al capitán Dijon.

—Informad a los suizos de que se les pagará lo que se les debe a nuestra llegada a Cesena y que habrá un incremento de media soldada para la toma de Pesaro. Pero hacedles saber que esta será la última vez. Esas son mis condiciones. No habrá más aumentos.

—Eso los contentará —respondió el capitán francés.

Por último, César volvió la vista a D'Allègre.

—Que la infantería francesa, su caballería y sus piezas de artillería se dirijan hacia Forlimpopoli como avanzadilla y tome la ciudad en nombre del papa. Una vez conseguido,

prometo que la prisionera del santo padre, Caterina Sforza, pasará a custodia francesa.

—Es justo —reconoció D'Allègre con una reverencia.

César se levantó de la silla y cruzó el salón. Todo el mundo guardó silencio, y, como si se tratara de un gran príncipe, los capitanes bajaron la cabeza en señal de respeto. El hijo de Rodrigo de Borgia estaba seguro de que con inteligencia acabaría de una vez con la campaña de toda la Romaña.

Al alba, Diego contempló la ciudad de Forlì en la lejanía y las columnas de humo que se elevaban desde su fortaleza. Se encontraban en una colina, rodeados de un bosque quemado. Aquel era el panorama desolador que había legado Caterina Sforza para los que habían sido sus vasallos. El trujillano estaba muy herido.

Aquella noche había vendado sus tajaduras como había podido y se había arrebujado en la capa para intentar descansar algunas horas. Los tres compañeros habían dado sepultura a Violante en aquel paraje deshabitado, alejado de cualquier población. Tristán no estaba dispuesto a que su cuerpo fuera mancillado y se convirtiera en objeto de trofeo de ningún hombre.

El joven permaneció frente a su tumba durante toda la noche. Improvisó una cruz de madera donde grabó su nombre.

Diego observó al muchacho roto por dentro, de rodillas, y sintió lástima por él. Era consciente de que no existían palabras que pudieran servir para aliviar su dolor. Él mismo había estado en esa misma situación. Aquella era una pérdida fortuita, fruto de un destino azaroso que había puesto a la joven delante de un disparo perdido. Se preguntó de qué forma le iba a dar Tristán sentido a una muerte tan casual, tan aventurada, de qué forma iba a continuar un muchacho que había perdido todo en esas guerras, a su padre y a la mujer a la que amaba.

Con las primeras luces del alba, desvió la vista al camino y reconoció a Álvaro al galope. Su hermano cabalgaba encapuchado. Volvía con las alforjas llenas de provisiones. Dejó el caballo a un lado y se acercó a ellos con una bolsa de cuero. Sacó un poco de pan, carne de cerdo y algo de vino. Obligó a Tristán a sentarse con ellos. Ninguno había probado bocado en más de un día.

—¿Alguna noticia? —quiso saber Diego sobre el campamento.

—César Borgia ha despertado sano y salvo —señaló Álvaro. Ninguno de los dos dijo nada ni hizo ningún gesto, aunque se alegraran de oír aquello.

Continuaron comiendo en silencio durante un rato.

—¿Qué más? —insistió Diego, poco después.

—He podido hablar con Pizarro y con Zamudio —expuso Álvaro con mala cara—. Nos acusan a los tres de traición al ejército del duque y, por añadidura, de traición al papa. El duque ha ordenado que nos detengan; sin embargo, muchos creen que estamos muertos.

—¿Por qué nos acusan? —preguntó Tristán.

Diego pensó en cuánto había cambiado el joven en una sola noche. Incluso su tono de voz pareció ir cubierto del velo sombrío de la experiencia que envuelve a un hombre que ha vivido y ha sufrido.

—Por matar a media docena de soldados del duque, en especial, a *brisighelli*. Diego, incluso, le cortó la cabeza a uno de ellos —explicó Álvaro—. Huyeron y nos acusaron de traidores.

Tristán estiró una mano para apoyarla sobre el hombro de Diego en agradecimiento.

—Esto nos convierte en unos proscritos —señaló Diego.

—No le debes lealtad a nadie —añadió Álvaro.

Diego negó con la cabeza.

—Claro que sí, hermano. Nos debemos lealtad a nosotros mismos. No pienso dejar que ese gusano se salga con la suya. Lo he mirado a la cara. Hemos sufrido mucho y hemos tenido que pagar un precio muy alto para estar aquí.

Tristán, por primera vez desde la madrugada, alzó la mirada, convencido de sus palabras.

—Nos saca un día de ventaja —afirmó Álvaro.

—Pero cree que estamos muertos; la ventaja es nuestra —esgrimió Diego—. No permitiré que gane la partida.

Se echó un trozo de carne a la boca y se puso en pie.

—¿Qué quieres hacer? —lo atajó Álvaro, con los pies en el suelo—. ¿Asesinar a un cardenal en el Vaticano? ¿Con qué pruebas vas a afirmar que Sensi es el asesino que buscamos? ¡Nadie va a creernos!

Diego no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Tampoco sabía cómo acabar con la escuadra de mercenarios de Rüger.

—Los mercenarios dan lo mismo —los interrumpió Tristán, que se puso en pie junto a ellos —. Sobre Sensi… Yo sé cómo terminar con él.

Diego apoyó las manos en los hombros de sus compañeros.

Los tres se miraron. Luego recogieron sus cosas, Tristán volvió a rezar en la tumba de Violante y montaron en sus caballos. Con las primeras luces del nuevo día iniciaron el regreso a Roma al galope.

Apartamentos del capitán de la guardia. Palacio apostólico, Roma

A María y a Jimena, con el niño, les había costado una vida llegar a la ciudad. Habían huido de Ravaldino con lo puesto, y con la ayuda de unos comerciantes habían tenido la suerte de viajar a Florencia y pasar allí algunas semanas. Sin embargo, la extremeña sabía que, si quería regresar a Cáceres y empezar una nueva vida, era necesario arriesgarse y volver a Roma, a los apartamentos en los que se encontraban en ese momento, y recuperar el cofre que acababa de abrir. Además, debía esperar al encuentro de un hombre que le había hecho llegar una carta que en esos momentos tenía en las manos. Una vieja deuda.

Jimena estaba de rodillas y comprobó, dentro del cofre, las bolsas llenas de ducados de oro que había conseguido reunir la cacereña. Sin nada de eso, la aventura en Italia no habría tenido sentido, así como tampoco lo habrían tenido el sacrificio y el sufrimiento por el que había tenido que pasar esos tres años tratando de sobrevivir en la curia y la corte romanas.

Las noticias de la guerra del duque Valentino volaban. En las calles no se hablaba de otra cosa que de las hazañas de César Borgia y de la sangrienta toma de Ravaldino, en Forlì. María y Jimena no podían dejar de pensar en Violante y en su destino. Rezaban por ella. Deseaban de todo corazón volver a verla y que madre e hijo se reunieran al fin.

María miró por la ventana y observó la noche estrellada.

Había logrado entrar en el palacio apostólico como criada del capitán de la guardia y habían podido disfrutar de su comodidad durante unas semanas. Ahora su intención era la de descansar allí esa noche para salir al día siguiente. Volvió a observar la carta, que había sido introducida allí

por medio de un cardenal intermediario. María habría adelantado la partida de Roma de no haberse convocado aquel encuentro. Sabía que podía ser beneficioso.

Volvió a mirar hacia la ventana. Se dirigió a la alcoba más grande. Jimena había dejado al hijo de Violante sobre la cama y la criatura dormía plácidamente. La extremeña abrió el armario, con sus puertas de celosías, y recuperó algunas prendas que habían sido obsequios de algunos cardenales. Algunos de esos vestidos tenían mucho valor. Se dijo que también se los llevaría.

Entonces llamaron a la puerta.

María hizo una señal a Jimena para que fuera a la alcoba, junto al crío.

—Quédate aquí y no salgas a la sala principal —murmuró.

Jimena asintió y se quedó con el niño.

María regresó a la sala y fue hacia la puerta. Reconoció a la figura y se hizo atrás. A continuación, realizó una reverencia solemne.

—Mi señor.

El encapuchado de la máscara blanca iba escoltado por dos mercenarios armados que se colocaron a ambos lados de su señor. La puerta se cerró.

María lo conocía bien. A aquel hombre, a quien nunca había visto el rostro, lo llamaban «el Príncipe», y era la autoridad en el palacio de la lujuria y el amo de todas las intrigas de la curia. María había pasado años a su servicio. En ese momento recordó el último consejo que le había dado a Diego de Paredes. Perseguirlo a él era seguir cada una de las conspiraciones de Roma. María no estaba segura de si aquel individuo era el verdadero Toscano. Tampoco le importaba. Una vez había cumplido una misión para él. Le había entregado en una bandeja de plata al duque de Gandía. Juan Borgia. María lo había hecho por despecho, por venganza. No le importaba. Ahora solo quería recibir su recompensa prometida.

El enmascarado se acercó a la extremeña y cogió sus manos. Su máscara blanca, de expresión melancólica, parecía de porcelana.

—Me has servido con lealtad —susurró una voz grave, tras la máscara.

—Mi señor —le explicó María con profundo respeto—, marcharé de Roma y de Italia en cuanto amanezca. Mi trabajo aquí se ha acabado. No seré ninguna molestia, nunca lo he sido. Sabéis que siempre os he servido con excelencia.

—Y ahora quieres recibir el pago por tus servicios —resumió él en tono comprensivo.

María asintió con la mirada en el suelo.

—Ha transcurrido mucho tiempo, mi señor, y ha llegado la hora de que me vaya de la ciudad. Os entregué al duque de Gandía y me jugué la vida por ello —le recordó María—. Es la única deuda que guardáis conmigo.

—Ah, sí, el duque…

—Yo cumplí con mi parte; vos conocíais mis razones para hacerlo, sabía que ese hombre me había despreciado. Cumplid con vuestra parte ahora.

El enmascarado se llevó una mano al mentón. María tuvo un extraño presentimiento. No iban a darle ni un mísero florín. María permaneció en silencio.

El hombre dio unos pasos por la habitación y se giró nuevamente hacia María.

—Gracias a eso, el duque apareció flotando en el Tíber. Roma se cubrió con el velo del temor. El gonfalonero había muerto asesinado. Todo gracias a una española. Sin embargo, los testigos siempre acaban por hablar, tarde o temprano. Y no queremos eso.

—Señor… —quiso explicarse María.

El Príncipe hizo un gesto con la mano y dio un paso hacia atrás. Se dirigió a sus escoltas.

—Pagadle lo que se merece —ordenó.

María retrocedió, temerosa.

—Señor… Esperad… ¡No! ¡No!

El primer lansquenete se abalanzó sobre ella y le clavó una daga en el abdomen. El segundo le lanzó una puñalada mortal en el cuello. María dio un grito de horror y luego una mano enguantada cubrió sus alaridos.

Al otro lado del umbral, en la alcoba, Jimena oyó el forcejeo y vio en el suelo la sombra de unos hombres dando golpes y puñaladas. La joven aguantó la respiración. Cogió al niño y se escondió en el armario. Cerró los ojos un instante, presa del pánico, tapada entre las prendas, y pidió a Dios que el crío no se despertara.

Después de un momento, sobrevino un silencio agónico.

A través de los huecos de la celosía, Jimena vio entrar a un lansquenete armado. De su cuchillo aún goteaba sangre fresca. Se detuvo en el umbral. Luego anduvo unos pasos hasta el lecho, junto al armario. Miró a un lado y a otro. Contempló el mueble del armario, y la chica tuvo la impresión de que iba a abrirlo y a encontrarla. Entonces, su compañero lo llamó desde la sala y el mercenario se retiró. Poco después, la joven oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Jimena acunó al niño, sin dejar de llorar en silencio, con las manos temblorosas, y no se atrevió a salir de allí hasta el amanecer.

33

Despacho del cardenal Carvajal, palacio apostólico, Roma

Una semana después

La taza giraba y la cucharilla sonaba contra la porcelana como una campanilla. Fuera, la ciudad se preparaba para vivir una celebración histórica. El duque Valentino y el ejército pontificio habían regresado a Roma victoriosos y en la basílica constantiniana estaba todo preparado para la ceremonia de nombramiento. César Borgia sería alzado como gonfalonero de la Iglesia, como lo había sido su hermano Juan, y príncipe de la Romaña. Era un día soleado, espléndido, y los rayos se colaban a través del hueco que dejaban las cortinas en el despacho. Carvajal acostumbraba a trabajar casi a oscuras, rodeado de velas y legajos.

Estaba sentado a su mesa. Volvió a revolver su infusión. En ese momento, llamaron a la puerta, y a continuación un paje accedió al despacho.

—Eminencia, se presenta el cardenal Sensi —anunció.

—Hacedlo pasar —pidió Carvajal.

Cruzó la sala un anciano. Iba encorvado, ayudado por un bastón. Carvajal se puso en pie y dio la vuelta a la mesa para ayudarlo. Le ofreció una silla.

—¿Queréis un té, padre? —le preguntó.

—Os lo agradezco —respondió Sensi.

Carvajal abrió la puerta del gabinete contiguo y dio la orden a un criado para que le trajeran lo que pedía. Luego tomó asiento frente a su compañero de comisión, que parecía más anciano que otras veces.

—He redactado una carta para Su Santidad —le expuso Sensi, y alargó hacia él un legajo por encima de la mesa—. Es una disculpa.

—¿Una disculpa? —Carvajal la leyó.

—Bueno, la comisión del Toscano contrató los servicios de dos individuos que resultaron ser dos traidores al pontificado, según los informes de los capitanes del ejército pontificio —explicó Sensi.

—Ambos están en paradero desconocido —repuso Carvajal, con aire preocupado.

—Según las noticias que he podido recibir, Diego de Paredes y Tristán de Rueda murieron durante el asedio a Ravaldino, tras el colapso de una de las torres de la muralla, junto a otros

cincuenta hombres —comentó Sensi.

Carvajal hizo la señal de la cruz sobre su pecho y Sensi le devolvió una respetuosa reverencia.

—Bueno, el Toscano no ha vuelto a atacar desde la muerte del cardenal Lamberto —prosiguió Carvajal—, y después de este tiempo, que ha sido bastante prudencial, es justo que se cumplan los deseos del santo padre y se dé por concluida esta comisión secreta.

Sensi alzó las manos. En ese momento hizo entrada un criado con una bandeja y la depositó en la mesa. Sirvió un poco de infusión en una taza y se la tendió al cardenal. Sensi se lo agradeció y el muchacho se marchó.

—No os veo muy conforme, eminencia —sugirió Carvajal.

—Desde luego que no —respondió Sensi, que se llevó la taza a los labios y sorbió—. Hemos sido derrotados, Carvajal.

El cardenal español se cruzó de piernas y lo contempló en silencio.

—¿Vos creéis eso, Sensi?

—Por supuesto. Apenas hemos sido capaces de comprender los verdaderos motivos de ese asesino y el porqué de aquellas muertes atroces. Muchas preguntas quedan en el aire. ¿Quién estaba detrás de todo esto?

Carvajal alzó las cejas.

—¿Y de quién ha sido la culpa de que la investigación no se haya efectuado como era debido? —preguntó.

Sensi negó tras la taza.

—No diré que ha sido por culpa de vuestros primos, eminencia. Sería injusto de mi parte. Vos habéis hecho todo lo que habéis podido por esta comisión. Os estoy profundamente agradecido.

Carvajal le devolvió una reverencia y un gesto serio.

—Pues, a diferencia de vuestra opinión, padre Sensi, yo sí creo que podemos dilucidar quién ha estado detrás del Toscano.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Para empezar, alguien que conociera al cardenal Niccoló Valtieri, la primera víctima —expuso Carvajal.

Sensi se acomodó en la silla.

—¿Por qué lo creéis?

—Bueno, porque solo quien lo conociera bien sabría que Valtieri había tenido un hijo. Vos erais su confesor, ¿no es así? ¿No visteis ni oísteis nada fuera de lo común? Además, resulta que vos, como secretario apostólico, lleváis todos los asuntos referentes al convento de los huérfanos, Sensi. Si alguien debió saber sobre la entrada de ese niño, la primera víctima, seríais vos.

A Sensi le cambió le cara ante aquella acusación.

—¡Pero vamos a ver! ¡Por quién me tomáis! —respondió, colérico.

—¿Y qué pasa con el palacio de los príncipes? —continuó Carvajal, en el mismo tono, que comenzaba a elevarse—. ¿Creéis acaso que no he indagado? Una docena de cortesanas reconocerían vuestra voz.

El anciano se puso en pie, ofendido. Frente a él, Carvajal permaneció sentado, circunspecto.

—¿A dónde queréis ir a parar con todo esto, Carvajal? ¿Buscáis desprestigiarme? ¿Alguna facción os lo ha pedido?

Carvajal negó con la cabeza.

—No, señor. Solo busco desenmascararos —respondió con frialdad.

A Sensi le cambió la expresión y la maldad le hizo envejecer diez años. De pronto pareció que se quitaba una careta.

—No tienes nada para acusarme, Carvajal. ¡Nada!

El cardenal español se encogió de hombros.

—Bueno, dicen que también os vieron dibujar un círculo de sangre en la capilla Petronila de la basílica —dijo Carvajal, que no varió el tono ni la forma de dirigirse a su compañero—. Fue el escultor que trabaja para Villiers, el embajador francés, el que os vio y se lo dijo a un guardia.

Sensi mantuvo la mirada fría. Seguía de pie, frente a Carvajal.

—No soy más que un viejo que se arrastra por estos pasillos. ¡Mírame! Voy con un bastón. Si me acusas, lo único que conseguirás será crear dudas sobre ti, y yo me encargaré de que mis aliados te destierren de Roma. No durarás ni dos días en el Vaticano. Volverás a tu pocilga de Sigüenza.

Carvajal negó con la cabeza, como si no le hiciera falta oírlo.

—Jamás pensé que seríais vos. ¿Qué pretendíais?

Sensi se inclinó sobre la mesa. Su expresión cambió, y por primera vez mostró su verdadero rostro. Su mirada se encendió con un fuego que provenía del interior de su alma.

—Limpiar Roma y la Iglesia de hombres sucios como tú, Carvajal.

—Y estabais dispuesto a asesinar al papa para conseguirlo.

—Un acto necesario.

Carvajal se cruzó de brazos.

—Bueno, me temo que eso no sucederá.

—¿No? ¿Qué vas a hacer? ¿Detenerme? —soltó Sensi, con arrogancia—. Me río de tu ingenuidad, Carvajal.

—En realidad, ya lo he hecho —respondió Carvajal—. ¡Guardias!

Entraron en la sala dos alabarderos que estaban preparados para su señal y se colocaron a ambos lados del anciano. Tras ellos, Sensi vio aparecer por el umbral a dos monjes. Cuando se quitaron las capuchas, descubrió que eran Diego de Paredes y Tristán de Rueda.

En ese momento, Tristán depositó el frasco vacío con la copia de su veneno sobre la mesa. Sensi lo miró y luego desvió la vista hacia su infusión.

La expresión de Carvajal pareció corroborar sus sospechas.

—¿Qué es esto? —preguntó Sensi con desespero, cayendo en la cuenta de lo que significaba —. No… No… ¡¿Qué habéis hecho?!

El cardenal Carvajal se puso en pie e hizo un gesto a los alabarderos.

—Guardias, escoltad al cardenal Sensi hasta sus aposentos y no permitáis que salga ni que hable con nadie. Me temo que dentro de poco comenzará a sentir náuseas. El cardenal necesita unas horas de reposo.

Los alabarderos lo cogieron de los brazos, sin mucha delicadeza, y lo sacaron a rastras del despacho.

—¡No! ¡Soltadme! ¡No sabéis quién soy! —gritó Sensi como si acabara de perder el juicio—. ¡Te maldigo, Carvajal! ¡Soltadme!

Sus gritos se oyeron a través de los pasillos de todo el palacio y se perdieron en la lejanía.

Cuando al fin se quedaron solos y en silencio, el cardenal se giró hacia sus hombres e hizo una reverencia ante ellos.

—El papa debería cubriros de oro por lo que acabáis de hacer; sin embargo, habéis sido acusados de traición y deserción —se quejó con impotencia.

Paredes negó con la cabeza.

—Hemos hecho nuestro trabajo. Ni más ni menos. ¿Qué ha pasado con Rüger y su escuadra?

—Prisioneros en Sant'Angelo —respondió el cardenal—. Serán juzgados por el propio duque Valentino a su retorno.

A continuación, Carvajal, abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo una bolsa de ducados de oro.

—Es menos de lo que merecéis, pero es una buena suma. Aceptadla no como un pago, sino como una donación de un amigo y un familiar.

Diego y Tristán se lo agradecieron.

—¿Qué haréis ahora? —quiso saber el cardenal.

Los compañeros intercambiaron una mirada.

—Saldremos de Roma —señaló el joven escudero—. Hemos oído rumores acerca de una flota comandada por don Gonzalo de Córdoba.

—Eso es —dijo Carvajal, que tenía algo de información gracias al nuncio y al embajador español, Garcilaso de la Vega—. Aún se está preparando la hueste, pero es probable que salga de Valencia y se reúna con los venecianos en el Adriático.

—Muchas gracias por todo, eminencia —le agradeció Paredes.

Tristán también le estrechó la mano al cardenal.

Antes de marcharse, Diego observó un instante a Carvajal.

—¿Habéis podido saber algo de lo que os pedí?

—¿Lo de la mujer extremeña? —indagó Carvajal, y negó con la cabeza—. Nadie del palacio la ha visto en Roma. Dudo que viniese.

Diego frunció los labios y asintió. Él y Tristán volvieron a colocarse las capuchas, como dos monjes de clausura, y de esta manera los dos compañeros abandonaron el palacio apostólico.

Puerto de Ostia

Esa misma mañana soleada, en Ostia, Jimena oyó a los viajeros negociar el pasaje de una galera que salía rumbo hacia Valencia. La chica llevaba al hijo de Violante bajo el brazo en un cesto, un fardo y una bolsa a rebosar de monedas, desde ducados a florines, que había rellenado con arroz para que no hiciera tanto ruido. Era toda la riqueza que había ganado María en Roma durante su estancia esos años. La joven se sentía más huérfana que nunca, llena de tristeza y dolor. Tras huir de la guerra, el asesinato de María la había roto por dentro. Martino era lo único que tenía en la vida. Viajaría con él a Cáceres, en Extremadura, y empezaría una nueva vida. Buscaría a los hermanos de María y les diría que aquel niño era un hijo suyo. Un Sánchez. Y ella, su criada.

Jimena se acercó para hablar con el comerciante que estaba sentado a una mesa, junto a la embarcación. Tenía un legajo con los nombres de todos los tripulantes y pasajeros, así como un

pequeño cofre con monedas y otros instrumentos cuyo nombre ella desconocía.

—Esto va a Valencia —señaló el oficial.

Jimena asintió, conforme. El hombre miró la cesta con el crío.

—Es muy tranquilo —se adelantó la chica.

A continuación, Jimena pagó con los ducados de María y le dejó algo más al oficial, que se lo agradeció. Eso lo había aprendido de la extremeña.

—Bien, pues —observó el individuo—. Nombre.

—Jimena Sánchez.

El oficial lo apuntó en el cuaderno.

—¿Y el chiquillo?

Jimena le echó una mirada. *Martino delta Croce*. No quería que sospecharan de ella por llevar a un niño con un nombre que no fuera castellano, ni que la gente hiciera preguntas. Recordó que los *brisighelli* llamaban a Violante «la del castillo». Además, tenía parte de razón. El chico había nacido dentro de los muros de Ravaldino, en una prisión.

—Martín —dijo finalmente—. Martín del Castillo.

El oficial lo escribió en el libro de pasajeros y la invitó a cruzar el puente hacia la cubierta.

Jimena sacó al niño del cesto y lo abrazó para que contemplara la costa que estaban por dejar atrás. Los viajeros llenaron la cubierta y buscaron sitio donde pudieron. Jimena se acomodó junto a la borda, sin perder de vista lo poco que tenía. Los oficiales, marineros y grumetes dieron voces y comenzaron a marear las cuerdas. El capitán de la embarcación se situó en el castillo de la popa y poco a poco empezaron a alejarse de Ostia, de Roma y de Italia.

Un hombre que viajaba apoyado en el palo mayor señaló el mar.

—En esa dirección está la tierra que ha descubierto Colón —explicó para todos—. Al otro lado del mar.

—¿De qué tierra hablas? —preguntó alguien.

El sujeto se giró para mirarlo. Todos en la cubierta lo escuchaban.

—Una en la que abundan las gentes sin ropas, desprovistas de vergüenza y de pecado. Muchos dicen que hemos descubierto al fin el Paraíso en la Tierra.

Hubo un murmullo. Jimena pensó en que Roma era precisamente lo contrario. Lujo, riquezas, miseria y pobreza a partes iguales.

—¿Cómo se llama ese lugar? —quiso saber la joven.

Todos contemplaron al hombre.

—Nuevo Mundo —afirmó con emoción.

Jimena alzó al niño hasta el borde para que pudiera contemplar el mar. Le emocionó darse cuenta de que su vida anterior quedaba lejos y que subir a aquel barco significaba empezar una nueva vida. Besó al crío en la mejilla y lo abrazó contra su pecho.

—¿Has oído eso, Martín? —susurró la joven. Pronunciar su nombre en castellano hacía que sintiera que dejaban atrás todo lo malo—. Nuevo Mundo…

La galera surcó las aguas, dejando una estela espumosa que se perdió en el horizonte brillante del Mediterráneo azul, mientras sus velas se hinchaban y los marineros recitaban canciones para marear las cuerdas. Ambos navegaron rumbo a Valencia y a su destino.

San Pedro

La basílica constantiniana estaba llena de soldados, capitanes, condotieros, nobles y gentes de Roma en espera de la entrada del duque Valentino, que cruzó las puertas de la ciudad bajo una lluvia de pétalos. Toda Roma se había echado a la calle para recibir a su héroe. El papa había inaugurado el Jubileo del año 1500 y la ciudad había recibido a peregrinos venidos de todos los confines de la Cristiandad. Una multitud ávida de espectáculos y celebraciones llenaba las calles y los balcones para recibir a los héroes de la Romaña. El ejército pontificio entró en Roma. El duque Valentino apareció sobre su corcel, con el colgante de oro y puntas de la Real Orden de San Miguel, como un hijo de Francia. César, a diferencia del esplendor de sus capitanes, caballeros y oficiales que portaban sus mejores galas, vestía de manera sobria, con un traje negro, calzas y casaca del mismo color, y una espada en el cinto. A sus veinticuatro años, había cumplido su sueño. Era aclamado como un general victorioso después de una guerra. Aquellos días posteriores, su padre se encargaría de agasajarlo. Habría carrozas, un desfile romano en homenaje a los Césares, corridas de todos en el Testaccio, y semanas enteras de carnavales.

La basílica se llenó, lo mismo que el patio de la piña y todos los balcones de los edificios adyacentes. Todos querían ver al duque.

César fue el último en entrar.

Las puertas principales se abrieron de par en par y pareció como si un coro de ángeles alzara su voz. El Valentino cruzó la nave principal con la vista al frente, como un soberano digno de su grandeza, mientras todas las miradas de la corte y la curia se posaban en él. Atrás quedaba el César cardenal. César regresaba consagrado como un hombre. Se detuvo ante el trono de San Pedro.

—De rodillas, César.

El pontífice invocó solemnemente a Dios para que el nuevo guardián de la Iglesia recibiera su protección.

—Ahora debes prestar juramento, hijo.

Y así, frente a toda la curia, la corte, sus caballeros, capitanes, feligreses y peregrinos, César Borgia juró proteger a la Iglesia.

El papa sostuvo el espléndido manto que correspondía al gonfalonero y lo colocó sobre los hombros de su hijo. César sintió el peso de la gruesa capa de armiño. El gonfalonero se puso en pie y recibió la ovación de toda la basílica y la plaza.

Esa misma tarde, tras la ceremonia, mientras en la basílica continuaban entrando peregrinos y la corte y la curia charlaban en corrillos en la nave principal, Rodrigo de Borgia llamó a su hijo César para que fuera con él a las capillas adyacentes. Una de ellas, la primera, era conocida como la capilla de Santa Petronila.

César vio que lo esperaba el cardenal Villiers, embajador de Francia en la curia, y a su lado estaba el joven escultor florentino al que había contratado. Aquel muchacho podía tener la misma edad de César. Frente a ellos, había una pieza monumental cubierta con un manto, directamente apoyada sobre la losa. Su altura no sobrepasaba la de un hombre de pie.

Villiers saludó al pontífice y al gonfalonero. Luego presentó al escultor.

—Es el maestro Michelangelo Buonarroti.

—Santo padre —saludó el florentino con sobriedad y una profunda reverencia. Lo mismo hizo con el hijo del papa.

—Bueno —dijo Rodrigo de Borgia—. Confío en que el retraso en la entrega de la pieza haya valido la pena.

Buonarroti bajó la cabeza en señal de respeto y se hizo atrás. Con un movimiento firme, arrancó el manto y lo dejó caer sobre el mármol.

El papa se quedó sin aliento. César dio unos pasos hacia delante y sintió que se rompía por dentro. No tardaron en aflorar lágrimas a los ojos del pontífice. Frente a él, observó a su amada Vannozza Cattanei, con toda la belleza de su juventud, envuelta en un manto, sosteniendo en los brazos el cuerpo moribundo de su hijo Juan. El papa no pudo contener las emociones e hincó una rodilla, con un sollozo.

—Padre —murmuró César, que se apresuró a coger su brazo.

—Estoy bien, déjame —lo atajó el papa, con otra voz, y sus ojos en lágrimas se dirigieron al escultor. Buonarroti permaneció en silencio, con las manos en el regazo y la vista en el suelo. Rodrigo se acercó a aquella Vannozza de mármol y acarició su rostro con la yema de los dedos. Tan frágil, tan delicada… Sus labios, su nariz, sus ojos, su expresión… Aquel florentino intruso había sido capaz de robarla juventud y la belleza del recuerdo que guardaba Rodrigo de los días felices. Aquella era la Vannozza a la que él había amado y a la que había perdido para siempre.

La dama estaba sentada sobre una roca, envuelta en un manto grueso, y sostenía el cuerpo sin vida de su hijo.

César pasó una mano por el detalle del brazo de su hermano sin vida, y pudo sentir las venas de mármol. Aquella obra magnífica reflejaba todo por lo que había luchado en su vida y todo lo que había perdido. Era el precio que se había visto obligado a pagar por la supervivencia de la familia. Guerras, conspiraciones, asesinatos, alianzas y rupturas.

Villiers se había apartado lo suficiente como para no invadir aquel momento íntimo de padre e hijo.

El papa alzó la mirada hacia el escultor.

—¿Cómo habéis titulado la obra?

Buonarroti alzó la mirada, sin cambiar de postura.

—*La Piedad*.

Para él jamás serían Jesús y la Virgen, pero comprendía que se trataba de un bello paralelismo. Tener a Juan y a Vannozza junto a San Pedro de algún modo lo reconfortaba, y trajo paz a su atormentado corazón.

La noche de Roma estaba envuelta en celebraciones, y en las calles se respiraba un ambiente de jubileo y de victoria. Tristán contempló por última vez desde el río las vistas de Sant'Angelo y del campanario de San Pedro. Tuvo un recuerdo para su padre. También pensó en Violante y en el dolor que guardaría siempre en su vida. Se dio cuenta de lo mucho que había cambiado, desde aquel muchacho que había llegado como paje de su padre, en la campaña de Calabria y luego de Nápoles. Roma lo había visto convertirse en un escudero y en un hombre. Ahora estaba frente al abismo de la vida.

—Tristán —lo llamó Diego sosteniendo las bridas de su caballo.

A su lado estaba su hermano Álvaro, con su montura llena de provisiones para un viaje largo.

La celebración había hecho que pasaran desapercibidos entre tantos peregrinos, pero los tres sabían que debían huir y buscar un nuevo señor al que servir. Carvajal les había proporcionado tres buenos caballos y las provisiones necesarias. Además, contaban con sus armas y una buena cantidad de ducados.

El escudero se aproximó y recibió las bridas. Los tres echaron a andar hacia las puertas de la ciudad. Caía la noche en la ciudad de las colinas.

Álvaro se les adelantó y Tristán y Diego charlaron sobre los últimos acontecimientos. Poco antes de llegar a las puertas, Tristán lo miró.

—¿Crees que Dios nos ha creado o que somos una parte de él?

Paredes miró al muchacho.

—Me preguntas si creo en la postura que defendían los condenados o, de lo contrario, en lo que creen el papa y sus humanistas.

Había pasado mucho tiempo con aquella cuestión en su cabeza. La idea de un mundo sin pecados ni pecadores era tentadora; sin embargo, aquella impunidad podía derivar en un lugar lleno de vicios, como habían descubierto en aquella Roma oculta.

Diego se detuvo bajo la puerta de la ciudad y miró a su compañero.

—Hemos pasado por el infierno, Tristán. Por cada uno de sus círculos, no solo a través de la locura del Toscano, sino por culpa de la vida. Has visto los horrores de la guerra, has perdido a gente a la que amabas y a otras las has abandonado en el camino —rememoró el trujillano, y desvió la mirada hacia Álvaro, que les hacía una señal con la mano para que fueran con él—. No sé si Dios nos ha creado, Tristán, o si somos una parte de él. Tampoco entiendo bien lo que son los pecados. Pero sí hay algo en lo que creo ahora.

—¿En qué? —quiso saber el escudero.

Diego frunció el ceño.

—En vosotros —dijo señalándolo a él y a Álvaro—. Álvaro regresó a Trujillo y fue al Palacio Viejo a rescatarme del abismo en el que me encontraba, cuando yo era un despojo. Y tú… me has salvado la vida. No sé lo que es Dios, pero sé que hay gente que no permitirá que mueras en soledad.

Tristán no contaba con oír aquello, y dio sentido a muchas cosas de su vida. Ambos se estrecharon la mano.

—¿A qué esperáis? —les preguntó Álvaro, que se acercó a ellos—. Montad de una vez, que cae la noche y tenemos un largo camino hasta dar con una posada decente.

—¿Hacia dónde vamos? —inquirió Tristán.

Diego puso un pie en el estribo y montó en su caballo.

—A buscar a un nuevo señor al que servir en espera de la llegada de don Gonzalo de Córdoba y de la campaña de los venecianos.

Tristán subió a su caballo.

—¿Estáis seguros de venir conmigo y con el Gran Capitán?

—No vas a llevarte la gloria tú solo —señaló Álvaro, sonriente.

Los tres dirigieron sus caballos hacia las puertas de Roma. Cruzar aquel arco significaba muchas cosas, desligarse de los peligros de una ciudad vieja. Abandonar para siempre el infierno. Era el Canto Trigésimo Tercero. Diego fue el primero en alejarse por el camino seguido de su hermano. Tristán cruzó las puertas de la ciudad, bajo una cúpula brillante que iluminaba todas las

cosas bellas del cielo. Así salieron de Roma, dejando atrás la guerra y el dolor, y en la paz de la partida, pudieron contemplar de nuevo las estrellas.

Nota del autor

Querido lector, si has llegado hasta aquí, no me queda más que agradecer tu tiempo y tu lectura y esperar que hayas disfrutado de una historia que, sin más pretensiones, ha tratado de convertir en ficción una época apasionante como lo fue la Italia del siglo XV. Insisto en mi profundo agradecimiento.

Para los más interesados en el desarrollo de esta historia, me gustaría señalar algunos detalles que creo que pueden resultar llamativos. Diría que esta ficción histórica surgió a partir de tres ideas básicas: la historia de Diego García de Paredes, la leyenda negra de los Borgia y la primera campaña en Italia del Gran Capitán.

Comencemos por Diego de Paredes. Este trujillano ha pasado a la historia bajo el nombre de «el Sansón extremeño», y los hechos transcurridos a lo largo de su vida resultan tan increíbles que es un reto para cualquier novelista parecer verosímil. Nuestras fuentes son la crónica del Gran Capitán, las palabras que le dedica Cervantes en *El Quijote* y el relato del propio Paredes que dicta antes de morir. Se presenta al trujillano como a un ser extraordinario, dotado de una fuerza sobrehumana, capaz de realizar actos asombrosos, por ejemplo, la reyerta que le valió su rápido nombramiento como miembro de la guardia del papa. En cualquier caso, he querido bajar al personaje del pedestal de la leyenda —he obviado algunos pasajes conocidos— y escogí dotarlo de defectos y debilidades, sin que perdiera esa esencia de héroe de otro tiempo. Creo que Diego de Paredes, este extremeño singular, merece un lugar privilegiado en la historia de España y, desde luego, en la literatura.

La segunda razón que ha motivado esta novela ha sido la historia de los Borgia. ¿Qué decir que no se haya dicho acerca de esta familia? Al parecer, aún hay mucho que contar y, sobre todo, que reescribir. Durante siglos, la calumnia y la difamación han servido como armas políticas para atacar al poder, y, en ocasiones, se cumple ese viejo dicho que dice que una mentira repetida mil veces se convierte en verdad. Es lo que sucedió con los Borgia y, en especial, con tres de sus miembros: Rodrigo, César y Lucrecia. En algún momento entre el Renacimiento y la actualidad, la reiteración sustituyó a la comprobación de los hechos, y el mundo escogió el relato antes que la verdad. He pretendido trazar sus figuras sin los prejuicios con los que fueron atacados. Cabe señalar que los comportamientos y costumbres de esta familia no fueron diferentes a los de cualquier miembro de la nobleza o de la curia; sin embargo, su mala fama perduró.

Los Borgia eran una familia extranjera en Roma que consiguió alzarse con el poder político.

Por esta razón fueron vilipendiados y calumniados. Hay que tener en cuenta que Roma en el siglo XV —con su corte y su curia— era uno de los pocos escenarios de la diplomacia en Europa, y dominar ese espacio significaba controlar el tablero en el que las potencias pugnaban por prevalecer.

A diferencia del hombre perdido en los placeres mundanos que nos ha señalado la cultura popular, lo cierto es que Rodrigo de Borgia fue un erudito, un gran teólogo y un hombre que dirigió la gestión del Estado Pontificio durante casi cuatro décadas y a lo largo de varios pontificados. Era un papa culto que leía a los clásicos de la Antigüedad, que formaba parte de los debates intelectuales de la época —sentía afinidad por el neoplatonismo— y un estratega que supo negociar con sus adversarios y mantener el trono de San Pedro en Roma. Sus hijos, por otra parte, fueron educados con los mejores medios de aquel momento. César estudió en dos de las universidades más prestigiosas de Europa y llegó a ser nombrado cardenal con diecinueve años y jefe de los ejércitos de la Iglesia con veinticuatro. Su ascenso, así como su vida, fue fulgurante. Por otro lado, la vida de Lucrecia, siempre señalada como incestuosa, venenosa —una suerte de *femme fatale* de la época—, está siendo reescrita por la historiografía. Destaco el ensayo publicado recientemente por la investigadora Verónica Zaragoza *Les dones Borja. Histories de poder i protagonisme ocult*, que da una nueva visión acerca de todas las mujeres dela familia. En mi pretensión de crear una ficción histórica de aventuras, he preferido dejar de lado la historia de Lucrecia, pues su vida y su figura merecen una novela propia.

Es difícil encontrar una familia a la que se le hayan atribuido tantos crímenes y que se haya personificado en sus miembros todo lo bueno y todo lo malo de un tiempo y de una sociedad. Así, durante quinientos años, los Borgia han sido imaginados como un monstruo incestuoso, sediento de poder, riquezas y placeres. Esto se lo debemos a los enemigos de su época, así como también a la literatura de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas. Rodrigo, César y Lucrecia han sido erigidos como ejemplos de falta de escrúpulos, perversión y maldad. Esta leyenda negra forjó el retrato que tenemos en la actualidad acerca de los Borgia, una imagen que el cine, los videojuegos y la televisión se han encargado de materializar y presentar como indiscutible.

En definitiva, esta novela ha pretendido mostrar la corte y la curia con la moral habitual de aquella época y estrato social, pues, como he señalado, el proceder de los Borgia no era diferente del de otras familias o figuras contemporáneas. Por otra parte, me ha resultado interesante narrar los asesinatos de Virginio Orsini y de Juan Borgia, cuya autoría se desconoce, a través del juego de la ficción. Durante siglos se ha especulado que Orsini fue envenenado por el papa y que Juan pereció a manos de su propio hermano César, atacado por los celos o la envidia. La idea de aunar estos sucesos independientes en una misma trama, la de un enemigo común, me ha resultado tan tentadora como sugerente.

En tercer lugar, cabría señalar que nos encontramos ante una época en la que prevalece el legado hispánico. El pontificado valenciano, la presencia de la Corona de Aragón en el Mediterráneo, la unión de Castilla y Aragón y el descubrimiento de América como telón de fondo crearon un escenario único en Italia, donde lo hispano tenía mucha presencia. La influencia de la hueste de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, se aprecia no solo en el aspecto militar, sino también en la forma de ejercer la autoridad y hasta en el honor con sus enemigos y con las gentes de Nápoles. La actuación del contingente enviado por Fernando de Aragón en la llamada primera guerra de Italia (1494-1498) cambió para siempre el arte de la guerra y elevó a la

infantería a unidad de élite.

Por último, a los lectores que deseen indagar y conocer el destino de Martino del la Croce más allá del mar, los invito a descubrir mi primera novela, *La segunda expedición*.

A. Pitronello
Agosto de 2023



ALAN PITRONELLO (Viña del Mar, Chile, 1986). Procede de una familia italiana y lleva veinte años afincado en España. Cursó sus estudios de Historia y Geografía en la Universitat de Valencia, donde se especializó en Historia Moderna, con interés por los siglos XV y XVI. Es autor de *La segunda expedición*, galardonada con el VIII Premio de Novela Histórica Ciudad de Úbeda, y *Vientos de Conquista*. Ha sido finalista de los premios Hislibris como mejor autor novel y miembro del jurado del Certamen de Úbeda. *La Orden de los Condenados* es la tercera novela del autor y lo sitúa como ruta de las nuevas voces del género en España.

@alanpitronello